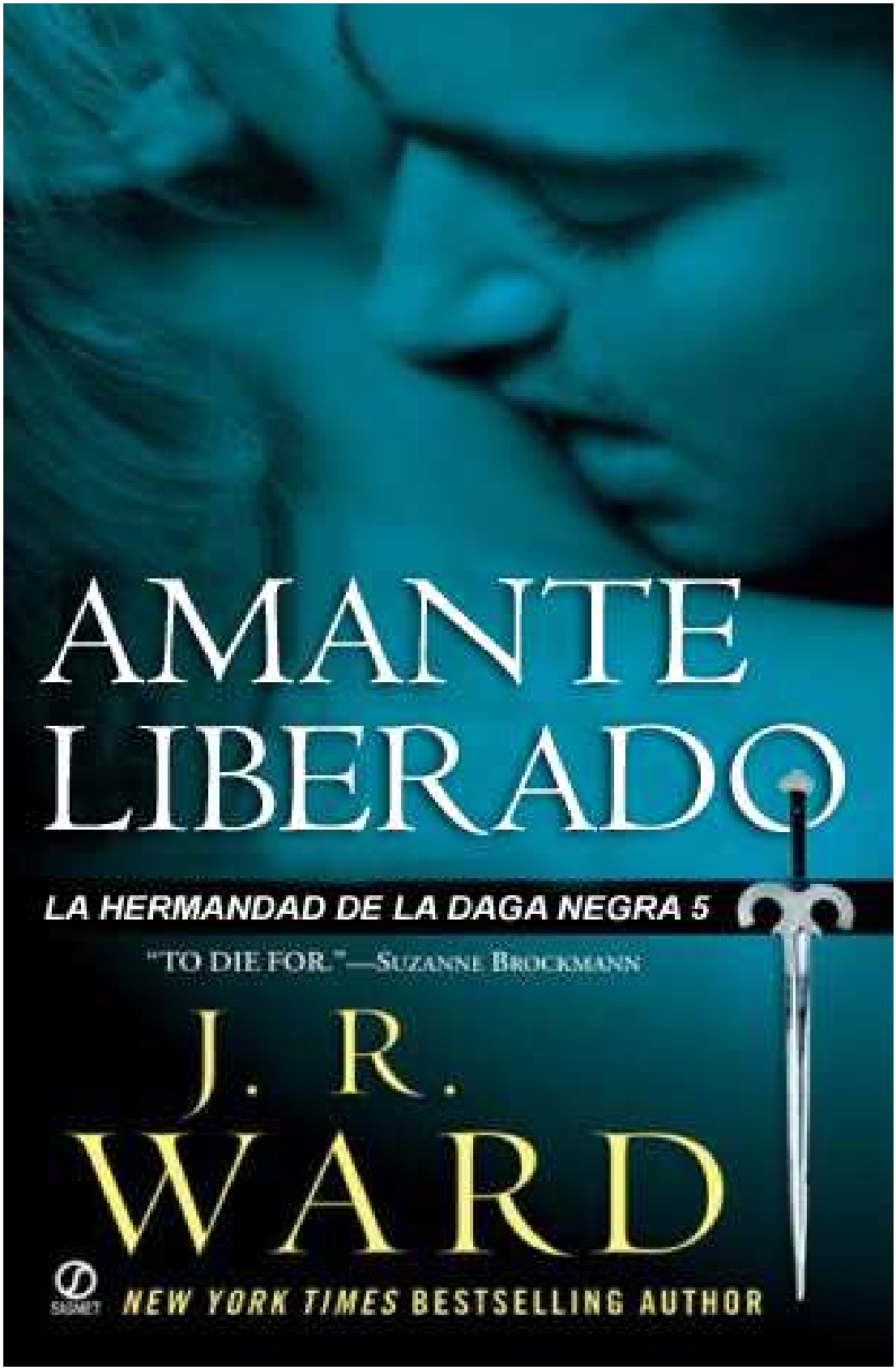
AMANTE LIBERADO
LA HERMANDAD DE LA DAGA NEGRA 5
"TO DIE FOR."—SUZANNE BROCKMANN
J. R. WARD
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

ARGUMENTO:

La doctora Jane Whitman, jefa de equipo de trauma cardiaco, está a punto de macharse ya a su casa tras finalizar su turno como cada noche cuando llega una emergencia al centro médico; un hombre con un disparo en el corazón. Mientras Jane lo examina comienza a abrigar la sospecha de que su nuevo paciente, un hombre de aspecto peligroso y sexy, no es del todo humano.

Mientras se encuentra en recuperación el desconocido no ceja de buscar el contacto de la doctora, pues parece que la presencia de la mujer le tranquiliza. Y ella, a su vez, se siente extrañamente fascinada por la de él. Jane no tarda en descubrir que su paciente no es otro que Vishous, a quien muchos llaman «V», el vampiro más inteligente de la Hermandad de la daga negra. Pero el torturado pasado de este hombre le ha llevado a evitar todo tipo de intimidad con otro ser. La naturaleza de V le impide dejar que nadie vea su lado vulnerable, a excepción de Jane, pues tiene la extraña sensación de que ella, y sólo ella, comprende.

Índice

Glosario de Términos y Nombres Propios 5
PRÓLOGO 9
CAPÍTULO 1 15
CAPÍTULO 2 24
CAPÍTULO 3 30
CAPÍTULO 4 40
CAPÍTULO 5 48
CAPÍTULO 6 52
CAPÍTULO 7 58
CAPÍTULO 8 66
CAPÍTULO 9 75
CAPÍTULO 10 81
CAPÍTULO 11 85
CAPÍTULO 12 94
CAPÍTULO 13 100
CAPÍTULO 14 107
CAPÍTULO 15 111
CAPÍTULO 16 118
CAPÍTULO 17 132
CAPÍTULO 18 143
CAPÍTULO 19 158
CAPÍTULO 20 167
CAPÍTULO 21 172
CAPÍTULO 22 178
CAPÍTULO 23 190
CAPÍTULO 24 195
CAPÍTULO 25 201
CAPÍTULO 26 209
CAPÍTULO 27 214
CAPÍTULO 28 218
CAPÍTULO 29 224
CAPÍTULO 30 229
CAPÍTULO 31 233
CAPÍTULO 32 239

CAPÍTULO 33 242
CAPÍTULO 34 247
CAPÍTULO 35 253
CAPÍTULO 36 259
CAPÍTULO 37 267
CAPÍTULO 38 275
CAPÍTULO 39 279
CAPÍTULO 40 284
CAPÍTULO 41 290
CAPÍTULO 42 294
CAPÍTULO 43 301
CAPÍTULO 44 306
CAPÍTULO 45 309
CAPÍTULO 46 314
CAPÍTULO 47 318
CAPÍTULO 48 325
CAPÍTULO 49 328
CAPÍTULO 50 334
CAPÍTULO 51 337
CAPÍTULO 52 340
CAPÍTULO 53 343
CAPÍTULO 54 348
EPÍLOGO 351
AMANTE VENERADO 354

Glosario de Términos y Nombres Propios

Ahvenge v. Acto de mortal retribución típicamente llevado a cabo por la amada de un macho.

Attendhente (n.) Elegida que sirve a la Virgen Escriba de una manera particularmente cercana.

Black Dagger Brotherhood - La Hermandad de la Daga Negra. pr n. Guerreros vampiros altamente entrenados que protegen a los de su especie contra la Lessening Society. Como consecuencia de la selección genética de su raza, los Hermanos poseen una inmensa fuerza física y mental, así como una extraordinaria capacidad regenerativa —pudiendo recuperarse de sus heridas de una manera asombrosamente rápida. Normalmente no están unidos por vínculos de parentesco, y son introducidos en la Hermandad mediante la propuesta de otros Hermanos. Agresivos, autosuficientes y reservados por naturaleza, viven separados del resto de los civiles, manteniendo apenas contacto con los miembros de otras clases, excepto cuando necesitan alimentarse. Son tema de leyenda y objeto reverencia dentro del mundo de los vampiros. Solo pueden ser muertos por heridas muy serias, por ejemplo, un disparo o puñalada en el corazón, etc.

Blood Slave - Esclavo de sangre. n Hombre o mujer vampiro que ha sido subyugado para cubrir las necesidades alimenticias de otro vampiro. La costumbre de poseer esclavos de sangre fue suspendida hace mucho tiempo, pero todavía no ha sido abolida.

The Chosen - La Elegida. pr n. Mujer vampiro que ha sido criada para servir a la Virgen Escriba. Se las considera miembros de la aristocracia, aunque su enfoque sea más espiritual que temporal. Su interacción con los hombres es prácticamente inexistente, pero pueden emparejarse por orden de la Virgen Escriba para propagar su especie. Poseen el don de la videncia. En el pasado, eran usadas para cubrir las necesidades de sangre de los miembros no emparejados de la Hermandad, pero los hermanos han abandonado esa práctica.

***Cohntehest*.** n Conflicto entre dos machos compitiendo por el derecho de ser el compañero de una hembra.

Dhunhd. pr n. Infierno.

Doggen. n Constituyen la servidumbre del mundo vampírico. Tienen antiguas tradiciones conservadoras sobre cómo servir a sus superiores y obedecen a un solemne código de comportamiento y vestimenta. Pueden caminar bajo la luz del sol pero envejecen relativamente rápido. Su media de vida es de aproximadamente unos quinientos años.

Ehros (n.) Una Elegida entrenada en material de artes sexuales.

El Fade. pr n. Reino atemporal donde los muertos se reúnen con sus seres queridos para pasar juntos el resto de la eternidad.

First Family - Familia Principal. pr n. Compuesta por el Rey y la Reina de los vampiros y su descendencia.

Ghardian n. Custodio de un individuo. Hay varios grados de *ghardians*, siendo el más poderoso el de una hembra *sehcluded*, también llamado *whard*.

Glymera n. El núcleo social de la aristocracia, equivalente aproximadamente al *ton* del período de la regencia en Inglaterra.

Hellren. n. Vampiro macho que se ha emparejado con una hembra. Los machos pueden tomar a más de una hembra como compañera.

Leahdyre n Una persona de poder e influencia.

Leelan adj. n. Adjetivo cariñoso que se traduce como el/la más querido/a.

Lessening Society. pr. n. Orden u organización de asesinos reunida por el Omega con el propósito de erradicar las especies vampíricas.

Lesser n Humanos sin alma, miembros de la Lessening Society, que se dedican a exterminar a los vampiros. Permanecen eternamente jóvenes y sólo se les puede matar clavándoles un puñal en el pecho. No comen ni beben y son impotentes. A medida que transcurre el tiempo, su piel, pelo y ojos, pierden pigmentación hasta que se vuelven completamente albinos y pálidos. Desprenden un olor muy parecido a los polvos de talco. Cuando ingresan en la Sociedad —introducidos por el Omega— se les extrae el corazón y se conserva en un tarro de cerámica.

Lewlhen n. Regalo.

Lheage n Un término respetuoso que usan los que son sometidos sexualmente refiriéndose al que los domina.

Mahmen n Madre. Usado de ambas formas para identificarlas y cariñosamente.

Mhis n El enmascaramiento de un ambiente físico dado; la creación de un campo de ilusión

Nalla *(hembra)* o ***Nullum*** *(macho)* adj. Amada/o

Needing period - Período de celo**.** pr n. Período de fertilidad de las mujeres vampiro. Suele durar dos días y va acompañado de un fuerte deseo sexual. Se produce, aproximadamente, cinco años después de la transición femenina y, posteriormente, una vez cada diez años. Durante el período de celo, todos los machos que estén cerca de la hembra responden, en mayor o menor medida, a la llamada de la hembra. Puede ser un momento peligroso ya que puede provocar conflictos y reyertas entre machos que compitan, especialmente cuando la hembra no está emparejada.

Newling n. Una virgen.

El Omega pr n. Ente místico y malévolo que quiere exterminar a la raza vampírica por el resentimiento que tiene hacia la Virgen Escriba. Existe en un reino atemporal y posee enormes poderes, aunque no el de la creación.

Pheursom o Pherarsom adj. Término que se refiere a la potencia de los órganos sexuales del macho. La traducción literal sería algo como "digno de penetrar a una mujer"

Princeps n. El rango más alto de la aristocracia vampírica, sólo superado por los miembros de la Familia Principal o por las Elegidas de la Virgen Escriba. Es un rango que se tiene por nacimiento, sin que pueda ser concedido con posterioridad.

Pyrocant. n. Término referido a la debilidad crítica que puede sufrir cualquier individuo. Esta debilidad puede ser interna, como por ejemplo una adicción, o externa, como un amante.

Rahlman (n.) Salvador

Rythe. n. Rito por el que se intenta apaciguar a aquel/lla cuyo honor ha sido ofendido. Si el rythe es aceptado, el ofendido escoge arma y golpeará con ella al ofensor, que acudirá desarmado.

The Scribe Virgen - La Virgen Escriba. pr n. Fuerza mística consejera del Rey, guardiana de los archivos vampíricos y dispensadora de privilegios. Existe en un reino atemporal y tiene enormes poderes. Se le concedió el don de un único acto de creación que fue el que utilizó para dar vida a los vampiros.

Sehclusion n. A petición de la familia de una hembra el Rey puede conferirle este estado legal. Coloca a la hembra bajo la autoridad exclusiva de su *whard*, que generalmente es el macho mayor de la familia. Su *whard* tiene el derecho de determinar su forma de vida, restringiendo a voluntad toda interacción que ella tenga el resto del mundo.

Shellan n Vampiro hembra que se ha emparejado con un macho. Las mujeres vampiros no suelen emparejarse con más de un compañero debido a la naturaleza dominante y territorial de estos.

Symphath n. Subespecie del mundo vampírico caracterizada, entre otras peculiaridades, por su habilidad y deseo de manipular las emociones de los demás (con el propósito de un intercambio de energía). Históricamente, han sido discriminados y durante ciertas épocas, cazados por los vampiros. Están cercanos a la extinción.

Tahlly (n.) Un término cariñoso, flexiblemente traducido como "querida".

The Tomb – La Tumba pr n Cripta sagrada de la Hermandad de la Daga Negra. Utilizada como emplazamiento ceremonial así como almacén para los tarros de los lessers. Las ceremonias allí realizadas incluyen iniciaciones, funerales y acciones disciplinarias contra los Hermanos. Nadie puede entrar, excepto los miembros de la Hermandad, la Virgen Escriba, o

los candidatos a la iniciación.

Trahyner n. Palabra usada entre machos que denota mutuo respeto y afecto. Traducida libremente como “querido amigo”

Transition - Transición n. Momento crítico en la vida de un vampiro en el que él o ella se transforman en adulto. Después de la transición, el nuevo vampiro debe beber sangre del sexo opuesto para sobrevivir y, a partir de ese momento, no pueden soportar la luz del sol. Suele producirse a la edad de veinticinco años. Algunos vampiros no sobreviven a este momento, especialmente los machos. Previamente a la transición, los vampiros son débiles físicamente, sexualmente ignorantes e incapaces de desmaterializarse.

Vampire - Vampiro. n Miembro de una especie distinta a la humana. Para sobrevivir deben beber de la sangre del sexo opuesto. La sangre humana los mantiene con vida, aunque la fuerza que les otorga no dura mucho tiempo. Una vez que superan la transición, son incapaces de exponerse a la luz del sol y deben alimentarse obteniendo la sangre directamente de la vena. Los vampiros no pueden transformar a los humanos con un mordisco o a través de una transfusión, aunque en muy raras ocasiones pueden reproducirse con miembros de otras especies. Pueden desmaterializarse a voluntad, pero para ello deben estar calmados, concentrados y no llevar nada pesado encima. Son capaces de borrar los recuerdos de los humanos, siempre que dichos recuerdos no sean lejanos. Algunos vampiros pueden leer la mente. La esperanza de vida es mayor a los mil años, y en algunos casos incluso más larga.

Wahlker n. Un individuo que ha muerto y vuelto a la vida desde el *Fade*. Se les otorga un gran respeto y son reverenciados por sus tribulaciones.

Whard n. Custodio de una hembra *sehcluded*.

PRÓLOGO

Greenwich Country Day School
Greenwich, Connecticut
Veinte años atrás.

—Cógela ya Jane.

Jane Whitcomb agarró la mochila.

—Vienes, ¿verdad?

—Te lo *dije* esta mañana. *Sí*.

—Ok. —Jane miró a su amiga dirigirse cuesta abajo por la acera hasta que sonó una bocina. Enderezándose la chaqueta, cuadró los hombros y se volvió hacia el Mercedes-Benz. Su madre estaba mirando fijamente por la ventanilla del acompañante, con el ceño fruncido.

Jane se apresuró a cruzar la calle, la llamativa mochila que contenía el contrabando haciendo demasiado ruido, en su opinión. Saltó al asiento trasero y escondió la cosa bajo sus pies. El coche comenzó a rodar antes de que hubiera cerrado la puerta.

—Tu padre vendrá a casa esta noche.

—¿Qué? —Jane se subió las gafas sobre la nariz—. ¿Cuándo?

—Esta noche. Así que me temo que…

—¡No! ¡Lo prometiste!

Su madre miró por encima del hombro.

—Espero tus disculpas, jovencita.

Jane exclamó.

—Me lo prometiste para mi cumpleaños número trece. Se suponía que Katie y Lucy…

—Ya llamé a sus madres.

Jane se dejó caer contra el respaldo del asiento.

La madre levantó los ojos hacia el espejo retrovisor.

—Quita esa expresión de tu rostro, gracias. ¿Crees que eres más importante que tu padre? ¿Lo crees?

—Por supuesto que no. Es *Dios*.

El Mercedes se desvió hacia la cuneta con una sacudida y los frenos chirriaron. Su madre se giró, levantó la mano, y sostuvo la pose, con el brazo temblando.

Jane se encogió aterrada.

Después de un momento de indecisa violencia, su madre se volvió, alisándose el cabello perfectamente peinado con la palma de una mano, que se veía tan firme como el agua hirviente.

—Tú… no te reunirás con nosotros para la cena de esta noche. Y me desharé del pastel.

El coche comenzó a andar nuevamente.

Jane se enjuagó las mejillas y bajó la vista hacia la mochila. Nunca había dormido fuera de casa antes. Había rogado por meses.

Arruinado. Ahora todo estaba arruinado.

Permanecieron en silencio todo el camino de vuelta a casa, y cuando el Mercedes estuvo en el garaje la madre de Jane salió del coche y caminó hacia la casa sin mirar atrás.

—Ya sabes a donde ir —fue todo lo que dijo.

Jane se quedó en el coche, tratando de recomponerse. Luego tomó la mochila y los libros y se arrastró a través de la cocina. Richard, el cocinero, estaba inclinado sobre el cubo de la

basura tirando un pastel decorado con una cobertura de azúcar y flores de color rojo y amarillo.

No le dijo nada a Richard porque tenía la garganta apretada como un puño. Richard no le dijo nada porque no la apreciaba. No apreciaba a nadie a excepción de Hannah.

Mientras Jane pasaba por la puerta de servicio dirigiéndose al comedor, no quería encontrarse con su hermana menor y rezó porque Hannah estuviera en la cama. Se había sentido enferma esa mañana. Probablemente debido a que tenía que hacer un resumen acerca de un libro.

De camino hacia la escalera, Jane vio a su madre en la sala.

Los cojines del sillón. Otra vez.

Su madre todavía llevaba el abrigo de lana azul pálido y tenía la bufanda de seda en la mano, y sin lugar a duda se iba a quedar así vestida hasta que estuviera satisfecha con la forma en que lucían los cojines. Lo que podría tardar un rato. Los estándares con los que los comparaban eran los mismos estándares que para el cabello: suavidad total.

Jane subió a su habitación. La única esperanza a estas alturas era que su padre llegara después de la cena. De esa manera, aunque se enteraría de que estaba castigada, al menos no tendría que observar su asiento vacío. Al igual que su madre, odiaba cualquier cosa fuera de lugar, y que Jane no estuviera en la mesa era algo totalmente fuera de lugar.

La extensión del sermón que obtendría de él sería más larga de esa forma, porque tendría que incluir ambas cosas, tanto la decepción que le causaba a la familia con su ausencia en la comida, como también el hecho de que había sido maleducada con su madre.

En la planta alta, la habitación amarilla dorada de Jane era como todo el resto de la casa: suave como el cabello y los cojines del sillón y la forma en que hablaban las personas. Nada fuera de lugar. Todo era de la clase de congelada perfección que veías en las revistas del hogar.

Lo único que no encajaba era Hannah.

Metió la mochila en el armario, sobre los mocasines y los Mary Janes[1], luego Jane se cambió el uniforme del instituto por un camisón de franela Lanz. No había razón para vestirse. No iba a ir a ningún lado.

Llevó la pila de libros hacia el blanco escritorio. Tenía deberes de inglés. Álgebra. Francés.

Miró hacia su mesita de noche. *Noches de Arabia* la esperaba.

No podía pensar en una forma mejor de pasar el castigo, pero los deberes venían primero. Tenía que ser así. Si no se sentiría muy culpable.

Dos horas después estaba en la cama con *Noches* sobre el regazo cuando se abrió la puerta y apareció la cabeza de Hannah. Su rizado cabello pelirrojo era otra rareza. El resto de ellos eran rubios.

—Te traje comida.

Jane se sentó, preocupada por su hermana menor.

—Te meterás en problemas.

—No, eso no ocurrirá —Hannah se deslizó dentro, llevando una pequeña cesta en la mano con una servilleta de tela, un sándwich, una manzana y una galleta—. Richard me lo dio a mí para que pudiera tomar un tentempié durante la noche.

—¿Y qué hay de ti?

—No tengo hambre. Aquí tienes.

[1] Mary Jane: Merceditas, típicos zapatos de uniforme escolar.

—Gracias, Han —Jane tomó la cesta mientras Hannah se sentaba al pie de la cama.

—Entonces ¿qué fue lo que hiciste?

Jane sacudió la cabeza y mordió el sándwich de rosbif.

—Me enfadé con mamá.

—¿Porque no podías tener tu fiesta?

—Uh-huh.

—Bueno… tengo algo para animarte —Hannah deslizó un pedazo de cartulina doblada sobre el edredón—. ¡Feliz cumpleaños!

Jane miró la tarjeta y parpadeo rápidamente un par de veces.

—Gracias… Han.

—No estés triste, yo estoy aquí. ¡Mira tu tarjeta! La hice para ti.

En el frente, dibujadas con la torpe mano de su hermana, había dos figuras pegadas. Unas tenía cabello lacio y rubio y la palabra *Jane* escrita debajo. La otra tenía rizado cabello pelirrojo y tenía el nombre *Hannah* a sus pies. Estaban tomadas de la mano y tenían amplias sonrisas sobre los redondos rostros.

Justo cuando Jane iba a abrir la tarjeta, un par de faros se deslizaron por el frente de la casa y comenzaron a avanzar por la entrada de coches.

—Papá está en casa —siseó Jane—. Será mejor que salgas de aquí.

Hannah no parecía tan preocupada como lo estaría habitualmente, probablemente porque no se sentía bien. O tal vez estaba distraída con… bueno, con lo que fuera que Hannah se distrajera. Se pasaba la mayor parte del tiempo soñando despierta, probablemente era por eso que estaba feliz todo el tiempo.

—Ve, Han, en serio.

—Vale. Pero realmente lamento que se haya suspendido tu fiesta —Hannah se arrastró hacia la puerta.

—Hey, Han. Me gusta la tarjeta.

—No miraste dentro.

—No tengo que hacerlo. Me gusta porque la hiciste para mí.

El rostro de Hannah reveló una de sus sonrisas de margarita, del tipo que le recordaba a Jane los días soleados.

—Es acerca de ti y de mí.

Mientras la puerta se cerraba, Jane escuchó las voces de sus padres que subían desde el vestíbulo. Velozmente se comió el tentempié de Hannah, metió la cesta entre los pliegues de las cortinas próximas a la cama, y fue hacia la pila de libros escolares. Tomó el libro *Memorias del Club Pickwick* de Charles Dickens y lo llevó a la cama con ella. Se imaginaba que si estaba trabajando en cosas del instituto cuando su padre entrara, le ganaría algunos puntos a favor.

Sus padres subieron una hora después y se tensó, esperando que su padre llamara. No lo hizo.

Lo que era raro. Era, en su carácter dominante, tan fiable como un reloj, y había un extraño consuelo en su carácter previsible, aunque no le gustara tratar con él.

Dejó de lado *Pickwick*, apagó la luz, y metió las piernas bajo el edredón con volantes. Yaciendo bajo el dosel de la cama no podía dormir, y eventualmente escuchó el reloj del abuelo que estaba en la parte superior de la escalera tañer doce veces.

Medianoche.

Saliendo de la cama, fue hacia el armario, sacó la mochila y la abrió. El tablero de Ouija cayó hacia fuera, abriéndose y aterrizando boca arriba sobre el suelo. Lo agarró con un respingo, como si pudiera haberse roto algo y luego tomó el puntero.

Ella y sus amigas habían estado esperando para jugar ese juego porque todas querían saber con quién se iban a casar. A Jane le gustaba un chico llamado Victor Browne, que estaba en su clase de matemáticas. Últimamente habían estado hablando un poco, y realmente pensaba que podrían formar pareja. El problema era que no estaba segura de lo que él sentía por ella. Tal vez sólo le agradara porque le daba todas las respuestas.

Jane dejó el tablero sobre la cama, descansó las manos en el puntero e hizo una honda inspiración.

—¿Cuál es el nombre del chico con el que me voy a casar?

No esperaba que la cosa se moviera. Y no lo hizo.

Después de intentarlo un par de veces más se recostó hacia atrás frustrada. Después de un minuto golpeó la pared detrás de la cabecera de la cama. Su hermana le devolvió el golpe, y un poco después Hannah entraba a hurtadillas a través de la puerta. Cuando vio el juego, se entusiasmó y saltó sobre la cama, haciendo rebotar el puntero en el aire.

—¿Cómo se juega?

—¡Shhh! —Dios, si las atrapaban así, serían realmente castigadas. De por vida.

—Lo siento —Hannah subió las piernas y se abrazó a ellas para evitar volver a meter la pata—. ¿Cómo…?

—Le haces preguntas y te dice las respuestas.

—¿Qué podemos preguntar?

—Con quién nos vamos a casar. —Vale, ahora Jane estaba nerviosa. ¿Qué pasaba si la respuesta no era Víctor?—. Empecemos contigo. Pon los dedos sobre el puntero, pero no empujes ni nada. Sólo… así, sip. Ok… ¿Con quién se va a casar Hannah?

El puntero no se movió. Incluso después de que Jane repitiera la pregunta.

—Está roto —dijo Hannah, quitando las manos.

—Déjame probar con otra pregunta. Pon las manos otra vez. —Jane inspiró profundamente—. ¿Con quién me voy a casar yo?

Un leve sonido chirriante se elevó desde el tablero cuando el puntero comenzó a moverse. Cuando descansó sobre la letra *V*, Jane tembló. Con el corazón en la garganta, lo observó moverse hacia la letra *I*.

—¡Es Víctor! —dijo Hannah—. ¡Es Víctor! ¡Vas a casarte con Víctor!

Jane no se molestó en hacer callar a su hermana. Esto era demasiado bueno para ser ver…

El puntero aterrizó sobre la letra *S*. ¿*S*?

—Esto está mal —dijo Jane—. Esto tiene que estar mal…

—No te detengas. Veamos quién es.

Pero si no era Víctor, no sabía quién podría ser. Y qué tipo de chico tenía un nombre como Vis…

Jane luchó para redireccionar el puntero, pero insistía en ir hacia la letra *H*. Luego *O*, *U* y otra vez la *S*.

VISHOUS.

El temor revistió el interior de las costillas de Jane.

—Te dije que estaba roto —murmuró Hannah—. ¿Quién se llama Vishous?

Jane apartó la vista del tablero, luego se dejó caer hacia atrás sobre las almohadas. Este era el peor cumpleaños que había tenido.

—Tal vez deberíamos intentarlo de nuevo —dijo Hannah. Cuando Jane dudó, frunció el ceño—. Vamos, yo también quiero una respuesta. Es lo justo.

Volvieron a poner los dedos sobre el puntero.

—¿Qué me regalarán para Navidad? —preguntó Hannah.

El puntero no se movió.

—Inténtalo con una pregunta que implique un *sí* o un *no* para comenzar —dijo Jane aún asustada por la palabra que le había salido a ella. ¿Tal vez el tablero no sabía deletrear?

—¿Me regalarán algo para Navidad? —dijo Hannah.

El puntero comenzó a chirriar.

—Espero que sea un caballo —murmuró Hannah mientras el puntero hacía un círculo—. Debí haber preguntado eso.

El puntero se detuvo en el *no*.

Ambas lo miraron fijamente.

Hannah se abrazó a sí misma.

—Yo también quiero regalos.

—Es sólo un juego —dijo Jane, cerrando el tablero—. Además, la cosa en verdad está rota. Se me cayó.

—Quiero regalos.

Jane se estiró y abrazó a su hermana.

—No te preocupes por el estúpido tablero, Han. Yo siempre te compro algo para Navidad.

Un rato más tarde cuando Hannah se fue, Jane volvió a meterse entre las sábanas.

Estúpido tablero. Estúpido cumpleaños. Estúpido todo.

Mientras cerraba los ojos, se dio cuenta que nunca había mirado la tarjeta de su hermana. Volvió a encender la luz y la recogió de la mesita de noche. Dentro decía, ¡*Siempre estaremos cogidas de la mano*! ¡*Te quiero*! ¡*Hannah*!

Esa respuesta que les había dado acerca de la Navidad estaba completamente equivocada. Todo el mundo amaba a Hannah y le compraba regalos. Jopeta, en algunas ocasiones hasta podía influir en su padre, y nadie más podía hacer eso. Así que era seguro que le regalarían cosas.

Estúpido tablero…

Después de un rato Jane se quedó dormida. Debió haberlo hecho, porque Hannah la despertó.

—¿Estás bien? —dijo Jane, sentándose. Su hermana estaba de pie junto a la cama vistiendo el camisón de franela, y con una extraña expresión en el rostro.

—Debo irme —la voz de Hannah era triste.

—¿Al cuarto de baño? ¿Vas a vomitar? —Jane apartó las mantas—. Iré conti…

—No puedes —suspiró Hannah—. Debo irme.

—Bueno, si lo deseas, cuando termines de hacer lo que tienes que hacer, puedes regresar aquí a dormir.

Hannah miró hacia la puerta.

—Estoy asustada.

—Estar enferma siempre asusta. Pero siempre puedes contar conmigo.

—Debo irme —cuando Hannah miró hacia atrás, se veía… mayor, de cierta forma. Nada que ver con los diez años que tenía—. Trataré de regresar. Me esforzaré por hacerlo.

—Um… vale. —¿Tal vez su hermana tenía fiebre o algo?—. ¿Quieres que vaya a despertar a mamá?

Hannah negó con la cabeza.

—Sólo quería verte a ti. Vuelve a dormirte.

Cuando Hannah se fue, Jane se hundió entre las almohadas. Pensó en ir a ver cómo estaba su hermana en el cuarto de baño, pero el sueño la reclamó antes de que pudiera seguir ese impulso.

A la mañana siguiente Jane se despertó con el sonido de fuertes pisadas corriendo por el pasillo. Al principio asumió que alguien había tirado algo que estaba dejando una mancha en la alfombra o sobre una silla o una colcha. Pero luego sintió las sirenas de la ambulancia en el camino de entrada.

Jane salió de la cama, miró por las ventanas delanteras, luego asomó la cabeza al pasillo. Su padre estaba hablando con alguien en la planta baja, y la puerta de la habitación de Hannah estaba abierta.

En puntillas, Jane caminó por la alfombra oriental, pensando que habitualmente su hermana nunca se levantaba tan temprano los sábados. Debía sentirse realmente enferma.

Se detuvo en la puerta. Hannah yacía inmóvil sobre la cama, con los ojos abiertos fijos en el cielo raso, la piel tan blanca como las prístinas sábanas blancas como la nieve sobre las que estaba tendida.

No parpadeaba.

En la esquina opuesta de la habitación, tan lejos como le era posible de Hannah, su madre estaba sentada en el asiento de la ventana, con el vestido de seda color marfil arremolinándose a su alrededor.

—Vuelve a la cama. *Ahora*.

Jane corrió a su habitación. Justo cuando cerraba la puerta, vio a su padre subir la escalera con dos hombres de uniforme azul marino. Estaba hablando con autoridad y oyó las palabras *congénita corazón* algo.

Jane saltó sobre la cama y se cubrió la cabeza con las sábanas. Mientras temblaba en la oscuridad, se sintió muy pequeña y muy asustada.

El tablero había tenido razón. Hannah no tendría regalos de Navidad y no se casaría con nadie.

Pero la hermana menor de Jane cumplió su promesa. Si que regresó.

CAPÍTULO 1

—No me siento *para nada* identificado con estos pantalones de cuero.

Vishous levantó la vista del grupo de ordenadores. Butch O'Neal estaba de pie en la sala del Pit con un par de pantalones de cuero sobre los muslos y un montón de debes-de-estar-bromeando en el rostro.

—¿No te quedan bien? —preguntó V a su compañero de habitación.

—Ese no es el tema. No te ofendas, pero son raritos como los de Village People —Butch levantó los fuertes brazos y caminó en círculo, la luz reflejándose en su pecho desnudo—. Quiero decir, venga ya.

—Son para luchar, no para estar a la moda.

—También las faldas escocesas, pero no me ves enrollándome un tartán.

—Y doy gracias a Dios por ello. Tienes las piernas demasiado arqueadas para ponerte esa mierda.

Butch asumió una expresión aburrida.

—Muérdeme.

Ya me gustaría, pensó V.

Encogiéndose de hombros fue en busca de su paquete de tabaco turco. Mientras sacaba el papel para enrollar, depositaba una línea, y la liaba hasta convertirla en un pitillo, hizo lo que pasaba mucho tiempo haciendo: se recordó a sí mismo que Butch estaba felizmente emparejado con el amor de su vida, y que, incluso aunque no lo estuviera, el tipo no jugaba en ese bando.

Mientras lo encendía e inhalaba, trató de no mirar al poli y falló. Maldita visión periférica. Siempre le pasaba lo mismo.

Hombre, era un rarito pervertido. Especialmente dado lo unidos que estaban. En los últimos nueve meses se había acercado a Butch más que a nadie que hubiera conocido en sus trescientos años de vivir y respirar. Se alojaba con el macho, se emborrachaba con él, se ejercitaba con él. Había atravesado muerte, vida, profecías y destino con él. Lo había ayudado a romper las leyes de la naturaleza para convertir al tío de humano a vampiro, además lo sanaba cuando llevaba a cabo su asunto especial con los enemigos de la raza. También lo había propuesto como miembro de la Hermandad… y estuvo a su lado cuando se había emparejado con su *shellan*.

Mientras Butch paseaba como si estuviera tratando de acostumbrarse a los pantalones de cuero, V miró fijamente las siete letras que estaban grabadas en su espalda en ingles antiguo: MARISSA. V había grabado las dos *A*, y le habían salido bien, a pesar del hecho que su mano había estado temblando todo el tiempo.

—Sip —dijo Butch—. No estoy seguro de que me sienten.

Después de la ceremonia de emparejamiento, V había desocupado el Pit por ese día para que la feliz pareja tuviera privacidad. Se había ido cruzando el patio del Complejo y se había encerrado en la habitación para invitados de la casa grande con tres botellas de Grey Goose. Se había emborrachado hasta saturarse, realmente inundado como un cultivo de arroz, pero no había logrado alcanzar la meta de desmayarse. La verdad lo había mantenido implacablemente despierto: V estaba ligado a su compañero de habitación de una forma que complicaba las cosas pero que aún así no cambiaba nada.

Butch sabía lo que pasaba. Demonios, eran los mejores amigos, y el tipo podía leer en V mejor que cualquier otra persona. Y Marissa lo sabía porque no era estúpida. Y la

Hermandad lo sabía porque esos estúpidos chismosos idiotas nunca te dejaban mantener secretos.

Todos estaban tranquilos al respecto.

Él no. No podía soportar las emociones. Ni a sí mismo.

—¿Te vas a probar el resto del equipo? —preguntó mientras exhalaba—. ¿O quieres quejarte un poco más por los pantalones?

—No me provoques que te sacudo.

—¿Por qué privarte de tu pasatiempo favorito?

—Porque me están comenzando a doler los dedos —Butch caminó hacia uno de los sillones y recogió el arnés para el pecho. Al deslizarlo por los amplios hombros, el cuero perfiló su torso a la perfección—. Mierda, ¿cómo hacen para que ajuste tan bien?

—Te tomé medidas, ¿recuerdas?

Butch lo abrochó en su lugar, luego se inclinó y pasó la punta de los dedos a lo largo de la tapa de una caja negra lacada. Se demoró sobre las letras de la Hermandad de la Daga Negra, luego trazó los caracteres en la Antigua Lengua que deletreaban *Dhestroyer, descendiente de Wrath, hijo de Wrath*.

El nuevo nombre de Butch. El antiguo y noble linaje de Butch.

—Oh, mierda, ábrelo —V aplastó el pitillo, enrolló otro, y lo encendió. Hombre, era bueno que los vampiros no agarraran cáncer. Últimamente había estado fumando uno tras otro como un criminal—. De *una* vez.

—Todavía no puedo creerlo.

—Sólo abre la condenada cosa.

—Realmente no puedo…

—Ábrela —a estas alturas, V estaba lo suficientemente crispado como para salir levitando de la maldita silla.

El poli accionó el mecanismo de oro macizo de la cerradura y levantó la tapa. Sobre una base de raso rojo había cuatro dagas iguales de hoja negra, cada una precisamente calibrada para el físico de Butch afilada con un filo mortal.

—Santa María, Madre de Dios… son hermosas.

—Gracias —dijo V al exhalar—. También hago un pan excelente.

Los ojos color avellana del poli se dispararon al otro lado de la habitación.

—¿Las hiciste para mí?

—Sip, pero no es gran cosa. Las hice para todos nosotros —V levantó la mano derecha enguantada—. Como sabes, soy bueno con el calor.

—V… gracias.

—Da igual. Como dije, soy el hombre de las espadas. Lo hago todo el tiempo.

Sip… sólo que tal vez no con tanta concentración. Para Butch, se había pasado cuatro días seguidos trabajando en ellas. Una maratón de dieciséis horas trabajando con su maldita mano brillante sobre el acero mixto habían provocado que le doliera la espalda y que se le fatigaran los ojos, pero maldita sea, había estado decidido a lograr que cada una fuera digna del macho que las empuñaría.

Aún no eran lo suficientemente buenas.

El poli sacó una de las dagas, y mientras la sostenía en la palma de la mano sus ojos brillaron.

—Jesús… siente esta cosa —comenzó a oscilar el arma hacia atrás y hacia delante frente a su pecho—. Nunca sostuve nada tan bien equilibrado. Y el mango. Dios… es perfecto.

El halago complació a V más que cualquier otro que hubiera recibido antes.

Por lo que lo irritó como la mierda.

—Sip, bueno, se supone que son así, ¿verdad? —aplastó el pitillo en el cenicero, oprimiendo el frágil brillo de la punta—. No tiene sentido que salgas al campo de batalla con un juego de Ginsu[2].

—Gracias.

—Da igual.

—V, en serio…

—Que te jodan. —Cuando no hubo una respuesta rápida, levantó la vista.

Mierda. Butch estaba de pie frente a él, los ojos color avellana del poli oscurecidos con un conocimiento del que V no quería que el tipo fuera consciente.

V bajó la vista hacia el encendedor.

—Como sea, poli, son sólo cuchillos.

La negra punta de la daga se deslizó bajo la barbilla de V y le empujó la cabeza hacia arriba. Al ser forzado a encontrar la mirada de Butch, el cuerpo de V se tensó. Luego se puso a temblar.

Con el arma uniéndolos, Butch dijo:

—Son perfectas.

V cerró los ojos, despreciándose a sí mismo. Luego deliberadamente se apoyó en la hoja para que mordiera su garganta. Tragándose la llamarada de dolor, la absorbió en sus entrañas, usándola como un recordatorio de que era un jodido rarito, y los raritos se merecían ser heridos.

—Vishous, mírame.

—Déjame en paz.

—Oblígame.

Por medio segundo V casi se lanza hacia el tipo, preparado para golpear al bastardo. Pero luego Butch dijo:

—Sólo te estoy agradeciendo por hacer algo bueno. No es la Gran Putada.

¿No era la gran puta cosa? Los ojos de V relampaguearon y los sintió llamear.

—Eso es mentira. Por razones de las que eres *muy* jodidamente consciente.

Butch retiró la hoja, y cuando el brazo del macho cayó, V sintió una gota de sangre correrle por el cuello. Era cálida… y suave como un beso.

—No digas que lo sientes —murmuró V en el silencio—. Soy propenso a ponerme violento.

—Pero es verdad.

—No hay nada por lo que pedir disculpas —hombre, ya no podía soportar vivir allí con Butch. Entiendan eso como Butch y Marissa. El constante recordatorio de lo que no podía tener y no debía desear estaba matándolo. Y Cristo sabía que ya estaba en mala forma. ¿Cuándo había sido la última vez que había dormido durante el día? No desde hacía semanas y semanas.

Butch enfundó la hoja en el arnés del pecho, con la punta hacia abajo.

—No quiero que te sientas apenado…

—De *ninguna* manera vamos a discutir más sobre esto —poniéndose el dedo índice en la garganta, V enjuagó la sangre provocada por la hoja que había forjado. Mientras se la lamía, la puerta oculta que llevaba al túnel subterráneo se abrió y el aroma a océano llenó el Pit.

[2] Ginsu: Marca de cuchillos de cocina

Marissa apareció en una esquina, viéndose tan bien como Grace Kelly como era habitual. Con el largo cabello rubio y el rostro perfectamente formado, era conocida por ser la gran belleza de la raza, y hasta V, que no le gustaba el tipo, debía reconocerlo.

—Hola, chicos… —Marissa se detuvo y miró fijamente a Butch—. Dios… querido… mira esos pantalones.

Butch se encogió.

—Sí, lo sé. Son…

—¿Puedes venir aquí? —comenzó a retroceder por el vestíbulo hacia el pasillo que llevaba a su dormitorio—. Necesito que vengas conmigo un minuto. O diez.

El aroma de la vinculación de Butch llameó hasta convertirse en un apagado rugido, y V supo perfectamente bien que el cuerpo del tipo se estaba endureciendo para el sexo.

—Cariño, puedes tenerme tanto tiempo como me desees.

Justo cuando estaba saliendo de la sala, el poli lanzó una mirada sobre su hombro.

—Me siento *muy* identificado con estos pantalones de cuero. Dile a Fritz que quiero cincuenta pares. Lo antes posible.

Cuando lo dejaron solo, Vishous se inclinó sobre el Alpine[3] y puso *Music is my Savior* de MIM's. Mientras el rap resonaba, pensó en cómo antes solía usar esa mierda para ahogar los pensamientos de las demás personas. Ahora que sus visiones se habían terminado y todo el asunto de leer la mente había hecho ¡*Poof*! usaba esos sonidos graves para evitar oír a su compañero de habitación haciendo el amor.

V se restregó el rostro. *Realmente* tenía que salir de allí. Por un tiempo trató de hacer que se mudaran, pero Marissa sostenía que el Pit era "acogedor" y que le gustaba vivir allí. Lo que tenía que ser mentira. La mitad de la sala estaba ocupada por el futbolín, ESPN[4] estaba puesto sin sonido las veinticuatro horas de los siete días de la semana, y siempre estaba sonando el rap duro. El frigorífico era una zona desmilitarizada marcada con bajas podridas de Taco Hell y Arby's. El Grey Goose y el Lagavulin eran las únicas bebidas que había en la casa. El material de lectura se limitaba a *Sports Illustrated* y… bueno, más ediciones de *Sports Illustrated*.

Así que, sí, por ahí no había un montón de adorables patitos y conejitos. El lugar era en parte una fraternidad y en parte un vestuario. Decorado por Derek Jeter[5].

¿Y en lo que a Butch se refería? Cuando V le había sugerido un poco de acción con U-Haul[6], el poli le había dirigido una mirada imparcial a través del sillón, había sacudido la cabeza una vez, y se había marchado a la cocina a buscar más Lagavulin.

V se rehusaba a creer que se quedaban porque estaban preocupados por él o alguna porquería así. La misma idea lo volvía loco.

Se puso de pie. Si iba a haber una separación, iba a tener que ser él quien diera el primer paso. El problema era, que no tener a Butch a su alrededor todo el tiempo… era impensable. Era mejor la tortura que padecía ahora que el exilio.

Miró el reloj y se imaginó que bien podría tomar el túnel subterráneo y dirigirse a la casa grande. Aunque el resto de la Hermandad de la Daga Negra vivía en ese monstruo recubierto de piedra que era la mansión vecina, había muchas habitaciones desocupadas. Tal vez debería probar una para ver si se acostumbraba. Por un par de días.

El pensamiento hizo que se le revolviera el estómago.

---

[3] Alpine: Marca de equipos de audio
[4] ESPN: Canal de deportes estadounidense
[5] Derek Meter: Jugador de béisbol estadounidense
[6] U-Haul: Compañía que alquila camiones para mudanzas

En su camino a la puerta, le llegó un atisbo del aroma vinculante que flotaba desde la habitación de Butch y Marissa. Cuando pensó en lo que estaba ocurriendo allí, su sangre se calentó incluso mientras la vergüenza hacía que se le erizara la piel.

Profiriendo una maldición, caminó hacia su chaqueta de cuero y sacó el teléfono móvil. Mientras marcaba, su pecho estaba tan cálido como un refrigerador de carne, pero al menos sentía como si estuviera haciendo algo acerca de la obsesión que tenía.

Cuando la voz femenina contestó, V cortó el ronco hola.

—Al anochecer. Hoy. Sabes cómo vestirte, y llevarás el cabello apartado del cuello. ¿Qué me dices?

La respuesta fue un ronroneo de sumisión.

—Sí, mi *lheage*.

V colgó y tiró el móvil sobre el escritorio, observando cómo rebotaba y terminaba reposando contra uno de los cuatro teclados. A la sumisa que había elegido para esta noche le gustaban las cosas especialmente duras. Y se las iba a dar.

Joder, verdaderamente era un pervertido. Hasta la médula. Un impenitente desviado sexual… que de alguna forma era famoso dentro de la raza por lo que era.

Tío, era absurdo, pero bueno, los gustos y motivaciones de las hembras siempre habían sido extravagantes. Y su fantástica reputación no era más significativa para él de lo que lo eran sus subalternas. Todo lo que importaba era que tuviera voluntarias para sus necesidades sexuales. Lo que se dijera de él, sólo era una masturbación oral para bocas que necesitaban estar ocupadas de alguna forma.

Mientras caminaba por el túnel y se dirigía hacia la mansión estaba completamente cabreado. Gracias a la estúpida rotación de los horarios que la Hermandad practicaba, no le estaba permitido salir al campo de batalla esa noche, y odiaba eso. Ciertamente prefería estar cazando y matando a los asesinos no muertos que perseguían a su raza que estar sentado sobre su culo.

Pero había formas de hacer desaparecer un caso de frustración del culo.

Para eso estaban hechas las restricciones y los cuerpos bien dispuestos.

Phury entró en la cocina tamaño industrial de la mansión y se congeló de la forma en que lo haces cuando te enfrentas a una herida accidental del tipo de las que son muy sangrientas: las suelas de sus zapatos se quedaron clavadas en el suelo, su respiración se detuvo, y su corazón se saltó un latido y luego corrió desbocado.

Antes de que pudiera dar marcha atrás por la puerta de servicio, lo pescaron.

Bella, la *shellan* de su gemelo, alzó la vista y sonrió.

—Hola.

—Hola. —*Vete. Ahora*.

Dios, olía tan bien.

Ondeó el cuchillo que tenía en la mano sobre el pavo asado que había estado cortando.

—¿Quieres que te haga un sándwich?

—¿Qué? —dijo como un idiota.

—Un sándwich —apuntó la hoja al pan, el tarro de mayonesa casi vacío, la lechuga y los tomates—. Debes tener hambre. No comiste mucho en la última comida.

—Ah, sip… no, no tengo… —su estómago estropeó la mentira al gruñir como la bestia vacía que era. *Bastardo*.

Bella sacudió la cabeza y volvió a trabajar sobre la pechuga del pavo.

—Coge un plato y siéntate.

Ok, esto era lo último que necesitaba. Era mejor ser enterrado vivo que sentarse a solas en la cocina con ella mientras le preparaba la comida con sus hermosas manos.

—Phury —dijo sin levantar la vista—. Plato. Asiento. Ahora.

Accedió porque a pesar del hecho de que provenía de un linaje de guerreros, de que era un miembro de la Hermandad y la sobrepasaba en peso por unas buenas cien libras, era un inútil y un debilucho cuando se trataba de ella. La *shellan* de su gemelo… la *shellan* embarazada de su gemelo… no era alguien a quien Phury se pudiera negar.

Después de deslizar un plato cerca de ella, se sentó sobre la isleta de mármol y se dijo a sí mismo que no le mirara las manos. Estaría bien siempre y cuando no mirara sus largos y elegantes dedos y sus uñas cortas y limadas y la forma en que…

Mierda.

—Te lo juro —dijo mientras cortaba más carne de la pechuga—, Zsadist quiere que me ponga grande como una casa. Otros trece meses con él importunándome para que coma y no cabré en la piscina. Los pantalones ya casi no me entran.

—Te ves bien. —Demonios, se veía perfecta, con el largo cabello oscuro y los ojos color zafiro y el cuerpo alto y delgado. El niño que tenía dentro no se notaba salvo por la camiseta holgada, pero el embarazo era obvio en su piel brillante y en la forma en que su mano frecuentemente se dirigía hacia la parte baja del estómago.

Su condición también se hacía evidente en la ansiedad detrás de los ojos de Z cuando estaba a su alrededor. Como los embarazos vampíricos tenían altas tasas de mortalidad materno/fetal, eran una bendición y una maldición a la vez, para los *hellren* que se habían vinculado a sus compañeras.

—¿Te sientes bien? —preguntó Phury. Después de todo, Z no era el único que se preocupaba por ella.

—Bastante. Me canso, pero no es tan malo —se lamió la punta de los dedos, luego agarró el tarro de mayonesa. Mientras escarbaba dentro, el cuchillo hizo un ruido repiqueteante, como una moneda siendo sacudida—. Aunque Z me está volviendo loca. Se niega a alimentarse.

Phury recordó el sabor de su sangre y desvío la mirada, mientras se le alargaban los colmillos. No había ninguna nobleza en lo que sentía por ella, para nada, y como macho que siempre se había enorgullecido de su naturaleza honorable, no podía reconciliar esas emociones con sus principios.

Y lo que pasaba de su lado definitivamente no era recíproco. Lo había alimentado una vez porque lo necesitaba desesperadamente y porque era una hembra de valor. No había sido porque se sintiera atraída a sustentarlo o porque lo deseara.

No, todo eso era para su gemelo. Desde la primera noche que había conocido a Z, se había sentido cautivada, y el destino había dispuesto que fuera la que verdaderamente lo salvara del infierno al que había estado sometido. Phury podía haber rescatado el cuerpo de Z de ese siglo en que fue esclavo de sangre, pero Bella había resucitado su espíritu.

Lo que, por supuesto, era una razón más para amarla.

Demonios, deseaba tener algo de humo rojo encima. Había dejado el endemoniado paquete arriba.

—Entonces, ¿cómo estás? —preguntó mientras ponía finas lonchas de pavo, y luego apilaba hojas de lechuga sobre ellas—. ¿Esa nueva prótesis todavía te está dando problemas?

—Está un poco mejor, gracias. —La tecnología esos días estaba a años luz de distancia de lo que lo había sido un siglo atrás, pero considerando toda la lucha que practicaba, su perdida pantorrilla era un constante problema para su movilidad.

Pierna perdida… si, está bien, la había perdido. Se la había volado de un disparo para apartar a Z de la perra enferma que tenía por Ama. El sacrificio había valido la pena. Como también el sacrificio de su felicidad valía la pena para que Z estuviera con la hembra que ambos amaban.

Bella coronó los sándwiches con otra rebanada de pan y deslizó el plato por el mármol hacia él.

—Aquí tienes.

—Esto es justo lo que necesitaba —saboreó el momento mientras le clavaba los dientes, el pan blando cediendo como si fuera piel. Mientras tragaba, fue acometido por la triste alegría de que le hubiera preparado esa comida, y lo hubiera hecho con cierta clase de amor.

—Bien. Me alegro —mordió su propio sándwich.

—Es que… he querido preguntarte algo.

—¿Si? ¿Qué cosa?

—Como sabes, he estado trabajando en Lugar Seguro con Marissa. Es una organización genial, llena de gente estupenda… —hubo una larga pausa… de la clase que hacía que se animara—. De cualquier manera, una nueva trabajadora social ha venido para dar consejo a las hembras y sus hijos —se aclaró la garganta. Se secó la boca con una servilleta de papel—. Es realmente maravillosa. Cálida, divertida. Estaba pensando que tal vez…

Oh, Dios.

—Gracias, pero no.

—Es realmente agradable.

—No, gracias. —Con la piel de gallina por todo el cuerpo, comenzó a comer a la carrera.

—Phury… sé que no es asunto mío, pero, ¿por qué te mantienes célibe?

Mierda. Más rápido con el sándwich.

—¿Podríamos cambiar de tema?

—Es debido a Z, ¿verdad? El porqué de que nunca hayas estado con una mujer. Es tu sacrificio por él y su pasado.

—Bella… por favor…

—Tienes más de doscientos años de edad, y ya es tiempo de que empieces a pensar en ti mismo. Z nunca va a ser completamente normal, y nadie sabe eso mejor que tú y yo. Pero ahora está más estable. Y con el tiempo va a estar aún mejor.

Era cierto, siempre y cuando Bella sobreviviera al embarazo.

Hasta que saliera del parto saludable, su gemelo no iba a salir del bosque. Y por extensión, tampoco lo haría Phury.

—Por favor deja que te presente…

—No. —Phury se puso de pie y masticó como una vaca. Los modales en la mesa eran muy importantes, pero esta conversación tenía que terminar antes de que le explotara la cabeza.

—Phury…

—No quiero una hembra en mi vida.

—Serías un maravilloso *hellren*, Phury.

Se limpió la boca en servilleta de cocina y dijo en la Antigua Lengua:

—*Gracias por esta comida hecha por tus manos. Bendita noche, Bella, amada compañera de mi gemelo, Zsadist*.

Sintiéndose despreciable por no ayudar a limpiar, pero imaginándose que era mejor que sufrir un aneurisma, empujó la puerta de servicio y salió al comedor. A medio camino, a lo largo de la mesa de treinta pies de extensión, se quedó sin gasolina, retiró una silla al azar, y se dejó caer sobre ella.

Hombre, su corazón estaba aporreándole el pecho.

Cuando alzó la vista, Vishous estaba de pie al otro lado de la mesa, mirándolo.

—¡*Cristo*!

—¿Estás un poco tenso, hermano? —De seis pies con seis de altura y descendiente del gran guerrero conocido sólo como el Bloodletter[7], V era un macho imponente. Con los ojos de iris blanco con un reborde azul, el cabello negro azabache, y rostro anguloso y astuto, podría haber sido considerado hermoso. Pero la perilla y los tatuajes en las sienes lo hacían parecer malvado.

—Tenso no. Ni un poco —Phury extendió las manos sobre la lustrosa mesa, pensando en el porro que iba a encender en el mismo instante en que llegara a su habitación—. En realidad, iba a ir a buscarte.

—¿Ah, sí?

—A Wrath no le gustaron las vibraciones que sintió en la reunión de esta mañana —lo que era decir poco. V y el Rey habían terminado barbilla a barbilla en un par de ocasiones, y ese no era el único argumento que volaba por ahí—. Esta noche nos ha sacado a todos de la rotación. Dijo que necesitábamos algo de D&D[8].

V arqueó las cejas, viéndose más inteligente que un grupo de Einsteins. El aire de genio no era sólo cosa de apariencias. El tipo hablaba dieciséis idiomas, diseñaba juegos para ordenador por diversión, y podía recitar los veinte tomos de las Crónicas de memoria. El hermano hacía que Stephen Hawking pareciera un candidato a simple técnico.

—¿Todos nosotros? —dijo V.

—Sip. Iba al ZeroSum. ¿Quieres venir?

—Acabo de programar un asunto privado.

Ah, sí. La poco convencional vida sexual de V. Hombre, él y Vishous estaban en extremos opuestos del espectro sexual. Él no sabiendo nada, Vishous habiéndolo explorado todo, y la mayor parte de ello hasta el extremo… el camino inaccesible y la carretera. Y esa no era la única diferencia entre ellos. Pensándolo bien, no tenían nada en común.

—¿Phury?

Se sacudió a sí mismo.

—Lo siento. ¿Qué?

—Dije que soñé contigo una vez. Hace muchos años.

Oh, Dios. ¿Por qué no se había ido derecho a su habitación? Podría estar encendiendo uno en ese mismo momento.

—¿Cómo es eso?

V se acarició la perilla.

—Te vi parado en una encrucijada sobre un campo inmaculado. Era un día tormentoso… sí, muchas tormentas. Pero cuando tomaste una nube del cielo y la envolviste alrededor del pozo, la lluvia dejó de caer.

[7] Bloodletter: Significaría *desangrador*, o que derrama sangre.

[8] D&D Descanso y Diversión. En Inglés R&R por Rest and Recreation, que es una sigla que usan en el ejército norteamericano y los Voluntarios de las Naciones Unidas para referirse a unas cortas vacaciones dadas al personal.

—Suena poético —y era un alivio. La mayoría de las visiones de V eran aterradoras como el infierno—. Pero carece de sentido.

—Nada de lo que veo carece de sentido, y lo sabes.

—Alegórica entonces. ¿Cómo puede alguien envolver un pozo? —Phury frunció el ceño—. ¿Y por qué me lo dices ahora?

Las oscuras cejas de V bajaron sobre sus ojos semejantes a espejos.

—Yo… Dios, no tengo ni idea. Sólo tenía que decirlo. —Con una grosera maldición, se dirigió a la cocina—. ¿Está Bella aún allí?

—¿Cómo sabías que estaba…?

—Siempre pareces destrozado después de verla.

CAPÍTULO 2

Media hora y un sándwich de pavo después, V se materializó en la terraza de su ático privado en el centro de la ciudad. La noche era una porquería, con todo el frío de marzo y la humedad de abril, el amargo viento arremolinándose a su alrededor como un borracho con una mala actitud. Mientras permanecía de pie frente al panorama que ofrecían los puentes gemelos de Caldwell, la vista de postal de la centelleante ciudad lo aburría.

Como también lo hacía el proyecto que tenía de diversión y juegos para esa noche.

Suponía que era similar a lo que ocurría con una persona que había sido adicta a la cocaína durante mucho tiempo. Alguna vez el efecto había sido intenso, pero ahora alimentaba su vicio sin ningún tipo de entusiasmo. Era todo para calmar la necesidad y no por obtener alivio.

Plantando las palmas de las manos sobre el muro de la terraza, se asomó inclinándose mucho hacia afuera y fue golpeado en el rostro por una corriente de aire helado, su cabello volando hacia atrás como un modelo y toda esa mierda. O tal vez… era más parecido al superhéroe de las historietas. Sip, esa era una metáfora mejor.

Salvo que él sería el villano, ¿no?

Se dio cuenta de que sus manos estaban alisando la llana piedra sobre la que descansaban, acariciándola. El muro tenía cuatro pies de altura y recorrían todo el largo del edificio como el reborde de una bandeja de servicio. El borde era un saliente de tres pies de ancho rogando ser saltado, para encontrarte con los treinta pies de aire que había del otro lado siendo un perfecto y airoso preludio para que luego la muerte te jodiera duramente.

Ahora, esa era una vista que le parecía interesante.

Sabía de primera mano cómo de dulce era una caída libre. Como la fuerza del viento oprimía tu pecho, haciendo que te fuera difícil respirar. Como te lloraban los ojos y las lágrimas recorrían tus sienes, en lugar de bajar por tus mejillas. Como la tierra se apresuraba hacia ti para acogerte, una anfitriona lista para darte la bienvenida a la fiesta.

No estaba seguro de haber tomado la decisión correcta al decidir salvarse a si mismo esa vez que había saltado. Sin embargo, en el último momento, se había desmaterializado hacia la terraza. De regreso… a los brazos de Butch.

Maldito Butch. Todo conducía siempre hacia ese hijo de puta, eso era.

V dejo de lado el impulso de hacer otro vuelo y abrió una de las puertas correderas con la mente. Las tres paredes de vidrio del ático eran a prueba de balas pero no filtraban la luz del sol. Aunque lo hiciera, no se hubiera quedado allí a pasar el día.

Esto no era el hogar.

Mientras entraba, el lugar y lo que significaba presionaron sobre él como si la fuerza de la gravedad fuera distinta allí. Las paredes, el techo y los suelos de mármol de la abierta extensión de una sola habitación eran negros. Como lo eran las cientos de velas que podía encender a voluntad. La única cosa que podía ser clasificada como mueble era una cama extra grande que nunca usaba. El resto era equipo. La mesa con los objetos de sujeción. Las cadenas empotradas en la pared. Las máscaras, las mordazas, los látigos, los bastones y las cadenas. El tocador lleno de pesas para pezones y pinzas de acero y herramientas de acero inoxidable.

Todo para las hembras.

Se sacó la chaqueta de cuero y la tiró sobre la cama, luego se deshizo de la camisa. Siempre conservaba los pantalones de cuero durante las sesiones. Las sumisas nunca lo

veían completamente desnudo. Nadie lo hacía salvo sus hermanos durante las ceremonias en la Tumba, y eso era solo porque los rituales lo exigían.

Como se veía su parte inferior no era asunto de nadie más.

Las velas llamearon cuando lo mandó, la luz líquida rebotando sobre el lustroso suelo antes de ser absorbida por la negrura del techo abovedado. No había nada romántico en el aire. El lugar era una cueva donde voluntariamente se practicaban actos profanos, y la luz era solo para asegurar que el cuero y el metal, las manos y los colmillos fueran puestos en los lugares adecuados.

Además, las velas podían ser usadas para otros propósitos además de la iluminación.

Fue hacia el bar, se sirvió un par de dedos de Grey Goose, y se apoyó contra la corta extensión del mostrador. Había algunas dentro de la raza que pensaban que venir aquí y resistir una relación sexual con él era un rito de graduación. Luego había otras que sólo podían obtener satisfacción con él. Y había aún más que deseaban explorar cuanto se podían mezclar el dolor y el sexo.

Las del tipo Lewis y Clark[9] eran las que le interesaban menos.

Habitualmente no podían soportarlo y a la mitad de la sesión, tenían que utilizar la palabra segura o el gesto de la mano seguro que les proporcionaba. Siempre las dejaba ir prontamente, aunque cualquier lágrima tenían que enjugársela ellas mismas, no él. Nueve de cada diez veces querían intentarlo de nuevo, pero eso no era posible. Si se quebraban demasiado fácilmente una vez, probablemente lo volvieran a hacer, y no estaba interesado en adiestrar pesos ligeros en su estilo de vida.

Las que podían soportarlo lo llamaban *lheage* y lo adoraban, aunque no le importaba una mierda su reverencia. El borde en él tenía que mitigarse, y sus cuerpos eran la piedra que usaba para pulirse. Fin de la historia.

Fue hacia la pared, levantó una de las cadenas de acero, y la deslizó sobre la palma de la mano, eslabón por eslabón. Aunque era un sádico por naturaleza, no se excitaba lastimando a sus sumisas. Su lado sádico era sustentado con sus matanzas de *lessers*.

Lo que buscaba era el control de sus mentes y cuerpos. Las cosas que les hacía sexualmente o de otra forma, las cosas que decía, lo que les hacía ponerse… todo era calibrado cuidadosamente para obtener un efecto. Seguro que involucraba dolor, y si, tal vez lloraran por la vulnerabilidad y el miedo. Pero le rogaban por más.

Y se los daba, si se sentía de humor para ello.

Le echó un vistazo a las máscaras. Siempre les ponía máscaras, y nunca debían tocarlo a no ser que les dijera dónde, cómo y con qué. Si tenía un orgasmo durante el transcurso de una sesión, lo que era inusual, era recogido por las sumisas con gran orgullo. Si se alimentaba, era sólo porque tenía que hacerlo.

Nunca degradaba a las que acudían a ese lugar, nunca las hacía hacer ninguna de las cosas que sabía endemoniadamente bien que algunos dominadores preferían. Pero no las consolaba al principio, en medio o al final y las sesiones sólo se llevaban a cabo bajo sus términos. Les decía donde y cuando, y si le salían con alguna mierda de celos de propietaria, estaban fuera. Para siempre.

[9] Lewis y Clark: Se refiere al Capitán Meriwether Lewis y al Teniente William Clark- Llevaron a cabo la primera expedición que cruzó por tierra la Costa del Pacífico de los Estados Unidos ida y vuelta. Esta expedición también es conocida como los Cuerpos de Descubrimiento. Me imagino que se refiere a las hembras que están buscando "descubrir" algo nuevo, "explorar" cuanto se puede mezclar el sexo y el dolor.

Consultó el reloj y levantó el *mhis* que rodeaba el ático. La hembra que venía esa noche podía rastrearlo ya que un par de meses antes había bebido de su vena. Cuando terminara con ella, lo arreglaría de forma que se fuera sin recuerdos del lugar donde había estado.

Aunque recordaría lo que había pasado. Las marcas del sexo estarían por todo su cuerpo.

Cuando la hembra se materializó en la terraza, se dio la vuelta. A través de las puertas corredizas era una sombra anónima de curvas vistiendo un corsé de cuero negro y una larga y holgada falda negra. Llevaba el cabello negro recogido alto sobre la cabeza, como había solicitado.

Sabía esperar. Sabía que no debía llamar.

Abrió la puerta con la mente, pero también sabía que no debía entrar sin haber sido llamada.

Le echó un vistazo y capto su aroma. Estaba completamente excitada.

Se le alargaron los colmillos, pero no debido a que estuviera particularmente interesado en el húmedo sexo entre sus piernas. Necesitaba alimentarse, y ella era una hembra y tenía muchas venas que podía sangrar. Era algo biológico, no algo encantador.

V extendió el brazo y le hizo señas con el dedo. Se adelantó, temblando, como debería. Esa noche estaba de un humor particularmente cáustico.

—Deshazte de esa falda —dijo—. No me gusta.

Inmediatamente abrió la cremallera de la ropa y la dejó caer sobre el suelo en un torrente de satén. Debajo, llevaba un liguero negro y medias rematadas en encaje negro. No llevaba bragas.

Hmm… Sip. Iba a sacar esa lencería de sus caderas cortándola con una daga. Eventualmente.

V caminó hacia la pared y tomó una máscara con solo una abertura. Si quería aire, iba a tener que respirar por la boca.

Tirándosela, dijo:

—Póntela. Ahora.

Se cubrió el rostro sin decir una palabra.

—Súbete a la mesa.

No la ayudó cuando se adelantó desorientada, solo la observó, sabiendo que encontraría el camino. Siempre lo hacían. Las hembras como ella siempre encontraban el camino a la mesa de tortura.

Para pasar el tiempo sacó un porro del bolsillo trasero, se lo puso entre los labios, y cogió una vela negra del candelabro. Mientras encendía el cigarrillo, miró fijamente el pequeño charco de cera líquida que había al pie de la llama.

Comprobó el progreso de la hembra. Bien hecho. Se había colocado boca arriba, con los brazos a los lados y las piernas abiertas.

Después de atarla, supo exactamente por dónde empezar esa noche.

Mantuvo la vela en la mano mientras daba un paso al frente.

Debajo de las luces empotradas del gimnasio de la Hermandad, John Matthew asumió la posición de comienzo y se enfocó en su oponente en el entrenamiento. Ambos estaban tan bien equilibrados como un par de palillos chinos, ambos delgados e insubstanciales, fáciles de quebrar. Como lo eran todos los *pretrans*.

Zsadist, el hermano que estaba dando la lección de lucha cuerpo a cuerpo esa noche, silbó entre dientes, y John y su compañero de clase se saludaron con una reverencia. Su oponente dijo el saludo apropiado en la Antigua Lengua, y John respondió a la declaración

usando el lenguaje por señas americano. Luego se engancharon. Pequeñas manos y huesudos brazos volaron sin lograr gran efecto; los golpes eran lanzados como aviones de papel, eran esquivados con poca soltura. Todos sus movimientos y posiciones eran sombras de lo que deberían haber sido, ecos de trueno, no el grave rugido en sí mismo.

El trueno provino de otra parte en el gimnasio.

En el medio de la ronda, se sintió un tremendo ¡*WHOOMP*! cuando un sólido cuerpo golpeó las colchonetas como un saco de arena. Ambos John y su oponente miraron hacia allí… luego abandonaron sus pobres intentos de artes marciales mixtas.

Zsadist estaba trabajando con Blaylock, uno de los dos mejores amigos de John. El pelirrojo era el único alumno que había pasado por el cambio hasta ese momento, así que tenía el doble del tamaño que todo el resto de la clase. Y Z acababa de tirar al tipo al suelo.

Blaylock saltó a sus pies y nuevamente cargó como un soldado de caballería, pero sólo para ser pateado en el culo nuevamente. Era grande, pero Z era un gigante además de ser miembro de la Hermandad de la Daga Negra. Así que Blay estaba enfrentando a un tanque Sherman jodidamente colmado de experiencia en combate.

Hombre, Qhuinn debería estar allí para ver eso. ¿Dónde estaba ese tío?

Todos, los once alumnos dejaron escapar un ¡*Whoa*! cuando tranquilamente Z hizo que Blay perdiera el equilibrio, lo tiró boca arriba sobre las colchonetas, y lo retorció con una presa que le retorció los huesos hasta la sumisión. En el mismo instante que Blay dio una palmada, Z lo soltó.

Mientras Zsadist se paraba cerca del chico, su voz sonó con el tono más cálido que podía llegar a tener alguna vez.

—Para haber pasado cinco días desde la transición, lo estás haciendo bien.

Blay sonrió, aunque su mejilla estaba aplastada contra la colchoneta como si lo hubieran pegado con pegamento.

—Gracias… —jadeó—. Gracias señor.

Z extendió la mano e izó a Blay del suelo justo cuando el sonido de una puerta abriéndose hizo eco a través del gimnasio.

A John se le agrandaron los ojos al ver lo que entró por ella. Bueno, *mierda*… eso explicaba donde había estado Qhuinn toda la tarde.

El macho que se acercaba lentamente a través de las colchonetas de unos seis pies con cinco pulgadas de alto y doscientas cincuenta libras de peso tenía una cierta semejanza con alguien que hasta ayer había pesado tanto como una bolsa de comida para perros. Qhuinn había pasado por la transición. Dios, no era para sorprenderse que el tipo no hubiera estado ensuciándose las manos o metido entre los libros ese día. Había estado ocupado haciéndose con un nuevo cuerpo.

Cuando John levantó la mano, Qhuinn lo saludó con la cabeza como si la tuviera rígida o tal vez como si le estuviera latiendo. El tipo se veía como la mierda y se movía como si le doliera cada hueso del cuerpo. También jugaba con el cuello de su nueva sudadera talla XXXL como si sentirlo le molestara, y se subía los pantalones una y otra vez encogiéndose cada vez. Le sorprendió ver que tenía un ojo morado, pero tal vez se hubiera golpeado contra algo en medio de la transición. Se decía que te sacudías un montón cuando estabas cambiando.

—Me alegra que hayas venido —dijo Zsadist.

La voz de Qhuinn era grave cuando contestó, con una cadencia totalmente distinta de la anterior.

—Quise venir aunque no pueda ejercitarme.

—Bien hecho. Puedes descansar por ahí.

Mientras Qhuinn se dirigía hacia un costado encontró la mirada de Blay y ambos sonrieron muy lentamente. Luego miraron a John.

Usando el LSA, las manos de Qhuinn deletrearon: *Después de clases iremos a lo de Blay*. *Tengo un montón de cosas que contaros a los dos*.

Mientras John asentía, la voz de Z retumbó en el gimnasio.

—La pausa para el cotilleo ha terminado, señoritas. No hagáis que os patee el culo, porque lo haré.

John enfrentó a su pequeño compañero y se puso en la posición de preparados.

Aunque uno de los alumnos había muerto debido al cambio, John no podía esperar a que le golpeara el suyo. Seguro, tenía un susto de muerte, pero era mejor estar muerto que clavado en el mundo como un trozo de carne asexuado dejado a merced de otros.

Estaba más que listo para convertirse en un macho.

Tenía asuntos de familia que tratar con los *lessers*.

Dos horas después, V estaba todo lo satisfecho que podía estar. No era sorprendente que la hembra no estuviera en forma para desmaterializarse hacia su casa, así que le puso una bata, la hipnotizó para atontarla, y la llevó abajo en el montacargas del edificio. Fritz estaba esperando en la acera con el coche, y el anciano *doggen* no hizo preguntas después que le hubo dado la dirección.

Como siempre, ese mayordomo era un regalo de Dios.

Nuevamente solo en el ático, V se sirvió un poco de Goose y se sentó sobre la cama. La mesa de tortura estaba cubierta con cera endurecida, sangre, la humedad de ella y los resultados de sus orgasmos. Había sido una sesión sucia. Pero las buenas siempre lo eran.

Tomó un largo trago del vaso. En el denso silencio, en las secuelas de sus perversiones, en la fría bofetada de su cruda realidad, le llegó una cascada de sensuales imágenes. Lo que había visto hacía unas semanas y que ahora recordaba, había sido visto por error, pero de todas formas, había capturado la escena como un carterista, escondiéndola en su lóbulo frontal aunque no le perteneciera.

Semanas antes había visto a Butch y Marissa… yaciendo juntos. Había sido cuando el poli estaba en cuarentena en la clínica de Havers. Una cámara de video estaba puesta en la esquina de la habitación del hospital, y V los había visto a los dos en el monitor de un ordenador. Ella llevaba un vestido de vibrante color melocotón, él, una bata de hospital. Habían estado besándose larga y ardientemente, sus cuerpos sobreexcitados sexualmente.

V había observado con el corazón en la garganta como Butch había rodado y se había montado sobre ella, la bata se había abierto para revelar sus hombros, su espalda y sus caderas. Cuando comenzó a moverse rítmicamente, su espina dorsal se había flexionado y aflojado, mientras las manos de ella le aferraban el trasero clavándole las uñas.

Había sido hermoso, ellos dos juntos. Nada que ver con el sexo de bordes afilados que V había practicado toda la vida. Había habido amor, e intimidad y… afecto.

Vishous dejó que su cuerpo se aflojara y cayó hacia atrás derrumbándose contra el colchón, inclinando el vaso hasta casi derramarlo cuando se tendió. Dios, se preguntaba cómo sería tener ese tipo de sexo. ¿Le llegaría a gustar? Tal vez le diera claustrofobia. No estaba seguro de poder estar con alguien que le pasara las manos por todo el cuerpo, y no podía imaginarse estar completamente desnudo.

Salvo que después pensó en Butch y decidió que probablemente solo dependiera de con quién estuvieras.

V se cubrió el rostro con la mano buena, deseando como el infierno que sus sentimientos desaparecieran. Se odiaba a sí mismo por esos pensamientos, por su fijación, por su inútil languidecer, y la familiar letanía de vergüenza venida en una ola de cansancio. Cuando una ola de agotamiento a lo Tom Sawyer lo recorrió de los pies a la cabeza, luchó contra ella, sabiendo que era peligroso.

Esta vez no ganó. Ni siquiera tuvo elección. Sus ojos se cerraron de golpe, incluso mientras el miedo lamía su espina dorsal y le dejaba la piel de gallina.

Oh… mierda. Se estaba quedando dormido…

Sintiendo pánico trató de abrir los párpados, pero era demasiado tarde. Se habían convertido en paredes de albañilería. Lo había cogido un remolino y estaba siendo succionado hacia abajo sin importar cuánto tratara de liberarse.

Se le aflojó la mano que sostenía el vaso y apenas lo escuchó golpear contra el suelo y astillarse. Su último pensamiento fue que era igual a ese vaso de vodka, quebrándose y derramándose, incapaz ya de contenerse a si mismo dentro de su cuerpo.

CAPÍTULO 3

Un par de manzanas hacia el oeste, Phury levantaba su copa de Martini y descansaba sobre una banqueta de cuero en el ZeroSum. Él y Butch habían estado bastante silenciosos desde que habían llegado al club hacía más o menos media hora, ambos dedicándose a mirar a la gente desde la mesa de la Hermandad.

Dios era testigo que había mucho para ver en ese lugar.

Al otro lado de una pared por la que corría una catarata, la pista de baile del club se retorcía con la música techno mientras los humanos remontaban sobre olas de éxtasis y coca y practicaban sucios actos vestidos con ropa de diseño. Sin embargo, la Hermandad nunca se juntaba con el público en general. La pequeña porción de su propiedad estaba en la sección VIP, una mesa al fondo cerca de la puerta de emergencia. El club era un buen lugar para D&D . La gente los dejaba en paz, las bebidas alcohólicas eran de buena calidad, y estaba situado en el centro, a un paso de distancia de donde la Hermandad hacía la mayor parte de las cacerías.

Además era propiedad de un familiar, ahora que Bella y Z estaban emparejados. Rehvenge, el macho que lo dirigía, era su hermano.

Casualmente, también era el proveedor de drogas de Phury.

Tomó un trago largo del borde de su agitado-pero-no-revuelto. No tendría más remedio que realizar otra compra esa noche. Su alijo estaba en baja forma otra vez.

Una mujer rubia se meneó al pasar cerca de la mesa, sus pechos rebotando como manzanas bajo lentejuelas plateadas, la falda del tamaño de un sello de correos relampagueando sobre los cachetes de su trasero y el poco conveniente tanga. El atuendo la hacía ver como algo más que simplemente semidesnuda.

Indecente era la palabra que tal vez estaba buscando.

Era algo típico. La mayoría de las hembras humanas en la sección VIP estaban a una pulgada de ser arrestadas por exhibición indecente, pero bueno, las damas tendían a ser o profesionales o el equivalente civil a prostitutas. Mientras la prostituta se sentaba en la siguiente banqueta, por medio segundo se preguntó cómo se sentiría comprar algo de tiempo con alguien como ella.

Había sido célibe por tanto tiempo, que parecía totalmente fuera de lugar hasta pensar de esa manera, y mucho menos llevar a cabo la idea. Pero tal vez le ayudara a sacarse a Bella de la mente.

—¿Ves algo que te guste? —dijo pausadamente Butch.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Oh? ¿Quieres decir que no has notado a la rubia que acaba de pasar por aquí? ¿O la forma en que te estaba mirando?

—No es mi tipo

—Entonces busca una castaña de cabello largo.

—Lo que sea. —Cuando Phury terminó el Martini, tuvo ganas de tirar la copa contra la pared. Mierda, no podía creer que hubiese pensado en pagar por tener sexo.

Desesperado. Perdedor.

Dios, necesitaba un porro.

—Vamos, Phury, debes saber que todas las chicas de aquí te echan el ojo cuando vienes. Deberías probar alguna.

Vale, *demasiada* gente lo estaba apremiando esta noche.

—No, gracias.

—Sólo digo que…

—Vete a la mierda y cierra el pico.

Butch maldijo en voz baja pero no hizo más comentarios. Lo que hizo sentir a Phury como un idiota. Como debería.

—Lo siento.

—Nah, está bien.

Phury le hizo señas a una camarera, que acudió enseguida. Mientras se llevaban su copa vacía, murmuró.

—Esta noche trató de engancharme con alguien.

—¿Disculpa?

—Bella. —Phury tomó una empapada servilleta de cocktail y comenzó a doblarla en cuadraditos—. Dijo que había una asistente social en Lugar Seguro.

—¿Rhym? Oh, es muy simpática…

—Pero yo…

—¿No estás interesado? —Butch sacudió la cabeza—. Phury, hombre, se que probablemente me arrancarás la cabeza de un mordisco otra vez, pero ya es tiempo de que comiences a interesarte. ¿Esa mierda contigo y las hembras? Debe terminar.

Phury tuvo que reírse.

—Se directo, ¿por qué no lo haces?

—Mira, necesitas vivir un poco.

Phury señaló a la rubia con la cabeza.

—¿Y crees que comprar sexo forma parte de vivir un poco?

—Con la forma en que te está mirando, no tendrías que pagar —dijo Butch secamente.

Phury forzó a su cerebro para que tratara de imaginar el escenario. Se imaginó a si mismo levantándose y caminando hacia la mujer. Tomándola por el brazo y guiándola hacia uno de los aseos privados. Tal vez le hiciera una mamada. Tal vez la colocara sobre el lavabo, le separara las piernas y bombeara en ella hasta terminar. ¿Tiempo total transcurrido? Quince minutos, como máximo. Después de todo podría ser virgen, pero la mecánica del sexo era bastante simple. Todo lo que su cuerpo necesitaría sería un fuerte apretón, algo de fricción y estaría listo para correrse.

Bueno, en teoría. En ese momento estaba flojo dentro de los pantalones. Así que aunque tuviera la intención de romper con su virginidad esta noche, no iba a suceder. Al menos, no con ella.

—Estoy bien —dijo cuando llegó su nuevo Martini. Después de hacer girar la aceituna con el dedo, se la metió en la boca—. En serio. Estoy bien.

Ambos volvieron a la rutina de guardar silencio, sin ningún sonido entre ellos a excepción del tenue latido de la música que llegaba del otro lado de la pared que tenía la catarata. Phury estaba a punto de sacar el tema de los deportes porque no podía tolerar el silencio cuando Butch se puso rígido.

Una hembra que estaba al otro lado del área VIP estaba mirando en su dirección. Era la jefa de seguridad, la que estaba constituida como un macho y tenía el corte de cabello igual al de un macho. Hablando de tipos duros. Phury la había visto golpear a hombres humanos borrachos como si estuviera azotando perros con un periódico.

Pero espera, no estaba mirando a Phury. Estaba absolutamente concentrada en Butch.

—Whoa, lo has hecho con ella —dijo Phury—. ¿A que si?

Butch se encogió de hombros y tragó el Lag que tenía en el vaso.

—Sólo una vez. Y fue antes de que estuviera con Marissa.

Phury volvió a mirar a la hembra, y tuvo que preguntarse como había sido ese encuentro sexual. Parecía el tipo de mujer que haría ver las estrellas a un hombre. Y no necesariamente de una forma placentera.

—¿Es bueno el sexo anónimo? —preguntó, sintiendo como si tuviera doce años.

La sonrisa de Butch fue lenta. Secreta.

—Solía pensar que lo era. Pero cuando eso es todo lo que conoces, seguro que piensas que la pizza fría es fantástica.

Phury tomo un sorbo de Martini. Pizza fría, huh. Así que eso era lo que le esperaba allí afuera. Que estimulante.

—Mierda, no quiero ser un aguafiestas. Es sólo que es mejor con la persona adecuada. —Butch terminó el Lag de un trago. Cuando la camarera se acercó a levantar el vaso para volver a llenarlo, dijo—. Nah, ahora me detengo en dos. Gracias.

—¡Espera! —dijo Phury, antes de que la mujer se fuera—. Tomaré otro. Gracias.

Vishous supo que estaba dormido, porque estaba contento. La pesadilla siempre comenzaba con él en un estado de gloria. En un principio, siempre estaba enteramente feliz, absolutamente completo, como un cubo de Rubik resuelto.

Luego el arma se disparó. Y una brillante mancha roja brotó de su camisa. Y un grito rasgó el aire que parecía denso como un sólido.

El dolor le golpeó como si hubiera sido desgarrado por fragmentos de metralla, como si hubiera sido rociado con gasolina y encendido, como si le hubieran arrancado la piel en tiras.

Oh, Dios, se estaba muriendo. Nadie sobrevivía esta clase de agonía.

Cayó de rodillas y…

V saltó de la cama como si le hubieran pegado una patada en la cabeza.

En la jaula del ático con paredes negras y vidrios recubiertos por la noche, su respiración sonó como una sierra atravesando madera dura. Mierda, su corazón estaba latiendo tan rápido que sentía como si debiera ponerle las manos encima para mantenerlo en su lugar.

Necesitaba un trago… *ahora*.

Con piernas temblorosas caminó hacia el bar, agarró un vaso limpio, y se sirvió unos cuatro dedos de Grey Goose. Casi tenía el largo vaso sobre los labios cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

Desenvainó una daga negra de la cintura y se giró rápidamente.

—Soy yo, guerrero.

Jesús Bendito. La Virgen Escriba estaba de pie ante él envuelta en una túnica negra de la cabeza a los pies, el rostro cubierto, su pequeña forma dominando el ático. De debajo de su dobladillo se derramaba un resplandor sobre el suelo de mármol, brillante como el sol del mediodía.

Oh, una audiencia, justo lo que deseaba en ese momento. *Yup, yup*.

Hizo una reverencia y se quedo así. Tratando de imaginar como podía seguir bebiendo en esa posición.

—Me siento honrado.

—Como mientes —dijo secamente—. Levántate, guerrero. Veré tu rostro.

V hizo lo que pudo para apartar un hola-como-estás de su boca, con la esperanza de camuflar el oh-demonios que estaba allí. Maldita fuera. Wrath había amenazado con entregarlo a la Virgen Escriba si no se comportaba. Era de suponer que ya había dejado caer esa moneda.

Mientras se enderezaba, supuso que sorber algo de Goose sería percibido como un insulto.

—Sí, lo sería —dijo ella—. Pero haz lo que tengas que hacer.

Tragó el vodka como si fuera agua y dejó el vaso en el bar. Quería más, pero tenía esperanzas que no se quedara mucho tiempo.

—El propósito de mi visita no tiene nada que ver con tu Rey. —La Virgen Escriba flotó hacia delante, deteniéndose cuando estaba a un solo pie de distancia. V luchó contra el impulso de dar un paso atrás, especialmente cuando extendió la brillante mano y le rozó la mejilla. Su poder era como el de un relámpago: mortal y preciso. No querías ser su blanco—. Es la hora.

¿*La hora de qué*? Pero se contuvo a si mismo. No le hacías preguntas a la Virgen Escriba. No a menos que desearas añadir ser utilizado para encerar el suelo en tu currículo.

—Se acerca tu cumpleaños.

Era cierto, pronto cumpliría los trescientos tres años, pero no se le ocurría porque eso justificaría una visita privada de su parte. Si deseaba dirigirle unas felicitaciones de cumpleaños, algo rápido en el correo electrónico serviría igual. Joder, podía enviar una e-card de Hallmark y darse por satisfecha.

—Y tengo un regalo para ti.

—Me siento honrado. —*Y confundido*.

—Tu hembra está lista.

A Vishous se le estremeció todo el cuerpo, como si alguien le hubiera clavado un pincho en el culo.

—Lo siento, ¿que…? —*sin preguntas, maldito tonto*—. Ah… con todo el debido respeto, no tengo hembra.

—Si la tienes —bajó el brillante brazo—. La he escogido entre todas las Elegidas para ser tu primera compañera. Es la de sangre más pura, la más bella —cuando V abrió la boca, la Virgen Escriba le pasó por encima como una apisonadora—. Ciertamente te emparejarás, y ambos engendrareis, y también engendrarás con las otras. Tus hijas llenarán las filas de las Elegidas. Tus hijos se convertirán en miembros de la Hermandad. Este es tu destino. Convertirte en el *Primale* de las Elegidas.

La palabra *Primale* cayó como una bomba atómica.

—Disculpe, Virgen Escriba… ah… —se aclaró la garganta y se recordó a si mismo que si cabreabas a Su Santidad, se necesitarían pinzas de barbacoa para recoger tus humeantes pedazos—. No pretendo ofenderla, pero no tomaré ninguna mujer como propia…

—Lo harás. Y yacerás con ella con el ritual apropiado y engendrará a tus hijos. Como lo harán las demás.

Visiones de ser atrapado al Otro Lado, rodeado de hembras, incapaz de luchar, incapaz de ver a sus hermanos… o… Dios, Butch… arrebataron la mordaza de su boca.

—Mi destino es como guerrero. Con mis hermanos. Estoy donde debo estar.

Además, con lo que le habían hecho, ¿podría siquiera engendrar hijos?

Esperaba que le sacudiera por la insubordinación. En vez de ello dijo:

—Que osadía la tuya negar tu lugar. Eres tan parecido a tu padre.

Error. Él y el Bloodletter no tenían *nada* en común.

—Su Santidad…

—Debes hacer esto. Y debes someterte por voluntad propia.

Su respuesta salió disparada, dura y fría.

—Necesito un condenado buen motivo.

—Eres mi hijo.

V dejó de respirar, su pecho se había vuelto de hormigón. Seguro que lo había dicho en el más amplio sentido de la palabra.

—Hace trescientos tres años naciste de mi cuerpo. —La capucha de la Virgen Escriba se alzó por propia voluntad, revelando una fantasmal y etérea belleza—. Levanta esa maldita palma y conoce nuestra verdad.

Con el corazón en la garganta, V levantó la mano enguantada, luego se arrancó el cuero con torpes tirones. Con horror miró fijamente lo que había detrás de su piel tatuada. El brillo en él era igual al de ella.

Jesús Bendito… ¿Por qué demonios no había visto la semejanza antes?

—Tu ceguera —dijo— fue producto de tu negación. No deseabas saberlo.

V se tambaleó alejándose de ella. Cuando golpeó el colchón, se dejó caer de culo y se dijo a si mismo que este no era el momento de perder la cabeza…

Oh, espera… ya la había perdido. Buen negocio, de lo contrario en ese momento estaría absolutamente aterrado.

—¿Cómo… es eso posible? —seguro que eso era una pregunta, pero a estas alturas, ¿a quien mierda le importaba?

—Sí, creo que por esta vez te perdonaré el interrogatorio. —La Virgen Escriba flotó alrededor de la habitación, moviéndose sin caminar, su ropa no se veía afectada por el movimiento, como si estuviera esculpida en piedra. En el silencio pensó en ella como en una pieza de ajedrez. La reina, la única entre todas las demás en el tablero que podía moverse en todas direcciones.

Cuando finalmente habló, su voz era profunda. Autoritaria.

—Deseaba conocer la concepción y el nacimiento en forma física, así que asumí una forma adecuada para realizar el acto sexual y fui al Antiguo País en mi época fecunda —hizo una pausa ante las puertas de vidrio que daban a la terraza—. Escogí el macho basándome en lo que creía eran los atributos masculinos más deseables para la supervivencia de la especie. Fuerza e ingenio, poder, agresividad.

V visualizó a su padre y trató de imaginar a la Virgen Escriba teniendo sexo con el macho. Mierda, esa debía haber sido una experiencia brutal.

—Lo fue —dijo—. Recibí exactamente lo que en gran medida había ido a buscar. No había vuelta atrás una vez que comenzó el celo, y él fue fiel a su naturaleza. Aunque al final, se contuvo. De alguna forma supo que era lo que buscaba y quién era.

Si, su padre había sobresalido en encontrar y explotar las motivaciones de los demás.

—Tal vez fue tonto por mi parte pensar que podría pretender ser algo que no era ante un macho como él. Verdaderamente inteligente —miró a V a través de la habitación—. Me dijo que me daría su semilla sólo si un hijo macho le era entregado. Nunca había logrado ser padre de un hijo que sobreviviera, y su virilidad de guerrero quería esa satisfacción.

—Yo, sin embargo, deseaba a mi hijo para las Elegidas. Tu padre podía entender de tácticas, pero no era el único. Sabía bien cuál era su debilidad y tenía el poder de garantizar el sexo del bebé. Acordamos que te tendría tres años después del nacimiento y durante tres siglos, y que podía guiarte para luchar a su lado. De ahí en adelante servirías a mis propósitos.

¿Sus propósitos? ¿Los propósitos de su padre? Mierda, ¿es que acaso él no tenía voto?

La voz de la Virgen Escriba se hizo más baja.

—Habiendo llegado a un acuerdo, me forzó debajo de él durante horas, hasta que la forma que había adquirido casi muere por ello. Estaba poseído por la necesidad de concebir, y yo lo soporté porque me pasaba lo mismo.

Soportar era el término adecuado. V, como el resto de los machos del campamento guerrero, había sido forzado a observar a su padre tener sexo. El Bloodletter no distinguía entre luchar y fornicar y no había hecho concesiones al tamaño de las hembras ni a su debilidad.

La Virgen Escriba comenzó nuevamente a moverse alrededor de la habitación.

—Te dejé en el campamento en tu tercer cumpleaños.

V fue levemente consciente de un zumbido en la cabeza, como un tren que estuviera cobrando velocidad. Gracias al pequeño trato de sus padres, había estado viviendo una ruina de vida, atrapado, lidiando con las secuelas de la crueldad de su padre así como también con las malignas lecciones del campamento.

Su voz se hizo un gruñido.

—¿Sabes lo que me hizo? ¿Lo que me hicieron allí?

—Si.

Enviando todas las reglas de etiqueta al carajo, dijo:

—Entonces por qué *mierda* dejaste que me quedara allí.

—Había dado mi palabra.

V se levantó estallando, llevándose la mano a los genitales.

—Me alegra saber que tu honor permaneció intacto, incluso si yo no. Sip, es un intercambio jodidamente justo.

—Puedo entender tu enfado…

—¿Puedes, *madre*? Eso me hace sentir *mucho* mejor. Pasé veinte años de mi vida luchando por sobrevivir en ese pozo negro. ¿Qué obtuve a cambio? Una mente confusa y un cuerpo jodido. ¿Y ahora quieres que engendre para ti? —sonrió fríamente—. ¿Qué sucede si no puedo fecundarlas? Sabiendo lo que me pasó, ¿no se te ocurrió pensar en eso?

—Eres capaz.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Piensas que hay alguna parte de mi hijo que no pueda ver?

—Tú… *perra*… —susurró.

Una ráfaga de calor salió del cuerpo de ella, lo suficientemente caliente para chamuscarle las cejas, y su voz estalló en todo el ático.

—*No* te olvides de quien soy, guerrero. Elegí a tu padre imprudentemente, y ambos sufrimos por mi error. ¿Piensas que permanecí indemne mientras veía que curso había tomado tu vida? ¿Piensas que te observé de lejos sin verme afectada? *Muero cada día por ti*.

—Bueno, mira si no eres la maldita Madre Teresa —gritó, consciente de que su propio cuerpo había comenzado a calentarse—. Se supone que eres todopoderosa. Si te hubiera importado una mierda, podrías haber intervenido…

—Los destinos no son elegidos, son otorgados…

—¿Por quién? ¿Por ti? Entonces, ¿es a ti a la que debo odiar por toda la mierda que me han hecho? —ahora estaba brillando por todos lados, ni siquiera tenía que mirar hacia abajo a sus antebrazos para saber que lo que estaba en su mano se había extendido por todo su cuerpo. Justo. Como. Ella—. Dios… te *maldiga*.

—Hijo mío…

Enseñó los colmillos.

—No me llames así. *Nunca*. Madre e hijo… no lo somos. Mi madre hubiera hecho algo. Cuando estaba desamparado, mi madre hubiera estado allí…

—Quería estar…

—Cuando estaba sangrando, desgarrado y aterrorizado, mi madre hubiera estado allí. Así que no me vengas con esas *gilipolleces* de hijito mío.

Hubo un largo silencio. Luego su voz salió clara y fuerte.

—Te presentarás ante mí después de mi retiro, que comienza esta noche. Se te presentará a tu compañera como una formalidad. Regresarás cuando esté adecuadamente preparada para que la uses, y harás lo que estas destinado a hacer desde tu nacimiento. Y lo harás por propia voluntad.

—Y un infierno que lo haré. Y *jódete*.

—Vishous hijo del Bloodletter, lo harás porque si no lo haces, la raza no sobrevivirá. Para poder conservar la esperanza de resistir los asaltos de la Sociedad *Lessening*, se necesitan más hermanos. Vosotros los de la Hermandad no sois más que un puñado en este momento. En épocas pasadas erais veinte o treinta. ¿Donde podríamos conseguir más sin ser engendrándolos selectivamente?

—Dejaste que Butch entrara en la Hermandad, y no era…

—Fue una dispensa especial ante una profecía cumplida. No es lo mismo, y bien lo sabes. Su cuerpo nunca será tan fuerte como el tuyo. Si no fuera por su poder innato, nunca podría funcionar como un hermano.

V apartó la vista.

La supervivencia de la especie. La supervivencia de la Hermandad.

Mierda.

Paseó por el lugar y terminó junto a la mesa de tortura y su pared de juguetes.

—Soy el tipo equivocado para esta clase de cosas. No soy del tipo heroico. No estoy interesado en salvar al mundo.

—La lógica está en la biología y no puede ser evitada.

Vishous levantó la brillante mano, pensando la cantidad de veces que la había usado para incendiar cosas. Casas. Coches.

—¿Que hay acerca de esto? ¿Quieres una generación entera maldita como yo? ¿Qué pasa si le transfiero esto a mi descendencia?

—Es un arma excelente.

—También lo es una daga, pero no incinera a tus amigos.

—Estás bendito, no maldito.

—¿Ah, si? Trata de vivir con esta cosa.

—El poder requiere sacrificios.

Se rió con una dura carcajada.

—Bueno, entonces, renunciaría a esta porquería al instante para ser normal

—A pesar de todo, tienes una responsabilidad con la raza.

—Uh-huh, claro. Igual que tú tenías una con el hijo que habías dado a luz. Mejor reza para que yo sea más escrupuloso con mi responsabilidad.

Miró fijamente hacia la ciudad, pensando en los civiles que había visto caer, golpeados, muertos a manos de los *lessers* del *Omega*. Había sido siglos de inocentes asesinados por esos bastardos, y la vida ya era lo suficientemente dura sin ser cazado. Él debería saberlo.

Hombre, odiaba que tuviera algo de razón en lo que se refería a la lógica. Ahora sólo había cinco miembros en la Hermandad, aún con la asociación de Butch. Por ley, Wrath no podía luchar debido a que era Rey. Tohrment había desaparecido. Darius había muerto el

último verano. Así que eran cinco contra un enemigo que continuamente se multiplicaba. Para empeorar las cosas, los *lessers* tenían un interminable suministro de humanos para arrastrar a sus filas, donde los hermanos debían nacer y criarse y sobrevivir a sus transiciones. Seguro, la clase de alumnos que estaba siendo entrenada en el Complejo eventualmente saldrían como soldados. Pero esos muchachos nunca poseerían la clase de fuerza, resistencia o capacidades curativas que los machos de la línea de sangre de la Hermandad tenían.

Y acerca de hacer más hermanos… era un charco pequeño del cual se podía elegir progenitores. Por ley, Wrath como Rey podía yacer con cualquier hembra de la especie, pero estaba plenamente vinculado a Beth. Como lo estaban Rhage y Z con sus hembras. Tohr, asumiendo que aún estuviera con vida y volviera en algún momento, no iba a tener el estado de ánimo adecuado como para embarazar a ninguna de las Elegidas. Phury era la única otra posibilidad, pero era célibe y tenía el corazón malditamente roto. No era material de prostitución masculina.

—Mierda. —Mientras rumiaba la situación, la Virgen Escriba permaneció en silencio. Como si supiera que si decía una palabra dejaría todo el asunto de lado y que la raza se fuera al infierno.

Se giró para enfrentarla.

—Lo haré con una condición.

—Cual es.

—Viviré aquí con mis hermanos. Lucharé junto a mis hermanos. Iré al Otro Lado y… —*Santa mierda. Oh, Dios*…— yaceré con quien sea. Pero mi hogar está aquí.

—Los *Primales* viven…

—Este no, así que tómame o déjame —la miró enfurecido—. Y que te quede claro. Soy un bastardo lo suficientemente egoísta como para seguir mi camino si no estás de acuerdo, y entonces ¿qué harás? Después de todo, no puedes obligarme a joder con mujeres por el resto de mi vida, no a menos que desees trabajar sobre mi polla tú misma —sonrió fríamente—. ¿Qué dice la biología acerca de eso?

Ahora era el turno de ella de recorrer la habitación. Mientras la observaba y aguardaba, odiaba el hecho de que parecía que se concentraban de la misma manera… con movimiento.

Se detuvo frente a la mesa de tortura y estiró la mano brillante, haciéndola flotar sobre la tabla de madera dura. Los remanentes del sexo que había tenido se desvanecieron en el aire, la suciedad fue limpiada, como si no lo aprobara.

—Pensé que tal vez te gustaría una vida tranquila. Una vida donde fueras protegido y no tuvieras que luchar.

—¿Y perder todo ese cuidadoso entrenamiento que tuve con los puños de mi padre? Ya, eso sería una *gran* perdida. En cuanto a la protección pude haberla necesitado hace unos trescientos años. Ahora no.

—Pensé que tal vez… te gustaría tener una compañera de tu elección. La que yo escogí para ti, es la mejor de todos los linajes de sangre. Una sangre pura elegante y hermosa.

—Y fuiste tú la que escogió a mi padre, ¿verdad? Así que disculpa si no me entusiasmo mucho.

Su mirada vagó hacia su equipo.

—Prefieres estos… duros apareamientos.

—Soy hijo de mi padre. Tu misma lo dijiste.

—No puedes participar de estos… juegos sexuales con tu compañera. Sería vergonzoso y aterrador para ella. Y no podrás estar con nadie más que no sea una Elegida. Sería un escándalo.

V trató de imaginarse dejando de lado sus aficiones.

—Mi monstruo necesita salir. Especialmente ahora.

—¿Ahora?

—Vamos, *mamá*. Lo sabes todo acerca de mí, ¿no es así? Así que sabes que mis visiones se han agotado y que estoy casi psicótico por falta de sueño. Demonios, debes saber que salté desde este edificio la semana pasada. Cuanto más se alargue esto, peor me voy a poner, especialmente si no puedo tener …un poco de ejercicio.

Ondeó la mano, desestimándolo.

—No ves nada porque estás ante una encrucijada en tu propio camino. El libre albedrío no puede ser ejercitado si estás enterado del resultado final, por lo tanto tu parte precognitiva se reprime naturalmente. Regresará.

Por alguna loca razón eso lo tranquilizó, aunque había luchado contra la intromisión de los destinos de otras personas desde que habían comenzado a aparecérsele siglos antes.

Luego se dio cuenta de algo.

—Tú no sabes lo que va a pasarme, ¿no es así?. No sabes lo que voy a hacer.

—Me darás tu palabra de que cumplirás con tus deberes en el Otro Lado. Que te harás cargo de lo que se debe hacer. Y me la darás ahora.

—Dilo. Di que no sabes lo que ves. Si quieres mi promesa, dime esto.

—¿Por qué?

—Quiero saber que estás impotente ante algo —escupió—. Para que sepas como me siento *yo*.

El calor en ella se elevó hasta que el ático estuvo como una sauna. Pero entonces dijo:

—Tu destino es el mío. No conozco tu camino.

V cruzó los brazos sobre el pecho, sintiéndose como si tuviera un nudo corredizo alrededor de la garganta y estuviera parado sobre una desvencijada silla. Joderse.

—Tienes mi palabra vinculante.

—Toma esto y acepta tu designación como *Primale* —le tendió un pesado medallón de oro con un cordón de seda negro. Cuando tomo el objeto, ella asintió una vez, como sellando el pacto—. Me adelantaré e informaré a las Elegidas. Mi retiro termina dentro de varios días. Vendrás a mí en ese momento y serás instaurado como *Primale*.

Su capucha negra se alzó, sin que utilizara las manos. Justo antes de que ésta bajara sobre el brillante rostro dijo:

—Hasta que nos volvamos a ver. Que estés bien.

Desapareció sin un sonido de movimiento, como una luz extinguiéndose.

V fue hacia la cama antes de que le cedieran las rodillas. Cuando el culo golpeó contra el colchón, miró fijamente el largo y delgado colgante. El oro era antiguo y estaba marcado con caracteres en la Antigua Lengua.

No deseaba hijos. Nunca lo había hecho. Aunque suponía que bajo este escenario, no era más que un donante de esperma. No tendría que ser un padre para ninguno de ellos, lo que era un alivio. No sería bueno con esa mierda.

Metiéndose el medallón en el bolsillo trasero de los pantalones de cuero, puso la cabeza entre las manos. Le llegaron imágenes de lo que había sido crecer en el campamento guerrero, los recuerdos eran claros como el agua y afilados como el cristal. Con una grosera maldición en la Antigua Lengua, tendió la mano hacia la chaqueta, sacó el teléfono, y le dio a

una de las teclas de marcado rápido. Cuando en la línea apareció la voz de Wrath, se oía un vibrante sonido de fondo.

—¿Tienes un minuto? —dijo V.

—Sip, ¿qué pasa? —cuando V no continuo hablando, la voz de Wrath se hizo más fuerte—. ¿Vishous? ¿Estás bien?

—No.

Hubo un crujido luego se oyó la voz de Wrath a lo lejos.

—Fritz, ¿puedes venir más tarde a aspirar? Gracias, hombre. —El sonido vibrante se detuvo y una puerta se cerró—. Dime.

—Recuerdas… ah, ¿recuerdas la última vez que te emborrachaste? ¿Pero realmente borracho?

—Mierda… ah… —durante la pausa, V se imaginó las negras cejas del Rey frunciéndose hasta hundirse detrás de sus gafas envolventes—. Dios, creo que fue contigo. Allá, a principios del año 1900, ¿verdad? Siete botellas de whisky entre los dos.

—En realidad, fueron nueve.

Wrath se echó a reír.

—Empezamos a las cuatro de la tarde y nos tomó, qué, ¿unas catorce horas? Estuve vomitando todo un día después de eso. Han pasado cien años y creo que aún tengo resaca.

V cerró los ojos.

—¿Recuerdas, justo cuando estaba llegando el amanecer, que yo, ah… te dije que nunca había conocido a mi madre? ¿Qué no tenía idea de quién era o que había pasado con ella?

—La mayor parte está confusa, pero sip, eso lo recuerdo.

Dios, ambos habían estado tan contaminados esa noche. Borrachos hasta el culo. Y esa había sido la única razón por la que V había cotorreado un poco acerca de lo que le corroía la mente las veinticuatro horas de los siete días de la semana.

—¿V? ¿Qué pasa? ¿Esto tiene algo que ver con tu *mahmen*?

V se dejó caer hacia atrás sobre la cama. Mientras aterrizaba, el colgante que tenía en el bolsillo trasero le pellizcó el culo.

—Sip… acabo de conocerla.

CAPÍTULO 4

En el Otro Lado, en el santuario de las Elegidas, Cormia estaba sentada sobre la cama en su blanca habitación con una pequeña vela blanca brillando junto a ella. Estaba vestida con el tradicional vestido blanco de las Elegidas, los pies desnudos sobre el blanco mármol, las manos dobladas sobre la falda.

Esperando.

Estaba acostumbrada a esperar. Era la naturaleza de la vida como Elegida. Esperabas el calendario para que te ofreciera alguna actividad. Esperabas que la Virgen Escriba hiciera una aparición. Esperabas una orden que te diera tareas que realizar. Y esperabas con gracia, paciencia y comprensión, o avergonzabas la integridad de la tradición a la que servías. En este lugar ninguna hermana era más importante que otra. Como Elegida, eras parte de un todo, una simple molécula entre muchas que conformaba un cuerpo espiritual funcional… por lo que eras a la vez indispensable y absolutamente insignificante.

Así que desafortunada fuera la hembra que faltara a sus deberes no sea que contaminara al resto.

Pero ese día, la espera contenía una carga ineludible. Cormia había pecado, y estaba esperando su castigo.

Por un largo tiempo había deseado que le llegara la transición, había estado secretamente impaciente, aunque no para el beneficio de las Elegidas. Se quería sentir plenamente realizada como ella misma. Quería sentir que su respiración y los latidos de su corazón tenían un significado que le pertenecía a ella como individuo dentro del universo, no como el rayo parte de una rueda. El cambio la había sacudido como una llave para esa libertad privada.

El cambio le había sido otorgado recientemente, cuando había sido invitada a beber de la copa del Templo. Al principio se había sentido triunfante, asumiendo que su deseo clandestino había pasado desapercibido y que aún así, había sido realizado. Pero luego había llegado el castigo.

Mirando su cuerpo, culpaba a sus pechos y sus caderas por lo que estaba a punto de pasar. Se culpaba a si misma por desear ser alguien específico. Debía haberse quedado como estaba…

La delgada cortina de seda que había en la puerta se deslizó hacia un lado, para dar paso a la Elegida Amalya, una de las *attendhentes* personales de la Virgen Escriba.

—Así que está hecho —dijo Cormia, apretando los dedos hasta que le dolieron los nudillos.

Amalya sonrió bondadosamente.

—Lo está.

—¿Cuánto falta?

—Vendrá cuando concluya el retiro de Su Santidad.

La desesperación hizo que Cormia preguntara lo inconcebible.

—¿No puede ser otra de las nuestras la que sea convocada? Hay otras que lo desean.

—Tú has sido la elegida. —Mientras las lágrimas anegaban los ojos de Cormia, Amalya se adelantó, sus pies descalzos no hacían ningún ruido—. Será gentil con tu cuerpo. Él…

—No hará tal cosa. Es el hijo del guerrero Bloodletter.

Amalya se estremeció.

—¿*Qué*?

—¿Acaso la Virgen Escriba no te lo dijo?

—Su Santidad sólo dijo que estaba todo arreglado con un integrante de la Hermandad, un guerrero de valor.

Cormia sacudió la cabeza.

—A mi me lo dijo antes, la primera vez que vino a mi. Pensé que todas lo sabían.

La preocupación de Amalya hizo que frunciera el ceño. Sin decir una palabra, se sentó sobre la cama y atrajo a Cormia hacia sí

—No deseo esto —susurró Cormia—. Perdóname, hermana. Pero no lo deseo.

La voz de Amalya carecía de convicción cuando dijo.

—Todo va a estar bien… de verdad.

—¿Qué está pasando aquí? —la afilada voz hizo que se apartaran de un salto tan efectivamente como un par de manos.

La Directrix estaba parada en el vano de la puerta, con una mirada de sospecha en el rostro. Llevaba un libro de algún tipo en una mano y un hilo de veneradas perlas negras en la otra, era la perfecta representación del apropiado propósito y vocación de las Elegidas.

Amalya se levantó rápidamente, pero no había forma de negar el momento. Como Elegida, debías regocijarte por tu condición en todo momento; cualquier otro estado de ánimo era considerado una falta de hipocresía por la cual tenías que cumplir una penitencia. Y ellas habían sido descubiertas.

—Ahora debo hablar con la Elegida Cormia —anunció la Directrix—. A solas.

—Si, claro. —Amalya fue hacia la puerta con la cabeza baja—. Si me disculpan, hermanas.

—Vas hacia el Templo de Expiación, ¿no es así?

—Si, Directrix.

—Quédate allí por el resto del ciclo. Si te veo en los terrenos, estaré de lo más disgustada.

—Si, Directrix.

Cormia cerró los ojos apretándolos y rezó por su amiga mientras esta partía. ¿Un ciclo entero en el Templo? Podías volverte loca por la privación de los sentidos.

Las palabras de la Directrix fueron cortantes.

—Te enviaría allí también, si no hubiera otras cosas que necesitan tu atención.

Cormia se enjugó las lágrimas.

—Si, Directrix.

—Ahora debes comenzar los preparativos leyendo esto. —El libro forrado en cuero aterrizó en la cama—. Detalla los derechos del *Primale* y tus obligaciones. Cuando lo termines, comenzarás tu entrenamiento sexual.

Oh, querida Virgen, por favor, con la Directrix *no… por favor, con la* Directrix *no…*

—Layla te instruirá. —Cuando los hombros de Cormia se aflojaron, la Directrix dijo bruscamente—. ¿Debo ofenderme ante tu alivio al ver que no era yo la que te iba a instruir?

—En lo absoluto, hermana mía.

—Ahora me ofendes siendo hipócrita. Mírame. *Mírame*.

Cormia levantó los ojos y no pudo evitar encogerse de miedo cuando la Directrix la fulminó con una dura mirada.

—Cumplirás con tu deber y lo harás bien o te echaré de aquí. ¿Entiendes? Serás expulsada.

Cormia estaba tan aturdida que no pudo responder. ¿La echarían? ¿La mandarían… al Otro Lado?

—*Respóndeme*. ¿*Queda entendido*?

—S-si, Directrix.

—No te equivoques. La supervivencia de las Elegidas y el orden que he establecido aquí dentro son lo único que importa. Cualquier individuo que sea un obstáculo será eliminado. Recuérdalo cuando sientas el impulso de sentir lástima por ti misma. Este es un honor y puede ser revocado con las resultantes consecuencias que serán efectuadas por mi mano. ¿Nos entendemos? ¿*Nos entendemos*?

Cormia no pudo encontrar la voz, por lo que asintió con la cabeza.

La Directrix sacudió la cabeza, tenía una extraña luz emanando de sus ojos.

—Salvo por tu línea sanguínea eres totalmente inaceptable. Y ya que estamos en ello, todo el asunto es absolutamente inaceptable.

La Directrix se fue con un susurro de ropa, su túnica blanca de seda flotando alrededor del marco de la puerta tras su estela.

Cormia puso la cabeza entre las manos y se mordió el labio inferior mientras contemplaba su situación. Su cuerpo le había sido prometido a un guerrero que nunca había visto en su vida… que era hijo de un brutal y cruel progenitor… y sobre sus hombros descansaba la noble tradición de las Elegidas.

¿Honor? No, esto era un castigo… por la audacia de querer tener algo para sí misma.

Cuando llegó otro Martini, Phury trató de recordar si era el quinto, ¿o el sexto? No estaba seguro.

—Hombre, que bueno que no tengamos que luchar esta noche —dijo Butch—. Estás bebiendo esa mierda como si fuera agua.

—Estoy sediento.

—Me lo imaginé. —El poli se estiró sobre el banco fijo—. ¿Por cuánto tiempo más planeas rehidratarte, Lawrence de Arabia?

—No tienes porque quedarte…

—Muévete, poli.

Ambos, Phury y Butch levantaron la mirada. V había aparecido frente a la mesa salido de ninguna parte, y algo estaba mal. Con los ojos dilatados y el rostro pálido, parecía como si hubiera tenido un accidente, aunque no estaba sangrando.

—Hey, colega —Butch se deslizó hacia la derecha para hacerle sitio—. Pensé que no te veríamos esta noche.

V se sentó, la chaqueta de cuero se infló hacia arriba haciendo que sus grandes hombros parecieran realmente inmensos. Con un movimiento poco habitual en él, comenzó a tamborilear los dedos sobre la mesa.

Butch frunció el ceño en dirección a su compañero de habitación.

—Te ves como si te hubieran atropellado. ¿Qué pasa?

Vishous entrecruzó las manos.

—Este no es el lugar.

—Entonces vayamos a casa.

—De ninguna manera. Voy a estar atrapado allí todo el día. —V levantó la mano. Cuando la camarera se acercó, puso un billete de cien en la bandeja—. Haz que fluya el Goose, ¿de acuerdo? Y esto es sólo la propina.

Ella sonrió.

—Será un placer.

Cuando fue hacia el bar como si estuviera usando patines, los ojos de V recorrieron el área VIP, con el ceño fruncido. Mierda, no estaba comprobando la muchedumbre. Estaba buscando pelea. Y era posible que el hermano estuviera… ¿brillando un poquito?

Phury miró hacia la izquierda y se dio un toque en la oreja dos veces, enviando así una solicitud a uno de los gorilas que custodiaban la puerta privada. El guardia de seguridad asintió y habló contra el reloj pulsera.

Momentos después salió un enorme macho con un corte de cabello estilo mohawk. Rehvenge estaba vestido con un perfecto traje sastre negro y tenía un bastón negro en la mano derecha. Mientras se acercaba lentamente hacia la mesa de la Hermandad, sus guardaespaldas se apartaron frente a él, en parte por respeto a su tamaño, en parte por el miedo a su reputación. Todo el mundo sabía quién era y de lo que era capaz. Rehv era el tipo de señor de las drogas que tomaba interés personal en su negocio. Si te cruzabas con él terminabas cortado en cubitos, como algo que se veía en el canal gastronómico.

El cuñado mestizo de Zsadist estaba probando ser un sorprendente aliado para la Hermandad, aunque la verdadera naturaleza de Rehv lo complicaba todo. No era inteligente meterte en la cama de un *symphath*. Literal o figuradamente. Por lo que era un dudoso amigo y pariente.

Su tensa sonrisa apenas mostraba los colmillos.

—Buenas noches, caballeros.

—¿Te molestaría que usáramos tu oficina para un pequeño asunto privado? —preguntó Phury.

—No voy a hablar —dijo V rechinando los dientes en el momento en que llegaba su bebida. Con un giro de la muñeca la volcó en su garganta como si se le estuvieran incendiando las entrañas y la mierda fuera agua—. No voy. A hablar.

Phury y Butch intercambiaron una mirada, y llegaron a un consenso. Ah si, Vishous iba a ser inexorablemente arrastrado.

—¿Tu oficina? —le dijo Phury a Rehvenge.

Rehv enarcó una elegante ceja, sobre los astutos ojos color amatista.

—No estoy seguro de que queráis usarla. El lugar está conectado a un sistema de sonido, y cada sílaba queda grabada. A no ser… por supuesto… que yo esté allí dentro.

No era lo ideal, pero cualquier cosa que perjudicara a la Hermandad perjudicaba a la hermana de Rehv, siendo ésta la compañera de Z. Así que aunque el tipo fuera en parte *symphath*, tenía motivos para quedarse callado fuera lo que fuese lo que estuviera ocurriendo.

Phury se deslizó de la banqueta y miró fijamente a V.

—Trae tu bebida.

—No.

Butch se puso de pie.

—Entonces te quedas sin ella. Porque si no quieres ir a casa, hablaremos aquí.

Los ojos de V brillaron. Y no fue lo único.

—Mierda…

Butch se inclinó sobre la mesa.

—En este preciso momento estás despidiendo un aura como si tuvieras el culo enchufado a la pared. Así que te recomiendo seriamente que dejes de lado esa mierda de soy-una-isla y lleves tu lamentable excusa de persona hacia la oficina de Rehv antes de que demos un espectáculo. ¿Comprendido?

Siguió un largo espació de tiempo sin que nada ocurriera salvo el intercambio de miradas entre V y Butch. Luego V se puso de pie y se encaminó a la oficina de Rehv. En el camino, su furia propagaba un aroma a químico tóxico, del tipo que hace que te pique la nariz.

Hombre, el poli era el único que tenía una oportunidad con V cuando el macho estaba así.

Así que demos gracias a Dios por el irlandés.

El grupo pasó por la puerta custodiada por un par de gorilas y tomaron posesión de la cueva que Rehvenge tenía por oficina. Cuando la puerta se cerró, Rehv fue hacia el escritorio, movió algo bajo él y un sonido de pitido dejó de sonar.

—Estamos listos —dijo, sentándose sobre una silla de cuero negro.

Todos miraron fijamente a V… que instantáneamente se convirtió en un animal de zoológico, paseando de un lado a otro y viéndose como si quisiera comerse a alguien. Finalmente el hermano se detuvo al otro lado de la habitación respecto a Butch. La tenue luz sobre ellos no era tan brillante como la que brillaba debajo de su piel.

—Cuéntame —murmuró Butch.

Sin decir palabra, V sacó algo del bolsillo trasero del pantalón. Cuando extendió el brazo, un pesado medallón de oro osciló en el extremo de un cordón de seda.

—Parece que tengo un nuevo trabajo.

—Oh… mierda —susurró Phury.

La organización del dormitorio de Blay cumplía los SOP[10] para John y sus amigos. John estaba al pie de la cama. Blay estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Qhuinn estaba tendido en toda su extensión, con su nuevo cuerpo colgando mitad dentro, mitad fuera de un puf. Había botellas de Corona abiertas, y se estaban pasando bolsas de Doritos y Ruffles.

—Ok, escúpelo —dijo Blay—. ¿Cómo fue tu transición?

—A quien le importa el cambio. Tuve relaciones. —Mientras los ojos de Blay y John se agrandaban, Qhuinn se echó a reír—. Sip. Lo hice. Para decirlo de otra forma al fin me escurrieron la cereza.

—Deja. De. Joder. —dijo Blay con un suspiro.

—En serio —Qhuinn inclinó la cabeza hacia atrás y se tragó media cerveza—. Aunque debo decir que la transición… tío… —miró a John, entrecerrando los ojos—. Prepárate, J-man. Es muy duro. Deseas morir. Rezas por ello. Y luego la mierda se pone realmente crítica.

Blay asintió.

—Es espantoso.

Qhuinn terminó la cerveza y tiró la botella vacía en la papelera.

—La mía fue presenciada. La tuya también, ¿verdad? —cuando Blay asintió, Qhuinn abrió el mini refrigerador y sacó otra Corona— . Sip, quiero decir… fue extraño. Mi padre en la habitación. El padre de ella, también. Todo el tiempo mi cuerpo se estaba sacudiendo. Me hubiera sentido avergonzado, pero estaba demasiado ocupado sintiéndome como un idiota.

—¿A quién utilizaste? —preguntó Blay.

—A Marna.

—Guaaaapa.

Los párpados de Qhuinn se tornaron pesados.

—Si, es *muy* guapa.

Blay se quedó boquiabierto.

—¿Ella? Fue la que…

—Sip. —Qhuinn se echo a reír cuando Blay se derrumbó hacia atrás sobre el suelo como si le hubieran disparado en el pecho—. Marna. Lo sé. Apenas puedo creerlo yo mismo.

[10] SOP:Standard Operating Procedures, Procedimientos Operativos Estandarizados.

Blay levantó la cabeza.

—¿Como ocurrió? Y que Dios me ayude, te patearé el culo si omites algo.

—¡Ja! Como si tú hubieras sido tan elocuente con tu mierda.

—No esquives la pregunta. Empieza a ladrar como el perro que eres, amigo.

Qhuinn se sentó, y John entendió la señal, moviéndose hacia el mismo borde de la cama.

—Bueno, entonces todo había terminado, ¿sabéis? Quiero decir… había terminado de beber, el cambió había terminado, estaba tendido en la cama como… sip, como si me hubiera atropellado un tren. Ella estaba allí por si acaso necesitara beber más de su vena, en una silla en una esquina de la habitación o algo así. En fin, su padre y el mío estaban hablando y yo como que me desmayé. Lo siguiente que supe fue que estaba solo en la habitación. Se abrió la puerta y entró Marna. Dijo que se olvidó el abrigo o algo así. Le echó un vistazo y… bueno, Blay, sabes que aspecto tiene, ¿verdad? Se me endureció al instante. ¿Puede culparme?

—En lo más mínimo.

John parpadeó y se inclinó aún más cerca.

—De todas formas, estaba cubierto por una sábana, pero de alguna forma lo supo. Hombre, me estaba mirando y sonriendo, y yo estaba como, “Oh, Dios mío…” Pero luego el padre gritó su nombre desde el vestíbulo. Ambos se tenían que quedar en casa porque ya era de día cuando terminé, pero claramente no quería que se acostara conmigo. Entonces cuando se iba, me dijo que luego se escabulliría a mi habitación. En realidad no la creí, pero tenía esperanzas. Pasó una hora y yo esperando… anhelando. Otra hora. Luego pensé bien, no vendrá. Llamé a mi padre por el teléfono interno y le dije que tenía que salir. Luego me levanté, me fui a la ducha, salí… y estaba en la habitación. *Desnuda. En la cama*. Cristo. Todo lo que pude hacer fue mirarla fijamente. Pero me recuperé rápidamente —los ojos de Qhuinn estaban fijos en el suelo y sacudió la cabeza hacia atrás y hacia delante—. La tomé tres veces. Una detrás de otra.

—Oh… mierda —susurró Blay—. ¿Te gustó?

—¿Qué te parece? Claro. —Mientras Blay asentía y levantaba la Corona hacia los labios, Qhuinn dijo—. Cuando terminé, la metí en la ducha, la limpié, y me fui abajo de ella durante media hora.

Blay se atragantó con la cerveza, derramándola sobre sí mismo.

—Oh, Dios…

—Sabía como una ciruela madura. Dulce y melosa. —Cuando los globos de los ojos de John se le salieron fuera de la cabeza, Qhuinn sonrió—. La tenía toda sobre mi rostro. Fue fantástico.

El tío tomó un largo trago, como si fuera muy hombre, y no tuviera que hacer ningún esfuerzo por ocultar la reacción de su cuerpo a lo que indudablemente estaba reviviendo en su mente. Cuando sus vaqueros se tensaron en la zona de la cremallera, Blay se cubrió las caderas con una sudadera.

No teniendo nada que ocultar, John miró su botella.

—¿Vas a emparejarte con ella? —preguntó Blay.

—¡No, por el amor de Dios! —Qhuinn levantó la mano y suavemente se tocó el ojo morado—. Sólo fue… algo que pasó. Quiero decir, *no*. ¿Ella y yo? Nunca.

—Pero no era…

—No, no era virgen. Por supuesto que no lo era. Así que nada de emparejamiento. De todos modos nunca me aceptaría de esa manera.

Blay miró a John.

—Se supone que las hembras de la aristocracia deben ser vírgenes antes de emparejarse.

—Aunque los tiempos han cambiado —Qhuinn frunció el ceño—. Aún así, no se lo digáis nada a nadie, ¿vale? Pasamos un buen rato, y no fue nada del otro mundo. Es buena persona.

—Mis labios están sellados —Blay hizo una profunda inspiración, luego se aclaró la garganta—. Ah… es mejor hacerlo con alguien, ¿verdad?

—¿El sexo? Mucho mejor, compañero. Hacerlo por ti mismo te saca el filo, pero no hay nada como lo real. Dios, era tan suave… especialmente entre las piernas. Me encantó estar encima de ella, metiéndole mi mierda profundamente, oyéndola gemir. Me hubiera gustado que pudierais haber estado ahí. Realmente lo hubierais disfrutado.

Blay hizo girar los ojos.

—Mirarte mientras tienes sexo. Sip, ya, eso es algo que realmente querría ver.

La sonrisa de Qhuinn fue lenta y un poquito maliciosa.

—Te gusta verme luchar, ¿verdad?

—Bueno, seguro, eres bueno.

—¿Por qué tendría que ser diferente con el sexo? Sólo es algo que haces con tu cuerpo.

Blay pareció perplejo.

—Pero… ¿qué hay acerca de la privacidad?

—La privacidad es un asunto de contexto —Qhuinn sacó una tercera cerveza—. Y, ¿Blay?

—¿Qué?

—Además, soy muy bueno con el sexo —abrió la tapa y tomó un trago—. Así que esto es lo que tenemos que hacer. Me voy a tomar un par de días para fortalecerme, y luego vamos a ir a uno de esos clubes del centro. Quiero hacerlo de nuevo, pero no puede ser con ella. —Qhuinn miró a John—. J-man, tú también vienes con nosotros al ZeroSum. No me importa si eres un *pretrans*. Iremos juntos.

Blay asintió.

—Los tres juntos tenemos buena onda. Además, John, pronto serás como nosotros.

Mientras los dos comenzaban a hacer planes, John se quedó en silencio. Todo el asunto de ligar con chicas era impensable y no sólo porque la transición aún no lo había alcanzado. Sintió el arma en la sien. Sintió como le tironeaban de los vaqueros bajándoselos. Sintió lo inconcebible mientras se lo estaban haciendo. Recordó el aliento arañando su garganta al entrar y salir y los ojos llenándose de lágrimas y como se había meado encima, sobre la punta de los zapatos baratos del tipo.

—Este fin de semana —anunció Qhuinn—. Haremos que se encarguen de ti, Blay.

John dejó la cerveza y se frotó las mejillas mientras las de Blay se ponían coloradas.

—Sip, Qhuinn… no sé…

—Confía en mí. Haré que ocurra. Entonces, ¿John? Eres el próximo.

La primera respuesta de John fue sacudir la cabeza, negando, pero luego se detuvo a sí mismo para no parecer un idiota. Ya se sentía dejado atrás como la bola ocho, todo pequeño y poco viril. Despreciar una oferta para tener sexo lo colocaría decididamente en la tierra de los perdedores.

—¿Entonces tenemos un plan? —demandó Qhuinn.

Cuando Blay se puso a jugar con el borde de la chaqueta, John tuvo la clara impresión de que el tipo iba a decir no. Lo que hacía que John se sintiera mucho mejor…

—Sip. —Blay se aclaró la garganta—. Yo… ah, sip. Estoy, así, interesado como la mierda. Es casi en lo único que puedo pensar, ¿sabéis? Y es algo doloroso, en serio.

—Sé exactamente lo que quieres decir —los ojos de Qhuinn brillaron—. Y vamos a pasar un buen rato. Mierda John… ¿Podrías decirle a tu cuerpo que se apresure?

John solo se encogió de hombros, deseando poder irse.

—Así que, ¿ha llegado la hora de jugar unos sKillerz? —preguntó Blay, señalando la Xbox que estaba en el suelo—. John nos va a ganar otra vez, pero aún podemos pelear por el segundo lugar.

Fue un tremendo alivio cambiar de tema, y los tres se dejaron envolver por el juego, gritándole a la TV, tirándose envoltorios de caramelos y tapas de cerveza uno al otro. Dios, John adoraba esto. En la pantalla competían como iguales. Allí no era más pequeño y tampoco se quedaba atrás. Era mejor que ellos. En el sKillerz, podía ser el guerrero que deseaba ser.

Mientras los hacía morder el polvo, miró a Blay y supo que el tipo había elegido ese juego específicamente para hacer sentir mejor a John. Pero bueno, Blay tendía a saber cómo se sentía la gente y como ser amable sin avergonzar a nadie. Era un amigo excelente.

Cuatro paquetes de seis cervezas, tres viajes a la cocina, dos partidas completas de sKillerz y una película de Godzilla después, John miró el reloj y se bajó de la cama. Fritz pronto vendría a buscarlo, porque cada noche a las 4 a.m. tenía una cita a la que debía asistir a no ser que quisiera que lo sacaran del programa de entrenamiento.

¿Os veo mañana en clase? dijo por señas.

—Seguro —dijo Blay.

Qhuinn sonrió.

—En el *messenger* más tarde, ¿ok?

Veremos. Hizo una pausa en la puerta. *Oh, hey, quería preguntarte*, se tocó el ojo y señaló a Qhuinn. *¿Cómo te hiciste el ojo morado?*

La mirada de Qhuinn se quedó absolutamente inmóvil, su sonrisa tan brillante como siempre.

—Oh, no es nada. Solo me resbalé y caí en la ducha. Realmente estúpido, huh.

John frunció el ceño y miró a Blay, cuyos ojos se pegaron al suelo y permanecieron allí. Ok, algo estaba…

—John… —dijo Qhuinn firmemente—. Los accidentes ocurren.

John no le creyó, especialmente dado que los ojos de Blay continuaban bajos, pero como él mismo tenía sus propios secretos no le iba eso de entrometerse.

Sip, seguro, dijo por señas. Luego silbó una rápida despedida y se fue.

Cuando cerró la puerta, escuchó las voces graves y puso una mano sobre la madera. Deseaba tanto ser como ellos, pero la parte del sexo… No, su transición era sobre convertirse en un macho para poder vengar su propia muerte. No se trataba de tirarse chicas. De hecho, tal vez debía tomar una hoja del libro de Phury.

El celibato tenía muchas cosas recomendables. Phury había estado absteniéndose… como de por vida, y míralo. Era absolutamente correcto, un tipo de lo más centrado.

No era un mal ejemplo a seguir.

CAPÍTULO 5

—¿Qué vas a ser el que? —farfulló Butch.

Al mirar a su compañero de habitación, Vishous apenas pudo pronunciar la puta palabra sin atragantarse.

—El *Primale*. De las Elegidas.

—¿Y qué demonios es eso?

—Básicamente, un donante de esperma.

—Espera, espera… ¿así que harás algo así como fecundación in vitro?

V se pasó la mano por el cabello y pensó en lo bien que se sentiría al atravesar la pared con el puño

—Tienes que involucrarte un poco más que eso.

Hablando de involucrarse más, había pasado mucho tiempo desde que había tenido sexo directo con una hembra. ¿Podría correrse durante el sexo formal y ritual que practicaban las Elegidas?

—¿Por qué tú?

—Tiene que ser un miembro de la Hermandad. —V se paseó alrededor de la oscura habitación, pensando en que por ahora mantendría oculta la identidad de su madre—. Es un charco limitado donde elegir. Uno que se está haciendo cada vez más pequeño.

—¿Vivirás allí? —preguntó Phury.

—¿Vivir allí? —interrumpió Butch—. ¿Quieres decir que ya no podrás luchar junto a nosotros? ¿O… pasar tiempo con nosotros?

—No, puse esa condición en el acuerdo.

Cuando Butch suspiró con alivio, V trató de no soñar acerca de que a su compañero de habitación le preocupara verlo tanto como a él le importaba ser visto.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace unos días.

Phury alzó la voz.

—¿Está enterado Wrath?

—Sip.

Mientras V pensaba en lo que se había metido, su corazón comenzó a latirle en el pecho como un pájaro batiendo las alas tratando de escapar de la jaula que formaban las costillas. El hecho de tener a dos de sus hermanos y a Rehvenge echándole esas espeluznantes miradas intensificó el pánico.

—Escuchad, ¿os importaría disculparme un momento? Necesito… mierda, necesito salir de aquí.

—Voy contigo —dijo Butch.

—No. —El estado de ánimo de V era desesperante. Si alguna vez había habido una noche en la que podría haberse sentido tentado de hacer algo estúpidamente inapropiado, era esa. Ya era lo suficientemente malo que lo que sentía por su compañero de habitación fuera un secreto sobreentendido. Hacerlo realidad actuando en consecuencia sería una catástrofe que ni él, ni Butch, ni Marissa podrían afrontar.

—Necesito estar a solas.

V empujó el medallón en el bolsillo trasero y dejó un aplastante silencio en la oficina. Mientras salía apresuradamente por la puerta lateral hacia el callejón, deseaba encontrar un *lesser*. Necesitaba encontrar uno. Rezaba a la Virgen Escri…

V se detuvo en seco. *Bueno, mierda*. Estaba seguro como el infierno de que no iba rezarle más a esa madre suya. Ni a usar esa frase.

Maldita… fuera.

V se reclinó hacia atrás contra el frío ladrillo del edificio del ZeroSum, y, por más que le doliera, no pudo evitar pensar en su vida en el campamento guerrero.

El campamento había estado situado en Europa central, en las profundidades de una cueva. Unos treinta soldados lo habían usado como base central, pero había habido otros ocupantes. Una docena de *pretrans* habían sido enviados allí para entrenarse, y otra docena más o menos de prostitutas que alimentaban y atendían a los machos.

El Bloodletter lo había dirigido durante años y había formado a algunos de los mejores guerreros de la especie. Cuatro miembros de la Hermandad se habían iniciado bajo el mando del padre de V. No obstante, muchos otros, de todos los niveles, no habían logrado sobrevivir.

Los primeros recuerdos de V eran de sentirse hambriento y helado, de observar a otros comer mientras su estómago rugía. A lo largo de sus primeros años, el hambre lo había impulsado, y como los demás *pretrans*, su única motivación había sido alimentarse, sin importar lo que tuviera que hacer para conseguirlo.

Vishous esperaba oculto en las sombras de la cueva, permaneciendo lejos de la parpadeante luz arrojada por la hoguera del foso del campamento. Siete venados frescos estaban siendo devorados con obsceno frenesí, los soldados cortaban la carne de los huesos y la masticaban como animales, la sangre les ensuciaba los rostros y las manos. Al margen de la comida, todos los pretrans temblaban de codicia.

Como los demás, V estaba al filo de la inanición. Pero no estaba junto a sus jóvenes compañeros. Esperaba en la lejana oscuridad, con los ojos fijos en su presa.

El soldado que estaba vigilando era gordo como un cerdo, con pliegues de carne cayendo sobre sus pantalones de cuero y las facciones borrosas por el abultado relleno, la mayor parte del tiempo, el glotón andaba sin túnica, con el bulboso pecho y el distendido estómago bailando mientras desfilaba por los alrededores propinándole patadas a los perros vagabundos que vivían en el campamento o yendo detrás de las prostitutas. A pesar de toda su pereza, era un malvado asesino, lo que le faltaba de velocidad lo compensaba con fuerza bruta. Con manos grandes como la cabeza de un macho adulto, se rumoreaba que le arrancaba las extremidades a los lessers para comérselas después.

En cada comida era de los primeros en llegar a la carne, y comía rápidamente, aunque lo estropeaba con su falta de cuidado. No le prestaba mucha atención a lo que lograba meterse en la boca. Trozos de carne de venado, chorros de sangre y fragmentos de hueso cubrían su estómago y pecho, formando una sangrienta túnica tejida por su descuidada faena.

Esa noche el macho terminó temprano y se reclinó hacia atrás sobre las caderas, con una pierna de venado en el puño. Aunque había terminado, se demoraba cerca de la pieza muerta de la que había estado alimentándose, empujando a otros soldados para entretenerse.

Cuando llegó el momento de que se repartieran los castigos de los entrenamientos, los soldados se trasladaron desde la hoguera hacia la plataforma del Bloodletter. A la luz de las antorchas, los soldados que habían sido derrotados en las prácticas eran obligados a inclinarse a los pies del Bloodletter y eran violados por aquellos que los habían derrotado, ante las burlas y desprecio de los demás. Mientras tanto, los pretrans caían sobre las sobras

del venado mientras las hembras del campamento observaban todo con duros ojos, esperando su turno.

La presa de V no estaba muy interesada en las humillaciones. El gordo soldado miró durante un rato, luego se fue con la pierna de carne colgando en una de sus manos. Su sucio jergón estaba en uno de los extremos más alejados de donde dormían los soldados, porque hasta sus narices se veían ofendidas por el hedor que despedía.

Estirado, se veía como un campo ondeante, su cuerpo era una serie de colinas y valles. La pierna de venado que reposaba sobre su estómago era el premio en la cima de la montaña.

V se mantuvo alejado hasta que los ojos del soldado estuvieron cubiertos por sus carnosos párpados y su pesado pecho subió y bajo con un ritmo que cada vez se iba haciendo más lento. Pronto la boca de pez se abrió, y salió un ronquido, seguido de otro. Fue en ese momento cuando V se acercó con los pies descalzos, sin hacer ningún sonido sobre el suelo de tierra.

El repugnante olor del macho no detuvo a V, y no le importaba la mugre que había sobre el fresco muslo del venado. Se movió hacia delante, con la pequeña mano extendida, acercándose a la articulación del hueso.

Justo cuando la liberó, una daga negra pasó velozmente junto a la oreja del soldado y al penetrar en el atestado suelo de la cueva hizo que el macho abriera los ojos de golpe.

El padre de V surgió como un puño con cota de malla a punto de caer, las piernas fijadas firmemente, los oscuros ojos nivelados. Era el más grande dentro del campamento, se rumoreaba que era el macho más enorme nacido dentro de la especie, y su presencia inspiraba miedo por dos razones. Por su tamaño y por ser impredecible. Su humor era siempre voluble, con caprichos violentos y antojadizos, pero V sabía la verdad detrás de su volátil temperamento. No había nada que no fuera calibrado para obtener resultados. El ingenio malicioso de su padre era tan intenso como gruesos eran sus músculos.

—Despierta —dijo bruscamente el Bloodletter—. Mientras vagueas estás siendo robado por un debilucho.

V reptó lejos de su padre, pero comenzó a comer, hundiendo los dientes en la carne y masticando tan rápido como podía. Sería golpeado por esto, probablemente por ambos hombres, así que tenía que consumir la mayor cantidad posible antes de que empezaran a caerle guantazos.

El gordo comenzó a dar excusas hasta que el Bloodletter lo pateó en la planta del pie con una bota de clavos. El rostro del macho se puso gris pero tenía claro que no debía quejarse.

—Los porqués de este acontecimiento me aburren. —El Bloodletter miró fijamente al soldado—. Me estoy preguntando que harás al respecto.

Sin detenerse a tomar aliento, el soldado formo un puño con la mano, se inclinó, y lo descargó contra el costado de V. V perdió el bocado que masticaba cuando el impacto le quitó el aire de los pulmones y la carne de la boca. Mientras jadeaba, recogió el trozo del polvo y volvió a metérselo entre los labios. Sabía salado por el suelo de la cueva.

Cuando comenzó la paliza, V comió entre agresiones hasta que sintió que el hueso de su pantorrilla se doblaba hasta casi romperse. Dejó escapar un grito y perdió la pieza de carne. Alguien la recogió y huyó con ella.

Todo el tiempo, el Bloodletter rió sin sonreír, el sonido salía como un ladrido de labios rectos y finos como cuchillos. Y luego terminó. Sin esfuerzo aparente agarró al gordo soldado por la parte trasera del cuello y lo tiró contra la pared de roca.

Las botas con clavos del Bloodletter se plantaron frente al rostro de V.

—Recoge mi daga.

V parpadeó y trató de moverse.

Hubo un crujido de cuero, y entonces el rostro del Bloodletter estuvo frente a V.

—Recoge mi daga, muchacho. O esta noche haré que tomes el lugar de las putas en el foso.

Los soldados que se habían reunido detrás de su padre se rieron, y alguien tiró una piedra que le pegó a V en la pierna que tenía herida.

—Mi daga, muchacho.

Vishous extendió los pequeños dedos en la tierra y se arrastró hacia el arma. Aunque estaba a sólo unos dos pies de él, la hoja parecía a millas de distancia. Cuando finalmente cerró la palma sobre ella, necesitó ambas manos para liberarla de la tierra de lo débil que estaba. Tenía el estómago revuelto de dolor, y mientras tiraba de la hoja, vomitó la carne que había robado.

Cuando las náuseas cesaron, le tendió la daga a su padre, que había vuelto a elevarse en toda su altura.

—Ponte de pie —dijo el Bloodletter—. ¿O piensas que debería inclinarme hacia lo indigno?

V luchó para lograr sentarse y no podía imaginar cómo iba a lograr alzar todo su cuerpo si apenas podía levantar los hombros. Cambió la daga a la mano izquierda, puso la derecha en el suelo, y se elevó. El dolor fue tan grande que se le oscureció la visión… y luego ocurrió algo milagroso. Una especie de luz radiante lo inundó desde dentro hacia fuera, como si el sol se hubiera derramado en sus venas y limpió el dolor hasta que estuvo libre de él. Su visión regresó… y vio que su mano brillaba.

Este no era el momento de asombrarse. Se alzó del suelo, levantándose mientras trataba de no depositar el peso en la pierna herida. Con mano temblorosa, le presentó la daga a su padre.

El Bloodletter miró atrás durante un instante, como si nunca hubiera esperado que V lograra ponerse en pie. Luego miró el arma y se dio la vuelta.

—Que alguien lo haga caer de nuevo. Su atrevimiento me ofende.

V aterrizó en una pila cuando la orden fue cumplida, y entonces, la radiante luz lo abandonó y la agonía regresó. Esperó que le llegaran más golpes, pero cuando escuchó que la multitud rugía, supo que el castigo de los perdedores sería el entretenimiento del día, y no él.

Mientras yacía en una marisma de miseria, mientras trataba de respirar a través del latir de su golpeado cuerpo, se imaginó una mujer con una túnica blanca viniendo hacia él y envolviéndolo en sus brazos. Con suaves palabras lo acunaba y le acariciaba el cabello, calmándolo.

Le dio la bienvenida a la visión. Era su madre imaginaria. La que lo amaba y deseaba que estuviera a salvo, abrigado y alimentado. Verdaderamente, esa imagen era la que lo mantenía con vida, dándole la única paz que había conocido en su vida.

El soldado gordo se inclinó hacia él, su fétido y húmedo aliento invadió la nariz de Vishous.

—Róbame otra vez y no lograrás curarte de lo que te haga.

El soldado escupió en el rostro de V luego lo levantó y lo arrojó fuera del jergón como si fuera un resto inútil.

Antes de que V se desmayara, lo último que vio fue a los otros pretrans, que estaban terminando de saborear la pierna de venado.

CAPÍTULO 6

Con una maldición, V se libró de sus recuerdos, sus ojos revolotearon por el callejón en el que se encontraba, como un viejo periódico atrapado por el viento. Hombre, estaba arruinado. El sello de su tupper se había roto y sus restos se habían derramado por todo el lugar.

Enredado. Muy enredado.

Lo bueno era que en ese momento no había sabido qué clase de mierda era ese asunto de mi-mami-me-quiere. Eso lo hubiera herido más que los abusos a los que fue sometido.

Tomó el medallón de *Primale* del bolsillo trasero y se puso a mirarlo fijamente. Aún estaba mirándolo cuando minutos más tarde el objeto cayó al suelo y rebotó como una moneda. Frunció el ceño… hasta que se dio cuenta de que su mano "normal" estaba brillando y había quemado el cordón.

Maldita fuera, su madre era una egomaniaca. Le dio la vida a la especie, pero eso no fue suficiente para ella. Demonios, no. Quería tomar parte en el baile.

A la mierda con ella. No iba a darle la satisfacción de tener cientos de nietos. Apestaba como madre, así que para que darle otra generación a la que arruinar.

Y además, había otra razón de porqué no debería ser el *Primale*. Era, después de todo, el hijo de su padre, así que la crueldad estaba en su ADN. ¿Cómo podía confiar en sí mismo de que no se descargaría con las Elegidas? Esas hembras no tenían la culpa, y no se merecían lo que terminaría entre sus piernas si se convertía en su pareja. No iba a hacerlo.

V encendió un cigarrillo liado a mano, levantó el medallón, y dejó el callejón girando a la derecha por la calle Trade. Necesitaba desesperadamente una pelea antes de que llegara el amanecer.

Contaba con encontrar algunos *lessers* en el laberinto de concreto que era el centro de la ciudad.

Era una apuesta segura. En la guerra entre la Sociedad *Lessening* y los vampiros había una sola regla en el combate: No luchar frente a humanos. Lo último que necesitaban, cualquiera de las dos partes eran bajas humanas o testigos, así que las batallas encubiertas eran el distintivo del juego, y el Caldwell urbano presentaba un buen teatro para combates a baja escala. Gracias al éxodo al por menor hacia los suburbios de los años setenta, había muchos callejones oscuros y edificios desocupados. Además, los pocos humanos que estaban en la calle estaban primordialmente ocupados sirviéndose de varios vicios. Lo que significaba que estaban ocupados en otra cosa, dándole mucho trabajo a la policía.

Mientras caminaba, se mantenía alejado de los charcos de luz proporcionados por el alumbrado callejero y los focos de los coches. Gracias a la dura noche, había pocos peatones en los alrededores, por lo que estaba solo cuando pasó por el McGrider y el Screamer y un nuevo club de striptease que acababa de abrir. Más arriba, pasó frente al autoservicio tex-mex y el restaurante chino, que estaban flanqueados por salones de tatuajes que competían entre sí. Unas cuartas después pasó cerca del edificio de apartamentos sobre la avenida Redd donde solía vivir Beth antes de conocer a Wrath.

V estaba a punto de dar la vuelta y volver hacia el núcleo principal cuando se detuvo. Levantó la nariz. Inhaló. El aroma a talco de bebé estaba en el aire, y ya que las viejas ancianas y los bebés estaban fuera de servicio a esta tardía hora, supo que su enemigo estaba cerca.

Pero había algo más en el aire, algo que hizo que su sangre se enfriara.

V se desabrochó la chaqueta para tener las dagas a mano y comenzó a correr, rastreando los aromas hasta la calle Veinte. La Veinte estaba a una manzana de distancia de Trade, cercada por edificios de oficinas que estaban aletargados a esta hora de la noche, y mientras corría por su desigual y fangoso pavimento, los aromas se hicieron más fuertes.

Tenía el presentimiento que había llegado tarde.

Cinco manzanas después vio que tenía razón.

El otro aroma era el de la sangre derramada de un vampiro civil, y cuando las nubes se apartaron, la luz de la luna cayó sobre el horrible espectáculo. Un macho post transición vestido con desgarradas ropas de sociedad estaba más allá de la muerte, su torso retorcido, el rostro tan estropeado que sería imposible de reconocer. El *lesser* que había ejecutado el asesinato estaba revisando los bolsillos del vampiro, sin duda con la esperanza de encontrar la dirección de su casa como pista que lo llevara a hacer otra matanza.

El asesino sintió a V y miró sobre el hombro. El ser era blanco como la piedra caliza, su cabello pálido, la piel y los ojos decolorados como la tiza. Grande, constituido sólidamente como un jugador de rugby, hacía tiempo que había pasado por la iniciación y V lo supo, no sólo debido a que la natural pigmentación del bastardo se había desvanecido. El *lesser* ya estaba preparado cuando se puso de pie de un salto, las manos yendo a la altura de su pecho, echando el cuerpo hacia adelante.

Corrieron el uno hacia el otro y se encontraron como lo harían dos coches chocando en un cruce: cara a cara, peso a peso, fuerza contra fuerza. Y en el inicial encuentro y saludo, V recibió un puñetazo de una mano del tamaño de un jamón en la mandíbula, del tipo de golpe que hace que tu cerebro se fragmente dentro del cráneo. Se mareó momentáneamente, pero se las arregló para devolver el favor lo suficientemente fuerte para hacer girar al *lesser* como una peonza. Luego fue tras su oponente, agarrándolo por la chaqueta de cuero y lanzándolo al aire fuera de sus shitkickers.

A V le gustaba luchar cuerpo a cuerpo. Y era bueno en el trabajo de campo.

Aunque el asesino fue rápido. Se elevó del helado pavimento y le lanzó un golpe que revolvió los órganos internos de V como un mazo de cartas. Cuando V se tambaleó hacia atrás, tropezó con una botella de Coca Cola, que hizo que su tobillo se doblara y tomó un asiento en el tren expreso que llevaba hacia el asfalto. Aflojando y dejando ir su cuerpo, mantuvo los ojos sobre el asesino, que se movió deprisa. El bastardo fue a por el tobillo de V, cogiéndolo por la pesada bota y doblándola con toda la fuerza de su grueso pecho y brazos.

V lanzó un grito mientras giraba de cara al suelo, pero se cerró al dolor. Usando su tobillo lastimado y sus brazos como palanca, se empujó a sí mismo sobre el asfalto, levantó su pierna libre hacia el pecho y dio un golpe hacia atrás, asestando al hijo de puta una patada en la rodilla y rompiéndole la articulación. El *lesser* se sostuvo sobre una sola pierna como un flamenco, con la extremidad doblada en la dirección equivocada, mientras caía sobre la espalda de V.

Ambos se sujetaron fuertemente, con los antebrazos y los bíceps encogiéndose mientras giraban para terminar cerca del civil asesinado. Cuando a V le mordieron la oreja, la mierda realmente se agitó. Librándose de los dientes del *lesser*, le dio al bastardo un puñetazo en el lóbulo frontal, resultando en ambos huesos quebrados, pero que aturdió al maldito el tiempo suficiente para liberarse.

O casi.

El cuchillo entró en su costado justo cuando estaba sacando las piernas de debajo del asesino. El afilado estallido de dolor fue como una picadura de abeja, y supo que la hoja había roto la piel en el lado izquierdo y accedido al músculo justo debajo de las costillas.

Hombre, si le había perforado el intestino, las cosas se iban a poner feas instantáneamente. Así que era hora de terminar la pelea.

Vigorizado por la herida, V agarró al *lesser* por la barbilla y la nuca y retorció al hijo de puta como si fuera el tapón de una botella de cerveza. El crujido del cráneo saliéndose de la médula espinal fue como el de una rama partiéndose por la mitad y el cuerpo se quedó súbitamente inútil con los brazos sacudiéndose sobre el suelo, y las piernas quedándose inmóviles.

V se agarró el costado mientras la cúspide de poder se desvanecía. Mierda, estaba cubierto de sudor frío y sus manos temblaban, pero había finalizado el trabajo. Apresuradamente, palpó al *lesser* buscando una identificación antes de hacer desaparecer al bastardo.

Los ojos del asesino encontraron los suyos, su boca se movió lentamente.

—Mi nombre… fue Michael una vez. Hace… ochenta y tres… años. Michael Klosnick.

Abriendo la billetera, V encontró el permiso de conducir.

—Bueno Michael, que tengas un buen viaje de ida al infierno.

—Me alegro… que haya terminado.

—No lo ha hecho. ¿No te has enterado? —mierda, el costado le estaba matando—. Tu nuevo hogar es el cuerpo del *Omega*, amigo. Vivirás allí sin pagar alquiler para siempre.

Los pálidos ojos se abrieron desmesuradamente.

—Mientes.

—Por favor. ¿Te parece que me iba a molestar en hacerlo? —V sacudió la cabeza—. ¿Acaso tu jefe no te lo mencionó? Veo que no.

V desenvainó una de las dagas, levantó el arma sobre el hombro y bajó la hoja en línea recta hacia el amplio pecho. Hubo un estallido de luz lo suficientemente brillante como para iluminar el callejón entero, luego se oyó un pop y… *mierda*, el estallido había alcanzado al civil, haciéndole arder también gracias a una fuerte ráfaga de viento. Cuando los dos cuerpos se consumieron, lo único que quedó en la fría brisa fue el espeso olor de talco para bebé.

Joder. ¿Ahora cómo le darían la noticia a la familia?

Vishous examinó el área, y cuando no encontró otra billetera, se apoyó contra el contenedor y se quedó allí sentado, respirando en jadeos superficiales. Cada inhalación lo hacía sentir como si estuviera siendo acuchillado nuevamente, pero quedarse sin oxígeno no era una opción, así que continuó haciéndolo.

Antes de sacar el teléfono para pedir ayuda, miró la daga. La negra hoja estaba cubierta por la ennegrecida sangre del *lesser*. Rememoró la lucha con el asesino y se imaginó a otro vampiro en su lugar, uno no tan fuerte como él. Uno que no tuviera su linaje.

Levantó la mano enguantada. Si, su maldición lo había definido, la Hermandad y su noble propósito habían dirigido su vida. ¿Y si hubiera muerto esa noche? ¿Si esa hoja hubiera atravesado su corazón? Serían sólo cuatro guerreros.

Mierda.

En el tablero de ajedrez de su desolada vida, las piezas se habían alineado, el juego estaba predestinado. Hombre, muchas veces en la vida no podías elegir tu camino debido a que ya había sido decidido por ti.

Lo del libre albedrío era una *tremenda* mentira.

Dejando de lado a su madre y su dramatismo… debía convertirse en el *Primale* por la Hermandad. Se lo debía a la herencia a la que servía.

Después de limpiar la hoja en sus pantalones de cuero, volvió a enfundar el arma con la empuñadura hacia abajo, luchó para ponerse de pie, y palmeó la chaqueta. Mierda… su teléfono. ¿Dónde estaba su teléfono? En el ático. Debía haberse caído fuera de la chaqueta cuando la tiró sobre la cama del ático…

Sonó un disparo.

Una bala le dio justo entre los pectorales.

El impacto lo hizo elevarse y lo envío a cámara lenta a través del aire. Cuando cayó de espaldas sobre el suelo, permaneció allí mientras una presión demoledora hacía saltar su corazón y le nublaba la mente. Todo lo que podía hacer era jadear, pequeños alientos rápidos saltando hacia adentro y hacia fuera de su garganta.

Con el último deje de fuerza, levantó la cabeza y se miró el cuerpo. Un disparo. Sangre en la camisa. El aplastante dolor en el pecho. La pesadilla hecha realidad.

Antes de que pudiera entrar en pánico, llegó la oscuridad y se lo tragó entero… una comida a ser digerida en el baño ácido de la agonía.

—¿Qué *demonios* piensas que estás haciendo, Whitcomb?

La doctora Jane Whitcomb levantó la vista de la historia del paciente que estaba firmando y dio un respingo. Manuel Manello, doctor en medicina, jefe de cirugía del Centro Médico St. Francis, estaba avanzando como un toro por el *pasillo* hacia ella. Y sabía por qué.

Esto se iba a poner feo.

Jane garabateó su firma al final de la orden de farmacia, le devolvió la historia a la enfermera, y observó como la mujer se iba corriendo. Una buena maniobra defensiva, y nada extraordinaria en ese lugar. Cuando el jefe estaba así, la gente se ponía a cubierto… lo que era lo lógico si tenías medio cerebro y una bomba estaba a punto de explotar.

Jane lo enfrentó.

—Así que te enteraste.

—Aquí. Ahora. —Abrió de golpe la puerta de la sala de descanso de los cirujanos.

Cuando entró con él, Priesa y Dubois, dos de los mejores cirujanos gastrointestinales del St. Francis, echaron una mirada al jefe, cogieron la comida de la máquina expendedora y salieron de la habitación. A su estela, la puerta se cerró suavemente sin apenas el susurro de un sonido. Como si ella tampoco quisiera llamar la atención de Manello.

—¿Cuando ibas a decírmelo, Whitcomb? ¿O pensaste que Columbia estaba en otro planeta y no me iba a enterar?

Jane cruzó los brazos sobre el pecho. Era una mujer alta, pero Manello le sacaba un par de pulgadas, y estaba formado como los atletas profesionales a los que operaba. Grandes hombros, gran pecho, grandes manos. A los cuarenta y cinco, estaba en óptimas condiciones físicas y era uno de los mejores cirujanos ortopédicos del país.

Tanto como un aterrador HDP cuando estaba enfadado.

Qué bueno que se sintiera cómoda en situaciones tensas.

—Se que tienes contactos allí, pero pensé que serían lo suficientemente discretos como para esperar a que yo decidiera si quería el trabajo…

—Por supuesto que lo quieres o sino no hubieras perdido el tiempo yendo allí. ¿Es por el dinero?

—Vale, primero, no me interrumpas. Segundo, vas a bajar la voz. —Mientras Manello se pasaba la mano por el espeso cabello oscuro y hacía una profunda inspiración, se sintió

mal—. Mira, debería habértelo dicho. Debe ser desconcertante haber sido cogido por sorpresa de esa manera.

Sacudió la cabeza.

—Recibir una llamada de Manhattan diciendo que una de mis mejores cirujanas va a tener una entrevista con mi mentor en otro hospital, no es una de mis cosas preferidas.

—¿Fue Falcheck el que te lo dijo?

—No, unos de sus subordinados.

—Lo siento, Manny. No sabía cómo iban a ir las cosas, y no quería dar un paso en falso.

—¿Por qué estás pensando en dejar el departamento?

—Sabes que quiero más de lo que tengo aquí. Serás jefe hasta los sesenta y cinco, a menos que decidas renunciar. En Columbia, Falcheck ya tiene cincuenta y ocho. Tengo una buena oportunidad de convertirme en jefa de departamento allí.

—Ya te nombré jefa de la división de Urgencias.

—Y me lo merecía.

Sus labios se separaron en una sonrisa.

—Eres humilde, ¿verdad?

—¿Para qué molestarme? Ambos sabemos que es verdad. ¿Y en lo que respecta a Columbia? ¿Te gustaría ser subordinado de alguien las siguientes dos décadas de tu vida?

Sus párpados bajaron sobre los ojos color caoba. Por el más breve de los instantes, pensó ver algo centelleante en su mirada, pero luego se puso las manos en las caderas, haciendo que la bata blanca se estirara al ensancharse sus hombros.

—No quiero perderte, Whitcomb. Eres la mejor cirujana de urgencias que tengo.

—Y yo debo considerar mi futuro. —Fue hacia su armario—. Deseo dirigir mi propio puesto, Manello. Es mi forma de ser.

—¿Cuándo es la maldita entrevista?

—Mañana a primera hora de la tarde. Luego estoy libre todo el fin de semana y no estoy de guardia, así que me voy a quedar en la ciudad.

—Mierda.

Hubo un golpe en la puerta.

—Entre —dijeron ambos.

Una enfermera asomó la cabeza.

—Tenemos un caso de urgencia, tiempo estimado de llegada, dos minutos. Hombre cerca de la treintena. Herida de bala con probable perforación de la aorta. Colapsó dos veces en la ambulancia. ¿Acepta el paciente, doctora Whitcomb, o desea que llame a Goldberg?

—Nop, lo acepto. Preparen el área cuatro en el box y dile a Ellen y Jim que voy en un momento.

—Lo haremos, doctora Whitcomb.

—Gracias, Nan.

La puerta se cerró suavemente, y miró a Manello.

—Volviendo al tema de Columbia. Harías lo mismo que yo si estuvieras en mi lugar. Así que no puedes decir que te sorprende.

Hubo un momento de silencio, luego él se inclinó un poco hacia delante.

—No te dejaré ir sin ofrecer resistencia. Lo que tampoco debería sorprenderte.

Dejó la habitación, llevándose la mayor parte del oxigeno con él.

Jane se reclinó hacia atrás contra la puerta del armario y miró alrededor del área de la cocina y hacia un espejo colgado de la pared. Su reflejo era claro como el agua en el cristal, desde la bata blanca de doctor, el pijama de cirugía verde y su corto cabello rubio.

—Se lo ha tomado bien —se dijo a sí misma—. Teniendo todo en cuenta.

La puerta de la sala de descanso se abrió, y Dubois asomó la cabeza.

—¿Panorama despejado?

—Sip. Y yo me dirijo al box.

Dubois empujó la puerta y entró, sin hacer ruido al pisar sobre el linóleo con sus zapatos de cirugía.

—No sé como lo haces. Eres la única a la que no deja sin sentido después de una pelea.

—En realidad él no es ningún problema.

Dubois resopló.

—No me malinterpretes. Lo respeto muchísimo, de verdad. Pero no me gusta que se enfade.

Le puso la mano en el hombro a su colega.

—La presión desgasta a la gente. La semana pasada te desquiciaste. ¿Lo recuerdas?

—Sip, tienes razón. —Dubois sonrió—. Y al menos ya no tira cosas.

CAPÍTULO 7

El departamento de Urgencias *T. Wibble Jones* del Centro Médico St. Francis era una obra de arte gracias a la generosa donación de su benefactor homónimo. Inaugurado hacía apenas un año y medio, el Complejo de cincuenta mil pies cuadrados estaba construido en dos partes, cada cual con dieciséis áreas de tratamiento. Los pacientes de urgencias eran admitidos alternativamente en el área A o B y permanecían con el grupo que les fuera asignado hasta que eran dados de alta, admitidos o enviados a la morgue.

A lo largo del centro de las instalaciones estaba lo que el personal médico llamaba el "*box*". El box era estrictamente para admisiones de urgencia, de las que había dos tipos: los "ruedas" que llegaban en ambulancia y los "techos" que venían volando hacia la pista de aterrizaje que estaba once pisos por encima. Los techos tendían a ser casos más difíciles y los traían en helicóptero desde un radio de aproximadamente ciento cincuenta millas a la redonda de Caldwell. Para esos pacientes, había un ascensor exclusivo que los dejaba justo en el box. Era lo suficientemente grande para que entraran dos camillas y diez miembros del personal médico al mismo tiempo.

Las instalaciones de urgencias tenían seis áreas abiertas para pacientes, cada una equipada con rayos X, equipo de ecografías, válvulas de oxígeno, suministros médicos y suficiente espacio para moverse cómodamente. El centro de operaciones, la torre de control, estaba justo en el medio, un cónclave de ordenadores y personal que trágicamente, siempre estaba esperando. A cualquier hora había al menos un médico de admisión, cuatro residentes y seis enfermeras, normalmente tenían dos o tres pacientes en el lugar.

Caldwell no era, ni por casualidad, tan grande como Manhattan, pero tenía mucha violencia de bandas, tiroteos relacionados con drogas y accidentes de tráfico. Además, con casi tres millones de habitantes, veías una interminable variedad de humanos con errores de cálculo: una pistola de clavos se disparaba en el estómago de alguien porque un tipo había tratado de arreglar la cremallera de sus vaqueros con ella; una flecha atravesaba un cráneo porque alguien quería probar que tenía una excelente puntería y estaba equivocado; el marido se imaginaba que sería admirable reparar el horno y recibía una descarga de doscientos cuarenta voltios porque no lo había desenchufado antes.

Jane vivía en el box y le pertenecía. Como jefa del departamento de Trauma, era administrativamente responsable de todo lo que ocurría en esas seis áreas, pero también estaba entrenada tanto como médico en el departamento de Urgencias como cirujana de urgencias, así que tenia mucha práctica. En el transcurso del día a día, tomaba decisiones acerca de quién debía subir al quirófano y muchas veces entraba a hacer el trabajo de hilo y aguja.

Mientras esperaba a su paciente de herida de bala, revisó las historias de los dos pacientes que estaban siendo tratados en ese momento y miró por encima del hombro de los residentes y enfermeras mientras trabajaban. Cada miembro del equipo de urgencias era elegido por Jane, y cuando reclutaba, no iba necesariamente tras los del tipo Ivy League[11] aunque ella misma había estudiado en Harvard. Lo que buscaba, eran las cualidades de un buen soldado, o como le gustaba llamarlo, la disposición mental de "No Jodas, Sherlock".

[11] Ivy League. Una asociación de ocho universidades y colegios del noreste de Estados Unidos que comprende a Brown, Columbia, Cornell, Dartmouth, Harvard, Princeton, la Universidad de Pennsylvania, y Yale.

Inteligencia, vitalidad y sangre fría. Especialmente sangre fría. Tenías que ser capaz de permanecer en calma en una crisis si ibas a conocer el box de la A a la Z.

Pero eso no significaba que la compasión no fuera necesaria en cada cosa que hacían.

Generalmente, la mayor parte de los pacientes de urgencias no necesitaban que les sostuvieras la mano ni que los confortaras. Tendían a estar narcotizados o conmocionados debido a que estaban perdiendo sangre como un colador, tenían una parte de su cuerpo congelada en un frigorífico o tenían el setenta y cinco por ciento de su piel quemada. Lo que los pacientes necesitaban eran carros de reanimación con gente bien entrenada y sensata para manejar las paletas.

Las familias y seres queridos, sin embargo, siempre necesitaban bondad y simpatía, y ser reconfortados si era posible. Vidas eran destruidas o resucitadas todos los días en el box, y no eran sólo las personas que estaban en las camillas las que dejaban de respirar o comenzaban a hacerlo nuevamente. Las salas de espera estaban llenas de otras personas que se veían afectadas: maridos, esposas, padres, hijos…

Jane sabía lo que era perder a alguien que era parte de ti mismo y mientras trabajaba era muy consciente de la parte humana de la medicina y la tecnología. Se aseguraba de que su gente estuviera en su misma sintonía. Para trabajar en el box, tenías que ser capaz de afrontar los dos aspectos del trabajo, necesitabas una mentalidad de campo de batalla *y* saber empatizar con los pacientes. Como le decía a su personal, siempre había tiempo de tender la mano a alguien, escuchar sus problemas o de ofrecer un hombro en el que llorar, porque en un parpadeo podías estar en el otro extremo de la conversación. Después de todo, la tragedia no discriminaba, por lo que todo el mundo estaba sujeto a los mismos caprichos del destino. Sin importar el color de piel o la cantidad de dinero que tuvieras, si eras homosexual o heterosexual, un ateo o un verdadero creyente. Desde el lugar que ocupaba, veía a todo el mundo como un igual. Que era amado por alguien en algún lugar.

Se le acercó una enfermera.

—El doctor Goldberg acaba de avisar que está enfermo.

—¿Es esa gripe?

—Si, pero le pidió al doctor Harris que lo cubriera.

Dios bendiga el corazón de Goldberg.

—¿Nuestro hombre necesita algo?

La enfermera sonrió.

—Dijo que su esposa estuvo encantada de poder verlo cuando se despertó. Sarah le está preparando sopa de pollo en un absoluto estado de alborozo.

—Bien. Necesita algo de tiempo libre. Lástima que no lo vaya a disfrutar.

—Sip. Mencionó que le iba a hacer ver en DVD todas las películas diurnas que se habían perdido durante los últimos seis meses.

Jane se echó a reír.

—Eso le hará ponerse peor. Oh, escucha, quiero hacer una revisión completa del caso Robinson. No podíamos hacer nada más por él, pero creo que de cualquier forma necesitamos repasar su muerte.

—Tenía el presentimiento de que querrías hacer eso. Lo arreglé para el día después de que vuelvas de tu viaje.

Jane le dio a la enfermera un leve apretón en la mano.

—Eres un sol.

—Nah, es sólo que conozco a nuestra jefa —sonrió—. Nunca los dejas ir sin examinar y volver a comprobar todo el caso por si algo se hubiera podido hacer de forma diferente.

Eso era completamente cierto. Jane recordaba a cada paciente que había muerto en el box, tanto si había sido ella la que lo había admitido como si no y tenía a los fallecidos catalogados en la mente. De noche, cuando no podía dormir, los nombres y rostros desfilaban por su mente como un antiguo microfilm hasta que pensaba que iba a volverse loca de pasar lista.

Su lista de muertos era el perfecto estímulo y estaba condenada si el paciente herido de bala que estaba llegando se sumaba a ella.

Jane se acercó a un ordenador y reprimió la tristeza por el paciente. Esto iba a ser una batalla. Se estaba hablando de una puñalada y una bala alojada en la cavidad torácica y dado el lugar donde había sido encontrado estaba dispuesta a apostar que era o un traficante de drogas que estaba haciendo negocios en el territorio equivocado o un gran comprador que había sido traicionado. En cualquier caso, era improbable que tuviera un seguro sanitario, aunque eso no importaba. El St. Francis aceptaba a todos los pacientes, sin importar si podían pagar o no.

Tres minutos después, las puertas dobles se abrieron y la crisis entró a gran velocidad, como impulsada por una honda. El señor Michael Klosnik estaba inmovilizado en la camilla, era un gigante caucásico con gran cantidad de tatuajes, un par de pantalones de cuero y perilla. El paramédico en su cabecera le estaba insuflando aire con un respirador, mientras que otro sostenía el equipo y lo apretaba.

—En el área cuatro —les dijo Jane a los paramédicos—. ¿Que tenemos?

El tipo que le estaba dando aire con el balón dijo:

—Le pusimos dos intravenosas con suero. La presión arterial es de sesenta sobre cuarenta y bajando. El ritmo cardíaco está en ciento cuarenta. La respiración es de cuarenta. Esta intubado oralmente. Sufrió fibrilación ventricular de camino hacia aquí. Le dimos doscientos julios. El ritmo sinusal es de ciento cuarenta.

En el área cuatro, los médicos detuvieron la camilla y le pusieron el freno mientras el personal del box se unía. Una enfermera se sentó en una pequeña mesa para registrarlo todo. Otras dos esperaban listas para entregar los instrumentos a Jane y una cuarta se preparó para cortar los pantalones de cuero del paciente. Un par de residentes deambulaban por allí para observar o ayudar si se les necesitaba.

—Tengo la billetera —dijo el paramédico, entregándosela a la enfermera que tenía las tijeras.

—Michael Klosnick, treinta y siete años —leyó—. La foto del documento de identidad esta borrosa, pero… podría ser él, asumiendo que se hubiera teñido el cabello de negro y dejado crecer la perilla después de que se la sacaran.

Le entregó la billetera a su colega que estaba tomando notas y luego comenzó a cortar los pantalones.

—Veré si está en el archivo —dijo la otra mujer mientras tecleaba en el ordenador—. Lo encontré… espera, esto… debe ser un error. No, la dirección es correcta, el año está equivocado.

Jane maldijo en voz baja.

—Puede que haya problemas con el nuevo sistema de registro informático, así que no quiero fiarme de la información que sale allí. Tomad una muestra de sangre y una radiografía del tórax enseguida.

Mientras le sacaban sangre, Jane hizo un rápido examen preliminar. La herida de bala era un limpio agujero justo al lado de una especie de cicatriz que tenía en el pectoral. Un riachuelo de sangre era todo lo que se veía externamente dando pocas pistas del daño que

pudiera haber ocasionado en el interior. La herida de cuchillo estaba aproximadamente igual. No había mucho daño en la superficie. Esperaba que los intestinos no hubieran sido perforados.

Le echó un vistazo al resto del cuerpo, viendo cantidad de tatuajes… *Wow*. Esa era una tremenda y antigua herida en la ingle.

—Dejadme ver los rayos X y quiero una ecografía del corazón…

Un gritó desgarró la sala de operaciones.

Jane giró la cabeza bruscamente hacia la izquierda. La enfermera que había estado quitándole la ropa al paciente estaba en el suelo sufriendo un ataque con convulsiones, los brazos y las piernas se agitaban contra las baldosas. En su mano tenía el guante negro que llevaba el paciente.

Por medio segundo todo el mundo se quedó congelado.

—Sólo le tocó la mano y cayó —dijo alguien.

—¡De vuelta a la diversión! —cortó Jane—. Estevez, ocúpate de ella. Quiero saber cómo está de inmediato. El resto, concentrarse. ¡Ahora!

Sus órdenes hicieron que el personal entrara en acción. Todo el mundo volvió a enfocarse mientras la enfermera era conducida hacia el área contigua y Estevez, uno de los residentes, comenzaba a tratarla.

Los rayos X del tórax salieron bastante bien, pero por alguna razón la ecografía del corazón era de mala calidad. No obstante, ambos revelaban exactamente lo que Jane esperaba. El pericardio taponado por una herida de bala en el ventrículo derecho, la sangre se había filtrado a la bolsa del pericardio y estaba comprimiendo el corazón, comprometiendo su función y causando que bombeara mal.

—Haced una ecografía del abdomen mientras gano algo de tiempo con el corazón. —Habiendo determinado la situación de la herida más apremiante, Jane deseaba más información sobre la puñalada—. Y en cuanto terminéis con eso, quiero que ambas máquinas sean revisadas. Algunas de estas imágenes del tórax tienen una sombra.

Cuando un residente se puso a trabajar sobre el estómago del paciente con la sonda para la ecografía, Jane blandió una aguja para anestesia número veintiuno y la ajustó a una jeringa de cincuenta centímetros cúbicos. Después de que la enfermera hubiera pasado Betadine por el pecho del hombre, Jane atravesó la piel y navegó por la anatomía ósea, abriendo una brecha en la bolsa del pericardio y sacando cuarenta centímetros cúbicos de sangre para aliviar la presión del pericardio.

Mientras tanto, dio órdenes de que prepararan el quirófano dos en la planta superior y que le dijeran al equipo de bypass cardíaco que se preparara.

Le dio la jeringa a la enfermera para que la tirara.

—Veamos el abdomen.

La máquina definitivamente estaba mal ya que las imágenes no eran todo lo claras que debían ser. Sin embargo, mostraban buenas noticias, lo que confirmó al palpar el contorno. Ningún órgano interno parecía estar gravemente afectado.

—Ok, el abdomen parece que está bien. Llevémoslo arriba inmediatamente.

Al salir del box, asomó la cabeza en el área donde Estevez estaba tratando a la enfermera.

—¿Cómo está?

—Se está recuperando. —Estevez negó con la cabeza—. Su corazón se ha estabilizado después de darle una sacudida con las paletas.

—¿Estaba fibrilando? Cristo.

—Igual que el tipo del teléfono que ingresó ayer. Como si la hubiera golpeado una descarga eléctrica.

—¿Llamaste a Mike?

—Sip, su esposo está en camino.

—Bien. Cuida de nuestra chica.

Estevez asintió y miró a su colega.

—Siempre.

Jane alcanzó al paciente que estaba siendo trasladado por el personal hacia el ascensor que llevaba a la planta de cirugía. Ya en el piso de arriba se lavó mientras las enfermeras lo colocaban sobre la mesa. A su petición, un equipo de instrumental para cirugía cardiotorácica y la máquina de bypass habían sido preparadas, mientras que las ecografías y placas hechas en la planta baja brillaban en la pantalla del ordenador.

Con ambas manos enguantadas y mantenidas en alto, separadas del cuerpo, volvió a revisar las pruebas torácicas. A decir verdad, ambas eran defectuosas, granuladas y con esas sombras, pero podía ver lo suficiente como para orientarse. La bala estaba alojada en los músculos de la espalda y la iba a dejar allí. Los riesgos inherentes a su extracción eran mayores que si la dejaba en paz, y de hecho, la mayoría de las víctimas de herida de bala, dejaban el box con el trofeo de plomo en el mismo lugar donde se alojaba.

Frunció el ceño y se inclinó más cerca de la pantalla. Interesante bala. Era redonda, no con la forma oblonga típica de las balas que estaba habituada a ver dentro de sus pacientes. Aún así, aparentemente parecía estar hecha de plomo común y corriente.

Jane se acercó a la mesa donde el paciente había sido conectado a la máquina de anestesia. Su pecho había sido preparado, las regiones que lo rodeaban estaban cubiertas por paños quirúrgicos. El color anaranjado del Betadine lo hacía ver como si tuviera un falso bronceado mal aplicado.

—No haremos bypass. No quiero perder el tiempo. ¿Tenemos sangre de su tipo a mano?

Una de las enfermeras habló desde la izquierda.

—La tenemos, aunque no encontramos su tipología.

Jane la miró por encima del paciente.

—¿No lo encontraron?

—La lectura de la muestra se devolvió como indeterminada. Pero tenemos ocho litros del tipo O.

Jane frunció el ceño.

—Ok, manos a la obra.

Usando un escalpelo láser hizo una incisión sobre el pecho del paciente, luego corto el esternón y uso un separador de costillas para abrir la cavidad del corazón, exponiendo…

Jane se quedó sin respiración.

—*Santa*…

—…mierda —otra persona terminó la frase.

—Succión. —Cuando hubo una pausa, levantó la vista hacia el enfermero que la asistía—. Succión, Jacques. No importa como se ve. Puedo arreglarlo… siempre y cuando pueda tener una vista clara de la endemoniada cosa.

Hubo un sonido como de siseo cuando la sangre fue absorbida y luego pudo echarle un buen vistazo a una anomalía física que nunca había visto antes: un corazón con seis cavidades en un pecho humano. Esa “sombra” que había visto en las ecografías era, de hecho, un par extra de cavidades.

—¡Fotos! —gritó—. Pero por favor, hacedlo rápido.

Hombre, el departamento de Cardiología va a volverse loco con esto. Pensó mientras sacaban las fotografías. Nunca antes había visto algo así… aunque el agujero desgarrado en el ventrículo izquierdo le era absolutamente familiar. Había visto muchos de estos.

—Sutura —dijo.

Jacques le puso un par de pinzas en la palma de la mano, el instrumento de acero portaba una aguja curva con hilo negro en el extremo. Con la mano izquierda, Jane tomó la parte de atrás del corazón, tapó el extremo del agujero con el dedo y cosió el impacto que estaba en la parte delantera del área hasta cerrarlo. El siguiente paso sería levantar el corazón sacándolo del saco del pericardio y hacer lo mismo en la parte trasera.

El tiempo total transcurrido era menor a seis minutos. Luego soltó el separador de costillas, las puso donde se suponía que debían estar y usó alambre de acero para unir las dos mitades del esternón. Justo cuando estaba a punto de graparlo desde el diafragma hasta la clavícula, el anestesista habló y la máquina comenzó a sonar.

—La presión arterial es de sesenta sobre cuarenta y está descendiendo.

Jane practicó el protocolo de fallo cardíaco y se inclinó sobre el paciente.

—Ni siquiera se te ocurra pensar en ello —le dijo bruscamente—. Si te me mueres me voy a enfadar mucho.

Desde ninguna parte, y contra toda lógica médica, los ojos del hombre parpadearon hasta abrirse y enfocarse en ella.

Jane se apartó bruscamente. Dios querido… sus iris tenían el incoloro esplendor de los diamantes, brillando tanto que le recordaban la luna de invierno en una noche despejada. Y por primera vez en su vida, se quedó pasmada, incapaz de moverse. Al enlazar sus miradas, era como si estuvieran ligados cuerpo a cuerpo, enroscados y entrelazados, indivisibles…

—Está fibrilando otra vez —ladró el anestesista.

Jane volvió bruscamente a la realidad.

—Quédate conmigo —le ordenó al paciente—. ¿Me oyes? *Quédate conmigo*.

Hubiera podido jurar que el tipo asintió antes de cerrar los párpados. Y volvió al trabajo de salvarle la vida.

—Debes tranquilizarte respecto a ese incidente con el lanzador de patatas —dijo Butch.

Phury puso los ojos en blanco y se reclinó sobre la banqueta.

—Rompisteis mi ventana.

—Por supuesto que lo hicimos. V y yo estábamos apuntando hacía ella.

—Dos veces.

—Eso prueba que somos notables tiradores.

—La próxima vez, por favor podríais escoger la de otra persona… —Phury frunció el ceño y apartó el Martini de sus labios. Sin ninguna razón aparente, sus instintos habían cobrado vida, todos aguzados y sonando como una máquina tragaperras. Echó un vistazo a su alrededor en la sección VIP, buscando algo que tuviera aspecto de problemas—. Hey, poli, sientes…

—Algo no va bien —dijo Butch mientras se frotaba el centro del pecho, luego tomó la gruesa cruz de oro que tenía debajo de la camisa—. ¿Qué demonios está pasando?

—No lo sé. —Phury volvió a recorrer con la vista la multitud que había en la sección VIP. Hombre, era como si un repugnante olor se hubiera colado en la habitación, coloreando el aire con algo que hacía que tu nariz quisiera buscarse un nuevo trabajo. Y aún así no había nada fuera de lugar.

Phury cogió el teléfono y llamó a su gemelo. Cuando Zsadist atendió, lo primero que preguntó fue si estaba bien.

—Estoy bien, Z, pero tú también lo percibiste, ¿huh?

Al otro lado de la mesa, Butch levantó el teléfono hacia su oreja.

—¿Cariño? ¿Estás bien? ¿Está todo bien? Sip, no lo sé… ¿Wrath quiere hablar conmigo? Si, seguro, ponlo al… Hey, gran hombre. Sip. Phury y yo. Si. No. ¿Rhage está contigo? Bien. Si, llamaré a Vishous enseguida.

Después de que el poli colgara, presionó un par de teclas y el teléfono regresó a su oído. El poli frunció las cejas.

—¿V? Llámame. En cuanto escuches esto.

Terminó la llamada al mismo tiempo que Phury colgó a Z.

Ambos se reclinaron en sus asientos. Phury se puso a juguetear con su bebida. Butch jugó con la cruz.

—Tal vez fue a su ático a encontrarse con una hembra —dijo Butch.

—Me dijo que iba a hacerlo a primera hora de la noche.

—Bien. Entonces tal vez esté en medio de una pelea.

—Sip. Nos llamará en cualquier momento.

Aunque los teléfonos de la Hermandad tenían chips GPS insertados, el de V no funcionaba si tenía el teléfono con él, así que llamar al Complejo y tratar de rastrear su móvil no iba a ser de mucha ayuda. V culpaba a su mano de entorpecer esa función, asegurando que fuera lo que fuera lo que la hacía brillar causaba una alteración eléctrica o magnética. Seguro que afectaba a la calidad de las llamadas. Cada vez que llamabas a V había una interferencia en la línea, aunque estuviera en una línea de tierra.

Phury y Butch duraron un minuto y medio antes de mirarse el uno al otro y hablar al mismo tiempo.

—Te importa si nos damos una vuelta…

—Que te parece si vamos…

Ambos se pusieron de pie y se dirigieron a la salida de emergencia que estaba en una puerta lateral del club.

Al llegar al callejón de afuera, Phury miró el cielo nocturno.

—¿Quieres que me desmaterialice hacia su casa inmediatamente?

—Si. Hazlo.

—Necesito la dirección. Nunca he estado allí antes.

—Commodore. El último piso, en la esquina suroeste. Esperaré aquí.

Para Phury fue cuestión de un momento ubicarse en la ventosa terraza del elegante ático situado unas diez manzanas más cerca del río. Ni siquiera se molestó en acercarse a la pared de vidrio. Podía percibir que su hermano no estaba dentro y volvió junto a Butch en lo que tarda un latido de corazón.

—Nop.

—Así que está cazando… —el poli se congeló, una extraña y fija expresión golpeó su rostro. Su cabeza giró bruscamente hacia la derecha—. *Lessers*.

—¿Cuántos? —preguntó Phury, abriendo su chaqueta. Desde que Butch había tenido su encuentro con el *Omega*, había sido capaz de detectar a los asesinos como si fueran putas monedas para un detector de metales.

—Un par. Hagámoslo rápido.

—Totalmente de acuerdo.

Los *lessers* aparecieron en la esquina, le dieron un vistazo a Phury y Butch y se pusieron en guardia. El callejón de la parte externa del ZeroSum no era el mejor lugar para luchar, pero con suerte y debido a que la noche estaba muy fría, no habría humanos en los alrededores.

—Estoy a cargo de la limpieza —dijo Butch.

—Entendido.

Ambos arremetieron contra el enemigo.

CAPÍTULO 8

Dos horas más tarde, Jane abrió la puerta de la Unidad de Cuidados Intensivos Quirúrgicos. Ya había recogido sus pertenencias y estaba lista para irse a casa, el bolso de cuero en el hombro, las llaves del coche en la mano, y el chubasquero puesto. Pero no se iría sin antes ver al paciente herido por arma de fuego.

Al llegar al control de enfermería, la mujer del otro lado del mostrador la miró.

—Hey doctora Whitcomb, ¿vino a controlar a su ingreso?

—Sip, Shalonda. Ya me conoces… no puedo abandonarlos. ¿Que habitación le asignaste?

—La número seis. Faye esta con él, asegurándose que este cómodo.

—¿Veis por que os amo chicas? El mejor personal de UCIQ de la ciudad. Por cierto, ¿ha venido alguien a verle? ¿Encontramos algún familiar cercano?

—Llamé al número que había en su expediente médico. El tipo que respondió dijo que había vivido en ese apartamento los últimos diez años y que nunca había escuchado hablar de Michael Klosnick. Así que la dirección era falsa.

Mientras Shalonda ponía los ojos en blanco, las dos dijeron al mismo tiempo:

—Asuntos de drogas.

Jane sacudió la cabeza.

—No me sorprende.

—Ni a mí. Esos tatuajes en el rostro no encajan con un corredor de seguros.

—No a menos que trabaje para un grupo de luchadores profesionales.

Shalonda aún reía cuando Jane la saludó con la mano y comenzó a bajar por el pasillo. La número seis estaba al final del pasillo a mano derecha, y mientras caminaba comprobó otros dos pacientes a los que había operado, uno con el intestino perforado por una liposucción que había salido mal y otro que había quedado empalado contra la mediana en un accidente de moto.

Las habitaciones de la UCIQ eran de veinte pies cuadrados por veinte de pura actividad. Cada una tenía el frente de cristal, con una cortina que podía ser cerrada para tener intimidad, y no eran el tipo de habitación que contaba con una ventana, un póster de Monet o una TV pasando a Regis y Kelly[12] en ella. Si estabas lo bastante bien como para preocuparte por lo que podías ver en el aparato, no pertenecías allí. Las únicas pantallas e imágenes eran las del equipo de monitores que rodeaban la cama.

Cuando Jane llego a la número seis, Faye Montgomery, una verdadera veterana, que estaba comprobando el suero del paciente, levantó la vista.

—Buenas tardes doctora Whitcomb.

—¿Como estas Faye? —Jane dejó su bolso y tomó el expediente médico que estaba en un casillero en forma de bolsillo colgado junto a la puerta.

—Estoy bien y antes de que preguntes, esta estable, lo que es asombroso.

Jane le echó una hojeada a las estadísticas mas recientes.

—No me digas.

Estaba por cerrar el expediente médico cuando frunció el ceño ante el número que vio en la esquina izquierda. El identificador de diez dígitos asignado al paciente tenía miles y miles de números de diferencia con los que se les daba a las nuevas admisiones. Examinó la fecha en que el expediente había sido creado por primera vez: 1974. Hojeándolo encontró

[12] Programa de variedades

dos admisiones anteriores en el departamento de Urgencias. Una por herida de cuchillo, la otra por sobredosis de drogas. Las fechas eran de los años 71 y 73.

Ah demonios, ya había visto esto antes. Los ceros y los sietes podían parecerse cuando se escribía rápidamente. El hospital no había informatizado los registros hasta finales del 2003 y anteriormente todo se escribía a mano. Claramente este registro había sido trascrito por procesadores de texto que habían malinterpretado los datos. En vez de 01 y 03, la persona había trascrito la fecha en los años setenta.

Salvo que… la fecha de nacimiento no tenía sentido. Con la que figuraba allí, el paciente habría cumplido los treinta y siete años tres décadas atrás.

Cerró el expediente y colocó la mano sobre el.

—Debemos obtener más precisión del servicio de trascripciones.

—Lo se. Noté lo mismo. Escucha, ¿deseas estar algún tiempo a solas con él?

—Sip, sería bueno.

Faye se detuvo junto a la puerta.

—Escuché que estuviste bastante impresionante en el quirófano esta noche.

Jane sonrió un poco.

—El equipo estuvo impresionante. Yo solo hice mi parte. Hey, olvidé decirle a Shalonda que apostaré por UK en la Locura de Primavera[13]. ¿Podrías…

—Sip. Y antes de que lo preguntes, si, apostó de nuevo por Duke este año.

—Bien, podremos insultarnos una a la otra por otras seis semanas.

—Es por eso por lo que los escogió. Está haciendo un servicio público para que el resto de nosotros podamos observaos pelear. Sois muy generosas.

Después de que Faye se marchara, Jane corrió la cortina y se acercó a la cama. La respiración del paciente era asistida por el equipo a través de la intubación y sus niveles de oxígeno eran aceptables. La presión arterial era estable, aunque un poco baja. El ritmo cardiaco era lento y reflejaba una lectura extraña en el monitor, pero bueno, tenía seis cavidades latiendo.

Cristo, ese corazón.

Se inclinó sobre él y estudio sus rasgos. Caucásico, probablemente originario de Europa Central. Guapo, no es que eso importara, aunque la belleza estaba un poco empañada por los tatuajes que tenía en la sien. Se acercó, estudiando la tinta en su piel. Tenía que admitir que estaban bellamente hechos, los intrincados diseños parecían caracteres chinos y jeroglíficos combinados. Se imaginó que los símbolos debían estar relacionados con la banda a la que pertenecía, a pesar de que no pacería un chico que jugara a la guerra; era más feroz, como un soldado. ¿Tal vez los tatuajes fueran algo relacionado con las artes marciales?

Cuando observó el tubo que tenía insertado en la boca, notó algo extraño. Empujó con los pulgares su labio inferior apartándolo. Sus caninos eran muy pronunciados. Curiosamente afilados

Cosmética, no había duda. En estos días las personas hacían toda clase de cosas espeluznantes con su apariencia, y él ya había marcado su rostro.

[13] Locura de Primavera: En el original Spring Madness que es la época del año en que los equipos de baloncesto de las Universidades tratan de llegar a la final. La gente escoge el equipo que desea que sea el ganador y lo sigue durante toda la temporada. Si entras en una apuesta y tu equipo le gana al resto entonces al final del campeonato ganas todo el dinero que se apostó. University of Kentucky (UK) y Duke son dos Universidades.

Levantó la delgada manta que lo cubría. El vendaje de la herida del pecho estaba bien, así que bajo por el cuerpo, apartando las mantas del camino. Inspeccionó el vendaje de la puñalada, luego palpó el área abdominal. Mientras apretaba suavemente para sentir los órganos internos, observó los tatuajes que tenía sobre el área púbica, luego se concentró en las cicatrices que tenía alrededor de la ingle.

Había sido parcialmente castrado.

Dada la desastrosa cicatriz no había sido una extirpación quirúrgica, más bien el resultado de un accidente. O al menos esperaba que hubiera sido accidental, por que la única otra explicación sería la tortura.

Miró fijamente su rostro mientras le cubría. En un impulso, colocó la mano sobre su antebrazo y apretó.

—Has tenido una vida dura, ¿no es así?

—Sip, pero eso me ha hecho bueno.

Jane se giró.

—¡Jesús¡ Manello, me asustaste.

—Lo siento, solo quería echarle un vistazo. —El jefe fue hacia el otro lado de la cama, recorriendo al paciente con los ojos—. Sabes, no creo que hubiera sobrevivido bajo el cuchillo de otro.

—¿Has visto las fotos?

—¿Del corazón? Si. Quiero enviárselas a los chicos de Columbia para que le den un vistazo. Podrás preguntarles lo que piensan cuando estés allí.

Ella lo dejó pasar.

—No dimos con su tipo de sangre.

—¿En serio?

—Si consiguiéramos su consentimiento, creo que deberíamos hacerle un estudio completo, incluso los cromosomas.

—Ah si, tu segundo amor. Genes.

Era gracioso que lo recordara. Probablemente le hubiera mencionado solo una vez como casi terminó siendo investigadora genética.

Con la emoción de un adicto, Jane recordó el interior del paciente, vio el corazón en su mano, sintió el órgano en su puño mientras le salvaba la vida.

—Podría representar una fascinante oportunidad clínica. Dios, me encantaría estudiarlo. O al menos participar en el estudio.

El suave pitido de los monitores parecía aumentar en el silencio entre ellos hasta que momentos después una especie de certeza le cosquilleó la nuca. Levantó la vista. Manello estaba mirándola fijamente, con el rostro solemne, la gruesa mandíbula apretada, las cejas fruncidas.

—¿Manello? —frunció el ceño—. ¿Estas bien?

—No te vayas.

Para evitar sus ojos miró hacia abajo, a la sábana que había doblado y metido bajo el brazo del paciente. Ociosamente alisó la blanca extensión… hasta que le recordó algo que su madre solía hacer.

Detuvo la mano.

—Puedes encontrar a otro ciruj…

—Que se joda el departamento. No quiero que te vayas porque… —Manello se pasó la mano por el espeso cabello negro—. Cristo, Jane. No quiero que te vayas porque te

extrañaría como el infierno, y porque… mierda, te necesito, ¿vale? Te necesito aquí. Conmigo.

Jane pestañó como una idiota. En los pasados cuatro años, nunca había habido ni una sugerencia de que el hombre se sintiera atraído por ella. Seguro, estaban unidos y todo eso. Y era la única que podía calmarlo cuando se enfadaba. Y vale, sí, hablaban del funcionamiento interno del hospital todo el tiempo, aún después de hora. Y comían juntos cada noche cuando estaban de guardia y… él le había contado sobre su familia y ella le había contado sobre la suya…

Diablos.

Si, pero el hombre era la propiedad más caliente en todo el hospital, y ella era tan femenina como… bien, una mesa de operaciones.

Ciertamente tenía tantas curvas como una.

—Vamos Jane, ¿que tan despistada puedes ser? Si me dieras un pequeño indicio estaría dentro de tu pijama al instante.

—¿Estas loco? —boqueó.

—No. —Apretó los parpados—. Estoy muy, muy lucido.

Enfrentado la sensual expresión de noche de verano, el cerebro de Jane se fue de vacaciones. Simplemente salió volando de su cráneo.

—No parece correcto —farfulló.

—Seríamos discretos.

—Peleamos. —¿Que demonios salía de su boca?

—Lo se. —Sonrío curvando los carnosos labios—. Eso me gusta, nadie me enfrenta excepto tu.

Le miró por encima del paciente, aun tan atónita, que no sabía que decir. Dios, había pasado tanto tiempo desde que la última vez que había habido un hombre en su vida. En su cama. En su cabeza. Tanto condenado tiempo. Eran años de ir a su hogar en el condominio, ducharse sola, acostarse sola, despertarse sola e ir al trabajo sola. Con ambos padres muertos, no tenía familia y debido a las horas que pasaba en el hospital, ningún círculo externo de amigos. La única persona con la que realmente hablaba era… bueno, Manello.

Mientras le miraba ahora, se le ocurrió que esa era realmente la razón por la que se marchaba, aunque no solamente porque se interponía en su camino en el departamento. En algún nivel sabía que esta conversación íntima llegaría, y había querido correr antes de que lo hiciera.

—El silencio —murmuró Manello—, no es algo bueno en este momento, a menos que estés tratando de expresar algo así como “Manello te he amado durante años, vayamos a tu apartamento y pasemos los siguientes cuatro días en posición horizontal”

—Ya es mañana —dijo automáticamente.

—Puedo decir que estoy enfermo. Decir que tengo esa gripe. Y como tu jefe, puedo ordenarte que hagas lo mismo —se inclinó sobre el paciente—. No vayas a Columbia mañana. No te vayas. Veamos hasta donde podemos llevar esto.

Jane miró hacia abajo y comprendió que estaba mirando fijamente las manos de Manny… sus fuertes y anchas manos, que habían curado tantas caderas, hombros y rodillas, salvando las carreras y la felicidad tanto de atletas profesionales y aficionados por igual. Y no solamente operaba a los jóvenes y atléticos. También había conservado la movilidad de los ancianos, los heridos y los afectados por el cáncer, ayudando a muchos a mantener la función de sus brazos y piernas.

Trató de imaginarse esas manos en su piel.

—Manny… —murmuró— es una locura.

Cruzando la ciudad, en el callejón que estaba en la parte externa del ZeroSum, Phury se alzó por encima del inmóvil cuerpo de un *lesser* pálido como un fantasma. Con la daga negra, había abierto una enorme herida en el cuello de la cosa y la negra sangre bombeaba sobre el asfalto cubierto por nieve semiderretida. Su instinto era apuñalar a la cosa en el corazón y enviarlo de vuelta al *Omega*. Pero esa era la antigua forma. La nueva era mejor.

Aunque le costaba a Butch. Muchísimo.

—Este está listo para ti —dijo Phury y retrocedió.

Butch se adelantó, sus botas crujieron al atravesar los helados charcos. Su rostro estaba sombrío, los comillos alargados. Ahora llevaba el olor dulzón a talco de bebé de sus enemigos. Había terminado con el asesino con el que había estado luchando, hecho su asunto especial, y ahora lo haría nuevamente.

Cuando se arrodilló, el poli, lucia al mismo tiempo motivado y dolorido. Plantó las manos a cada lado del descolorido rostro del *lesser*, y se inclinó sobre él. Abriendo la boca, se colocó sobre los labios del asesino y comenzó a inhalar larga y lentamente.

Los ojos del *lesser* llamearon cuando una niebla negra se elevó de su cuerpo y fue absorbida por los pulmones de Butch. No hubo pausa en la inhalación, ninguna pausa en la succión, solo una firme corriente del mal pasando de un recipiente a otro. Al final, sus enemigos se convertían en nada más que cenizas grises, los cuerpos colapsaban y luego se fragmentaban convirtiéndose en fino polvo que era arrastrado por el viento frío.

Butch se tambaleó, después cedió del todo, cayendo de costado sobre el nevado suelo del callejón. Phury se acercó y extendió la mano…

—No me toques —la voz de Butch fue un mero resuello—. Te enfermaras.

—Déjame…

—¡No! —Butch se apoyó en el suelo empujando para levantarse—. Solo dame un minuto.

Phury se mantuvo de pie cerca del poli, cuidándolo y manteniendo un ojo en el callejón en caso de que vinieran más.

—¿Quieres ir a casa? Iré a buscar a V…

—Joder, no —el poli alzó los ojos color avellana—. Es cosa mía. Y yo iré a buscarlo.

—¿Estas seguro?

Butch se puso de pie y a pesar de que su cuerpo ondeaba como una bandera, estaba como la luz verde del semáforo.

—Vamos.

Phury se puso a la par del tipo y ambos bajaron por la calle Trade, pero no le agradaba el aspecto del rostro de Butch. El poli tenía la expresión visiblemente perdida de alguien cuyo procesador se hubiera congelado, pero no parecía como que fuera a renunciar a no ser que cayera de bruces.

Mientras los dos recorrían el hoyo urbano de Caldwell y no encontraban una puta mierda. La situación de ausencia-de-V claramente hacía que Butch se sintiera peor.

Estaban en el mismo límite del centro, cerca de la avenida Redd, cuando Phury se paró.

—Deberíamos volver. Dudo que hubiera venido tan lejos.

Butch se detuvo. Miró a su alrededor. Y dijo con una voz apagada:

—Hey, mira. Este es el viejo edificio de apartamentos de Beth.

—Tenemos que dar la vuelta.

El poli sacudido la cabeza y se frotó el pecho.

—Tenemos que seguir.

—No digo que dejemos de buscar, pero ¿por que se alejaría tanto? Estamos en el borde del área residencial. Demasiados ojos podrían ver la lucha, así que no vendría hasta aquí buscándola.

—Phury, tío ¿y si lo atracaron? No hemos visto a otro *lesser* esta noche, ¿y si paso algo grande como que lo acorralaran?

—Si estaba consciente, eso sería altamente improbable, dada esa mano que tiene. Un arma tremenda, incluso si hubiera sido despojado de las dagas.

—¿Y si lo derribaron?

Antes de que Phury pudiera responder, la furgoneta de prensa del Canal Seis de noticias dio vuelta a una tremenda velocidad. Dos calles más abajo, las luces de freno brillaron y la cosa giró a la izquierda.

Todo en lo que Phury pudo pensar fue *mierda*. Las furgonetas de noticias no aparecían con esa prisa por que el gato de alguna anciana se hubiera subido a un árbol. Aun así, quizás solo era mierda humana, como una lluvia de plomo entre bandas.

El problema era que, cierta horrible y aplastante corazonada le dijo a Phury que no era el caso, así que cuando Butch comenzó a caminar en esa dirección, lo siguió. No dijo ni una palabra, lo que probablemente significaba que el poli estaba pensando exactamente lo mismo que él: *Por favor, Dios, deja que sea la tragedia de alguien más, no la nuestra.*

Cuando llegaron a donde la camioneta estaba estacionada, encontraron la típica convención del crimen, con dos patrullas del departamento de Policía de Caldwell aparcadas a la entrada del callejón sin salida de la Vigésima avenida. Mientras un reportero permanecía en el punto de mira y dirigiéndose a una cámara, hombres uniformados caminaban en el interior de un círculo trazado por una cinta amarilla y los entrometidos se amontonaban juntos alimentando el drama y gritando.

La ráfaga de viento que bajaba desde el callejón llevaba tanto el olor de la sangre de V como el hedor dulzón a talco de bebe de los *lesser.*

—Oh Dios… —la angustia de Butch se filtró en el frío aire de la noche, agregando un agudo gusto a disolvente a la mezcla.

El poli caminó dando tumbos hacia la cinta, pero Phury le agarró por el brazo para detenerle. Sólo para palidecer. La maldad en Butch era tan palpable que se disparó por el brazo de Phury y aterrizó en su estomago, provocando que se le revolviera.

De todos modos se aferró a su amigo.

—Maldición, quédate apartado. Probablemente fuiste compañero de algunas de esas placas. —Cuando el poli abrió la boca, Phury lo interrumpió—. Levántate el cuello, baja la visera de tu gorra y quédate aquí.

Butch tiró de su gorra de los Red Sox y la bajó hasta la mandíbula.

—Si esta muerto…

—Cállate y preocúpate por mantenerte de pie. —Lo que sería un reto por que Butch era un desgarrado desastre. Jesús… si V estaba muerto, eso no solo mataría a todos y cada uno de los hermanos, si no que el poli en particular tendría problemas. Después de que realizaba esa rutina Dyson[14] con los asesinos, V era lo único que podía sacar el mal de él.

—Vete, Butch. Es demasiada exposición para ti. Vete ahora.

El poli, caminó un par de yardas y se apoyó contra un coche estacionado en las sombras. Cuando pareció que el tipo iba a quedarse allí, Phury se unió a los que curioseaban en el borde de la cinta amarilla. Inspeccionando la escena, lo primero que notó fueron los residuos

[14] Freeman Dyson: Físico anglo-americano.

donde un *lesser* había sido liquidado. Afortunadamente la policía no les prestaba atención. Probablemente pensaran que el brillante charco era simplemente aceite derramado por un coche y que el espacio chamuscado que había dejado era resultado de la hoguera provisional de algún sin techo. No, los policías se concentraban en el centro de la escena. Donde seguramente Vishous había yacido en un charco de sangre roja.

Oh… Dios

Phury observó fortuitamente al humano que estaba junto a él.

—¿Qué ocurrió?

El tipo se encogió de hombros.

—Disparos. Algún tipo de pelea.

Un chaval vestido con ropas rave[15] le habló, exagerándolo todo, como si esto fuera la cosa más sensacional.

—Fue en el pecho, lo vi ocurrir, y fui el que llamó al 911 —sacudió el móvil como si fuera un trofeo—. La policía quiere que me quede por aquí para que puedan interrogarme.

Phury lo miró.

—¿Que pasó?

—Dios, no lo hubieras creído. Fue exactamente como si lo hubieran sacado del programa *Impacto TV.* ¿Lo conoces?

—Sip —Phury examinó los edificios a ambos lados del callejón. No tenían ventanas. Probablemente este fuera el único testigo.

—Y entonces ¿que pasó?

—Bueno, todo lo que hacía era caminar por la calle Trade. Mis amigos me abandonaron en el Screamer y no tenía transporte, ¿sabes? De cualquier forma, voy caminando y veo este destello brillante de luz delante de mí. Parecía como un gran estroboscopio saliendo de este callejón. Anduve un poco más rápido, por que quería ver lo que estaba pasando, y fue cuando oí el disparo. Fue como el sonido de una pequeña explosión. En realidad, ni siquiera supe que era un disparo hasta que llegue aquí. Se pensaría que sonaría más fuerte…

—¿Cuando llamaste al 911?

—Bueno, espere un poco, por que pensé que alguien podría salir corriendo del callejón y no quería que me dispararan. Pero como nadie salió, creí que había desaparecido por algún camino trasero o algo. Después cuando llegué hasta aquí vi que no había otra salida. Así que tal vez se disparó a si mismo.

—¿Como era el tipo?

—La vic —el chico se inclinó, acercándose—. Vic es como la policía llama a la victima, los escuché.

—Gracias por la aclaración —murmuró Phury—. Así que ¿cómo se veía?

—Cabello oscuro. Tenía perilla. Mucho cuero. Me detuve junto a él mientras llamaba al 911. Sangraba pero estaba vivo.

—¿No viste a nadie más?

—Nop, solo a ese. Así que, la policía me va a interrogar, de verdad. ¿Te lo había dicho ya?

—Sip, felicidades. Debes estar encantado. —Hombre, Phury tuvo que resistir el impulso de reventar los gordos labios del chaval.

—Hey, no me odies, esto es buen material.

[15] Ropa informal usada en talla extragrande.

—No, para el tipo al que dispararon no lo es —Phury miró nuevamente la escena. Al menos V no estaba en manos de los *lessers* y no había muerto en la escena. Era probable que primero el asesino le hubiera pegado un tiro a V y que el hermano hubiera tenido aún sufriente fuerza para reventar al bastardo antes de desmayarse.

Desde la izquierda, Phury escuchó una bien modulada voz.

—Aquí Bethany Choi del equipo líder de noticias del Canal Seis emitiendo en directo desde la escena de otro tiroteo en el centro de la ciudad. De acuerdo con la policía, la victima, Michael Klosnick…

¿Michael Klosnick? Lo que fuera, era probable que V hubiera obtenido la documentación del *lesser* y que se la hubieran encontrado encima.

—… fue llevado al Centro Médico St. Francis en estado crítico con una herida de bala en el pecho…

Ok, esta iba a ser una larga noche. Vishous herido. En manos humanas. Y solo faltaban cuatro horas para el amanecer.

Momento de una evacuación rápida.

Phury marcó el número del Complejo mientras caminaba hacia Butch. Al mismo tiempo que el móvil comenzaba a llamar, se dirigió al poli.

—Está vivo en el St. Francis. Le dispararon.

Butch flaqueó y dijo algo que sonó como *Alabado sea el Señor*.

—Entonces, ¿vamos por él?

—Exactamente —¿por que no respondía Wrath? *Vamos, Wrath…responde—.* Mierda… esos condenados cirujanos se deben haber llevado la sorpresa de sus humanas vidas cuando lo abrieron… ¿Wrath? Tenemos un problema.

Vishous despertó en un cuerpo inmóvil, recobrando totalmente la conciencia a pesar de estar atrapado en una comatosa jaula de carne y hueso. Incapaz de mover los brazos ni las piernas, y con los párpados fuertemente cerrados como si hubiera estado llorando cemento licuado, parecía que el oído era lo único que le funcionaba. Una conversación tenia lugar sobre él. Dos voces. Una mujer y un hombre, ninguno de los cuales reconocía.

No, espera. Conocía a uno de ellos. Uno que le había dado órdenes. La mujer. Pero, ¿por qué?

¿Y por qué demonios se lo había permitido?

Escuchó la conversación sin seguir realmente las palabras. La cadencia de sus palabras era parecida a la de un hombre. Directa. Autoritaria. Dominante.

¿Quien era ? ¿Quién…?

Su identidad lo golpeó como un bofetón, insertando algo de sentido dentro de él. La cirujana. La cirujana *humana*. Jesucristo, estaba en un hospital humano. Había caído en manos humanas después de… Mierda. ¿Que había ocurrido?

El pánico le dio energía… y lo llevó exactamente a ningún lugar. Su cuerpo era una loncha de carne y tenía la sensación de que el tubo que tenía en la garganta significaba que una máquina estaba haciendo trabajar sus pulmones. Estaba claro que lo habían sedado hasta la mierda.

Oh Dios ¿cuánto de cerca estaba el amanecer? Necesitaba largarse de allí. Como lo haría…

Sus planes de huida llegaron a un demoledor final, cuando sus instintos se dispararon, tomaron el mando y se hicieron con el control.

Sin embargo, no era el guerrero en él emergiendo. Eran todos esos impulsos masculinos posesivos que siempre habían estado latentes, aquellos sobre los cuales había leído, escuchado, o visto en otros, pero que había asumido nacer sin ellos. El detonante fue un aroma en la habitación, la esencia de un macho que deseaba sexo… con la hembra, con la cirujana de V.

Mía

La palabra salio de la nada y con ella llegó una maleta a juego de instinto asesino. Estaba tan enfurecido que abrió los ojos.

Girando la cabeza, vio a una alta mujer humana con el cabello corto y rubio. Usaba gafas sin montura, no llevaba maquillaje, ni pendientes. En la bata blanca se leía JANE WHITCOMB, MD. JEFE DE LA DIVISION DE URGENCIAS en negras letras cursivas.

—Manny —dijo—. Es una locura.

V desplazó la mirada hacia un macho humano de cabello oscuro. El tipo también llevaba una bata blanca con la leyenda MANUEL MANELLO, MD. CIRUJANO JEFE, DEPARTAMENTO DE CIRUGÍA, en la solapa derecha.

—No es ninguna locura. —La voz del tipo era profunda y exigente, sus ojos estaban condenadamente fijos en la cirujana de V—. Se lo que quiero. Y te quiero a ti.

Mía, pensó V. *No tuya, MIA.*

—No puedo faltar a Columbia mañana —dijo ella—. Incluso si hubiera algo entre nosotros, aun así tendría que marcharme si quiero dirigir un departamento.

—Algo entre nosotros —el bastardo sonrió—. ¿Significa que lo pensaras?

—¿Qué?

—Nosotros.

El labio superior de V se levantó y enseñó los colmillos. Mientras empezaba a gruñir, esa única palabra giraba en su cerebro, como una granada sin seguro. *Mía.*

—No lo sé —dijo la cirujana de V.

—Eso no es un no, ¿no es así Jane? Eso no es un no.

—No…no lo es.

—Bien —el macho humano miró hacia V y pareció sorprenderse—. Alguien ha despertado.

Es jodidamente mejor que lo creas, pensó V. *Y si la tocas morderé tu maldito brazo hasta arrancártelo.*

CAPÍTULO 9

Faye Montgomery era una mujer práctica, que era lo que había hecho de ella una gran enfermera. Había nacido sensata, tal y como había salido con cabello y ojos oscuros, y era excepcional en las crisis. Con un marido en la Marina, dos niños en casa y doce años trabajando en la UCI, se necesitaba mucho para ponerla nerviosa.

Sentada tras el control de enfermería de la UCIQ, ahora lo estaba.

Tres hombres del tamaño de un SUV estaban de pie al otro lado del mostrador. Uno tenía el cabello largo, multicolor y un par de ojos amarillos que no parecían de verdad de tan brillantes que eran. El segundo era tan alucinantemente hermoso y tan sexualmente magnético, que tuvo que recordarse que estaba felizmente casada con un hombre que todavía la ponía caliente. El tercero se había quedado atrás, nada más que una gorra de los Red Sox, un par de gafas de sol, y un aire de pura maldad que no pegaba en su apuesto rostro.

¿Había hecho uno de ellos una pregunta? Eso creía.

Como ninguna de las otras enfermeras parecía ser capaz de hablar, Faye tartamudeó:

—¿Perdona? Em… ¿qué fue lo que dijiste?

El que tenía el fantástico cabello —Dios, ¿era de verdad?— sonrió un poco.

—Estamos buscando a Michael Klosnick, el que subieron de Urgencias. Admisión nos dijo que le habían traído aquí después de que fuera operado.

Dios… esos iris eran del color de los botones de oro al sol, de un real, reluciente dorado.

—¿Sois familiares?

—Somos sus hermanos.

—De acuerdo, pero lo siento, acaba de salir del quirófano y nosotros no…

Sin motivo alguno, el cerebro de Faye cambió de dirección, como si cogieras un tren de juguete de una vía y lo pusieras en otra. Se encontró a sí misma diciendo:

—Está bajando por el pasillo, habitación seis. Pero sólo puede ir uno de vosotros y sólo por un ratito. Oh, y tenéis que esperar hasta que sus médicos…

En ese momento apareció el doctor Manello caminando a zancadas hasta el escritorio. Echó un vistazo a los hombres y preguntó:

—¿Va todo bien por aquí?

Faye asintió mientras su boca decía:

—Si, muy bien.

El doctor Manello frunció el ceño mientras le sostenía la mirada fijamente al hombre. Entonces dio un respingo y se frotó las sienes como si le doliera la cabeza.

—Estaré en mi oficina si me necesitas, Faye.

—De acuerdo, doctor Manello. —Volvió a mirar al hombre. ¿Qué era lo que estaba diciendo? *Oh, claro*—. Sin embargo tienes que esperar hasta que salga el cirujano, ¿vale?

—¿Él está allí ahora?

—Si. *Ella* está allí ahora.

—Muy bien, gracias.

Esos ojos amarillos se clavaron en los de Faye… y de repente no podía recordar si después de todo había un paciente en la seis. ¿Había uno allí? Espera…

—Dime —dijo el hombre—, ¿cuál es tu usuario y contraseña?

—¿Perdona…?

—Para el ordenador.

¿Para qué querría…? Por supuesto, necesitaba la información. Absolutamente. Y ella debía dársela.

—FMONT2 en mayúsculas es el usuario, y la contraseña es 11Eddie11. *E* en mayúscula.

—Gracias.

Estaba a punto de decir, *De nada*, cuando la noción de que era la hora de la reunión de personal surgió en su cabeza. Salvo que ¿por qué sería? Ya habían tenido una al principio de la…

No, definitivamente era la hora de la reunión de personal. Realmente debían tener una reunión de personal. Justo en ese preciso momento…

Faye parpadeó y se dio cuenta de que estaba mirando fijamente al vacío sobre el mostrador del control de enfermería. Qué raro, juraría que había estado hablando con alguien. Alguien masculino y…

Reunión de personal. Ahora.

Faye se masajeó las sienes, sintiendo como si tuviera un tornillo clavado en la frente. Normalmente no tenía dolores de cabeza, pero había sido un día frenético, y había tomado demasiada cafeína y no demasiada comida.

Miró sobre el hombro hacia las otras tres enfermeras, todas parecían un poco confusas.

—Vamos a la sala de reuniones, chicas. Tenemos que hacer una revisión de pacientes.

Una de las compañeras de Faye frunció el ceño.

—¿No la hemos hecho ya ésta noche?

—Necesitamos hacerla de nuevo.

Todas se levantaron y entraron en la sala de reuniones. Faye mantuvo las puertas dobles abiertas y se sentó en la cabecera de la mesa para poder vigilar el vestíbulo así como el monitor que mostraba las estadísticas de cada paciente en la planta…

Faye se tensó en la silla. ¿*Qué demonios*? Había un hombre con cabello multicolor tras el control de enfermería, inclinándose sobre el teclado.

Faye empezó a levantarse, preparándose para llamar a seguridad, pero entonces el tipo miró por encima del hombro. Cuando los ojos amarillos encontraron los suyos, repentinamente se le olvidó por qué estaba mal que estuviera en uno de los ordenadores. También comprendió que debía hablar sobre el paciente de la cinco en seguida.

—Vamos a revisar el estado del señor Hauser —dijo con una voz que captó la atención de todas.

Después de que Manello se marchó, Jane miró fijamente hacia abajo a su paciente con incredulidad. A pesar de todos los sedantes que corrían por sus venas, tenía los ojos abiertos y la miraba fijamente con el rostro duro y tatuado pleno de conciencia.

Dios… esos ojos. No se parecían a nada que hubiera visto antes, los iris eran antinaturalmente blancos con bordes azul marino.

Eso no estaba bien, pensó. La forma en que la miraba no estaba bien. Ése corazón con seis cavidades latiendo en su pecho no estaba bien. Esos largos dientes en la parte delantera de su boca no estaban bien.

No era humano.

Excepto que era ridículo. ¿Primera regla de la medicina? Cuando escuches sonido de cascos, no pienses en cebras. ¿Cuántas probabilidades había de que hubiera una especie de humanoides sin detectar ahí afuera? ¿Un laboratorio sensacionalista que intentaba crear Homo Sapiens a partir de los golden retrievers?

Pensó en los dientes del paciente. Si, quizás sería mejor decir doberman en vez de retriever.

El paciente volvió a mirarla, arreglándoselas de alguna forma para verse amenazador a pesar de estar sobre la espalda, intubado, y habiendo pasado sólo dos horas de una operación de urgencia.

¿Cómo *demonios* estaba éste tipo consciente?

—¿Puedes oírme? —preguntó—. Asiente si puedes.

Su mano, la que tenía tatuajes, se arañó la garganta, luego aferró el tubo que salía de su boca.

—No, eso tiene que quedarse dentro. —Mientras se inclinaba para apartarle la mano, él la apartó de ella, retirándola tan lejos como se lo permitió el brazo—. Así está bien. Por favor no me hagas atarte.

Sus ojos se dilataron completamente por el terror, sencillamente se abrieron del todo mientras su gran cuerpo comenzaba a temblar en la cama. Sus labios se movían contra el tubo que le bajaba por la garganta como si estuviera gritando, y su temor la conmovió. Había una agudeza semejante a la de un animal en su desesperación, la miraba de la forma en que te miraría un lobo si tuviera la pata atrapada en una trampa: *Ayúdame y quizá no te mataré cuando me dejes libre*.

Le puso la mano en el hombro.

—Todo está bien. No tenemos por que seguir esa vía. Pero necesitamos este tubo…

La puerta de la habitación se abrió, y Jane se quedó helada.

Los dos hombres que entraron estaban vestidos de cuero negro y parecían del tipo que llevaría armas ocultas. Uno era probablemente el más grande, más magnífico rubio en el que ella hubiera puesto jamás los ojos. El otro la atemorizó. Llevaba una gorra de los Red Sox calada hasta abajo y lo rodeaba un terrible halo de maldad. No podía ver mucho de su rostro, pero guiándose por su cenicienta palidez, parecía estar enfermo.

Mirando al par, el primer pensamiento de Jane fue que habían venido a por su paciente, y no simplemente para traerle flores y charlar con él.

Su segundo pensamiento fue que iba a necesitar a seguridad, inmediatamente.

—Salgan —dijo—. Ahora mismo.

El tipo con la gorra de los Sox la ignoró completamente y se inclinó sobre la cabecera. Cuando él y el paciente hicieron contacto visual, Red Sox se estiró y entrelazaron las manos.

Con voz ronca, Red Sox dijo:

—Pensé que te había perdido, hijo de puta.

Los ojos del paciente se aguzaron como si tratara de comunicarse. Entonces simplemente sacudió la cabeza de un lado a otro en la almohada.

—Vamos a llevarte a casa, ¿de acuerdo?

Cuando el paciente asintió, Jane no se molestó en seguir escuchando más de esa mierda de Cathy-la-parlanchina-se-tiene-que-ir. Se abalanzó sobre el botón de llamada al control de enfermería, el que indicaba una urgencia cardiaca que probablemente traería a media planta hasta ella.

No lo logró.

El compañero de Red Sox, el hermoso rubio, se movió tan rápidamente que no pudo seguirle el rastro. En un momento apenas estaba entrando por la puerta, al siguiente la había cogido por detrás, levantando sus pies del suelo. Cuando empezó a gritar, le puso la mano sobre la boca y la sometió tan fácilmente como si fuera una niña teniendo una rabieta.

Mientras tanto, Red Sox despojó sistemáticamente al paciente de todo: la intubación, la intravenosa, el catéter, los marcadores cardiacos y el monitor de oxígeno.

Jane fue rápida como una bala. Mientras las alarmas de las máquinas empezaban a sonar, se giró y pateó a su captor en la espinilla con el tacón. El gigante rubio gruñó y luego comprimió sus costillas hasta que estuvo demasiado ocupada intentando respirar y no pudo patearlo más.

Al menos las alarmas podrían…

El agudo pitido se silenció aunque nadie tocó las máquinas. Y tuvo la horrible sensación de que nadie iba a venir por el pasillo.

Jane luchó más duro, hasta que se fatigó tanto que se le humedecieron los ojos.

—Tranquila —le dijo el rubio al oído—. Desapareceremos de tu vista en un minuto. Simplemente relájate.

Si, y un infierno que lo haría. Iban a matar a su paciente…

El paciente hizo una profunda inspiración por sí mismo. Y otra. Y otra. Entonces esos misteriosos ojos de diamante se deslizaron sobre ella, y ella se calmó como si él hubiera deseado que lo hiciera.

Hubo un momento de silencio. Y entonces con una voz áspera, el hombre cuya vida había salvado dijo tres palabras que lo cambiaron todo… cambiaron su vida, cambiaron su destino:

—Ella. Viene. Conmigo.

Permaneciendo en el control de enfermería, Phury hizo un rápido trabajo de piratería en el sistema informático del hospital. No era tan fluido ni veloz sobre un teclado como V, pero era lo suficientemente bueno. Localizó los registros bajo el nombre Michael Klosnick y adulteró los resultados y las notas pertenecientes al tratamiento de Vishous con escrituras aleatorias. Todos los resultados de las pruebas, los exámenes, las radiografías, las fotografías digitales, la planificación, las notas del postoperatorio, todo se convirtió en ilegible. Entonces introdujo una breve anotación de que Klosnick era indigente y había pedido el alta voluntaria.

Dios adoraba los consolidados e informatizados registros médicos. Qué ganga.

También había limpiado los recuerdos de la mayoría, si no, de todo el personal del quirófano. De camino hacia aquí arriba se había pasado por la sala de operaciones y había tenido un pequeño tête-à-tête con las enfermeras de guardia. Había tenido suerte. El turno no había cambiado, así que el personal que había asistido a V estaba todo presente y los había limpiado. Ninguna de esas enfermeras tendría recuerdos claros de lo que habían visto mientras el hermano había sido operado.

No había sido una limpieza perfecta, por supuesto. Había personas a las que no había llegado y quizá algunos registros auxiliares habían sido impresos. Pero ese no era su problema. Cualquier confusión ocurrida tras la desaparición de V sería absorbida por el frenético funcionamiento de un hospital urbano tremendamente ocupado. Seguramente, podría haber una revisión o dos acerca del cuidado de los pacientes, pero para ese entonces no podrían encontrar a V, y eso era todo lo que importaba.

Cuando Phury hubo acabado con el ordenador, trotó por la planta de cuidados intensivos. Mientras marchaba, dañó las cámaras de seguridad que estaban empotradas en el techo a intervalos regulares para que todo lo que mostraran fuera estática.

Justo cuando llegaba a la habitación seis, la puerta se abrió. Vishous era un peso muerto en la calidez de los brazos de Butch, el hermano estaba pálido, tembloroso y dolorido, la cabeza apoyada en el cuello del policía. Pero estaba respirando y tenía los ojos abiertos.

—Déjame llevarlo —dijo Phury, pensando que Butch se veía casi igual de mal.

—Lo tengo. Tú ocúpate de las consecuencias de nuestra gestión y trabaja duro con las cámaras de seguridad.

—¿Qué consecuencias de la gestión?

—Espera por ellas —murmuró Butch mientras se dirigía a una puerta de incendios en la otra punta del pasillo.

Una fracción de segundo más tarde, Phury se hizo una idea del problema. Rhage salió al pasillo sosteniendo con una presa asfixiante a una hembra humana incontrolablemente cabreada. Luchaba con uñas y dientes, los sofocados gritos sugerían que tenía el vocabulario de un camionero.

—Debes dejarla inconsciente, hermano —dijo Rhage, luego gruñó—. No quiero herirla, y V dijo que venía con nosotros.

—No se suponía que esto iba a ser una operación de secuestro.

—Demasiado jodidamente tarde. Noquéala, ¿quieres? —Rhage gruñó de nuevo y estrechó su agarre, apartando la mano de la boca de ella para capturar uno de los brazos que le pegaban.

La voz de ella sonó alto y claro.

—Pongo a Dios como testigo, voy a…

Phury la tomó de la barbilla con una mano y la forzó a levantar la cabeza.

—Relájate —dijo suavemente—. Simplemente tranquilízate.

Fijó su mirada en la de ella y empezó a obligarla a calmarse con la mente… a obligarla a calmarse… a obligarla…

—¡Jódete! —escupió—. ¡No voy a dejar que matéis a mi paciente!

Ok, esto no estaba funcionando. Detrás de esas gafas sin montura y ojos color verde oscuro, tenía una mente formidable, así que con una maldición sacó la munición pesada, cerrándola mentalmente por completo. Se derrumbó como un trapo.

Quitándole las gafas, las plegó y se las metió en el bolsillo del pecho del abrigo.

—Larguémonos de aquí antes de que vuelva en sí de nuevo.

Rhage giró a la mujer, colgándosela como un chal de los fuertes hombros.

—Coge su bolso de la habitación.

Phury se escabulló, recogió el bolso de cuero y la carpeta marcada con el nombre Klosnick, después salió por pies de la habitación. Cuándo volvió al pasillo, Butch mantenía una discusión con una enfermera que había salido de la habitación de un paciente.

—¡Qué estás haciendo! —decía la mujer.

Phury se plantó ante ella como una tienda de campaña, saltando ante ella, mirándola fijamente para atontarla, plantando en su lóbulo frontal la urgente necesidad de llegar a la reunión de personal. Para cuando volvió a alcanzar al grupo de evacuación, la mujer que estaba en brazos de Rhage ya estaba librándose del control mental, sacudiendo la cabeza de aquí para allá mientras se balanceaba al ritmo del agarralo-y-corre de Hollywood.

Cuando llegaron a la puerta de la escalera de incendios, Phury gritó:

—Aguanta, Rhage.

El hermano se detuvo en un santiamén y Phury aferró con la mano un costado del cuello de la mujer, desmayándola con un apretón.

—Se ha desvanecido. Todo ok.

Llegaron a las escaleras traseras y movieron el culo rápidamente. La áspera respiración de Vishous era la prueba de que tanta acción lo estaba matando, pero era tan duro como siempre, aguantando, a pesar del hecho de que se hubiera puesto del color del puré de guisantes.

Cada vez que llegaban a un descansillo, Phury sostenía una pequeña lucha con una cámara de seguridad, administrando una corriente eléctrica a las cosas para cegarlas. Su mayor esperanza era llegar al Escalade sin tropezarse con un grupo de guardias de seguridad. Los humanos nunca eran objetivo de la Hermandad. Es decir, si había riesgo de que la raza de los vampiros quedara expuesta, no había nada que no se hiciera. Y como hipnotizar a grandes grupos de agitados y agresivos humanos tenía una pequeña tasa de éxito, sólo les quedaba la lucha. Y la muerte para ellos.

Tras unos ocho pisos bajando por la escalera llegaron a la base y Butch se detuvo ante una puerta de metal. El sudor le caía por el rostro y caminaba en zigzag, pero su expresión era decidida. Iba a sacar a su compañero y nada iba a interponerse en su camino, ni siquiera su propia debilidad.

—Me encargaré de la puerta —dijo Phury, saltando a la cabeza del grupo. Después de ocuparse de la alarma, sostuvo la plancha de hierro abierta para los otros. Al otro lado, se extendían un montón de pasillos.

—Oh, mierda —murmuró—. ¿Dónde demonios estamos?

—En el sótano. —El poli siguió adelante—. Lo conozco bien. La morgue está en este nivel. Pasé mucho tiempo aquí en mi antiguo empleo.

Unas cien yardas más allá, Butch los condujo a un pasillo bajo que se parecía más a un túnel repleto de tuberías de ventilación y calefacción que a cualquier otra cosa.

Y entonces allí estaba. La salvación en forma de salida de emergencia.

—El Escalade está ahí afuera —le dijo el policía a V—. En una posición ventajosa.

—Gracias a… Dios. —V apretó los labios de nuevo, como si estuviera intentando no vomitar.

Phury dio otro salto hacia adelante, entonces maldijo. La configuración de ésta alarma era distinta de las otras, operando en una red de circuitos más compleja. Lo que debería haberse esperado. Frecuentemente las puertas exteriores estaban mucho más protegidas que las interiores. El problema era que sus pequeñas tretas mentales no iban a funcionar aquí y no era como si pudiera pedir tiempo fuera para desarmar la cosa. V tenía el aspecto de un bicho atropellado en una cuneta.

—Preparaos para el jaleo —dijo Phury antes de darle un golpe al tirador de la barra.

La alarma se puso en marcha como una banshee.

Mientras salían precipitadamente a la noche, Phury dio se dio vuelta y miró hacia arriba al puñetero fondo del hospital. Localizó la cámara de seguridad sobre la puerta, consiguió que leyera mal, y la mantuvo cerrada bloqueando su parpadeante ojo rojo mientras V y la hembra humana eran descargados dentro del Escalade y Rhage se colocaba tras el volante.

Butch se sentó en el asiento del copiloto y Phury saltó a la parte trasera junto a la carga. Verificó su reloj. El tiempo total transcurrido desde que aparcaron en primer lugar aquí hasta que el pie de Hollywood se clavó a fondo en el pedal del acelerador fue de veintinueve minutos. La operación había sido relativamente limpia. Todo lo que quedaba por hacer ahora era llevar a todo el mundo al Complejo de una pieza y abandonar las placas del SUV.

Sólo había una complicación.

Phury dirigió sus ojos a la mujer humana.

Una gran, enorme complicación.

CAPÍTULO 10

John estaba inquieto mientras esperaba en el brillantemente colorido vestíbulo de la mansión. Él y Zsadist siempre salían durante una hora antes del amanecer, y por lo que sabía, no había cambio de planes. Pero el hermano llegaba casi media hora tarde.

Para matar el tiempo, John volvió a recorrer el suelo de mosaico. Como siempre, se sintió como si no perteneciera a toda esa grandeza, pero la amaba y la apreciaba. El vestíbulo era tan escandalosamente extravagante que era como estar en un joyero: columnas de mármol rojo y una especie de piedra verde y negra sujetaban las paredes engalanadas con florituras de pan de oro y dispositivos de iluminación con cristales. La escalera tenía una majestuosa alfombra roja, del tipo en que una estrella de cine se pararía al principio, y luego descendería hasta una fiesta de etiqueta. Y el diseño bajo sus pies era un manzano en flor, el brillante paladar de la naturaleza resplandeciente y centelleando gracias a millones de piezas brillantes de cristal coloreado.

Sin embargo, su parte preferida era el techo. Tres plantas más arriba había un increíble despliegue de escenas pintadas, con guerreros y sementales volviendo a la vida mientras iban a la guerra con dagas negras. Eran tan reales que podrías estirar la mano y tocarlos.

Tan reales como si pudieras ser ellos.

Volvió a pensar en la primera vez que los había visto. Tohr lo llevaba a conocer a Wrath.

John tragó. Había tenido a Tohrment durante tan poco tiempo. Pocos meses. Después de una vida sintiéndose descentrado, dejándose llevar durante dos décadas sin un núcleo familiar que lo anclara, había vislumbrado lo que siempre había querido. Y entonces con un solo disparo su padre y madre adoptivos se habían ido.

Le gustaría ser lo suficientemente mayor para decir que estaba agradecido de haber conocido a Tohr y Wellsie durante ese tiempo, pero era mentira. Deseaba no haberlos conocido. Su pérdida era mucho más difícil de sobrellevar que el amorfo dolor que había sentido cuando estaba solo.

Realmente no era un macho que valiera la pena, ¿verdad?

Sin aviso, Z salió de la puerta escondida bajo la gran escalera, y John se puso tenso. No pudo evitarlo. Sin importar las veces que viera al hermano, la apariencia de Zsadist siempre le hacía pensar dos veces. No era sólo la cicatriz de la cara o la cabeza rapada. Era el aire mortal que no se había ido, aunque ahora estaba emparejado e iba a ser padre.

Además, esta noche la cara de Z estaba rígida y tensa, y su cuerpo aún más tenso.

—¿Estás listo para salir?

John estrechó los ojos y señaló:

¿Qué está pasando?

—Nada por lo que debas preocuparte. Estás listo. —No era una pregunta, sino una orden.

Cuando John asintió y se abrochó la parka, los dos salieron atravesando el vestíbulo delantero.

La noche tenía un color perla, las estrellas deslucidas por una ligera saturación de nubes que se recortaban contra la luna llena. De acuerdo con el calendario, estaba llegando la primavera, pero eso era sólo en teoría, si uno miraba el paisaje. La fuente delante de la mansión permanecía fuera de servicio durante el invierno, vacía y esperando a ser rellenada. Los árboles eran como esqueletos negros estirándose hacia el cielo, rogando con sus delgados brazos que el sol se volviera más fuerte. La nieve permanecía en el césped, tercamente aferrada a un suelo que todavía estaba totalmente helado.

El viento traía un frío que les golpeaba las mejillas, mientras él y Zsadist caminaban hacia la derecha, con los guijarros del patio moviéndose bajo sus botas. A lo lejos se veía el muro de seguridad del Complejo, un bastión de veinte pies de alto y tres pies de grosor, que rodeaba la propiedad de la Hermandad.

La cosa estaba llena de cámaras de seguridad y detectores de movimiento, un buen soldado repleto de gran cantidad de munición. Pero todo eran minucias, en realidad. El verdadero mecanismo para no permitir la entrada eran los 120 voltios de carga eléctrica que recorrían la parte superior en espirales de alambre electrificado.

La seguridad primero. Siempre.

John siguió a Zsadist por el jardín lleno de nieve, pasando junto a convalecientes parterres de flores y la vacía piscina de la parte de atrás. Tras una ligera bajada, alcanzaron el borde del bosque. En este punto el monstruoso muro realizaba un brusco giro a la izquierda y bajaba por la ladera de la montaña. No lo siguieron, sino que penetraron en la línea de árboles.

Bajo los gruesos pinos y las densas ramas de los arces había un grupo de viejas agujas y hojas, y no demasiada maleza. Ahí, el aire olía como tierra y aire frío, una combinación que hizo que le picara el interior de la nariz.

Como era habitual, Zsadist lideró la marcha. Los caminos que tomaban cada noche eran diferentes y parecían aleatorios, pero siempre terminaban en el mismo lugar, una pequeña cascada. El arroyo que bajaba por la ladera de la montaña se lanzaba por un pequeño acantilado, y entonces formaba una piscina poco profunda unos nueve pies más allá.

John se acercó y puso la mano en el gorgoteante torrente. Cuando su palma atravesó la caída, sus dedos se entumecieron por el frío.

En silencio, Zsadist cruzó el arroyo, saltando de roca en roca. La elegancia del hermano era como la del agua, fluida y fuerte, sus pasos tan seguros que estaba claro que sabía con exactitud cómo reaccionaría su cuerpo con cada movimiento de músculo.

Ya al otro lado, caminó hasta la cascada, de modo que quedó enfrente de John.

Sus ojos se encontraron. *Oh, tío, Z tenía algo que decir esta noche, ¿no?*

Las caminatas habían empezado después de que John atacó a otro compañero de estudios y lo dejó inconsciente en las duchas de los vestuarios. Wrath había hecho que fueran una condición para que John permaneciera en el programa de entrenamiento, y al principio las había temido, imaginándose que Z iba a intentar colarse en su cabeza. Hasta ahora, sin embargo, siempre habían estado en silencio.

Ese no iba a ser el caso esa noche.

John retiró el brazo, se dirigió un poco corriente abajo y cruzó al otro lado sin la confianza o destreza de Zsadist.

Cuando llegó junto al hermano, Z dijo:

—Lash va a volver.

John cruzó los brazos sobre el pecho. Oh, genial, el idiota que John había puesto en una camilla. Cierto, Lash había estado más que pidiéndolo, yendo tras John, abucheándolo y presionándolo, volviéndose contra Blay. Pero aún así.

—Y ha pasado el cambio.

Fenomenal. Nada más jodidamente mejor. Ahora el bastardo lo perseguiría con músculo.

¿Cuándo? señaló John.

—Mañana. Le he dejado claro que si da problemas, no volverá. Si tienes problemas con él, me avisas, ¿está claro?

Mierda. John quería ocuparse él mismo. No quería que lo vigilaran como a un niño.

—¿John? Me avisas. Asiente con tu jodida cabeza.

John lo hizo, despacio.

—No arremeterás contra el cabrón. No me importa lo que diga o lo que haga. Sólo porque te irrite no significa que tengas que reaccionar.

John asintió, porque tenía el presentimiento de que Z le volvería a pedir lo mismo si no lo hacía.

—Si te pillo actuando a lo Harry el Sucio, no te va a gustar lo que pasará.

John observó fijamente el torrente de agua. *Dios*… Blay, Qhuinn, ahora Lash. Todos cambiados.

La paranoia se arraigó y John miró a Z.

¿Y si la transición no sucede conmigo?

—Lo hará.

¿Cómo lo sabemos seguro?

—Biología. —Z hizo una señal con la cabeza hacia un enorme roble—. Brotarán hojas de ese árbol cuando el sol lo alcance. No podrá evitarlo, y el asunto es igual contigo. Tus hormonas van a golpear con mucha dureza, y entonces pasará. Ya las puedes sentir, ¿verdad?

John se encogió de hombros.

—Sí, puedes. Tus pautas alimenticias y de sueño son diferentes. Al igual que tu comportamiento. ¿Crees que hace un año habrías tirado a Lash contra los azulejos y golpeado hasta hacerle sangrar?

Definitivamente no.

—Estás hambriento, pero no te gusta comer, ¿cierto? Inquieto y cansado. De mal humor.

Jesús, ¿cómo sabía el hermano todo eso?

—He pasado por todo eso, recuerda.

¿Cuánto tiempo falta?, preguntó John.

—¿Hasta que te llegue? Un macho tiene tendencia a parecerse al padre. Darius paso por ello un poco antes de lo habitual. Pero realmente nunca se sabe. Alguna gente puede estar en la fase que estás durante años.

¿Años?

Mierda. ¿Cómo fue después para ti? ¿Cuando te despertaste?

En el silencio que siguió, el hermano sufrió un cambio de lo más espeluznante. Era como si una niebla se hubiera deslizado y él hubiera desaparecido… a pesar de que John todavía podía ver cada detalle de su cara con cicatrices y su cuerpo, con tanta claridad como siempre.

—Habla con Blay y Qhuinn sobre eso.

Lo siento. John se ruborizó. *No tenía intención de curiosear.*

—Da igual. Mira, no quiero que te preocupes por ello. Tenemos a Layla esperando para que te puedas alimentar de ella, y vas a estar en un entorno seguro. No voy a dejar que suceda nada malo.

John levantó la vista hacia la cara estropeada del guerrero, y pensó en el compañero de clase que habían perdido.

Sin embargo, Hhurt murió.

—Sí, eso pasa, pero la sangre de Layla es muy pura. Es una Elegida. Eso te va a ayudar.

John pensó en la preciosa rubia. Y en cuando se quitó la túnica delante de él para enseñarle su cuerpo para que lo aprobara. Tío, todavía no podía creerse que hubiera hecho eso.

¿Cómo sabré lo que hacer?

Z estiró el cuello hacia atrás y miró al cielo.

—No necesitas preocuparte por eso. Tu cuerpo tomará el control. Sabrá lo que querrá y lo que necesitará. —La cabeza rapada de Z volvió a su posición normal y se quedó observando, sus ojos amarillos atravesando la oscuridad, tan seguros como el sol a través de un espacio entre las nubes—. Tu cuerpo te poseerá durante un rato.

Aunque lo avergonzaba, señaló:

Creo que tengo miedo.

—Quiere decir que eres listo. Esto es una mierda complicada. Pero como dije… no voy a dejar que te pase nada.

Z se giró como si se sintiera incómodo, y John estudió el perfil del macho contra el telón de fondo de los árboles.

Mientras la gratitud manaba, Z cortó las gracias que John estaba preparando para señalar:

—Mejor que volvamos a casa.

Cruzando de vuelta el río y dirigiéndose al recinto, John se encontró pensando sobre el padre biológico que nunca había conocido. Había evitado preguntar sobre Darius, porque había sido el mejor amigo de Tohr, y cualquier cosa conectada a Tohrment resultaba dura de tratar para los hermanos.

Desearía saber a dónde dirigirse con sus preguntas.

CAPÍTULO 11

Cuando Jane despertó, sus autopistas neurálgicas eran como ristras baratas de luces de Navidad, parpadeando de forma aleatoria, y luego cortocircuitando. Los sonidos se registraban y se desintegraban y reaparecían. Su cuerpo estaba lánguido, después tenso, luego nervioso. Su boca estaba seca y se sentía demasiado caliente, pero temblaba.

Tomando profundas bocanadas de aire, se dio cuenta que estaba parcialmente sentada. Y que tenía un condenado dolor de cabeza.

Pero algo olía bien. Dios, había un aroma increíble a su alrededor… era parte tabaco, como el tipo que su padre había fumando, y parte especias oscuras, como si estuviera en una tienda de aceites indios.

Levantó las pestañas. No tenía bien la vista, probablemente porque no llevaba las gafas, pero podía ver lo suficientemente bien para saber que estaba en una habitación oscura y vacía, que tenía… Jesús, libros apilados por todas partes. También descubrió que el asiento en el que estaba se encontraba situado justo al lado del radiador, lo que podría explicar las ráfagas calientes. Además, su cabeza estaba girada en un mal ángulo, lo que justificaba el dolor de cabeza.

Su primer impulso fue sentarse derecha, pero no estaba sola, por lo que se quedó quieta. Al otro lado de la habitación, el del cabello multicolor estaba al lado de una cama de matrimonio que tenía un cuerpo tumbado. El tío estaba muy ocupado haciendo algo… poniendo un guante en la mano de…

Su paciente. Su paciente estaba en esa cama, con las sábanas por la cintura, el torso desnudo cubierto de vendajes. Cristo, ¿qué había pasado? Recordó haberlo operado… y encontrar una increíble anomalía en su corazón. Entonces hubo un intercambio con Manello en la UCIQ, y después… mierda, había sido secuestrada por el hombre que estaba junto a la cama, un dios del sexo y alguien que llevaba una gorra de los Red Sox.

El pánico ardió junto con una buena dosis de enfado, pero sus emociones no parecían poder conectarse con su cuerpo, la ráfaga de sentimiento disminuyendo hasta que la invadió el letargo. Parpadeó e intentó concentrarse sin llamar la atención sobre sí misma…

Sus párpados se abrieron mucho.

El tipo con la gorra de los Red Sox entró con una rubia increíblemente hermosa a su lado. Estaba cerca de ella, y aunque no se tocaban, era claro que eran pareja. Simplemente se pertenecían.

El paciente habló con voz rasposa.

—No.

—Tienes que hacerlo —dijo Red Sox.

—Dijiste… que me matarías si alguna vez…

—Circunstancias atenuantes.

—Layla…

—Alimentó a Rhage esta tarde, y no podemos tener a otra Elegida aquí sin bailar con la Directrix. Lo que tomaría un tiempo que no tenemos.

La mujer rubia se acercó a la cama del paciente y se sentó lentamente. Vestida con un traje pantalón negro a medida, parecía una abogada o una mujer de negocios, y aún así era salvajemente femenina con su largo y lustroso cabello.

—Utilizame —extendió la muñeca sobre la boca del paciente, haciéndola flotar justo por encima de sus labios—. Aunque sólo sea porque te necesitamos fuerte para que te puedas hacer cargo de él.

No había duda de quién era “él”. Red Sox parecía más enfermo que cuando Jane lo había visto por primera vez, y el médico de su interior se preguntó exactamente en qué consistía “hacerse cargo”.

Mientras tanto, Red Sox se apartó hasta golpear la pared opuesta. Rodeándose el torso con los brazos, se sujetó a sí mismo.

Con voz suave, la rubia dijo:

—Él y yo hablamos sobre esto. Has hecho tanto por nosotros…

—No… no por ti.

—Está vivo gracias a ti. Así que eso es *todo*. —La rubia estiró la mano como si fuera a alisarle el cabello al paciente, pero luego la retiró cuando se encogió—. Deja que te cuidemos. Sólo por esta vez.

El paciente miró al otro lado de la habitación, a Red Sox. Cuando este asintió, el paciente maldijo y cerró los ojos. Entonces abrió la boca…

Joder. Sus pronunciados caninos se habían alargado. Antes eran agudamente afilados, ahora eran positivamente colmillos.

Vale, claramente esto era un sueño. *Sip*. Porque eso no le pasaba a los dientes cosméticamente resaltados. Nunca.

Cuando el paciente descubrió los “colmillos”, el hombre con el cabello multicolor se puso delante de Red Sox, apoyó ambas manos en la pared y se inclinó hasta que ambos pechos casi se tocaron.

Pero entonces el paciente sacudió la cabeza y se apartó de la muñeca.

—No puedo.

—Te necesito —susurró Red Sox—. Estoy enfermo por lo que hago. Te necesito.

El paciente se fijó en Red Sox, y un poderoso anhelo brilló en sus ojos diamantinos.

—Sólo por… ti… no por mí.

—Por ambos.

—Por todos nosotros —intervino la mujer rubia.

El paciente inspiró profundamente, entonces —¡*Cristo*!— mordió la muñeca de la rubia. El ataque fue rápido y resuelto como el de una cobra, y cuando se afirmó, la mujer saltó, y luego exhaló con lo que pareció ser alivio. Al otro lado de la habitación, Red Sox tembló por completo, con aspecto desamparado y desesperado mientras el del cabello multicolor bloqueaba su camino sin entrar en contacto con él.

La cabeza del paciente empezó a moverse siguiendo un ritmo, como si fuera un bebé mamando de un pecho. Pero no podía estar bebiendo de ahí, ¿verdad?

Sí, demonios si no podía.

Sueño. Esto era todo un sueño. Un sueño de hospital psiquiátrico. ¿Verdad? Oh, Dios, esperaba que fuese eso. Si no, estaba metida en una especie de pesadilla gótica.

Cuando finalizó, su paciente se dejó caer de vuelta en las almohadas, y la mujer lamió donde había estado su boca.

—Descansa ahora —dijo, antes de girarse hacia Red Sox—. ¿Estás bien?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Quiero tocarte, pero no puedo. Quiero entrar en ti, pero… no puedo.

El paciente habló.

—Túmbate conmigo. Ahora.

—No puedes aguantarlo —dijo Red Sox, con voz aguda y ronca.

—Lo necesitas ahora. Estoy listo.

—Demonios si lo estás. Y tengo que tumbarme. Volveré después de descansar…

La puerta volvió a abrirse, la luz se derramó de lo que parecía ser un vestíbulo, y un enorme hombre con cabello negro hasta la cintura y envolventes gafas de sol entró airado. Esto significaba problemas. Su rostro cruel sugería que tal vez se excitara torturando a la gente, y el brillo peligroso de sus ojos la hizo preguntarse si quería empezar con alguno ahora mismo. Esperando evitar que la notara, cerró los párpados de golpe e intentó no respirar.

La voz era tan dura como el resto de su cuerpo.

—Si no estuvieras ya sobre tu culo, te pondría yo mismo en el suelo. ¿En qué *coño* estabas pensado, trayéndola aquí?

—Con permiso —dijo Red Sox. Hubo un arrastrar de pies y la puerta se cerró.

—Te hice una pregunta.

—Se suponía que tenía que venir —dijo el paciente.

—¿Se suponía? ¿*Se suponía?* ¿Estás jodidamente loco?

—Sí… pero no acerca de ella.

Jane abrió un ojo y observó a través de las pestañas mientras el tipo gigantesco miraba al del cabello fabuloso.

—Quiero a todos en mi estudio en media hora. Necesitamos decidir qué demonios haremos con ella.

—No… sin mí… —dijo el paciente, su tono cobrando más fuerza.

—No tienes voto.

El paciente apoyó las palmas en el colchón y se sentó, aunque esto hizo que le temblaran los brazos.

—Tengo *todos* los votos en lo que concierne a ella.

El hombre alto apuntó al paciente con un dedo.

—Que te jodan.

De ninguna parte, la adrenalina de Jane golpeó.

Sueño o no sueño, debería contar en esta feliz conversación. Poniéndose más recta en el asiento, se aclaró la garganta.

Todos los ojos se centraron de golpe en ella.

—Quiero salir de aquí —dijo, en una voz que deseaba que fuera menos entrecortada y más de armas tomar—. *Ahora*.

El hombre grande se puso una mano en el puente de la nariz, se sacó las gafas y se frotó los ojos.

—Gracias a él, esa no es una opción inmediata. Phury, vuelve a ocuparte de ella, ¿vale?

—¿Vais a matarme? —preguntó apuradamente.

—No —dijo el paciente—. Vas a estar bien. Tienes mi palabra.

Durante una fracción de segundo le creyó. Lo que era una locura. No sabía dónde estaba, y esos hombres eran claramente matones…

El que tenía el cabello hermoso se paró delante de ella.

—Simplemente vas a descansar un ratito más.

Ojos amarillos encontraron los suyos, y de repente fue una televisión desconectada, el cable arrancado de la pared, la pantalla en blanco.

Vishous observó a su cirujana mientras se hundía de nuevo en la silla al otro lado de la habitación.

—¿Está bien? —le dijo a Phury—. ¿No la habrás frito, verdad?

—No, pero tiene una mente fuerte. Debemos sacarla de aquí lo antes posible.

La voz de Wrath cortó el aire.

—Nunca debería haber sido *traída* aquí.

Vishous se dejó caer con cautela en la cama, sintiéndose como si hubiera sido golpeado en el pecho con un bloque de cemento. No estaba particularmente preocupado por que Wrath estuviera cabreado. Su cirujana tenía que estar aquí, y eso era todo. Pero por lo menos podía considerar una base lógica.

—Puede ayudar en mi recuperación. Havers es complicado debido al asunto de Butch.

La mirada de Wrath era desapasionada tras las gafas.

—¿Crees que querrá ayudarte después de que hicieras que la secuestraran? El Juramento Hipocrático sólo llega hasta cierto punto.

—Soy suyo. —V frunció el ceño—. Quiero decir, me cuidará porque me operó.

—Te estás agarrando a un clavo ardiente para justificar…

—¿Lo hago? Acabo de tener una operación a corazón abierto porque me dispararon en el pecho. No se siente como un clavo ardiente. ¿Quieres arriesgarte a que haya complicaciones?

Wrath miró a la cirujana, luego se volvió a frotar los ojos.

—Mierda. ¿Cuánto tiempo?

—Hasta que esté mejor.

Las gafas de sol del Rey volvieron a su nariz.

—Sana rápido, hermano. La quiero borrada y *fuera*.

Wrath dejó la habitación, cerrando la puerta con un golpe.

—Esto ha ido bien —le dijo V a Phury.

Phury, con su forma de ser pacífica, murmuró algo acerca de cómo todo el mundo estaba bajo mucho estrés, bla, bla, bla, y luego fue hasta el escritorio para cambiar de tema. Volvió al lado de la cama con un par de cigarrillos liados a mano, uno de los encendedores de V y un cenicero.

—Sé que quieres estos. ¿Qué tipo de suministros va a necesitar para tratarte?

V se sacó una lista de la cabeza. Con la sangre de Marissa en él, iba a estar de pie pronto, ya que su linaje era casi puro. Acababa de poner gasolina de muchos octanos en su depósito.

Sin embargo, el asunto era que, se dio cuenta que no quería curarse tan rápido.

—Ella también necesita más ropa —dijo—. Y comida.

—Me ocuparé de ello —Phury se dirigió a la puerta—. ¿Quieres algo para comer?

—No. —Justo cuando el hermano estaba saliendo al pasillo, V dijo—: ¿Comprobarás cómo está Butch?

—Por supuesto.

Después de que Phury se marchó, V miró fijamente a la mujer humana. Su aspecto, decidió, no era tanto hermoso como irresistible. Su rostro era cuadrado, las facciones casi masculinas. Los labios no eran seductores. Ni tenía pestañas tupidas. Y no tenía grandes pechos empujando contra la bata blanca de médico que llevaba. Nada de curvas salvajes, por lo que podía ver.

La deseaba como si fuera una bella diosa desnuda rogando que la sirvieran.

Mía. Las caderas de V giraron, un rubor se extendió bajo su piel aunque no había manera de que tuviera la energía para excitarse.

Dios, la verdad era que no sentía remordimientos por haberla secuestrado. De hecho, estaba predestinado. Justo cuando Butch y Rhage habían aparecido en esa habitación de hospital había tenido su primera visión en semanas. Había visto a su cirujana parada en el

umbral de una puerta, enmarcada en una gloriosa luz blanca. Lo había llamado por señas con amor en su rostro, guiándolo hacia delante por una sala. La bondad que le había ofrecido había sido tan cálida y suave como su piel, tan calmante como agua quieta, tan sustanciosa como la luz del sol que ya no conocía.

Aún así, aunque no sentía remordimientos, se culpaba por el miedo y la ira en la cara de ella cuando había despertado. Gracias a su madre, había tenido una desagradable visión de lo que era ser obligado a algo, y le acababa de hacer lo mismo a la mujer que le había salvado la vida.

Mierda. Se preguntó qué habría hecho si no hubiera tenido esa visión, si no tuviera esa maldición de ver el futuro haciéndose oír. ¿La habría dejado allí? Sí. Claro que lo habría hecho. Incluso con la palabra *mía* recorriéndole la mente, la habría dejado quedarse en su mundo.

Pero la jodida visión había sellado el destino de la mujer.

Volvió a pensar en el pasado. En la primera de sus visiones…

La literatura no era algo de valor en el campamento guerrero, ya que no podías matar con ella.

Vishous había aprendido a leer en la Antigua Lengua sólo porque uno de los soldados había tenido algo de educación y se encargaba de mantener registros rudimentarios del campamento. Era descuidado con ello y el trabajo le aburría, así que V se había ofrecido voluntario para hacer sus deberes si el macho le enseñaba a leer y escribir. Era el intercambio perfecto. V siempre había estado fascinado por la idea de que se podía reducir un suceso a una página y hacerlo no algo transitorio, sino fijo. Eterno.

Había aprendido rápido y luego peinó el campamento buscando libros, encontrando algunos en lugares ocultos y olvidados, como debajo de viejas armas rotas o en tiendas abandonadas. Había coleccionado los estropeados tesoros encuadernados con cuero y los había escondido en el borde más lejano del campamento, donde se guardaban las pieles de los animales. Ningún soldado iba nunca ahí, ya que era territorio femenino, y si las hembras lo hacían, era sólo para coger una piel o dos para fabricar prendas de vestir o ropas de cama. Además, no sólo era seguro para los libros, era el lugar perfecto para leer, ya que el techo de la cueva descendía hasta una baja altura y el suelo era de piedra. Si alguien se acercaba se oía al instante, ya que tenían que arrastrarse para acercarse a él.

Sin embargo, había un libro para el que ni siquiera este lugar oculto era suficientemente seguro.

El más valioso de su exigua colección era un diario escrito por un macho que había llegado al campamento unos treinta años antes. Había sido un aristócrata por nacimiento, pero había terminado en el campamento para ser entrenado debido a una tragedia familiar. El diario estaba escrito en una bella letra, con grandes palabras de las que V sólo podía adivinar el significado, y abarcaba tres años de la vida del macho. El contraste entre las dos partes, una detallando sucesos antes de venir aquí y la otra cubriendo la época posterior, era crudo. Al principio, la vida del macho había estado marcada por el glorioso paso del calendario social de la glymera, lleno de bailes y encantadoras hembras y modales cortesanos. Después todo terminó. Desesperación, exactamente lo mismo con lo que V vivía, era lo que teñía las páginas después de que la vida del macho cambiara para siempre, justo después de su transición.

Vishous leía y releía el diario, sintiendo afinidad con la tristeza del autor. Y después de cada lectura, cerraba la tapa y pasaba los dedos por el nombre en relieve en el cuero.

DARIUS, HIJO DE MARKLON

A menudo V se preguntaba qué había sucedido con el macho. Las entradas terminaban en un día donde nada particularmente significativo había ocurrido, por lo que era difícil saber si había muerto en un accidente o se había ido por capricho. V esperaba enterarse en algún momento que destino había encontrado el guerrero, asumiendo que él mismo viviera lo suficiente para liberarse del campamento.

Como perder el diario lo haría sentirse desamparado, lo guardaba en un lugar donde ni un alma se detenía. Antes de que el campamento se instalara aquí, la cueva había sido habitada por algún tipo de antiguo humano, y los anteriores habitantes habían dejado dibujos primitivos en las paredes. Las vagas representaciones de bisontes y caballos, y huellas de manos y de un único ojo eran consideradas maldiciones por los soldados, y todo el mundo las evitaba. Una división había sido erigida enfrente de esa porción de pared, y aunque estuviera pintada con maestría por toda ella, Vishous sabía porqué su padre no las eliminaba. El Bloodletter quería el campamento desequilibrado y nervioso, y se mofaba de los soldados y las hembras por igual, con amenazas de que los espíritus de esos animales los poseerían, o que las imágenes del ojo y las huellas de manos volverían a la vida con fuego e ira.

V no tenía miedo de los dibujos. Le encantaban. El diseño simple de los animales tenía poder y elegancia, y le gustaba poner las manos contra las huellas de palmas. De hecho, era un consuelo saber que había habido gente viviendo allí antes. Tal vez les había ido mejor.

V escondía el diario entre dos de las representaciones más grandes de bisontes, en una grieta que proporcionaba un alojamiento lo suficientemente amplio y profundo. Durante el día, cuando todos descansaban, se deslizaba detrás de la división y el brillo se apoderaba de sus ojos, y leía hasta que su soledad se aliviaba.

Fue sólo un año después de encontrarlos, que los libros de Vishous fueron destruidos. Sus únicas alegrías fueron quemadas, como siempre había temido que serían. Y no fue una sorpresa quién lo hizo.

Llevaba semanas sintiéndose enfermo, acercándose a su transición, aunque no sabía nada de ello en aquel momento. Incapaz de dormir, se había levantado y deslizado como un fantasma hasta la pila escondida, acomodándose con un tomo de cuentos de hadas. Se durmió con el libro en el regazo.

Cuando se despertó, un pretrans estaba de pie sobre él. El chico era uno de los más agresivos, de ojos duros y cuerpo fuerte.

—Cómo vagueas mientras los demás trabajamos —dijo el joven despectivamente—. ¿Y tienes un libro en las manos? Tal vez debería ser entregado, ya que evita que hagas tus tareas. Puedo llevarme más al estómago haciendo eso.

Vishous puso la pila más profundamente en el escondite y se puso de pie, sin decir nada. Lucharía por sus libros, de la misma manera que luchaba por las sobras de comida para llenarse el estómago o la ropa vieja que le cubría la piel. Y el pretrans que tenía delante lucharía por el privilegio de descubrir los libros. Siempre era así.

El muchacho se acercó con rapidez, empujando a V contra la pared de la cueva. Aunque su cabeza golpeó con fuerza y se quedó sin aire de golpe, respondió, golpeando a su oponente en la cara con el libro. Mientras los otros pretrans se acercaban rápidamente para mirar, V golpeó a su oponente una y otra vez. Le habían enseñado a usar cualquier arma a su disposición, pero mientras obligaba al otro macho a quedarse en el suelo, quería llorar por

estar usando su posesión más preciada para hacer daño a alguien. Sin embargo, tenía que continuar. Si perdía la ventaja, puede que el otro le ganara, y que perdiera los libros antes de poder moverlos a otro lugar seguro.

Por fin, el otro muchacho se quedó quieto, con la cara hinchada en mal estado, su aliento saliendo en gorgoteos mientras V lo agarraba por la garganta. El volumen de cuentos de hadas chorreaba sangre, y la cubierta de cuero estaba suelta en una esquina del libro.

Fue en los descuidados momentos posteriores cuando sucedió. Un extraño hormigueo recorrió el brazo de V y se dirigió a la mano que sujetaba al oponente contra el suelo de la cueva. Entonces una sombra espeluznante apareció de repente, creada por un brillo que partía de la palma de V. Al instante, el pretrans bajo él empezó a sacudirse, sus manos y piernas golpeando contra el suelo de piedra como si le doliera todo el cuerpo.

V lo soltó y miró su mano horrorizado.

Cuando volvió a mirar al macho, una visión lo golpeó como un puño, dejando a V aturdido y con la mirada perdida. En un espejismo nebuloso, vio la cara del joven en un viento severo, el cabello echado hacia atrás, y los ojos fijos en un punto distante. Tras él había rocas del tipo que se encontraban en la montaña, y la luz del sol brillaba sobre ambos y el cuerpo inmóvil del pretrans.

Muerto. El muchacho estaba muerto.

De repente el pretrans susurró: —Tu ojo… tu ojo… ¿qué le ha sucedido?

Las palabras salieron de la boca de V antes de que pudiera detenerlas.

—La muerte te encontrará en la montaña y cuando el viento venga sobre ti, serás arrastrado.

Un jadeo hizo que V levantara la cabeza. Una de las hembras estaba cerca, y tenía la cara horrorizada, como si hubiera hablado con ella.

—¿Qué pasa aquí? —dijo una voz atronadora.

V se apartó del pretrans de un salto para poder permanecer alejado de su padre y mantener al macho a la vista. El Bloodletter estaba parado con los pantalones desabrochados, claramente tras haber tomado a una de las hembras de la cocina. Lo que explicaba porqué estaba en esta parte del campamento.

—¿Qué tienes en la mano? —exigió el Bloodletter, dando un paso hacia V—. Dámelo ahora mismo.

Enfrentado a la ira de su padre, V no tuvo más opción que ofrecerle el libro. Fue agarrado con una maldición.

—Has usado esto inteligentemente sólo cuando le golpeaste con él. —Perspicaces ojos oscuros se estrecharon en la depresión entre las pieles donde V apoyaba la espalda—. Has estado holgazaneando contra estas pieles, ¿no es cierto? Has pasado tiempo aquí.

Cuando V no respondió, su padre se acercó otro paso.

—¿Qué haces aquí atrás? ¿Leer otros libros? Creo que sí, y creo que me los vas a dar. Tal vez me guste leer en vez de dedicarme a mis útiles asuntos.

V dudó… y recibió una bofetada tan fuerte que lo lanzó contra las pieles. Tras deslizarse y rodar hasta el final del montón, cayó sobre las rodillas enfrente de sus tres otros libros. La sangre goteó de su nariz sobre una de las tapas.

—¿Debo golpearte otra vez? ¿O me darás lo que te he pedido? —el tono del Bloodletter era aburrido, como si ambos resultados fueran aceptables, ya que ambos herirían a V, y por tanto le traerían satisfacción.

V sacó una mano y acarició una suave tapa de cuero. Su pecho rugió de dolor ante la despedida, pero la emoción era un gran desperdicio, ¿cierto? Esas cosas que le importaban

estaban a punto de ser destruidas de alguna manera, e iba a pasar ahora, a pesar de lo que hiciera. Era casi como si ya no estuvieran.

V miró por encima de su hombro al Bloodletter, y vio una verdad que cambió su vida. Su padre destruiría cualquier cosa o persona que V buscara para consolarse. El macho lo había hecho incontables veces y de innumerables maneras con anterioridad, y continuaría rápidamente. Estos libros y este episodio eran simplemente la huella de un pie en un camino interminable que sería muy transitado.

El darse cuenta de ello hizo que el dolor de V se desvaneciera. Simplemente así. Para él, ahora no había nada útil en una conexión emocional, sólo una agonía final cuando fuera aplastada. Así que ya no volvería a sentir.

Vishous cogió los libros que había acunado en manos gentiles durante horas y horas y encaró a su padre. Le dio lo que había sido su cuerda de salvamento sin ninguna preocupación o afinidad por los tomos. Era como si nunca antes hubiera visto los libros.

El Bloodletter no tomó lo que le era presentado.

—¿Me los das, hijo mío?

—Lo hago.

—Sí… hmm. Sabes, tal vez después de todo no me guste leer. Tal vez prefiera luchar como hace un macho. Por mi especie y mi honor. —Su enorme brazo se estiró, y apuntó a uno de los fogones de la cocina—. Llévalos allí. Quémalos allí. Como es invierno, el calor será apreciado.

Los ojos del Bloodletter se estrecharon cuando V se acercó tranquilamente y lanzó los libros a las llamas. Cuando se giró y volvió a mirar a su padre, el macho lo estaba estudiando cuidadosamente.

—¿Qué dijo el chico sobre tu ojo? —murmuró el Bloodletter—. Me pareció escuchar una alusión a él.

—Dijo: "Tu ojo… tu ojo… qué le ha sucedido" —respondió V sin emoción.

En el silencio que siguió, la sangre se deslizaba de la nariz de V, corriendo cálida y lenta por sus labios y barbilla. Su brazo estaba dolorido por los golpes que había dado, y le dolía la cabeza. Sin embargo, nada de eso le importaba. Una fuerza de lo más extraña estaba sobre él.

—¿Sabes por qué el chico dijo semejante cosa?

—No.

Él y su padre se miraron mientras una multitud de curiosos se reunía.

El Bloodletter dijo, a nadie en particular.

—Parece que a mi hijo le gusta leer. Como deseo estar bien versado en los intereses de mi chico, me gustaría ser informado si alguien le ve haciéndolo. Lo consideraré un favor personal, al que se le añadirá una ventajosa nota. —El padre de V se dio la vuelta, agarró a una hembra por la cintura y la arrastró hacia el foso principal de las fogatas—. ¡Y ahora tendremos algo de diversión, mis soldados! ¡Al foso!

Un clamor entusiasta se elevó del grupo de machos y la multitud se dispersó.

Mientras V los veía marchar, se dio cuenta que no sentía odio. Normalmente, cuando su padre le volvía la espalda, Vishous le daba rienda suelta al desprecio que sentía por el macho. Ahora no había nada. Fue como cuando había mirado los libros antes de ofrecérselos. Había sentido… nada.

V bajó la mirada hacia el macho que había golpeado.

—Si alguna vez te vuelves a acercar a mí, te romperé las piernas y los brazos, y me ocuparé de que no vuelvas a ver con claridad. ¿Entendido?

El macho sonrió aunque su boca estaba hinchándose como si le hubiera picado una abeja.

—¿Y si paso primero la transición?

V se puso las manos en las rodillas y se inclinó.

—Soy el hijo de mi padre. Por lo tanto soy capaz de cualquier cosa. Sin importar mi tamaño.

Los ojos del chico se agrandaron, como si la verdad fuera sin duda obvia. Desconectado como Vishous estaba ahora, no había nada que no pudiera aguantar, ningún acto que no pudiera realizar, ningún recurso que no empleara para obtener un resultado.

Era como su padre siempre había sido, nada más que especulación desalmada cubierta de piel. El hijo había aprendido la lección.

CAPÍTULO 12

Cuando Jane despertó otra vez, lo hizo de un sueño terrorífico, uno en los que algo que no existía estaba vivo y bien, y en la misma habitación que ella. Vio los afilados caninos de su paciente y su boca en la muñeca de una mujer, y a él bebiendo de una vena.

Las imágenes brumosas y descentradas perduraron y la asustaron como una lona que se movía porque tenía algo debajo. Algo que te haría daño.

Algo que te mordería.

Vampiro.

No sentía miedo muy a menudo, pero mientras se sentaba lentamente estaba asustada. Recorriendo con la mirada el espartano dormitorio, se dio cuenta con temor que la parte del secuestro no había sido un sueño. Pero, ¿qué pasaba con el resto? No estaba segura de lo que era real y lo que no, porque su memoria tenía muchos agujeros. Recordaba operar al paciente. Recordaba admitirlo en la UCIQ. Recordaba a los hombres secuestrándola. ¿Pero después de eso? Todo era inaudito.

Mientras aspiraba profundamente, olió comida y vio que había una bandeja preparada al lado de su silla. Levantando una tapa de plata de la… Jesús, realmente era un buen plato. Imari[16], como los habían sido los de su madre. Frunciendo el ceño, notó que la comida era de gourmet: cordero con pequeñas patatas y calabacín. Un trozo de tarta de chocolate y había una jarra y un vaso a un lado.

¿Habían secuestrado también a Wolfgang Puck[17], por diversión?

Volvió a mirar a su paciente.

Bajo la luz de una lámpara en la mesita de noche, yacía quieto sobre sábanas negras, con los ojos cerrados, el cabello negro contra la almohada, los pesados hombros asomándose justo encima de las sábanas. Su respiración era lenta y regular, el rostro tenía color y no lo cubría un brillo de sudor febril. Aunque las cejas estaban fruncidas y la boca no era más que una línea, parecía… revivido.

Lo que era imposible, a menos que ella hubiera pasado toda una semana inconsciente.

Jane se levantó con rigidez, estiró los brazos por encima de la cabeza y se arqueó para recolocarse la columna con un crujido. Moviéndose silenciosamente, fue hasta la cama y le tomó el pulso al hombre. Regular. Fuerte.

Mierda. Nada de esto era lógico. Nada de esto. Pacientes a los que habían disparado y apuñalado, y que habían colapsado dos veces, y que después sufrían una operación a corazón abierto, no se recuperaban así. Nunca.

Vampiro.

Oh, cállate ya con eso.

Miró el reloj digital en la mesita de noche y vio la fecha. Viernes. *¿Viernes?* Cristo, era viernes, las diez de la mañana. Lo había operado hacía sólo ocho horas, y parecía como si hubiera pasado meses recuperándose.

Tal vez todo esto era un sueño. Tal vez se había quedado dormida en el tren de camino a Manhattan y se despertaría cuando llegase a la estación de Perm. Soltaría una risa avergonzada, cogería una taza de café y se iría a su entrevista en Columbia como había planeado, echándole toda la culpa a la comida de las máquinas expendedoras.

---

[16] Imari es un tipo de porcelana japonesa, de la zona de Arita. Se conoce como "Cerámica Imari", debido a que en la antigüedad era embarcada en el cercano puerto de Imari.

[17] Wolfgang Puck es un cocinero famoso austriaco-americano, restaurador, y hombre de negocios de Los Ángeles. Es dueño de una cadena de restaurantes diversos.

Esperó. Esperó que un movimiento brusco en el recorrido la sacudiera para despertarla.

En lugar de eso, el reloj digital siguió pasando los minutos.

Bien. De vuelta a la idea de joder-esto-es-la-realidad. Sintiéndose completamente sola y mortalmente asustada, Jane caminó hasta la puerta, probó el pomo y la encontró cerrada. *Sorpresa, sorpresa.* Tuvo la tentación de golpearla. Pero, ¿por qué molestarse? Nadie en el otro lado la iba a dejar marchar, y además, no quería que ninguno de ellos supiera que estaba despierta.

Recorrer el lugar era una prioridad. Las ventanas estaban cubiertas por algún tipo de barrera en el lado más lejano del cristal, el panel tan grueso que ni siquiera entraba el resplandor del día. La puerta evidentemente era algo imposible. Las paredes eran sólidas. No había teléfono. Ni ordenador.

El armario no tenía más que ropas negras, botas grandes y un compartimento ignífugo. Con cerradura.

El cuarto de baño no ofrecía ninguna salida. No tenía ventana ni conducto de ventilación lo suficientemente amplio por el que se pudiera escurrir.

Volvió a la habitación. Hombre, esto no era un dormitorio. Era una celda con un colchón.

Y esto no era un sueño.

Sus glándulas suprarrenales empezaron a golpear, el corazón se le enloqueció en el pecho. Se dijo que la policía debía estar buscándola. Tenían que estar en ello. Con todas las cámaras de seguridad y personal del hospital, alguien tenía que haber visto cómo la sacaban de allí. Además, si se perdía la entrevista, las preguntas empezarían a rodar.

Intentando controlarse, Jane se encerró en el baño, cuya cerradura había sido retirada. Naturalmente. Después de usar el servicio, se lavó la cara y cogió una toalla que colgaba de la parte de atrás de la puerta. Cuando puso la nariz en los pliegues, captó una increíble fragancia que la detuvo en seco. Era el olor del paciente. Debía haberla usado, probablemente antes de salir y recibir ese disparo.

Cerró los ojos y aspiró con fuerza. Sexo fue lo primero y lo único que le vino a la mente. Dios, si pudieran embotellar esto, estos tíos podían pagar sus costumbres de juego y drogas patentándolo.

Disgustada consigo misma, dejó caer la toalla como si fuera basura y captó un brillo detrás del inodoro. Inclinándose sobre los azulejos de mármol, encontró una navaja de afeitar, de esas antiguas que la hacían pensar en películas del oeste. Cuando la cogió, se quedó mirando la brillante hoja.

Vale, esta era un buen arma, pensó. *Un arma condenadamente buena.*

La deslizó dentro de la bata blanca justo cuando escuchó abrirse la puerta del dormitorio.

Dejando el cuarto de baño, mantuvo la mano en el bolsillo y los ojos alerta. Red Sox estaba de vuelta, y llevaba un par de petates. La carga no parecía sustancial, por lo menos no para alguien tan grande como él, pero la llevaba con dificultad.

—Esto debería ser un principio bastante bueno —dijo en una voz ronca y cansada, la palabra *principio* pronunciada *phincipio*, en el clásico estilo de Boston.

—¿Principio de qué?

—Del tratamiento para él.

—¿Perdón?

Red Sox se agachó y abrió uno de los petates. Dentro había cajas de vendas y gasas. Guantes de látex. Bacinillas malvas de plástico. Botes de pastillas.

—Nos dijo lo que necesitabas.

—¿Sí? —*Maldición.* No le interesaba jugar a ser doctora. Ya era suficiente trabajo ser la Víctima Secuestrada, muchas gracias.

El tipo se enderezó con cuidado, como si estuviera mareado.

—Vas a cuidar de él.

—¿De verdad?

—Sí. Y antes de que lo preguntes, sí, vas a salir de esto con vida.

—Asumiendo que haga de médico, ¿no?

—Exacto. Pero no estoy preocupado. Lo harías de todas formas, ¿no?

Jane miró fijamente al tío. No se veía mucho de su rostro bajo la gorra de béisbol, pero su mandíbula tenía una curva que reconocía. Y estaba ese acento de Boston.

—¿Te conozco? —preguntó.

—Ya no.

En el silencio que siguió, lo repasó con ojo clínico. Su piel estaba gris y pastosa, las mejillas hundidas, sus manos temblaban. Parecía que había pasado dos semanas de juerga, tambaleándose, con la respiración irregular. ¿Y qué era ese olor? Dios, le recordaba a su abuela. Todo perfume desnaturalizado y polvos para la cara. O… tal vez era algo más, algo que la llevaba de vuelta a la facultad de Medicina… Sí, eso era más probable. Apestaba al formaldehído de Anatomía del Cuerpo Humano.

Ciertamente tenía la palidez de un cadáver. Y enfermo como estaba, se preguntó si sería capaz de derribarlo.

Palpando la navaja en su bolsillo, midió la distancia entre ellos y decidió esperar un momento. Aunque estaba débil, la puerta estaba cerrada, bien cerrada. Si lo atacaba, se arriesgaría a que la lastimara o matara, y no estaría más cerca de escaparse. Su mejor apuesta era quedarse cerca del marco de la puerta y esperar a que uno de ellos entrara. Iba a necesitar el elemento sorpresa, porque estaba condenadamente segura de que de otra manera, la doblegarían.

Excepto que, ¿qué haría una vez que estuviera al otro lado? ¿Estaba en una casa grande? ¿Una pequeña? Tenía el presentimiento de que la rutina Fort Knox[18] de las ventanas era algo normal y corriente en el resto de la casa.

—Quiero salir —dijo.

Red Sox exhaló como si estuviera agotado.

—En un par de días volverás a tu vida sin recordar nada de esto.

—Sí, claro. Lo de ser secuestrada tiende a pegarse a una persona.

—Ya verás. O no, depende de cómo se presente el caso. —Mientras Red Sox se dirigía a la mesita de noche, usó el escritorio y luego la pared para estabilizarse—. Tiene mejor aspecto.

Quería gritarle que se alejara de su paciente.

—¿V? —Red Sox se sentó cuidadosamente en la cama—. ¿V?

Los ojos del paciente se abrieron después de un rato, y la comisura de su boca tembló.

—Poli.

Los dos hombres buscaron la mano del otro en el mismo momento, y mientras los veía, Jane decidió que tenían que ser hermanos… salvo que sus rasgos eran muy diferentes. ¿Tal vez simplemente eran amigos íntimos? ¿O amantes?

[18] Fort Knox fue una de las fortalezas militares más segura de los EE.UU., construida en 1861 durante la Guerra Civil. En la actualidad es una base militar.

Los ojos del paciente se deslizaron sobre ella y recorrieron su cuerpo de arriba abajo como si estuviera comprobando que estaba ilesa. Entonces miró la comida que no había tocado y frunció el ceño, como si lo desaprobara.

—¿No hicimos esto hace poco? —murmuró Red Sox al paciente—. ¿Excepto que era yo el que estaba en cama? Qué te parece si quedamos empatados y no volvemos a pasar nunca más por esta mierda de estar heridos.

Esos helados y brillantes ojos la abandonaron y pasaron a su amigo. El ceño no dejó su rostro.

—Tienes muy mal aspecto.

—Y tú eres Miss América.

El paciente sacó su otra mano de las sábanas como si pesara tanto como un piano.

—Ayúdame a sacar el guante de…

—Olvídalo. No estás preparado.

—Te estás poniendo peor.

—Mañana…

—Ahora. Lo haremos ahora. —La voz del paciente bajó hasta convertirse en un suspiro—. Si pasa otro día no serás capaz de estar de pie. Sabes lo que sucede.

Red Sox bajó la cabeza hasta que colgó de su cuello como un saco de harina. Después maldijo en voz baja y estiró la mano para coger la enguantada del paciente.

Jane se apartó hasta golpear la silla en la que se había desmayado. Esa mano le había provocado un ataque a su enfermera, y aún así los dos hombres iban a lo suyo como si el contacto con esa mano no tuviera importancia.

Red Sox sacó el cuero negro con gentileza, descubriendo una mano cubierta con tatuajes. Santo Dios, la piel parecía brillar.

—Ven aquí —dijo el paciente, abriendo ampliamente los brazos hacia el otro hombre—. Túmbate conmigo.

La respiración de Jane se detuvo en sus pulmones.

Cormia recorrió las salas del adytum[19], los silenciosos pies descalzos, la túnica blanca sin hacer ni un ruido, el aire entrando y saliendo de sus pulmones sin siquiera un suspiro que denotara el movimiento. Era así como deambulaba, como debía hacerlo una Elegida, sin causar sombras en los ojos ni susurros en los oídos.

Excepto que tenía un propósito personal, y eso era incorrecto. Como una Elegida, tenías que servir a la Virgen Escriba en todo momento, sus intenciones siempre para con Ella.

Sin embargo, la necesidad propia de Cormia era tal que no podía ser negada.

El Templo de los Libros estaba al final de una larga serie de columnas, y sus puertas dobles estaban siempre abiertas. De todos los edificios del santuario, incluyendo el que contenía las gemas, éste guardaba el conjunto más preciado. Aquí descansaban los registros de la raza de la Virgen Escriba, un diario de incomprensible alcance, que abarcaba miles de años. Dictado por Su Santidad a Elegidas especialmente entrenadas, el trabajo de amor era un testamento de historia así como de fe.

Dentro de la pared de marfil, bajo el brillo de las velas blancas, Cormia se movió por el suelo de mármol, pasando incontables pilas, caminando con más rapidez a medida que se

[19] El *adytum*, palabra latina, era una zona restringida en la parte interior de un templo griego o romano. Su nombre significa "inaccesible" o "no pasar".

inquietaba más. Los volúmenes del diario estaban ordenados cronológicamente, y dentro de cada año por la clase social, pero lo que buscaba no estaría en esta sección general.

Mirando por encima del hombro para asegurarse de que no había nadie alrededor, se deslizó por un pasillo y accedió a una puerta de color rojo brillante. En el medio de los paneles había una representación de dos dagas negras cruzadas en la hoja, con los mangos hacia abajo. Alrededor de las empuñaduras, en pan de oro, había un lema sagrado en la Antigua Lengua.

La Hermandad de la Daga Negra
Para Defender y Proteger
Nuestra Madre; Nuestra Raza; Nuestros Hermanos

Su mano tembló cuando la puso en el tirador dorado. Esta zona estaba restringida, y si la pillaban sería castigada, pero no le importaba nada. Aunque temía la búsqueda que estaba realizando, ya no podía soportar la falta de conocimiento.

La habitación tenía un tamaño y proporción majestuoso, su alto techo de pan de oro, los montones no blancos, sino de color negro brillante. Los libros que llenaban los estantes estaban encuadernados en cuero negro, sus lomos marcados en oro que reflejaba la luz de velas del color de las sombras. La alfombra del suelo era de color rojo sangre, y suave como la piel.

El aire tenía un olor que no era habitual, y el aroma recordaba a determinadas especias. Tuvo el presentimiento de que era porque en alguna ocasión los hermanos habían estado físicamente en esa habitación y habían permanecido allí en medio de su historia, sacando libros, tal vez sobre sí mismos, tal vez sobre sus ancestros. Intentó imaginárselos, y no pudo, porque nunca había visto a ninguno. En realidad, nunca había visto un macho en persona.

Cormia trabajó con rapidez para descubrir el orden de los volúmenes. Parecía que estaban ordenados por año… *Oh, espera.* También había una sección de biografías.

Se arrodilló. Cada colección de volúmenes estaba marcada con un número y el nombre del hermano, junto con su linaje paterno. El primero de ellos era un antiguo tomo con símbolos que tenían una arcaica variación, que recordaba a alguna de las partes más antiguas el diario de la Virgen Escriba. Este primer guerrero tenía varios libros con su nombre y número, y los dos hermanos siguientes lo tenían como su progenitor.

Más lejos en la fila, sacó un libro al azar y lo abrió. La portada era resplandeciente, un retrato pintado del hermano rodeado de escritura que detallaba su nombre, fecha de nacimiento y de introducción a la Hermandad, así como su progreso en el campo de batalla con armas y tácticas. La página siguiente era el linaje del guerrero durante generaciones, seguido por una lista de las hembras con las que se había emparejado y los hijos que había tenido. Después, se detallaba su vida capítulo a capítulo, tanto en el campo de batalla como fuera de él.

Este hermano, Tohrture, evidentemente había vivido mucho y luchado bien. Había tres libros sobre él, y una de las últimas anotaciones era la alegría del macho cuando el único hijo que sobrevivió, Rhage, entró en la Hermandad.

Cormia colocó el libro en su lugar y siguió adelante, pasando el dedo índice por las encuadernaciones, tocando los nombres. Estos machos habían luchado para mantenerla a salvo; eran los que habían acudido cuando las Elegidas habían sido atacadas décadas atrás. También eran los que mantenían a los civiles protegidos de los *lessers*. Tal vez éste arreglo

con el *Primale* fuera bien, después de todo. Sin duda alguien cuya misión era proteger a los inocentes no le haría daño, ¿verdad?

Como no tenía ni idea de la edad de su prometido o cuándo se había unido a la Hermandad, miró cada libro. Había tantos, pilas enteras…

Su dedo se detuvo en el lomo de un grueso volumen, uno de cuatro.

El Bloodletter
356

El nombre del padre del *Primale* la dejó fría. Había leído sobre él como parte de la historia de la raza, y Virgen querida, tal vez estaba equivocada. Si las historias sobre ese macho eran ciertas, incluso aquellos que luchaban noblemente podían ser crueles.

Extraño que su línea paterna no estuviera indicada.

Continuó avanzando, trazando más lomos y más nombres.

VISHOUS
Hijo del Bloodletter
428

Había un único volumen, y era más delgado que un dedo. Mientras lo abría, deslizó la mano por la tapa, con el corazón palpitando con fuerza. La encuadernación estaba rígida cuando lo abrió, como si el libro apenas hubiera sido alterado. Lo que de hecho había sucedido. No había retrato, ni tributo cuidadosamente escrito hacia sus habilidades de combate, sólo una fecha de nacimiento que indicaba que pronto tendría trescientos tres años, y una anotación de cuándo había entrado en la Hermandad. Pasó la página. No había mención de su linaje, excepto por el Bloodletter, y el resto del tomo estaba en blanco.

Volviendo a colocarlo en su lugar, regresó a los volúmenes del padre y sacó el tercero de la colección. Leyó sobre el padre con la esperanza de aprender algo sobre el hijo, algo que pudiera despejarle sus miedos, pero lo que encontró fue un nivel de crueldad que la hizo rogar que el *Primale* se pareciera a su madre, quien quiera que fuese. El Bloodletter era realmente el nombre adecuado para el guerrero, ya que era cruel con vampiros y *lessers* por igual.

Pasando al final, encontró en la última página un registro de la fecha de su muerte, aunque no se mencionaba la manera. Sacó el primer volumen y lo abrió para ver el retrato. El padre tenía el cabello de color negro azabache, barba completa y ojos que la hacían querer apartar el libro y no volver a abrirlo.

Después de volver a colocar el tomo, se sentó en el suelo. Como resultado del requerimiento de la Virgen Escriba, el hijo del Bloodletter vendría por Cormia, y tomaría su cuerpo como su legítima posesión. No se podía imaginar en qué consistía el acto y lo que hacía el macho, y temía las lecciones sexuales.

Por lo menos como *Primale* yacería con otras, se dijo. Muchas otras, alguna de las cuales había sido entrenada para darle placer a los machos. Sin duda las preferiría a ellas. Si tuviera algo de suerte, apenas sería visitada.

CAPÍTULO 13

Mientras Butch se estiraba sobre la cama de Vishous, a V le avergonzaba admitirlo, había pasado muchos días preguntándose como sería. Como se sentiría. Como olería. Ahora que era una realidad, estaba contento de tener que concentrarse en curar a Butch. De otra forma tenía la sensación de que hubiera sido muy intenso y hubiera tenido que apartarse.

Cuando su pecho rozó el de Butch, trató de decirse que no necesitaba esto. Quiso pretender que no necesitaba sentir a alguien a su lado, que no se sentía reconfortado al estar pegado de pies a cabeza con otra persona, que le tenía sin cuidado la calidez y la presión contra su cuerpo.

Que el curar al poli no lo curaba a él.

Pero eso era, por supuesto, pura mierda. Cuando V colocó los brazos alrededor de Butch y se abrió para tomar el mal del *Omega*, necesitaba todo eso. Con la visita de su madre y el tiroteo, ansiaba la cercanía de otro, necesitaba sentir brazos que le devolvían el abrazo. Tener el latir de un corazón contra el propio.

Pasaba tanto tiempo manteniendo su mano alejada de otros, manteniéndose a si mismo apartado de otros, que bajar la guardia con la única persona en la cual realmente confiaba le hacia escocer los ojos.

Era bueno que nunca llorara o tendría las mejillas tan mojadas como las rocas en un río.

Cuando Butch se estremeció de alivio, Vishous sintió el temblor de los hombros y las caderas del macho. Sabiendo que era incorrecto, pero incapaz de detenerse, V enterró profundamente la mano tatuada dentro de la mata de cabello de Butch. Mientras el poli emitía otro gemido y se acercaba, V desvío los ojos hacia su cirujana.

Estaba sobre una silla, mirándolos, los ojos agrandados, la boca ligeramente abierta.

La única razón por la que V no se sentía avergonzado como el infierno era que sabía que cuando se fuera no tendría ningún recuerdo de este momento de intimidad. De otra manera no podría haberlo soportado. Mierdas como esa no le pasaban seguido en la vida… en gran parte porque no lo permitía. Y que lo condenaran si permitía que una completa extraña tuviera recuerdos de sus asuntos privados.

Excepto que... en realidad no la sentía como una completa extraña.

Su cirujana se llevó la mano a la garganta, y se hundió más en la silla. Mientras el tiempo pasaba lentamente, desenroscándose como un perro perezoso en una brumosa noche de verano, sus ojos nunca se apartaron de los de él, y él tampoco apartó la vista.

Le regresó esa palabra. *Mía*.

Salvo que, ¿en quien estaba pensando? ¿En Butch o en ella?

En ella, se dio cuenta. Era la hembra al otro lado de la habitación quien hacía surgir esa palabra en él.

Butch movió las piernas rozándose contra las de V a través de las mantas. Con una punzada de culpa, V rememoró las veces en que se había imaginado a si mismo con Butch. Se había imaginado a ambos yaciendo como estaban en ese momento, imaginándose… bueno, la curación no era ni la mitad de ello. Si bien era extraño. Ahora que estaba pasando, V no estaba pensando en nada sexual hacia Butch. No… el impulso sexual y la palabra vinculado se dirigían hacia la silenciosa mujer humana que estaba al otro lado de la habitación, quien estaba claramente conmocionada.

¿Quizás no podía manejar a dos hombres juntos? No era que él y Butch fueran a estarlo.

Por alguna ridícula y maldita razón, V le dijo:

—Es mi mejor amigo.

Pareció sorprendida de que le ofreciera cualquier explicación. Con lo cual ya eran dos.

Jane no podía quitar los ojos de la cama. Su paciente y Red Sox estaban resplandeciendo juntos, una suave luz emanando de sus cuerpos, y algo estaba pasando entre ellos, algún tipo de intercambio. Jesús, ese olor dulce se estaba desvaneciendo, ¿verdad?

Y ¿buenos amigos? Miró la mano de su paciente enterrada en el cabello de Red Sox y la manera en que esos fuertes brazos sostenían al hombre cerca de él. Seguro que eran amigos, ¿pero hasta donde llegaba eso?

Después de solo Dios sabe cuanto tiempo, Red Sox dejo salir un largo suspiro y alzó la cabeza. Con sus rostros separados por solo unas pocas pulgadas, Jane se abrazó a si misma. No tenía problemas con que los hombres estuvieran juntos, pero por alguna loca razón no quería ver a su paciente besando a su amigo. Ni a nadie más.

—¿Estás bien? —preguntó Red Sox.

La voz del paciente fue baja y suave.

—Sip. Cansado.

—Me imagino. —Red Sox salió de la cama con un ágil movimiento. Demonios, se veía como si hubiera pasado un mes en un spa. El color había vuelto a la normalidad, y sus ojos estaban despejados y alertas. Y ese aire de malevolencia se había ido.

El paciente se recolocó sobre la espalda. Luego se enrolló de lado haciendo una mueca de dolor. Después probó a ponerse de espaldas de nuevo. Las piernas se movían bajo las mantas todo el tiempo, como si tratara de dejar atrás cualquier dolor que tuviera en el cuerpo.

—¿Sientes dolor? —preguntó Red Sox. Cuando no hubo respuesta, el tipo la miro por sobre el hombro—. ¿Puedes ayudarlo, Doc?

Quería decir que no. Quería lanzar un par de palabrotas y exigir ser liberada una vez más. Y quería patear a este miembro de la Nación Red Sox en las pelotas por hacer que su paciente se sintiera peor con lo que fuera que acabara de pasar.

El Juramento Hipocrático hizo que se pusiera de pie y fuera hacia el petate.

—Depende de lo que me hayas traído.

Hurgó dentro y encontró un cargamento de Walgreens con todos los analgésicos existentes. Y todo venía directamente en los paquetes del gran negocio farmacéutico, por lo que claramente tenían fuentes dentro del hospital. Las drogas estaban cerradas herméticamente de manera que no habían estado mucho tiempo en el mercado negro. Demonios, estos tipos probablemente eran el mercado negro.

Para asegurarse de que no se había perdido ninguna alternativa, miró en el segundo petate… y encontró sus pantalones de yoga favoritos… y el resto de las cosas que había empaquetado para ir a Manhattan para la entrevista en Columbia.

Habían estado en su casa. Estos bastardos habían estado en su casa.

—Teníamos que llevar tu coche de vuelta —explicó Red Sox—. Y pensé que apreciarías algo de ropa limpia. Eso estaba listo.

Habían conducido su Audi, caminado a través de sus habitaciones, revisado sus cosas.

Jane se levantó y pateó el petate a través de la habitación. Cuando sus ropas se esparcieron por el suelo, metió la mano dentro del bolsillo y agarró la navaja de afeitar, lista para ir por la garganta de Red Sox.

La voz del paciente sonó fuerte.

—Discúlpate.

Se volvió y miró fijo hacia la cama.

—¿Por qué? Me trajeron en contra mi vol…

—Tú no. Él.

La voz de Red Sox fue contrita cuando habló apresuradamente.

—Siento que hayamos registrado tu casa. Solo tratábamos de hacerte esto más fácil.

—¿Fácil? Sin ofender, pero vete a la mierda con tu disculpa. Sabes, la gente va a echarme en falta. La policía me buscará.

—Nos encargamos de todo eso, incluso de la cita en Manhattan. Encontramos los billetes de tren y el itinerario de la entrevista. Ya no te esperan.

La ira la hizo perder la voz por un momento.

—Como se *atreven*.

—Cuando supieron que estabas enferma, estuvieron de acuerdo en volverla a programar. —Como si eso lo arreglara todo.

Jane abrió la boca, lista para lanzarse contra él, cuando se dio cuenta de que estaba en su poder. Por lo que contrariar a sus captores probablemente no era un movimiento inteligente.

Con una maldición, miró al paciente.

—¿Cuándo me dejarán ir?

—Tan pronto como este en pie.

Estudió su rostro, desde la perilla hasta los diamantinos ojos y los tatuajes en la sien. Por instinto dijo:

—Dame tu palabra. Jura por la vida que te devolví que me dejarás ir ilesa.

No dudó. Ni siquiera para tomar un respiro.

—Por mi honor y la sangre en mis venas, serás libre tan pronto como esté bien.

Maldiciéndose y a ellos, sacó la mano del bolsillo, se inclinó, y tomó un frasco de Demerol del gran petate.

—No hay jeringas.

—Tengo algunas. —Red Sox se acercó sacando un paquete esterilizado. Cuando trató de cogerlo, lo apretó—. Se que lo usarás sabiamente.

—¿Sabiamente? —le quitó la jeringa de la mano—. No, voy a pincharle el ojo con ella. Porque eso fue lo que me enseñaron en la facultad de Medicina.

Inclinándose de nuevo, buceó por el petate y encontró un par de guantes de látex, un paquete de toallitas empapadas en alcohol, algo de gasa y esparadrapo para cambiar el apósito del pecho.

Aunque le había dado al paciente antibióticos profilácticos por vía intravenosa antes de la cirugía para que el riesgo de infección fuera bajo, preguntó:

—¿También puedes conseguir antibióticos?

—Cualquier cosa que necesites.

Sip. Definitivamente estaban enganchados con un hospital.

—Puede que necesite algo de ciprofloxacino o puede ser amoxicilina. Depende de lo que esté pasando bajo el vendaje quirúrgico.

Colocó la aguja, el frasco y los otros suministros médicos en la mesita de noche, se puso los guantes, y rasgó el paquete de aluminio.

—Espera un momento, Doc —dijo Red Sox.

—¿Disculpa?

Los ojos de Red Sox se fijaron en ella como un par de miras de arma.

—Con todo respeto, necesito recalcar que si lo dañas intencionalmente, te mataré con mis propias manos. Sin importar el hecho de que seas mujer.

En tanto un ramalazo de miedo le subía por la columna, un gruñido llenó la habitación, de la clase que un mastín haría antes de atacar.

Ambos bajaron la mirada hacia el paciente, conmocionados.

Tenía el labio superior contraído y aquellos afilados dientes delanteros se habían vuelto del doble del tamaño de lo que habían sido antes.

—Nadie la tocará. No importa que haga o a quién.

Red Sox frunció el ceño como si su amigo hubiese perdido la cabeza.

—Conoces nuestro trato, compañero. Te mantengo a salvo hasta que puedas hacerlo por ti mismo. ¿No te gusta? Mantén tu culo sano y luego puedes preocuparte por ella.

—*Nadie*.

Hubo un momento de silencio, luego Red Sox miró a Jane y al paciente alternativamente como si estuviera recalibrando las leyes de la física… y teniendo problemas con los cálculos.

Jane intervino, sintiendo la necesidad de calmar los ánimos.

—Está bien, está bien. Acabad con esa pose de machitos, ¿queréis? —ambos la miraron con sorpresa y parecieron aún más pasmados cuando le dio un codazo a Red Sox para apartarlo—. Si vas a quedarte aquí, desconecta el cabreo. No le estas ayudando. —Miró fijamente al paciente—. Y tú… sólo relájate.

Después de un momento de silencio mortal, Red Sox se aclaró la garganta, y el paciente se puso el guante y cerró los ojos.

—Gracias —murmuró.

—Ahora, chicos, ¿os importa si hago mi trabajo para poder salir de aquí?

Le puso al paciente una inyección de Demerol, y después de un momento las fruncidas cejas cedieron como si les hubiesen aflojado los tornillos. Cuando la tensión abandonó su cuerpo, le sacó el vendaje del pecho, levantando la gasa y el esparadrapo.

—Dios… mío —jadeó.

Red Sox miró sobre el hombro de ella.

—¿Qué pasa? Esta sanando perfectamente.

Cuidadosamente dio un golpecito a la fila de grapas metálicas y a la rosada sutura bajo ellas.

—Puedo quitarlas ahora.

—¿Necesitas ayuda?

—Esto sencillamente no está bien.

Los ojos del paciente se abrieron, y fue obvio que sabía perfectamente que esta pensando: *Vampiro*.

Sin mirar a Red Sox, dijo:

—¿Me traerías las tijeras quirúrgicas y las pinzas del petate? Oh, y tráeme el spray antibiótico.

Cuando oyó que trabajaba enérgicamente al otro lado de la habitación, susurró:

—¿Qué eres?

—Vivo —replicó el paciente—. Gracias a ti.

—Aquí tienes.

Jane saltó como un títere. Red Sox sostenía dos instrumentos de acero inoxidable, pero por su vida que no podía recordar para que los había pedido.

—Las grapas —murmuró.

—¿Qué?

—Voy a quitar las grapas —tomó las tijeras y las pinzas y roció el pecho del paciente con antibiótico.

A pesar del hecho de que su cerebro estaba bailando el twist dentro de su cráneo, se las arregló para cortar y sacar cada una de las veintitantas grapas, dejándolas caer en la papelera que había al lado de la cama. Cuando terminó limpió las gotas de sangre que brotaban de cada agujero de entrada y salida, luego le echó en el pecho algo más del spray antibiótico.

Cuando se encontró con los brillantes ojos, supo a ciencia cierta que no era humano. Había visto el interior de suficientes cuerpos y sido testigo de la lucha por sanar demasiadas veces para pensar de otra forma. De lo que no estaba segura era de donde la dejaba esto a ella o al resto de la raza humana.

¿Cómo era posible? ¿Qué hubiera otra especie con tantas características humanas? No obstante, probablemente fuera así como permanecían ocultos.

Jane le cubrió el centro del pecho con una ligera capa de gasa, la cual pegó en su lugar. Cuando terminó el paciente hizo una mueca, y subió la mano, la que tenía el guante, hacia el estomago.

—¿Estás bien? —preguntó Jane cuando se puso pálido.

—Mareado. —Una línea de sudor le brotó sobre el labio superior.

Miró a Red Sox.

—Creo que deberías irte.

—¿Porqué?

—Esta a punto de vomitar.

—Estoy bien —murmuró el paciente, cerrando los ojos.

Jane se dirigió hacia el petate por una bacinilla y le dijo a Red Sox.

—Vete, ahora. Déjame cuidarlo. No necesitamos audiencia para esto.

Maldito Demerol. Funcionaba de maravilla contra el dolor, pero a veces los efectos secundarios eran un verdadero problema para el paciente.

Red Sox dudó hasta que el paciente gimió y comenzó a tragar convulsivamente.

—Ummm, esta bien. Escucha, antes de irme, ¿quieres que te traiga algo fresco para comer? ¿Alguna cosa en particular que quieras?

—Estas bromeando, ¿verdad? ¿Como si fuera a olvidarme del secuestro y la amenaza de muerte y te fuera a hacer un pedido de comida para llevar?

—No hay razón para no comer mientras estés aquí —levantó la bandeja.

Dios, esa voz… esa áspera y ronca voz con acento de Boston.

—Te conozco. Definitivamente te conozco de alguna parte. Quilate la gorra. Quiero ver tu cara.

El tipo cruzó la habitación con la comida añeja.

—Te traeré algo más de comer.

Cuando la puerta se cerró y trabó tuvo la infantil urgencia de correr hacia ella y golpearla.

Pero el paciente gimió y le miró.

—¿Dejarás de pelear contra las ganas de vomitar ahora?

—No me… jodas… —encorvándose hacia un lado, el paciente comenzó a hacer arcadas.

La bacinilla no fue necesaria, porque no tenía nada en el estómago, por lo que Jane fue al baño, trajo una toalla, y se la puso en la boca. Mientras la mordía miserablemente, se sostenía el centro del pecho como si no quisiera que la herida se abriera.

—Esta bien —dijo mientras le colocaba la mano en la tersa espalda—. Te has curado lo suficiente. La cicatriz no se te va a abrir.

—Siento… como si… yo… Mierda…

Dios, estaba sufriendo, el rostro tenso y colorado, cubierto de sudor, el cuerpo arqueado.

—Esta bien, déjalo pasar a través de ti. Cuanto menos pelees contra ello, más fácil será. Sip… así… respira entre ellas. Bien, ahora…

Le acarició la columna, sostuvo la toalla y no pudo evitar continuar murmurándole. Cuando terminó, el paciente yació inmóvil, respirando por la boca, la mano enguantada apretada fuertemente sobre un enredo de sabanas.

—Eso no fue divertido —dijo con voz áspera.

—Te encontraremos otro analgésico —murmuró, sacándole el cabello de los ojos—. No más Dem para ti. Escucha, quiero mirarte las heridas, ¿ok?

Asintió y se volvió sobre la espalda, la superficie del pecho parecía tan amplía como la maldita cama. Fue cuidadosa con el esparadrapo, gentil cuando levantó la gasa. Buen Dios… la piel que había estado perforada por las grapas hacía solo quince minutos estaba completamente curada. Todo lo que quedaba era una pequeña línea rosada que bajaba por el esternón.

—¿Qué eres? —farfulló.

El paciente rodó hacia ella.

—Cansado.

Sin siquiera pensar en ello comenzó a acariciarlo nuevamente, el ruido de la mano pasando de arriba hacia abajo por la piel hacía un pacífico sonido. No pasó mucho tiempo antes de que notara que los hombros eran puro músculo… y que lo que estaba tocando era calido y muy masculino.

Levantó la palma de la mano.

—Por favor —le tomó la muñeca con la mano sin marcas… aún cuando sus ojos continuaban cerrados—, tócame o… mierda, agárrame, estoy… a la deriva. Como si fuera a salir flotando. No siento nada. Ni la cama… ni mi cuerpo.

Miró hacia donde la sujetaba, luego le midió los bíceps y la envergadura del pecho. Tuvo el fugaz pensamiento de que podría quebrarle el brazo en dos, pero sabía que no lo haría. Una media hora antes había estado listo para desgarrar la garganta de uno de sus más cercanos y queridos amigos para protegerla…

Detente.

No te sientas segura con él. El síndrome de Estocolmo no es tu amigo.

—Por favor —dijo con una respiración temblorosa, la vergüenza constriñéndole la voz.

Dios, nunca había entendido como las victimas de secuestro desarrollaban relaciones con sus secuestradores. Iba en contra de la lógica tanto como de las leyes de auto conservación. Tu enemigo no podía ser tu amigo.

Pero negarle afecto era inconcebible.

—Necesitaré mi mano de vuelta.

—Tienes dos. Usa la otra. —Diciendo esto se acurrucó alrededor de la palma que le sostenía, provocando que las sabanas descendieran más por su torso.

Tenía la piel del color dorado oscuro de un broceado de verano y tersa… hombre, era tersa y flexible. Siguiendo la curva de la columna subió hasta la nuca, y antes de saber que estaba haciendo le estaba acariciando el lustroso cabello. Corto en la parte de atrás, largo alrededor del rostro… se preguntaba si lo lucía así para esconder los tatuajes de la sien. Salvo que debían ser para enseñarlos… ¿por qué sino se los haría en un lugar tan visible?

El hizo un ruido con la parte de atrás de la garganta, un ronroneo que le recorrió el pecho y la parte superior de la espalda; luego se apartó, el movimiento tiró de su brazo. Claramente quería que se extendiera contra él, pero cuando se resistió, dejó de insistir.

Mirando fijamente su brazo entre el apretado agarre de los bíceps, pensó acerca de la última vez que había estado entrelazada con un hombre. Mucho tiempo. Y no había sido muy bueno, francamente.

Los oscuros ojos de Manello le vinieron a la mente…

—No pienses en él.

Jane se movió bruscamente.

—¿Cómo sabes lo que hay en mi mente?

El paciente soltó el agarre y lentamente se volvió de forma que quedó mirando hacia el otro lado.

—Perdona. No es de mi incumbencia.

—¿Cómo lo supiste?

—Voy a tratar de dormir ahora, ¿vale?

—Vale.

Jane se levantó y regresó a su silla, pensando en su corazón de seis cavidades. En su sangre no clasificable. En esos colmillos sobre la muñeca de la rubia. Echó una mirada hacia la ventana, preguntándose si lo que cubría los cristales era solo por seguridad o también para evitar la luz del día.

¿Dónde la dejaba todo esto? ¿Encerrada en una habitación con un… vampiro?

La parte racional rechazaba la idea por imposible, pero en su interior era conducida por la lógica. Sacudiendo la cabeza, recordó su cita favorita de Sherlock Holmes, parafraseándola: Si eliminas todas las explicaciones lógicas, entonces lo imposible es la respuesta. La lógica y la biología no mentían, ¿verdad? Era una de las razones por las que había decidido convertirse en médico en primer lugar.

Miró al paciente, perdiéndose en las implicaciones. La mente retrocedió ante las posibilidades evolutivas, pero también consideró asuntos más prácticos. Pensó acerca de las drogas que había en ese petate y en el hecho de que el paciente había estado fuera en un lugar peligroso de la ciudad cuando le dispararon. Y hey, la habían secuestrado.

¿Cómo demonios podía confiar en él o en su palabra?

Jane puso la mano en el bolsillo y buscó la navaja de afeitar. La pregunta a eso era fácil. No podía.

CAPÍTULO 14

Arriba en su dormitorio en la casa grande, Phury se sentó con la espalda contra la cabecera y el edredón azul de terciopelo sobre las piernas. Se había quitado la prótesis y un porro ardía en un pesado cenicero de cristal cerca de él. Mozart emergía desde los altavoces ocultos del equipo estereo.

El libro de armas de fuego delante de él estaba siendo usado como caballete sobre el regazo en vez de cómo material de lectura. Una gruesa hoja de papel blanco estaba colocada encima, pero desde hacía rato que no trazaba nada sobre ella con su lápiz nº 2. El retrato estaba completo. Lo había acabado hacía una hora y trataba de reunir valor para arrugarlo y tirarlo.

Aunque nunca estaba satisfecho con sus dibujos, este casi le gustaba. Desde la profunda blancura del papel, el rostro, el cuello y el cabello de una hembra habían sido revelados en trazos de grafito. Bella estaba mirando fijamente hacia la izquierda, con una ligera sonrisa en los labios y un mechón de oscuro cabello atravesándole la mejilla. Había vislumbrado la postura en la última comida de esa tarde. Ella había estado mirando a Zsadist, lo cual explicaba el secreto alzamiento de la boca.

En todas las poses en las que la había dibujado, Phury siempre la trazaba con sus ojos en otra parte. Si estuviera mirando fuera de la página, hacia él, parecería inapropiado. Infiernos, sencillamente dibujarla era inapropiado.

Aplastó la mano sobre el rostro, preparado para arrugar el papel.

En vez de ello, en el último momento cogió el porro, anhelando alguna calma artificial para su corazón que latía demasiado fuerte. Últimamente estaba fumando mucho. Más que nunca. Y aunque depender de la calma química le hacía sentir sucio, la idea de detenerse nunca cruzó su mente. No podía imaginarse soportar un día sin ayuda.

Mientras daba otra calada y retenía el humo en los pulmones, pensó en su roce con la heroína. El último mes de diciembre había evitado el salto por el borde del precipicio de la heroína no debido a que hubiera hecho una buena elección sino porque dio la casualidad de que John Matthew escogió el momento oportuno para interrumpir.

Phury exhaló y miró fijamente la punta del porro. La tentación de intentar con algo más duro había regresado. Podía sentir la urgencia de ir donde Rehv y pedirle al macho otra bolsita llena de droga. Quizás entonces obtuviera algo de paz.

Sonó un golpe en su puerta y la voz de Zsadist dijo:

—¿Puedo entrar?

Phury metió el dibujo en el interior del libro de armas.

—Si.

Z entró y no dijo una sola palabra. Con las manos en las caderas, anduvo de un lado para otro, adelante y atrás, a los pies de la cama. Phury esperaba, encendiendo otro porro y mirando andar a su gemelo idéntico mientras Z desgastaba la alfombra.

No apremiabas a Z para que hablara más de lo que intentarías forzar a un pez a establecerse al final del anzuelo con un montón de parloteo. El silencio era el único cebo que funcionaría.

Finalmente el hermano se detuvo.

—Está sangrando.

El corazón de Phury saltó y extendió la mano sobre la cubierta del libro.

—¿Cuánto y durante cuanto tiempo?

—Me lo ha estado ocultando, así que no lo se.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Encontré una cosa de Evax metida en la parte trasera del armario que está junto al lavabo.

—Quizás sean viejas.

—La última vez que saqué mi maquinilla de afeitar, no estaban allí.

Mierda.

—Entonces tiene que ir a ver a Havers.

—Su próxima cita no es hasta dentro de una semana. —Z empezó a caminar otra vez—. Se que no me lo está contando porque tiene miedo de que enloquezca.

—Quizás lo que encontraste está siendo usado por otra razón.

Z se detuvo.

—Oh, si. Seguro. Porque esas cosas son multifuncionales. Como los bastoncillos o alguna mierda. Mira, ¿hablarías con ella?

—¿Qué? —Phury rápidamente dio una calada—. Eso es privado. Entre tú y ella.

Z se frotó la cabeza afeitada.

—Tú eres mejor que yo con mierda como esta. La última cosa que necesita es que me derrumbe delante de ella, o peor, que le grite porque estoy muerto de miedo y no soy razonable.

Phury trató de respirar hondo, pero apenas pudo conseguir que el aire bajara por su tráquea. Quería tanto involucrarse. Quería ir por el pasillo de estatuas hasta la habitación de la pareja y hacer que Bella se sentara y sonsacarle la historia. Quería ser un héroe. Pero no era su sitio.

—Tú eres su *hellren*. Tu debes hablar con ella. —Phury apagó la última media pulgada del porro, enrolló uno nuevo y abrió la tapa del encendedor. La piedra de pedernal hizo un ruido áspero cuando saltó la llama—. Puedes hacerlo.

Zsadist maldijo, paseándose un poco más, entonces finalmente se dirigió hacia la puerta.

—Hablar acerca de esta cosa del embarazo me recuerda que si la pierdo, estoy jodido. Me siento tan malditamente impotente.

Después de que su gemelo saliera, Phury dejó que su cabeza cayera hacia atrás. Mientras fumaba, miraba la punta encendida del porro y se preguntaba ociosamente si para el enrollado a mano era como un orgasmo.

Jesús. Si perdían a Bella, ambos él y Z iban a caer en picado de una manera de la cual los machos no salían.

Cuando pensó en ello, se sintió culpable. No debería preocuparse tanto por la hembra de su hermano.

Cuando la ansiedad le hizo sentirse como si se hubiera tragado un nido de avispas, se abrió camino fumando a través de la emoción hasta que echó un vistazo al reloj. *Mierda.* Tenía que dar una clase de armas de fuego en una hora. Mejor se duchaba e intentaba ponerse sobrio.

John se despertó confuso, vagamente consciente de que le dolía el rostro y de que hacía alguna clase de ruido en su habitación.

Levantó la cabeza del cuaderno y se frotó el puente de la nariz. La espiral le había dejado un diseño de marca de dientes que le hacía pensar en Warf de la serie de Star Trek TNG. Y el ruido era el despertador.

Tres cincuenta de la tarde. Las clases empezaban a las cuatro.

Se levantó del escritorio, se tambaleó hasta el cuarto de baño y se paró junto al lavabo. Cuando eso pareció demasiado trabajoso, se dio la vuelta y se sentó.

Dios, estaba exhausto. Había pasado el último par de meses durmiendo en la silla de Tohr en la oficina del centro de entrenamiento, pero después de que Wrath interviniera y lo mudara a la casa grande, había vuelto a una verdadera cama. Cualquiera pensaría que se sentiría bien con todo ese espacio para las piernas. En cambio, estaba destruido.

Después de lavarse, encendió las luces y respingó por el resplandor. *Maldición*. Mala idea perder la oscuridad, y no solo porque los ojos estaban matándole. Estando bajo las luces indirectas su pequeño cuerpo se veía horrible, nada excepto pálida piel sobre huesos. Con una mueca, cubrió su sexo del tamaño de un pulgar con la mano para no tener que mirarlo y apagó las luces.

No había tiempo para una ducha. Un rápido cepillado de dientes, una salpicadura de agua sobre el rostro, y no se preocupó del cabello.

De regreso a la habitación solo quería volver a meterse bajo las sábanas, pero se enfundó en los vaqueros que eran tamaño niño y frunció el entrecejo mientras se subía la cremallera. Las cosas estaban flojas en las caderas, le quedaban holgados aunque estaba tratando de comer.

Genial. En vez de pasar la transición, estaba encogiéndose.

Mientras otra ronda de ¿Qué-pasa-si-nunca-me-sucede? le arrollaba, sus cejas comenzaron a fruncirse. *Mierda*. Se sentía como si hubiera un hombrecillo con un martillo en cada una de sus cuencas, aplastando a golpes los nervios ópticos.

Agarrando los libros del escritorio, los empujó dentro de la mochila y salió. En el instante en que pisó el vestíbulo puso un brazo sobre su rostro. La visión del vestíbulo iluminado hizo rugir su cabeza de dolor, y tropezó hacia atrás, chocando contra una estatua griega. La cual le hizo darse cuenta de que no se había puesto camisa.

Maldiciendo al infierno, volvió al dormitorio, se puso una y de alguna manera logro bajar sin tropezarse con sus propios pies. Hombre, todo le ponía de los nervios. El sonido de sus Nike a través del vestíbulo era como una banda de ratones chillones siguiéndole. El chasquear de la puerta secreta al túnel sonó fuerte como un disparo. El viaje a través de la ruta subterránea hacia el centro de entrenamiento fue interminable.

Este *no* iba a ser un gran día. Su genio ya estaba llameando, y guiándose por el último mes o así, sabía que cuanto más tarde se manifestara, más duro sería contenerlo.

Y tan pronto como entró en la clase, supo que estaba propenso a estallar.

Sentado en la fila de atrás en la mesa solitaria que John había llamado casa hasta que se hiciera amigo de los chicos estaba… Lash.

Quien ahora venía en el paquete económico de gilipollas. El tío era grande y macizo, constituido como un luchador. Y había pasado a través de una transformación a lo G.I Joe. Antes llevaba ostentosa ropa de alta costura y joyas por valor de la caja fuerte de Jacob y Cia; ahora estaba vestido con pantalones militares negros y una ceñida camisa de nylon negro. Su cabello rubio, el cual había sido lo bastante largo como para hacerse una cola de caballo tenía ahora un corte miliar.

Era como si toda esa pretensión hubiera sido borrada porque sabía que tenía todo lo bueno por dentro.

Una cosa no había cambiado: sus ojos eran todavía del color gris de la piel de un tiburón y estaban enfocados en John… quien supo sin lugar a dudas que si ese tipo lo agarraba a solas iba a experimentar un mundo de dolor. Podría haber tumbado a Lash la última vez, pero eso no sucedería otra vez, y más que eso, Lash iba a atraparlo. La promesa de

venganza estaba en el conjunto de esos hombros grandes y la media sonrisa que llevaba escrito *jódete*.

John tomó asiento junto a Blay, sintiendo el tipo de terror que te daba un callejón oscuro.

—Hey, colega —dijo su amigo suavemente—. No te preocupes por ese bastardo, ¿ok?

John no quería parecer tan débil como se sentía, así que simplemente se encogió de hombros y abrió la cremallera de su mochila. Dios, el dolor de cabeza era mortal. Pero bueno, la respuesta vuela-o-lucha en el vacío y revuelto estomago difícilmente seria una dosis de Excedrin.

Qhuinn se inclinó y dejó caer una nota delante de John. *Te tenemos*, era todo lo que decía.

John parpadeó rápidamente con gratitud mientras cogía el libro de armas y pensaba sobre lo que iban a ver hoy en clase. Que apropiado que fueran armas. Se sentía como si una le apuntara a la parte posterior de su cráneo.

Miró a la parte trasera de la clase. Como si Lash hubiera estado esperando el contacto visual, el tipo se inclinó y puso los antebrazos sobre la mesa. Sus manos se cerraron lentamente en dos puños que parecían tan grandes como la cabeza de John, y cuando sonrió, sus nuevos colmillos se veían afilados como cuchillos y blancos como la vida después de la muerte.

Mierda. John era hombre muerto si la transición no le llegaba pronto.

CAPÍTULO 15

Vishous se despertó y lo primero que vio fue a su cirujana en la silla que estaba al otro lado de la habitación. Aparentemente, incluso en sueños había estado siguiéndole la pista.

Ella también lo estaba mirando.

—¿Como estas?

Su voz era baja y regular. Calidez profesional, pensó.

—Estoy mejor.

Aunque era difícil imaginarse sintiéndose peor que cuando había estado vomitando.

—¿Te duele?

—Si, pero no me incomoda. Es más bien una molestia, en realidad.

Sus ojos lo examinaron, pero otra vez con *intención* profesional.

—Tienes buen color.

No sabía que decir a aquello. Porque cuanto más tiempo se viera como una mierda, más tiempo podría quedarse ella. En ese momento la salud no era su amiga.

—¿Recuerdas algo? —preguntó—. Sobre el tiroteo.

—Realmente no.

Lo que era solo una mentira parcial. Todo lo que recordaba eran chispazos de acontecimientos, recortes parciales de los artículos en lugar de las columnas completas: recordaba el callejón. Una pelea con un *lesser.* Una pistola disparándose. Y después de eso haber terminado en su mesa y ser evacuado del hospital por sus hermanos.

—¿Por qué alguien querría dispararte? —preguntó.

—Estoy hambriento. ¿Hay comida por aquí?

—¿Eres traficante de drogas? ¿O chulo de putas?

Se frotó la cara.

—¿Por qué piensas que soy uno u otro?

—Te dispararon en un callejón a la altura de Trade. Los paramédicos dijeron que llevabas armas.

—¿No se te ocurrió que podría ser un policía encubierto?

—Los policías de Caldwell no llevan dagas de artes marciales. Y los de tu especie no tomarían ese camino.

V entrecerró los ojos.

—¿Los de mi especie?

—Demasiada exposición, ¿cierto? Además, no te molestarías mucho en vigilar a otra raza.

Hombre, no tenía la energía para abordar la discusión de las especies con ella. Además, había una parte de él que no quería que pensara en él como diferente.

—Comida —dijo, mirando hacia la bandeja que estaba dispuesta en la cómoda—. ¿Puedo comer algo?

Ella se puso de pie y plantó las manos sobre las caderas. Tuvo la impresión de que iba a decir algo en la línea de *Hazlo tu mismo, bastardo cabrón.*

En lugar de eso cruzó la habitación.

—Si tienes hambre, puedes comer. No probé lo que me trajo Red Sox y no tiene sentido tirarlo.

Frunció el ceño.

—No cogeré la comida que se supone es para ti.

—No me la voy a comer. Ser secuestrada ha matado mi apetito.

V maldijo por lo bajo, odiando la situación en la que la había puesto.

—Lo siento.

—En vez de ir al asunto de la “disculpa”, ¿qué te parece si simplemente me permites irme?

—Todavía no.

Ni nunca, murmuró una loca voz.

Oh Cristo, no, otra vez con el...

Mía.

A renglón seguido de la palabra, una gran necesidad de marcarla lo encendió. Quería tenerla desnuda y debajo de él y cubrirla con su esencia mientras bombeaba en su cuerpo. Lo vio ocurrir, los vio piel con piel en la cama, él sobre ella con las piernas muy abiertas para acomodar sus caderas y su polla.

Mientras ella iba a buscar la bandeja de comida su temperatura se disparó, y lo que tenía entre las piernas palpitó como una hija de puta. Subrepticiamente amontonó las mantas encima de él para que no se notara nada.

Ella colocó la bandeja y levantó la plateada tapa del plato.

—¿Cuánto mejor tienes que estar para que me marche?

Enfocó los ojos en su pecho, una absoluta valoración médica, como si estuviera evaluando lo que había bajo las vendas.

Ah, infiernos. Deseaba que lo mirara como a un macho. Deseaba a aquellos ojos dirigiéndose a su piel no para comprobar una herida quirúrgica, si no debido a que estaba pensando en ponerle las manos encima y se preguntaba por donde empezar.

V cerró los ojos y se apartó rodando, gruñendo por el dolor en el pecho. Se dijo a si mismo que el dolor era por la cirugía. Sospechaba que era más por la cirujana.

—Pasaré de la comida. La próxima vez que vengan pediré algo.

—Necesitas esto más que yo. Estoy preocupada por tu consumo de líquidos.

Efectivamente estaba bien porque se había alimentado. Con suficiente sangre los vampiros podían sobrevivir cierta cantidad de días sin alimento.

Lo que era estupendo. Reducía los viajes al baño.

—Quiero que te comas esto —dijo, mirándole fijamente—. Como tu médico...

—No comeré de tu plato.

Por Dios, ningún macho de valor robaría nunca la comida de su hembra, ni siquiera si estaba pasando hambre hasta el punto de marearse. Las necesidades de ella siempre tenían prioridad...

V se sintió como si hubiera puesto la cabeza en la puerta de un coche y hubiera estado dándose portazos con ella un par de docenas de veces. ¿De dónde demonios le venía este manual de comportamiento de emparejado? Era como si alguien le hubiera cargado un nuevo software en el cerebro.

—De acuerdo —dijo, apartándose—. Bien.

La siguiente cosa que escuchó fue golpear. Estaba aporreando la puerta.

V se incorporó.

—¿Qué demonios estas haciendo?

Butch entro volando a la habitación, casi derribando a la cirujana de V.

—¿Qué va mal?

V interrumpió el drama con un:

—Nada...

La cirujana habló por encima de ambos, toda ella tranquila autoridad.

—Necesita comida, y no quiere comer lo que hay en la bandeja. Tráele algo simple y fácil de digerir. Arroz. Pollo. Agua. Galletas saladas.

—De acuerdo.

Butch se inclinó a un lado y miró a V. Hubo una larga pausa.

—¿Cómo estas?

Jodidamente mal de la cabeza, *gracias*.

—Bien.

Pero al fin una cosa estaba yendo bien. El poli volvía a la normalidad, tenía los ojos despejados, la postura firme, su aroma era una combinación del olor a océano de Marissa y su marca de vinculación. Obviamente había estado manteniéndose ocupado**.**

*Interesante .*Generalmente cuando V pensaba en aquellos dos juntos, sentía el pecho como si estuviera envuelto en alambre de espino. ¿Ahora? Solo se alegraba de que su amigo estuviera sano.

—Te ves genial, poli.

Butch alisó la camisa de seda de raya diplomática.

—Gucci puede convertir a cualquiera en una estrella de rock.

—Sabes a lo que me refiero.

Aquellos familiares ojos de color avellana se pusieron serios.

—Sip. Gracias... como siempre —en el incomodo momento, las palabras flotaron en el aire entre ellos, había cosas que no podían ser dichas ante ninguna clase de audiencia—. Entonces... regresaré con algo de comida.

Cuando la puerta se cerró Jane miró sobre el hombro.

—¿Cuánto tiempo hace que sois amantes?

Los ojos se encontraron, y no hubo escapatoria a la pregunta.

—No lo somos.

—¿Estás seguro de eso?

—Confía en mí. —Por ninguna razón en particular miró su bata blanca—. Doctora Jane Whitcomb —leyó—. Urgencias. —Tenia sentido. Tenía aquella clase de confianza.

—¿Así que estaba en mala forma cuando llegué?

—Si, pero te salvé el culo, de verdad.

Una oleada de asombro le invadió. Era su *rhalman,* su salvadora. Estaban vinculados...

Si, seguro. Justo en ese momento su salvadora se estaba alejando poco a poco de él, retrocediendo hasta que chocó con la pared más lejana. Cerró los párpados, sabiendo que sus ojos resplandecían. El retraimiento y el horror en el rostro de ella, lo atormentaron como el infierno.

—Tus ojos —dijo con voz aguda.

—No te preocupes por eso.

—¿Qué demonios eres tú? —su tono insinuaba que fácilmente podría ser descrito como *monstruo*, y Dios, ¿acaso no tenía razón acerca de eso?

—¿Qué eres tú? —repitió.

Era tentador enfrentarlo, pero no había forma de que se lo tragara. Además, mentir le hacía sentirse sucio.

Fijando la mirada en ella, dijo en voz baja:

—Sabes lo que soy, eres lo bastante inteligente como para adivinarlo.

Hubo un largo silencio. Luego:

—No puedo creerlo.

—Eres demasiado inteligente para no hacerlo. Infiernos, ya has aludido a ello.

—Los vampiros *no existen.*

Su genio estalló aunque no se lo merecía.

—¿No? Entonces explícame por qué estas en mi maravilloso-jodido-país.

Sin respirar le devolvió el golpe.

—Dime algo... ¿Los derechos civiles significan algo para los de tu raza?

—La supervivencia significa más —espetó—. Por otro lado, hemos sido cazados durante generaciones.

—Y el fin justifica cualquier medio para vosotros. Que noble —su voz era tan afilada como la de él —. ¿Siempre usas esa razón para secuestrar humanos?

—No, no me gustan.

—Oh, salvo que a mi me necesitas, así que me utilizaras. Mira si no soy la afortunada excepción.

Bueno, mierda. Esta era una buena. Cuanto más le plantaba cara a su agresividad, más duro se ponía su cuerpo. Hasta en su debilitado estado, la excitación era un exigente latido entre los muslos, y en su mente se la estaba imaginando inclinada sobre la cama sin nada excepto aquella bata blanca... y él clavándose en ella desde atrás.

Tal vez debería sentirse agradecido de que lo rechazara. Como si necesitara enredarse con una hembra...

De repente la noche del tiroteo le perforó el cerebro con total nitidez. Recordó la corta y feliz visita de su madre y el fabuloso regalo de cumpleaños. El *Primale*. Había sido seleccionado para ser el *Primale*.

V hizo una mueca y se tapó el rostro con las manos.

—Oh... *joder.*

Con tono reticente, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Mi puñetero destino.

—Oh ¿en serio? Yo estoy encerrada en esta habitación. Al menos tu eres libre de ir donde quieras.

—Y una mierda lo soy.

Hizo un ruido desdeñoso, y después ninguno de ellos dijo otra palabra hasta que aproximadamente media hora después, Butch trajo otra bandeja. El poli tuvo la presencia de ánimo para no decir mucho y moverse rápidamente... y también la precaución de conservar la puerta cerrada todo el tiempo mientras hacía la entrega. Lo que era inteligente.

La cirujana de V estaba planeando darse a la fuga. Vigiló al poli como si midiera un blanco y mantuvo la mano derecha en el bolsillo de la bata.

Tenía alguna clase de arma allí. *Maldición.*

Mientras Butch dejaba la bandeja en la mesita de noche, V observó a Jane atentamente, rogando como un demonio para que no hiciera nada estúpido. Cuando vio que se le tensaba el cuerpo y que desplazaba el peso hacia delante, se incorporó, preparado para arremeter porque no quería que nadie excepto él mismo la tocara. Nunca.

Sin embargo, nada ocurrió. Ella captó el cambio de posición por el rabillo del ojo, y la distracción fue suficiente para que Butch saliera de la habitación y volviera a trancar la puerta.

V se acomodó hacia atrás contra las almohadas y recorrió la dura línea de su barbilla.

—Quítate la bata.

—¿Perdón?

—Quítatela.

—No.

—La quiero fuera.

—Entonces te sugiero que contengas la respiración. No me afectará en lo más mínimo, pero al menos la asfixia te ayudará a pasar el tiempo.

Su excitación *palpitaba*. Oh, mierda necesitaba enseñarle que la desobediencia tenía un precio, y que sesión podría ser esa. Pelearía con dientes y uñas antes de rendirse. Si es que se sometía alguna vez.

La columna de Vishous se arqueó por si sola, girando las caderas mientras su erección golpeaba bajo las sabanas. *Jesús...* Estaba tan total y completamente excitado que estaba a punto de correrse.

Pero aun tenía que desarmarla.

—Quiero que me alimentes.

Se le salieron los ojos de las órbitas.

—Eres perfectamente capaz de...

—Aliméntame. Por favor.

Mientras se aproximaba a la cama era toda responsabilidad y malos modos. Desenrolló la servilleta y...

V entró en acción. La cogió por los brazos y la arrastró sobre su cuerpo, el elemento sorpresa la sobresaltó provocando una rendición que estaba malditamente seguro que era temporal... así que trabajó rápido. Le arrancó la bata, tocándola con tanto cuidado como podía mientras su cuerpo se retorcía para liberarse.

Mierda, no podía evitarlo, y el impulso de someterla lo dominó. De repente estaba tocándola no para apartarle las manos de lo que fuera que hubiera en aquel bolsillo, sino porque deseaba sujetarla en la cama y hacerle sentir su poder y fuerza. Le cogió ambas muñecas con una mano estirándole los brazos sobre la cabeza, y le atrapó los muslos con sus caderas.

—¡Déjame *ir!* —enseñó los dientes y había una furia iridiscente en los ojos verde oscuro.

Completamente excitado, se arqueó contra ella y aspiro... solo para quedarse helado. El aroma no desprendía la sensual fragancia de una hembra que quería sexo. No se sentía atraída por él en lo absoluto. Estaba cabreada.

V la dejó ir de inmediato, rodando para alejarse, aunque se aseguró de quedarse la bata. En el instante en que se liberó salió disparada de la cama como si el colchón se estuviera incendiando y lo enfrentó. Tenía las cortas puntas del cabello enmarañadas, la camisa torcida y una pernera levantada sobre la rodilla. Estaba resollando por el esfuerzo y mirando fijamente la bata.

Cuando la revisó, encontró una de sus afiladas navajas.

— No puedo permitir que vayas armada.

Dobló la bata con cuidado y la puso a los pies de la cama, sabiendo que no se le aproximaría ni aunque le pagaran por ello.

—Si me atacas a mi ó a alguno de mis hermanos con algo como esto, podrías resultar herida.

Soltó una maldición con un fuerte resoplido. Entonces lo sorprendió.

—¿Qué te hizo sospechar?

—Tu mano yendo a cogerla mientras Butch traía la bandeja.

Se abrazó a si misma.

—Mierda. Creí que había sido más discreta.

—Tengo alguna experiencia con armas ocultas.

Se estiró y abrió el cajón de la mesita de noche. La navaja hizo un ruido sordo cuando la dejó caer en su interior. Tras cerrarlo, corrió el cerrojo con su mente.

Cuando volvió a alzar la vista estaba despejando rápidamente sus ojos. Como si estuviera llorando. Con un rápido giro, le dio la espalda y se puso de cara al rincón, encogiendo los hombros. No emitió ni un sonido. Su cuerpo no se movió. Su dignidad permanecía intacta.

Él desplazó las piernas y puso los pies en el suelo.

—Si te acercas a mi —dijo con voz ronca— encontraré alguna forma de herirte. Probablemente no sea mucho, pero te arrancaré un pedazo de una forma u otra. ¿Está claro? Déjame malditamente en paz.

Él apoyó los brazos en la cama y hundió la cabeza entre ellos. Estaba hecho polvo mientras escuchaba el inexistente sonido de sus lágrimas. Preferiría que lo hubieran golpeado con un martillo.

Él había ocasionado esto.

De repente giró sobre sus talones hacia él e hizo una profunda inspiración. Excepto por los ojos enrojecidos, nunca hubiera adivinado que se había alterado.

—Vale. ¿Comerás solo o realmente necesitas ayuda con ese tenedor y ese cuchillo?

V parpadeó.

Estoy enamorado pensó mientras la miraba*. Estoy tan, pero tan enamorado.*

Mientras la clase progresaba, John se sentía como el sagrado infierno al final de una pala. Dolorido. Nauseabundo. Exhausto y agitado. Y le dolía tanto la cabeza que habría jurado que el cabello le estaba ardiendo.

Bizqueando como si enfrente tuviera focos en lugar de una pizarra, tragó saliva a través de la garganta seca**.** Hacía rato que no anotaba nada en la libreta y no estaba seguro acerca de qué estaba dando clase Phury. ¿Aún se trataba de armas de fuego?

—Oye ¿John? —susurró Blay—. ¿Estas bien, tío?

John asintió porque eso era lo que hacías cuando alguien te hacía una pregunta.

—¿Quieres ir a tumbarte?

John negó con la cabeza, calculando que era otra respuesta apropiada, y quería matizar un poco las cosas. No había razón para limitarse a la rutina de solo asentir.

Dios, qué demonios le pasaba. Su cerebro era como algodón de azúcar, una maraña que ocupaba espacio pero que mayormente no era nada.

En el frente del salón, Phury cerró el libro de texto con el que les estaba dando clase.

—Y ahora vais a probar algunas armas de verdad. Esta noche Zsadist estará en el campo de tiro para echaros una mano y yo os veré mañana.

Conforme la conversación se elevaba como un impetuoso viento, John arrastró la mochila hasta la mesa. Al menos no iban a hacer ningún entrenamiento físico. Como estaban las cosas, sacar su lamentable culo de la silla y bajar al campo ya iba a ser bastante trabajoso.

El campo de tiro estaba situado detrás del gimnasio, y en el camino hacía allí fue imposible no notar como Qhuinn y Blay lo flanqueaban como si fueran guardaespaldas. El ego de John lo odiaba, pero su lado práctico se sentía agradecido. A cada paso del camino pudo sentir la mirada fija de Lash, y era como tener un cartucho de dinamita encendido en el bolsillo trasero.

Zsadist estaba esperando junto a la puerta de acero del campo, y mientras la abría les dijo:

—Poneos contra la pared, señoritas.

John siguió a los demás y apoyó la espalda contra el encalado hormigón. El lugar estaba construido en la línea de una caja de zapatos, todo largo y estrecho, y tenía más de una docena de cabinas de tiro encaradas hacia el exterior. Los blancos tenían la forma de cabezas y torsos y colgaban desde vías que corrían bajo el techo. Desde el puesto de mando cada una podía ser manipulada para modificar la distancia ó proveerlas de movimiento.

Lash fue el ultimo recluta en entrar, y marchó hacia al final de la línea con la cabeza bien alta, como si supiera que iba a patear culos con la pistola. No miró a ninguno a los ojos. Excepto a John.

Zsadist cerró la puerta, luego frunció el ceño y cogió el móvil que tenía en la cadera.

—Disculpadme —fue hacia una esquina y habló por el *Razr* luego regresó, viéndose pálido—. Cambio de instructor. Wrath va a hacerse cargo esta noche.

Una fracción de segundo mas tarde, como si el Rey se hubiera desmaterializado hacia la puerta, entró Wrath.

Era aun más grande que Zsadist y vestía pantalón de cuero negro y una camisa negra con las mangas enrolladas. Él y Z hablaron un momento, luego el Rey agarró el hombro del hermano y apretó como si le estuviera ofreciendo consuelo.

Bella, pensó John. Tenía que ser por Bella y su embarazo. Mierda, esperaba que todo fuera bien.

Wrath cerró la puerta después que Z se fuera, luego se colocó al frente de la clase, cruzando sus tatuados antebrazos sobre el pecho, extendiendo su postura. Mientras inspeccionaba a los once reclutas, parecía tan inescrutable como sobre lo que John estaba apoyado.

—El arma de esta noche es la nueve milímetros con cargador automático. El término *semiautomática* para esta pistola es inapropiado. Usareis Glock —llevó la mano tras la región lumbar y sacó una letal pieza de metal negro—. Fijaos que la seguridad de estas armas está en el gatillo.

Repasó las especificaciones de la pistola y las de las balas mientras dos *doggen* avanzaban empujando un carro del tamaño de una camilla de hospital. Con once pistolas de exactamente la misma marca y modelo dispuestas encima, y cerca de cada una había un cargador.

—Esta noche trabajaremos en postura y puntería.

John miró fijamente las armas. Estaba dispuesto a apostar que iba a ser un fracaso en la clase de tiro, tanto como lo era en cualquier otro aspecto del entrenamiento. La ira lo atravesó, haciendo que el martilleo en su cabeza empeorara.

Solo por una vez le gustaría encontrar algo en lo que fuera bueno. Solo. Una. Vez.

CAPÍTULO 16

Cuando el paciente la miró de forma extraña, Jane comprobó rápidamente sus ropas, preguntándose si algo estaba descolocado.

—Qué —farfulló mientras daba un pisotón con el pie y la pernera del pantalón se deslizaba hacia abajo.

Aunque realmente no tenía que preguntar. Los tipos malos como él normalmente no apreciaban que las mujeres lloraran, pero asumiendo que ese fuera el caso, iba a tener que aguantarse. Cualquiera tendría problemas en su situación. Cualquiera.

Salvo que en vez de decir algo sobre la debilidad de las lloronas en general o de ella en particular, el vampiro cogió el plato de pollo de la bandeja y empezó a comer.

Disgustada con él y con la situación entera, volvió a su silla. Perder la navaja había desanimado su patente rebelión, y a pesar del hecho de que era una luchadora por naturaleza, se resignó a esperar. Si la fueran a matar abiertamente, ya lo habrían hecho; el asunto ahora era la salida. Rezó porque alguno viniera pronto. Y que eso no involucrara al director de una funeraria y un tarro de café lleno con sus cenizas.

Mientras el paciente tomaba un muslo, pensó ausentemente que sus manos eran hermosas.

Vale, ahora estaba disgustada consigo misma, también. Demonios, las había usado para sujetarla y quitarle la bata como si no fuera más que una muñeca. Y sólo porque después la hubiera doblado cuidadosamente no lo hacía un héroe.

El silenció se prolongó, y los sonidos de la cubertería de plata tocando suavemente el plato le recordaron a cenas horriblemente silenciosas con sus padres.

Dios, esas comidas celebradas en el recargado comedor estilo georgiano habían sido dolorosas. Su padre se había sentado a la cabecera de la mesa como un rey desaprobador, controlando la manera en que la comida se salaba y consumía. Para el doctor William Rosdale Whitcomb, sólo se salaba la carne, nunca las verduras, y como esa era su posición en el asunto, todos los demás en la casa tenían que seguir su ejemplo. En teoría. Jane había violado frecuentemente la regla de la no-sal, aprendiendo a mover la muñeca de forma que pudiera espolvorear su brécol al vapor, o las judías hervidas, o el calabacín a la parrilla.

Sacudió la cabeza. Después de todo ese tiempo, y estando muerto, ya no debería enfadarse, porque eso era un derroche de emoción. Además, en este momento tenía otras cosas en las que preocuparse, ¿cierto?

—Pregúntame —dijo abruptamente el paciente.

—¿Sobre qué?

—Pregúntame lo que quieres saber. —Se limpió la boca, la servilleta de damasco frotándose contra su perilla y el indicio de barba—. Hará mi trabajo más complicado al final, pero por lo menos no estaremos aquí sentados escuchando el sonido de la vajilla de plata.

—En definitiva, ¿qué trabajo tienes, exactamente? *—Por favor, que no sea comprar bolsas de basura Hefty para meter partes de mi cuerpo.*

—¿No te interesa lo que soy?

—Sabes que te digo, me dejas ir, y te haré un montón de preguntas sobre tu raza. Hasta entonces, estoy ligeramente distraída pensando en cómo estas pequeñas y felices vacaciones en el buen barco *Santa mierda* serán un éxito para mí.

—Te di mi palabra…

—Sí, sí. Pero también me acabas de maltratar. Y si dices que fue por mi propio bien, no me hago responsable de la réplica. —Jane bajó la vista a sus uñas lisas y presionó las

cutículas. Tras terminar con la izquierda, levantó la mirada—. Así que este “trabajo” tuyo… ¿vas a necesitar una pala para realizarlo?

Los ojos del paciente bajaron a su plato, y removió el arroz con el tenedor, reflejos de plata deslizándose entre los granos, penetrándolos.

—Mi trabajo… por llamarlo así… es asegurarme que no recordarás nada de esto.

—Es la segunda vez que oigo eso, y tengo que ser franca… creo que es una sandez. Es un poco complicado imaginarme respirando y no, como decirlo, recordar con calidez y cosquilleos cómo fui colgada sobre el hombro de un tipo, sacada de mi hospital y reclutada como tu médico personal. ¿Cómo te imaginas que voy a olvidar todo eso?

Sus brillantes iris diamantinos se elevaron.

—Voy a quitarte esos recuerdos. Borrarlos por completo. Será como si yo nunca hubiera existido y tú nunca hubieras estado aquí.

Puso los ojos en blanco.

—Uh-huh, cla…

Le empezó a escocer la cabeza, y con una mueca apoyó las yemas de los dedos contra las sienes. Cuando dejó caer las manos, miró a su paciente y frunció el ceño. ¿Qué demonios? Estaba comiendo en su regazo, pero no de la bandeja que había estado antes. ¿Quién había traído la nueva comida?

—Mi amigo con la gorra de los Sox —dijo el paciente mientras se limpiaba la boca—. ¿Recuerdas?

En una ráfaga ardiente, todo volvió. Red Sox entrando, el paciente cogiéndole la navaja, ella haciéndose pedazos.

—Buen… Dios —susurró Jane.

El paciente simplemente continuó comiendo, como si erradicar recuerdos no fuera más exótico que el pollo asado que estaba apurando.

—¿Cómo?

—Manipulación neuropática. Un trabajo de remiendo, de hecho.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres decir, cómo?

—¿Cómo encuentras los recuerdos? ¿Cómo los diferencias? ¿Haces…?

—Mi voluntad. Tu cerebro. Eso es suficientemente específico.

Ella estrechó los ojos.

—Pregunta rápida. ¿Esta habilidad mágica con la materia gris viene con una falta total de remordimiento para los de tu especie, o eres sólo tú el que nació sin una conciencia?

Él bajó el cubierto de plata.

—¿Qué fue lo que *dijiste?*

A ella no le importó nada que se sintiera ofendido.

—Primero me secuestras, y ahora me vas a limpiar la memoria, y no estás para nada arrepentido, ¿verdad? Soy como una lámpara que te prestaron…

—Estoy intentando protegerte —le espetó—. Tenemos enemigos, doctora Whitcomb. Del tipo que se enteraría si supieras sobre nosotros, que irían a por ti, que te llevarían a un lugar oculto y te matarían… después de un rato. No dejaré que eso suceda.

Jane se puso de pie.

—Escucha, Príncipe Encantado, toda esa retórica sobre protección es buena y elegante, pero no sería importante si no me hubieras traído aquí en primer lugar.

Dejó caer el cubierto de plata en la comida y ella se preparó para que empezara a gritar. En lugar de eso, dijo con calma:

—Mira… se suponía que tenías que venir conmigo, ¿vale?

—Oh. ¡En serio? ¿Así que tenía una señal de "Cógeme Ahora" pegada al culo que sólo tú pudiste ver?

Vishous puso el plato en la mesita de noche, apartándolo como si sintiera repugnancia por la comida.

—Tengo visiones —farfulló.

—Visiones. —Cuando no dijo nada más, pensó en el truco de Mister Borrador que había usado con su cabeza. Si podía hacer eso… Jesús, ¿estaba hablando de ver en el futuro?

Jane tragó con fuerza.

—Esas visiones, no son del tipo cuento de hadas feliz, ¿verdad?

—No.

—Mierda.

Se acarició la perilla, como si estuviera intentando decidir exactamente cuanto contarle.

—Solía tenerlas todo el tiempo, y entonces simplemente se secaron. No he tenido una… bueno, tuve una de Butch hace un par de meses, y debido a que la seguí, le salvé la vida. Así que cuando mis hermanos entraron en la habitación del hospital y tuve una visión sobre ti, les dije que te llevaran. ¿Hablas sobre conciencia? Si no tuviera una te habría dejado allí.

Jane volvió a pensar en cuando se puso agresivo con su amigo más cercano y querido, por ella. Y el hecho de que incluso al quitarle la navaja había sido cuidadoso. Y después estaba lo de que se acurrucara contra ella, buscando consuelo.

Era posible que pensara estar haciendo lo correcto. No quería decir que lo perdonara pero… bueno, era mejor que hacer un Patty Hearst[20] sin ningún remordimiento.

Después de un momento incómodo, dijo:

—Deberías acabarte la comida.

—Ya acabé.

—No, no lo has hecho —hizo un gesto con la cabeza hacia el plato—. Continúa.

—No tengo hambre.

—No te pregunté si la tenías. Y no te creas que no te apretaré la nariz y te forzaré a tomarla si tengo que hacerlo.

Hubo una corta pausa y después... Jesús... sonrió. En el medio de su perilla, la boca se elevó en las comisuras, y sus ojos se arrugaron.

El aliento de Jane se detuvo en su garganta. Era tan hermoso así, pensó, con la tenue luz de la lámpara cayendo sobre el duro mentón y el lustroso cabello negro. Incluso aunque sus largos caninos fueran un poco extraños, parecía más… humano. Accesible. Deseable…

Oh, no. Nada de ir ahí. Nop.

Jane ignoró el hecho de que se estaba ruborizando un poco.

—¿Qué pasa con eso de enseñar todos esos dientes brillantes como perlas? ¿Crees que estoy bromeando con lo de la comida?

—No, es sólo que nadie me habla de esa manera.

—Bueno, yo lo hago. ¿Tienes algún problema con eso? Puedes dejarme marchar. Ahora, come o te alimentaré como un bebé, y no puedo imaginar a tu ego tratando de recuperarse de eso.

[20] Patricia Hearst, también conocida como Patty Hearst fue secuestrada en su apartamento por un pequeño grupo de izquierdas. Poco después fue fotografiada con un rifle de asalto durante el atraco de una de las ramas del banco Hibernia. Más tarde se supo que había cambiado su nombre por el de Tania y se había comprometido con las ideas del grupo. Fue arrestada, acusada de robo y condenada.

La ligera sonrisa todavía estaba en su rostro cuando puso el plato de vuelta en su regazo y tomó lentamente la comida. Cuando terminó, se acercó y cogió el vaso de agua que él había bebido.

Lo volvió a llenar en el baño y se lo llevó de vuelta.

—Bebe más.

Lo hizo, terminando el vaso entero. Cuando lo volvió a poner en la mesita de noche, se centró en su boca y la científica que había en su interior se quedó fascinada por él.

Después de un momento, él curvó el labio enseñando los dientes delanteros. Sus colmillos sin duda brillaban bajo la luz de la lámpara. Blancos y afilados.

—Se alargan, ¿verdad? —preguntó mientras se inclinaba hacia él—. Cuando te alimentas, se hacen más largos.

—Sí. —Cerró la boca—. O cuando me pongo agresivo.

—Y entonces se encogen cuando eso acaba. Abre otra vez para mí.

Cuando lo hizo, puso el dedo en la punta afilada de uno… sólo para que el cuerpo de él se sacudiera.

—Lo siento. —Frunció el ceño y retiró la mano—. ¿Están doloridos de la intubación?

—No. —Cuando sus párpados se cerraron, se imaginó que era porque estaba cansado…

Dios, ¿qué era esa fragancia? La aspiró profundamente y reconoció la mezcla de especias oscuras que había olido en la toalla del cuarto de baño.

El sexo vino a su mente. Del tipo que tenías cuando perdías todas las inhibiciones. Del tipo que después sentías durante días.

Para ya.

—Cada ocho semanas o así —dijo él.

—¿Cómo dices? Oh, esa es la frecuencia con la que te…

—Alimento. Depende del estrés. También del nivel de actividad.

Vale, eso mataba totalmente lo del sexo. En una espantosa secuencia de escenas de Bram Stoker, se lo imaginó siguiendo y cazando humanos, dejándolos secos a mordiscos en callejones.

Claramente mostró repulsión, porque su voz se endureció.

—Es natural para nosotros. No desagradable.

—¿Los matas? ¿A las personas que cazas? —se preparó para la respuesta.

—¿Personas? Prueba con vampiros. Nos alimentamos de miembros del sexo opuesto. De nuestra raza, no la tuya. Y no hay asesinato.

Ella elevó las cejas.

—Oh.

—El mito de Drácula es una jodida pesadez.

Su mente giró con preguntas.

—¿Cómo es? ¿A qué sabe?

Sus ojos se estrecharon, y después se dirigieron del rostro a su cuello. Jane rápidamente se puso la mano en la garganta.

—No te preocupes —dijo bruscamente—. Ya me alimenté. Y además, la sangre humana no me sirve. Demasiado débil para que me interese.

Vale. Bien. Genial.

Excepto que, ¿qué demonios? ¿Como si no fuera evolutivamente buena?

Sí, vaya, estaba perdiendo totalmente la cabeza, y este tema en particular no estaba ayudando.

—Ah, escucha… quiero comprobar los vendajes. Me pregunto si los podremos quitar por completo después de todo.

—Haz lo que quieras.

El paciente se incorporó sobre las almohadas, los enormes brazos flexionándose bajo la suave piel. Cuando los cobertores cayeron de sus hombros, ella se detuvo un momento. Parecía hacerse más grande a medida que recobraba la fuerza. Más grande y… más sexual.

Su mente se apartó del lugar a donde se estaba dirigiendo con ese pensamiento y se aferró a los asuntos médicos que él tenía por delante, como si fuera un bote salvavidas. Con manos firmes y profesionales, Jane apartó los cobertores totalmente de su pecho y sacó el esparadrapo de la gasa entre sus pectorales. Levantó el vendaje y sacudió la cabeza. Increíble. Lo único que estropeaba la piel era la cicatriz con forma de estrella que había estado ahí antes. Las marcas residuales de la operación se habían reducido a una ligera decoloración, y si extrapolara, podría asumir que su interior estaba igualmente bien curado.

—¿Es esto típico? —preguntó—. ¿Este ritmo de recuperación?

—En la Hermandad, sí.

Oh, tío. Si pudiera estudiar la manera en que sus células se regeneraban, podría ser capaz de desentrañar alguno de los secretos del proceso de envejecimiento en humanos.

—Olvídalo. —Apretó la mandíbula mientras movía las piernas al lado más alejado de la cama—. No vamos a ser usados como ratas de laboratorio para tu especie. Ahora, si no te importa, voy a darme una ducha y a fumar un cigarrillo. —Abrió la boca y él la cortó—. No tenemos cáncer, así que ahórrame el sermón, ¿vale?

—¿No tenéis cáncer? ¿Por qué? ¿Cómo funciona…?

—Más tarde. Necesito agua caliente y nicotina.

Ella frunció el ceño.

—No quiero que fumes a mi alrededor.

—Por eso lo voy a hacer en el baño. Tiene extractor.

Cuando se levantó y la sábana cayó de su cuerpo, ella desvió la mirada. Un hombre desnudo apenas era algo nuevo para ella, pero por alguna razón él parecía diferente.

Bien, obvio. Medía seis pies y seis pulgadas, y tenía la corpulencia de una jodida casa.

Mientras se dirigía de vuelta a su silla, escuchó un sonido arrastrante, luego un golpe sordo. Levantó la mirada alarmada. El paciente estaba tan inestable que había perdido el equilibrio, y había chocado contra la pared.

—¿Necesitas ayuda? —*Por favor di que no. Por favor di…*

—No.

Gracias, Dios.

Cogió un encendedor y lo que parecía un cigarrillo liado a mano de la mesita de noche y se movió a tumbos al otro lado de la habitación. Desde su ventajosa posición en la esquina, Jane esperó y observó, preparada para agarrarlo como un bombero si era necesario.

Sí, y bueno, tal vez lo estaba mirando por otra razón distinta a querer evitar que se diera de cabeza contra la alfombra. Su espalda era increíble, los músculos fuertes pero elegantes, abarcaban sus hombros y rozaban la columna. Y su culo era…

Jane se cubrió los ojos y no dejó caer la mano hasta que la puerta se cerró. Después de muchos años en medicina y cirugía, tenía bastante nítida la parte de “No Deberás Seducir a Tus Pacientes” del Juramento Hipocrático.

Especialmente si el paciente en cuestión te había secuestrado. *Cristo*. ¿Realmente estaba viviendo esto?

Momentos después, Jane oyó que tiraba de la cadena, y esperó escuchar el sonido de la ducha. Cuando no llegó, se imaginó que probablemente estaba fumando primero…

La puerta se abrió y el paciente salió, balanceándose como una boya en el océano. Se agarró al marco de la puerta con la mano enguantada, tensando el antebrazo.

—Mierda… estoy mareado.

Jane cambió a modo total de doctora y se acercó apurada, dejando a un lado el hecho de que estaba desnudo y tenía dos veces su tamaño, y que hacía dos minutos, había mirado su culo como si estuviera a la venta. Deslizó un brazo por su dura cintura y se apretujó contra su cuerpo, preparando la cadera para la avalancha. Cuando se apoyó en ella, el peso fue tremendo, una carga que apenas consiguió llevar a la cama.

Mientras se estiraba con una maldición, extendió la mano por encima de él para alcanzar los cobertores, y captó un vistazo de las cicatrices que tenía entre las piernas. Dada la manera en que se había curado de la operación sin una marca, se preguntó porqué esas habían permanecido en su cuerpo.

Vishous le sacó los cobertores con un rápido tirón del edredón, y este se le colocó encima como una nube negra. Entonces se puso el brazo sobre los ojos, y la parte inferior de su mentón con perilla fue lo único que vio de su cara.

Estaba avergonzado.

En el silencio entre ellos estaba… avergonzado.

—¿Quieres que te lave?

Su respiración se detuvo, y como estuvo callado durante mucho rato, esperó que no aceptara. Pero entonces su boca apenas se movió.

—¿Harías eso?

Por un momento estuvo a punto de contestar ardientemente. Salvo que entonces tuvo la sensación de que eso lo incomodaría más.

—Sí, bueno, qué puedo decir, estoy de camino a la santidad. Es mi nuevo propósito en la vida.

Él sonrió ligeramente.

—Me recuerdas a Bu… mi mejor amigo.

—¿Quieres decir Red Sox?

—Sí, siempre tiene una respuesta.

—¿Sabías que el ingenio es un signo de inteligencia?

El paciente dejó caer el brazo.

—Nunca dudé de la tuya. Ni por un instante.

Jane tuvo que contener el aliento. Había tanto respeto brillando en sus ojos, que todo lo que pudo hacer al asumirlo fue maldecirse. Para ella no había nada más atractivo que un hombre al que le iban las mujeres listas.

Mierda.

Estocolmo. Estocolmo. Estocolmo…

—Me encantaría un baño —dijo . Luego añadió—: Por favor.

Jane se aclaró la garganta.

—Ok. Muy bien.

Rebuscó entre el petate de suministros médicos, encontró una bacinilla grande y se dirigió al cuarto de baño. Tras llenar la palangana de agua caliente, agarró una toallita de aseo, salió y lo dispuso todo en la mesita de noche que estaba a la izquierda. Cuando empapó la pequeña toalla y escurrió el exceso, el agua sonó a través de la silenciosa habitación.

Dudó. Mojó de nuevo la toallita. Escurrió.

Venga, vamos, le abriste el pecho y trabajaste en él. Puedes hacer esto. Ningún problema. Simplemente piensa en él como el capó de un coche, nada salvo el área superficial.

—Ok. —Jane estiró la mano, le puso la toalla caliente en la parte superior del brazo y el paciente se estremeció. Por todo el cuerpo—. ¿Demasiado caliente?

—No.

—¿Entonces por qué la mueca?

—Nada.

En diferentes circunstancias, Jane lo habría presionado, pero en ese momento tenía sus propios problemas. Su bíceps era condenadamente impresionante, la piel bronceada revelaba las mismas cuerdas del músculo. Lo mismo sucedía con los fuertes hombros y la bajada que llevaba a sus pectorales. Estaba en una condición física sublime, sin una onza de grasa en el cuerpo, delgado como un purasangre, musculoso como un león.

Cuando pasó por los músculos de sus pectorales, se detuvo en la cicatriz del izquierdo. La marca circular estaba incrustada en la carne, como si hubiera sido aplastada allí.

—¿Por qué no curó adecuadamente? —preguntó.

—Sal. —Vishous se movió nerviosamente como si la animara a continuar con el baño—. Cierra la herida.

—¿Así que fue deliberado?

—Sí.

Mojó la toalla en el agua, la estrujó y torpemente se inclinó sobre él para alcanzar el otro brazo. Cuando deslizó el paño hacia abajo, se apartó.

—No te quiero ver cerca de esa mano. Ni aunque lleve un guante.

—¿Por qué…

—No voy a hablar sobre ello. Así que ni siquiera preguntes.

Vaaaale.

—Casi mató a una de mis enfermeras, sabes.

—No me sorprende —fulminó con la mirada el guante—. Me la cortaría si tuviera la oportunidad.

—No te lo aconsejaría.

—Claro que no lo harías. No sabes lo que es vivir con esta pesadilla al final de tu brazo…

—No, quiero decir que haría que otro me la cortara, si fuese tú. Es más probable que lo consiguieras de esa manera.

Hubo un corto silencio; entonces el paciente soltó una risa.

—Listilla.

Jane ocultó la sonrisa que se asomó a su rostro haciendo otro turno de mojar/escurrir.

—Simplemente estoy dando una opinión médica.

Cuando deslizó la toallita por su estómago, la risa recorrió el pecho y estómago de Vishous, sus músculos se pusieron rígidos como rocas, luego se relajaron. A través de la tela pudo sentir la calidez de su cuerpo y sentir la potencia de su sangre.

Y de repente ya no se estaba riendo. Jane escuchó lo que pareció un siseo saliendo de su boca, su tableta de chocolate se flexionó, y la parte inferior de su cuerpo se movió bajo el edredón.

—¿Esa herida de cuchillo se siente bien? —preguntó.

Cuando emitió un sonido que pareció un poco convincente *Sí*, se sintió mal. Había estado tan preocupada por el torso, que no le había prestado mucha atención al asunto de la puñalada. Levantando el vendaje del costado, vio que estaba completamente curado, sin nada salvo una tenue línea rosa que mostraba dónde había sido herido.

—Te voy a quitar esto. —Soltó la gasa blanca, la dobló a la mitad y la tiró en la papelera—. Eres increíble, ¿sabes? La curación que puedes hacer es simplemente… sí.

Mientras volvía a remojar la toallita, debatió si querría ir más al sur. Más al sur. Como… todo hacia el sur. Lo último que necesitaba era más conocimiento íntimo sobre lo perfecto que era su cuerpo, pero quería terminar el trabajo… aunque sólo fuera para probarse que no era diferente a ninguno de sus otros pacientes.

Podía hacer esto.

Salvo que cuando fue a bajar los cobertores, él agarró el edredón y lo mantuvo en su lugar.

—No creo que quieras ir ahí.

—No es nada que no haya visto antes. —Cuando cerró los párpados y no respondió, dijo con voz suave—: Te operé, por lo que soy muy consciente de que estás parcialmente castrado. No soy una cita, soy médico. Te prometo que no tengo ninguna opinión sobre tu cuerpo, salvo lo que representa clínicamente para mí.

Él hizo una mueca antes de poder esconder la reacción.

—¿Ninguna opinión?

—Simplemente deja que te lave. No es para tanto.

—Bien. —Esa mirada diamantina se entrecerró—. Haz lo que quieras.

Ella apartó las sábanas a un lado.

—No hay nada por lo que…

¡*Joder*…! El paciente estaba completamente erecto. Tremendamente erecto. Yaciendo directamente sobre la parte inferior de su vientre, estirándose desde la entrepierna hasta más arriba del ombligo, era una erección espectacular.

—No es para tanto, ¿recuerdas? —dijo Vishous arrastrando la voz.

—Ah… —se aclaró la garganta—. Bien… simplemente voy a continuar.

—Por mí, bien.

El problema era que no podía recordar exactamente lo que tenía que hacer con la toallita. Y estaba mirando. Realmente mirando.

Que era lo que hacía una cuando tenía a la vista un hombre tan dotado como un Louisville Slugger[21].

Oh, Dios, ¿de verdad acababa de pensar eso?

—Como ya has visto lo que me hicieron —dijo Vishous con voz lacónica—, sólo puedo imaginarme que estás comprobando mi ombligo en busca de pelusas.

Sí. Claro.

Jane volvió a la rutina, pasando el paño por sus costillas.

—Así que, ¿cómo pasó?

Como no respondió, levantó la mirada a su rostro. Sus ojos estaban enfocados en el otro lado de la habitación, y estaban apagados, sin vida. Había visto esa mirada antes, en pacientes que habían sido atacados, y supo que estaba recordando el horror.

—Michael —murmuró—, ¿quién te hizo daño?

Él frunció el ceño.

—¿Michael?

—¿No es tu nombre? —volvió a poner la toallita en la palangana—. ¿Por qué no me sorprende?

—V.

[21] El *Louisville Slugger* es uno de los mejores bates de béisbol que existen.

—¿Perdón?

—Llámame V. Por favor.

Le volvió a pasar el paño por el costado.

—V, entonces.

Jane ladeó la cabeza y observó su mano subir por el torso masculino, y luego volver a bajar. Se quedó atascada, sin bajar más. Porque a pesar de la distracción de él por su desagradable pasado, todavía estaba erecto. Totalmente erecto.

Bien, momento de moverse hacia abajo. Hey, era una adulta. Un médico. Había tenido un par de amantes. Lo que estaba presenciando era simplemente una función biológica que tenía como resultado una concentración de sangre en su increíblemente largo…

Eso no era para nada a donde se tenían que dirigir sus pensamientos.

Cuando Jane bajó la toalla por su cadera, intentó ignorar el hecho de que se movía mientras lo recorría, la espalda se arqueaba, esa pesada erección en su vientre empujaba hacia delante, y luego volvía a colocarse en su lugar.

De la punta surgió una gota brillante y tentadora.

Levantó la vista para mirarlo y… se congeló. Los ojos de Vishous estaban en su cuello, y ardían con una lujuria que no era sólo sexual.

Cualquier atracción que pudiera sentir por él desapareció. Era un macho de otra especie, no un hombre. Y era peligroso.

Su mirada bajó al paño en las manos de Jane.

—No te morderé.

—Bien, porque no quiero que lo hagas. —Eso lo tenía claro. Demonios, se alegraba de que la hubiera mirado de esa forma, porque la había devuelto de golpe a la realidad—. Escucha, no es que quiera saberlo personalmente, pero ¿duele?

—No lo sé. Nunca me han mordido.

—Creí que dijiste…

—Me alimento de hembras. Pero nunca nadie ha bebido de mí.

—¿Por qué? —cuando cerró la boca con fuerza, ella se encogió de hombros—. Bien podrías decírmelo. No voy a recordar nada, ¿verdad? Así que, ¿qué te costaría hablar?

Cuando el silencio se extendió, perdió el coraje con su región pélvica y decidió empezar a recorrerlo por los pies. En el extremo de la cama, pasó la toalla por las plantas de sus pies, luego por los dedos, y él saltó un poco, como si tuviera cosquillas. Se movió a sus tobillos.

—Mi padre no quería que me reprodujera —dijo el paciente abruptamente.

Los ojos de ella lo miraron de golpe.

—¿Qué?

Levantó la mano enguantada, y luego se tocó con el dedo la sien que tenía los tatuajes.

—No estoy bien. Ya sabes, normal. Así que mi padre intentó arreglarme como a un perro. Por supuesto, también estaba la feliz correlación de que también era un condenado castigo. —Cuando ella soltó aire en un suspiro compasivo, la apuntó con el dedo índice—. Si me muestras algo de compasión, voy a pensarme dos veces la promesa de no morder que te acabo de hacer.

—Nada de compasión, lo prometo —mintió suavemente—. ¿Pero qué tiene que ver eso con que bebas de…?

—Simplemente no me gusta compartir.

A sí mismo, pensó. Con nadie… excepto tal vez con Red Sox.

Subió gentilmente la toalla hasta su espinilla.

—¿Por qué fuiste castigado?

—¿Puedo llamarte Jane?

—Sí. —Volvió a humedecer la toallita y la deslizó por su pantorrilla. Cuando volvió a quedarse silencioso, Jane dejó que tuviera privacidad. Por el momento.

Bajo su mano, la rodilla de él se flexionó, el muslo que estaba encima se contrajo y se soltó en un movimiento sensual. Sus ojos miraron rápidamente la erección, y Jane tragó con fuerza.

—¿Así que vuestro sistema reproductivo funciona como el nuestro? —preguntó.

—Bastante.

—¿Has tenido amantes humanas?

—No me van los humanos.

Ella sonrió torpemente.

—No te preguntaré lo que estás pensando ahora, entonces.

—Bien. No creo que te sientas cómoda con la respuesta.

Pensó en la manera en que había mirado a Red Sox.

—¿Eres gay?

Sus ojos se estrecharon.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pareces bastante apegado a tu amigo, el tipo de la gorra de béisbol.

—Lo conocías, ¿verdad? De antes.

—Sí, me resulta familiar, pero no sé de qué lo conozco.

—¿Te molestaría?

Recorrió con la toalla su muslo hasta llegar a la coyuntura de sus caderas, y luego la bordeó.

—¿Qué fueras gay? Para nada.

—Porque te haría sentir más segura, ¿verdad?

—Y porque no tengo prejuicios. Como médico, comprendo bastante bien que sin importar nuestras preferencias, todos somos iguales en el interior.

Bueno, por lo menos los humanos. Jane se sentó en el borde de la cama y le volvió a poner la mano en la pierna. Cuando se fue acercando a su erección, Vishous contuvo el aliento y su larga longitud se movió. Mientras sus caderas giraban, ella levantó la vista. Se había mordido el labio inferior, y los colmillos se clavaban en la suave carne.

Ok, eso era realmente…

Para nada asunto suyo. Pero hombre, en ese momento debía estar teniendo una ardiente fantasía sobre Red Sox.

Diciéndose a sí misma que esto era una situación normal de baño con esponja, y sin creerse la mentira ni por un instante, llevó la mano a su abdomen, pasando la hinchada cabeza y bajando por el otro lado. Cuando la punta de la toallita rozó su sexo, Vishous siseó.

Que Dios la ayudara, lo hizo otra vez, subiendo lentamente y girando alrededor, y dejando que la erección fuera acariciada ligeramente.

Las manos de Vishous se apretaron contra las sábanas, y en un bajo tono áspero dijo:

—Si sigues con eso, vas a descubrir lo mucho que tengo en común con un hombre humano.

Santo Cristo, quería verlo… No, no lo hacía.

Sí, si quería.

Su voz se hizo más profunda.

—¿Quieres que tenga un orgasmo?

Ella se aclaró la garganta.

—Por supuesto que no. Eso sería…

—¿Inapropiado? ¿Quién lo va a saber? Sólo estamos tú y yo aquí. Y sinceramente, me vendría bien algo de placer ahora.

Jane cerró los ojos. Sabía que para él nada de esto era por ella. Además, no es como si fuera a saltar en la cama para aprovecharse de él. Pero realmente quería saber lo bien que se vería cuando…

—¿Jane? Mírame. —Como si controlara sus ojos, estos se levantaron lentamente para encontrar los de él—. No mi rostro, Jane. Vas a mirar mi mano. Ahora.

Accedió, porque no se le ocurrió no hacerlo. Y tan pronto como lo hizo, la mano enguantada soltó su fuerte agarre sobre las sábanas y envolvió la gruesa erección. En una ráfaga, el paciente expulsó todo el aire, y movió la mano de arriba abajo por su miembro, el cuero negro en contraste con el profundo rosa de su sexo.

Oh… Dios… mío.

—¿Quieres hacer esto, verdad? —dijo con rudeza—. No porque me desees. Sino porque te preguntas cómo se sentirá, y el aspecto que tendré cuando me corra.

Cuando continuó las caricias, ella se aturdió por completo.

—¿Verdad, Jane? —su respiración se empezó a acelerar—. Quieres saber lo que siento. Qué clase de ruidos hago. A qué huelo.

No estaba asintiendo con la cabeza, ¿no? *Mierda.* Lo estaba haciendo.

—Dame tu mano, Jane. Deja que te ponga sobre mí. Aunque sólo sea por curiosidad clínica, quiero que me hagas acabar.

—Pensé… pensé que no te gustaban los humanos.

—No me gustan.

—¿Y qué crees que soy yo entonces?

—Quiero tu mano, Jane. *Ahora.*

A ella no le gustaba que nadie le dijera lo que hacer. Hombres, mujeres, no importaba. Pero cuando era una orden como esa con voz ronca, que salía de un animal magnífico como él… especialmente mientras yacía estirado delante de ella, completamente erecto… estaba condenadamente cerca de ser imposible de negar.

Más tarde se ofendería por esa orden. Pero ahora la seguiría.

Jane puso la toallita en la bacinilla y no podía creer que estuviera extendiendo la mano hacia él. Vishous tomó lo que ofrecía, tomó lo que había exigido que le diera, y la llevó a su boca. En un lento y sabroso movimiento, lamió el centro de su palma, la lengua una cálida y húmeda pasada. Después tomó la carne femenina y la puso sobre su erección.

Ambos jadearon. Estaba duro como una roca, y caliente como una hoguera, y era más ancho que su muñeca. Mientras se sacudía dentro de su puño, una parte de Jane se preguntó qué demonios estaba haciendo, y la otra, la parte sexual, volvió a la vida. Lo que le provocó pánico. Aplastó esos sentimientos, usando el alejamiento que había perfeccionado tras años de ejercer la medicina… y mantuvo la mano derecha donde estaba.

Lo acarició, sintiendo la fina y suave piel moviéndose por encima del rígido centro. La boca masculina se abrió mientras ondulaba en la cama, y su cuerpo arqueado le dio a sus ojos un increíble repaso. *Mierda*… V era puro sexo, totalmente, sin inhibiciones o incomodidades, nada salvo un orgasmo como una tormenta creciente.

Jane bajó la vista a donde lo estaba tocando. Su mano enguantada era tan condenadamente erótica yaciendo justo debajo de donde ella lo tocaba, los dedos rozando ligeramente la base y cubriendo las zonas de tejido con cicatrices.

—¿Cómo me sientes, Jane? —dijo con voz ronca—. ¿Me sientes diferente a un hombre?

Sí. Mejor.

—No. Eres justo igual. —Sus ojos se desviaron a los colmillos que se clavaban en el labio inferior. Sus dientes parecían haberse alargado, y tuvo el presentimiento de que sexo y alimentación iban unidos—. Bueno, no tienes el mismo aspecto que ellos, por supuesto.

Algo parpadeó en el rostro de él, una especie de sombra, y deslizó la mano más abajo entre sus piernas. Al principio Jane asumió que estaba frotando lo que colgaba más abajo, pero se dio cuenta de que se estaba tapando ante sus ojos.

Una chispa de dolor le recorrió el pecho como una cerilla encendida, pero entonces gimió profundamente en su garganta y su cabeza golpeó hacia atrás, el cabello negro azulado rozó la almohada negra. Cuando sus caderas se flexionaron hacia arriba, los músculos del estómago se apretaron en una ráfaga secuencial, los tatuajes de su entrepierna se estiraron y volvieron a su posición.

—Más rápido, Jane. Ahora lo vas a hacer más rápido para mí.

Una de sus piernas se elevó y sus costillas empezaron a bombear con fuerza. En su piel lustrosa y fluida, comenzó a brillar una capa de sudor bajo la tenue luz de la lámpara. V se estaba acercando… y cuanto más lo hacía, más se daba cuenta de que estaba haciendo esto porque quería. Lo de la curiosidad clínica era una mentira. La fascinaba por diferentes razones.

Continuó acariciándolo con fuerza, centrando la fricción en la gruesa cabeza.

—No pares… *Joder*… —arrastró la palabra, los hombros y el cuello tensos, los pectorales apretándose mientras exponían afilados bordes.

De repente, sus ojos se abrieron totalmente y resplandecieron brillantes como estrellas.

Entonces mostró unos colmillos que se habían alargado por completo y gritó su liberación. Mientras se corría, miró el cuello femenino, y el orgasmo se prolongó hasta que se preguntó si había tenido dos. O más. Dios… era espectacular, y en medio de su placer, esa gloriosa fragancia de especias oscuras llenó la habitación hasta que ella la respiró, en vez del aire.

Cuando se quedó quieto, lo soltó, y usó la toalla de mano para limpiarle el vientre y el torso. No se demoró en él. En lugar de eso se puso de pie y deseó poder tener algo de tiempo para sí misma.

La miró a través de párpados casi cerrados.

—Ves —dijo con voz áspera—, justo iguales.

En absoluto.

—Sí.

Vishous puso el edredón sobre sus caderas y cerró los ojos.

—Usa la ducha si quieres.

Con un movimiento rápido y descoordinado, Jane llevó la bacinilla y la toallita al cuarto de baño. Apoyando las manos contra el lavabo, pensó que tal vez el agua caliente y algo más que frotaduras en la espalda le aclararían la cabeza… porque ahora mismo todo lo que podía ver era el aspecto que V tenía mientras se corría sobre su mano y sobre sí mismo.

Abrumada, volvió a la habitación, cogió algunas de sus cosas del petate más pequeño y se recordó que esta situación no era real, no era parte de su realidad. Era un contratiempo, un enredo en el hilo de su vida, como si su destino tuviera la gripe.

Esto no era real.

Después de terminar con la clase, Phury volvió a su habitación y se cambió las ropas con las que enseñaba, una camisa negra de seda y pantalones de cachemir color crema, por sus

prendas de combate de cuero. Técnicamente se suponía que tenía la noche libre, pero con V en la cama, necesitaban un equipo extra de manos.

Lo que iba bien con él. Mejor estar en las calles cazando que verse envuelto en el asunto de Z y Bella y el embarazo.

Se ató la pistolera al torso, se colocó dos dagas con el mango hacia abajo, y se puso una SIG Sauer a cada lado de la cadera. De camino a la puerta se puso el abrigo de cuero y palpó el bolsillo interior, asegurándose de tener un par de porros y un encendedor consigo.

Cuando llegó a paso rápido a la enorme escalera, rezó por que nadie lo viera… y fue descubierto justo antes de conseguir salir de la casa. Bella dijo su nombre cuando entró en el vestíbulo, y el sonido de sus zapatos cruzando el suelo de mosaico del recibidor significaba que tenía que detenerse.

—No estuviste en la Primera Comida —dijo.

—Estaba dando clase. —La miró por encima del hombro y se sintió aliviado al ver que tenía buen aspecto, su colorido límpido, los ojos claros.

—¿Has comido algo?

—Sí —dijo, mintiendo.

—Ok… bueno… ¿no deberías esperar a Rhage?

—Nos encontraremos más tarde.

—Phury, ¿estás bien?

Se dijo a sí mismo que no era tarea suya decir nada. Ya había cerrado esa puerta en la charla con Z. Esto no era para nada su…

Como siempre con ella, no tenía autocontrol.

—Creo que tienes que hablar con Z.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, el cabello cayéndole más abajo del hombro. Dios, era encantador. Muy oscuro, pero no negro. Le recordaba a la elegante caoba cuidadosamente barnizada, brillando con rojos y profundos marrones.

—¿Sobre qué?

Mierda, no debería estar haciendo esto.

—Si le estás ocultando algo a Z, lo que sea… tienes que decírselo.

Ella entrecerró los ojos, luego se deslizó a un lado, cambió de postura, el peso pasando de un pie a otro, los brazos cruzados sobre el pecho.

—Yo… ah, no te preguntaré cómo lo sabes, pero puedo suponer que es porque él lo hace. Oh… maldición. Iba a hablar con él después de ver a Havers esta noche. Pedí una cita.

—¿Cómo está de mal? ¿La pérdida de sangre?

—No demasiado mal. Por eso no le iba a decir nada hasta ver a Havers. Dios, Phury, ya conoces a Z. Ya está condenadamente nervioso por mí, tan preocupado que me aterroriza que se distraiga en el campo de batalla y salga herido.

—Si, pero mira, es peor ahora, porque no sabe lo que está pasando. Habla con él. Tienes que hacerlo. Será fuerte. Por ti, será fuerte.

—¿Estaba enfadado?

—Tal vez un poco. Pero más que eso, está simplemente preocupado. No es estúpido. Sabe porqué no le quieres decir que algo va mal. Mira, llévalo contigo esta noche, ¿ok? Deja que esté allí.

Los ojos de ella empezaron a humedecerse.

—Tienes razón. Sé que tienes razón. Es sólo que quiero protegerlo.

—Que es exactamente lo que él siente por ti. Llévalo contigo.

En el silencio que siguió, supo que la indecisión en los ojos de Bella la tenía que afrontar ella misma. Él ya había dicho su parte.

—Que estés bien, Bella.

Mientras se daba la vuelta, ella le agarró la mano.

—Gracias. Por no estar enfadado conmigo.

Durante un momento Phury fingió que era su bebé el que estaba dentro de ella, y que podía acercarla a él, e ir con ella al médico, y sostenerla después.

Con gentileza Phury le tomó la muñeca y la separó de él, y su mano se deslizó por su piel con un suave roce que le pinchó como una aguja.

—Eres la amada de mi gemelo. Nunca podría estar enfadado contigo.

Mientras atravesaba el vestíbulo y salía a la noche fría y ventosa, pensó cuán cierto era que nunca se podría enojar con ella. ¿Consigo mismo, por otro lado? Sin ningún problema.

Desmaterializándose al centro de la ciudad, supo que se estaba dirigiendo a una colisión de algún tipo. No sabía dónde estaba el muro o de qué estaba hecho, o si iba a conducir directo a él, o ser lanzado por alguien o algo.

Pero el muro lo estaba esperando en la amarga oscuridad. Y una parte de él se preguntó si no tendría una *I*[22] grande y gruesa pintada en él.

[22] I de infierno

CAPÍTULO 17

V observó a Jane entrar al cuarto de baño. Cuando se giró para dejar la muda de ropa en el mostrador, el perfil de su cuerpo era una elegante curva en S en la que necesitaba poner las manos. La boca. Meter el cuerpo.

La puerta se cerró y la ducha comenzó, y él maldijo. Dios… su mano se había sentido tan bien, llevándolo más alto que cualquier sexo total practicado recientemente. Pero había sido unilateral. No había habido olor a excitación en ella en absoluto. Para ella había sido una función biológica a explorar. Nada más.

Si era honesto consigo mismo, había pensado que tal vez verle tener un orgasmo la excitaría… lo cual era una locura, dado lo que había por debajo de su cintura. Nadie en su sano juicio pensaría, *Ah, sí, comprueba la maravilla de un solo testículo. Yum.*

Que era por lo que siempre se dejaba los pantalones puestos cuando tenía sexo.

Mientras escuchaba correr el agua de la ducha, su excitación se ablandó y sus colmillos se retrajeron de vuelta en su mandíbula. Era gracioso, cuando le había estado tocando, se había sorprendido a sí mismo. Había querido morderla… no alimentarse porque tuviera hambre, sino porque quería su sabor en la boca y dejarle la marca de sus dientes en el cuello. Lo cual no era jodidamente típico en él. Normalmente mordía hembras sólo porque tenía que hacerlo, y cuando lo hacía, nunca le gustaba especialmente.

¿Con ella? No podía esperar a perforar una vena y chupar lo que atravesaba su corazón para que bajara directamente hacia su propio estómago.

Cuando la ducha se detuvo, en todo lo que podía pensar era en estar en ese cuarto de baño con ella. Podía imaginársela toda desnuda, mojada y rosada por el calor. Hombre, quería saber qué aspecto tenía la parte de atrás de su cuello. Y el tramo de piel entre sus omóplatos. Y el hueco en la base de su espalda. Quería recorrerla con la boca desde la clavícula al ombligo… y después meterse entre sus muslos.

Mierda, estaba poniéndose duro de nuevo. Y eso era condenadamente bastante inútil. Había satisfecho la curiosidad hacia su cuerpo, así que no estaría dispuesta a tener compasión de él y aliviarlo de nuevo. E incluso si se sintiera atraída por él, ya tenía a alguien, ¿no? Con un gruñido desagradable se imaginó a ese doctor de cabello oscuro que la estaba esperando en la vida real. El tipo era de su clase y sin duda también absolutamente masculino.

La mera idea de ese bastardo agasajándola convenientemente, no simplemente durante el día sino entre las sábanas por la noche, hizo que le escociera el pecho.

Mierda.

V se puso el brazo sobre los ojos y se preguntó exactamente cuándo había sufrido un trasplante de personalidad. Teóricamente Jane le había operado el corazón, no la cabeza, pero no había estado bien desde que había estado en su mesa. El asunto era, que simplemente no podía evitar querer que lo viera como un compañero… aunque eso fuera imposible por un sinfín de motivos. Era un vampiro que era un bicho raro… y se iba a convertir en el *Primale* en cuestión de días.

Pensó en lo que le esperaba al Otro Lado, e incluso aunque no quería remontarse al pasado, no pudo detenerse. Regresó a lo que se le había hecho, recordando lo que había puesto las cosas en marcha para el maltrato que lo había dejado siendo medio macho.

Fue quizás una semana después de que su padre quemara los libros que Vishous fue pillado saliendo de detrás de la división que escondía las pinturas rupestres. Su perdición fue

el diario del guerrero Darius. Había evitado su preciosa posesión durante días y días, pero finalmente se había rendido. Sus manos habían anhelado el peso de la encuadernación, sus ojos la vista de las palabras, su mente las imágenes que le daba, su corazón la conexión que sentía con el escritor.

Estaba demasiado solo para resistir.

Fue una puta de la cocina la que lo vio, y los dos se congelaron cuando lo hizo. No sabía su nombre, pero tenía el mismo rostro que todas las hembras presentaban en el campamento: ojos duros, piel arrugada, y un tajo por boca. Había marcas de mordeduras cubriendo su cuello, de los machos que se alimentaban de ella, y su ropa estaba sucia y deshilachada en el dobladillo. En una mano llevaba una rústica pala, y tras ella arrastraba una carretilla con una rueda rota. Obviamente había sacado el palito corto y había sido obligada a atender los hoyos privados.

Sus ojos bajaron hacia la mano de V como si midiera un arma.

V hizo deliberadamente un puño con la cosa.

—Sería una lástima que dijeras algo, ¿verdad?

Ella palideció y se escabulló, dejando caer la pala al correr.

Las noticias de lo que había sucedido entre él y el otro pretrans habían recorrido todo el campamento, y si eso hizo que le temieran, todo había sido para bien. Para proteger su único libro no estaba por encima de amenazar a nadie, incluso a hembras, y no se avergonzaba por ello. La ley de su padre sostenía que nadie estaba a salvo en el campamento. V estaba bastante seguro que esa hembra utilizaría lo que había visto en su propio beneficio si podía. Así eran las cosas.

Vishous dejó la cueva a través de uno de los túneles que habían sido excavados en la montaña, y emergió en un matorral de zarzas. El invierno se les estaba echando encima rápidamente, el frío hacía el aire tan denso como los huesos. Arriba más adelante, escuchó la rápida corriente y quiso beber, pero permaneció escondido mientras trepaba por la cuesta cubierta de pinos. Siempre se alejaba del agua durante un tramo después de salir, no simplemente porque era lo que se le había enseñado a hacer bajo pena de castigo, sino porque en su estado de pretrans no era oponente para lo que quizás cayera sobre él, fuera vampiro, humano, o animal.

Al principio de cada noche, los pretrans intentaban llenar sus vientres vacíos en la corriente, y sus oídos recogieron los sonidos de los otros pretrans que estaban pescando. Los chicos se habían congregado en la parte ancha del arroyo, donde el agua formaba una profunda poza a un lado. V los evitó, escogiendo un lugar más apartado río arriba.

De una bolsa de cuero sacó con sumo cuidado un largo hilo que tenía un primitivo anzuelo y un peso brillante de plata atado al final. Lanzó su exiguo aparejo en la rápida corriente de agua y sintió la cuerda tensarse. Cuando se sentó en una piedra, enroscó la cuerda alrededor de un trozo de madera y sostuvo la cosa entre sus palmas.

La espera lo traía sin cuidado, no era una carga ni un placer, y cuando oyó una discusión río abajo, no mostró interés. Las escaramuzas también eran lo habitual en el campamento, y sabía sobre lo que trataba la pelea entre los otros pretrans. Simplemente porque sacaras un pez del agua no significaba que te lo pudieras quedar.

Estaba mirando fijamente la rápida corriente cuando la más extraña sensación le recorrió la parte de atrás del cuello, como si le hubieran tocado la nuca con los dedos.

Se levantó, dejando caer el sedal al suelo, pero no había nadie detrás de él. Olió el aire, revisó los árboles con la mirada. Nada.

Cuando se agachó para recuperar el sedal, el palo saltó por el aire lejos de su alcance y del banco, un pez había mordido el cebo. V se lanzó hacia él, pero sólo pudo ver como el rudimentario mango saltaba en la corriente. Abalanzándose, corrió tras él, saltando de roca en roca, rastreándolo cada vez más lejos río abajo.

Después de lo cual se encontró con otro.

El pretrans que había golpeado con el libro subía por el río con una trucha en la mano, una que, dada su satisfacción rapaz, estaba seguro que le había robado a otro. Cuando vio a V se detuvo, el palo con el sedal con la pesca de V prendida pasó a su lado. Con un grito de triunfo, se guardó el pez que se agitaba en el bolsillo y fue tras lo que era de V… aún cuando eso lo llevaba en dirección a sus perseguidores.

Tal vez debido a la reputación de V, los otros chicos se apartaron de su camino cuando persiguió al pretrans, y el grupo abandonó la persecución y se convirtió en espectador a medio galope.

El pretrans era más rápido que V, se movía descuidadamente de piedra en piedra, mientras que V era más cuidadoso. Las suelas de cuero de sus toscas botas estaban mojadas, y el musgo que crecía en la parte de atrás de las rocas estaba resbaladizo como grasa de cerdo. Aunque su presa estaba sacándole ventaja, V se contuvo para asegurar sus pasos.

Justo donde la corriente se ensanchaba formando la poza en la que habían estado pescando los otros, el pretrans saltó a la cara plana de una roca y consiguió dar alcance al pez enganchado de V. Salvo que cuando se estiró para asir el palo, su equilibrio falló… y su pie se escurrió debajo de él.

Con la caída lenta y elegante de una pluma, cayó de cabeza a la rápida corriente. El crujido de su sien contra la roca que estaba unas pulgadas por debajo de la superficie fue tan fuerte como un hacha golpeando madera noble, y mientras su cuerpo se quedaba lacio, el palo y el sedal continuaron su camino río abajo.

Cuando V llegó hasta el chico, recordó la visión que había tenido. Claramente había estado equivocado. El pretrans no moría en la cima de una montaña con el sol sobre el rostro y el viento en su cabello. Moría aquí y ahora, en los brazos del río.

Fue un pequeño alivio.

Vishous observó cómo la corriente arrastró el cuerpo a la oscura y tranquila poza. Justo antes de hundirse bajo la superficie, se dio la vuelta, quedando boca arriba.

Mientras las burbujas atravesaban los inmóviles labios y subían a la superficie para captar la luz de la luna, V se maravilló con la muerte. Todo se quedaba tan calmado después de que llegaba. Cualquier chillido o grito o acción que causaba la liberación del alma hacia el Fade, lo que seguía era como la densa calma de la nieve cayendo.

Sin pensar, extendió la mano derecha y la metió en el agua helada.

De repente un resplandor se difundió por la poza, emanando de su palma… y el rostro del pretrans quedó iluminado tan certeramente como si el sol brillara sobre él. V jadeó. Era la visión hecha realidad, exactamente como lo había previsto: la neblina que había enturbiado la claridad era de hecho el agua, y el cabello del chico ondeado de aquí para allá no era por el viento, sino por las profundas corrientes de la poza.

—¿Qué le estás haciendo al agua? —dijo una voz.

V levantó la vista. Los otros chicos estaban alineados en la curvada ribera del río, mirándole.

V sacó la mano del agua de un tirón y la puso tras su espalda para que nadie la viera. Cuando la retiró, el resplandor en la poza decayó, y el pretrans muerto se quedó en las negras profundidades como si hubiera sido enterrado.

V se puso de pie y miró fijamente a los que ahora sabía que no sólo eran sus competidores por el escaso alimento y comodidades, sino también sus enemigos. La cohesión entre los chicos reunidos que permanecían hombro con hombro le dijo que, sin importar lo beligerantes que fueran dentro de la seca matriz del campamento, estaban vinculados como si fueran una mente.

Él era un paria.

V parpadeó y pensó en lo que había venido después. Gracioso, el giro que preveías en el camino nunca era el que tenía el hielo negro. Había asumido que los otros *pretrans* lo echarían del campamento, que uno por uno pasarían el cambio y después se confabularían contra él. Pero al destino le gustaban las sorpresas, ¿verdad?

Rodó sobre su costado y decidió resueltamente dormir un poco. Excepto que cuando la puerta del cuarto de baño se abrió, tuvo que abrir un párpado. Jane se había puesto una camisa blanca con cuello y un par de holgados pantalones negros de yoga. Su rostro estaba sonrojado por el calor de la ducha, el cabello de punta y húmedo. Tenía un aspecto asombroso.

Jane le echó un vistazo breve, una revisión rápida que le dijo que había asumido que estaría durmiendo; entonces se alejó y se sentó en la silla del rincón. Cuando Jane levantó las piernas, envolvió los brazos alrededor de las rodillas y bajó el mentón. Parecía tan frágil así, apenas un revuelto de carne y hueso dentro del abrazo de la silla.

V cerró el ojo y se sintió despreciable. Su conciencia, que había estado casi apagada durante siglos, estaba despierta y le dolía: no podía fingir que no iba a estar curado completamente en unas seis horas. Lo que significaba que su propósito había acabado y que iba a tener que permitirla irse cuando el sol se pusiera esta noche.

Excepto que, ¿qué pasaba con la visión que había tenido de ella? ¿En la que permanecía en una puerta de luz? Ah, demonios, tal vez simplemente había estado alucinando…

V frunció el ceño cuando captó un olor en la habitación. *¿Qué demonios?*

Inhalando profundamente, se puso duro en un instante, su pene se engrosó, creciendo violentamente contra su vientre. Miró a Jane a través de la habitación. Tenía los ojos cerrados, la boca un poco abierta, las cejas fruncidas… y estaba excitada. Tal vez no se sintiera enteramente cómoda con eso, pero estaba definitivamente excitada. ¿Pensaba en él? ¿O en el macho humano?

V extendió su mente sin ninguna esperanza real de entrar en la cabeza de Jane. Cuando sus visiones se habían secado, también lo había hecho la cinta de teletipos que corría con los pensamientos de otras personas, la que podía ser forzada sobre él o captada a su voluntad…

La imagen en su mente era de él.

Oh, joder, sí. Era totalmente suya: estaba arqueándose en la cama, los músculos del estómago apretados, las caderas levantándose mientras ella trabajaba su sexo con la palma de la mano. Eso fue justo antes de que se corriera, cuando había sacado la mano enguantada de debajo de su polla y se había agarrado al edredón.

Su cirujana lo deseaba incluso sabiendo que estaba parcialmente arruinado, no fuera de su especie y la retuviera contra su voluntad. Y estaba dolorida. Estaba dolorida por *él*.

V sonrió mientras los colmillos le pinchaban el interior de la boca. Bien, este era el momento de ser humanitario. Y aliviar algunos de sus sufrimientos…

Con las shitkickers ampliamente separadas y los puños apretados a los costados, Phury permaneció de pie sobre el *lesser* al que acababa de dejar inconsciente con un feo golpe en la sien. El bastardo yacía boca abajo sobre un sucio montón de nieve medio derretida, los brazos y piernas caídos pesadamente a un lado, la chaqueta de cuero despedazada en la espalda debido a la lucha.

Phury respiró hondo. Había una manera caballerosa de matar a tu enemigo. En medio de la guerra, había una manera honorable de traer la muerte incluso a aquellos que odiabas.

Miró arriba y abajo por el callejón y olisqueó el aire. Ni humanos. Ni otros *lessers*. Y ninguno de sus hermanos.

Se agachó sobre el asesino. Sí, cuando matabas de tus enemigos, había un cierto estándar de conducta que debía observarse.

Eso no iba a suceder.

Phury levantó al *lesser* por el cinturón de cuero y el pálido cabello y lanzó la cosa de cabeza contra un edificio de ladrillo como si fuera un ariete. Un amortiguado y carnoso *crunch* sonó cuando el lóbulo frontal se rompió y la columna vertebral atravesó la parte trasera del cráneo.

Pero la cosa no estaba muerta. Para matar a un asesino debías apuñalarle en el pecho. Si se dejaba como estaba ahora, el bastardo simplemente estaría en un estado perpetuo de putrefacción hasta que eventualmente el *Omega* viniera en busca de su cuerpo.

Phury arrastró la cosa por un brazo hasta detrás de un contenedor y sacó una daga. No utilizó el arma para apuñalar al asesino y mandarlo con su maestro. Su ira, esa emoción que no le gustaba sentir, esa fuerza que no se permitía vincular ni a personas ni a acontecimientos, había empezado a rugir. Y su ímpetu era innegable.

La crueldad de sus acciones le manchó la conciencia. Aunque su víctima fuera un asesino amoral que veinte minutos antes había estado a punto de cargarse a dos vampiros civiles, lo que Phury estaba haciendo seguía siendo incorrecto. Los civiles habían sido salvados. El enemigo estaba incapacitado. El fin debería llegar limpiamente.

No se detuvo a sí mismo.

Mientras el *lesser* aullaba de dolor, Phury se quedó con lo que le estaba haciendo a la cosa, las manos y la hoja moviéndose rápidamente por la piel y los órganos vitales que olían como polvos de talco. La sangre negra y brillante corría por el pavimento, cubría los brazos de Phury, engrasaba sus botas y salpicaba su ropa de cuero.

Mientras continuaba, el asesino se convirtió en un StairMaster[23] para su furia y el odio que sentía hacia si mismo, un objeto en el que descargar sus sentimientos. Naturalmente, sus acciones le hicieron pensar todavía peor de sí mismo, pero no se detuvo. No podía parar. La sangre era propano y sus emociones eran la llama, y ahora que había sido encendida la combustión era inevitable.

Centrado en su terrible proyecto, no escuchó al otro *lesser* viniendo desde atrás. Captó el aroma de talco de bebé justo antes de que la cosa golpeara, y apenas pudo hacerse a un lado para escapar del golpe del bate de béisbol dirigido a su cráneo.

Su furia se mudó del asesino incapacitado al que estaba de pie, y con el ADN de guerrero gritando en sus venas, atacó. Dirigiendo la daga negra, se agachó y buscó el abdomen.

[23] Marca comercial de un *stepper*.

No lo consiguió. El *lesser* lo sujetó por el hombro con el bate, y luego dirigió un sólido *backswing*[24] a la pierna buena de Phury, alcanzándole el lateral de la rodilla. Mientras se encogía, se concentró en mantener agarrada la daga, pero el asesino era todo un José Conseco[25] con ese número de aluminio. Otro swing y la hoja salió volando, la punta girando sobre su eje, deslizándose después a través de un tramo de pavimento mojado.

El *lesser* saltó sobre el pecho de Phury y lo sujetó por la garganta, apretándolo con un puño que era tan fuerte como un cable de acero. Phury apretó la palma de su mano sobre la muñeca gruesa de la cosa que le comprimía la tráquea, pero entonces, repentinamente tuvo otras cosas de las que preocuparse además de la hipoxia. El asesino cambió la forma en que tenía agarrado el bate, estrangulándolo hacia arriba hasta que lo sostuvo por el centro. Con mortal concentración levantó el brazo en alto y bajó la parte inferior del bate directamente sobre el rostro de Phury.

El dolor fue como una bomba estallándole en la mejilla y el ojo, la candente metralla rebotando a través de todo su cuerpo.

Y curiosamente… fue algo bueno. Anuló todo lo demás. Todo lo que supo fue el impacto que le congeló el corazón y el eléctrico dolor que vino justo después.

Le gustó.

Por el único ojo que todavía funcionaba bien, vio al *lesser* levantar el bate otra vez, al estilo émbolo. Phury ni siquiera se preparó. Simplemente observó cómo funcionaba la cinética, sabiendo que los músculos que se coordinaban para elevar ese pedazo de metal pulido iban a tensarse y bajar de nuevo esa cosa hacia su rostro.

Hora del golpe mortal, pensó débilmente. Probablemente su hueso orbital ya estaba destrozado o como mínimo fracturado. Otro golpe y ya no estaría protegiendo su materia gris.

Le vino una imagen del dibujo que había hecho de Bella, y vio lo que había puesto en el papel. Ella sentada en la mesa de comedor girada hacia su gemelo, el amor entre ellos tan palpable y hermoso como un paño de seda, tan fuerte y firme como acero templado.

Rezó una antigua oración para ellos y su bebé en la Antigua Lengua, una en la que les deseaba que todo fuera bien hasta que los encontrara en el Fade en un lejano, lejano futuro. *Hasta que vivamos de nuevo*, era la forma en la que acababa.

Phury soltó la muñeca del asesino y repitió la frase una y otra vez, preguntándose débilmente cuál de las cuatro palabras sería la última.

Excepto que no hubo impacto. El *lesser* desapareció de encima suyo, simplemente lanzado lejos de su pecho como un títere cuyas cuerdas habían sido cortadas.

Phury yacía allí, apenas respirando, mientras una serie de gruñidos resonaban en el callejón, y luego hubo un destello brillante de luz. Con sus endorfinas golpeando, tuvo un agradable y elevado momento de euforia que lo hizo resplandecer con lo que se sentía como salud, pero que en realidad era evidencia de que estaba hundido en la mierda.

¿Ya había tenido lugar el golpe mortal? ¿Había sido suficiente el primero para dejar su cerebro con una hemorragia?

Daba igual. Se sentía bien. La cosa entera se sentía bien, y se preguntó si así era el sexo. Es decir, los momentos posteriores. Nada excepto una relajación pacífica.

Pensó en Zsadist viniendo hacia él en el medio de aquella fiesta hacía meses, con una bolsa de lona en la mano y una demanda infernal en los ojos. Phury se había sentido

[24] Golpe de golf.
[25] Famoso jugador de béisbol.

enfermo ante lo que su gemelo había necesitado, pero sin embargo había ido con Z al gimnasio y había golpeado al macho una y otra vez.

Esa no había sido la primera vez que Zsadist había necesitado esa clase de alivio.

Phury siempre había odiado darle a su gemelo las palizas que le había pedido, nunca había entendido la razón de esa conducta masoquista, pero ahora lo hacía. Esto era fantástico. Nada importaba. Era como si la vida real fuera una tormenta lejana que nunca lo alcanzaría porque él se había apartado de su camino.

La voz profunda de Rhage también le llegó desde lejos.

—¿Phury? He pedido la furgoneta. Necesitas ir donde Havers.

Cuando Phury trató de hablar, su mandíbula se negó a hacer el trabajo, fija como si alguien la hubiera pegado con cola en su lugar. Claramente, ya se le estaba hinchando, y decidió negar con la cabeza.

El rostro de Rhage apareció frente a su visión ladeada.

—Havers podrá…

Phury negó con la cabeza otra vez. Bella estaría esta noche en la clínica tratando el tema del bebé. Si estaba al borde del aborto, no quería llevarla al límite apareciendo como un caso de emergencia.

—Havers… No… —dijo ásperamente.

—Hermano, lo que tienes es más de lo que los primeros auxilios pueden arreglar. —El perfecto rostro de modelo de Rhage era una máscara de deliberada calma. Lo cual quería decir que el tipo estaba realmente preocupado.

—Casa.

Rhage maldijo, pero antes de que pudiera volver a presionar para llevarlo con Havers, un coche giró en el callejón, con los faros destellando.

—Mierda. —Rhage se lanzó a la acción, levantando a Phury del pavimento y apresurándose a meterlo tras el contenedor.

Lo que los llevó justo junto al profanado *lesser*.

—¿Qué *mierda* es esto? —masculló Rhage mientras un Lexus con llantas cromadas los pasaba, con el rap a todo volumen.

Cuando hubo pasado, Rhage entrecerró los brillantes ojos verde azulados.

—¿Hiciste esto?

—Mala… pelea… Eso es todo —susurró Phury—. Llévame a casa.

Mientras cerraba el ojo, se dio cuenta de que había aprendido algo esta noche. El dolor era bueno, y cosechado bajo circunstancias adecuadas, era menos vergonzoso que la heroína. Más fácil de conseguir, también, ya que podía ser una legítima consecuencia de su trabajo.

Qué perfecto.

Cuando Jane se sentó en la silla frente a la cama del paciente, bajó la cabeza y cerró los ojos. No podía dejar de pensar en lo que había hecho… y en lo que él había hecho como resultado. Lo vio justo cuando tuvo el clímax, la cabeza echada hacia atrás, los colmillos brillando, la erección sacudiéndose en su puño, mientras su aliento entraba en un jadeo y salía en un gemido.

Jane se movió, sintiéndose caliente. Y no porque hubieran encendido el radiador.

Dios, no podía evitar revivir la escena una y otra vez, y se puso tan mal, que tuvo que abrir la boca para respirar. En un punto durante el continuo circuito cerrado sintió un agudo

pinchazo en la cabeza, como si su cuello hubiera adoptado una mala postura, pero después se quedó medio dormida.

Naturalmente, su subconsciente tomó el control donde su memoria lo había dejado.

El sueño empezó cuando algo le tocó el hombro, algo cálido y pesado. Se sintió tranquilizada por cómo se sentía, por la forma en que bajaba lentamente por el brazo, sobre la muñeca y la mano. Tenía los dedos cerrados en un puño, y entonces fueron abiertos para que un beso le fuera colocado en el centro de la palma. Jane sintió unos labios suaves, un cálido aliento, y el roce aterciopelado de… una perilla.

Hubo una pausa, como si le pidieran permiso.

Supo exactamente con quién estaba soñando. Y sabía exactamente lo que iba a suceder en el sueño si permitía que las cosas continuaran.

—Sí —susurró en su sueño.

Las manos de su paciente fueron hasta sus pantorrillas y le separaron las piernas de la silla. Luego algo ancho y tibio se movió entre ellas, metiéndose entre sus muslos, abriéndolos ampliamente. Caderas masculinas y… ah, Dios, sintió una erección en su centro, la longitud rígida presionando sobre los suaves pantalones que llevaba puestos. El cuello de su camisa fue apartado a un lado y su boca le encontró el cuello, sus labios se pegaron a la piel y chuparon mientras su erección comenzaba un rítmico avance y retroceso. Una mano le encontró el pecho y luego lo bordeó bajando hacia el estómago. Bajando hacia la cadera. Bajando más, reemplazando la erección.

Cuando Jane gritó y se arqueó, dos puntos agudos le recorrieron la columna del cuello hacia la base de la mandíbula. *Colmillos*.

El temor inundó sus venas. Y también una explosión de sexo de alto octanaje.

Antes de que pudiera ordenar los dos extremos, la boca de V dejó su cuello y encontró su pecho a través de la camisa. Mientras chupaba, fue en busca de su centro, frotándolo hasta que estuvo listo para él, hambriento por él. Abrió la boca para jadear, y algo fue empujado dentro… un pulgar. Se aferró a él desesperadamente, chupándolo mientras se imaginaba qué otra parte de él podría estar entre sus labios.

Él era el maestro de todo esto, el conductor, el que dirigía la maquinaria. Sabía exactamente lo que le hacía mientras sus dedos utilizaban sus suaves pantalones y sus bragas mojadas para llevarla directamente al límite.

Una voz en su cabeza —la de él—, dijo:

—Córrete para mí, Jane.

Desde ninguna parte una luz brillante golpeó su rostro, y saltó hacia arriba, levantando los brazos para apartar a su paciente de un empujón.

Salvo que no estaba en ninguna parte cerca de ella. Estaba en la cama. Dormido.

Y en cuanto a la luz, venía del vestíbulo. Red Sox había abierto la puerta del dormitorio.

—Siento despertaros chicos —dijo—. Tenemos un problema.

Cuando el paciente se incorporó, miró a Jane. En el momento en que sus ojos se encontraron, ella se sonrojó y apartó la mirada.

—¿Quién? —preguntó el paciente.

—Phury. —Red Sox hizo un gesto con la cabeza hacia la silla—. Necesitamos un médico. Así como, en este mismo instante.

Jane se aclaro la garganta.

—¿Por qué me miráis…?

—Te necesitamos.

Su primer pensamiento fue, que ni loca se iba a involucrar más profundamente con ellos. Pero entonces el médico que había en ella habló más alto.

—¿Qué pasa?

—Algo realmente desagradable. Un altercado con un bate de béisbol. ¿Puedes venir conmigo?

La voz de su paciente llegó primero, el gruñido mortal dibujando una tremenda línea en la prudencia:

—Dondequiera que vaya ella, yo también voy. ¿Y cómo esta de mal?

—Le golpearon en el rostro. Mal. Se niega a ir a lo de Havers. Dice que Bella está allí por lo del bebé, y no quiere trastornarla apareciendo hecho un asco.

—Maldito hermano, tenía que ser un héroe. —V miró a Jane—. ¿Nos ayudarás?

Después de un momento, ella se frotó el rostro. *Maldita sea*.

—Sí. Lo haré.

Mientras bajaba el cañón de la Glock que le habían dado, John miró fijamente el objetivo del campo de tiro que estaba a una distancia de cincuenta pies. Volviendo a poner el seguro en su lugar, se quedó totalmente boquiabierto.

—Jesús —dijo Blay.

Con total incredulidad, John pulsó el botón amarillo a su izquierda y la hoja de papel de ocho-y-medio-por-once zumbó hasta él como un perro siendo llamado a casa. En el centro, agrupados como una margarita, había seis disparos perfectos. *Santa mierda*. Después de haber sido un desastre en todo lo que se le había enseñado hasta ahora en lo concerniente a luchar, finalmente sobresalía en algo.

Bien, ¿no hacía esto que se olvidara del dolor de cabeza?

Una mano pesada aterrizó en su hombro, y la voz de Wrath estaba llena de orgullo.

—Lo has hecho bien, hijo. Verdaderamente bien.

John estiró la mano y desenganchó el objetivo.

—Bueno —dijo Wrath—. Eso es todo por hoy. Verificad las armas, chicos.

—Eh, Qhuinn —llamó Blay—. ¿Has visto esto?

Qhuinn le dio su arma a uno de los *doggen* y se acercó.

—Guau. Ahí tienes una verdadera mierda de Harry el Sucio.

John dobló el papel y lo puso en la parte de atrás de sus vaqueros. Cuando devolvió el arma al carrito, trató de imaginarse cómo identificarla otra vez para poderla utilizar en la próxima práctica. Ah… aunque los números de serie habían sido borrados, había una marca débil en el cargador, un rasguño. Realmente podía encontrar su arma otra vez.

—Moveros —dijo Wrath mientras apoyaba su inmenso cuerpo contra la puerta—. El bus espera.

Cuando John levantó la vista después de devolver el arma, Lash estaba justo detrás de él, todo amenaza y peligro. En un movimiento fluido el tipo se inclinó y bajó su Glock con el cañón apuntando al pecho de John. Para dejarlo claro, mantuvo el índice en el gatillo durante un momento.

Blay y Qhuinn se juntaron, bloqueando el camino. El movimiento fue hecho de forma verdaderamente casual, como si simplemente estuvieran allí por azar, pero el mensaje fue claro. Con un encogimiento de hombros, Lash levantó la mano de la Glock y en su camino hacia la puerta golpeó el hombro de Blay con el suyo.

—Cabrón —murmuró Qhuinn.

Los tres amigos salieron hacia el vestuario, donde recogieron sus libros y se dirigieron afuera juntos. Ya que John iba a utilizar el túnel para volver a la mansión, se detuvieron frente a la puerta de la vieja oficina de Tohr.

Mientras los otros estudiantes pasaban, Qhuinn mantuvo la voz baja.

—Tenemos que salir esta noche. No puedo esperar. —Hizo una mueca y cambió su postura como si tuviera papel de lija en los pantalones—. Estoy medio loco por una mujer, ¿sabes qué quiero decir?

Blay se sonrojó un poco.

—Yo… ah, sí, puedo tratar con algo de acción. ¿John?

Lanzado por su éxito en el campo de tiro, John asintió.

—Bien. —Blay se subió los vaqueros—. Debemos ir al ZeroSum.

Qhuinn frunció el ceño.

—¿Qué tal al Screamer?

—No, quiero el ZeroSum.

—Bien. Y podemos ir en mi coche. —Qhuinn echó una ojeada—. John, ¿por qué no coges el bus y vas a casa de Blay?

¿Debería cambiarme?

—Puedes cogerle prestada algo de ropa. Tienes que tener buen aspecto para el ZeroSum.

Lash apareció de ninguna parte, como un golpe imprevisto en el estómago.

—¿Así que vais a bajar a la ciudad, John? Quizás te vea allí, colega.

Con una mueca desagradable y peligrosa, se marchó tranquilamente, su cuerpo a punto de tensarse, sus musculosos hombros moviéndose como si se dirigiera a una pelea. O quisiera una.

—Suena como si quisieras una cita, Lash —gruñó Qhuinn—. Buen trato, porque si mantienes esa mierda, vas a conseguir que te jodan, *colega*.

Lash se detuvo y miró hacia atrás, las luces del techo se vertían sobre él.

—Oye, Qhuinn, dile hola a tu padre de mi parte. Siempre le gusté más que tú. Por otra parte, yo sí encajo.

Lash se tocó al lado del ojo con el dedo corazón y siguió su camino.

Tras él, el rostro de Qhuinn se cerró, directamente se convirtió en una estatua.

Blay puso la mano en la parte de atrás del cuello del tipo.

—Escucha, danos cuarenta y cinco minutos en mi casa, ¿ok? Entonces nos recoges.

Qhuinn no respondió en seguida, y cuando finalmente lo hizo su voz fue baja.

—Sí. Ningún problema. ¿Me perdonáis un segundo?

Qhuinn dejó caer los libros y volvió al vestuario. Cuando la puerta se cerró con suavidad, John gesticuló:

¿Las familias de Lash y Qhuinn están unidas?

—Ambos son primos hermanos. Sus padres son hermanos.

John frunció el ceño.

¿Qué quiso decir Lash apuntando a su ojo?

—No te preocupes por…

John agarró el antebrazo del tipo.

Dímelo.

Blay se frotó su cabello rojo como si tratara de conseguir una respuesta.

—Bueno… es como… el padre de Qhuinn es un tipo importante en la *glymera*, ¿sabes? Y su madre también. Y en la *glymera* no se aceptan defectos.

Esto fue dicho como si lo explicara todo.

No lo pillo. ¿Qué está mal con su ojo?

—Uno azul. Otro verde. Como no son del mismo color, Qhuinn nunca va a poder emparejarse… y, ya sabes, su padre se avergonzará de él toda la vida. No es una buena mierda, y por eso estamos siempre en mi casa. Necesita escapar de sus padres. —Blay miró la puerta del vestuario como si pudiera ver a su amigo a través de ella—. La única razón por la que no lo han echado es porque esperaban que la transición quizás lo purificara. Es por eso que acabó utilizando a alguien como Marna. Tiene sangre muy buena, y creo que el plan era que pudiese ayudar.

No lo hizo.

—No. Probablemente le pedirán que se marche en algún momento. Yo ya tengo una habitación preparada para él, pero dudo que la utilice. Demasiado orgullo. Y está en todo su derecho.

John tuvo un horrible pensamiento.

¿Cómo se hizo la magulladura? ¿La que tenía en el rostro después de la transición?

En ese momento la puerta del vestuario se abrió y Qhuinn salió con una sólida sonrisa en su lugar.

—¿Vamos, caballeros? —cuando recogió los libros, su arrogancia había regresado—. Pirémonos antes de que las tías buenas estén todas tomadas en el club.

Blay golpeó al tipo en el hombro.

—Te seguimos, *maestro*[26].

Cuando se dirigieron al parking subterráneo, Qhuinn iba al frente, Blay detrás, John en el medio.

Cuando Qhuinn desapareció por los escalones del autobús, John agarró a Blay por el hombro.

Fue su padre, ¿verdad?

Blay vaciló. Luego asintió una vez.

[26] En español en el original.

CAPÍTULO 18

Vale, esto podía considerarse genial como el infierno o terrorífico como la mierda. Mientras Jane caminaba, era como si estuviera atravesando un túnel subterráneo en una película de Jerry Bruckheimer. Este escenario parecía directamente sacado de una película de alto presupuesto realizada en Hollywood: de acero, tenuemente iluminado por luces fluorescentes empotradas, infinitamente largo. En cualquier momento un Bruce Willis salido del año 1980 iba a aparecer corriendo con los pies descalzos, vistiendo una andrajosa camiseta de tirantes y acarreando una ametralladora.

Miró los paneles fluorescentes del techo, luego el pulido suelo de metal. Estaba dispuesta a apostar que si perforaba las paredes tendrían medio pie de espesor. Hombre, estos tipos tenían dinero. Mucho dinero. Más del que podrías conseguir si estuvieras vendiendo drogas controladas en el mercado negro o suministrando cocaína, crack y demás vicios alucinógenos. Éste era dinero a escala gubernamental, sugiriendo que los vampiros no eran sólo otra especie; eran otra civilización.

Mientras los tres avanzaban, se sorprendió de que la dejaran suelta. Pero bueno, el paciente y su amigo estaban armados con pistolas…

—No —el paciente negó con la cabeza—. No estás esposada porque no tratarás de huir.

Jane se quedó boquiabierta.

—No me leas la mente.

—Lo siento. No tenía intención de hacerlo, sólo ocurrió.

Se aclaró la garganta, tratando de no apreciar cuan magnífico se veía de pie. Vestido con un pantalón de pijama de tela escocesa Black Watch[27] y una camiseta de tirantes negra, se movía despacio, pero con una confianza letal que resultaba irresistible.

¿De qué habían estado hablando?

—¿Cómo sabes que no saldré corriendo?

—No le fallarás a alguien que necesita atención médica. No está en tu naturaleza, ¿verdad?

Bueno… mierda. La conocía bastante bien.

—Sí, lo esta —dijo.

—Termina con eso.

Red Sox miró a Jane y al paciente.

—¿Tu habilidad para leer la mente está regresando?

—¿Con ella? A veces.

—Huh. ¿Estás captando algo de alguien más?

—Nop.

Red Sox se acomodó la gorra.

—Bueno, ah… déjame saber si captas alguna mierda de mi parte, ¿ok? Hay algunas cosas que preferiría mantener en privado, ¿entiendes?

—Entendido. Aunque algunas veces no puedo evitarlo.

—Es por lo que voy a empezar a pensar en béisbol cuando estés por los alrededores.

—Doy jodidas gracias de que no seas admirador de los Yankees.

—No uses la palabra Y. Tenemos compañía femenina.

[27] El Black Watch, tercer Batallón del Regimiento Real de Escocia es un batallón de infantería. Es un regimiento de Highlanders, y el nombre le fue dado debido al oscuro tartán que usaban y por su asignación de vigilar las Highlands.

Nada más fue dicho mientras continuaban avanzando a través del túnel, y Jane tuvo que preguntarse si estaba perdiendo la razón. Debería haberse sentido aterrorizada en este oscuro lugar subterráneo con dos enormes escoltas de naturaleza vampírica. Pero no lo estaba. Extrañamente se sentía a salvo… como si el paciente fuera a protegerla por la promesa que le había hecho y Red Sox fuera a hacer lo mismo debido a su vínculo con el paciente.

¿Dónde demonios estaba la lógica en eso?, se preguntó.

¡Dame una E! ¡Una S! ¡Una T! ¡Una O! ¡Seguidas de C-O-L-M-O! ¿Qué se formaba? MAL DE LA CABEZA.

El paciente se inclinó hacia su oído.

—No puedo verte en el papel de animadora. Pero tienes razón, ambos mataríamos cualquier cosa que se atreviera siquiera a sobresaltarte. —El paciente volvió a enderezarse, una gigantesca masa de testosterona calzada con shitkickers.

Jane le palmeó el antebrazo y le hizo señas con el dedo índice para que volviera a inclinarse. Cuando lo hizo, susurró:

—Me asustan los ratones y las arañas. Pero no necesitas usar esa pistola que llevas en la cadera para abrir un hoyo en la pared si alguno se me cruza en el camino, ¿estamos? Las trampas Havahart o un periódico enrollado funcionan igual. Y tienen la ventaja de que, de esa forma, no necesitas una placa de pladur y un trabajo de enyesado después. Sólo es una sugerencia.

Le palmeó el brazo, despidiéndolo, y se volvió a concentrar en el túnel que tenía por delante.

V comenzó a reír, torpemente al principio, luego más profundamente, y Jane sintió que Red Sox la observaba. Encontró sus ojos sin titubear, esperando encontrar alguna especie de reproche en ellos. En cambio, allí sólo había alivio. Alivio y aprobación mientras el hombre… macho… Cristo, lo que fuera… la observaba y luego a su amigo.

Jane se sonrojó y apartó la vista. El hecho de que el tipo evidentemente no estuviera enzarzado en una competencia de mejor-amigo con ella acerca de V no debería haber sido un plus. De ninguna forma.

Unas cien yardas después llegaron a unas escaleras bajas que llevaban a una puerta con un mecanismo de cerradura basado en un sistema de barras del tamaño de su cabeza. Cuando el paciente se adelantó e introdujo un código, se imaginó que iban a entrar en una especie de ambiente a lo 007…

Bueno, apenas. Era un armario con estantes llenos de libretas legales de renglones amarillos, cartuchos para impresoras y cajas con clips para documentos. Tal vez al otro lado…

Nop. Era sólo una oficina. Una oficina común del tipo de un puesto de mando medio con un escritorio y una silla giratoria, archivadores y un ordenador.

Vale, nada del *Die Hard*[28] de Jerry Bruckheimer aquí. Más parecido a un anuncio de Seguros Allstate. O una compañía de hipotecas.

—Por aquí —dijo V.

Salieron por una puerta de cristal hacia un pasillo blanco sin marcas que llevaba a unas puertas dobles de acero inoxidable. Detrás de ellas había un gimnasio de calidad profesional, uno lo suficientemente grande para acoger un partido entre equipos profesionales de baloncesto, un torneo de lucha, y una exhibición de voleibol al mismo tiempo. Había

[28] Película titulada en español *La jungla de cristal* o *Duro de matar*, según los países.

colchonetas azules dispuestas a lo largo del lustroso suelo color miel, y sacos de arena colgando debajo de la fila inferior de las gradas.

Mucho dinero. Muchísimo. ¿Y cómo habían construido todo esto sin que alguien del lado humano se enterara? Debía haber muchísimos vampiros. Seguramente.

Obreros y arquitectos y artesanos… todos capaces de pasar por humanos si se lo proponían.

La genetista en ella agarró un serio caso de tensión cerebral. Si los chimpancés compartían un noventa y ocho por ciento de ADN con los humanos, ¿cómo de cerca estaban los vampiros? Y hablando desde un punto de vista evolutivo, ¿cuándo se había desviado esta rama de esta otra especie apartándose de los simios y los Homo Sapiens? Sip… wow… daría lo que fuera por echar un vistazo a su doble hélice. Si en verdad iban a limpiarle la mente antes de dejarla ir, la ciencia médica se estaba perdiendo muchas cosas. Especialmente dado que no contraían cáncer y se curaban tan rápidamente.

Qué oportunidad.

En el lado más lejano del gimnasio se detuvieron frente a una puerta de acero que decía EQUIPAMIENTO/SALA DE FISIOTERAPIA. Dentro había mesas y montones de armas. Un arsenal de espadas y nunchakus de artes marciales. Dagas que estaban encerradas en armarios. Pistolas. Estrellas arrojadizas.

—Dios… querido.

—Esto es sólo con propósitos de entrenamiento —dijo con un montón de *aquí todo es posible*.

—¿Entonces qué demonios usan para luchar? —Mientras toda clase de escenarios de la *Guerra de los Mundos* desfilaban por su cabeza, percibió el familiar aroma de la sangre. Bueno, medio-familiar. Había un matiz diferente en el aroma, algo picante, y recordó la misma fragancia parecida al vino de cuando había tenido a su paciente en el quirófano.

Del otro lado una puerta que decía fisioterapia, se abrió de golpe. El hermoso vampiro rubio que la había transportado sacándola del hospital asomó la cabeza por las jambas.

—Gracias a Dios que estás aquí.

Todos los instintos médicos de Jane se pusieron en línea mientras entraba en una habitación embaldosada y veía las suelas de un par de shitkickers colgando de una camilla. Se adelantó a los hombres, apartándolos a empujones de su camino para poder llegar al tipo que estaba tendido en la mesa.

Era el que la había hipnotizado, el que tenía los ojos amarillos y el cabello espectacular. Y realmente necesitaba atención. La región orbital izquierda de su rostro estaba aplastada hacia dentro, el párpado tan hinchado que no podía abrirlo, esa mitad de su rostro tenía el doble del tamaño de lo normal. Presentía que el hueso sobre el ojo se había hundido, lo mismo que el del pómulo.

Le puso la mano en el hombro y encontró su mirada en el ojo que tenía abierto.

—Estás hecho un asco.

Él esbozó una débil sonrisa.

—No me digas.

—Pero te voy a componer.

—¿Crees que puedes hacerlo?

—No —sacudió la cabeza de un lado a otro—. *Sé* que puedo.

No era cirujana plástica, pero dada la capacidad de cicatrización que tenía el vampiro, se sentía confiada de que podría encargarse de los problemas que tenía sin estropear su apariencia. Asumiendo que tuviera los suministros adecuados.

La puerta se volvió a abrir ampliamente, y Jane se congeló. Oh, Dios, era el gigante con el cabello negro azabache y las gafas de sol envolventes. Se había preguntado si no habría sido un sueño, pero evidentemente era real. Totalmente real. Y al mando. Se conducía como si fuera dueño de todo y de todos en la habitación y pudiera disponer de todo con un solo movimiento de la mano

Echó un vistazo en su dirección cerca de la camilla del tipo y dijo:

—Decidme que esto no está ocurriendo.

Instintivamente Jane dio un paso atrás en dirección a V, y justo cuando lo hacía, sintió que se le acercaba desde atrás. Aunque no la tocó, supo que estaba cerca. Y preparado para defenderla.

El de cabello negro sacudió la cabeza en dirección al tipo herido.

—Phury… por el amor del demonio, tenemos que llevarte con Havers.

¿Phury? ¿Qué tipo de maldito nombre era ese?

—No —fue la débil respuesta.

—¿Por qué demonios no?

—Bella está allí. Si me ve en este estado… se va a asustar… Ya está sangrando.

—Ah… mierda.

—Y tenemos a alguien aquí —dijo el tipo jadeando. Su único ojo se movió hacia Jane—. ¿Verdad?

Cuando todos miraron en su dirección, el de cabello negro pareció crecerse. Por lo que fue una sorpresa cuando dijo:

—¿Tratarás a nuestro hermano?

La solicitud no fue intimidatoria, y fue formulada respetuosamente. Evidentemente había estado molesto principalmente porque su amigo había caído y no estaba recibiendo atención.

Se aclaró la garganta.

—Sí, lo haré. Pero, ¿qué tengo para trabajar? Voy a tener que dormirlo…

—No te preocupes por eso —dijo Phury.

Le dirigió una mirada nivelada.

—¿Quieres que te recomponga el rostro sin utilizar anestesia general?

—Sí.

Tal vez tuvieran una tolerancia al dolor diferente…

—¿Estás loco? —murmuró Red Sox.

Ok, tal vez no.

Pero basta de charla. Asumiendo que este chico con el rostro de Rocky Balboa se curara tan rápidamente como su paciente, debía operarlo ahora, antes de que sus huesos se recolocaran juntos de forma inconveniente y tuviera que volverlos a romper.

Mirando la habitación a su alrededor, vio armarios con puertas de cristal llenos de suministros, y confió en que pudiera reunir un equipo quirúrgico con lo que había allí.

—Supongo que ninguno de vosotros tiene experiencia médica, ¿no?

V habló, justo en su oído, casi tan cerca como su propia ropa.

—Sip, yo puedo asistirte. Fui entrenado como paramédico.

Lo miró por encima del hombro, una bocanada de calor atravesándola.

Vuelve al juego, Whitcomb.

—Bien. ¿Tienes anestesia local de cualquier tipo?

—Lidocaína.

—¿Y sedantes? Y tal vez un poco de morfina. Si se mueve en el momento equivocado, podría dejarle ciego.

—Sip. —Cuando V avanzó hacia los armarios de acero inoxidable, Jane notó que se tambaleaba. Esa caminata por el túnel había sido larga, y aunque en la superficie parecía curado, apenas hacía unos días que había salido de una cirugía a corazón abierto.

Lo tomó por el brazo y tiró de él.

—Vas a sentarte. —Miró a Red Sox—. Tráele una silla. Ahora. —Cuando el paciente abrió la boca para discutir, lo interrumpió al dirigirse al otro lado de la habitación—. No me interesa. Necesito que te pongas las pilas mientras opero, y eso puede llevar un rato. Estás mejor, pero no tan fuerte como crees estar, así que sienta tu culo y dime dónde puedo conseguir lo que necesito.

Se hizo un silencio que duró lo que un latido, luego alguien ladró una risa mientras su paciente maldecía como telón de fondo. El que parecía un rey comenzó a sonreírle.

Red Sox arrastró una silla desde la bañera de hidromasaje y la empujó directamente contra la parte de atrás de las piernas de V.

—Aparca, grandote. Órdenes de tu doctor.

Cuando el paciente se sentó, ella dijo:

—Ahora, esto es lo que voy a necesitar.

Enumeró escalpelo estándar, fórceps, material de succión, luego pidió alambre quirúrgico e hilo, Betadine, solución salina para enjuagar, trocitos de gasa, guantes de látex…

Se sorprendió por lo rápido que reunió todo, pero bueno, ella y su paciente estaban en la misma longitud de onda. La dirigía a través de la habitación sucintamente, anticipándose a lo que podría querer, y no desperdiciaba palabras. El perfecto enfermero, si eso existía.

Dejó salir un enorme suspiro de alivio al ver que tenían un taladro quirúrgico.

—¿Y supongo que no tendréis un equipo de lupa que se ajuste a la cabeza?

—El armario que está junto al carro de paradas cardíacas —dijo V—. En el cajón de abajo. A la izquierda. ¿Quieres que me lave bien las manos?

—Sip. —Fue y localizó el equipo—. ¿Tenemos equipo de rayos X?

—No.

—Mierda. —Puso las manos en las caderas—. Da igual. Iré a ciegas.

Mientras se ponía la lupa en la cabeza, V se levantó y fue a lavarse las manos y los antebrazos en la pila que había en el rincón más apartado. Cuando terminó tomó su lugar, luego se puso los guantes.

Regresó al lado de Phury, mirándole al ojo bueno.

—Probablemente, esto dolerá aún con la anestesia local y algo de morfina. Probablemente te desmayes, y espero que eso suceda lo más pronto posible.

Fue a buscar una jeringa y sintió la familiar sensación de poder envolverla mientras se preparaba para arreglar lo que necesitaba ser reparado…

—Espera —dijo él—. Nada de drogas.

—¿Qué?

—Sólo hazlo. —Había una repugnante anticipación en su ojo, una que no era correcta a tantos niveles. *Deseaba* que lo lastimaran.

Entrecerró los ojos. Y se preguntó si él había permitido que le ocurriera esto.

—Lo siento. —Jane pinchó el tapón de goma de la lidocaína con la aguja. Mientras sacaba lo que necesitaba, dijo—: No hay una maldita forma de que proceda sin anestesiarte. Si realmente estás en contra de ello, búscate otro cirujano.

Dejó la pequeña botella de vidrio sobre una bandeja de acero con ruedas y se inclinó sobre su rostro, con la jeringa apuntando al aire.

—Así que, ¿qué decides? ¿A mí y esta salsa adormecedora o… eh, nadie?

La mirada amarilla llameó con furia, como si le estuviera haciendo trampas en algo.

Pero entonces el tipo que parecía un rey tomó la palabra.

—Phury, no seas idiota. Estamos hablando de tu vista. Cállate y déjala hacer su trabajo.

El ojo amarillo se cerró.

—Está bien —murmuró el tipo.

Fue dos horas después que Vishous decidió que tenía problemas. Grandes problemas. Mientras miraba las hileras de pulcras y pequeñas puntadas negras en el rostro de Phury, se sintió abrumado hasta el punto de quedar mudo.

Sip. Tenía mega problemas.

Jane Whitcomb, M.D., era una maestra cirujana. Una absoluta artista. Sus manos eran instrumentos elegantes, sus ojos agudos como el escalpelo que usaba, su concentración tan feroz y consumada como la de un guerrero en plena batalla. En ocasiones trabajaba a una velocidad avasallante, y en otras bajaba el ritmo hasta que parecía que no se estaba moviendo. El hueso orbital de Phury se había roto en varios lugares, y Jane los había unido paso a paso, removiendo esquirlas que eran blancas como ostras, taladrando el cráneo y pasando alambre entre los fragmentos, poniendo un pequeño tornillo en su pómulo.

V podía darse cuenta de que no estaba completamente feliz con el resultado por la dura mirada que tenía en el rostro cuando cerró la herida. Y cuando le preguntó cuál era el problema, le dijo que hubiera preferido poner una placa en el pómulo de Phury, pero como no tenían ese tipo de equipo a mano, sólo le quedaba esperar que el hueso se soldara rápidamente.

De principio a fin había tenido el control absoluto. Hasta el punto que lo había excitado, lo que era tanto absurdo como vergonzoso. Lo que ocurría era que nunca había conocido a una hembra —una mujer— como ella antes. Acababa de hacerse cargo de su hermano de una forma magnífica, con una habilidad que V no podía esperar igualar.

Oh… Dios… Tenia grandes problemas.

—¿Cómo está su presión arterial?

—Estable —contestó ella. Phury se había desmayado pasados unos diez minutos del inicio, aunque su respiración continuaba fuerte, lo mismo que su presión arterial.

Mientras Jane limpiaba el área alrededor del ojo y el pómulo y comenzaba a vendarla con gasa, Wrath se aclaró la garganta desde la entrada.

—¿Qué hay acerca de su vista?

—No lo sabremos hasta que él nos lo diga —dijo Jane—. No tengo forma de determinar si el nervio óptico sufrió daños o si tiene algún daño en la córnea o en la retina. De haber ocurrido cualquiera de esas cosas, va a tener que trasladarse a otro lugar para que lo subsanen, y no sólo por los limitados recursos que hay aquí. No soy cirujana oftálmica, y ni siquiera intentaría practicar ese tipo de operación.

El Rey se subió un poco las gafas sobre la recta nariz. Como si estuviera pensando en sus débiles ojos y esperando que Phury no tuviera que lidiar con ese tipo de problemas.

Después de que Jane cubriera el lado del rostro de Phury con gasa, pasó una buena cantidad de vendas alrededor de su cabeza formando un turbante, luego puso los instrumentos que había usado en un recipiente. Para evitar mirarla obsesivamente, V se ocupó de tirar las jeringas usadas, los trozos de gasa, y las agujas junto con el tubo desechable del aparato de succión.

Jane se sacó los guantes quirúrgicos.

—Hablemos de infección. ¿Cómo de susceptible es tu especie?

—No mucho. —V descendió para sentarse en la silla. Odiaba admitirlo, pero estaba cansado. Si no le hubiera obligado a descansar, a estas alturas ya estaría muerto sobre sus pies—. Nuestro sistema inmunológico es muy fuerte.

—¿Tu doctor le recetaría antibióticos como medida profiláctica?

—No.

Fue hacia Phury y lo miró fijamente como si estuviera leyendo sus signos vitales sin utilizar un estetoscopio o un brazalete para medir la presión sanguínea. Luego estiró la mano y le alisó el extravagante cabello hacia atrás. El sentido de posesión en su mirada y el gesto fastidiaron a V, aunque no debería haberlo hecho. Por supuesto que Jane tenía un interés especial en su hermano. Acababa de poner en su lugar un lado de su rostro.

Pero *aún así.*

Mierda, los machos vinculados eran un dolor en el culo, ¿no es así?

Jane se inclinó hacia el oído de Phury.

—Lo hiciste bien. Todo va a estar bien. Sólo descansa y deja que esa fantástica cicatrización que tienes se ponga a trabajar, ¿ok? —Después de palmearle el hombro, apagó la potente lámpara que había sobre la camilla—. Dios, me encantaría estudiar a tu especie.

Una ráfaga de frío llegó desde la esquina, mientras Wrath decía:

—No tienes la menor posibilidad, Doc. No haremos de conejillos de indias para los entusiastas de la raza humana.

—No tenía esperanzas de que sucediera. —Los miró a todos—. No quiero que se quede solo, así que o yo me quedo con él o alguien más lo hace. Y si me voy, voy a querer controlarlo en aproximadamente unas dos horas para ver cómo está evolucionando.

—Nosotros nos quedaremos aquí —dijo V.

—Te ves como si estuvieras a punto de caerte.

—Eso no sucederá.

—Sólo porque estás sentado.

La idea de ser débil frente a ella agudizó su voz.

—No te preocupes por mí, mujer.

Ella frunció el ceño.

—Vale, eso fue la declaración de un hecho, no preocupación. Haz lo que quieras con ello.

Ouch. Sip… simplemente ouch.

—Como sea. Estaré aquí afuera. —V se levantó y salió rápidamente.

En la sala de equipamiento agarró una botella de Aquafina del refrigerador, luego se estiró sobre uno de los bancos. Mientras abría el tapón, fue levemente consciente de que Wrath y Rhage entraban y le decían algo, pero no estaba siguiendo el hilo.

Que quisiera que Jane se preocupara por él lo volvía loco. Sentirse dolido porque no lo hacía era aún peor que un problema de ego.

Cerró los ojos y trató de ser lógico. No había dormido en semanas. La pesadilla lo había atormentado. Casi había muerto.

Había conocido a su monstruosa madre.

V sorbió la mayor parte del agua. Estaba peor que en mal estado, y debía ser por eso que captaba sentimientos. No se trataba de Jane. Era la situación. Su vida era una macedonia de líos de mierda, y esa era la razón por la cual se estaba comportando todo posesivo con ella. Porque seguro como la mierda que no le estaba dando nada en que basarse. Lo trataba como a un paciente y una curiosidad científica. ¿Y acerca del orgasmo que casi le da? Estaba condenadamente seguro de que si hubiera estado completamente despierta nunca habría sucedido. Esas imágenes que había tenido de él eran las fantasías de una mujer

respecto a estar con un monstruo peligroso. No se debían a que estuviera interesada en él en la vida real.

—Hey.

V abrió los ojos y miró a Butch.

—Hey. —El poli empujó los pies de V a un lado y se sentó en el banco—. Hombre, hizo un excelente trabajo con Phury, ¿no crees?

—Sip. —V miró la puerta abierta que daba a la sala de fisioterapia—. ¿Qué está haciendo allí dentro?

—Revisando todos los armarios. Dijo que quería ver el inventario, pero realmente pienso que quiere permanecer junto a Phury y está tratando de que parezca algo casual.

—No tiene que observarlo todo el tiempo —murmuró V.

Cuando la frase abandonó su boca, no podía creer que estuviera celoso de su hermano herido.

—Lo que quiero decir es…

—Nah. No te preocupes. Te entiendo.

Cuando Butch comenzó a hacer sonar sus nudillos, V maldijo en su interior y pensó en irse. Esos sonidos de estallidos tendían a ser el preludio a una Conversación Significativa.

—¿Qué?

Butch flexionó los brazos, su camisa Gucci estrechándose firmemente sobre sus hombros.

—*Nada*[29]. Bueno nada más que… quiero que sepas que lo apruebo.

—¿Qué cosa?

—Ella. Tú y ella. —Butch lo miró, y luego apartó la mirada—. Es una buena combinación.

En el silencio que siguió, V examinó el perfil de su mejor amigo, desde el cabello oscuro que le caía sobre la inteligente frente a la nariz rota y la sobresaliente mandíbula. Por primera vez en bastante tiempo no ansió a Butch. Lo que debería haber sido calificado como una mejoría. En vez de eso, se sintió peor por una razón diferente.

—No hay ella y yo, amigo.

—Mentira. Lo vi justo después de que me curaste. Y la conexión se está haciendo más fuerte con cada hora que pasa.

—No está pasando nada. Te estoy diciendo la verdad contante y sonante.

—Bueno, vale… ¿Cómo se siente esa agua?

—¿Disculpa?

—¿Está cálido el Nilo en esta época del año?

Mientras V ignoraba la pulla, se encontró concentrándose en los labios de Butch. En una voz muy queda dijo:

—Sabes… Quería tener relaciones sexuales contigo.

—Lo sé. —Butch giró la cabeza, y sus ojos se encontraron—. Tiempo pasado ahora, ¿eh?

—Eso creo. Sip.

Butch señaló con la cabeza hacia la sala de fisioterapia.

—A causa de ella.

—Tal vez. —V miró a través de la sala de equipamiento y captó una vista de Jane mientras recorría los armarios. La respuesta de su cuerpo cuando se dobló por la cintura fue inmediata, y tuvo que mover las caderas para evitar que la cabeza de su erección fuera exprimida como una naranja. Cuando el dolor menguó, pensó acerca de lo que había sentido por su compañero de habitación.

[29] En español en el original.

—Debo decir, que me sorprendió que te quedarás tan tranquilo con todo el asunto. Pensé que te daría escalofríos o alguna mierda así.

—No puedes evitar lo que sientes. —Butch se miró las manos fijamente, examinándose las uñas. El broche de su Piaget. La colocación de la cadena de platino en su muñeca.

—Además…

—¿Qué?

El poli negó con la cabeza.

—Nada.

—Dilo.

—Nop. —Butch se levantó y se estiró, arqueando su gran cuerpo—. Me voy de regreso al Pit…

—Tú me deseabas. Tal vez un poquito.

Butch se asentó sobre su espina dorsal, los brazos cayendo a los costados, su cabeza poniéndose en su lugar. Frunció el ceño, arrugando todo el rostro.

—Sin embargo, no soy gay.

V dejó caer la mandíbula un cuarto y sacudió la cabeza hacia delante y hacia atrás.

—¿No me digas? Eso es una *tremenda* sorpresa. Estaba seguro que toda esa mierda de soy-un-buen-chico-irlandés-católico-del-sur era una fachada.

Butch le enseñó el dedo del medio.

—Como sea. Acepto lo de los homosexuales. En lo que a mí respecta, la gente debería acostarse con quien quisiera de cualquier forma que les excitara siempre y cuando todos los involucrados fueran mayores de dieciocho y nadie saliera herido. Es sólo que yo prefiero mujeres.

—Tranquilízate. Sólo estoy bromeando.

—Mejor que así sea. Sabes que no soy “fóbico”.

—Sip, lo sé.

—Así que, ¿lo eres?

—¿Un “fóbico”?

—Gay o bisexual.

Cuando V exhaló, deseó que fuera porque tenía un cigarrillo entre los labios, y por reflejo se tanteó el bolsillo, reconfortado por el hecho de que había traído algunos porros con él.

—Mira, V, sé que te tiras hembras, pero la forma en que lo haces es sólo por el camino del cuero-y-cera. ¿Es diferente cuando lo haces con tíos?

V se acarició la perilla con la mano enguantada. Siempre había sentido como si no hubiera nada que él y Butch no pudieran decirse el uno al otro. Pero esto… esto era difícil. En gran parte porque no quería que nada cambiara entre ellos y siempre había temido que si sus tratos sexuales eran discutidos demasiado abiertamente, las cosas se pondrían muy raras. La verdad era que Butch era heterosexual por naturaleza, no sólo por entorno. ¿Y si sentía algo un poco distinto aquí y allá por V? Era una aberración que probablemente lo hiciera sentir incómodo.

V hizo rodar la botella de Aquafina entre las palmas de sus manos.

—¿Hace cuanto que quieres hacerme esa pregunta? Acerca del asunto de ser gay.

—Desde hace un tiempo.

—¿Tenias miedo de cuál sería la respuesta?

—Nop, porque no me importa que seas de una forma u otra. Estoy contigo ya sea que te gusten los machos o las hembras, o los dos.

V miró a su amigo a los ojos y se dio cuenta que… sip, Butch no iba a juzgarlo. Estarían bien sin importar nada.

Con una maldición, V se frotó el centro del pecho y parpadeó. Nunca había llorado pero sintió que podría hacerlo en ese momento.

Butch asintió como si supiera exactamente lo que le estaba pasando.

—Como dije, amigo, sea lo que sea. ¿Tú y yo? Igual que siempre, sin importar a quién te folles. Aunque… si te gustaran las ovejas, sería duro. No sé si podría soportarlo.

V tuvo que sonreír.

—No me tiro animales de granja.

—¿No puedes soportar el heno en tus pantalones de cuero?

—Ni la lana entre los dientes.

—Ah. —Butch volvió a mirar hacia atrás—. ¿Así que cual es la respuesta, V?

—¿Cuál piensas que es?

—Creo que lo has hecho con machos.

—Sip. Lo he hecho.

—Pero me imagino… —Butch movió el dedo—. Me imagino que no te gustan mucho más que las mujeres con las que haces el papel de Dom. A largo plazo ambos sexos son irrelevantes para ti porque nunca has apreciado a nadie verdaderamente. Salvo a mí. Y… a tu cirujana.

V bajó los ojos, odiando ser tan transparente, pero sin sentirse realmente sorprendido por la rutina de escaso disimulo que estaba mostrando. Él y Butch eran así. No había secretos. Y con ese estado de ánimo…

—Probablemente debería decirte algo, poli.

—¿Qué?

—Una vez violé a un macho.

Hombre, podrías haber sentido a los grillos cantar en el silencio que siguió.

Después de un rato, Butch se hundió en el banco.

—¿Lo hiciste?

—En el campamento guerrero, si derrotabas a alguien mientras entrenabas, te lo follabas ante el resto de los soldados. Y gané la primera pelea que tuve después de mi transición. El macho… creo que de cierta forma consintió. Quiero decir, se sometió, pero no estuvo bien. Yo… sí, no quería hacérselo pero no me detuve. —V sacó un cigarrillo del bolsillo y miró fijamente hacia abajo al fino rollito blanco—. Fue la noche anterior a que dejara el campamento. Justo antes… de que otras cosas me pasaran.

—¿Esa fue tu primera vez?

V sacó el encendedor pero no encendió la lumbre.

—Maldita forma de empezar, eh.

—Jesús…

—De todas formas, después de andar un tiempo por el mundo, experimenté con un montón de mierda. Estaba realmente enfadado y… sí, sencillamente cabreado —miró a Butch—. No hay mucho que no haya hecho, poli. Y la mayor parte de ello ha sido perverso, si entiendes lo que quiero decir. Siempre ha habido consentimiento, pero fue —aún es—, una conducta marginal. —V rió tensamente—. Curiosamente igual de olvidable.

Butch se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Creo que por eso me gusta Jane.

—¿Huh?

—¿Cuando la miras? Realmente la *ves*, y, ¿cuándo fue la última vez que te ocurrió eso?

V se impulsó hacia arriba, luego miró sostenidamente a Butch a los ojos.

—Te vi a ti. Aunque estuviera mal. Te vi a ti.

Mierda, sonaba triste. Triste y… solitario. Lo que provocó que quisiera cambiar de tema.

Butch le dio una palmada a V en el muslo, luego se levantó, como si supiera exactamente lo que V estaba pensando.

—Escucha, no quiero que te sientas mal. Es mi magnetismo animal. Soy irresistible.

—Sabelotodo. —La sonrisa de V no duró mucho—. No dejes que tu lado romántico se dispare acerca de mí y Jane, amigo. Es humana.

La mandíbula de Butch cayó y este le respondió con una gracia.

—No, ¿en serio? ¡Eso es *tan* increíble! Y yo pensando que era una oveja.

V le lanzó a Butch una mirada de "vete a la mierda".

—No tiene ese tipo de sentimientos hacia mí. No verdaderamente.

—¿Estas seguro?

—Sip.

—Huh. Bueno, si fuera tú probaría esa teoría antes de dejarla ir. —Butch se pasó una mano por el cabello—. Escucha, yo… mierda.

—¿Qué?

—Me alegra que me lo dijeras. Lo del asunto del sexo.

—No te dije nada nuevo.

—Es cierto. Pero me imagino que me lo dijiste porque confías en mí.

—Lo hago. Ahora vete al Pit. Marissa debe estar apunto de llegar a casa.

—Así es —Butch se dirigió hacia la puerta pero hizo una pausa y miró por encima del hombro—. ¿V?

Vishous levantó la vista.

—¿Sí?

—Creo que deberías saberlo después de esta conversación tan profunda… —Butch sacudió la cabeza solemnemente—. Aún así no saldré contigo.

Ambos prorrumpieron en carcajadas, y el poli todavía se estaba riendo cuando desapareció dentro del gimnasio.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Jane.

V se abrazó a sí mismo antes de mirarla, esperando como el infierno que no supiera cuánto le costaba aparentar ecuanimidad.

—Mi amigo se estaba haciendo el gracioso. Es el trabajo de su vida.

—Todo el mundo necesita un propósito.

—Verdad.

Se sentó en el banco frente a él, y V se la comió con los ojos como si hubiera estado en la oscuridad durante siglos y ella fuera una vela.

—¿Necesitarás alimentarte otra vez? —le preguntó.

—Lo dudo. ¿Por qué?

—Se te ha ido el color.

Bueno, tener el pecho tan contraído le hacía eso a un tipo.

—Estoy bien.

Hubo un largo silencio. Luego dijo:

—Me preocupé allí dentro.

El cansancio de su voz hizo que viera más allá de la atracción que sentía por ella y notara el hecho de que tenía los hombros caídos, que había oscuros círculos bajo sus ojos y que sus párpados estaban bajos. Estaba claramente hecha polvo.

Debes dejarla ir, pensó. *Pronto*.

—¿Por qué estabas preocupada? —preguntó.

—Es un área muy delicada para recomponerla en una situación de campo como esta —se frotó el rostro—. Dicho sea de paso, estuviste genial.

Él enarcó las cejas.

—Gracias.

Con un gemido, Jane metió los pies bajo el trasero, igual que lo había hecho en la habitación sobre aquella silla.

—Me preocupa su vista.

Hombre, cómo le gustaría poder masajearle la espalda.

—Sí, no necesita otro impedimento.

—¿Ya tiene uno?

—Una prótesis en una pierna…

—¿V? ¿Te molestaría que tuviera unas palabras contigo?

V giró la cabeza rápidamente hacia la puerta del gimnasio. Rhage había regresado, aún llevando la ropa de lucha de cuero.

—Hey, Hollywood. ¿Qué pasa?

Jane se desenroscó.

—Puedo ir a la otra…

—Quédate —dijo V. Nada de esto sería permanente para ella, así que no importaba lo que escuchara. Y además… había una parte de él —una parte melosa que lo hacía desear pegarse a sí mismo con una botella de licor en la cabeza— que deseaba sacarle el jugo a cada segundo que tuviera con ella.

Cuando se acomodó nuevamente en su lugar, V asintió hacia su hermano.

—Habla.

Rhage miró a uno a otro, a V y a Jane, con sus ojos verde azulados demasiados sagaces para el gusto de V. Luego el tipo se encogió de hombros.

—Encontré un *lesser* incapacitado esta noche.

—¿Incapacitado de qué forma?

—Destripado.

—¿Por uno de los suyos?

Rhage miró hacia la puerta de la sala de fisioterapia.

—Nop.

V miró en esa dirección y frunció el ceño.

—¿Phury? Oh, vamos, nunca saldría con una mierda de Clive Barker. Debe haber sido una pelea descomunal.

—Estamos hablando de cortado a tiras, V. Cortes quirúrgicos. Y no es como si la cosa se hubiera tragado las llaves del coche del hermano y estuviera tratando de recuperarlas. Creo que lo hizo porque sí, sin una buena razón.

Bueno… mierda. De toda la Hermandad, Phury era el caballero, el noble guerrero, el boy scout… correcto en todo. Tenía toda clase de reglas para sí mismo, y el honor en el campo de combate era una de ellas, aunque sus enemigos no se merecieran el favor.

—No puedo creerlo —murmuró V—. Quiero decir… joder.

Rhage sacó una piruleta del bolsillo, le quitó el envoltorio y se la metió en la boca.

—No me importa una mierda si quiere cortar a tiritas a esos hijos de puta como si fueran devoluciones de impuestos. Lo que no me convence es lo que está provocando este comportamiento. Si está acuchillando de esa forma, hay una frustración muy grande

corriendo dentro de él. Además, si la razón de que le partieran la cara esta noche se debió a que estaba ocupado jugando a *Motosierras II*, entonces es un problema de seguridad.

—¿Se lo dijiste a Wrath?

—Aún no. Iba a hablar con Z primero. Asumiendo que todo salga bien en la consulta que tenía Bella con Havers esta noche.

—Ah… entonces ese es el *por qué* de Phury, ¿verdad? Si cualquier cosa llegara a ocurrirle a esa hembra o al niño que lleva dentro, tendremos que lidiar con ambos, como si lo estuviera viendo. —V maldijo para sí mismo, pensando súbitamente en todos los embarazos que habría en su futuro. *Joder*. Esa mierda del *Primale* iba a matarlo.

Rhage mordió la piruleta, el crujido amortiguado por sus perfectas mejillas.

—Phury tiene que dejar de lado la obsesión que siente por ella.

V miró hacia el suelo.

—No me cabe duda de que lo haría si pudiera.

—Escucha, voy a ir a buscar a Z. —Rhage se sacó el palito blanco de la boca y lo envolvió en el papel púrpura—. ¿Vosotros dos necesitáis algo?

V miró a Jane. Sus ojos estaban sobre Rhage y estaba apreciándolo como lo haría un doctor, tomando nota de la composición de su cuerpo, haciendo cálculos en el interior de su mente. O, al menos, V esperaba que eso fuera lo que estaba pasando. Hollywood era un bastardo muy atractivo.

Cuando los colmillos de V palpitaron a modo de advertencia, se preguntó si alguna vez recuperaría su calma y tranquilidad. Parecía como si cuando estaba con Jane estuviera celoso de todo lo que llevara pantalones.

—No, estamos bien —le dijo al hermano—. Gracias, hombre.

Después de que Rhage se fue y cerró la puerta, Jane se movió sobre el banco, estirando las piernas. Con una ráfaga de satisfacción, V se dio cuenta de que estaban sentados exactamente en la misma posición.

—¿Qué es un *lesser*? —preguntó.

Se llamó a sí mismo perdedor cuando la miró.

—Un asesino no muerto que trata de cazar a mi raza hasta llevarla a la extinción.

—¿No muerto? —su frente se arrugó, como si su cerebro rechazara lo que acababa de oír. Como si fuera un aparato que no hubiera pasado el control de calidad.

—¿No muerto cómo?

—Larga historia.

—Tenemos tiempo.

—No tanto. No mucho.

—¿Fue eso lo que te disparó?

—Sip.

—¿Y lo que atacó a Phury?

—Sip.

Hubo un largo silencio.

—Entonces estoy contenta de que cortara a ese.

Las cejas de V bailaron en el inicio de su cabello.

—¿Lo estás?

—La genetista que hay en mí aborrece la extinción. El genocidio es… absolutamente imperdonable. —Se puso de pie y fue hacia la puerta a mirar a Phury—. ¿Los matas? ¿A los… *lessers*?

—Para eso estamos. Mi hermano y yo fuimos engendrados para luchar.

—¿Engendrados? —Sus ojos verde oscuro se trasladaron hacia los de él—. ¿Qué quieres decir?

—La genetista en ti sabe exactamente lo que quiero decir. —Cuando la palabra *Primale* rebotó agudamente en su cráneo como una bala perdida, se aclaró la garganta. Mierda, verdaderamente no tenía ninguna prisa por hablar de su futuro como el semental de las Elegidas con la mujer con la que realmente deseaba estar. Que se iría. Como el atardecer.

—¿Y este es un establecimiento para entrenar a más como vosotros?

—Bueno, soldados que nos apoyen. Mis hermanos y yo somos algo diferentes.

—¿Cómo es eso?

—Como dije, fuimos específicamente engendrados para que fuéramos fuertes, resistentes y sanáramos rápidamente.

—¿Por quien?

—Otra larga historia.

—Ponme a prueba. —Cuando no contestó, le presionó—. Vamos. Bien podemos hablar, y realmente estoy interesada en tu raza.

No en él. En su raza.

V se tragó una maldición. Hombre, si se pusiera un poco más tierno por ella estaría usando esmalte para uñas.

Realmente quería encender el cigarrillo que tenía en la mano, pero no iba hacerlo en su presencia.

—Las cosas habituales. Los machos más fuertes se apareaban con las hembras más sagaces. Lo que daba como resultado tipos como yo, que son la mejor apuesta para la protección de la raza.

—¿Y las hembras nacidas de estas uniones?

—Eran la base de la vida espiritual de la raza.

—¿Eran? ¿Así que esa especie de apareamiento selectivo ya no se realiza?

—En realidad… está comenzando otra vez. —Demonios, realmente necesitaba un cigarrillo—. ¿Me disculpas?

—¿A dónde vas?

—Al gimnasio, a fumar. —Deslizó el porro entre los labios, se puso de pie, y salió quedándose justo detrás de la puerta de la sala de equipamiento. Apoyándose contra la pared de cemento del gimnasio, dejó la botella de Aquafina entre los pies e hizo uso de su encendedor. Mientras pensaba en su madre, exhaló un ahumado *joder*.

—La bala era rara.

V giró la cabeza bruscamente. Jane estaba en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, el cabello rubio desordenado como si se hubiera estado pasando la mano a través de él.

—¿Disculpa?

—La bala que te dio. ¿Usan armas diferentes?

Sopló su siguiente raudal de humo en dirección contraria, lejos de ella.

—¿En qué sentido era rara?

—Habitualmente las balas tienen forma cónica, la parte de arriba termina en un ángulo agudo si es un rifle o un poco más roma si es una pistola. La que tienes dentro es redonda.

V dio otra calada a su cigarrillo liado a mano.

—¿Viste eso en los rayos X?

—Sí, se veía como plomo normal, al menos fue lo que pude apreciar. La bala era levemente irregular en sus bordes, pero eso probablemente fuera causado al estrellarse contra tus costillas.

—Bueno… sólo Dios sabe qué nuevo tipo de tecnología están ensayando los *lessers*. Al igual que nosotros, tienen sus juguetes. —Miró la punta del cigarrillo—. Hablando de eso, debería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme.

—De nada. —Se rió un poco—. Me quedé tan sorprendida cuando vi tu corazón.

—¿En serio?

—Nunca había visto algo así antes. —Señaló la sala de fisioterapia con la cabeza—. Quiero quedarme con vosotros hasta que tu hermano esté completamente curado, ¿Está bien? Tengo un mal presentimiento acerca de él. No puedo definirlo… se ve bien, pero mis instintos están gritando, y cuando se disparan así siempre me arrepiento si no les hago caso. Además, de todas formas, no estoy obligada a regresar a la vida real hasta el lunes por la mañana.

V se quedó congelado con el pitillo liado a mano en medio del camino hacia sus labios.

—¿Qué? —dijo—. ¿Hay algún problema con eso?

—Ah… no. Ningún problema. Para nada.

Se quedaba. Un poco más.

V sonrió para sí mismo. Así que esto era lo que se sentía cuando ganabas la lotería.

CAPÍTULO 19

Mientras John estaba parado en la cola enfrente de ZeroSum con Blay y Qhuinn, no estaba feliz ni tampoco cómodo. Llevaban esperando para entrar en el club durante más o menos hora y media, y lo único bueno era que la noche no era demasiado fría, con lo que no se les congelaron las pelotas.

—No me estoy volviendo nada joven aquí. —Qhuinn golpeó los pies contra el suelo—. Y no me arreglé tanto para hacer de florero en esta cola.

John tuvo que admitir que el tío parecía elegante esta noche, camisa negra con el cuello abierto, pantalones negros, botas negras, cazadora negra de cuero. Con su cabello oscuro y ojos inquietos, estaba atrayendo un montón de atención por parte de las hembras humanas. Por ejemplo, ahora mismo dos morenas y una pelirroja estaban avanzando por la cola, y quién lo hubiera dicho, las tres giraron la cabeza cuando pasaron al lado de Qhuinn. Este fue típicamente descarado al corresponderles las miradas.

Blay maldijo.

—Aquí mi colega va a ser un peligro público, ¿verdad?

—Ya puedes creerlo. —Qhuinn se subió los pantalones—. Estoy muerto de hambre.

Blay sacudió la cabeza, y luego comprobó la calle. Había hecho eso muchas veces, con ojos agudos, el brazo izquierdo en el bolsillo de la cazadora. John sabía lo que estaba en esa palma, la culata de una nueve milímetros. Blay estaba armado.

Dijo que había obtenido la pistola de un primo suyo, y que todo era confidencial. Pero claro, tenía que serlo. Una de las reglas del programa de entrenamiento era que supuestamente no debías llevar armas cuando salías. Era una buena regla, basada en la teoría de que tener poco conocimiento era algo peligroso, y en lo que refería a luchar, los estudiantes no deberían mostrarse audaces como si tuvieran medio cerebro. Aún así, Blay había dicho que no iba a bajar al centro sin algo de metal, y John había decidido fingir que no sabía qué era ese bulto.

Había una pequeña parte de él que pensaba que si se encontraran con Lash puede que no fuera tan mala idea tenerla.

—Bien, eh, señoritas —dijo Qhuinn—. ¿Adónde vais?

John miró hacia ellas. Un par de rubias estaban delante de Qhuinn, mirándolo como si su cuerpo fuera la tienda de chuches en un cine y se estuvieran preguntando si empezar con las chocolatinas o las gominolas.

La de la derecha, que tenía el cabello largo hasta el trasero y una falda tan grande como una servilleta de papel, sonrió. Sus dientes eran tan blancos que brillaban como perlas.

—Íbamos a ir a Screamer pero… si vais a entrar aquí, puede que cambiemos nuestros planes.

—Hazlo fácil para todos y únete a nosotros en la cola. —Qhuinn se inclinó en una reverencia, moviendo la mano delante de él.

La rubia miró a su amiga, luego hizo una maniobra Betty Boop, moviendo el cabello y las caderas. Parecía muy ensayado.

—Sencillamente adoro a un caballero.

—Lo soy hasta la médula. —Estiró la mano, y cuando Betty la cogió, la puso en la cola. Un par de tíos fruncieron el ceño, pero una mirada de Qhuinn y pararon de hacerlo, lo que era entendible. Era más alto y ancho que ellos, un trailer frente a sus camionetas.

—Estos son Blay y John.

Las muchachas sonrieron abiertamente a Blay, que se sonrojó hasta quedar del color de su cabello, y luego hicieron una pasada superficial sobre John. Este recibió un rápido par de saludos con la cabeza y entonces la atención de ellas volvió a sus amigos.

Poniendo las manos en la cazadora que le habían prestado, se apartó para que la amiga de Betty pudiera apretujarse al lado de Blay.

—¿John? ¿Estás bien ahí? —preguntó Blay.

Asintió y miró a su amigo, señalando rápidamente:

Sólo distraído.

—Oh, Dios mío —dijo Betty.

Volvió a meter las manos en los bolsillos. Mierda, sin duda había notado que había usado el lenguaje por señas, y ahora sucedería una de estas dos cosas: o pensaría que era mono, o le daría pena.

—¡Tu reloj es muy guay!

—Gracias nena —dijo Blay—. Lo acabo de comprar. Urban Outfitters[30].

Oh, claro. No había notado para nada a John.

Veinte minutos después finalmente llegaron a la entrada del club, y fue un milagro que John pasara. Los gorilas de la puerta inspeccionaron su identificación casi con un microscopio de protones, y estaban empezando a negar con la cabeza cuando vino un tercero, echó un vistazo a Blay y Qhuinn, y los dejó pasar a todos.

Tras avanzar dos pasos por la puerta, decidió que ese no era su estilo. Había gente por todas partes, enseñando tanta piel que bien podrían estar en la playa. Y esa pareja que estaba allí... mierda, ¿estaba la mano de ese tío bajo su falda?

No, era la mano del tío que tenía detrás. Al que no estaba besando.

Por todo el lugar, la música tecno sonaba muy fuerte, los estridentes golpes resonando a través de un aire que estaba viciado con sudor y perfume, y algo almizcleño que sospechaba era sexo. Los láser atravesaban la tenue luz, evidentemente apuntando a los ojos, porque a cualquier lado que miraba, se le clavaban con fuerza.

Ojalá tuviera gafas de sol y tapones para los oídos.

Volvió a mirar a la pareja… er, al trío. No estaba seguro, pero la mujer parecía tener las manos en los pantalones de ambos.

Qué tal una venda en los ojos pensó.

Con Qhuinn a la cabeza, los cinco se movieron a una zona separada por medio de cuerdas, que estaba vigilada por matones del tamaño de coches. En el otro lado de la barricada de idiotas musculosos, separada de la gentuza por una pared de agua cayendo, había gente elegante sentada en reservados de cuero, del tipo que llevaba trajes de diseño y sin duda bebía algún licor que John no podía pronunciar.

Qhuinn se dirigió a la parte trasera del club como una paloma mensajera, escogiendo un sitio contra la pared con una buena vista de los movimientos sobre la pista y acceso fácil a la barra. Recibió los pedidos de bebida de las chicas y Blay, pero John simplemente negó con la cabeza. Este no era un buen ambiente para soltarse siquiera un poco.

Todo le recordaba al tiempo antes de que fuera a vivir con la Hermandad. Cuando había estado solo en el mundo, acostumbrado a ser el más pequeño de todos, y hombre, eso era cierto aquí. Todo el mundo era más alto que él, la multitud lo sobrepasaba, incluso las

[30] Tienda de ropa en Manhattan, una especie de Zara neoyorquina, es decir, con precios bajos, ropa que imita las últimas tendencias, pero más loca, abigarrada y moderna que la cadena española. Es una tienda con música demasiado alta, ropa revuelta y mucha diversión.

mujeres. Y eso sacó todos sus instintos, si tenías pocos recursos físicos con los que protegerte, tenías que contar con tus crispados sentidos, dos pies y arrastrar el culo era la estrategia que siempre le había salvado.

Bueno, salvado excepto por aquella única vez.

—Dios... eres tan genial. —En ausencia de Qhuinn, las chicas estaban sobre Blay, especialmente Betty, que parecía creer que era un poste para acariciar.

Evidentemente, Blay no tenía soltura con el sexo opuesto, porque no tuvo una respuesta rápida. Pero definitivamente no la estaba apartando, dejaba que las manos de Betty fueran donde quisieran.

Qhuinn vino paseando tranquilamente desde la barra con un sonido metálico de bolas de latón. Jesús, estaba en su ambiente, dos Coronas en cada mano, los ojos fijos en las chicas. Se movía como si ya estuviera teniendo sexo, moviendo las caderas al avanzar, sus hombros girando como los de un tío con sus partes en funcionamiento y preparadas para ser usadas.

Las chicas se estaban tragando esa mierda, y sus ojos ardían mientras avanzaba entre la multitud.

—Señoritas, necesito una propina por mis esfuerzos. —Le deslizó a Blay una de las cervezas, tomó un trago de otra y sostuvo el otro par por encima de su cabeza—. Dadme un poco de lo que quiero.

Betty se había puesto las pilas, apoyando ambas manos en su pecho y estirándose. Qhuinn inclinó la cabeza un poco, pero no la ayudó mucho. Sólo hizo que tuviera que esforzarse más. Cuando sus labios se encontraron, los de Qhuinn formaron una sonrisa... y este estiró la mano para acercar a la otra chica. A Betty no pareció importarle lo más mínimo, y ayudó a acercar a su amiga.

—Vamos al servicio —dijo Betty en un aparte.

Qhuinn se inclinó pasando a Betty y le dio un beso francés a su amiga.

—¿Blay? ¿Quieres unirte?

Blay echó hacia atrás su cerveza, tragando con fuerza.

—Nah, me voy a quedar por aquí. Sólo quiero estar tranquilo.

Sus ojos mostraron que mentía cuando se deslizaron sobre John durante una fracción de segundo.

Algo que cabreó a John.

No necesito una niñera.

—Lo sé, colega.

Las chicas fruncieron el ceño mientras colgaban de los hombros de Qhuinn como un par de cortinas, como si John estuviera siendo un niño caprichoso arruinando la diversión. Y parecieron absolutamente enojadas cuando Qhuinn empezó a separarse de ellas.

John atravesó a su colega con ojos duros.

Joder, ni se te ocurra pensar en echarte atrás. No te volveré a hablar.

Betty inclinó la cabeza, su cabello rubio cayendo sobre el antebrazo de Qhuinn.

—¿Qué pasa?

John señaló:

Dile que no pasa nada, y vete a echar un polvo. Joder, lo digo en serio, Qhuinn.

Qhuinn le señaló respondiendo:

No me siento bien dejándote.

—¿Pasa algo? —gorjeó Betty.

Si no vas, me marcho. Saldré de este club, Qhuinn. En serio.

Los ojos de Qhuinn se cerraron brevemente. Luego, antes de que Betty volviera a decir si pasaba algo, dijo:

—Vamos, señoritas. Volveremos ahora mismo.

Mientras Qhuinn se giraba y las chicas iban con él, señaló:

Blay, vete a echar un polvo. Esperaré aquí. Cuando su amigo no respondió, señaló:

¿Blay? ¡Mueve el culo y vete!

Hubo un momento de indecisión.

—No puedo.

¿Por qué?

—Porque... eh, prometí que no te dejaría.

John se enfrió.

¿Le prometiste a quién?

Las mejillas de Blaylock se encendieron tan brillantes como un semáforo.

—Zsadist. Justo después de pasar el cambio, me llevó a un lado en clase y me dijo que si alguna vez saliéramos contigo... ya sabes.

La ira se deslizó en la cabeza de John e hizo que su cráneo zumbara.

—Sólo hasta que cambies, John.

John sacudió la cabeza, porque eso es lo que hacías cuando no tenías voz y querías gritar. De golpe, el dolor latiente tras sus ojos volvió.

Sabes que te digo ,señaló, *si estás preocupado por mí, dame tu pistola*.

En ese momento una morena despampanante pasó con un corsé y un par de pantalones que parecían como si hubieran sido puestos sobre ella con una paleta para masilla. Los ojos de Blay se centraron en ella y el aire cambió a su alrededor, su cuerpo soltando calor.

Blay, ¿qué me va a pasar aquí? Incluso si Lash trae...

—Le han prohibido la entrada a este club. Por eso quise venir aquí.

¿Cómo...? Déjame adivinar... Zsadist. ¿Te dijo que sólo podíamos venir aquí?

—Tal vez.

Dame la pistola y vete.

La morena se colocó en la barra y miró por encima del hombro. Directamente a Blay.

No me estás abandonando. Ambos estamos en el club. Y realmente me estoy cabreando.

Hubo una pausa. Después la pistola cambió de manos y Blay se tragó la cerveza como si estuviera condenadamente nervioso.

Buena suerte, señaló John.

—Joder, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Ni siquiera estoy seguro de que quiera hacer esto.

Lo quieres. Y ya te las ingeniarás. Ahora vete antes de que encuentre a otro.

Cuando estuvo finalmente solo, se apoyó contra la pared y cruzó sus pequeños tobillos. Mirando a la multitud, les tuvo envidia.

No mucho después, una sacudida de reconocimiento lo recorrió, como si alguien hubiera dicho su nombre. Miró a su alrededor, preguntándose si Blay o Qhuinn habían gritado llamándolo. No. Qhuinn y las rubias no se veían por ninguna parte, y Blay se estaba inclinando con cautela hacia la morena en la barra.

Excepto que estaba seguro que alguien lo estaba llamando.

Se puso a mirar en serio, centrándose en la multitud que tenía delante. Había gente por todas partes, pero nadie en particular a su alrededor, y estaba a punto de decidir que estaba loco cuando vio a una extraña que conocía completamente.

La hembra estaba parada entre las sombras al final de la barra, el brillo rosa y azul de las botellas de licor que tenía detrás apenas la iluminaban. Alta y con la corpulencia de un hombre, tenía cabello negro muy corto y cara de no-me-jodas que anunciaba alto y claro que te metías con ella por tu cuenta y riesgo. Sus ojos eran letalmente inteligentes, serios para la lucha y... fijos en él.

Su cuerpo se volvió instantáneamente loco, como si alguien estuviera frotando su piel para darle mayor brillo mientras lo azotaba con algo de cinco por diez centímetros, al instante estaba sin aliento, mareado y sonrojado, pero por lo menos se olvidó del dolor de cabeza.

Dulce Jesús, estaba viniendo hacia él.

Su andar era poderoso y confiado, como si estuviera acechando a una presa, y hombres más corpulentos que ella se apartaron de su camino tan rápidos como ratones. Mientras se acercaba, recolocó torpemente su cazadora, intentando tener aspecto más masculino. Lo que era *muy* gracioso.

Su voz era profunda.

—Soy la jefa de seguridad de este club, y voy a tener que pedirte que vengas conmigo.

Le cogió el brazo sin esperar su respuesta y lo llevó a un oscuro pasillo. Antes de que supiera lo que estaba pasando, lo empujó en lo que era obviamente una habitación de interrogatorios y lo aplastó contra la pared como un póster de Elvis.

Cuando le apretó la tráquea con el antebrazo, él jadeó, lo cacheó. Su mano era rápida e impersonal mientras pasaba por su pecho y bajaba hasta sus caderas.

John cerró los ojos y tembló. Santa mierda, esto era excitante. Si hubiera sido capaz de tener una erección, estaba bastante seguro que ahora mismo estaría duro como un martillo.

Y entonces recordó que la pistola sin identificar de Blay estaba en el gran bolsillo negro de los pantalones que le habían prestado.

Mierda.

En la sala de equipamiento del Complejo, Jane se sentó en el banco que le permitía ver al tipo que había operado. Estaba esperando a que V terminara su cigarrillo, y el débil olorcillo de su exótico tabaco hizo que le picara la nariz.

Dios, aquel sueño sobre él. La manera en que la mano de V se había movido entre sus...

Cuando comenzó a sentir anhelo, cruzó las piernas y las apretó con fuerza.

—¿Jane?

Se aclaró la garganta.

—¿Sí?

Su voz era baja y se deslizaba por la puerta abierta, arrastrando las palabras de forma sensual e incorpórea.

—¿En qué estás pensando?

Oh, claro, sí, como si le fuera a decir que estaba fantaseando...

Espera un minuto.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —como se mantuvo en silencio, frunció el ceño—. ¿Fue un sueño? ¿O hiciste...

No hubo respuesta.

Se inclinó hacia delante hasta ser capaz de verlo a través del marco de la puerta. V estaba exhalando mientras metía la colilla en una botella de agua.

—¿Qué me hiciste? —exigió.

V cerró la tapa con fuerza, provocando que los músculos de sus antebrazos se flexionaran.

—Nada que no querías que te hiciera.

Aunque no la estaba mirando, lo apuntó con el dedo como si fuera una pistola.

—Te lo dije. Quédate fuera de mi cabeza.

Sus ojos se abrieron y miraron los de Jane. Oh... Dios... estaban ardiendo, blancos como estrellas, calientes como el sol. En el instante que golpearon su cara, su sexo floreció para él, una boca abriéndose ampliamente, esperando que la alimentaran.

—No —dijo Jane, aunque no sabía para qué se molestaba. Su cuerpo hablaba por sí mismo, y él lo sabía condenadamente bien.

Los labios de V se torcieron en una dura sonrisa, y aspiró profundamente.

—Adoro tu olor ahora mismo. Me hace desear hacer algo más que simplemente meterme en tu cabeza.

Vaaaale, evidentemente le gustaban las mujeres, además de los hombres.

Abruptamente la expresión de V se desvaneció.

—Pero no te preocupes. No haré eso.

—¿Por qué no? —mientras la pregunta salía, Jane se maldijo. Si le decías a un hombre que no lo deseabas, y luego él decía que no tendría sexo contigo, generalmente la reacción que querías tener no era algo que sonaba como una protesta.

V se inclinó a través de la puerta y lanzó la botella al otro lado de la habitación. Esta cayó en una papelera con un resuelto destello, como si estuviera volviendo a casa después de un viaje de trabajo, y estuviera condenadamente aliviada de estar de vuelta.

—No te gustaría conmigo. Realmente no.

Estaba tan equivocado.

Cállate.

—¿Por qué?

¡*Mierda*! Por el amor de Dios, ¿qué estaba diciendo?

—Simplemente no te gustaría lo que realmente soy. Pero me alegré de lo que pasó mientras dormías. Te sentí perfecta, Jane.

Deseaba que dejara de usar su nombre. Cada vez que salía de sus labios, sentía como si la estuviera enroscando, arrastrándola por aguas que no entendía hasta una red en la que sólo podía debatirse hasta que se lastimara.

—¿Por qué no me gustaría?

Cuando el torso de V se expandió, supo que estaba oliendo su excitación.

—Porque me gusta el control, Jane. ¿Entiendes lo que digo?

—No, no lo entiendo.

Se giró hacia ella, llenando el marco de la puerta, y los ojos de Jane fueron directos a sus caderas, traidores como eran. Santa mierda, estaba erecto. Totalmente excitado. Podía ver el grueso contorno pulsando contra los botones del pijama de franela que llevaba puesto.

Jane se tambaleó, aunque estaba sentada.

—¿Sabes lo que es un Dom? —dijo en voz baja.

—Dom... como un... —*Whoa*—. ¿Dominante sexual?

Asintió con la cabeza.

—Así es el sexo conmigo.

Los labios de Jane se abrieron y tuvo que mirar a otro lado. O hacía eso o iba a arder. No tenía experiencia con todo ese modo alternativo de vida. Demonios, no tenía demasiado tiempo para sexo normal, mucho menos para verse envuelta en esos extremos.

Maldita fuera, pero ahora mismo, peligroso y salvaje con él parecía condenadamente atractivo. Aunque tal vez eso era porque, a todos los efectos, esta no era la vida real, aunque estaba despierta.

—¿Qué haces? —preguntó—. Quiero decir, ¿las... atas?

—Sí.

Esperó a que V continuara. Cuando no lo hizo, susurró.

—¿Algo más?

—Sí.

—Dime.

—No.

Así que había dolor implicado, pensó. Les hacía daño antes de joderlas. Probablemente también haciéndolo. Y aún así... recordó cuando sujetó a Red Sox en sus brazos tan gentilmente. ¿Tal vez con hombres era diferente para él?

Genial. Un vampiro bisexual dominante con pericia secuestrando. Hombre, no debería sentirse así hacia él, por muchas razones.

Jane se cubrió la cara con las manos, pero desafortunadamente eso sólo impidió que lo mirara. No había escape de lo que sucedía en su cabeza. Lo... deseaba.

—Maldita sea —masculló.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Dios, que mentirosa era.

—Mentirosa.

Genial, también sabía eso.

—No quiero sentirme como lo hago ahora mismo, ¿vale?

Hubo una larga pausa.

—¿Y cómo te sientes, Jane? —cuando no dijo nada, V murmuró—. No te gusta desearme, ¿cierto? ¿Es porque soy un pervertido?

—Sí.

La palabra simplemente salió disparada de su boca, aunque realmente no era la verdad. Si era franca consigo misma, el problema era más que eso... siempre se había sentido orgullosa de su inteligencia. La mente por encima de la emoción y la toma de decisiones gobernadas por la lógica eran las cosas que nunca la habían decepcionado. Y aún así, aquí estaba, codiciando algo, con sus instintos diciéndole que estaría mucho, mucho mejor sin ello.

Cuando se hizo un largo silencio, dejó caer una mano y miró a la puerta. Él ya no estaba entre las jambas, pero Jane sintió que no se había ido muy lejos. Se inclinó de nuevo hacia delante y lo vio. Estaba apoyado contra la pared, con la mirada más allá de las colchonetas azules del gimnasio como si estuviera mirando por encima del mar.

—Lo siento —dijo —. No lo decía en ese sentido.

—Sí, lo decías. Pero no importa. Soy lo que soy. —Su mano enguantada se flexionó, y sintió que lo hacía de forma inconsciente.

—La verdad es… —cuando no completó la frase, una de las cejas de V se arqueó, aunque no la miró. Jane se aclaró la garganta—. La verdad es, la supervivencia es algo bueno, y debería dictar mis reacciones.

—¿Y no lo hace?

—No… siempre. Contigo, no siempre.

Sus labios se curvaron un poco.

—Entonces, por una vez en la vida, me alegro de ser diferente.

—Estoy asustada.

Se puso serio al instante, sus brillantes ojos diamantinos encontrando los de Jane.

—No lo estés. No te haré daño. Y tampoco dejaré que nadie te lo haga.

Por una fracción de segundo las defensas de Jane cayeron.

—¿Lo prometes? —dijo con la voz ronca.

V puso su mano enguantada sobre el corazón que ella había arreglado y pronunció un hermoso torrente de palabras que no entendió. Después le tradujo.

—Por mi honor y la sangre en mis venas, lo juro.

Los ojos de Jane se apartaron y desafortunadamente cayeron en un estante con nunchakus. Las armas colgaban de clavos, sus mangos negros yaciendo como brazos de unos hombros con cadenas, preparados para hacer un daño mortal.

—Nunca en mi vida he estado tan asustada.

—Joder… lo siento, Jane. Siento todo esto. Y te dejaré marchar. De hecho, ahora eres libre para irte cuando quieras. Simplemente dilo y te llevaré a casa.

Lo volvió a mirar y observó su rostro. Su barba había crecido alrededor de la perilla, oscureciendo su barbilla y sus pómulos, dándole un aspecto todavía más siniestro. Con esos tatuajes alrededor del ojo y su enorme tamaño, si se hubiera encontrado con él en un callejón, habría huido aterrorizada incluso sin saber que era un vampiro.

Y aún así, ahí estaba, confiando en que la mantuviera a salvo.

¿Eran sus sentimientos reales? ¿O de hecho estaba hasta el cuello con el síndrome de Estocolmo?

Examinó el amplio pecho, sus apretadas caderas y sus largas piernas. Dios, fuera lo que fuese, lo deseaba como ninguna otra cosa.

Soltó un suave gruñido.

—Jane…

—Mierda.

Él también maldijo y después encendió el siguiente cigarrillo. Mientras exhalaba, dijo:

—Hay otra razón por la que no puedo estar contigo.

—¿Cuál es?

—Muerdo, Jane. Y no seré capaz de detenerme. No contigo.

Recordó del sueño la sensación de los colmillos recorriendo su cuello con un suave arañazo. Su cuerpo se inundó de calor incluso mientras se preguntaba cómo podría querer semejante cosa.

V retrocedió hasta el marco de la puerta, con el cigarrillo en su mano enguantada. Estelas de humo se elevaron de la punta del cigarro liado, delgadas y elegantes como el cabello de una mujer.

Mirándola fijamente a los ojos, levantó su mano libre y la pasó por su pecho, bajando por su vientre, hasta la pesada erección detrás del delgado pantalón del pijama de franela. Cuando se agarró a sí mismo, Jane tragó con fuerza, pura lujuria aplastándola al estilo linebacker[31] , golpeándola con tanta fuerza que casi se cayó del asiento.

—Si me dejas —dijo V en voz baja—, te encontraré de nuevo en tu sueño. Te encontraré y terminaré lo que empecé. ¿Te gustaría eso, Jane? ¿Te gustaría correrte para mí?

Desde fuera de la sala de fisioterapia, sonó un gemido.

[31] Los linebackers son los jugadores que se colocan detrás de la línea defensiva, Futbol Americano.

Jane se tropezó al levantarse del banco y se dirigió a comprobar el estado de su nuevo paciente. La huida era obvia, pero daba igual… había perdido la cabeza, así que a estas alturas el orgullo apenas era una preocupación.

En la camilla, Phury se estaba retorciendo de dolor, dándose golpes en la venda que tenía en un costado de la cara.

—Hey… calma. —Puso la mano en su brazo, deteniéndolo—. Calma. Estás bien.

Le acarició el hombro y habló con él hasta que se tranquilizó con un temblor.

—Bella… —dijo.

Muy consciente de que V estaba parado en la esquina, le preguntó.

—¿Es su mujer?

—La mujer de su gemelo.

—Oh.

—Sí.

Jane cogió un fonendoscopio y el tensiómetro para medir la presión sanguínea, y comprobó rápidamente sus constantes vitales.

—¿Tu especie normalmente tiene baja la presión sanguínea?

—Sí. También el ritmo cardíaco.

Puso la mano sobre la frente de Phury.

—Está caliente. Pero vuestra temperatura interior es más alta que la nuestra, ¿verdad?

—Así es.

Dejó que sus dedos se deslizaran en el cabello multicolor de Phury, recorriendo las gruesas ondas, deshaciendo los enredos. Había una especie de sustancia negra aceitosa en él…

—No toques eso —dijo V.

Apartó la mano de golpe.

—¿Por qué? ¿Qué es?

—La sangre de mis enemigos. No la quiero sobre ti. —Se dirigió a ella a zancadas, la cogió por la muñeca y la llevó a una pila.

Aunque iba contra su naturaleza, Jane se quedó quieta y obediente como una niña mientras le enjabonaba las manos y las lavaba. Sentir su palma desnuda y su guante de cuero deslizándose entre sus dedos… la espuma del jabón lubricando la fricción… su calor filtrándose en ella y recorriendo su mano, la volvió imprudente.

—Sí —dijo Jane mientras miraba lo que V estaba haciendo.

—¿Sí, qué?

—Ven a mí nuevamente cuando duerma.

CAPÍTULO 20

Como jefa de seguridad del ZeroSum, Xhex no quería ningún tipo de arma en su local, pero especialmente no quería mocosos insignificantes con fetiches de metal corriendo de aquí para allá armados hasta sus pelotas del tamaño de monedas de diez centavos.

Así era como ocurrían las llamadas al 911. Y odiaba tratar con el departamento de policía de Caldwell.

Así que con eso en mente, no pensaba en disculparse mientras maltrataba al actual mierdecilla en cuestión y encontraba el arma que había tomado del pelirrojo que había estado parado junto a él. Sacando la nueve milímetros de los pantalones del chico, abrió el cargador y tiró la funda de la Glock sobre la mesa. Se guardó el cargador de balas en sus pantalones de cuero y lo cacheó buscando la identificación. Mientras le palmeaba el cuerpo entero, pudo sentir que era uno de su raza, y de algún modo eso hizo que le costara menos esfuerzo hacerlo.

Aunque no había razón para ello, ya que los humanos no tenían la exclusiva para ser estúpidos.

Le dio la vuelta y lo empujó a una silla, sujetándolo por el hombro mientras abría su cartera. En el permiso de conducir leyó John Matthew, y la fecha de nacimiento lo situaba en los veintitrés. La dirección era de una zona de la ciudad de casas de familia de clase media en la que estaba dispuesta a apostar que nunca había puesto los ojos.

—Sé lo que dice tu identificación, pero ¿quién eres realmente? ¿Quién es tu familia?

Él abrió la boca un par de veces, pero no salió nada porque estaba claramente asustado como la mierda. Lo cuál tenía sentido. Despojado de su ostentación, no era más que un enano *pretrans*, con los brillantes ojos azules abiertos como pelotas de baloncesto en el pálido rostro.

Sí, era de los duros, muy bien. Clic, clic, bang, bang, y toda esa mierda de mafioso. Cristo, estaba aburrida de aplastar poses de pega como ésta. Quizá era hora de independizarse un poco, de volver a hacer lo que mejor le salía. A fin de cuentas, siempre había demanda de asesinos en los círculos correctos. Y como era medio *symphath*, la satisfacción laboral era un hecho.

—Habla —dijo mientras lanzaba la cartera sobre la mesa—. Sé lo que eres. ¿Quiénes son tus padres?

Ahora parecía estar realmente sorprendido, aunque eso no ayudó a sus cuerdas vocales. Cuando se recuperó del susto inicial, todo lo que hizo fue agitar las manos frente al pecho.

—No juegues conmigo. Si eres lo suficientemente hombre para llevarla, no hay razón para ser cobarde ahora. ¿O es que lo eres realmente y el metal es lo que te hace un hombre?

Como a cámara lenta, su boca se cerró y dejó caer las manos en el regazo. Como si se desinflara, bajando los ojos y hundiendo los hombros.

El silencio se prolongó, y ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Mira, chaval, tengo toda la noche y verdadera capacidad de concentración. Así que puedes mantener éste silencio de mierda durante tanto tiempo como quieras. No voy a ir a ningún sitio y tú tampoco.

El auricular de Xhex cobró vida, y cuando el gorila del área del bar dejó de hablar le dijo:

—Bien, tráelo.

Unas décimas de segundo después hubo una llamada a la puerta; cuando contestó, su subordinado estaba delante con el vampiro pelirrojo que le había dado la pistola al chico.

—Gracias, Mac.

—Sin problema, jefa. Me vuelvo al bar.

Cerró la puerta y miró al pelirrojo. Había pasado su transición, pero no hacía mucho. Todavía se manejaba como si aún no fuera consciente de su tamaño.

Cuando se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta de ante, le dijo:

—Saca algo que no sea una identificación y yo personalmente te pondré en una camilla.

Se detuvo.

—Es su ID.

—Ya me la ha mostrado.

—No la real. —El tipo extendió la mano—. Ésta es la verdadera.

Xhex tomó la tarjeta plastificada y escudriñó las letras escritas en la Antigua Lengua que estaban bajo una foto reciente. Entonces miró al chico. Él se negó a encontrar su mirada; simplemente se quedó allí encerrado en sí mismo, viéndose como si deseara ser tragado totalmente por la silla en la que estaba sentado.

—Mierda.

—Se me dijo que mostrara esto también —dijo el pelirrojo. Le entregó un grueso papel doblado en un cuadrado y sellado con cera negra. Cuándo le echó un vistazo al emblema, quiso maldecir otra vez.

El sello real.

Leyó la maldita carta. Dos veces.

—¿Te importa si me guardo esto, pelirrojo?

—No. Por favor, hazlo.

Cuando la dobló de nuevo preguntó:

—¿Tienes ID?

—Sí.

Le llegó otra tarjeta plastificada.

La comprobó, después le devolvió ambas tarjetas.

—La próxima vez que vengáis, no esperéis en la cola. Id hacia el gorila y decidle mi nombre. Iré a por vosotros.—Recogió el arma.

—¿Es suya o tuya?

—Mía. Pero creo que prefiero que la tenga él. Es mejor tirador.

Metió de nuevo el cargador por la parte trasera de la Glock y la extendió hacia el chico silencioso, con el cañón hacia abajo. Su mano no tembló mientras la tomaba, pero la cosa parecía demasiado grande para que la manejara.

—No la utilices aquí dentro a menos que sea en defensa propia. ¿Queda claro?

El chico asintió una vez, levantó el culo del asiento, e hizo desaparecer la semiautomática en el bolsillo del que ella la había sacado.

Dios… maldición. No era un simple *pretrans*. De acuerdo con su ID era Tehrror, hijo del guerrero de la Daga Negra Darius. Lo cual quería decir que tenía que procurar que nada le ocurriera bajo su vigilancia. Lo último que ella y Rehv necesitaban era que el chico resultara herido dentro del ZeroSum.

Maravilloso. Eso era como tener un jarrón de cristal en un vestuario repleto de jugadores de rugby.

Y encima, era mudo.

Sacudió la cabeza.

—Bueno, Blaylock, hijo de Rocke, cuídalo. Nosotros también lo haremos.

Mientras el pelirrojo asentía, el chico finalmente levantó el rostro hacia ella, y por alguna razón su brillante mirada azul la hizo sentir incómoda. Jesús… era viejo. Sus ojos eran los de un anciano, y quedó momentáneamente desconcertada.

Aclarándose la garganta, se giró y fue hacia la puerta. Mientras la abría, el pelirrojo dijo:

—Espera, ¿cómo te llamas?

—Xhex. Suéltaselo a cualquiera en el club y te encontraré en un latido. Es mi trabajo.

Mientras la puerta se cerraba, John decidió que la humillación era como el helado, venía en un montón de sabores, te hacía estremecerte, y querer toser.

Hablando de caminos complicados. Justo ahora estaba ahogándose en la mierda.

Cobarde. Dios, ¿era tan obvio? Ni siquiera le conocía y ya le había calado bien. Era un absoluto cobarde. Un débil cobarde cuya muerte no había sido vengada, que no tenía voz y cuyo cuerpo no era ni siquiera algo que un chico de diez años pudiera envidiar.

Blay arrastró sus grandes pies, las botas hacían un sonido suave que en la pequeña habitación parecía tan fuerte como si alguien estuviera dando alaridos.

—¿John? ¿Quieres ir a casa?

Oh, tremendo. Como si fuera un niño de cinco años que se pusiera soñoliento en la fiesta de los adultos.

La furia lo atravesó como un relámpago, sintió el familiar peso oprimiéndole, dándole energía. Ah, hombre, la conocía bien. Ésta era la clase de furia que había dejado a Lash tendido sobre su espalda. Era la clase de maldad que había hecho que golpeara el rostro del chico hasta que los azulejos se volvieron rojos como el ketchup.

Por algún milagro, las dos neuronas en su cabeza que todavía funcionaban racionalmente le señalaron que lo mejor era irse a casa. Si se quedaba ahí, en ése club, simplemente repetiría lo que la mujer había dicho una y otra vez, hasta que estuviera tan fuera de sus cabales que hiciera algo realmente estúpido.

—¿John? Vamos a casa.

Joder. Ésta se suponía que iba a ser la gran noche de Blay. En lugar de eso, estaba cargándose su oportunidad de tener sexo bueno y duro.

Llamaré a Fritz. Quédate con Qhuinn.

—Nop. Nos vamos juntos.

Repentinamente John tuvo ganas de gritar.

¿Qué demonios había en ése trozo de papel? ¿En el que le diste?

Blay se sonrojó.

—Zsadist me lo dio. Dijo que si alguna vez nos metíamos en un lío lo mostrara.

Pero, ¿qué es?

—Z dijo que era de Wrath como Rey. Algo sobre el hecho de que es tu *ghardian*.

¿Porqué no me lo dijiste?

—Zsadist dijo que lo mostrara sólo si tenía que hacerlo. Y eso te incluía a ti.

John se levantó de la silla y se alisó las arrugadas ropas.

Mira, quiero que te quedes y ligues, que pases un buen rato.

—Vinimos juntos. Nos vamos juntos.

John miró a su amigo con furia.

Sólo porque Z te haya dicho que me hagas de niñera…

Por primera vez desde que lo conocía, el rostro de Blay se endureció.

—Jódete. Lo hubiera hecho de todas formas. Y antes que de que te pongas en plan UFC[32] me gustaría apuntar que si nuestros roles fueran a la inversa, harías malditamente lo mismo. Admítelo. Joder, también lo harías. Somos amigos. Nos apoyamos. Ya es suficiente. Corta ya con esa mierda.

John quería patear la silla en la que había estado sentado. Y casi lo hizo.

En vez de ello, usó las manos para gesticular:

Mierda.

Blay sacó una BlackBerry y marcó.

—Simplemente voy a decirle a Qhuinn que volveré y lo recogeré cuando quiera.

John esperó y se imaginó brevemente lo que Qhuinn estaba haciendo en algún lugar oscuro y semi privado con una o dos de esas humanas. Por lo menos él estaba teniendo una buena noche.

—¿Hey, Qhuinn? Si, John y yo nos vamos a casa. ¿Qué… no, todo va bien. Sólo tuvimos un encontronazo con los de seguridad… No, no tienes que… No, todo está arreglado. No, de verdad. Qhuinn, no tienes que parar... ¿hola?

Blay miró su teléfono.

—Se encontrará con nosotros en la puerta principal.

Abandonaron la pequeña habitación y fueron esquivando acalorados y sudorosos humanos hasta que John se sintió violentamente claustrofóbico… como si le hubieran enterrado vivo y estuviera respirando tierra.

Cuándo finalmente llegaron a la puerta principal, Qhuinn estaba parado a la izquierda apostado contra la pared negra. Su cabello estaba despeinado, los faldones de su camisa colgaban por fuera, tenía los labios enrojecidos y un poco hinchados. De cerca olía a perfume.

A dos tipos diferentes de perfume.

—¿Estás bien? —le preguntó a John.

John no respondió. No podía soportar haberle arruinado la noche a todos y simplemente siguió caminando hacia la puerta. Hasta que sintió la extraña llamada otra vez.

Se detuvo con las manos en la barra de empuje y miró sobre su hombro. La jefa de seguridad estaba allí mirándole con sus inteligentes ojos. Estaba, una vez más, entre las sombras, un lugar que sospechaba prefería.

Un lugar que sospechaba que usaba a su conveniencia.

Mientras su cuerpo sentía un hormigueo de pies a cabeza, quiso pegarle un puñetazo a la pared, atravesar la puerta, romperle a alguien el labio superior. Pero supo que con eso no conseguiría la satisfacción que anhelaba. Dudaba que tuviera la suficiente fuerza en la parte superior de su cuerpo para atravesar de un puñetazo la sección de deportes de un periódico.

La comprensión naturalmente lo fastidió aún más.

Le dio la espalda y salió hacia la fría noche. Tan pronto como Blay y Qhuinn se le unieron en la acera, gesticuló.

Voy a pasear durante un rato. Podéis venir conmigo si queréis, pero no me vais a disuadir. No hay una maldita forma de que me suba a un coche y me vaya a casa justo ahora. ¿Entendido?

Sus amigos asintieron y le dejaron marcar el camino, permaneciendo un par de pasos por detrás de él. Claramente, sabían que estaban a un cuarto de pulgada de perder los estribos y que necesitaba espacio.

[32] UFC Ultimate Fighting Championship es un torneo de lucha de artes marciales.

Cuando bajaban por la Décima, los oyó hablando en voz baja, cuchicheando sobre él, pero no le importaba una mierda. Era un saco de furia. Nada más.

Fiel a su naturaleza débil, su marcha de independencia no duró mucho. Malditamente rápido, el viento de marzo atravesó las ropas que Blay le había prestado, y su dolor de cabeza se volvió tan horrible que rechinó los dientes. Se había imaginado que llevaría a sus amigos hasta el puente de Caldwell y aún más allá, que su ira era tan fuerte que los agotaría, hasta que poco antes de alba le suplicaran que dejara de caminar.

Excepto, por supuesto, que su desempeño estaba brutalmente por debajo de las expectativas.

Se detuvo.

Volvamos.

—Lo que tú digas, John—. Los ojos de distinto color de Qhuinn eran imposiblemente amables—. Lo que tú quieras.

Se dirigieron de vuelta al coche, que estaba aparcado en un terreno al aire libre como a dos manzanas del club. Cuando giraron la esquina, advirtió que el edificio junto al terreno estaba en obras, la zona de construcción cerrada por la noche, las lonas agitándose al viento, el pesado equipo durmiendo profundamente. A John, le pareció desolado.

Por otra parte, podría haber estado bañado por el sol en un campo de margaritas y todo lo que hubiera visto hubieran sido sombras. No había manera de que la noche pudiera haber sido peor. No. No había forma.

Estaban a unas buenas cincuenta yardas del coche cuando el dulce olor de talco de bebé flotó traído por la brisa. Y un *lesser* salió de detrás de una pala excavadora.

CAPÍTULO 21

Phury volvió en sí pero no se movió. Lo que tenía sentido, dado que un lado de su rostro se sentía como si se hubiera quemado. Después de un par de profundas inspiraciones, elevó una mano hacia el palpitante dolor. Las vendas lo cubrían desde la frente a la barbilla. Probablemente parecía un extra del equipo de *Urgencias.*

Se sentó lentamente y toda su cabeza latió, como si le hubieran metido un inflador por la nariz y alguien lo estuviera haciendo funcionar con un fuerte brazo.

Se sentía bien.

Deslizando los pies de la camilla, deliberó sobre la ley de la gravedad y consideró si tenía o no fuerza para tratar con ella. Decidió intentarlo, y quién lo hubiera dicho, consiguió caminar zigzagueando hasta la puerta.

Dos pares de ojos se giraron hacia él, uno diamante brillante, el otro verde bosque.

—Hola —dijo.

La mujer de V se acercó a él, y su mirada era toda análisis clínico.

—Dios, no puedo creer lo rápido que curáis. No deberías estar consciente, y mucho menos de pie.

—¿Quieres comprobar el trabajo que hiciste? —cuando asintió, se sentó en un banco y con cuidado, Jane quitó el esparadrapo. Al hacer una mueca de dolor, miró a su alrededor, a Vishous.

—¿Ya le contaste esto a Z?

El hermano negó con la cabeza.

—No le he visto, y Rhage probó con el móvil, pero estaba apagado.

—Así que, ¿no hay noticias de Havers?

—No que yo sepa. Aunque falta más o menos una hora para el amanecer, así que más les vale volver pronto.

La doctora silbó en voz baja.

—Es como si pudiera ver la piel juntándose de nuevo delante de mis ojos. ¿Te importa si le pongo otras gasas?

—Como quieras.

Cuando ella volvió a la sala de fisioterapia, V dijo:

—Tengo que hablar contigo, amigo mío.

—¿Acerca de?

—Creo que lo sabes.

Mierda. El *lesser*. Y no funcionaría hacerse el tonto con un hermano como V. Mentir, sin embargo, seguía siendo una opción.

—La pelea se puso dura.

—Y una mierda. No puedes hacer jugadas como esas.

Phury pensó en un par de meses antes, cuando se había convertido en su gemelo durante un tiempo. Literalmente.

—Han trabajado sobre mi en una de sus mesas, V. Te puedo asegurar que no están preocupados por el protocolo de guerra.

—Pero esta noche te golpearon porque te habías puesto todo Ginsu contra ese asesino. ¿No es cierto?

Jane regresó con los suministros. *Gracias a Dios.*

Cuando terminó de vendarlo, Phury se puso en pie.

—Ahora me voy a mi habitación.

—¿Quieres ayuda? —preguntó V en tono duro. Como si estuviera conteniendo un montón de necesito-compartir.

—No. Conozco el camino.

—Bueno, ya que de todas formas tenemos que volver, hagamos de esto una excursión de trabajo de campo. Y tómatelo con calma.

Lo que era una idea condenadamente buena. La cabeza lo estaba matando.

Estaban a mitad de camino por el túnel cuando Phury se dio cuenta de que la doctora no estaba siendo observada o vigilada. Pero, demonios, de todas formas, no es como si tuviera aspecto de querer escapar. De hecho, ella y V estaban caminando uno al lado del otro.

Se preguntó si alguno de ellos era consciente de lo mucho que se parecían a una pareja.

Cuando Phury llegó a la puerta que llevaba a la casa grande, se despidió sin mirar a V a los ojos y subió los escalones poco profundos que salían del túnel y llevaban al vestíbulo de la mansión. Su dormitorio parecía estar al otro lado de la ciudad, en lugar de estar justo encima de la gran escalera, y el cansancio que sentía le dijo lo mucho que necesitaba alimentarse. Lo que era una pesadez.

En su habitación, se duchó y se estiró en su majestuosa cama. Sabía que debería estar llamando a una de las hembras que usaba para obtener sangre, pero tenía *tan* poco interés. En lugar de coger el teléfono, cerró los ojos y dejó que sus brazos cayeran a los lados. Su mano aterrizó en el libro de armas de fuego, el que había usado para dar la clase esa noche. El que contenía el dibujo.

La puerta se abrió sin que llamaran. Lo que quería decir que era Zsadist. Con noticias.

Phury se sentó tan rápido que su cerebro se volvió una pecera en el cráneo, chapoteando por todas partes, amenazando con derramársele por las orejas. Cuando el dolor lo atravesó, puso la mano sobre el vendaje.

—¿Qué pasó con Bella?

Los ojos de Z eran agujeros negros en su rostro con cicatrices.

—¿En qué *coño* estabas pensando?

—¿Cómo?

—Ser atacado porque… —ante la mueca de dolor de Phury, Z bajó el volumen de su habitual boom-box[33] y cerró la puerta. El relativo silencio no mejoró su humor. En voz muy baja, soltó—: Joder, no me puedo creer que jugaras a Jack el Destripador y te sacudieran…

—Por favor, dime cómo está Bella.

Z apuntó el dedo directamente al pecho de Phury.

—Necesitas pasar algo menos de tiempo preocupándote por mi *shellan* y un poco más por tu propio condenado culo, ¿estamos?

Inundado de dolor, Phury cerró el ojo bueno con dificultad. Su hermano, por supuesto, había dado en el clavo.

—Mierda —escupió Z en el silencio—. Sólo… *mierda*.

—Tienes toda la razón. —Phury se dio cuenta de que su mano estaba apretando el libro de armas de fuego, y se obligó a soltarlo.

Cuando empezó a sonar un chasquido, Phury levantó la vista. Z estaba raspando la parte de arriba de su móvil *Razr* una y otra vez con el pulgar.

—Te podrían haber matado.

—No sucedió.

[33] El *boom-box* es un sistema portátil estéreo con una relativa potencia de sonido.

—Frío consuelo. Al menos para uno de nosotros. ¿Qué pasa con tu ojo? ¿La doctora de V lo salvó?

—No se sabe.

Z caminó hasta una de las ventanas. Apartando a un lado la pesada cortina de terciopelo, observó el otro lado de la terraza y la piscina. La tensión en su rostro arruinado era obvia, tenía la mandíbula apretada, las cejas fruncidas sobre los ojos. Extraño… antes siempre había sido Z el que estaba al borde del olvido. Ahora Phury estaba en ese delgado y resbaladizo filo. El que se preocupaba se había convertido en causa de preocupación.

—Estaré bien —mintió, inclinándose a un lado para coger la bolsa de tabaco rojo y los papeles de liar. Se preparó uno grueso con rapidez, lo encendió y la falsa calma vino al instante, como si su cuerpo estuviera bien entrenado.

—Sólo tuve una noche rara.

Z se rió, aunque fue más una maldición que algo divertido.

—Tenían razón.

—¿Quiénes?

—La venganza es una puta. —Zsadist aspiró profundamente—. Harás que te maten ahí fuera y yo…

—No lo haré. —Inhaló otra vez, no dispuesto a llevar la promesa más allá de eso—. Ahora por favor, cuéntame lo de Bella.

—Va a necesitar reposo en cama.

—Oh, Dios.

—No, está bien. —Z se frotó la rapada cabeza—. Quiero decir, todavía no ha perdido el bebé, y si permanece quieta, puede que no lo haga.

—¿Está en tu habitación?

—Sí, voy a llevarle algo de comer. Tiene permitido levantarse una hora cada día, pero no quiero darle excusas para que se ponga en pie.

—Me alegro de que…

—Joder, hermano. ¿Fue así para ti?

Phury frunció el ceño y presionó el porro contra el cenicero.

—¿Cómo dices?

—Tengo la cabeza jodida todo el tiempo. Es como si lo que sea que estoy haciendo en un momento, fuera sólo verdad a medias, debido a toda la mierda por la que estoy preocupado.

—Bella…

—No es sólo por ella. —Los ojos de Z, ahora de nuevo amarillos, porque no estaba tan enfadado, fueron a la deriva por la habitación—. Eres tú.

Phury convirtió en un elaborado proceso el llevar el porro a su boca e inhalar. Mientras dejaba salir el humo, buscó en su mente palabras para reconfortar a su gemelo.

No aparecieron muchas.

—Wrath quiere que nos reunamos al anochecer —dijo Z, volviendo a mirar hacia fuera a través de la ventana, como si supiera condenadamente bien que no habría consuelo significativo—. Todos nosotros.

—Ok.

Después de que Z se marchara, Phury abrió el libro de armas de fuego y sacó el dibujo que había hecho de Bella. Pasó el pulgar de arriba abajo por la representación de su mejilla, mirándola fijamente con el único ojo que le funcionaba. El silencio lo oprimió, encogiéndole el pecho.

Considerando todas las cosas, era posible que ya se hubiera caído por el borde, que se estuviera deslizando por la montaña de la destrucción, golpeándose contra pedruscos y árboles, rebotando y rompiéndose miembros, y que lo esperara un golpe mortal.

Apagó el porro. Caer en la perdición era un poco como caer enamorado. Ambas caídas te desnudaban y te dejaban como eras en tu corazón.

Y en su limitada experiencia, ambos finales eran igualmente dolorosos.

Cuando John vio aparecer al *lesser* de ninguna parte, no se pudo mover. Nunca antes había sufrido un accidente de coche, pero tuvo el presentimiento de que así es como eran. Ibas de camino y de repente todo lo que estabas pensando antes de la intersección se dejaba a un lado, reemplazado por una colisión que se convertía en tu primera y única prioridad.

Maldición, realmente olían como talco para bebés.

Y afortunadamente, este no tenía cabello pálido, por lo que era un nuevo recluta. Lo que podía ser la única razón por la que él y sus compañeros podrían salir vivos de esto.

Qhuinn y Blay se pusieron delante de John, bloqueando el camino. Pero entonces un segundo *lesser* salió de las sombras, una pieza de ajedrez colocada en posición por una mano invisible. También tenía cabello oscuro.

Dios, eran grandes.

El primero miró a John.

—Es mejor que te vayas corriendo, hijo. Este no es lugar para ti.

Joder, no sabían que era un *pretrans*. Pensaban que era un simple humano.

—Sí —dijo Qhuinn, empujando el hombro de John—. Ya tienes tu cartera. Ahora sal de aquí, capullo.

Salvo que no podía dejar a sus…

—He dicho que te largues de una jodida vez. —Qhuinn le dio un fuerte empujón y John se tropezó contra un montón de rollos de papel alquitranado tan grandes como sofás.

Mierda, si escapaba sería un cobarde. Pero si se quedaba, sería peor que una ayuda. Odiándose, se largó a toda velocidad, dirigiéndose directamente al ZeroSum. Como un idiota, se había dejado la mochila en casa de Blay, por lo que no podía llamar a casa. Y no era como si *él* pudiera perder el tiempo buscando a uno de los hermanos, en el remoto caso de que estuvieran cazando en las cercanías. Sólo podía pensar en una persona que los pudiera ayudar.

En la entrada del club, se dirigió directamente al gorila a la cabeza de la cola.

Xhex. Tengo que ver a Xhex. Déjame…

—¿Qué demonios estás haciendo, chico? —dijo el gorila.

John esbozó la palabra *Xhex* con la boca, una y otra vez mientras hablaba por señas.

—Vale, me estás cabreando. —El gorila se echó sobre John—. Lárgate de una condenada vez, o sino llamaré a tu papi y tu mami.

Las risas disimuladas de la cola provocaron que John se desesperara aún más.

¡Por favor! Necesito ver a Xhex…

John escuchó un sonido distante, que o era un coche acelerando bruscamente o un grito, y cuando se dio la vuelta hacia él, el ligero peso de la Glock de Blay golpeó contra su muslo.

No tenía teléfono desde el que mandar un mensaje. Ninguna manera de comunicarse.

Pero tenía un paquete de seis balas en el bolsillo trasero.

John corrió de vuelta al lugar, esquivando coches aparcados en paralelo, respirando con fuerza, las piernas volando lo más rápido que podían. La cabeza le martilleaba, y el esfuerzo

hacía que el dolor fuera tan fuerte que sintió náuseas. Dobló la esquina, patinando en la gravilla suelta.

¡Joder! Blay estaba en el suelo con un *lesser* sentado sobre su pecho, y los dos estaban luchando por el control de lo que parecía ser una navaja automática. Qhuinn estaba defendiéndose bien contra el otro asesino, pero la pareja estaba demasiado empatada para el gusto de John. Tarde o temprano uno de ellos iba a…

Qhuinn recibió un derechazo en la cara y se dobló, su cabeza girando sobre su columna como una peonza, llevando su cuerpo a hacer una pirueta.

En ese momento algo le llegó a John, por la puerta trasera, entrando tan seguro como si un fantasma se hubiera metido en su piel. Un antiguo conocimiento, de la clase que venía con la experiencia ganada con años que todavía no tenía, hizo que llevara la mano y la hundiera profundamente en el bolsillo trasero. Tocó la Glock, la sacó y la cogió con ambas manos.

En un parpadeo tuvo el arma lista. Al segundo la boca apuntó al *lesser* que luchaba con Blay por la posesión de la hoja. Al tercero John apretó el gatillo… y abrió una puerta de establo en la cabeza de ese *lesser*. Al cuarto se giró sobre su posición hacia el asesino situado sobre Qhuinn, que se estaba recolocando el puño americano en la mano.

¡Pop!

John derribó al *lesser* con un disparo en la sien, y un rocío de sangre negra formó una fina nube. La cosa se derrumbó de rodillas y cayó de cabeza sobre Qhuinn… que estaba tan aturdido que sólo pudo empujar el cuerpo a un lado.

John miró a Blay. El tío lo estaba observando asombrado.

—Jesucristo… John.

El *lesser* al lado de Qhuinn soltó un gorgoteante aliento, como una cafetera que acabara de filtrar café.

Metal, pensó John. Necesitaba algo de metal. El cuchillo por el que Blay había estado peleando no se veía por ninguna parte. ¿Dónde podía encontrar…?

Había una caja abierta de clavos para techos junto a una pala excavadora.

John se inclinó, cogió uno del montón y se acercó al *lesser* que estaba al lado de Qhuinn. Levantando mucho las manos, John lanzó todo su peso y su ira en el golpe descendente, y en un instante, la realidad cambió como la arena. Estaba sujetando una daga, no un trozo de acero… y era grande, más grande que Blay y Qhuinn… y había hecho esto muchas, muchas veces.

El clavo atravesó el pecho del *lesser*, y el destello de luz fue más brillante de lo que John había esperado, golpeándole los ojos y recorriendo su cuerpo como una ola ardiente. Pero su trabajo no había terminado. Pasó por encima de Qhuinn, moviéndose por el asfalto sin sentir el suelo bajo los pies.

Blay miró, boquiabierto y sin moverse, a John levantar de nuevo el clavo. Esta vez, cuando lo bajó, John abrió la boca y gritó sin hacer ni un sonido, un grito de guerra no menos poderoso por el hecho de no ser escuchado.

Después del estallido de luz, fue vagamente consciente de las sirenas. Sin duda algún humano había llamado a la policía al escuchar los disparos.

John dejó que su brazo cayera al costado, y el clavo se deslizó de su mano y golpeó el suelo con un estrépito.

No soy un cobarde. Soy un guerrero.

El ataque le sobrevino rápido y con dureza, tirándolo al suelo, sujetándolo con manos invisibles, haciendo que rebotara dentro de su propia piel hasta que se desmayó, el rugido del olvido apoderándose de él.

CAPÍTULO 22

Cuando Jane y V regresaron a la habitación, tomó asiento en lo que empezaba a considerar como su silla, y V se estiró en la cama. Amigo, ésta iba a ser una larga noche... esto, día. Estaba cansada y nerviosa y no era una buena combinación.

—¿Necesitas comida? —preguntó.

—¿Sabes qué me gustaría tener? —bostezó—. Chocolate caliente.

V descolgó el teléfono, pulsó tres botones y esperó.

—¿Me estás pidiendo un poco? —dijo.

—Sí. Y también... oye, Fritz. Esto es lo que necesito...

Después de que V colgara, tuvo que sonreírle.

—Eso es casi un banquete.

—No has comido desde... —se detuvo, como si no quisiera traer a colación la parte del secuestro.

—Está bien —murmuró, sintiéndose triste sin causa alguna.

No, había una buena causa. Se marcharía pronto.

—No te preocupes, no me recordarás —le dijo—. No sentirás nada después de que te marches.

Se sonrojó.

—Ah... Exactamente, ¿cómo lees las mentes?

—Es cómo percibir una frecuencia de radio. Acostumbraba a pasar todo el tiempo lo quisiera o no.

—¿Acostumbraba?

—Supongo que la antena se ha roto. —Una expresión amarga afloró a su rostro, agudizándole los ojos—. Sin embargo, oí de buena fuente que se arreglará solo.

—¿Por qué se detuvo?

—Por qué es tu pregunta favorita, ¿no?

—Soy científica.

—Lo sé. —Las palabras fueron como un ronroneo, como si le estuviera diciendo que llevaba lencería sexy—. Me gusta tu mente.

Jane sintió una oleada de placer, luego todo se enmarañó en su interior.

Como si intuyera el conflicto, echó tierra sobre el asunto con…

—También solía ver el futuro.

Se aclaró la garganta.

—¿Lo hacías? ¿Cómo?

—La mayor parte con sueños fugaces. Sin seguir una secuencia, sólo acontecimientos sin ningún orden. Me especialicé en muertes.

¿Muertes?

—¿Muertes?

—Sí, sé exactamente cómo morirán mis hermanos. Pero no cuando.

—Jesús... Cristo. Eso debe ser...

—También tengo otras habilidades. —V levantó la mano enguantada—. Está esta cosa.

—Quería preguntarte sobre eso. Dejó fuera de combate a una de mis enfermeras cuando estuviste en la sala de urgencias. Te quitó el guante, y fue como si la hubiera golpeado un rayo.

—Estaba inconsciente cuando pasó, ¿no?

—Estabas completamente inconsciente.

—Entonces esa es probablemente la razón por la que sobrevivió. Este pequeño legado de mi madre es malditamente mortal. —Mientras alzaba un puño cerrado, la voz se endureció, las palabras cortaron en su lugar—. Y también reclamó mi futuro.

—¿Cómo es eso? —cuando no contestó, algún instinto le hizo decir—: Déjame adivinar, ¿un matrimonio arreglado?

—Matrimonios. Por así decirlo.

Jane se estremeció. Si bien su futuro no significaba nada en el gran esquema de su vida, por alguna razón la idea de él siendo el marido de alguien, el marido de muchas, le revolvió el estómago.

—Esto… ¿cómo cuantas esposas?

—No quiero hablar de eso, ¿ok?

—Ok.

Unos diez minutos más tarde un hombre mayor con uniforme de mayordomo inglés llegó con una bandeja llena de comida. El banquete fue justo como el menú del servicio de habitaciones del Four Seasons. Había gofres belgas con fresas, croissants, huevos revueltos, chocolate caliente, fruta fresca.

Su llegada fue verdaderamente maravillosa.

El estómago de Jane dejó escapar un rugido, y antes de saber lo que estaba haciendo, comía con apetito de un colmado plato como si no hubiera visto comida en una semana. A mitad de la segunda ración y el tercer chocolate, se quedó helada con el tenedor en la boca. Dios, qué pensaría V de ella. Se estaba comportando como una cerda...

—Me encanta —dijo.

—¿Sí? ¿Realmente te parece bien que engulla la comida como un universitario?

Asintió, con los ojos brillantes.

—Me gusta verte comer. Me fascina. Quiero que continúes hasta que estés tan llena que caigas dormida en la silla.

Cautivada por sus ojos diamantinos, dijo:

—Y... ¿entonces qué pasaría?

—Te llevaría hasta la cama sin despertarte y te velaría con una daga en la mano.

Vale, esas cosas de cavernícola no deberían ser tan atractivas. Después de todo, podía cuidar de sí misma. Pero hombre, la idea de que alguien la cuidara era... muy bonita.

—Acábate la comida —dijo señalando el plato—. Y hay más chocolate en el termo.

Maldita sea, pero hizo lo que le dijo. Incluyendo el verter la cuarta taza de chocolate caliente.

Mientras se recostaba en la silla con el tazón en la mano, estaba felizmente repleta.

Sin ninguna razón en particular, dijo:

—Se algo sobre legados. Mi padre era cirujano.

—Ah. Entonces debe estar muy contento contigo. Eres espléndida.

Jane bajó la barbilla.

—Creo que habría encontrado mi carrera satisfactoria. Especialmente si termino enseñando en Columbia.

—¿Habría?

—Él y mi madre están muertos —y añadió, porque sentía que tenía que hacerlo—. Fue en un accidente de avión hace unos diez años. Iban hacia una convención médica.

—Mierda... realmente lo siento. ¿Los echas de menos?

—Esto va a sonar mal... pero lo cierto es que no. Eran extraños con los que tenía que vivir cuando no estaba en la escuela. Pero siempre eché de menos a mi hermana.

—Dios, ¿también murió?

—Un defecto congénito del corazón sin diagnosticar. Se fue rápidamente una noche. Mi padre siempre pensó que entré en medicina porque él me inspiró, pero lo hice porque estaba cabreada por lo de Hannah. Todavía lo estoy. —Tomó un sorbo del tazón—. De todas formas, mi padre siempre pensó que la medicina era lo más y la mejor manera de utilizar mi vida. Puedo recordarle mirándome cuando tenía quince años y me dijo que tenía suerte de ser tan inteligente.

—Entonces, sabía que podías marcar la diferencia.

—No por eso. Dijo que dado mi aspecto, no sería como si pudiera casarme particularmente bien. —Con la súbita inhalación de V, sonrió—. Mi padre era un victoriano[34] viviendo en los setenta y los ochenta. Quizás era por su origen inglés, quien sabe. Pero pensaba que las mujeres debían casarse y ocuparse de una gran casa.

—Eso es una cosa de mierda para decir a una jovencita.

—Él lo habría llamado sinceridad. Creía en la sinceridad. Siempre decía que Hannah era la bonita. Por supuesto, pensaba que era frívola. —Dios, ¿por qué demonios estaba hablando así?—. De todas formas, los padres pueden ser un problema.

—Sip. Lo entiendo. No sabes cuan jodidamente bien lo entiendo.

Cuando se quedaron en silencio, tuvo el presentimiento que también estaba hojeando mentalmente el álbum familiar.

Tras un momento, señaló con la cabeza la pantalla de plasma que había en la pared.

—¿Quieres ver una película?

Se volvió en la silla y empezó a sonreír.

—Dios, sí. No puedo recordar la última vez que vi una. ¿Qué tienes?

—Conecté el cable así que tenemos de todo. —Sin demostrar interés, inclinó la cabeza hacia las almohadas a su lado—. ¿Por qué no te sientas aquí? No podrás ver bien desde dónde estás sentada.

Mierda. Deseaba estar a su lado. Deseaba estar… cerca.

Incluso mientras el cerebro entorpecía la situación, fue hacia la cama y se acomodó a su lado, cruzando los brazos sobre el pecho y las piernas por los tobillos. Dios, estaba nerviosa de la misma forma que si tuviera una cita. Mariposas. Palmas sudorosas.

Hola, glándulas suprarrenales.

—¿De qué tipo prefieres ver? —preguntó mientras sostenía en la mano un mando a distancia con suficientes botones para lanzar el trasbordador espacial.

—Hoy estoy interesado en algo aburrido.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Sus ojos diamantinos se posaron en ella, los párpados tan cerrados que era difícil leer su mirada.

—Oh, por ninguna razón. Pareces cansada, eso es todo.

En el Otro Lado, Cormia estaba sentada en el catre. Esperando. Otra vez.

Extendió las manos en el regazo. Cruzándolas de nuevo. Deseaba tener un libro en el regazo para distraerse. Mientras estaba sentada en silencio, consideró brevemente cómo sería tener un libro suyo. Quizás podría poner su nombre en la tapa así los otros sabrían que era suyo. Sí, le gustaría eso. *Cormia.* O incluso mejor, *El libro de Cormia*.

[34] Victoriano: En el contexto quiere decir que era exageradamente conservador.

Por supuesto, lo prestaría si sus hermanas querían pedírselo prestado. Pero sabría, mientras se encontraba sostenido en otras manos y leída su impresión por otros ojos, que la encuadernación, las páginas y las historias en él eran suyas. Y el libro también lo sabría.

Pensó en la biblioteca de las Elegidas, con el bosque de pilas de libros y el delicioso y dulce olor a cuero y el lujo abrumador de palabras. El tiempo allí era realmente su refugio y su feliz reclusión. Había muchas historias para aprender, muchos lugares que sus ojos nunca esperarían contemplar, y amaba aprender. Esperando con ansia por ello. Hambrienta por ello.

Generalmente.

Este momento era diferente. Mientras estaba sentada en el catre y esperaba, no quería la lección por venir: Las cosas que estaba a punto de saber no eran lo que quería aprender.

—Saludos, hermana.

Cormia alzó la mirada. La Elegida que retiró el velo blanco de la puerta era un modelo de desinterés y servicio, una hembra honrada de verdad. Y la expresión de satisfacción calmada de Layla y su paz interior era algo que Cormia envidiaba.

Lo cual no estaba permitido. La envidia significaba que estabas separada del todo, que eras individualista, y una mezquina.

—Saludos. —Cormia se levantó, las rodillas flojas por el temor hacia dónde iban. Sin embargo a menudo había querido ver que había dentro del Templo del *Primale*, ahora deseaba no poner nunca sus pies dentro de los marmóreos confines.

Ambas se reverenciaron mutuamente y mantuvieron la pose.

—Es un honor ser de ayuda.

En voz baja, Cormia contestó:

—Estoy… estoy agradecida por la instrucción. Ve delante, si lo deseas.

Cuando la cabeza de Layla se alzó, sus pálidos ojos verdes sabían.

—Pensé que quizás podríamos hablar un poquito en lugar de ir directamente al Templo.

Cormia tragó saliva.

—Estaría a favor de eso.

—¿Puedo ponerme cómoda, hermana? —cuando Cormia asintió, Layla fue hacia el catre y se sentó, la blanca túnica se deslizó abriéndose a medio muslo—. Reúnete conmigo.

Cormia se sentó, el colchón bajo ella se sentía más duro que una piedra. No podía respirar, no podía moverse, apenas podía parpadear.

—Hermana mía, trataré de calmar tus miedos —dijo Layla—. Verdaderamente, gozarás de tu tiempo con el *Primale*.

—Claro. — Cormia se cerró las solapas de la túnica—. Pero visitará a otras, ¿no?

—Tú serás su prioridad. Cómo su primera compañera, ostentarás una figura especial para él. Para el *Primale* existe una rara jerarquía dentro de todo, y serás la primera entre todas.

—¿Pero cuánto tiempo pasará antes que vaya con las demás?

Layla frunció el ceño.

—Depende de él, sin embargo puedes opinar. Si le complaces, estará sólo contigo durante un tiempo. Es sabido que ha pasado con anterioridad.

—Sin embargo, ¿puedo decirle que busque a otras?

La perfecta cabeza de Layla se ladeó.

—En verdad, hermana, te va a gustar lo que pase entre vosotros.

—¿Sabes quién es? ¿Sabes la identidad del *Primale*?

—De hecho, le he visto.

—¿En serio?

—Claro. —Mientras la mano de Layla iba hacía el moño de cabello rubio, gesto que Cormia tomó como un signo de que la hembra estaba eligiendo las palabras con cuidado—. Él es... como un guerrero tiene que ser. Fuerte. Inteligente.

Cormia entrecerró los ojos.

— Lo aplazas para apaciguar mis miedos, ¿no?

Antes de que Layla pudiera responder, la Directrix apartó la cortina a un lado. Sin mediar palabra con Cormia, fue hacia Layla y le susurró algo.

Layla se levantó, con un sonrojo floreciendo en las mejillas.

—Iré enseguida. —Se giró hacia Cormia, con una extraña excitación iluminado sus ojos—. Hermana, te dejo en agradable compañía hasta mi regreso.

Como era costumbre, Cormia se levantó y se inclinó, aliviada de tener un aplazamiento para la lección fuera cual fuera la razón.

—Que estés bien.

La Directrix, sin embargo, no se marchó con Layla.

—Te llevaré al Templo y procederemos con tu instrucción.

Cormia se rodeó con los brazos.

—No debería esperar a Layla…

—¿Me estás cuestionando? —dijo la Directrix—. Claro que lo haces. Quizás luego desees confeccionar también la agenda para las lecciones, sabiendo tanto sobre la historia y significado del puesto para el cual has sido elegida. A decir verdad, estaré encantada de aprender de ti.

—Discúlpeme, Directrix —contestó Cormia completamente avergonzada.

—¿Qué hay que perdonar? Como primera compañera del *Primale*, serás libre de darme órdenes, así que quizás debería familiarizarme con tu liderazgo ahora. Dime, ¿prefieres que camine unos pasos tras de ti mientras vamos hacia el Templo?

Brotaron las lágrimas.

—Por favor, no, Directrix.

—Por favor no, ¿qué?

—Quiero seguirla —susurró Cormia con la cabeza inclinada—. No guiarla.

Ishtar fue la elección perfecta, pensó V. Aburrida a morir. Larguísima. Tan visualmente llamativa como un salero.

—Es el peor montón de mierda que he visto alguna vez —dijo Jane mientras bostezaba de nuevo.

Dios, tenía una bonita garganta.

Mientras V desnudaba los colmillos y se imaginaba practicando un mordisco clásico de Drácula, alzándose sobre el cuerpo postrado, se obligó a volver la mirada hacia Dustin Hoffman y Warren Beatty que caminaban penosamente por la arena. Había escogido ese bodrio esperando dejarla fuera de combate… así podría hacer un túnel en su mente y saberlo todo sobre ella.

Tenía una fuerte necesidad de tenerla contra su boca, aunque fuera sólo en el éter de un sueño.

Mientras esperaba que cayera dentro del sueño REM, se encontró con la mirada clavada en la fuga y perversamente pensando en el invierno… el invierno y su transición.

Fue algunas semanas después de que el pretrans cayera y muriera en el río que V pasó por el cambio. Había sido consciente de las diferencias en su cuerpo un poco antes de que le

golpeara. Atormentado por dolores de cabeza. Constantemente hambriento aunque sintiendo náuseas si comía. Incapaz de dormir, sin embargo exhausto. Lo único que permanecía igual era su agresividad. Las exigencias del campamento significaban que siempre tenías que estar preparado para la batalla, así es que el temperamento arisco no caracterizaba cualquier cambio manifiesto en su comportamiento.

Fue en la mitad de una cruel y temprana tormenta de nieve que nació a su vida de macho adulto.

Como resultado del descenso de las temperaturas, las paredes de piedra de la cueva estaban heladas, el suelo bastaba para congelarte los pies aún llevando botas forradas de piel, el aire era tan frío que el aliento de la boca era una nube sin cielo. Mientras la arremetida prevalecía, los soldados y las hembras de la cocina dormían con los cuerpos amontonados, no para el sexo, si no para compartir el calor.

V sabía que el cambio se cernía sobre él, pues se despertó ardiendo. Al principio la comodidad del calor fue de gran ayuda, pero luego la fiebre se propagó por su cuerpo como un hambre atroz extendiéndose a través de él. Se retorció en el suelo, esperando alivio, sin encontrar ninguno.

Después de un tiempo que pareció eterno, la voz del Bloodletter penetró a través del dolor.

—Las hembras no te alimentarán.

En medio de su estupor, V abrió los ojos.

El Bloodletter se arrodilló.

—Seguramente sabes por qué.

V tragó saliva a través del puño que era su garganta.

—No lo sé.

—Dicen que las pinturas de la cueva te han poseído. Que tu mano ha sido poseída por los espíritus atrapados en las paredes. Que tu ojo ya no es tuyo.

Cuando V no contestó, el Bloodletter dijo:

—¿No lo niegas?

A través del laberinto en su cabeza, Vishous trató de calcular el efecto de sus dos respuestas imaginables. Se decantó por la verdad, no por hacer honor a la verdad en sí, si no por el instinto de auto conservación.

—Yo... lo niego.

—¿Niegas lo que juiciosamente comentan los otros?

—¿Qué… dicen…?

—Que mataste a tu compañero en el río con la palma de la mano.

Era mentira, y los otros chicos que estaban allí lo sabían, así como vieron al pretrans caer por sí mismo. Las hembras debían haber asumido eso por el hecho de que la muerte había ocurrido y V había estado en los alrededores. Ya que ¿porqué los otros varones estarían deseosos de difundir evidencias de la fuerza de V?

¿O quizás era para su beneficio? Si V no tenía hembra de la que alimentarse, moriría. Lo cual no era una mala cosa para los otros pretrans.

—¿Qué dices? —exigió su padre.

Como V necesitaba aparentar fortaleza, habló entre dientes.

—Le maté.

El Bloodletter sonrió de oreja a oreja a través de la barba.

—Lo sospechaba. Y por tu esfuerzo te traeré una hembra.

De hecho, le trajeron una y se alimentó. La transición fue brutal, larga y agotadora, y cuando acabó, su cuerpo se desbordaba fuera del jergón, los brazos y piernas helándose en el frío suelo de la caverna como la carne fresca de la matanza.

Aunque su sexo se había despertado como consecuencia, la hembra a la que habían forzado a alimentarlo no quiso saber nada con él. Le dio la sangre justa para el cambio; luego le dejó con lo huesos crujiendo y los músculos ensanchándose hasta que se desgarraron. Nadie le atendió, y mientras sufría llamaba a su madre mentalmente la que le había dado a luz. Se imaginaba su llegada hasta él radiante y con amor, acariciándole el cabello y diciéndole que todo estaba bien. En su patética visión, le llamó su amado lewlhen.

Regalo.

A él le habría gustado haber sido el regalo de alguien. Los regalos eran preciados, cuidados y protegidos. El diario del guerrero Darius había sido un regalo para V, aún así, el donante quizás no sabía que al olvidarlo había hecho un favor.

Regalo.

Cuando el cuerpo de V acabó con el cambio, se quedó dormido, luego despertó hambriento. Sus ropas se desgarraron durante la transición, así que se envolvió en una piel de animal y caminó con los pies descalzos hacia la cocina. Había poco para comer: royó un muslo, encontró algunos mendrugos, comió un puñado de harina.

Lamía el residuo blanco de la palma de la mano cuando su padre le dijo detrás de él:

—Tiempo de pelear.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Jane—. Estás completamente tenso.

V regresó al presente. Y por alguna razón no mintió.

—Estoy pensando acerca de los tatuajes.

—¿Cuándo te los hiciste?

—Hace casi tres siglos.

Silbó.

—Dios, ¿cuánto tiempo vives?

—Mucho. Suponiendo que no sea derrotado en una pelea y vosotros tontos humanos no hagáis explotar el planeta, respiraré durante otros setecientos años.

—Guau. Le das un concepto completamente nuevo a lo de tercera edad. —Se sentó inclinándose hacia delante—. Vuelve la cabeza. Quiero ver la tinta de tu rostro.

Aturdido por los recuerdos, hizo lo que le pidió porque no tenía la coherencia suficiente para pensar por qué no debería. Aún así, cuando alzó su mano, se estremeció.

Dejó caer el brazo sin tocarlo.

—Esos te los hicieron, ¿no? Probablemente al mismo tiempo que la castración, ¿verdad?

V retrocedió interiormente, pero no se movió. Se sentía completamente incómodo con la rutinaria compasión femenina, pero el asunto era, que la voz de Jane era objetiva. Directa. Así que podía responder objetiva y directamente.

—Sip. Al mismo tiempo.

—Voy a suponer que son advertencias, como las que tienes en la mano, la sien, los muslos e ingle. Voy a suponer que se trata de la energía en la palma de tu mano, la clarividencia, y el tema de la procreación.

¿Cómo si debiera sentirse sorprendido por su súper deducción?

—Cierto.

Su voz se agravó.

—Por eso te aterrorizaste cuando te dije que te retendría. Allá en el hospital en la UCIQ. Te ataron, ¿no?

Se aclaró la garganta.

—¿Lo hicieron, V?

Recogió el mando de la televisión.

—¿Quieres ver algo más?

Cuando empezó a hacer zapping por los canales de películas, se hizo un completo silencio.

—Vomité en el funeral de mi hermana.

El pulgar de V se quedó quieto sobre el mando, deteniéndose en *El Silencio de los Corderos.* La miró.

—¿Lo hiciste?

—El momento más bochornoso y vergonzoso de mi vida. Y no sólo por cuando pasó. Lo hice sobre mi padre.

Mientras Clarice Starling se sentaba en una dura silla frente a la celda de Lecter, V deseó ardientemente información acerca de Jane. Quiso saber el curso entero de su vida desde el nacimiento hasta el presente, y quería saberlo todo ahora.

—Cuéntame qué pasó.

Jane se aclaró la voz como dándose ánimos, y no pudo ignorar el paralelismo con la película, con él mismo como el monstruo enjaulado y Jane como la fuente del bien, regalando pedacitos de sí misma para el consumo de la bestia.

Pero necesitaba saber tanto como necesitaba la sangre para sobrevivir.

—¿Qué ocurrió, Jane?

—Bueno, verás… mi padre era un gran partidario de la avena.

—¿Avena? —como no prosiguió, le dijo—: Cuéntame.

Jane cruzó los brazos sobre el pecho y miró al suelo. Luego sus ojos se encontraron.

—Para que quede claro, la razón por la que saco esto a relucir es para que hables de lo que te ocurrió. Ojo por ojo. Es como compartir cicatrices. Sabes, como la vez que te caíste de la litera en el campamento de verano. O, como cuando te cortaste con el borde metálico de una caja de Reynolds Wrap o cuando te golpeaste la cabeza con un… —frunció el ceño—. Vale… quizás nada de esto es un buen ejemplo, considerando la manera en que cicatrizas, pero funciona conmigo.

V tuvo que sonreír.

—Lo pillo.

—Supongo que ahora me toca a mí. O sea que si yo me abro, tú también. ¿Estás de acuerdo?

Mierda… Salvo que tenía que saber sobre ella.

—Supongo que sí.

—Vale, así mi padre y la avena. Él...

—¿Jane?

—¿Qué?

—Me gustas. Mucho. Tenía que decirlo.

Parpadeó un par de veces. Luego se aclaró la garganta otra vez. *Amigo, ese rubor le sienta bien.*

—Estabas hablando de la avena.

—Bien... sí... como iba diciendo, mi padre era un gran partidario de la avena. Nos hacía comerla a todos por la mañana, incluso en verano. Mi madre, mi hermana y yo teníamos que

tragarnos esa asquerosidad por él, y esperaba a que te acabaras todo lo que había en el tazón. Solía observarnos comer, como si estuviéramos jugando al golf y corriéramos peligro de hacer mal el swing. Lo juro, medía el ángulo entre la columna vertebral y el agarre de la cuchara. En la cena solía... —se detuvo—. Estoy desvariando.

—Y podría oírte hablar durante horas, así que por mí no te centres.

—Sip, vale… centrarse es importante.

—Sólo si eres un microscopio.

Sonrió un poco.

—Regresando a la avena. Mi hermana murió el día de mi cumpleaños, un viernes por la noche. El funeral fue preparado rápidamente, porque mi padre se marchaba a presentar un artículo en Canadá el miércoles siguiente. Me enteré después que había programado esa presentación el día que Hannah fue encontrada muerta en su cama, sin duda porque quería que las cosas siguieran adelante. De todas formas… el día del funeral, me levanté y me sentí terriblemente mal. Simplemente miserable. Nada menos que mareada. Hannah… Hannah era lo único real en una casa llena de cosas bonitas y agradables. Era desordenada, escandalosa, feliz y… la quería mucho, y no pude soportar que la enterráramos. Habría odiado ser enjaulada así. Sip… de todas formas, para el entierro, mi madre salió y me compró uno de esos vestidos de abrigo negros. El problema fue, la mañana del funeral, cuando fui a ponérmelo, no me iba bien. Era demasiado pequeño, y me sentía como si no pudiera respirar.

—Naturalmente empeoró lo del estómago.

—Sip, pero bajé a la mesa del desayuno solamente con arcadas secas. Jesús, todavía puedo recordar lo que parecían sentados uno a cada lado de la mesa, uno frente al otro sin hacer contacto visual. Mi madre era como una muñeca de porcelana que había pasado por un mal control de calidad… estaba maquillada, tenía el cabello en su lugar, pero todo un poco desarreglado. El pintalabios era del color equivocado, no llevaba colorete, se veían las horquillas del moño. Mi padre estaba leyendo el periódico, y el sonido de esas páginas agitándose era tan alto como el disparo de una escopeta. Ninguno de ellos me dijo una palabra.

—Así es que me senté en la silla y no podía apartar la vista de la silla vacía al otro lado de la mesa. El tazón de avena aterrizó en la mesa. Marie, nuestra sirvienta, me puso la mano sobre el hombro mientras lo ponía frente a mí, y por un momento casi sufrí un colapso. Pero luego mi padre chasqueó ese periódico como si yo fuera un perrito meando en la alfombra, y cogí la cuchara y empecé a comer. Obligué a bajar la avena hasta tener arcadas. Y luego fuimos al funeral.

V quiso tocarla, y casi la alcanzó con la mano. En lugar de eso preguntó:

—¿Cuántos años tenías?

—Trece. De todas formas, llegamos a la iglesia y estaba abarrotada, porque todo el mundo en Greenwich conocía a mis padres. Mi madre era desesperadamente cortés, y mi padre estaba estoicamente frío, eso era una situación más o menos normal. Recuerdo… sí, pensé que los dos estaban como siempre a no ser por el mal trabajo de maquillaje y el hecho que mi padre estuviera todo el rato jugando con el cambio de su bolsillo. Lo cual no era normal. Odiaba el ruido ambiental de cualquier tipo, y estaba sorprendida que el inquieto tintineo de las monedas no le molestara. Supongo que estaba bien porque tenía el control del sonido. Quiero decir, que podía detenerlo siempre que quisiera.

Cuando hizo una pausa y miró a través de la habitación, V quiso tratar de penetrar en su mente y ver exactamente que estaba reviviendo. No pudo... y no porque no estuviera seguro

que podía hacerlo. Las revelaciones que libremente escogía compartir con él eran más preciosas que cualquier cosa que él pudiera tomar de ella.

—Primera fila —murmuró—. En la iglesia, estábamos sentados en la primera fila, a la derecha frente al altar. El ataúd cerrado, gracias a Dios, aunque supongo que Hannah estaba perfectamente hermosa. Tenía el cabello de un color rubio rojizo, mi hermana. Lo tenía lujoso y ondulado del tipo que veías en las *Barbies*. El mío era lacio como un palo. De todas formas...

V tuvo el fugaz pensamiento de que usaba las palabras *de todas formas* como un borrador sobre una pizarra atestada. Lo decía cada vez que necesitaba despejar las cosas que acababa de compartir y hacer un lugar para más.

—Sip, primera fila. El servicio empezó. Cantidad de música de órgano... y el asunto era, que esos tubos vibraban hacia arriba a través del suelo. ¿Has estado alguna vez en una iglesia? Probablemente no... De todas formas, puedes sentir los bajos cuando en verdad comienza a sonar. Naturalmente, el servicio fue en un lugar ceremonioso con un órgano que tenía más tubos que el sistema de alcantarillado de la ciudad de Caldwell. Dios, cuando eso empezó a sonar, fue como si estuvieras en un avión que estuviera despegando.

Cuando se detuvo a tomar aliento, V supo que la historia la estaba agobiando, llevándola a un lugar al que no iba de buena gana o a menudo.

Su voz era ronca cuando continuó.

—Así es que... estamos a la mitad de la misa, el vestido es demasiado apretado, el estómago me está matando y esa jodida avena de mi padre ha echado viles raíces y se están insertando en el interior del intestino. Y el sacerdote sube al atril para hacer el discurso mortuorio. Estaba sacado directamente de una selección de actores para el personaje principal, cabello cano, voz grave, vestido con una túnica marfil y dorado. Era el Obispo Episcopal para todo Connecticut, creo. De todos modos... empezó a hablar sobre el estado de gracia que aguarda en el cielo, y todas esas tonterías sobre Dios, Jesús y la Iglesia. Parecía más propaganda del cristianismo que algo para Hannah.

—Estaba sentada allí, sin seguir el hilo, cuando miré por encima y vi las manos de mi madre. Estaban apretadas en el regazo, con los nudillos completamente blancos... como si estuviera en una montaña rusa, sin embargo no se movía. Giré hacia la izquierda y miré las de mi padre. Tenía las palmas en las rodillas y todos los dedos clavados en ellas excepto el meñique derecho, el cual estaba moviéndose un poco. Ese estaba repiqueteando contra la fina lana del pantalón con un temblor tipo Parkinson.

V sabía hacia dónde iba.

—Y las tuyas —dijo suavemente—. ¿Qué hay de las tuyas?

Jane exhaló un pequeño sollozo.

—Las mías... las mías estaban completamente quietas, completamente relajadas. No sentía nada a excepción de la avena en el estómago. Oh... Dios, mi hermana estaba muerta y mis padres, los cuales eran tan poco emocionales como puedas imaginar, estaban afectados. ¿Yo? Nada. Recuerdo pensar que Hannah habría llorado si yo estuviera descansando sobre raso en un ataúd. ¿Yo? No podía.

—Así que cuando el sacerdote acabó el publirreportaje de cuan grande era Dios, y cuanta suerte tenía Hannah de estar con Él, bla, bla, bla, el órgano empezó a sonar. La vibración de los bajos de esos tubos se alzó desde suelo a través de mi asiento, y golpeó justo en la secuencia correcta. O en la equivocada, supongo. Vomité toda esa avena sobre mi padre.

Joder, pensó V. Alargó la mano y tomó la de ella.

—Maldita...

—Sip. Mi madre se levantó para llevarme fuera, pero mi padre le dijo que se quedara. Me llevó hacia una feligresa, le pidió que me llevara al baño, luego entró en el servicio de caballeros. Me dejaron sola en una silla del coro durante diez minutos, luego la feligresa regresó, me metió en su coche y me llevó a casa. Me perdí el entierro. —Inspiró—. Cuando mis padres regresaron a casa, ninguno de ellos vino a verme. Estuve esperando a que viniera alguno de ellos. Podía oírlos moverse por la casa hasta que todo quedó en silencio. Finalmente, bajé, para coger algo del frigorífico, y comer de pie en la barra, porque no teníamos permitido subir comida. Entonces tampoco lloré, aunque era una noche de mucho viento, lo cual me asustaba, la casa estaba en su mayor parte a oscuras y me sentía como si hubiera arruinado el funeral de mi hermana.

—Estoy seguro que estabas conmocionada.

—Sip. Que gracioso… estaba preocupada por si tendría frío. Sabes, la fría noche de otoño. El suelo frío. —Jane sacudió la mano a su alrededor—. De todas formas, a la mañana siguiente mi padre se fue antes de que me levantara, y no volvió a casa durante dos semanas. Continuó llamando y le decía a mi madre que iba a consultar sobre otro caso complejo en algún lugar del país. Mientras tanto, mi madre se levantaba cada día, se vestía y me llevaba a la escuela, pero en realidad no estaba presente. Se convirtió en un periódico. Las únicas cosas de las que hablaba eran el tiempo y qué había ido mal con la casa o el personal mientras estaba en la escuela. Al final mi padre regresó, y ¿sabes cómo me enteré de su inminente llegada? La habitación de Hannah. Cada noche iba a la habitación de Hannah y me sentaba con sus cosas. Lo que no podía entender era como sus ropas, libros y dibujos todavía estaban allí, pero ella no. No podía procesarlo. La habitación era como un coche sin motor, todo estaba dónde debía, a menos de una forma potencial. Nada iba a ser usado otra vez.

—La noche antes de que mi padre volviera, abrí la puerta de la habitación y… todo había desaparecido. Mi madre lo había limpiado todo y había cambiado la colcha y las cortinas. Pasó de ser la habitación de Hannah a una habitación de invitados. Así fue como supe que mi padre volvía a casa.

V le frotó el reverso de la mano con el pulgar.

—Jesús... Jane...

—Así que esa es mi revelación. Vomité la avena en vez de llorar.

Podía ver que estaba nerviosa y que deseaba haberse callado, y sabía cómo se sentía, porque él hacía lo mismo en aquellas pocas ocasiones en que había hablado de sus asuntos personales. Continuó acariciándole la mano hasta que se giro hacia él. Mientras el silencio se prolongaba, supo lo que estaba esperando.

—Sip —murmuró—. Me ataron.

—Y estuviste consciente durante todo el proceso, ¿no?

Su voz se aflautó.

—Sip.

Le tocó el rostro, recorriendo con la palma su mejilla ahora con barba.

—¿Los mataste por eso?

Levantó su palma enguantada.

—Esto tomó el control. El resplandor se encendió por todo el cuerpo. Ambos tenían las manos sobre mí, así que cayeron como piedras.

—Bien.

Mierda… realmente la amaba.

—Habrías sido una buena guerrera, ¿sabes?

—Soy una guerrera. La muerte es mi enemiga.

—Síp, lo es, en verdad. —Dios, tenía tanto sentido que se vinculara a ella. Era una guerrera… como él—. El bisturí es tu daga.

—Sip.

Se quedaron así, con las manos y los ojos entrelazados. Hasta, que sin aviso, ella le rozó el labio inferior con el pulgar.

Cuando él inspiró con un siseo susurró:

—Sabes, no tengo que estar dormida.

CAPÍTULO 23

Cuando John recuperó el conocimiento, tenía una ardiente fiebre. Su piel estaba en llamas, su sangre era un río de lava, la médula y sus huesos eran el horno que lo producía todo. Desesperado por refrescarse, rodó a un lado y quiso quitarse la ropa, excepto que no tenía camisa puesta, ni pantalones. Estaba desnudo mientras se retorcía.

—Tome mi muñeca —la voz femenina vino de un punto por encima y a la izquierda de él, y John inclinó la cabeza hacia el sonido, el sudor corriendo por su rostro como lágrimas. ¿O tal vez estaba llorando?

Duele, señaló con la boca.

—Su Gracia, tome mi muñeca. El proceso esta hecho.

Algo empujó contra sus labios y los humedeció con vino, rico vino. El instinto se elevó como una bestia. El fuego era, de hecho, un hambre, y lo que se le estaba ofreciendo era el sustento que necesitaba. Agarró lo que resultó ser un brazo, abrió ampliamente la boca y bebió con fuertes tragos.

Dios… El sabor era de la tierra y de la vida, embriagador, potente y adictivo. El mundo empezó a girar, a bailar *en pointe*, una montaña rusa, un remolino sin fin. En medio del remolino, tragó con desesperación, sabiendo sin que se lo dijeran que lo que estaba bajando por su garganta era el único antídoto contra la muerte.

La alimentación duró días y noches, pasaron semanas enteras. ¿O fue un abrir y cerrar de ojos? Se sorprendió de que después de todo tuviera un final… no le habría sorprendido enterarse de que el resto de su vida lo pasaría en la muñeca que le había sido dada.

Relajó su agarre succionador y abrió los ojos.

Layla, la rubia Elegida, estaba sentada a su lado en la cama, su túnica blanca era como un rayo de sol para sus sensibles ojos. En la esquina, Wrath estaba parado junto a Beth, los dos abrazados, con aspecto preocupado.

El cambio. *Su* cambio.

Elevó las manos y señaló como un borracho.

¿Es esto?

Wrath negó con la cabeza.

—Todavía no, está viniendo.

¿Viniendo?

—Haz algunas inspiraciones profundas —dijo el Rey—. Vas a necesitarlas. Y escucha, estamos aquí mismo, ¿ok? No te vamos a dejar.

Mierda, eso era cierto. La transición tenía dos partes, ¿verdad? Y la parte dura todavía tenía que llegar. Para combatir el miedo, se recordó que Blay la había pasado. Al igual que Qhuinn.

Y todos los hermanos.

Y su hermana.

Encontró los ojos azul oscuro de Beth, y de ninguna parte le vino una visión borrosa. Estaba en un club… en un club gótico… Tohrment. No, estaba viendo a Tohr con alguien, un macho grande, un macho del tamaño de un hermano, cuyo rostro John no podía ver.

John frunció el ceño, preguntándose porqué demonios su cerebro le mostraría algo como eso. Y entonces escuchó al extraño hablar.

—Es mi hija*, Tohr.*

—Es mestiza, D. Ya sabes lo que piensa de los humanos. —Tohrment movió la cabeza—. *Mi tatarabuela lo era y no me ves precisamente alardeando de eso ante él.*

Estaban hablando sobre Beth, ¿no?... lo que quería decir que el extraño con las facciones borrosas era el padre de John. *Darius.*

John se esforzó por enfocar la visión para poder mirar una vez el rostro de su padre, rogando tener claridad cuando Darius levantó la mano para captar la atención de una camarera antes de señalar a su botella vacía de cerveza y el vaso casi vacío de Tohrment.

—*No dejaré que muera otro de mis hijos* —dijo—. *Y menos si hay una posibilidad de salvarla. De cualquier modo, ni siquiera estamos seguros de que vaya a cambiar. Podría acabar viviendo una vida feliz, sin enterarse jamás de mi condición. No sería la primera vez que sucede.*

¿Su padre había sabido alguna vez de él? se preguntó John. Probablemente no, ya que John había nacido en el lavabo de una parada de autobús, y lo habían dejado para que muriera. Un macho al que le importaba tanto su hija, también le habría importado su hijo.

La visión empezó a desvanecerse, y cuanto más intentaba John agarrarse a ella, más rápido se desintegraba. Justo antes de desaparecer, miró el rostro de Tohr. El corte de cabello militar, los fuertes huesos y los perspicaces ojos hicieron que a John le doliera el pecho. También lo hizo la forma en que Tohr miraba al macho que se sentaba con él al otro lado de la mesa. Estaban unidos. Eran mejores amigos, parecía.

Qué maravilloso habría sido, pensó John, tenerlos a ambos en su vida…

El dolor que lo golpeó fue cósmico, un big bang que escindió a John y envió sus moléculas girando sobre el núcleo. Todo pensamiento, todo razonamiento se perdió, y no tuvo más opción que someterse. Abriendo la boca, gritó sin emitir ningún sonido.

Jane no podía creer que estuviera mirando a un vampiro a la cara y rogándole que se acostara con ella. Y aún así, al mismo tiempo, nunca había estado más segura de nada en su vida.

—Cierra los ojos —dijo V.

—¿Porque me vas a besar de verdad? —*Por favor, Dios, permite que ese sea el caso.*

V estiró la mano enguantada y recorrió con ella el rostro de Jane. Su palma era cálida y grande, y olía a especias oscuras.

—Duerme, Jane.

Frunció el ceño.

—Quiero hacerlo despierta.

—No.

—¿Por qué?

—Es más seguro de esa forma.

—Espera, ¿quieres decir que me puedes dejar embarazada? —¿Y qué pasaba con las ETS[35]?

—Se sabe que ha pasado con humanos en alguna ocasión, pero no estás ovulando. Lo olería. Y respecto a las enfermedades que se pudieran transmitir, no las tengo, y tú no me podrías pasar ninguna, pero nada de eso es lo que importa. Es más fácil para mí tomarte cuando no estás despierta.

—¿Quién lo dice?

Se movió en la cama, impaciente, inquieto. Con ganas de sexo.

—En sueños es la única manera en la que puede pasar.

Hombre, que suerte que estuviera decidido a ser un caballero. Bastardo.

[35] Enfermedades de Transmisión Sexual.

Jane se apartó y se puso en pie.

—Las fantasías no me interesan. Si no quieres que estemos juntos verdaderamente, entonces no vamos a llegar a eso.

Se puso parte del edredón sobre las caderas, cubriendo una erección que empujaba contra el pijama de franela.

—No quiero hacerte daño.

Le lanzó una mirada de enfado que era parte frustración sexual, parte Gertrude Stein[36].

—Soy más fuerte de lo que parezco. Y para serte franca, toda esa mierda de macho-controlador, estoy-haciendo-lo-mejor-para-ti me da alergia.

Se dio la vuelta con la barbilla erguida, pero entonces se dio cuenta de que realmente no tenía ningún lugar al que marcharse. *Qué manera de hacer una salida.*

Enfrentada con una falta total de alternativas, fue al cuarto de baño. Mientras caminaba entre la ducha y el lavabo, se sintió como un caballo en un establo…

Sin ninguna advertencia, fue derribada desde atrás, empujada de cabeza contra la pared y sostenida así por un cuerpo duro como una roca, que la doblaba en tamaño. Su grito sofocado fue primero de sorpresa, después de sexo, cuando sintió a V frotarse contra su culo.

—Intenté decir que no —rugió mientras enterraba la mano en su cabello y lo aferraba, tirándole la cabeza hacia atrás. Mientras lanzaba un grito, se humedeció entre las piernas—. Intenté ser decente.

—Oh… *Dios*….

—Rezar no te va a ayudar. Demasiado tarde para eso, Jane. —Había pesar en su voz… y también algo inevitable y erótico—. Te di la oportunidad de tenerlo a tu manera. Ahora lo haremos a la mía.

Deseaba esto. Lo deseaba a él.

—Por favor…

—Shh. —Con un giro de la muñeca, le inclinó la cabeza a un lado, descubriéndole la garganta—. Cuando quiera que supliques, te lo diré. —Su lengua se sentía cálida y húmeda al recorrerle el cuello—. Ahora pregúntame lo que te voy a hacer.

Abrió la boca, pero sólo pudo jadear.

Vishous le agarró el cabello con más fuerza.

—*Pregúntame*. Di: "¿Qué me vas a hacer?"

Ella tragó.

—¿Qué… qué me vas a hacer?

La giró hacia un lado, en todo momento presionando las caderas contra su culo.

—¿Ves ese lavabo, Jane?

—Sí… —Joder, iba a tener un orgasmo…

—Voy a inclinarte sobre ese lavabo y te vas a agarrar a los laterales. Después te voy a quitar los pantalones.

Oh, Jesús…

—Pregúntame qué viene después, Jane. —Volvió a lamer su garganta, y luego presionó lo que ella reconoció como un colmillo contra el lóbulo de su oreja. Hubo una deliciosa punzada de dolor, seguida de otra ráfaga de calor entre las piernas.

—¿Qué hay… después? —susurró.

[36] Escritora y poetisa estadounidense vanguardista, una figura clave del ambiente artístico y literario de su época. Además, tenía una fuerte personalidad, y era feminista y lesbiana.

—Me voy a poner de rodillas. —Bajó la cabeza y le mordisqueó la clavícula—. Dime ahora: "Y luego qué, V."

Casi sollozó, tan excitada que le empezaron a fallar las piernas.

—¿Y luego qué?

Él le tiró del cabello.

—Te olvidaste de la última parte.

¿Cuál era la última parte… cuál era la última…?

—V.

—No, ahora empieza de nuevo. Desde el principio. —Empujó su erección contra ella, una rígida dureza que claramente quería estar en su interior *ahora*—. Empieza de nuevo, y esta vez hazlo bien.

De ninguna parte, un orgasmo comenzó a recorrerla, el impulso arrastrado por su voz ronca sobre ella…

—Oh, no, no lo tendrás. —Se apartó de su cuerpo—. No te correrás ahora. Cuando te diga que puedes, lo harás. No antes.

Desorientada y dolorida, se quedó floja cuando la necesidad de alcanzar la liberación se alejó.

—Ahora di las palabras que quiero escuchar.

¿Cuáles eran?

—¿Y luego qué… V?

—Me voy a poner de rodillas, pasaré las manos por la parte interior de tus muslos, y te abriré para mi lengua.

El orgasmo le volvió como una oleada, haciendo que le temblaran las piernas.

—No —dijo con un gruñido—. Ahora no. Y sólo cuando yo diga.

La colocó en el lavabo e hizo exactamente lo que había dicho que haría. Se inclinó, le puso las manos en cada lado del lavabo, y le ordenó:

—Sujétate.

Ella apretó las manos con fuerza.

Usó ambas palmas en ella, recorriéndole la piel bajo la camisa, acunándole los pechos. Después estuvieron en su estómago y le rodearon las caderas.

Le bajó los pantalones con un brusco tirón.

—Oh… *joder*. Esto es lo que quiero. —Su mano cubierta de cuero le apretó el culo y lo masajeó—. Levanta esta pierna.

Lo hizo y los pantalones de yoga desaparecieron de su pie. Le separó los muslos y… sí, sus manos, una con guante, la otra no, empezaron a subir. Su centro estaba caliente y necesitado mientras se sentía descubierta ante él.

—Jane —susurró de forma reverente.

No hubo preludio, ni suavidad en lo que hizo. Fue su boca. El centro de ella. Dos pares de labios encontrándose. Los dedos de él se clavaron en sus nalgas y la mantuvieron quieta mientras trabajaba, y ella perdió totalmente la noción de lo que era su lengua, o su perilla, o su boca. Se sintió penetrada entre lentos lengüetazos, escuchó los sonidos de carne contra carne, supo el dominio que tenía sobre ella.

—Córrete para mi —le exigió contra su centro—. Ahora mismo.

El orgasmo llegó en una devastadora explosión que la hizo sacudirse contra el lavabo hasta que una de las manos se le escurrió. No se cayó sólo porque el brazo de V salió disparado y le dio algo a lo que agarrarse.

La boca de él la soltó, y le besó ambas nalgas. Después le deslizó la palma por la columna mientras ella se dejaba caer contra sus brazos.

—Ahora voy a entrar dentro de ti.

El sonido de su pijama siendo bajado de un tirón fue más ruidoso que su propia respiración, y el primer roce de la erección contra la parte superior de sus caderas casi la volvió loca otra vez.

—Deseo esto —dijo con voz gutural—. Dios… deseo esto.

Entró en ella con un duro empuje que llevó sus caderas contra el trasero femenino, y aunque Jane era la que absorbía el tremendo contorno de Vishous, fue él el que gritó. Sin ninguna pausa, empezó a bombear en ella, apoyándose en la cintura de la mujer, moviéndola hacia delante y atrás para que siguiera sus empujes. Con la boca abierta, los ojos abiertos, y los oídos saboreando los deliciosos sonidos del sexo, Jane se sujetó contra el lavabo y otro orgasmo la invadió. Mientras se volvía a correr, el cabello le caía sobre el rostro, su cabeza se sacudía, sus cuerpos golpeaban uno contra el otro.

Era algo que nunca había conocido. Era sexo a la millonésima potencia.

Y entonces sintió que su palma enguantada le agarraba el hombro. Mientras la enderezaba, continuaba penetrándola, dentro y fuera, dentro y fuera. La mano de Vishous se movió hacia su garganta, se colocó en su barbilla, y le inclinó la cabeza hacia atrás.

—Mía —gruñó, bombeando dentro de ella.

Y entonces la mordió.

CAPÍTULO 24

Cuándo John se despertó, el primer pensamiento que atravesó su mente fue que quería un helado con baño de chocolate caliente con trocitos de bacon encima. Lo cual era, desagradable, realmente.

Excepto que, maldición… chocolate y bacon serían el cielo justo ahora.

Abrió los ojos y se sintió aliviado de estar mirando fijamente al techo familiar de la habitación donde dormía, pero estaba confuso en cuanto a lo que le había sucedido. Era algo traumático. Algo de gran importancia. Pero, ¿qué?

Levantó una mano para frotarse los ojos… y dejó de respirar.

La cosa unida a su brazo era *enorme*. Como la palma de un gigante.

Levantó la cabeza y miró hacia abajo a su cuerpo… o al cuerpo de alguien. ¿En algún momento durante el día había sido un donante de cabeza? Porque estaba seguro como el infierno que su cerebro no había estado conectado a algo parecido antes.

La transición.

—¿Cómo te sientes, John?

Miró hacia donde había sonado la voz de Wrath. El Rey y Beth estaban al lado de la cama, luciendo absolutamente agotados.

Tenía que concentrarse para formar las palabras con las manos.

¿La atravesé?

—Si. Si, hijo, lo hiciste. —Wrath se aclaró la garganta, y Beth acarició su antebrazo tatuado como si supiera que luchaba con las emociones—. Felicitaciones.

John parpadeó rápidamente, su pecho apretándose.

¿Todavía soy… yo?

—Si. Siempre.

—¿Me voy? —dijo una voz femenina.

John giró la cabeza. Layla estaba de pie en un rincón oscuro, su rostro perfectamente hermoso y su cuerpo perfectamente hermoso en las sombras

Erección. Instantánea.

Como si alguien hubiera inyectado acero en su miembro.

Manoteó para asegurarse de que estaba cubierto, y agradeció a Dios cuando se dio cuenta que tenía una manta encima. Mientras se recostaba en la almohada, escuchó a Wrath hablando, pero la atención de John estaba en el latido entre sus piernas… y en la mujer al otro lado de la habitación.

—Sería un placer para mí quedarme —dijo Layla haciendo una profunda reverencia.

Quedarse estaba bien, pensó John. Su permanencia era…

Espera, y un *infierno* era bueno. No iba a tener sexo con ella, por amor de Dios.

Ella dio un paso adelante, al halo de luz derramado por la lámpara al lado de la mesita de noche. Su piel era blanca como la luz de la luna, suave como una sábana de satén. Debía ser suave, también… bajo sus manos, bajo su boca… bajo su cuerpo. Abruptamente la mandíbula superior de John hormigueó a ambos lados, justo delante, entonces algo sobresalió de la boca. Una rápida caricia de su lengua y sintió las afiladas puntas de sus colmillos.

El sexo rugió por su cuerpo hasta que tuvo que alejar la mirada de ella.

Wrath rió entre dientes, como si supiera por lo que John estaba pasando.

—Os dejaremos. John, estaremos justo en el otro extremo del pasillo por si necesitas algo.

Beth se inclinó y apenas le rozó la mano con la suya, como si supiera exactamente como de sensible estaba su piel.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Mientras sus ojos se encontraban, lo que le vino a la mente fue: *Y yo de ti*.

Lo cual no tenía absolutamente ningún sentido. Así que en vez de ello, señaló torpemente: *Gracias*.

Un momento después se habían ido, la puerta encerrándoles a él y a Layla juntos. Oh, esto no era bueno. Se sintió como si estuviera sobre un potro salvaje corcoveando, por el control que tenía sobre su cuerpo.

Como no era seguro mirar a la Elegida, echó un vistazo hacia el cuarto de baño. A través de la puerta, vio la ducha de mármol y tuvo un caso grave de añoranza.

—¿Querría lavarse, Su Gracia? —dijo Layla—. ¿Quiere que deje correr el agua para usted?

Asintió para conseguir mantenerla ocupada con algo mientras trataba de averiguar que hacer consigo mismo.

Tómala. Jódela. Tómala de doce maneras diferentes.

Bien, si, eso no era lo que debería estar haciendo.

La ducha se abrió y Layla regresó, y antes de que supiera lo que estaba haciendo, la manta se apartó de su cuerpo. Sus manos se dispararon para cubrirse pero los ojos de ella llegaron a la erección primero.

—¿Puedo ayudarle con el baño? —su voz era ronca, y miraba fijamente sus caderas como si lo aprobara.

Lo cual hizo crecer ese inmenso peso que tenía bajo las palmas aún más.

—¿Su Gracia?

¿Cómo se suponía que podría hacer señas en esa condición?

Daba igual. No le entendería de todos modos.

John sacudió la cabeza, luego se sentó, manteniendo una mano sobre si mismo y plantando la otra en el colchón para estabilizarse. Mierda, se sentía como una mesa cuyos tornillos hubieran sido aflojados en su totalidad, los componentes que lo constituían ya no encajaban juntos adecuadamente. Y el viaje al cuarto de baño parecía como una carrera de obstáculos, aunque no había nada en su camino.

Al menos ya no estaba concentrado únicamente en Layla.

Manteniéndose cubierto, permaneció tambaleándose dentro del cuarto de baño, tratando de no pensar en como le estaba enseñando el culo a Layla. Mientras andaba, imágenes de potros recién nacidos jugaban en su cabeza, particularmente unas donde patas larguiruchas se doblaban como alambres mientras luchaban por levantarse. Como los entendía. Parecía como que en cualquier momento sus rodillas iban a irse de vacaciones y él iba organizar una venta de garaje como un idiota.

Bien. Estaba en el cuarto de baño. *Buen trabajo*.

Ahora si sólo pudiera evitar caerse sobre el mármol. Aunque, Dios, conseguir lavarse valdría las contusiones. Excepto que incluso la ducha que tanto deseaba era un problema. Meterse bajo el suave rocío de agua caliente, fue como ser azotado con un látigo, y saltó hacia atrás… sólo para captar por el rabillo del ojo como Layla se desvestía.

Santa mierda… Era hermosa.

Cuando se le unió se quedó mudo, y no porque no tuviera una caja de resonancia. Sus pechos eran llenos, los pezones rosáceos apretados en el medio de su exuberante peso. La cintura parecía lo bastante pequeña como para que pudiera rodearla con sus manos. Las

caderas eran un equilibrio perfecto a sus hombros estrechos. Y su sexo… su sexo aparecía descubierto ante sus ojos, la piel lisa y sin vello, la pequeña abertura formada por dos pliegues que estaba desesperado por separar.

Se sujetó a si mismo con ambas manos, como si su polla fuera capaz de liberarse saltando el cerco que sostenía sobre su pelvis.

—¿Puedo lavarle, Su Gracia? —dijo mientras el vapor se arremolinaba entre ellos como una fina tela en una suave brisa.

La erección detrás de sus manos dio un tirón.

—¿Su Gracia?

Su cabeza asintió. Su cuerpo latió. El pensamiento de Qhuinn hablando acerca de lo que había hecho con la hembra que había tenido. *Oh, Jesus…* Y ahora le estaba sucediendo a John.

Ella cogió el jabón y lo masajeó entre sus palmas, haciendo rodar la barra una y otra vez, formando espuma blanca que goteaba en el mosaico. Se imaginó su miembro entre esas manos y tuvo que respirar por la boca.

Mira el vaivén de sus senos, pensó mientras se lamía los labios. Se preguntó si le dejaría besarla allí. ¿A que sabría? Le dejaría ir entre sus…

Su miembro saltó, y dejó salir un gemido lastimero.

Layla devolvió el jabón al pequeño hueco que había en la pared de mármol.

—Seré suave, ya que ahora está sensible.

Tragó fuerte y rezó para no perder el control mientras las manos espumosas venían hacia él y se posaban en sus hombros. Desgraciadamente la anticipación era mucho más agradable que la realidad. Su ligero toque fue como papel de lija sobre una quemadura de sol… y aún así anhelaba el contacto

La deseaba. Con el olor del jabón francés flotando en el aire húmedo, las palmas bajaron por sus brazos, luego volvieron a subir hacia su ahora tremendo pecho. La espuma corrió por su vientre hasta llegar a sus manos, enredándose entre sus dedos antes de gotear por su sexo en suaves montones.

La miró fijamente a la cara mientras se demoraba en su pecho, encontrando más allá de lo erótico que sus ojos color verde pálido vagaran por su nuevo, gran cuerpo.

Estaba hambrienta, pensó. Hambrienta de lo que él estaba sosteniendo entre las manos. Hambrienta de lo que él quería darle.

Cogió el jabón del hueco nuevamente y se arrodilló ante él, las rodillas sobre el mármol. Su cabello todavía estaba recogido en un moño, y él quería soltarlo, quería ver como se veía mojado y aplastado contra sus pechos.

Cuando puso las manos en la parte de debajo de su pierna y empezó a subir, levantó la vista. En un instante la vio tomando la cabeza de su erección, estirando la boca ampliamente, las mejillas chupándose hacia adentro mientras se afanaba sobre él.

John gimió y se tambaleó, golpeándose el hombro.

—Deje caer los brazos, Su Gracia.

Aunque estaba aterrorizado por lo iba a suceder a continuación, quería obedecerla. Excepto que… ¿y si quedaba en ridículo? ¿Qué sucedería si se corría sobre su rostro porque no podía contenerse? ¿Que pasaba si…

—Su Gracia, deje caer los brazos.

Lentamente dejó caer las manos, y la erección sobresalió erguida de sus caderas, no tanto desafiando la gravedad como estando totalmente fuera de su alcance.

Oh, Jesus. Oh, Jesús… Ella levantaba la mano hacia…

En el instante en que tocó su miembro, la erección se desinfló: de la nada se vio a si mismo en un hueco de escalera roñoso. Retenido a punta de cuchillo. Violado mientras lloraba silenciosamente.

John se soltó de un tirón y se tropezó fuera de la ducha, los mojados pies y las flojas rodillas haciendo que resbalara en el suelo. Para evitar caer, plantó el culo en el inodoro.

No digno. No varonil. Que típicamente jodido. Finalmente tenía un cuerpo grande, pero no era más macho que cuando había tenido uno pequeño.

El agua se cortó y oyó a Layla cubriéndose con una toalla. Su voz temblorosa.

—¿Le gustaría que me fuera?

Asintió, demasiado avergonzado para mirarla.

Cuando mucho después, levantó la mirada, estaba solo en el cuarto de baño. Solo y frío, perdido el calor de la ducha, todo ese glorioso vapor ido como si nunca hubiera estado.

Su primera vez con una hembra… y había perdido la erección. Dios, quería vomitar.

V rasgó la piel de Jane con los colmillos, penetrando en su garganta, pinchando su vena, aferrándose a ella con los labios. Como era humana, la oleada de poder al beber no provenía de la composición de su sangre, sino del hecho de que era ella. Su sabor era lo que había buscado. Su sabor… y el consumo de una parte de ella.

Cuando gritó, supo que no era de dolor. Su cuerpo estaba borracho debido a la excitación, y ese aroma se hizo aún más fuerte cuando tomó lo que quería de ella, tomaba su sexo con el miembro, tomaba su sangre con la boca.

—Córrete conmigo —dijo con voz ronca, liberando su garganta y dejándola apoyada contra el lavabo otra vez—. *Córrete… conmigo*.

—Oh, Dios…

V se apretó contra sus caderas mientras se corría, y ella saltó el borde con él, su cuerpo succionando su erección justo igual que como él lo había hecho en su cuello. El intercambio se sentía justo y satisfactorio; ella estaba ahora en él, y él en ella. Era correcto. Era bueno.

Mia.

Después que terminó, ambos respiraban con dificultad.

—¿Estás bien? —preguntó con un suspiro, muy consciente de que esa pregunta nunca antes había salido de su boca después del sexo.

Cuando no respondió, se apartó un poco de ella. En su pálida piel podía ver las marcas que había dejado en ella, rojas por su trato rudo. Casi todas con las que se había acostado alguna vez habían acabado con ellas, porque le gustaba rudo, lo necesitaba rudo. Y nunca se había preocupado por lo que dejaba detrás en el cuerpo de las otras personas.

Las marcas le molestaban ahora. Le molestaban incluso más mientras se limpiaba la boca con la mano y salía con una mancha de su sangre.

Oh, Jesús… la había usado muy violentamente. Había sido demasiado duro.

—Jane, lo sient…

—Asombroso. —Sacudió la cabeza, el montón de cabello rubio balanceándose contra sus mejillas—. Eso fue… asombroso.

—Estás segura que no te hice…

—Sencillamente asombroso. Aunque tengo miedo de abandonar este lavabo porque me caeré.

El alivio invadió su cabeza, como un zumbido borracho.

—No quería lastimarte.

—Me arrollaste… pero de la manera en que si tuviera una amiga intima la llamaría y sería como, “Oh, Dios mío he tenido el sexo de mi vida”.

—Bien. Eso es… bueno.

No quería salir de su interior, especialmente si hablaba de esa manera. Pero movió las caderas hacia atrás y la liberó de su erección para que tuviera un descanso.

Por la espalda era exquisita. Tan hermosa que te hacía latir las sienes. Totalmente comestible. Su excitación latió como un corazón mientras se subía el pantalón del pijama y se embutía a si mismo en la franela.

V enderezó a Jane lentamente y la miró a la cara a través del espejo. Sus ojos estaban vidriosos, la boca abierta, las mejillas ruborizadas. En el cuello las marcas del mordisco estaban exactamente donde las quería; justo donde todos pudieran verlas.

La giró para encararlo y recorrió con su índice enguantado su garganta, cogiendo el delgado rastro de sangre de las perforaciones. Lamió el cuero negro, saboreando su sabor, queriendo más.

—Voy a sellar esto, ¿ok?

Asintió, y él bajó la cabeza. Mientras recorría los agujeros delicadamente con la lengua, cerró los ojos y se perdió acariciándola con la nariz. La próxima vez quería ir entre sus piernas y tomar la vena que latía en la unión de sus caderas, perforarla allí así podría alternar entre chupar su sangre y lamer su sexo.

Se inclinó a un lado y abrió la ducha, entonces le quitó la camisa que llevaba. Sus pechos estaban cubiertos con encaje blanco, las puntas rosas eran visibles a través del encantador diseño. Inclinándose, succionó uno de sus pezones a través del fino tejido y fue recompensado con su mano metiéndose suavemente entre su cabello y con un gemido que burbujeó en su garganta.

Gruño y deslizó la palma entre sus piernas.

Lo que había dejado antes estaba en la parte interna de sus muslos y aunque le hiciera ser un estúpido bastardo, quería que se quedara allí. Quería dejar aquella sustancia donde estaba y poner más dentro de ella.

Ah, si, los instintos de un macho vinculado. Quería que lo llevara como si fuera su propia piel, por todas partes.

Le quitó el sostén y la metió con cuidado en la ducha, sosteniéndola por los hombros, colocándola bajo el chorro. Dio un paso dentro, mojándose el pantalón del pijama, sus pies sintiendo el suave suelo de mármol. Pasándole las manos por el cabello y apartando las cortas ondas rubias de su rostro, la miró a los ojos.

Mia.

—Aún no te he besado —dijo.

Se arqueó contra él y usó su pecho para equilibrarse, justo como él la quería.

—No, en la boca no.

—¿Puedo?

—Por favor.

Mierda, se puso nervioso mientras miraba sus labios. Lo cual era extraño. Había tenido mucho sexo a lo largo de su vida, de todas clases y combinaciones diferentes, pero la perspectiva de besarla decorosamente barrió con todo eso. Era la virgen que nunca había sido, despistado y tímido.

—Así que, ¿vas a hacerlo? —preguntó mientras él se paralizaba.

Oh… mierda.

Con una sonrisa como la de la Mona Lisa, le puso las manos sobre el rostro.

—Ven aquí.

Le bajó hasta ella, inclinándole la cabeza, y le rozó los labios con los suyos. El cuerpo de Vishous se estremeció. Había sentido el poder antes, el suyo en los músculos, el de su maldita madre en su destino, el del Rey en su vida, el de sus hermanos en el trabajo, pero nunca había permitido que ninguno de ellos le dominara.

Jane le dominó ahora. Tenía absoluto poder sobre él mientras le acunaba el rostro entre las palmas de las manos.

La acercó y presionó los labios más fuerte contra los suyos, la comunión una dulzura que nunca habría creído que querría, mucho menos que reverenciaría. Cuando se separaron enjabonó sus suaves curvas y la enjuagó. Le puso champú en el cabello. La limpió entre las piernas.

Tratarla con cuidado era como respirar… una función automática de su cuerpo y mente sobre la que ni siquiera tenía que pensar.

Cerró el agua, y la secó con la toalla, entonces la levantó en brazos y la llevó de vuelta a la cama. Se estiró sobre el edredón negro, puso los brazos sobre la cabeza, separó ligeramente las piernas, nada excepto la sonrojada piel femenina y músculos.

Le miró fijamente por debajo de los párpados caídos.

—Tu pijama está mojado.

—Si.

—Estás duro.

—Lo estoy.

Ella se arqueó en la cama, la ondulación recorriendo su torso desde las caderas hasta los pechos.

—¿Vas a hacer algo al respecto?

Descubrió los colmillos y siseó.

—Si me dejas.

Movió una de las piernas a un lado y las córneas de él casi empiezan a sangrar. Su centro brillaba, y no debido a la ducha.

—¿Acaso a ti esto te parece un no? —dijo

Se arrancó los pantalones y estuvo sobre ella en un latido de corazón, besándola profunda y largamente, levantando las caderas, posicionándose, penetrándola. Era mucho mejor así, en la realidad, no en un estado de ensueño. Mientras se corría por él una vez, dos… más… se le rompió el corazón.

Por primera vez tenía relaciones sexuales con alguien a quien amaba.

Sintió un momentáneo pánico ciego por su exposición. ¿Cómo demonios había sucedido esto?

Pero, entonces, este era su último —bueno, su único— intento en la cosa del amor, verdad. Y ella no iba a recordar ninguna cosa, así que era seguro. El corazón de ella no iba a romperse al final.

Además… bueno, su falta de memoria lo haría más seguro para él también, verdad. En cierto modo era como la noche en que él y Wrath habían sacado su mierda, y V había hablado sobre su madre.

Cuantas menos personas supieran sobre él, mejor.

Salvo que, maldición, ¿por qué infiernos el pensamiento de limpiar la mente de Jane hacía que le doliera pecho?

Dios, se iba a ir tan pronto.

CAPÍTULO 25

En el Otro Lado, Cormia salió del Templo del *Primale* y esperó a que la Directrix cerrara las enormes puertas doradas. El Templo estaba en la cima de un elevado montículo, una corona dorada en la parte superior de una pequeña colina, y desde ahí era completamente visible el recinto de las Elegidas: los blancos edificios y los templos, el anfiteatro, las pasarelas cubiertas. Los espacios entre los puntos de referencia estaban alfombrados con césped blanco recortado que nunca crecía, nunca cambiaba, y como siempre, la vista ofrecía poco hacia el horizonte, sólo la mancha difusa del límite del lejano bosque blanco. El único color en la composición era el azul claro del cielo, e incluso ése se difuminaba en los bordes.

—Así termina tu lección —dijo la Directrix mientras despojaba su cuello de la elegante cadena de llaves y cerraba las puertas—. De acuerdo con la tradición, deberás presentante para el primero de los rituales purificadores cuando vayamos a buscarte. Hasta entonces, deberás ponderar la gracia que te ha sido dada y el servicio que proveerás para el beneficio de todas nosotras.

La Directrix dijo las palabras con el mismo tono duro empleado para describir lo que el *Primale* le haría al cuerpo de Cormia. Una y otra vez. Cuando quisiera.

Los ojos de la Directrix tenían un brillo calculador mientras se volvía a poner el collar, y un sonido tintineante se elevó cuando las llaves se asentaron contra sus senos.

—Que estés bien, hermana.

Mientras la Directrix caminaba bajando la colina, su túnica blanca no se distinguía del suelo ni de los edificios, otra mancha blanca que se diferenciaba únicamente porque estaba en movimiento.

Cormia se llevó las manos al rostro. La Directrix le había dicho, no, le había jurado, que lo que sucedería bajo el *Primale* sería doloroso, y Cormia la creía. Los detalles gráficos habían sido asombrosos, y se temía que de ninguna manera podría pasar la ceremonia de apareamiento sin quebrarse… para desgracia de todas las Elegidas. Como la representante de todas ellas, Cormia tenía que proceder como se esperaba y con dignidad, o mancharía la venerable tradición a la que servía, contaminándola por entero.

Miró por encima del hombro al Templo y se puso la mano en la parte inferior del vientre. Estaba fértil, como todas las Elegidas lo estaban en todo momento en este lado. Podría engendrar un bebé del *Primale* desde la primera vez que estuviera con él.

Querida Virgen en el Fade, ¿Por qué había sido elegida?

Cuando volvió a darse la vuelta, la Directrix estaba en la base de la colina, tan pequeña en comparación con los elevados edificios, tan tremenda en sentido práctico. Más que nadie o nada, ella definía el paisaje: todas servían a la Virgen Escriba, pero era la Directrix la que dirigía sus vidas. Por lo menos hasta que llegara el *Primale*.

La Directrix no quería a ese macho en su mundo, pensó Cormia.

Y esa era la razón por la que Cormia había sido la nominada para que la Virgen Escriba eligiera. De todas las hembras que podrían haber sido elegidas y que habrían estado encantadas, ella era la menos afable, la menos complaciente. Una declaración pasiva-agresiva contra el cambio de la supremacía.

Cormia empezó a descender el montículo, la textura de la hierba blanca sin temperatura bajo sus pies descalzos. Nada salvo la comida y bebida poseían calor o frialdad.

Por un momento pensó en escapar. Mejor marcharse de todo lo que conocía que soportar la escena que la Directrix había pintado. Excepto que no tenía conocimiento de cómo ir al

lejano Otro Lado. Sabía que tenía que pasar por la zona privada de la Virgen Escriba, pero después, ¿qué? ¿Y si la pillaba Su Santidad?

Impensable. Más atemorizante que estar con el *Primale*.

Profundamente sumida en sus privados y pecaminosos pensamientos, Cormia deambuló sin propósito por el paisaje que había conocido toda su vida. Era tan fácil perderse ahí, en el recinto, porque todo tenía el mismo aspecto, se sentía igual y olía igual. Sin contraste, los bordes de la realidad eran demasiado suaves para agarrarse en busca de estabilidad, tanto mental como física. Nunca estabas conectada a la tierra. Eras aire.

Al pasar al lado de la Tesorería, se detuvo en sus regias escaleras y pensó en las gemas de su interior, el único color verdadero que había visto. Más allá de las puertas cerradas había cestas llenas de piedras preciosas, y aunque sólo las había visto una o dos veces, recordaba los colores con mucha claridad. Sus ojos se habían quedado asombrados por el vívido azul de los zafiros, el denso verde de las esmeraldas y la fuerza de la sangre de los rubíes rojos. Las aguamarinas habían sido del color del cielo, por lo que la habían fascinado menos.

Sus favoritas habían sido los citrinos, los adorables citrinos amarillos. Los había tocado furtivamente. Había sido sólo una suave pasada de su mano en la cesta cuando nadie la miraba, pero oh, qué glorioso había sido ver la luz en sus alegres caras. El sentirlas moviéndose contra su mano había sido una vívida charla de gran satisfacción para su mano, un contacto táctil y soñador, mucho más excitante por su naturaleza ilícita.

La habían dejado con un sentimiento cálido, aunque de hecho no eran más cálidas que todo lo demás.

Y las gemas no eran la única razón por la que la entrada a la Tesorería era una invitación extraordinaria. Había objetos del otro lado mantenidos en estuches de cristal, cosas que habían sido coleccionadas porque habían jugado un papel crucial en la historia de la raza o porque habían acabado bajo el cuidado de las Elegidas. Incluso si Cormia no siempre había sabido lo que estaba mirando, había sido una enorme revelación. Colores. Texturas. Cosas extranjeras de un lugar extranjero.

Aunque, irónicamente, el objeto por el que se había sentido más atraída había sido un viejo libro. En la estropeada portada, en gastadas letras en relieve, se leía:

DARIUS, HIJO DE MARKLON

Cormia frunció el ceño y se dio cuenta de que había visto ese nombre antes… en la habitación de la Hermandad de la Daga Negra, en la biblioteca.

El diario de un hermano. Así que por eso había sido conservado.

Mientras observaba las puertas cerradas, deseó haber estado allí en los días antiguos, cuando el edificio había permanecido abierto y una podía entrar al interior con tanta libertad como entraba a la biblioteca. Pero eso había sido antes del ataque.

El ataque lo había cambiado todo. Parecía inconcebible que miembros renegados de la raza pasaran al otro lado empuñando armas y tuvieran intención de saquear. Pero habían entrado por un portal que ahora estaba cerrado, y habían asaltado la Tesorería. El anterior *Primale* había muerto protegiendo a las hembras, derrotando a los tres civiles pero muriendo después de ello.

Suponía que había sido su padre, ¿no?

Después de ese horrible interludio, la Virgen Escriba había cerrado ese portal de entrada y aquellos que deseaban pasar entraban por su jardín privado. Y como precaución, la

Tesorería siempre había permanecido cerrada, excepto cuando se necesitaban las joyas a requerimiento de la Virgen Escriba o para determinadas ceremonias. La Directrix poseía la llave.

Escuchó un sonido arrastrante y miró hacia la pasarela con columnatas. Una figura completamente cubierta caminaba cojeando, arrastrando una pierna debajo de una túnica negra, las manos cubiertas sujetaban una pila de telas de toalla.

Cormia desvió la mirada rápidamente y continuó con rapidez, queriendo distanciarse tanto de esa hembra en particular como del Templo del *Primale*. Terminó lo más lejos que una podía de ambos, en el estanque de la reflexión.

El agua era clara y estaba perfectamente quieta, un espejo que mostraba el cielo. Quería meter el pie en ella, pero eso no estaba permitido…

Sus oídos captaron algo.

Al principio no estuvo segura de lo que oyó, o si incluso había escuchado algo. No podía ver que hubiera nadie en las cercanías, nada salvo la Tumba de los Bebés, y los bosques de árboles blancos que marcaban el borde del santuario. Esperó. Cuando el sonido no volvió a escucharse, lo rechazó como parte de su imaginación y continuó.

Aunque no tenía miedo, se vio atraída hacia la tumba donde los infantes que no sobrevivían al nacimiento eran reverenciados.

La ansiedad le recorrió la columna. Este era el único lugar que nunca visitaba, y lo mismo sucedía con el resto de las Elegidas. Todas evitaban este solitario edificio cuadrado con su blanco vallado. La pena pendía en la zona, tan segura como los lazos negros de satén que estaban atados de los pomos de las puertas.

Querida Virgen en el Fade, pensó, su destino pronto estaría en estas tumbas, porque incluso las Elegidas tenían un alto índice de muerte súbita. Verdaderamente, partes de ella descansarían aquí, pequeñas astillas de su ser serían depositadas hasta que no quedara nada salvo una cáscara. El hecho de que no pudiera elegir sus embarazos, que *no* no fuera una palabra o incluso un pensamiento que estuviera permitido, que su descendencia estaría atrapada en el mismo papel que ella, la hizo visualizarse en esta solitaria tumba, encerrada entre los muertos más pequeños.

Juntó más las solapas de su túnica en torno a su cuello y tembló al mirar a través de las verjas. Antes de ese momento, este lugar le había resultado desconcertante, se había sentido como si los sensibles pequeños estuvieran solitarios, a pesar de que estaban en el Fade y deberían ser alegres y estar en paz.

Ahora el Templo era un horror.

El sonido que había escuchado volvió otra vez, y Cormia saltó hacia atrás, lista para escapar de los afligidos espíritus que habitaban allí.

Excepto que no, eso no era un bebé espectral. Alguien contenía el aliento. Y no fantasmalmente, sino muy real.

Silenciosamente, dio vuelta a una esquina.

Layla estaba sentada en la hierba con las rodillas apretadas contra el pecho, rodeándose con los brazos. Tenía la cabeza entre ellas, sus hombros temblaban, su túnica y cabello estaban mojados.

—¿Hermana? —susurró Cormia—. ¿Qué te pasa?

Layla levantó la cabeza abruptamente, y se frotó rápidamente las mejillas hasta que las lágrimas desaparecieron.

—Márchate. Por favor.

Cormia se acercó a ella y se puso de rodillas.

—Dime. ¿Qué ha pasado?

—Nada sobre lo que tengas que…

—Layla, habla conmigo. —Quería estirar la mano, pero el contacto no estaba permitido, y no quería trastornarla más. En vez de tocarla, usó palabras y tono amable—. Hermana, te aliviaré. Por favor, habla conmigo. Por favor.

La cabeza rubia de la Elegida se movió de un lado a otro, su arruinado moño deshaciéndose todavía más.

—Fallé.

—¿Cómo?

—Yo… fallé. Esta noche fallé en complacer. Me rechazaron.

—¿Por qué?

—El macho al que asistí en su transición. Estaba listo para aparearse, y lo toqué y perdió su impulso —el aliento de Layla salió en un sollozo—. Y … tendré que informar al Rey de lo que sucedió, como manda la tradición. Debería haberlo hecho antes de marcharme, pero estaba tan horrorizada. ¿Cómo se lo diré a Su Majestad? ¿Y la Directrix? —Su cabeza volvió a bajar, como si no tuviera la voluntad para mantenerla erguida—. Fui entrenada por las más grandes para dar placer. Y nos fallé a todas.

Cormia se arriesgó y apoyó la mano en el hombro de Layla, pensando que siempre era así. La carga de todas las Elegidas recaía en cada hembra cuando esta actuaba en un asunto oficial. Por tanto, no había desgracia privada o personal, sólo el enorme peso del monumental fracaso.

—Hermana…

—Debo ir a reflexión después de hablar con el Rey y la Directrix.

Oh, no… La reflexión eran siete ciclos sin comida, ni luz, ni contacto con las otras, con la intención de expiar las infracciones del grado más alto. Lo peor de ello, según lo que Cormia había escuchado, era la falta de iluminación, ya que las Elegidas ansiaban la luz.

—Hermana, ¿estás segura de que no te deseaba?

—Los cuerpos de los machos no mienten en ese aspecto. Misericordiosa Virgen… tal vez esto sea para mejor. Puede que no lo hubiera complacido. —Desvío los pálidos ojos verdes—. Ha sido mucho mejor que no fuera tu instructora. Estoy entrenada en teoría, no en práctica, así que no te podría haber impartido conocimiento visceral.

—Habría preferido que fueras tú.

—Entonces eres imprudente. —La cara de la Elegida envejeció de repente. Se volvió anciana—. Y he aprendido mi lección. Me sacaré del estanque de *ehros*, ya que claramente soy incapaz de mantener su sensual tradición.

A Cormia no le gustaron las sombras mortecinas que había en los ojos de Layla.

—¿Tal vez era él el que tenía la falta?

—No hubo ninguna falta por su parte. No estaba complacido por mí. Es mi carga, no la suya —se limpió una lágrima—. Debo decirte, no hay un fracaso mayor que el sexual. Nada corta tan profundo como la negación de tu desnudez y tu instinto de comunión por parte del macho con el que te deseas aparear… ser rechazada en tu piel es la peor clase de rechazo. Por eso debo dejar el *ehros*, no sólo por su fina tradición, sino por mí. No podría pasar otra vez por esto. Nunca. Ahora por favor, vete, y no digas nada. Debo recuperar la calma.

Cormia quería quedarse, pero discutir no parecía ser lo correcto. Se levantó y se sacó la túnica exterior, envolviendo con ella a la hermana.

Layla levantó la mirada con sorpresa.

—Verdaderamente, no tengo frío.

Eso fue dicho mientras apretaba la tela con más fuerza contra el cuello.

—Que estés bien, hermana. —Cormia se giró y se marchó del estanque de la reflexión.

Al mirar al cielo lechoso y azul, quiso gritar.

Vishous rodó del cuerpo de Jane y la colocó de manera que se apretara contra su torso. Le gustaba tenerla cerca en su lado izquierdo, con la mano de luchar libre para matar por ella. Yaciendo allí ahora, nunca se había sentido más centrado, nunca el propósito de su vida había estado tan claro: su sola y única prioridad era mantenerla viva, saludable y a salvo, y la fuerza con la que defendía esa directiva lo hizo sentirse completo.

Era quien era gracias a ella.

En el poco tiempo que se conocían, Jane había entrado a empujones en esa cámara secreta de su pecho, apartando a Butch de un empujón y se había encerrado en el interior con fuerza. Y se sentía correcto. El ajuste se sentía correcto.

Ella soltó un pequeño murmullo y se acurrucó incluso más cerca. Mientras Vishous le acariciaba la espalda, se encontró pensando, sin ninguna razón, en la primera pelea que había tenido, una confrontación seguida de cerca por la primera vez que tuvo sexo.

En el campamento guerrero, a los machos que acababan de pasar la transición se les daba una limitada cantidad de tiempo para recobrar la fuerza. Pero aún así, cuando el padre de Vishous se alzó sobre él y declaró que iba a luchar, V se sorprendió. Sin duda debería haber tenido un día para recuperarse.

El Bloodletter sonrió, mostrando unos colmillos que siempre estaban alargados.

—Y deberás hacerlo con Grodht.

El soldado al que V le había robado la pierna de venado. El gordo que era diestro con el martillo.

Con el cansancio pesando sobre él, y su orgullo que era todo lo que lo mantenía en pie, V procedió al campo de combate que estaba situado en la parte de atrás de donde dormían los soldados. El campo era un sumidero circular e irregular en el suelo de la cueva, como si un gigante hubiera aplastado el puño sobre la tierra por frustración. Profundo como la cintura de un hombre, tenía los laterales y el fondo de color marrón oscuro por la sangre que había sido derramada, se esperaba que lucharas hasta que no te pudieras mantener en pie. Ninguna conducta estaba prohibida, y la única regla que había era para el perdedor, que tenía que presentarse para responder por su deficiencia en combate.

Vishous sabía que no estaba listo para luchar. Virgen del Fade, apenas podía bajar al campo sin caerse. Pero claro, ese era el propósito, ¿no? Su padre había puesto en marcha la perfecta maniobra de poder. Sólo había una manera en que V podía esperar ganar, y si usaba la mano, todos en el campamento verían por sí mismos lo que sólo habían oído como un rumor, y lo rehuirían por completo. ¿Y si perdía? Entonces no sería percibido como una amenaza para el dominio de su padre. Así que de cualquier manera la supremacía del Bloodletter permanecería intacta y sin desafiar por la nueva madurez de su hijo.

Cuando el gordo soldado saltó al interior con un grito vigoroso y un giro de martillo, el Bloodletter se avecinó al borde del hoyo.

—¿Qué arma le deberé dar a mi hijo? —preguntó a la multitud reunida—. Creo que tal vez… —miró hacia una de las hembras de la cocina, que se apoyaba sobre una escoba—. Dámela.

La hembra se movió torpemente para obedecer y la dejó caer a los pies del Bloodletter. Al inclinarse para cogerla, él pateó a la mujer a un lado como haría uno con una rama caída que está obstruyendo el camino.

—Coge esto, hijo mío. Y ruega a la Virgen que esto no sea usado en ti cuando pierdas.

Mientras la multitud de espectadores se reía, V cogió el mango de madera.

—¡Adelante! —rugió el Bloodletter.

El público vitoreó y alguien lanzó los posos de su cerveza a Vishous, la cálida salpicadura golpeó su espalda desnuda y se escurrió por su culo descubierto. El soldado gordo que tenía delante sonrió, mostrando colmillos que se habían extendido hasta su mandíbula inferior. El macho empezó a moverse en círculos alrededor de V, balanceando el martillo al final de su cadena, y un bajo silbido se elevó.

V se movía con torpeza siguiendo a su oponente, resultándole difícil controlar las piernas. Se concentró ante todo en el hombro izquierdo del macho, el que se tensaba antes de lanzar el martillo, mientras con su visión periférica vigilaba la multitud. Aguamiel era lo menos que le podían arrojar.

Resultó ser no tanto una lucha como un concurso de esquivar, con V en una defensa chapucera y su enemigo en un ataque fanfarrón. Mientras el soldado desplegaba su habilidad con la notable arma, V aprendió lo predecibles que eran las acciones del macho así como el ritmo del martillo. Incluso con lo fuerte que era el soldado, tenía que cuadrar los pies antes de lanzar la bola con pinchos del tamaño de una cabeza que tenía el martillo. V esperó a una de las pausas en la acción y entonces atacó, girando la escoba y golpeando con el palo directamente en la entrepierna del bulboso soldado.

El macho rugió, perdió el agarre del martillo y juntó las piernas de golpe, agarrándose la entrepierna. V no perdió ni un momento. Elevó la escoba por encima de su hombro y la hizo girar con todo lo que tenía, golpeando a su oponente en las sienes y haciéndole perder el sentido.

Los vítores se apagaron hasta que todo lo que se escuchó fue la charla chisporroteante del fuego y el sonido de la respiración entrecortada de V. Dejó caer la escoba y pasó por encima de su oponente, listo para salir.

Las botas de su padre se plantaron en el borde del círculo, bloqueándole el camino.

Los ojos del Bloodletter estaban entrecerrados como hojas de cuchillo.

—No has terminado.

—No se levantará.

—Eso no importa. —El Bloodletter indicó con la cabeza al soldado en el suelo—. Remátalo.

Mientras su oponente gemía, Vishous evaluó a su padre. Si V decía que no, el juego que su padre estaba jugando sería satisfecho, la alienación que el Bloodletter buscaba completar, aunque no de la manera que el macho probablemente esperaba. V se convertiría en un blanco por el simple hecho de que sería visto como débil por no castigar a su oponente. Si lo remataba, sin embargo, su posición en el campamento sería tan estable como fuera posible… hasta la siguiente prueba.

El cansancio lo sobrepasó. ¿Su vida siempre estaría basada en semejante balanza, cruda e imperdonable?

El Bloodletter sonrió.

—Este bastardo que se hace llamar hijo mío no tiene carácter, o eso parece. ¿Quizás la semilla que el útero que su madre tomó era de otro?

La risa se extendió por la multitud, y alguien gritó:

—¡Ningún hijo tuyo dudaría en semejante momento!

—Y durante una lucha ningún verdadero hijo mío sería tan cobarde como para atacar la parte vulnerable de un macho. —El Bloodletter miró a los ojos de sus hombres—. Los débiles deben ser taimados, ya que no disponen de fuerza.

La sensación de ser estrangulado se instaló en la garganta de Vishous, tan segura como si las manos de su padre hubieran rodeado su cuello. Mientras su respiración se aceleraba de nuevo, la ira crecía en su pecho y su corazón palpitaba. Bajó la vista al soldado gordo que lo había golpeado… después pensó en los libros que su padre le había hecho destruir… y el chico que se había lanzado contra él… y los miles de actos crueles y descorteses que le habían hecho a lo largo de su vida.

El cuerpo de V se aceleró por la cólera que ardía en él, y antes de saber lo que estaba haciendo, le estaba dando la vuelta al soldado, dejándolo tumbado sobre su gorda barriga.

Tomó al macho. En frente de su padre. En frente del campamento.

Y lo hizo de forma brutal.

Cuando terminó, se separó y se tropezó hacia atrás.

El soldado estaba cubierto con la sangre de V, su sudor y los restos de su vehemencia.

Trepando como una cabra, salió del hoyo, y aunque no sabía qué parte del día era, corrió por el campamento a la entrada principal de la cueva. Cuando salió violentamente, la fría noche estaba justo tomando posesión del terreno, y el tenue brillo en el este le quemó el rostro.

Se inclinó de rodillas y vomitó. Una y otra vez.

—Eres tan débil —la voz del Bloodletter era aburrida… pero sólo en la superficie. Había una profundidad de satisfacción en sus palabras, causada por la misión completada: aunque Vishous había hecho lo que debía con el soldado, su retirada después había sido precisamente el tipo de cobardía que su padre había buscado.

Los ojos del Bloodletter se estrecharon.

—Nunca me vencerás, chico. Al igual que nunca te librarás de mí. Dirigiré tu vida…

Agitado por una ráfaga de odio, V se levantó de su posición agachada y atacó a su padre frontalmente, con la mano brillante por delante. El Bloodletter se puso rígido cuando la sacudida eléctrica le recorrió el cuerpo, y ambos cayeron al suelo, con Vishous encima de él. Actuando por instinto, V colocó su brillante palma blanca en torno a la gruesa garganta de su padre y apretó.

Mientras la cara del Bloodletter se volvía de un rojo brillante, el ojo de V le picó brevemente y una visión reemplazó lo que tenía delante.

Vio la muerte de su padre. Con tanta claridad como si estuviera sucediendo delante de él.

Las palabras salieron de su boca, aunque no fue consciente de pronunciarlas:

—Tendrás tu fin en una pared de fuego causada por un dolor que conoces. Arderás hasta no ser nada salvo humo, y el viento dispondrá de ti.

La expresión de su padre cambió a una de absoluto horror.

V fue separado por otro soldado y agarrado por las axilas, con los pies colgando sobre el suelo nevado.

El Bloodletter se levantó de un salto, con el rostro encendido, una línea de sudor goteando por encima de su labio superior. Respiraba como un caballo montado duramente, y nubes blancas salían de su boca y nariz.

V esperaba totalmente ser golpeado hasta la muerte.

—Traedme mi daga —gruñó su padre.

Vishous se restregó la cara. Para evitar pensar en lo que sucedió después, pensó que esa primera vez con el soldado nunca le había sentado bien. Trescientos años después todavía la sentía como una violación hacia el otro macho, aunque esa había sido la forma de comportamiento en el campamento.

Miró a Jane acurrucada a su lado y decidió que, por lo que a él se refería, esta noche había sido cuando finalmente había perdido la virginidad. Aunque su cuerpo había hecho el acto de muchas formas diferentes a muchas personas distinta, el sexo siempre había sido un intercambio de poder… poder que fluía en su dirección, poder del que se alimentaba para asegurarse de que nunca más nadie lo iba a tumbar y atar, e impedir que luchara mientras le hacían las mierdas que querían.

Esta noche no había encajado con su patrón. Con Jane había habido un intercambio: ella le había dado algo a él, y él a cambio había cedido una parte de sí mismo.

V frunció el ceño. Una parte, pero no todo.

Para hacer eso tendrían que ir a su otro lugar. Y… mierda, irían allí. Aunque el sólo pensar en ello le daba un frío pavor, juró que antes de que ella abandonara su vida, le daría la única cosa que nunca había permitido que nadie tuviera.

Y que nunca más le daría a nadie.

Quería devolverle la confianza que Jane le había dado. Era tan fuerte como persona, como mujer, y aún así se había puesto a su cuidado sexual… incluso sabiendo que tenía duras tendencias dominadoras y que no estaba a su altura físicamente.

Su confianza lo ponía de rodillas. Y antes de que se fuera era preciso devolverle la fe.

Los ojos de Jane parpadearon abriéndose y encontraron los suyos, y los dos hablaron al mismo tiempo:

—No quiero que te vayas.

—No quiero dejarte.

CAPÍTULO 26

Cuando John se despertó la tarde siguiente, tuvo miedo de moverse. Diablos, tenía miedo de abrir los ojos. ¿Y si había sido un sueño? Reafirmándose levantó el brazo, despegó los parpados y… ah sí, allí estaba. La palma de la mano era tan grande como su cabeza. El brazo era más largo de lo que el hueso del muslo había sido antes. La muñeca tan gruesa como una vez lo fue la pantorrilla.

Lo había conseguido.

Alargó la mano hacia su móvil y envió mensajes a Qhuinn y Blay, quienes se los devolvieron al instante. Estaban absolutamente orgullosos de él, sonrió abiertamente… hasta que se dio cuenta de que tenía que usar el cuarto de baño y echó un vistazo a la puerta abierta. Mirando a través del marco, vio la ducha.

Oh, Dios. ¿De verdad la noche pasada la había cagado con Layla?

Tiró el teléfono sobre el edredón, aún mientras la cosa sonaba anunciando que tenía nuevos mensajes esperándolo. Frotándose el pecho extrañamente amplio con la nueva mano de Shaquille O'Neal, se sintió como el infierno. Debería disculparse con Layla, pero ¿para qué? ¿Por ser un culo patético que se volvió blando? Sí, esa era una conversación que se moría por tener, sobre todo cuando sin duda no estaba para nada impresionada por él y su actuación.

¿Era mejor dejarlo pasar? Probablemente. Era tan hermosa, sensual y perfecta en todo sentido que no había ninguna posibilidad de que pensara que lo ocurrido había sido culpa suya. Todo lo que conseguiría sería avergonzarse hasta padecer un aneurisma mientras escribía lo que le diría si tuviera una laringe.

Sin embargo, todavía se sentía como el infierno.

Su despertador se disparó, y fue jodidamente extraño estirar ese brazo de hombre y hacerlo callar. Cuando se puso de pie fue incluso más extraño. Su posición de superioridad era totalmente diferente y todo parecía más pequeño; el mobiliario, las puertas, la habitación. Incluso el techo era más bajo.

¿Exactamente de qué tamaño era?

Cuando trató de dar unos pocos pasos, se sintió como una de aquellas personas del circo que andan con zancos; larguirucho, flojo, en peligro de caerse. Sí… un zancudo de circo que había tenido un derrame cerebral, porque las órdenes que daba su cerebro no eran recibidas correctamente por los músculos y huesos. En su camino hacia el cuarto de baño dio tumbos por todas partes, sosteniéndose de las cortinas, del marco de las ventanas, de una cómoda, de la jamba de la puerta…

Sin ninguna razón en particular pensó en cuando cruzaba el río en sus paseos con Zsadist. Mientras caminaba ahora, los objetos fijos que usaba como apoyo eran como las piedras que saltaba de una a otra para evitar el torrente de agua, pequeñas ayudas de gran importancia.

El cuarto de baño estaba oscuro como la boca de un lobo puesto que las persianas estaban todavía cerradas por el día y había apagado todas las luces después de que Layla le dejara. Con la mano en el interruptor respiró hondo, luego encendió los focos halógenos.

Parpadeó con fuerza, sus ojos estaban hipersensibles y mucho más agudos de lo que lo habían sido antes. Después de un momento, su reflejo entró en su línea visual como una aparición, surgiendo a la luz, como un fantasma de si mismo. Era…

No quería saberlo. Aún no.

John apagó las luces y se fue a la ducha. Mientras esperaba a que corriera el agua caliente, apoyó la espalda contra el frío mármol, abrazándose a sí mismo. En ese momento tenía la absurda necesidad de que le abrazaran, así que era bueno que estuviera solo. Aunque había esperado que el cambio lo hiciera más fuerte, parecía que lo había vuelto aún más nenaza.

Recordó la matanza de aquellos *lessers*. Justo después de que los hubiera apuñalado había conseguido tanta lucidez en lo que se refería a quién era y al tipo de poder que tenía. Pero todo eso se había desvanecido, hasta tal punto que realmente no estaba seguro de que alguna vez se hubiera sentido de esa manera.

Empujo la puerta de la ducha y entró.

Cristo, ¡Ow! La fina lluvia parecía agujas clavándose en su piel y cuando intentó enjabonarse el brazo con aquella sustancia molida francesa que Fritz había comprado, le picó como el ácido de batería. Tuvo que forzarse a si mismo a lavarse el rostro, y aunque era excitante tener una incipiente barba en la mandíbula por primera vez en la historia documentada, la idea de pasarse una maquinilla de afeitar por el rostro era absolutamente repulsiva. Como pasarse un rallador de queso por las mejillas.

Estaba lavándose, tan suavemente como podía, cuando llegó a los genitales. Sin pensar mucho en ello, hizo lo que había hecho toda su vida, una pasada rápida bajo sus testículos y después sobre su cosa…

Esta vez el efecto fue diferente. Se puso duro. Su… polla se puso dura.

Dios, le pareció extraño usar esa palabra, pero… bueno, esa cosa era definitivamente una polla ahora, algo que un hombre tenía, algo que un hombre usaba…

La erección sufrió un frenazo. Sencillamente la hinchazón y el alargamiento se detuvieron. El anhelo que se enroscaba en la parte inferior de su vientre también desapareció.

Se enjuagó el jabón, determinado a no abrir la caja de Pandora respecto a él y el sexo. Tenía suficientes problemas. Su cuerpo era un coche a control remoto cuya antena estaba rota; iba a ir a clase, donde todo el mundo lo miraría fijamente, y de repente cayó en cuenta de que Wrath debía saber sobre el arma que había tenido en el centro de la cuidad. Después de todo, le habían traído de vuelta aquí de alguna manera y Blay y Qhuinn habrían tenido que explicar lo que estaba pasando en la escena. Conociendo a Blay, el tío trataría de proteger a John por lo de la nueve milímetros y admitiría que era suya, pero ¿y si llegaran a echarle del programa? Se suponía que nadie llevaba armas cuando estaban fuera y de paseo. Nadie.

Cuando John salió de la ducha, secarse con la toalla no era una opción. Aún cuando estaba frío como el demonio se dejó secar al aire mientras se cepillaba los dientes y se recortaba las uñas. Sus ojos eran muy penetrantes en la oscuridad, así que encontrar lo que buscaba en los cajones no fue un problema. Aunque, evitar el espejo lo era, por lo que fue a su dormitorio.

Abriendo el armario, sacó una bolsa de Abercrombie & Fitch. Fritz había aparecido con ella frente a su puerta unas semanas atrás y cuando John había echado un vistazo a la ropa, se había figurado que el mayordomo había perdido la razón. Dentro había un nuevo par de vaqueros desgastados, una sudadera del tamaño de un saco de dormir, una camiseta talla XXXL, y en una brillante caja nueva, unas Nike Air Shox talla 14.

Resultó que Fritz, como de costumbre, había tenido razón. Todo le quedaba. Incluso las zapatillas tamaño barco.

Cuando John clavó los ojos en sus pies, pensó que aquellas Nike tendrían que venir con chaleco salvavidas y una jodida ancla de tan grandes que eran.

Dejó la habitación, sus piernas andaban de un modo torpe, los brazos se balanceaban libremente, el equilibrio completamente perdido.

Cuando llegó a lo alto de la magnífica escalera levantó los ojos al techo observando los retratos de los grandes guerreros.

Rezó por llegar a ser uno. Pero sencillamente no podía entender como demonios podría conseguirlo.

Phury despertó con la imagen de la hembra de sus sueños. ¿O tal vez estaba soñando?

—Hola —dijo Bella.

Carraspeó, y aún así su voz sonó aguda cuando contestó:

—¿Estás realmente aquí?

—Sí. —Tomó su mano y se sentó en el borde de la cama—. Aquí mismo. ¿Cómo te sientes?

Mierda, la había preocupado y eso no era bueno para el bebe.

Con la poca energía que tenía hizo una rápida limpieza mental, un OxyClean[37] de su cerebro, barriendo los residuos de los porros rojos que se había fumado, así como el letargo que le daban la herida y el sueño.

—Estoy bien —dijo, alzando la mano para poder restregarse el ojo bueno. No fue una buena idea. En el puño tenia su dibujo, arrugado por haberlo estado abrazando mientras dormía. Empujó el pedazo de papel bajo la sabana antes de que pudiera preguntar que era—. Deberías estar en la cama.

—Me dejan levantarme un poco cada día.

—De todos modos, deberías…

—¿Cuándo te quitan las vendas?

—Oh, ahora, supongo.

—¿Quieres que te ayude?

—No. —La última cosa que necesitaba era que averiguara que se había quedado ciego en el mismo momento en que él lo hacía—. Pero gracias.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?

La gentileza por su parte era más dura que una banda de hierro envolviendo sus costillas.

—Gracias, pero llamaré a Fritz dentro de poco. Deberías volver y acostarte.

—Me quedan cuarenta y cuatro minutos —comprobó su reloj—. Cuarenta y tres.

Se apoyó en los brazos para enderezarse, tirando de las sábanas hacia arriba para cubrir parte de su pecho.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Asustada pero bien...

La puerta se abrió sin que nadie llamara a ella. Cuando Zsadist entró, sus ojos se fijaron en Bella como si tratara de leer sus signos vitales en el rostro.

—Pensé que te encontraría aquí. —Se inclinó y la besó en la boca, luego a ambos lados del cuello, sobre las venas.

Phury apartó la mirada durante el saludo… y se dio cuenta de que su mano se había enterrado bajo la colcha y encontrado el dibujo. Se obligó a soltarlo.

Toda la actitud de Z era mucho más relajada.

—Así que ¿cómo estás, hermano?

[37] OxyClean, producto de limpieza muy potente en quitar manchas.

—Bien —aunque si oía esa pregunta una vez más de cualquiera de ellos, iba a montar una escena salida de la película *Scanners*,[38] porque le iba a explotar la cabeza—. Lo bastante bien como para salir esta noche.

Su gemelo frunció el ceño.

—¿Tienes el alta de la doctora de V?

—Sólo a mí me incumbe.

—Wrath podría tener una opinión diferente.

—Muy bien, pero si no está de acuerdo, va a tener que encadenarme para mantenerme aquí. —Phury se tranquilizó, no quería ponerse tenso estando Bella a su alrededor—. ¿Vas a dar clase durante la primera mitad de esta noche?

—Si, creo que adelantaré algo más de armas de fuego. —Z recorrió el cabello color caoba de Bella con la mano, acariciándolo al mismo tiempo que su espalda. Lo hizo aparentemente sin darse cuenta, y ella aceptó el roce con el mismo afectuoso abandono.

A Phury le dolió el pecho hasta el punto de tener que abrir la boca para respirar.

—Por qué no me encuentro con vosotros abajo para la Primera Comida, ¿os parece? Voy a ducharme, a quitarme las vendas y vestirme.

Bella se levantó y la mano de Z se movió hacia su cintura y la acercó a él.

Dios, eran una familia, ¿verdad? Ellos dos junto a la criatura que llevaba en el vientre. Y en poco más de un año, si la Virgen Escriba lo veía adecuado, permanecerían así con su bebé en los brazos. Más adelante, años después, su niño estaría a su lado. Y luego su hijo o hija se aparearía, y otra generación de la raza llevaría su sangre. Una familia, no una fantasía.

Para meterles prisa, Phury se removió como si se preparara para levantarse.

—Te veo abajo en el comedor —dijo Z, su palma deslizándose en torno a la parte inferior del vientre de su *shellan*—. Bella va a volver a la cama, ¿verdad, *nalla*?

Ella comprobó su reloj.

—Veintidós minutos. Más vale que me meta en el baño.

Intercambiaron varias palabras de despedida, pero Phury no prestó mucha atención porque se moría porque se marcharan. Cuando la puerta finalmente se cerró, alargó la mano hacia el bastón, salió de la cama y fue directamente hacia el espejo que había sobre la cómoda. Se quitó el esparadrapo y luego se desprendió de las capas de gasa. Debajo las pestañas estaban tan pegadas y enmarañadas que entró en el cuarto de baño, hizo correr un poco el agua y se lavó el rostro varias veces antes de ser capaz de separarlas.

Abrió el ojo.

Y vio perfectamente.

La falta total de alivio ante su perfecta y estupenda visión era escalofriante. Debería haberle preocupado. *Necesitaba* preocuparse. Tanto respecto a su cuerpo como por si mismo. Sólo que no lo hacía.

Intranquilo, tomó una ducha y se afeitó, luego se puso la prótesis y se vistió con la ropa de cuero. Estaba saliendo con los avíos para portar las dagas y pistolas en la mano cuando hizo una pausa cerca de la cama. Aquel dibujo que había hecho estaba todavía estrujado bajo las sábanas; podía ver los blancos y arrugados bordes, entre los pliegues de satén azul.

[38] Scanners, película de ciencia ficción del año 1981, donde un grupo de gente al que llaman Scanners tiene fuertes poderes telepáticos y telequineticos. En una escena el Scanner "malo" le hace estallar la cabeza a uno de los buenos.

Visualizó la mano de su gemelo en el cabello de Bella. Después en la parte baja de su vientre.

Phury se acercó, recogió el dibujo y lo alisó en la mesita de noche. Le echó una última mirada, luego lo rasgó en pequeños trozos, puso el montón en un cenicero y encendió una cerilla con el pulgar. Con la llama ardiendo, la inclino sobre el papel.

Cuando solamente quedaba ceniza, se levantó y dejó la habitación.

Era el momento de abandonar, y sabía como hacerlo.

CAPÍTULO 27

V estaba dichosamente feliz. Totalmente y absolutamente. Un cubo de Rubik resuelto. Los brazos estaban alrededor de su hembra, su cuerpo apretujado junto al de ella, su perfume en la nariz. A pesar de ser de noche, era como si el sol brillara sobre él.

Entonces oyó el disparo.

Estaba dentro del sueño. Estaba dormido y dentro del sueño.

El horror de la pesadilla se desplegó como siempre lo hacía, y aún así era nuevo como la primera vez que lo había sentido. Sangre en su camisa. El dolor desgarrándole el pecho. Un descenso hasta suelo hasta quedar de rodillas, su vida terminada…

V se sentó de golpe en la cama, gritando.

Jane se lanzó hacia él para calmarlo mientras la puerta se abría violentamente y Butch se precipitaba dentro empuñando un arma. Sus voces se mezclaron, una macedonia de palabras dichas rápidamente.

—¡Qué coño…!

—¿Estás bien?

V se revolvió entre las sábanas, arrancándoselas del torso para así poder verse el pecho. La piel estaba en perfecto estado, pero aún así pasó la mano sobre si mismo.

—Jesucristo…

—¿Fue un recuerdo del tiroteo? —preguntó Jane mientras le instaba a recostarse en sus brazos.

—Sí, joder…

Butch bajó el cañón del arma y levantó sus calzoncillos.

—A Marissa y a mi nos has dado un susto de muerte. ¿Quieres un Goose para calmarte?

—Sí.

—¿Jane? ¿Algo para ti?

Estaba negando con la cabeza cuando V la interrumpió diciendo:

—Chocolate caliente. Le gustaría una taza de chocolate caliente. Le dije a Fritz que comprara un poco. Está en la cocina.

Cuando Butch les dejó, V se restregó la cara.

—Lamento esto.

—Dios, no te disculpes. —Le pasó la mano de arriba a abajo por el pecho—. ¿Estás bien?

Asintió. Entonces, como un bobo total, la besó y le dijo:

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también. —Le rodeó y sostuvo en sus brazos como si fuera algo precioso.

Ambos guardaron silencio hasta que Butch regresó un poco más tarde con un vaso en una mano y una taza en la otra.

—Quiero una buena propina. Me quemé el dedo meñique con la cocina.

—¿Quieres que te lo mire? —Jane se acomodó la sábana debajo de los brazos y alargó la mano hacia el chocolate.

—Creo que viviré, pero gracias, doctora Jane. —Butch le tendió el Goose a V—. ¿Y tú, tío grande? ¿Estás calmado ahora?

Para nada. No después del sueño. No con Jane marchándose.

—Sí.

Butch negó con la cabeza.

—Eres un pésimo mentiroso.

—Que te den por el culo. —No había ningún calor en las palabras de V en absoluto. Y ninguna convicción cuando añadió—: Estoy controlado.

El poli se dirigió hacia la puerta.

—Ah, hablando de control, ¿sabéis? Phury apareció en la Primera Comida, completamente dispuesto a salir y luchar esta noche. Z se detuvo brevemente aquí hace una media hora camino a clase, para agradecerte, doctora Jane, todo lo que hiciste. El rostro de Phury tiene buen aspecto y el ojo del hermano está funcionando perfectamente bien.

Jane sopló por encima de la taza.

—Me sentiría mejor si fuese a ver a un optometrista para estar seguros.

—Z dijo que insistió en ello y no le hizo caso. Incluso Wrath lo intentó.

—Me alegro de que nuestro muchacho saliera bien —dijo V, y realmente lo sentía. El problema era, que la única excusa para que Jane se quedara acababa de evaporarse.

—Sí, yo también. Os dejaré solos. Nos vemos.

Cuando la puerta se cerró, V escuchó el sonido que hacía Jane soplando su chocolate caliente otra vez.

—Voy a llevarte a casa esta noche —dijo.

Dejó de soplar. Hizo una larga pausa y entonces bebió un sorbito suspirando.

—Sí. Ya es hora.

Él tragó la mitad del vaso de Goose.

—Pero antes de que lo haga, me gustaría llevarte a un sitio primero.

—¿Dónde?

No estaba seguro de como decirle lo que quería que ocurriera antes de dejarla ir. No quería que se diera a la fuga, especialmente cuando consideraba los años y años y todo el sexo deshonesto y apático que iba a tener que tolerar.

Terminó su Goose.

—A un sitio privado.

Mientras bebía de la taza, sus cejas descendieron.

—Así que realmente vas a dejarme ir, ¿eh?

Contempló su perfil y deseó que se hubieran conocido en otras circunstancias. Salvo que ¿cómo coño habría pasado eso alguna vez?

—Sí —dijo tranquilamente—. Lo haré.

Tres horas más tarde estando frente a su taquilla, John deseaba que Qhuinn cerrara el maldito pico. Aún cuando el vestuario era ruidoso, debido a los sonidos de golpes de puertas metálicas al cerrarse, el aleteo de la ropa y el ruido de los zapatos al caer, le parecía que su compañero tenía un megáfono grapado al labio superior.

—Eres flipantemente enorme, J. M. En serio. Como… gienorme[39].

Esa no es una palabra. John metió la mochila de un empujón como solía hacer y se dio cuenta de que ninguna de las prendas que estaba metiendo le volvería a quedar bien.

—El infierno que no lo es. Apóyame, Blay.

Blay asintió mientras se ponía su *ji*.

—Sí, ¿te das cuenta? Vas a llegar a ser como de tamaño-hermano.

—Gigantus[40].

Bien, tampoco es una palabra, idiota.

[39] Gienorme, unión de gigante+enorme. En el original *ginormous.*(N.T.)
[40] Gigantus, tamaño gigante.(N.T.)

—Está bien, realmente, realmente, realmente grande. ¿Qué te parece eso?

John sacudió la cabeza mientras ponía los libros en el suelo y embutía profundamente las pequeñas prendas en el cubo de basura más cercano.

Cuando volvió a levantarse, midió a sus amigos y se percató de que era más grande que ambos por unas buenas cuatro pulgadas. Demonios, era tan alto como Z.

Miró hacia el pasillo, a Lash. Si, también sobrepasaba a Lash.

El bastardo le echó un vistazo mientras se quitaba la camisa, como si percibiera la mirada fija de John. Con un suave movimiento, el tipo deliberadamente flexionó los hombros, los músculos se abultaron tensos bajo la piel. Tenía un tatuaje que le atravesaba el estómago que no había estado allí dos días antes, una palabra en la Antigua Lengua que John no reconoció.

—John, trae tu culo hasta el pasillo un segundo.

Todo el lugar se quedó en silencio, John sacudió la cabeza bruscamente de un lado a otro. Zsadist estaba de pie en la puerta del vestuario, todo su actitud diciendo vayamos al grano.

—Mierda —susurró Qhuinn.

John guardó la mochila, cerró la taquilla y tiró de la camisa para ponerla en su sitio. Caminó hacia el hermano tan rápidamente como pudo, andando alrededor de los otros tíos mientras estos fingían seguir con lo que estaban haciendo.

Z sostuvo la puerta del todo abierta mientras John salía al pasillo. Después de que la cosa estuvo cerrada, dijo:

—Esta noche, tú y yo nos encontraremos antes del alba, igual que siempre. Solo que vamos a saltarnos el paseo. Vendrás a la sala de pesas mientras yo levanto. Tenemos que hablar.

Mierda, era directo. John dijo por señas:

¿A la misma hora?

—A las 4 a.m. En cuanto al entrenamiento de esta noche, espero que permanezcas sentado en el gimnasio, pero que participes de la práctica en el campo de tiro. ¿Me captas?

John inclinó la cabeza, luego, cuando el macho se dio la vuelta para alejarse, agarró el brazo de Z.

¿Es por la noche pasada?

—Sip.

El hermano se alejó, abriendo de un puñetazo las puertas dobles del gimnasio. Cuando las dos mitades se cerraron hicieron un seco sonido metálico.

Blaylock y Qhuinn aparecieron detrás de John.

—¿Qué está pasando? —preguntó Blay.

Me van a cubrir de mierda por fulminar a aquel lesser, dijo John por señas.

Blay se pasó la mano por el cabello rojo.

—Debería haberte encubierto mejor.

Qhuinn sacudió la cabeza.

—John, te apoyaremos, amigo. Quiero decir, ir al club fue idea mía.

—Y el arma era mía.

John cruzó los brazos sobre el pecho.

Todo va a ir bien.

O al menos lo esperaba. Como estaban las cosas estaba al borde de ser pateado fuera del programa.

—A propósito…— Qhuinn puso la mano sobre el hombro de John—. No he tenido oportunidad de darte las gracias.

Blay asintió con la cabeza.

—Yo tampoco. Fuiste honrado anoche. Totalmente honrado. Tú nos salvaste.

—Mierda, sabías exactamente lo que estabas haciendo.

John sintió que su rostro se ponía colorado.

—Vaya, ¿no es esto agradable? —dijo Lash arrastrando las palabras—. Decidme algo, ¿hacéis lo de la pajita más corta de tres para decidir quién estará debajo? ¿O es siempre John?

Qhuinn sonrió, exponiendo sus colmillos.

—¿Alguna vez te ha mostrado alguien la diferencia entre un buen toque y un mal toque? Porque estaría encantado de demostrártelo. Podríamos comenzar ahora mismo.

John se colocó delante de su amigo, plantándose cara a cara con Lash. No dijo nada, sólo miró hacia abajo al tipo.

Lash sonrió.

—¿Tienes algo que decirme? ¿No? Espera, ¿todavía estás sin voz? Dios… que lastima.

John podía sentir a Qhuinn preparándose para abalanzarse, el calor y el impulso emanando de su amigo. Para detener el encontronazo que ocurriría, John llevó una mano hacia atrás y la puso sobre los abdominales de su compañero para mantenerlo en el sitio.

Si alguien iba a ir a por Lash, era él.

Lash se rió y apretó el cinturón de su *ji.*

—No me hagas frente como si tuvieras valor John-boy. La transición no te cambia en el interior ni arregla tus defectos físicos. ¿Verdad, Qhuinn? —mientras giraba para alejarse dijo en voz baja—: Jodido contrahecho.

Antes de que Qhuinn pudiera saltarle al tipo, John se volvió y lo agarró por la cintura mientras Blay lo sujetaba con fuerza de uno de los brazos. Incluso combinando sus pesos, era como contener a un toro.

—Cálmate —gruñó Blay—. Sólo relájate.

—Un día de estos voy a matarlo —siseó Qhuinn—. Lo juro por Dios.

John echó una mirada mientras Lash caminaba hasta el gimnasio.

Haciéndose una promesa a si mismo, marcó al tipo para darle una paliza, aunque le costara que le echaran a patadas del programa para siempre.

Siempre pensó que si jodías a sus amigos, ibas a ir servido. Fin de la historia.

El asunto era, que ahora tenía el equipo para cumplir con el trabajo.

CAPÍTULO 28

Alrededor de la medianoche Jane se encontró en la parte de atrás de un Mercedes negro de camino a casa. En la parte delantera, al otro lado de la división que estaba colocada, el conductor uniformado era ese mayordomo más viejo que Dios y tan alegre como un terrier. A su lado, V estaba vestido de cuero negro, tan silencioso y sombrío como una lápida.

No había dicho mucho. Pero no le soltaba la mano.

Las ventanillas del coche estaban oscurecidas hasta tal punto que se sentía como si estuviera en un túnel, y en un esfuerzo por ubicarse, pulsó un botón en la puerta que tenía al lado. Cuando su porción de cristal bajó, una asombrosa ráfaga fría entró y sustituyó a la calidez, como un matón dispersando a los niños buenos en un patio de recreo.

Sacó la cabeza a la brisa y miró el charco de luz que arrojaban los faros. El paisaje estaba borroso, como una fotografía desenfocada. Por el ángulo descendente de la carretera, sabía que estaban bajando una montaña. La cosa era que no podía captar ninguna sensación de a dónde se dirigían ni de dónde venían.

De una extraña manera, la desorientación era apropiada. Este era el interludio entre el mundo en el que había estado y al que estaba regresando, y los tramos entre uno y otro deberían ser brumosos.

—No puedo ver dónde estamos —murmuró al subir la ventanilla.

—Se llama *mhis* —dijo V—. Piensa en ello como una ilusión protectora.

—¿Un truco tuyo?

—Sí. ¿Te importa que encienda un cigarrillo, siempre y cuando deje entrar un poco de aire fresco?

—Está bien. —No es como si fuera a estar a su alrededor por mucho tiempo.

Mierda.

V le apretó la mano y bajó la ventanilla medio centímetro, el suave zumbido del viento se propagaba por encima del silencioso murmullo del sedán. Su chaqueta de cuero crujió cuando sacó un cigarrillo liado a mano y un encendedor de oro. La piedra hizo un pequeño chasquido, y entonces el olor del tabaco turco le provocó a Jane un hormigueo en la nariz.

—Ese olor va a… —se detuvo.

—¿Qué?

—Iba a decir “recordarme tanto a ti”. Pero no lo hará, ¿verdad?

—Tal vez en sueños.

Puso las yemas de sus dedos en la ventana. El cristal estaba frío. Justo como el centro de su pecho.

Como no podía soportar el silencio, dijo:

—Estos enemigos vuestros, ¿qué son exactamente?

—Empiezan como humanos. Después se convierten en algo diferente.

Mientras inhalaba, vio su cara bañada de luz naranja. Se había afeitado antes de salir, usando la navaja que una vez había querido volver contra él, y su rostro era imposiblemente hermoso y arrogante, masculino, duro como su voluntad. Los tatuajes en su sien todavía estaban hermosamente hechos, pero ahora los odiaba, reconociéndolos como la violación que eran.

Se aclaró la garganta.

—Bueno, dime más.

—La Sociedad *Lessening*, nuestra enemiga, elige sus miembros mediante un proceso cuidadosamente analizado. Buscan a sociópatas, asesinos, gente amoral del tipo Jeffrey Dahmer[41]. Entonces el *Omega* se mete…

—¿El *Omega*?

Bajó la vista a la punta de su cigarrillo.

—Supongo que el equivalente cristiano es el demonio. De todas maneras, el *Omega* mete las manos en ellos… además de otras cosas… y *abracadabra*, se despiertan muertos y moviéndose. Son fuertes, virtualmente indestructibles y sólo se pueden matar con una puñalada en el pecho, con algo que tenga acero.

—¿Por qué son vuestros enemigos?

Inhaló, y de nuevo sus cejas volvieron a descender.

—Sospecho que tiene algo que ver con mi madre.

—¿Tu madre?

La sonrisa dura que le estiraba los labios era más bien una curva.

—Soy el hijo de lo que tú probablemente considerarías un dios —elevó su mano enguantada—. Esto viene de ella. Personalmente, en cuanto a regalos para bebés, habría preferido uno de esos sonajeros de plata, o tal vez algunos potitos para comer. Pero uno no elige lo que le dan los padres.

Jane miró el cuero negro que se extendía sobre su palma.

—Jesús…

—No según nuestro léxico o mi naturaleza. No soy del tipo salvador —puso el cigarrillo entre sus labios y se quitó el guante. En la tenue luz del asiento trasero, su mano brillaba con la suave belleza de la luz de la luna reflejándose en nieve recién caída.

Inhaló una última vez, cogió el cigarrillo y presionó la punta encendida justo en el centro de su palma.

—No —siseó ella—. Espera…

La colilla se convirtió en cenizas en un destello de luz, y sopló el residuo, un polvo fino que se dispersó en el aire.

—Daría lo que fuera por librarme de esta mierda. Aunque tengo que decirlo, es condenadamente práctica cuando no tengo un cenicero.

Jane se sintió mareada por una gran cantidad de razones, especialmente cuando pensó en el futuro de él.

—¿Te está obligando tu madre a casarte?

—Sí. Joder, ni de coña me presentaría voluntario para eso. —Los ojos de V la volvieron a mirar, y por una fracción de segundo, Jane pudo jurar que iba a decir que ella sería la excepción a esa regla. Pero entonces desvió la mirada.

Dios, el pensar en él con otra persona, aunque no lo recordara, era como ser golpeada en el estómago.

—¿Cuántas? —dijo Jane con voz ronca.

—No quieres saberlo.

—Dímelo.

[41] Jeffrey Dahmer, apodado "El Carnicero de Milwaukee", fue un asesino en serie responsable de la muerte de 17 hombres entre 1978 y 1991. Es conocido no sólo por la cantidad de personas que asesinó, sino también por practicar la necrofilia y el canibalismo.

—No pienses en eso. Yo, seguro como el infierno que trato de no hacerlo. —La volvió a mirar—. No van a significar nada para mí. Quiero que sepas eso. Aunque tú y yo no podamos… Sí, bueno, de todas formas, no significarán una mierda.

Era horrible por su parte alegrarse por eso.

Vishous se volvió a poner el guante, y guardaron silencio mientras el sedán se deslizaba como un fantasma atravesando la noche. Finalmente se detuvieron. Arrancaron otra vez. Pararon. Se movieron de nuevo.

—Debemos estar en el centro, ¿eh? —dijo—. Porque parecen un montón de semáforos.

—Sí. —Se inclinó hacia delante, presionó un botón y la división se bajó, para que pudiera ver a través del parabrisas.

Síp, el centro de Caldie. Estaba de vuelta.

Cuando las lágrimas le quemaron los ojos, las apartó de un parpadeo y bajó la vista a sus manos.

Un poco después el conductor detuvo el Mercedes delante de lo que parecía la entrada de servicio de un edificio de ladrillos: había una robusta puerta metálica que ponía privado en pintura blanca, y una rampa de cemento que subía a un muelle de carga. El lugar estaba limpio en la manera en que los sitios urbanos bien cuidados lo estaban. Lo que quería decir que estaba sucio, pero no había basura suelta a la vista.

V abrió su puerta.

—No salgas todavía.

Puso la mano en el petate que contenía sus ropas. ¿Quizás había decidido llevarla de vuelta al hospital? Excepto que esta no era una entrada que conociera del St. Francis.

Momentos después V abrió la puerta y estiró su mano descubierta dentro.

—Deja tus cosas. Fritz, volveremos dentro de un rato.

—Es un placer esperar —dijo el anciano con una sonrisa.

Jane salió del coche y siguió a V hacia un grupo de escaleras de cemento al lado de la rampa. Todo el tiempo estaba sobre ella como un forro, apretado contra su espalda, protegiéndola. De alguna manera abrió la robusta puerta de metal sin llaves; simplemente puso su mano en la barra de apertura y la miró.

Extrañamente, una vez que estuvieron dentro no se relajó nada. La guió con rapidez por un pasillo hasta un ascensor de carga, comprobando a derecha e izquierda mientras avanzaban. No tenía ni idea de que estaban en el lujoso edificio Commodore hasta que leyó un letrero de los encargados del inmueble que estaba puesto en las paredes de cemento.

—¿Tienes un piso aquí? —preguntó, aunque era evidente.

—El piso superior es mío. Bueno, la mitad. —Entraron a un ascensor de servicio con suelo de linóleo gastado bajo las luces empotradas—. Desearía poder llevarte por la entrada principal, pero es demasiado pública.

Hubo una sacudida cuando el ascensor se puso en marcha, y ella estiró la mano para apoyarse en las paredes. V le cogió la parte superior del brazo, manteniéndola estable, y no la soltó. No quería que lo hiciera.

V seguía tenso cuando pararon bruscamente y el ascensor se abrió. El sencillo vestíbulo no era nada especial, simplemente con dos puertas y una salida a unas escaleras para darle un propósito. El techo era alto, pero no ornamentado, y el alfombrado era de la variedad suave y multicolor que reconocía de las salas de espera del hospital.

—Es por aquí.

Lo siguió hasta el final del pasillo y se sorprendió al verlo sacar una llave de oro para abrir una puerta.

Lo que había al otro lado estaba oscuro como la boca de un lobo, pero entró con V al interior sin sentir miedo. Demonios, se sentía como si pudiera caminar hacia un pelotón de fusilamiento con él a su lado, y salir sana y salva. Además, el lugar olía bien, como a limón, como si lo hubieran limpiado recientemente.

V no encendió ninguna luz. Sólo tomó su mano y la instó a que siguiera adelante con un tirón.

—No puedo ver nada.

—No te preocupes. Nada te hará daño, y conozco el camino.

Se agarró a su palma y muñeca y se arrastró tras él hasta que V se detuvo. Por la forma en que sus pasos retumbaban, tenía la sensación de que era un espacio grande, pero ni idea de los contornos del ático.

V le giró el rostro hacia la derecha y luego se apartó.

—¿A dónde vas? —tragó saliva con fuerza.

Una vela brillaba en el rincón más alejado, a unos cien metros de ella. Sin embargo, no iluminaba mucho. Las paredes… las paredes y el techo y… el suelo… eran negras. Todo negro. Al igual que la vela.

V se colocó al refugio de la luz, nada más que una sombra amenazante.

El corazón de Jane palpitó.

—Me preguntaste por las cicatrices entre mis piernas —dijo—. Cómo sucedieron.

—Sí —susurró. Así que por eso quería todo oscuro como la noche. No quería que le viera la cara.

Otra vela se encendió, ésta en el lado opuesto de lo que vio que era una enorme habitación.

—Mi padre mandó que lo hicieran. Justo después de que casi lo matara.

Jane aspiró bruscamente.

—Oh… Dios.

Vishous miró fijamente a Jane, pero sólo veía el pasado y lo que había sucedido después de que tirara a su padre al suelo.

—Traedme mi daga —dijo el Bloodletter.

V luchó contra el soldado que le sujetaba los brazos, pero no llegó a ninguna parte. Mientras se retorcía, dos machos más aparecieron. Después otro par. Luego otros tres.

El Bloodletter escupió en el suelo cuando alguien le puso una daga negra en la mano, y V se preparó para la puñalada que iba a venir… excepto que el Bloodletter sólo pasó con rapidez la hoja por su palma y luego la enfundó en su cinturón. Juntando ambas manos, las frotó una contra la otra, y luego golpeó con fuerza su derecha en el centro del pecho de V.

V bajó la mirada a la huella en su piel. Expulsión. No muerte. ¿Por qué?

La voz del Bloodletter era dura.

—Serás desconocido para siempre para aquellos que habitan aquí. Y la muerte vendrá a cualquiera que te ayude.

Los soldados empezaron a soltar a Vishous.

—Todavía no. Llevadlo al campamento. —El Bloodletter se dio la vuelta—. Y que venga el herrero. Es de nuestra incumbencia advertir a otros de la naturaleza malvada de este macho.

V se retorció salvajemente cuando otro soldado le levantó las piernas y fue llevado como un cadáver a la cueva.

—Tras la pantalla —le dijo el Bloodletter al herrero—. Haremos esto delante de la pared dibujada.

El macho palideció, pero llevó su caja de áspera madera con herramientas al otro lado de la división. Mientras tanto, V fue colocado sobre su espalda con un soldado al final de cada una de sus extremidades y otro sujetándole las caderas.

El Bloodletter se situó sobre V, con las manos chorreando un brillante rojo.

—Marcadlo.

El herrero levantó la mirada.

—¿De qué manera, gran señor?

El Bloodletter deletreó las advertencias en la Antigua Lengua, y los soldados sujetaron a V mientras sus sienes, su entrepierna y sus muslos eran tatuados. Luchó durante todo el proceso, pero la tinta se hundió en su piel, los caracteres permanentes. Cuando terminaron, estaba totalmente agotado, más cansado que cuando había salido de la transición.

—Su mano. Hazlo en la mano también. —El herrero empezó a negar con la cabeza—. Lo harás o traeré a otro herrero al campamento, porque tú estarás muerto.

Al herrero le tembló todo el cuerpo, pero tuvo cuidado de no tocar la piel de V, con lo que las marcas se completaron sin incidentes.

Cuando se terminó, el Bloodletter bajó la mirada hacia V.

—Hay otra tarea necesaria, creo yo. Abridle mucho las piernas. Le haré un favor a la raza y me aseguraré de que nunca se reproduzca.

V sintió que los ojos se le salían de las órbitas cuando sus tobillos y muslos fueron separados de un tirón.

—No, se necesita algo distinto.

Le ordenó al herrero que hiciera la tarea con un par de tenazas.

V gritó al sentir el metal cerrándose sobre su piel más sensible. Hubo un dolor ardiente y un desgarro, y entonces…

—Dulce *Jesús* —dijo Jane.

V se sacudió regresando al presente. Se preguntó cuánto había dicho en voz alta, y decidió que, a juzgar por la mirada de horror en su rostro, había sido más o menos todo.

Observó la luz de las velas destellando en sus oscuros ojos verdes.

—No fueron capaces de terminar.

—No por decencia —dijo suavemente.

Negó con la cabeza y elevó su mano enguantada.

—Aunque estaba a punto de desmayarme, todo mi cuerpo se encendió. Los soldados que me estaban sujetando murieron al instante. Al igual que el herrero… estaba usando una herramienta de metal, y esta condujo la energía directamente a él.

Cerró los ojos brevemente.

—¿Qué pasó después?

—Me di la vuelta, me levanté un poco y me arrastré hasta la salida. Todo el campamento me vio marchar en silencio. Ni siquiera mi padre se interpuso en mi camino ni me dijo nada. —V se agarró ligeramente, recordando el dolor paralizante—. El, eh… el suelo de la cueva estaba cubierto con un tipo de tierra suelta, polvorienta, que contenía varios minerales, uno de los cuales debía ser sal. La herida se cerró, de modo que no me desangré, pero así es como obtuve las cicatrices.

—Lo siento… tanto —levantó la mano como si quisiera alcanzarlo, pero luego dejó caer el brazo—. Es un milagro que sobrevivieras.

—Apenas conseguí sobrevivir esa primera noche. Tenía tanto frío. Acabé usando una rama para que me ayudara a caminar, y fui lo más lejos que pude sin rumbo fijo. Al final me

desplomé. La voluntad de seguir caminando estaba allí, mi cuerpo no. Había perdido sangre, y el dolor era agotador.

Unos civiles de mi raza me encontraron justo antes del amanecer. Me acogieron, pero sólo por un día. Las advertencias… —se tocó la sien—. Las advertencias en mi rostro y cuerpo hicieron lo que mi padre quería que hicieran. Me convirtieron en un monstruo a ser temido. Al caer la noche me fui. Deambulé solo durante años, manteniéndome en las sombras, apartándome del camino de la gente. Me alimenté de humanos por un tiempo, pero eso no me sustentó lo suficiente. Un siglo después acabé en Italia, trabajando como matón contratado para un comerciante que trataba con humanos. En Venecia había putas de mi especie, que te dejaban alimentarte, y las usé.

—Tan solo. —Jane se puso la mano en la garganta—. Debiste estar tan solo.

—Apenas. No quería que me vieran con nadie. Trabajé para el comerciante más o menos una década, y después una noche, en Roma, me encontré con un *lesser* que estaba en el proceso de matar a una hembra. Maté al bastardo, pero no porque la hembra me importara particularmente. Fue… sabes, fue su hijo. Su hijo estaba mirando en las sombras de la oscura calle, agachado al lado de un carro. Era como… mierda, definitivamente era un *pretrans*, y uno joven. Lo vi a él primero, en realidad, cuando capté la acción al otro lado. Pensé en mi propia madre, o por lo menos la imagen que había imaginado de ella, y fue como… demonios, de ninguna manera este niño iba a ver a la hembra que lo había dado a luz morir.

—¿La madre vivió?

Él hizo una mueca de dolor.

—Cuando pude llegar a ella, ya se había ido. Se desangró de una herida en la garganta. Pero te lo prometo, ese *lesser* terminó hecho pedazos. Después de eso, no supe qué hacer con el niño. Terminé yendo con el comerciante para el que había matado, y él me puso en contacto con unos tíos que acogieron al chico. —V soltó una corta risa—. Resultó ser que la madre que murió era una Elegida, ¿y ese *pretrans*? Bueno, terminó siendo el padre de mi hermano Tohrment. Tenemos un mundo pequeño, ¿verdad?

Así que como salvé a un niño de sangre guerrera, se extendió la historia y mi hermano Darius terminó encontrándome y presentándome a Wrath. D… D y yo teníamos una conexión particular, y era probablemente el único que podría haber llamado mi atención en ese punto. Cuando conocí a Wrath, no estaba metido en lo de ser Rey, y no estaba más interesado que yo en tener vínculos. Lo que quiere decir que los dos conectamos. Finalmente fui introducido en la Hermandad. Y bueno… mierda, eso es todo.

En el silencio que siguió, sólo pudo adivinar lo que pasaba por la mente de Jane, y la idea de que lo compadeciera lo hizo querer hacer algo para demostrar que era fuerte.

Como aplastar un coche.

Salvo que en vez de volverse toda suave con él y hacerle sentir todavía más nervioso, Jane simplemente miró alrededor, aunque sabía que no podía ver más que las dos velas encendidas.

—Y este lugar… ¿qué significa este lugar para ti?

—Nada. No significa más que cualquier otro.

—¿Entonces por qué estamos aquí?

El ritmo del corazón de V se aceleró.

Mierda… Hallándose allí con ella, después de soltarlo todo, no estaba seguro de poder seguir con lo que había planeado.

CAPÍTULO 29

Mientras Jane esperaba a que V hablara, quería rodearlo con los brazos. Quería soltarle un montón de palabras muy sinceras y esencialmente bastante tontas. Quería saber si su padre, verdaderamente, había muerto en llamas, y esperaba que el bastardo lo hubiera hecho.

Cuando el silencio continuó, dijo:

—No sé si esto ayudará… probablemente no, pero tengo que decir algo. No soporto la avena. Hasta ahora, me pone enferma. —Rezó por no estar diciendo algo incorrecto—. Está bien que todavía estés luchando con todo lo que te hicieron. Cualquiera lo haría. No te hace débil. Fuiste violentamente mutilado por alguien que te debería haber protegido y atendido. El hecho de que todavía estés en pie es un milagro. Te respeto por eso.

Las mejillas de V se ruborizaron.

—Yo, eh… realmente no lo veo de esa manera.

—Bueno. Pero yo sí. —Para darle un respiro, se aclaró la garganta y añadió—: ¿Vas a decirme por qué estamos aquí?

Se frotó la cara como si estuviera intentando aclararse la mente.

—Mierda, quiero estar contigo. Aquí.

Jane soltó aire con alivio y tristeza. También quería una despedida con él. Una despedida que fuera sexual y privada, y no en la habitación en la que habían estado encerrados juntos.

—Yo también quiero estar contigo.

Otra vela saltó a la vida al lado de un grupo de cortinas. Después una cuarta junto a un mueble bar. Una quinta cerca de una gran cama con sábanas de satén negro.

Empezó a sonreír, hasta que la sexta se encendió. Había algo colgando de la pared… algo que parecían… ¿cadenas?

Más velas llamearon. Máscaras. Látigos. Varas. Mordazas.

Una mesa negra con ataduras que colgaban hasta el suelo.

Se rodeó con los brazos, helada.

—Así que es aquí donde haces eso de atar.

—Sí.

Oh, Jesús… no quería ese tipo de adiós. Intentando mantenerse calmada, dijo:

—Sabes, tiene sentido, dado lo que te pasó. Que te guste esto. —Mierda, no podía manejarlo—. Así que… ¿son hombres o mujeres? ¿O, digamos, una combinación?

Escuchó el crujido del cuero y se giró hacia él. Se estaba quitando la chaqueta, y después un conjunto de armas que no había visto. Seguidas de dos cuchillos negros que también habían estado ocultos. Cristo, había estado totalmente armado.

Jane se abrazó con más fuerza. Quería estar con él, pero no atada y cubierta con una máscara, mientras él ponía un *Nueve Semanas y Media* en su cabeza y le sacaba mierda del cuerpo a latigazos.

—Escucha, V, no creo…

Se quitó la camisa, los músculos de la espalda flexionándose sobre la columna, los pectorales sobresalieron por completo, luego se relajaron. Se quitó las botas de una patada.

Santa… mierda, pensó, cuando se dio cuenta de qué iba todo esto.

Los calcetines y pantalones de cuero fueron después, y, como no llevaba ropa interior, no había calzoncillos que quitar. En total silencio, V caminó descalzo por el lustroso suelo de mármol y se subió a la mesa con un coordinado y repentino movimiento. Extendido, era

realmente magnífico, su cuerpo cargado de músculos, los movimientos elegantes y masculinos. Aspiró profundamente, su caja torácica elevándose y bajando.

Ligeros temblores recorrían su piel… ¿o tal vez era la luz de las velas?

V tragó con fuerza.

No, era miedo lo que estaba haciendo que se moviera nerviosamente.

—Coge una máscara para mí —dijo en voz baja.

—V… no.

—Una máscara y una mordaza de bola. —Giró la cabeza hacia ella—. Hazlo. Luego ponme las esposas. —Cuando no se movió, hizo un gesto con la cabeza hacia lo que colgaba de la pared—. Por favor.

—¿Por qué? —preguntó, viendo el sudor que empezaba a recorrer su cuerpo.

V cerró los ojos, y sus labios apenas se movieron.

—Me has dado tanto… y no sólo un fin de semana de tu vida. Intenté pensar en lo que darte a cambio, ya sabes, la mierda del intercambio justo, vomitar avena por detalles sobre mis cicatrices. Lo único que tengo soy yo y esto… —golpeó la dura madera de la mesa con los nudillos— esto es todo lo expuesto que jamás podré estar, y es lo que te quiero dar.

—No quiero hacerte daño.

—Lo sé —abrió los párpados de repente—. Pero quiero que me tengas como nadie nunca lo ha hecho o hará. Así que coge la máscara.

Cuando tragó, ella observó su nuez rodando por la columna de su ancho cuello.

—Este no es el tipo de regalo que quiero. Ni el tipo de despedida.

Hubo un largo silencio. Después V dijo:

—¿Recuerdas que te dije sobre lo del matrimonio arreglado?

—Sí.

—Va a suceder en cuestión de días.

Oh, ahora de verdad no quería esto. Pensar que estaba con el prometido de otra…

—No he conocido a la hembra. Ella tampoco a mí. —Miró a Jane—. Y es la primera de unas cuarenta.

—*¿Cuarenta?*

—Se supone que tengo que engendrar todos sus hijos.

—Oh, *Dios*.

—Así están las cosas. El sexo va a ser todo función biológica a partir de ahora. Y sabes, realmente nunca me he puesto al descubierto, ¿verdad? Quiero hacer esto contigo porque… Bueno, da igual, sólo lo hago.

Le miró. El coste de yacer de esa manera estaba en sus grandes y desorbitados ojos, su pálido rostro y el sudor que cubría su pecho. Decir que no sería degradar su valentía.

—¿Qué…? —*Santa mierda*—. ¿Qué es exactamente lo que quieres que haga?

Cuando V terminó de decírselo, se giró y se puso a mirar fijamente el techo. La luz de las velas jugaba en su amplia y negra extensión, haciendo que pareciera un estanque de aceite. Mientras esperaba por la respuesta de Jane, fue golpeado por el vértigo, sintiéndose como si la habitación se hubiera dado la vuelta sola y él estuviera colgado por encima del techo, a punto de ser lanzado a él y tragado por el mejor *Quaker State*[42].

Jane no decía una palabra.

Jesús… Nada como ofrecerse uno mismo en estado vulnerable y que te rechazaran.

[42] Empresa americana fabricante de aceites para el automóvil.

Por otra parte, tal vez a ella no le gustaba el sushi de vampiro.

Cuando le apoyó la mano en el pie, dio un salto. Y entonces escuchó el sonido de metal contra metal de una hebilla siendo levantada. Bajó la vista por su cuerpo desnudo para ver como una cinta de cuero de diez centímetros rodeaba su tobillo. Al ver las manos pálidas de Jane ocupadas en sujetarlo, su polla saltó formando una erección.

La cara de Jane era toda concentración mientras pasaba el extremo de una lengüeta de cuero a través de la hebilla y tiraba hacia la izquierda.

—¿Está bien?

—Más apretado.

Sin levantar la vista, le dio un sólido tirón. Cuando la correa le mordió la piel, la cabeza de V cayó hacia atrás sobre la madera y este gimió.

—¿Demasiado apretada?

—No… —V tembló por completo cuando sujetó su otra pierna, a la vez aterrorizado y realmente excitado. Los sentimientos se intensificaron cuando Jane hizo lo mismo con una muñeca, luego con la otra.

—Ahora la mordaza y la máscara. —Su voz era ronca porque su sangre corría caliente y fría, y su garganta estaba tan apretada como las ataduras.

Lo miró.

—¿Estás seguro?

—Sí. Una de las máscaras es del tipo que simplemente cubre los ojos, y eso me ira bien.

Cuando volvió, tenía una bola roja de goma con un dogal para la cabeza y la máscara en las manos.

—La mordaza primero —dijo V, abriendo mucho la boca. Los ojos de ella se cerraron por un momento, y se preguntó si se detendría, pero entonces Jane se inclinó hacia delante. La bola sabía a látex, un bocado picante y amargo en su lengua. Cuando V levantó la cabeza para que pudiera atársela, su respiración salió silbando por la nariz.

Jane negó con la cabeza.

—No puedo ponerte la máscara. Necesito verte los ojos. No puedo… Sí, no haré esto sin contacto visual. ¿De acuerdo?

Probablemente era una buena idea. La mordaza estaba haciendo lo que debía, haciéndolo sentirse asfixiado… y las ataduras estaban haciendo lo que debían, haciéndolo sentirse atrapado. Si no pudiera ver y saber que era ella, probablemente se volvería jodidamente loco.

Cuando asintió con la cabeza, dejó caer la máscara al suelo y se quitó el abrigo. Luego se inclinó y cogió una de las velas negras.

A V le ardieron los pulmones cuando se acercó a él.

Jane aspiró profundamente.

—¿Estás seguro?

Volvió a asentir, aunque sus muslos temblaban y sus ojos se salían de las órbitas. Con temor y excitación, V vio cómo extendía el brazo sobre su pecho… e inclinaba la vela.

Cera negra se derramó sobre su pezón, y V apretó los dientes en la mordaza de bola, tensándose contra lo que lo sujetaba a la mesa hasta que el cuero crujió. Su polla saltó contra su vientre, y tuvo que contener un orgasmo.

Jane hizo exactamente lo que le había dicho que quería, bajando cada vez más por su torso, después saltándose sus partes privadas para empezar en las rodillas y seguir subiendo. El dolor tenía un efecto acumulativo, primero no más que picaduras de abeja, más

tarde volviéndose intensas. El sudor bajó por sus sienes y costillas, y V jadeó por la nariz, hasta que todo su cuerpo estuvo arqueándose sobre la mesa.

Se corrió por primera vez cuando Jane apartó la vela, cogió una vara… y tocó la cabeza de su erección con la punta. Rugió contra la mordaza y eyaculó sobre la endurecida cera negra de su estómago.

Jane se congeló, como si la reacción la hubiera sorprendido. Después pasó la vara por el lío que V había hecho, bañando su pecho con lo que había salido de él. La esencia de emparejamiento inundó el ático, al igual que lo hicieron sus gruñidos de sumisión mientras le acariciaba el torso arriba y abajo, y luego las caderas.

Se corrió una segunda vez cuando deslizó la vara entre sus piernas y acarició la parte interior de sus muslos con ella. Miedo, sexo y amor llenaron la piel de V desde el interior, convirtiéndose en los músculos y huesos que lo componían; no era nada más que emoción y necesidad, y ella lo conducía todo.

Y entonces Jane bajó la vara sobre sus muslos con un tirón del brazo.

Jane no podía creer que se estuviera poniendo caliente, teniendo en cuenta lo que estaba haciendo. Pero con V estirado y sujeto y teniendo orgasmos para ella, era difícil no saltar sobre él.

Usó la vara ligeramente sobre él, sin duda menos de lo que V quería, pero con la suficiente fuerza como para dejar marcas en sus muslos, vientre y pecho. No podía creer que le gustara de esa manera, considerando lo que había soportado, pero de hecho a V le encantaba. Tenía los ojos centrados en ella, y destellaban brillantes como bombillas, proyectando sombras blancas sobre la luz mantecosa de las velas. Cuando se corrió otra vez, el aroma de especias que asociaba con él volvió a elevarse.

Dios, la avergonzaba y fascinaba a la vez querer ir más lejos con lo que tenía disponible… el estar mirando la caja de clips metálicos y los látigos en las paredes ya no como aberraciones, sino como representantes de una gran cantidad de posibilidades eróticas. No era que quisiera hacer daño a V. Simplemente quería que sintiera tan intensamente como ahora. Se trataba de llevarlo a su límite sexual.

Finalmente estuvo tan excitada que se quitó los pantalones y la ropa interior.

—Te voy a follar —le dijo.

V gimió desesperadamente, sus caderas girando y empujando hacia arriba. Su erección todavía estaba dura como una roca, a pesar de las veces que había eyaculado, y pulsaba como si fuera a repetir otra vez.

Cuando Jane se subió sobre la mesa y abrió las piernas sobre su pelvis, V respiró por la nariz con tanta fuerza que ella se alarmó. Viendo que las ventanas de su nariz aspiraban dentro y fuera, Jane se inclinó para sacarle la mordaza, pero él apartó la cabeza de un tirón y la sacudió, negando.

—¿Estás seguro? —preguntó Jane.

Cuando asintió ferozmente, descendió sobre sus caderas cubiertas de semen y se colocó sobre la dura punta de su erección, su centro abriéndose sobre él, agarrándolo. V puso los ojos en blanco y sus párpados se agitaron como si fuera a perder el conocimiento, mientras se mecía contra ella lo más que podía.

Mientras Jane cabalgaba hacia delante y atrás sobre él, se quitó la camiseta y puso las copas del sujetador a los lados, de manera que la modelaban hacia arriba y hacia fuera. Hubo un poderoso crujido cuando V se tensó contra las ataduras. Si estuviera libre, estaba bastante segura de que la tendría tumbada de espaldas en un momento.

—Mírame tomándote —dijo Jane, pasándose una mano por el cuello. Cuando sus dedos se acercaron al remanente de la marca de la mordedura, los labios de V se salieron de la mordaza de bola y sus colmillos se alargaron, clavándose en el látex rojo mientras rugía.

Continuó tocándose donde la había mordido mientras se elevaba de rodillas y se colocaba sobre su erección. Se sentó sobre él con fuerza, y V tuvo un orgasmo en cuanto entró en ella, golpeándola profundamente, inundándola. Después, todavía seguía totalmente erecto, incluso cuando dejó de estremecerse.

Jane nunca se había sentido más sexual en toda su vida como cuando empezó a frotarse contra él. Le encantaba que V estuviera manchado con la cera y el resultado de sus orgasmos, que su piel brillara de sudor y de un brillante rojo en algunos lugares, y que hubiera un lío para después limpiar. Ella le había hecho todo eso, y V la adoraba por lo que había sucedido. Esa era la razón por la que eso se sentía correcto.

Cuando su propia liberación llegó a gran velocidad, Jane miró los ojos enormes y salvajes de V.

Deseó no tener que abandonarlo jamás.

CAPÍTULO 30

Cuando Fritz metió el Mercedes en la corta entrada para coches del condominio y lo aparcó, V miró a través del parabrisas delantero.

—Bonito lugar —le dijo a Jane.

—Gracias.

Se quedó en silencio, perdiéndose en los recuerdos de lo que había pasado en el ático durante las dos últimas horas. Las cosas que le había hecho… Cristo, nunca nada había sido tan erótico. Y nada había sido tan dulce como el desenlace. Cuando la sesión hubo terminado, lo había liberado y lo había llevado a la ducha. Debajo del rocío de agua el semen se había limpiado y la cera se había desprendido, pero realmente la limpieza había ocurrido en su interior.

Deseaba que las marcas rojas que había dejado en su cuerpo perduraran. Las deseaba en su piel de forma permanente.

Dios, no podía soportar dejarla ir.

—Entontes, ¿cuánto tiempo hace que estás aquí? —preguntó.

—Desde que empecé la residencia. Así que, diez años.

—Es una buena zona para ti. Cerca del hospital. ¿Qué tal son tus vecinos? —era una agradable conversación como la que mantendrías en una reunión, bla-bla. En tanto la casa en la que se llevaba a cabo la reunión se estaba incendiando.

—La mitad de las personas son jóvenes profesionales y la otra mitad son ancianos. Lo gracioso es que te vas ya sea porque te casas o vas a una residencia de ancianos. —Señaló el apartamento al lado izquierdo del suyo—. El señor Hancock se mudó hace dos semanas a una residencia. El nuevo vecino, quienquiera-que-sea, probablemente sea igual a él, porque los apartamentos de un solo piso tienden a ser ocupadas por gente mayor. A propósito, estoy parloteando.

Y él estaba entretenido.

—Como dije, amo tu voz, así que siéntete libre de hacerlo.

—Solo lo hago cuando estoy contigo.

—Por lo cual me siento afortunado. —Miró su reloj. Mierda, el tiempo se escurría como el agua de una bañera, dejando muchísimo frío con su ausencia—. Entonces, ¿me la enseñas?

—Claro.

Salió del coche antes que ella y examinó el área antes de hacerse a un lado para dejarla salir. Le dijo a Fritz que se fuera, ya que él se desmaterializaría de regreso a casa, y mientras el *doggen* salía de la entrada para coches, V la dejó ir delante el camino por la acera.

Jane abrió la puerta solo con una llave y un giro del pomo. No tenía sistema de seguridad. Solo un cerrojo. Y en el interior no había pasador ni cadena. Aunque no tuviera enemigos como él, esto no era lo suficientemente seguro. Iba a…

No, no iba a remediarlo. Porque en unos pocos minutos iba a ser un extraño.

Para evitar perder la cordura, miró a su alrededor. El mobiliario no tenía ningún sentido. Contra las marfileñas paredes del apartamento, toda la caoba y las pinturas al óleo hacían parecer el lugar un museo. De la época de Eisenhower.

—Los muebles…

—Eran de mis padres —dijo mientras dejaba el abrigo y el bolso—. Después de que murieran, mudé todo lo que pudiera caber aquí de la casa de Greenwich. Fue un error… siento como si viviera en un museo.

—Um… puedo entenderlo.

Caminó por la sala de estar, observando cosas que parecían pertenecientes a la casa colonial de un doctor en la parte de la ciudad donde viviría Bruce Wayne[43]. La mierda empequeñecía las líneas del apartamento atestando las habitaciones que de otra forma hubieran sido alegres.

—Realmente, no sé porque conservo todo esto. No me gustaba vivir así mientras crecía. —Dio un pequeño giro y luego se detuvo.

Mierda, él tampoco sabía que decir.

Sin embargo sabía lo que debía hacer.

—Entonces… la cocina es por allí, ¿verdad?

Ella caminó hacia la derecha.

—No es muy grande.

Pero era agradable, pensó V, cuando entró. Como el resto del apartamento, la cocina era de color blanco y crema, pero al menos allí no te sentías como si necesitaras un guía de museo. La mesa y las sillas del rincón de desayuno eran de pino pálido y del tamaño adecuado para el espacio. Las encimeras de granito eran lustrosas. Los electrodomésticos eran de acero inoxidable.

—La reformé el año pasado.

Hubo más conversación de salón en tanto los dos ignoraban el hecho que el “game over” estaba brillando en su pantalla.

V se acercó a la cocina y tratando de adivinar, abrió el armario superior izquierdo. Bingo. La mezcla para chocolate caliente estaba justo allí.

La tomó, la puso sobre la encimera, luego fue hacia la nevera.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—¿Tienes una taza? ¿Cacerola? —tomó un cartón de leche de la nevera, lo abrió, y la olió.

Mientras regresaba hacia la cocina, en voz baja le dijo donde estaba todo, como si repentinamente estuviera teniendo problemas para mantenerse entera. Le avergonzaba admitirlo, pero se alegraba de que estuviera triste. Lo hacía sentir menos patético y solitario en medio de este infernal adiós.

Hombre, era un hijo de puta.

Sacó una cacerola esmaltada y una gruesa taza, luego encendió una llama baja en la cocina. Mientras la leche se calentaba, miró fijamente la mierda reunida sobre la encimera y sintió que su cerebro se tomaba unas pequeñas vacaciones. La disposición de las cosas parecían un anuncio de Nestlé, la clase de cosa en donde la madre de los suburbios cuidaba del fuerte mientras los niños jugaban en la nieve hasta que la nariz les quedaba roja y las manos frías. Podía imaginárselo. La helada cuadrilla llegaría corriendo justo cuando la madraza exponía la clase de comida vigorizante capaz de doblar a Norman Rockwell[44] hasta someterlo a un estado de sumisión por exceso de sentimentalismo.

Hasta podía oír la voz en off: *Nestlé sirve lo mejor de lo mejor*.

[43] Bruce Wayne es el nombre real de Batman. Alude a la parte de la ciudad en donde el viviría en el sentido de que es millonario.

[44] Norman Rockwell Ilustrador, fotógrafo y pintor norteamericano. Las primeras obras tienen un profundo sentido anecdótico; proliferan, durante principios de siglo y los primeros años veinte y treinta, las obras que representan a niños en diferentes actitudes, siempre enfatizando los detalles propios del carácter de los niños: corriendo, burlándose de otros, tomando el desayuno, yendo a la escuela o jugando al béisbol.

Si, bueno, no había niños ni mamis aquí. Tampoco un hogar feliz, aunque el apartamento era lo suficientemente bonito. Este era un chocolate de la vida real. De la clase que le das a alguien a quien amas porque no puedes pensar en otra cosa que hacer y ambos están destruidos. Era de la clase que servías mientras tus entrañas estaban anudadas, tu boca estaba seca y estabas pensando seriamente en ponerte a llorar, pero eras demasiado macho para hacer ese tipo de despliegue.

Era de la clase que hacías con todo el amor que no habías expresado y muy bien podrías no tener la voz o la oportunidad de expresar.

—¿No recordaré nada? —le preguntó con voz ronca.

Añadió un poco más de la mezcla y lo removió con la cuchara observando como el remolino de chocolate era absorbido por la leche. No podía contestarle, sencillamente no podía decirlo en voz alta.

—¿Nada? —lo incitó.

—Por lo que tengo entendido, puedes tener algún sentimiento de vez en cuando que es desencadenado por un objeto o un aroma, pero no serás capaz de reconocerlo. —Metió el dedo índice para comprobar la temperatura, se lo chupó para limpiarlo, y continuó removiendo—. Aunque, como tu mente es muy fuerte, es muy probable que tengas sueños confusos.

—¿Y que pasa con el fin de semana perdido?

—No sentirás como si lo hubieras perdido.

—¿Como es eso posible?

—Porque te voy a dar otro fin de semana para reemplazarlo.

Cuando no dijo nada más, miró por encima del hombro. Estaba de pie junto a la nevera, abrazándose a si misma. Tenía los ojos brillantes.

Joder. Vale, había cambiado de opinión. No quería que se sintiera tan mal como él se sentía. Haría cualquiera cosa para que no se sintiera así de triste.

Y, en verdad, tenía el poder de arreglarlo.

Probó lo que estaba calentando, aprobó la temperatura, y apagó la llama. Mientras llenaba la taza, el suave borboteo tenía la promesa de la relajación y satisfacción que deseaba para su hembra. Le llevó la taza, y cuando no la tomó, el desenganchó uno de sus antebrazos. Tomó el chocolate caliente en la mano solo porque la obligó, y no se lo bebió. Doblando la muñeca hacia adentro, lo acunó contra su clavícula, torciendo el brazo alrededor de la cosa.

—No quiero que te vayas —susurró, sonando apenada, casi al punto de las lágrimas.

Le puso la mano descubierta en la mejilla y apreció la suavidad y la calidez de su rostro. Sabía que cuando se fuera de allí, estaría dejando su estúpido y maldito corazón con ella. Seguro, algo latiría detrás de sus costillas y mantendría la sangre en movimiento, pero de ahora en adelante, solo sería una función mecánica.

Oh, espera. Ya antes había sido de esa forma. Ella solo le había dado a la cosa humanidad y vida por un breve espacio de tiempo.

La atrajo a sus brazos y descansó la mejilla sobre la parte superior de su cabeza. Maldito infierno, nunca más podría oler chocolate sin pensar en ella, sin desfallecer por ella.

En el momento en que cerró los ojos un hormigueo le recorrió la espina dorsal, estremeciéndolo a lo largo de la nuca y disparándose hacia su mandíbula. Estaba saliendo el sol, y ese era su cuerpo diciéndole que el momento de irse ya no era algo en el futuro, sino algo de ahora… de un apremiante ahora.

Se apartó y presionó los labios contra los de ella.

—Te amo. Y voy a seguir amándote aún incluso después de que tú ya no seas consciente de mi existencia.

Sus pestañas aletearon, conteniendo las lágrimas, hasta que hubo demasiadas para poder detenerlas. La secó el rostro con los pulgares.

—V… yo…

Aguardó un instante. Cuando no terminó la frase, tomó su barbilla en la palma de la mano y la miró a los ojos.

—Oh, Dios, vas a hacerlo —dijo—. Vas a…

CAPÍTULO 31

Jane parpadeó y miró el chocolate caliente que estaba sosteniendo. Algo estaba goteando sobre él.

Jesús… Había lágrimas corriendo por su rostro, cayendo dentro de la taza, mojándole la camisa. Su cuerpo entero estaba temblando, tenía las rodillas flojas, su pecho gritaba de dolor. Por alguna loca razón deseaba tirarse al suelo y ponerse a gemir.

Limpiándose las mejillas, dio un vistazo a través de la cocina. Había leche, mezcla para preparar chocolate y una cuchara sobre la encimera. Desde la cacerola que estaba sobre la cocina aún se elevaba algo de vapor. El armario de la izquierda no estaba cerrado del todo. No podía recordar haber sacado todas esas cosas ni haber preparado lo que tenía dentro de la taza, pero bueno, generalmente eso pasaba con las acciones repetitivas y habituales. Las hacías sin pensar…

¿Qué demonios? A través de las ventanas al otro lado del rincón del desayuno, vio a alguien de pie en frente de su apartamento. Un hombre. Un hombre enorme. Estaba justo fuera de la brillante luz que derramaba una de las farolas de la calle, así que no podía ver su rostro, pero sabía que la estaba mirando.

Sin ninguna razón aparente las lágrimas corrieron por su rostro más fuerte y rápidamente. Y la efusión se hizo peor cuando el extraño se dio la vuelta y se fue caminando calle abajo.

Jane prácticamente tiró la taza sobre la encimera y salió corriendo de la cocina. Tenía de alcanzarlo. Tenía que detenerlo.

Justo cuando llegó a la puerta principal, una tremenda jaqueca la hizo caer al suelo como si le hubieran hecho una zancadilla. Cayó desparramada sobre el frío suelo de azulejos blancos del vestíbulo, luego se giró sobre un lado, apretándose los dedos contra las sienes y jadeando.

Yació allí por solo Dios sabe cuanto tiempo, solo respirando y rezando para que el dolor retrocediera. Cuando finalmente cedió levantó la parte superior del cuerpo del suelo y se reclinó contra la puerta de entrada. Se preguntaba si había tenido una embolia, pero no había habido interrupción cognitiva ni alteraciones visuales. Solo un asalto repentino de un tremendo dolor de cabeza.

Debía ser un remanente de la gripe que había padecido todo el fin de semana. Ese virus que había rondado el hospital por semanas la había dejado fuera de combate como un rosal muerto. Lo que tenía sentido. Hacía mucho tiempo que no se enfermaba, así que ya era hora.

Hablando de atrasos… Mierda, ¿acaso había llamado para concertar una nueva cita para le entrevista que tenía en Columbia? No tenía ni idea… lo que significaba que probablemente no lo hubiera hecho. Demonios, ni siquiera recordaba haber salido del hospital la noche del jueves.

No estaba segura de cuanto tiempo estuvo actuando como tope de puerta pero en determinado momento el reloj que estaba sobre la repisa comenzó a sonar. Era el que había estado en el estudio de su padre en Greenwich, un antiguo Hamilton hecho de bronce sólido que, habría jurado, anunciaba las horas con acento británico. Siempre había odiado a la maldita cosa, pero siempre estaba en hora.

Las seis de la mañana. Hora de irse a trabajar.

Buen plan, pero cuando se puso de pie, supo sin ninguna duda que no iba a ir al hospital. Estaba mareada, débil y exhausta. No había forma que pudiera proporcionar cuidados en la condición en que se encontraba; todavía estaba enferma como un perro.

Maldita sea… debía llamar. ¿Dónde estaban el busca y el teléfono…?

Frunció el ceño. Su abrigo y el bolso que había preparado para ir a Manhattan estaban cerca del armario del vestíbulo.

Sin embargo, el móvil no estaba. El busca tampoco.

Llevó su lastimoso culo a la planta alta y buscó al lado de la cama, pero el par no estaba allí. De regreso en la planta baja revisó la cocina. Nada. Y el bolso de mano, el que siempre llevaba al trabajo, también había desaparecido. ¿Podría haberlo dejado en el coche durante todo el fin de semana?

Abrió la puerta que daba al garaje y la luz automática se encendió.

Era extraño. El coche estaba aparcado de morro. Generalmente entraba marcha atrás.

Lo cual probaba cuan fuera de sí había estado.

Ciertamente el bolso estaba en el asiento delantero, y se maldijo a si misma en tanto regresaba al apartamento y marcaba. ¿Cómo podía haber estado tanto tiempo sin llamar? Aunque estaba cubierta por otro médico, nunca permanecía sin contactar por más de cinco horas.

Su buzón tenía un montón de mensajes, pero por suerte ninguno era urgente. Los importantes que concernían al tratamiento de pacientes habían sido transferidos a quienquiera fuera que estaba de guardia, y el resto eran cosas de las que podía encargarse más tarde.

Estaba saliendo de la cocina, en línea recta hacia el dormitorio, cuando miró la taza de chocolate. No tenía que tocarla para saber que se había enfriado, así que perfectamente podía tirarlo. Fue y la levantó, luego hizo una pausa sobre la pila. Por alguna razón no podía soportar tirarla. La dejó exactamente donde había estado sobre la encimera, aunque guardó la leche en la nevera.

Ya en la planta alta, en el dormitorio se quitó la ropa, dejando que aterrizara en cualquier lugar, se puso una camiseta, y se metió en la cama.

Estaba acomodándose entre las sábanas cuando se dio cuenta que su cuerpo estaba rígido, especialmente la parte interior de sus muslos y la parte baja de la espalda. Bajo otras circunstancias habría pensado que había tenido un montón de sexo increíble… o era eso o había escalado una montaña. Pero en vez de ello simplemente era la gripe.

Mierda. Columbia. La entrevista.

Llamaría a Ken Falcheck más tarde esa misma mañana, se disculparía por lo que esperaba fuera la segunda vez, y reprogramaría la cita. Estaban deseosos de que se uniera al equipo, pero no acudir a una entrevista con el jefe del departamento era insultante como el infierno. Incluso aunque estuvieras enferma.

Recolocándose contra las almohadas, no podía ponerse cómoda. Sentía el cuello tenso, y levantó la mano para darse un masaje, solo que terminó frunciendo el ceño. Tenía un sitio dolorido en el lado derecho, en la parte de adelante, realmente… ¿qué demonios? Tenía algo estampado allí, dos protuberancias abultadas.

Lo que fuera. Las erupciones no eran de extrañar cuando tenías gripe. O tal vez la hubiera picado una araña.

Cerró los ojos y se dijo a si misma que debía descansar. Descansar era bueno. Descansar la libraría de esa molestia más rápidamente. Descansar la devolvería a su estado normal, reviviría su cuerpo.

Justo cuando comenzaba a quedarse dormida, una imagen le vino a la mente, la imagen de un hombre con una perilla y ojos diamantinos. Su boca se estaba moviendo mientras la miraba. Articulando las palabras… *Te amo*.

Jane luchó por aferrarse a lo que estaba viendo, pero se estaba deslizando rápidamente hacia los oscuros brazos del sueño. Luchó para mantener la imagen y perdió la batalla. La última cosa de la que fue consciente fue de las lágrimas derramándose sobre la almohada mientras la oscuridad la reclamaba.

Bueno, no era tan malo.

John se sentó sobre el banco de prensa en la sala de pesas y observó a Zsadist hacer flexiones con los bíceps. Las enormes cargas de hierro hacían un sutil sonido de tintineo mientras subían y bajaban, y era el único ruido que se escuchaba. Hasta ahora no habían hablado; era igual que una de las caminatas que realizaban, solo que sin los bosques. Sin embargo el convoy se estaba acercando. John podía presentirlo.

Z dejó las pesas sobre las colchonetas y se secó el rostro. Su pecho descubierto brillaba, los aros que tenía en los pezones se elevaban y caían con la respiración.

Sus ojos amarillos lo enfocaron.

Aquí vamos, pensó John.

—Acerca de la transición…

Vaaale… así que iban a entrar poco a poco en el asunto del *lesser*.

¿Qué pasa con ella?, dijo por señas.

—¿Cómo te sientes?

Bien. Vacilante. Diferente. Se encogió de hombros. *Ya sabes, es como cuando te cortas la uñas y la puntas de los dedos se sienten extrañas por todo un día, todas supersensibles. Es esa sensación por todo el cuerpo*.

Oh, ¿de que demonios estaba hablando? Z había pasado por el cambio. Sabía como se sentía después.

Zsadist dejó la toalla y levantó las pesas para una segunda vuelta de levantamientos.

—¿Tienes algún tipo de problema físico?

No que yo sepa.

Los ojos de Z se clavaron en las colchonetas mientras alternaba levantando el antebrazo izquierdo y luego el derecho. Izquierdo. Derecho. Izquierdo. Parecía raro que pesas tan sobrecargadas pudieran hacer un sonido tan suave.

—Sabes que Layla informó.

Oh… mierda.

¿Qué fue lo que dijo?

—Dijo que no tuvisteis sexo. Incluso aunque pareció que en cierto momento lo deseabas.

Mientras el cerebro de John se cerraba, siguió distraídamente los levantamientos de Z. Derecha. Izquierda. Derecha. Izquierda.

¿Quien lo sabe?

—Wrath y yo. Eso es todo. Y no es asunto de nadie más. Pero saco el tema en caso de que algo físico esté mal y necesites ser examinado.

John se puso de pie y se paseó por los alrededores de forma desgarbada, con brazos y piernas torpes y el sentido del equilibrio de un borracho.

—¿Por qué te detuviste, John?

Miró al hermano, a punto de darle algún tipo de respuesta evasiva, quitándole importancia, cuando, para su horror, se dio cuenta que no sería capaz de hacerlo.

Los ojos amarillos de Z brillaban con conocimiento.

Santa mierda. Havers lo había contado, en verdad. Esa sesión con el terapeuta en la clínica cuando John había hablado acerca de lo que había sucedido en las escaleras se había divulgado.

Lo sabes, dijo por señas John furioso. *Lo sabes, ¿no es así?*

—Sip, lo sé.

Ese jodido terapeuta me dijo que era confidencial…

—Una copia de tu historial médico fue enviada aquí cuando comenzaste el programa. Es el procedimiento habitual para todos los estudiantes en caso de que algo ocurra en el gimnasio, o en caso de que comience la transición mientras están aquí.

¿Quien leyó mi historial?

—Solo yo. Y nadie más lo hará, ni siquiera Wrath. Lo guardé bajo llave, y soy el único que sabe donde está.

John se aflojó. Al menos eso era un consuelo.

¿Cuando lo leíste?

—Hace una semana, cuando me di cuenta que tu cambio iba a ocurrir en cualquier momento.

¿Qué… que decía?

—Prácticamente todo.

Mierda.

—Es por eso que no quieres ir a lo de Havers, ¿verdad? —Z dejó las pesas otra vez—. Piensas que el tipo va cogerte y llevarte a rastras a pasar otra hora con el terapeuta.

No me gusta hablar de ello.

—No te culpo. Y no te estoy pidiendo que lo hagas.

John esbozó una pequeña sonrisa.

¿No vas a bombardearme con todo tipo de hablar-es-bueno-para-tu-situación?

—Nah. Yo mismo no soy demasiado locuaz. No puedo recomendárselo a otros. —Z apoyó los codos en sus rodillas y se inclinó hacia delante—. Hagamos un trato, John. Quiero que tengas absoluta confianza en que esa mierda no irá a ninguna parte, ¿ok? Si alguien quiere ver tu historial, lo arreglaré para que no lo hagan, aunque tenga que quemarlo hasta convertirlo en cenizas.

John tragó a través de un súbito nudo en la garganta. Con manos rígidas, señaló:

Gracias.

—Wrath quería que te hablara acerca del asunto de Layla debido a que estaba preocupado porque pensó que podía haber algún problema en tus cañerías después de la transición. Le diré que estabas nervioso y que esa fue la razón, ¿estás de acuerdo?

John asintió.

—¿Ya te has masturbado?

John se ruborizó desde las cejas hasta los tobillos y consideró desmayarse. Mientras medía la distancia hasta el suelo, que parecían unas cien yardas de distancia, se imaginó que no sería un mal lugar donde caerse. Había muchas colchonetas sobre las que aterrizar.

—¿Lo has hecho?

Negó lentamente con la cabeza.

—Hazlo una vez para asegurarnos que no hay nada mal. —Z se levantó, se secó el torso, y se puso la camiseta—. Voy a asumir que te harás cargo de ello en las próximas veinticuatro horas. No te preguntaré lo que ocurrió. Si no me dices nada, lo tomaré como que todo está bien. Si no lo está, me lo dices y nos haremos cargo de ello. ¿Tenemos un trato?

Um, no realmente. ¿Qué pasaba si no podía hacerlo?

Supongo.

—Una última cosa. ¿Acerca del arma y los *lessers*?

Mierda, su cabeza ya estaba dando vueltas, ¿y ahora tenía que hacer frente a la mierda acerca de la nueve milímetros? Levantó las manos para justificarse…

—No me importa que estuvieras armado. De hecho, te quiero armado si vas al ZeroSum.

John miró fijamente al hermano, aturdido.

Eso va contra las reglas.

—¿Me veo como el tipo de persona que se preocupa por esa mierda?

John sonrió un poco.

No realmente.

—Si te encuentras en la mira de uno de esos asesinos otra vez, haces exactamente lo que hiciste. Por lo que tengo entendido, tu actuación fue una mierda impresionante, y estoy orgulloso de ti por cuidar de tus amigos.

John se sonrojó, su corazón cantaba en el pecho: Nada sobre la faz de la tierra, salvo el regreso a salvo de Tohrment podría haberlo hecho más feliz.

—A esta altura supongo que sabrás el encargo que le hice a Blaylock. Acerca de tus papeles, la identificación y de que solo vayáis al ZeroSum.

John asintió.

—Quiero que continúes yendo a ese club si vas a ir al centro de la ciudad, al menos por el siguiente mes o así, hasta que estés fuerte. Y aunque este dispuesto a felicitarte por lo que sucedió la otra noche, no te quiero ahí afuera cazando *lessers*. Si me entero que lo estás haciendo, te voy a patear el culo como a un niño de doce años. Todavía tienes mucho entrenamiento por delante, y no tienes ni idea de cómo manejar ese cuerpo tuyo. Si te vas de fiesta por ahí y haces que te maten, voy a estar muy cabreado. Quiero que me des tu palabra, John. Ahora mismo. No irás tras esos bastardos hasta que yo diga que estás listo. ¿Nos entendemos?

John respiró profundamente y trató de pensar en el voto más veraz que podría ofrecer. Todo le parecía endeble así que solo señaló:

Juro, que no los cazaré.

—Bien. Vale, por esta noche terminamos. Ve a acostarte. —Cuando Z se dio la vuelta, John silbó para captar su atención. El hermano miró sobre el hombro.

—¿Si?

John tuvo que forzar sus manos para expresar por señas lo que tenía en mente… porque dudaba que tuviera el coraje para volver a hacerlo.

¿Piensas menos de mi? ¿Por lo que ocurrió entonces… ya sabes, en las escaleras? Se sincero.

Z parpadeó una vez. Dos veces. Una tercera vez. Y luego en un tono de voz que sonó curiosamente suave, dijo:

—Nunca. *No* fue culpa tuya, y *no* te lo merecías. ¿Me has oído? *No* fue culpa tuya.

John se encogió mientras las lágrimas le escocían en los ojos, y tuvo que apartar la mirada, bajando la vista hacia su cuerpo y las colchonetas. Por alguna razón, aunque estaba lejos del suelo, se sintió más bajo que nunca.

—John —insistió Z—, ¿has oído? No fue culpa tuya. No te lo merecías.

Realmente John no tenía una respuesta, así que se encogió de hombros. Luego dijo por señas:

Gracias otra vez por no contarlo. Y por no hacerme hablar de ello.

Cuando Z no dijo nada, levantó la mirada. Solo para tener que dar un paso atrás.

Todo el rostro de Zsadist había cambiado, y no solo porque sus ojos se habían puesto negros. Sus huesos parecían más prominentes, la piel más tensa, la cicatriz chocantemente evidente. Una fría ráfaga emanaba de su cuerpo, enfriando el aire, volviendo la habitación un congelador.

—Nadie se merece que le roben la inocencia. ¿Pero si algo así sucede? Cada uno tiene derecho a escoger como van a lidiar con ello, porque no es asunto de nadie más. Si no quieres decir una puta palabra más acerca del asunto, yo no diré nada.

Z se fue caminando a zancadas. Cuando la puerta se cerró tras él, la bajada de temperatura se detuvo.

John respiró profundamente. Nunca hubiera imaginado que Z terminaría siendo el hermano al que se sentiría más unido. Después de todo, ellos dos no tenían nada en común.

Pero seguro como el infierno que iba a aceptar amigos allí donde los encontrara.

CAPÍTULO 32

Un par de horas después, Phury se reclinó en el sofá del delicado estudio de Wrath y cruzó las piernas a la altura de la rodilla. Era la primera reunión de la Hermandad desde que le habían disparado a V, y hasta ahora todo había sido forzado. Pero bueno, había un gran y monstruoso elefante rosa en la habitación que aún no había sido tratado.

Miró a Vishous. El hermano estaba recostado contra las puertas dobles mirando fijamente al frente, su expresión en blanco, del tipo que captas en el rostro de alguien cuando mira viejas películas del oeste por la TV. O una película clásica.

El efecto muerto-viviente era fácil de reconocer porque ya antes había hecho una aparición en esta habitación. Rhage había convertido en deporte la rutina esa del cadáver respirando cuando pensó que había perdido a Mary para siempre. También lo hizo Z cuando había estado determinado a dejar que Bella se fuera.

Sip...los machos vampiros vinculados sin sus compañeras eran recipientes vacíos, nada excepto músculos y huesos contenidos por una delgada piel. Y aún cuando tenías que sentir lástima por alguien en ese estado, considerando la carga de mierda que llevaba V con eso del *Primale*, la pérdida de Jane parecía especialmente cruel. Excepto que ¿cómo mierda tendría la posibilidad de funcionar algo a largo plazo entre ellos? Doctora humana. Guerrero vampiro. Sin campo en común.

La voz de Wrath resonó

—¿V? Hey, ¿Vishous?

V sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—Vas a lo de la Virgen Escriba esta tarde, ¿verdad?

La boca de V apenas de movió.

—Sip.

—Vas a necesitar un representante de la Hermandad contigo. Asumo que irá Butch. ¿Cierto?

V miró al poli, quien estaba sentado en una silla azul claro.

—¿Te importaría?

Butch, quien estaba claramente preocupado por V, inmediatamente saltó.

—Claro que no. ¿Qué necesitas que haga?

Cuando V no dijo nada, Wrath llenó el vacío.

—El equivalente humano sería probablemente el de padrino de bodas. Irás para la inspección hoy y luego a la ceremonia, la cual será mañana.

—¿Inspección? Cómo, ¿esa mujer es una pintura o alguna mierda? —Butch hizo una mueca—. No me va toda esta cosa de las Elegidas, tengo que ser honesto.

—Antiguas reglas. Antiguas tradiciones. —Wrath frotó sus ojos debajo de las gafas—. Muchas cosas deberían cambiar, pero es territorio de la Virgen Escriba, no mío. Esta bien… entonces… rotación. Phury, te quedas fuera esta noche. Sip, se que descansaste después de haber sido herido, pero noté que te saltaste tus dos últimos descansos.

Cuando Phury solo asintió, Wrath sonrió con suficiencia.

—¿No vas a pelear por ello?

—Nop.

De hecho, tenía algo que hacer. Así que era perfecto.

Al Otro Lado, en la sagrada cámara de baño de mármol, Cormia lamentaba no poder dejar su propia piel. Lo cual era un poco irónico, cuando había sido tan cuidadosamente preparada para el *Primale*. Uno pensaría que desearía quedarse dentro de ella ahora que estaba tan purificada. Había sido remojada en una docena de baños rituales diferentes… habían limpiado y relimpiado su cabello… le habían puesto mascarillas que olían a rosas en el rostro, después otras que olían a lavanda, y todavía otras de salvia y jacinto. Le habían frotado aceite por todas partes, mientras se quemaba incienso en honor al *Primale* y se entonaban oraciones. El proceso la había hecho sentir como parte de un banquete ceremonial. Un pedazo de carne, sazonada y lista para consumir.

—Estará aquí en una hora —dijo la Directrix—. No hay tiempo que perder.

El corazón de Cormia se detuvo. Luego aporreó en su pecho. El estado de entumecimiento inducido por todo el vapor y las aguas calientes se retiró, dejándola dolorosa y horriblemente consciente que los últimos momentos de la vida que siempre había conocido, estaban a punto de terminar.

—¡Ah, aquí esta la túnica! —dijo una de las Elegidas con emoción.

Cormia miró sobre su hombro. Al otro lado del enorme suelo de mármol un par de Elegidas entraron por las puertas de oro con un traje blanco con capucha colgando entre ellas. El atavío estaba bordado con diamantes y oro, y brilló bajo la luz de las velas, cobrando vida con la luz. Detrás de ellas otra Elegida sostenía una extensión de tela translúcida en sus brazos.

—Trae el velo —ordenó la Directrix—, y pónselo.

La diáfana cubierta fue puesta sobre la cabeza de Cormia, y cayó sobre ella con el peso de mil piedras. Cuando cayó ante sus ojos, el mundo a su alrededor se empañó.

—Levántate —le dijeron.

Se puso de pie y tuvo que estabilizarse; su corazón golpeando con fuerza detrás de las costillas, las palmas poniéndose sudorosas. El pánico se incrementó cuando la pesada túnica fue traída por las dos Elegidas. Cuando el vestido ceremonial le fue puesto desde atrás, le sujetó los hombros como con abrazaderas, no tanto colocándose sobre su figura sino encerrando su cuerpo. Sintió como si algún gigante estuviera de pie a su espalda presionándola con sus grandes manos, parecidas a garras.

La capucha fue levantada sobre su cabeza y todo quedó negro.

El frente del traje fue abrochado hasta el comienzo de la capucha, y Cormia trató de no pensar en cuando y de que manera aquellos broches iban a ser liberados otra vez. Trató de tomar lentos y profundos alientos. Le entraba aire fresco a través de algunas aberturas que tenía a la altura del cuello, pero no era suficiente. No por una medida y media.

Bajo su atavío todo el sonido se sentía amortiguado, y sería difícil para alguien oírla hablar. Pero bueno, no tenía ningún papel personal ni en la ceremonia de presentación ni en el ritual de apareamiento que le seguiría. Era un símbolo, no una mujer, por lo que su respuesta individual no sería requerida o animada. Las tradiciones eran el gobierno supremo.

—Perfecta —dijo una de las Elegidas.

—Resplandeciente.

—Digna de nosotras.

Cormia abrió la boca y susurró para sí misma:

—Soy yo, soy yo, soy yo...

Las lágrimas brotaron y cayeron, pero no podía alcanzar su rostro para enjugarlas, por lo que bajaron por sus mejillas y su garganta, perdiéndose en la túnica.

Sin advertencia, el pánico repentinamente se le fue de las manos, como un animal salvaje suelto. Giró alrededor, entorpecida por la pesada túnica, pero conducida por una necesidad de huir que no podía reprimir. Salió en la dirección que pensó estaba la puerta, arrastrando el peso con ella. Débilmente oyó chillidos de sorpresa que resonaron en la cámara de baños, junto con sonidos de botellas, copas y jarras que se rompían en pedazos.

Se sacudió, tratando de quitarse la túnica, desesperada por aliviarse.

Desesperada por ser liberada de su destino.

CAPÍTULO 33

En el centro de la ciudad de Caldwell, en la esquina nordeste del complejo del St. Francis, el doctor Manuel Manello, colgó el teléfono en su escritorio sin haber marcado ningún número y sin haber contestado ninguna llamada que le hubiera llegado. Contempló la consola NEC. La cosa estaba recubierta de botones, como sacada del sueño húmedo de un adicto a Ciudad Circuito con todas esas campanitas y silbidos.

Quería lanzarla a través de la habitación.

Quería hacerlo, pero no lo hizo. Había dejado de lanzar las raquetas de tenis, los mandos a distancia de la TV, los escalpelos y los libros cuando decidió convertirse en el jefe más joven de cirugía de la historia del St. Francis. Desde entonces, sus lanzamientos solo implicaban botellas vacías y envoltorios de la máquina expendedora tirados hacia las papeleras. Y eso era solo para practicar la puntería.

Acomodándose hacia atrás en la silla de cuero, giró a su alrededor y miró fijamente a través de la ventana de su oficina. Era una oficina agradable. Grande, elegante como la mierda, toda revestida de paneles de caoba y de alfombras orientales, la Habitación del Trono, como era conocida, había servido como colchón de aterrizaje del cirujano jefe durante cincuenta años. Había estado clavado en esta ventajosa posición durante aproximadamente tres años y si alguna vez conseguía tener un descanso le iba a dar al lugar un nuevo aire. Todo el lustre de la Institución le daba alergia.

Pensó en el maldito teléfono y supo que iba a hacer una llamada que no debería. Era sencillamente una jodida muestra de debilidad, que luego se le iba a atragantar, aunque en ella desplegara toda su habitual arrogancia de macho.

Aún así, iba a terminar por dejar que sus dedos recorrieran el camino.

Para aplazar lo inevitable, hizo algo de tiempo mirando fijamente a través de la ventana. Desde su ventajosa posición podía ver el frente de la panorámica entrada del St. Francis, así como la ciudad que estaba más abajo. Fácilmente esta era la mejor vista de la zona del hospital. En la primavera los cerezos y los tulipanes florecían en la mediana del paseo de la entrada. Y en el verano, a ambos lados de las dos vías, a los frondosos arces les brotaban hojas verdes como esmeraldas hasta que se decoloraban hacia el melocotón y el amarillo del otoño.

Por lo general no pasaba mucho tiempo disfrutando del paisaje, pero realmente apreciaba saber que estaba allí. A veces un hombre necesitaba centrar sus pensamientos.

Ahora se encontraba en uno de esos momentos.

La pasada noche había llamado al teléfono móvil de Jane, calculando que estaría en casa después de la maldita entrevista. Ninguna respuesta. La había llamado esta mañana. Ninguna respuesta.

Bien. Si no quería revelar nada sobre la jodida entrevista en Columbia, iba a ir directamente a la fuente. Llamaría al jefe de cirugía de allí él mismo. Los egos seguían siendo los que eran, y su antiguo mentor no vacilaría en compartir algunos detalles, pero, hombre, esto iba a ser como si te pintaran un graffiti en el culo durante una expedición de pesca.

Manny giró a su alrededor, tecleó diez dígitos y esperó, dando golpecitos con una pluma Montblanc sobre el papel secante.

Cuando contestaron a la llamada, no esperó un hola.

—Falcheck, asaltante cara-picha.

Ken Falcheck se rió.

—Manello, sigues teniendo una increíble facilidad de palabra. Y yo siendo tu mentor, estoy especialmente impresionado.

—Entonces, ¿cómo es la vida en la vía lenta, anciano?

—Buena, buena. Ahora cuéntame, pequeñín, ¿te dejan ya comer comida sólida o todavía tomas potitos?

—Estoy a la altura de las gachas de avena. Lo que significa que estaré bien fuerte para reemplazarte el hueso de la cadera cuando te aburras de usar el andador.

Todo esto era una completa sandez, por supuesto. A los sesenta y dos Ken Falcheck estaba en plena forma y era un rompepelotas en la misma línea que Manny. Lo dos se habían entendido desde que Manny había estado en el programa de formación del tío hacía quince años.

—Entonces, con toda la deferencia hacia las personas de edad —dijo Manny arrastrando las palabras—. ¿Por qué estás seduciendo a mi cirujana de urgencias? ¿Y qué te ha parecido?

Hubo una leve pausa.

—¿De qué estás hablando? El jueves me llegó un mensaje de un tipo que dijo que tenía que cambiar la fecha de la entrevista. Pensé que me llamabas por eso. Para regodearte de que me había rechazado y de que habías logrado conservarla.

Una desagradable sensación se envolvió alrededor de la nuca de Manello, como si alguien le hubiera dado una colleja con barro frío.

Mantuvo la voz nivelada.

—Vamos, ¿haría yo eso?

—Sí, lo harías. Te entrené, ¿recuerdas? Obtuviste todos tus malos hábitos de mí.

—Sólo los profesionales. Oye, el tipo que llamó… ¿conseguiste su nombre?

—No. Deduje que era su ayudante o algo así. Obviamente no eras tú. Conozco tu voz, es más, el tipo era educado.

Manny tragó con fuerza. Bien, necesitaba terminar la llamada enseguida. Jesucristo, ¿dónde demonios estaba Jane?

—Entonces, Manello, ¿puedo asumir que la conservas?

—Afronta los hechos, tengo muchas cosas que ofrecerle. —Él mismo era una de ellas.

—Solo que no la jefatura de un departamento.

Dios, en este momento, toda esta pamplina de politiqueo médico no importaba. En opinión de Manny, Jane estaba DEA[45], y tenía que encontrarla.

Con un perfecto sentido de la oportunidad, su asistente asomó la cabeza por la puerta.

—Oh, lo siento…

—No, espera. Oye, Falcheck, tengo que irme.

Colgó cuando Ken todavía le decía adiós e inmediatamente comenzó a marcar el número de la casa de Jane.

—Escucha, tengo que hacer una llamada telefónica…

—La doctora Whitcomb acaba de llamar para decir que esta enferma.

Manny levantó la vista del teléfono.

—¿Hablaste con ella? ¿Fue ella quien llamó?

Su asistente lo miró un poco divertido.

—Por supuesto. Ha estado todo el fin de semana con gripe. Goldberg va a cubrir sus casos. Escuche, ¿está bien?

[45] En el original MIA (Missing In Action) que en español sería DEA (Desaparecida en Acción)

Manny dejó el receptor y asintió con la cabeza aunque se sentía infernalmente mareado. Mierda, la idea de que le hubiera pasado algo a Jane le diluía la sangre convirtiéndosela en agua.

—¿Está usted seguro, doctor Manello?

—Si, estoy bien. Gracias por la información acerca de Whitcomb. —Cuando se levantó, el suelo serpenteó un poco—. Me esperan en quirófano en una hora, ahora voy a comer. ¿Tienes algo más para mí?

Su asistente trató un par de cuestiones con él y después lo dejó.

Cuando la puerta se cerró Manny se hundió de nuevo en la silla. Hombre, necesitaba tomar las riendas de su cabeza. Jane Whitcomb siempre había sido una distracción, pero este tembloroso alivio al saber que estaba bien lo sorprendía.

De acuerdo. Necesitaba ir a comer.

Dándose una patada mental en el culo, se puso de pie nuevamente y levantó una pila de solicitudes de aspirantes a residente para leer en el comedor. En el proceso de cogerlos con la mano, algo se cayó del escritorio. Se inclinó y lo recogió, después frunció el ceño. Era la copia impresa de la fotografía de un corazón… que tenía seis cavidades.

Algo parpadeó en la parte posterior de la mente de Manny, una especie de sombra se movió a su alrededor, un pensamiento a punto de manifestarse, un recuerdo a punto de cristalizar. Pero entonces apareció un agudo dolor, punzante en las sienes. Mientras maldecía, se preguntó de dónde infiernos había salido la fotografía, y comprobó la fecha y hora en la parte de abajo. Había sido hecha aquí, en su hospital, en su quirófano, y el trabajo de impresión había sido hecho en su oficina. La máquina tenía un problema ya que dejaba un punto de tinta en la esquina inferior izquierda y la señal estaba allí.

Se volvió hacia el ordenador e hizo una búsqueda en sus archivos. No existía tal fotografía. ¿*Qué coño*?

Comprobó el reloj. No había tiempo para seguir buscando, por que realmente tenía que comer antes de ir a operar.

Mientras abandonaba la oficina de jefazo, decidió que iba a ser un médico a la antigua por esta tarde.

Esta noche iba a hacer una visita domiciliaria, la primera de su carrera profesional.

V se puso un par de pantalones sueltos de seda negra y una camisa haciendo juego, la cual se parecía a una chaqueta de esmoquin de los años cuarenta.

Después de ponerse el triste medallón del *Primale* alrededor del cuello, dejó la habitación y encendió un porro. Mientras caminaba por el pasillo escuchó maldecir a Butch en la sala de estar, la letanía en voz baja contenía muchas palabrotas y una interesante acepción de culo que V iba a tener que recordar.

V encontró al tipo en el sofá, frunciendo el ceño sobre el ordenador portátil de Marissa.

—¿Qué estás haciendo, poli?

—Creo que este disco duro ha mordido el polvo. —Butch levantó la vista—. Jesucristo… te pareces a Hugh Hefner[46].

—No tiene gracia.

Butch hizo una mueca.

—Lo siento. Mierda…V, lo sient…

[46] Hugh Hefner. Es el fundador y editor en jefe de la revista Playboy

—Cállate y déjame mirar el ordenador. —V cogió la cosa de encima de Butch e hizo una rápida exploración de mantenimiento—. Muerto.

—Debería haberlo sabido. Lugar Seguro forma parte del jodido grupo de tecnología de la información de mierda. Su servidor se cayó. Ahora esto. Mientras tanto Marissa está en la mansión con Mary tratando de calcular como contratar más personal. Tío, no necesita esto.

—Puse cuatro nuevos Dell en el armario de suministros que esta fuera del estudio de Wrath. Dile que coja uno, ¿ok? Lo prepararía para ella ahora, pero tengo que irme.

—Gracias, tío. Y sí, me arreglare para ir contigo…

—No tienes que estar allí.

Butch frunció el ceño.

—Joder. Me necesitas.

—Alguien más puede sustituirte.

—No te abandonaré…

—No sería abandono. —Vishous vagó hacia el futbolín e hizo girar una de las barras. Cuando la fila de pequeños hombres giró al revés, exhaló.

—Es algo así como…no se, si estás allí, todo se vuelve demasiado jodidamente real.

—¿Entonces quieres que alguien más te respalde?

V hizo girar la barra otra vez, el sonido de un zumbido se elevó desde la mesa. Había elegido a Butch en un acto reflejo, pero la verdad era que el macho era una complicación. V estaba tan condenadamente unido al tipo que haría que fuese más difícil hacerle frente a la presentación y al ritual.

V lo miró a través de la sala de estar.

—Si. Si, creo que prefiero que sea otra persona.

En el corto silencio que siguió, Butch adoptó la apariencia de alguien sosteniendo un plato de comida que estaba demasiado caliente: inquieto e inseguro.

—Bien… mientras sepas que estaría allí por ti, sin importar lo que fuera a pasar.

—Se que eres de fiar. —V fue hacia el teléfono, meditando sus opciones.

—Estás segur…

—Si —dijo, marcando. Cuando Phury contestó a la llamada, V le dijo—: ¿Te importaría ir conmigo esta noche? Butch se va a retrasar. Sí. Uh-huh. Gracias, hombre. —Colgó. Esta podría ser una rara opción, ya que ellos dos nunca habían estado particularmente unidos. Pero bueno, esa era la idea.

—Phury lo hará, ningún problema. Voy a pasar por su habitación ahora.

—V…

—Déjalo, poli. Regresaré en un par de horas.

—Desearía como el infierno que no tuvieras que…

—Da igual. Esto no va a cambiar las cosas. —Después de todo, Jane aún se habría ido. Continuaría siendo un macho vinculado sin su compañera. Por lo que síp, síp, nada cambiaba, nada importaba.

—¿Estás absolutamente seguro de que no quieres que vaya?

—Solo estate aquí con el Goose para cuando regrese. Voy a necesitar un trago.

V dejó el Pit a través del túnel subterráneo y mientras caminaba hacia la mansión, trató de darse algo de perspectiva.

Esta Elegida con la que se iba a emparejar era solo un cuerpo. Igual que él. Ambos harían lo que era necesario hacer, cuando fuera necesario. Eran simplemente partes masculinas encontrándose con partes femeninas, después empujar y repetir hasta que el macho eyaculara. ¿Y en cuanto a la carencia completa y total de excitación? No era un problema.

Las Elegidas tenía bálsamos que aseguraban una erección e inciensos que provocaban que te corrieras. Por lo que incluso aunque no tuviera absolutamente ningún interés en el sexo, su cuerpo haría lo que había nacido y había sido criado para hacer: asegurar que los mejores linajes de la especie sobrevivieran.

Mierda, le gustaría que pudiera ser clínico, todo vaso-y-jeringuilla. Pero los vampiros habían intentado la fecundación in vitro en el pasado, sin ningún éxito. Los bebes debían ser concebidos a la manera clásica.

Hombre, no quería pensar con cuantas hembras iba a tener que estar. No podía ir allí. Si lo hiciera, iba a…

Vishous se detuvo en medio del túnel.

Abrió la boca.

Y gritó hasta que se le agotó la voz.

CAPÍTULO 34

Cuando Vishous y Phury cruzaron juntos al Otro Lado, tomaron forma en un blanco jardín rodeado de blancas arcadas de columnas corintias. En el centro había una fuente de mármol blanco que salpicaba agua clara y cristalina dentro de una profunda cisterna blanca. En el rincón más alejado, en un árbol blanco con blancas flores, una bandada de pájaros cantores de los colores del arco iris estaban reunidos como si fueran el espolvoreado de una magdalena. Las dulces llamadas de los pinzones y los carboneros[47] armonizaban con el repiqueteo de la fuente, como si ambas cadencias tuvieran el mismo tipo de alegría.

—Guerreros. —La voz de la Virgen Escriba llegó desde detrás de V y provocó que la piel le tirara como plástico sobre los huesos—. Arrodillaos y os saludaré.

V ordenó a sus rodillas que se doblaran, y tras un momento se articularon como las patas oxidadas de una mesa de juego. Phury, por otra parte, no parecía estar sufriendo un caso de rigidez y descendió suavemente.

Por otra parte, no estaba postrándose frente a una madre que despreciaba.

—Phury, hijo de Ahgony, ¿qué tal te va?

Con una voz perfectamente fluida, el hermano contestó en la Antigua Lengua.

—Me está yendo bien, pues estoy ante usted con profunda devoción y el corazón puro.

La Virgen Escriba se rió ahogadamente.

—Un saludo correcto en la forma adecuada. Encantador de tu parte. Y seguramente más de lo que conseguiré de mi hijo.

V sintió más que vio la cabeza de Phury girarse rápidamente hacia él. Oh, lo siento, pensó V. Supongo que olvidé mencionar ese pequeño y feliz detalle, hermano.

La Virgen Escriba se acercó lentamente.

—Ah, ¿así que mi hijo no te ha contado su linaje materno? Me pregunto si por decoro. ¿Preocupado por hacer zozobrar el principio generalmente aceptado de mi así llamada virginal existencia? Sí, esa es la razón, ¿no es así, Vishous, hijo del Bloodletter?

V levantó la mirada, aunque no había sido invitado a hacerlo.

—O quizás es sólo que rehúso reconocerte.

Eso era exactamente lo que ella esperaba que dijera, podía detectarlo no sólo por leer sus pensamientos, sino porque en algún nivel ambos eran uno y lo mismo, indivisibles a pesar del aire y el espacio entre ellos.

Toma ya.

—Tu reticencia a reconocer mi maternidad no cambia nada —dijo en tono duro—. Un libro sin abrir no altera la tinta de sus páginas. Lo que ahí está ahí sigue.

Sin permiso, V se levantó y se encontró con el rostro encapuchado de su madre, cara a cara, fortaleza contra fortaleza.

Phury estaba sin duda palideciendo como la harina, o lo que fuera. De esa forma se veía acorde con la decoración. Además, la Virgen Escriba no iba a tostar a su futuro *Primale* o a su precioso niño. De ninguna manera. Así que no le importaba un carajo.

—Vamos a acabar con esto, madre. Quiero regresar a la vida real…

---

[47] Chikadee: *Pájaro norteamericano de pequeñas dimensiones de color blanco y negro del género Parus, o más comúnmente Parus atricapillus. Es más activo en tiempos frescos, y raras veces es visto en verano excepto en bosques profundos. A menudo tiene poco miedo de gente. Su nombre proviene del sonido que emite Chick-a-dee-dee-dee. (N. de la T.)*

V se encontró en un parpadeo, tumbado de espaldas y sin poder respirar. Sin embargo no había nada encima de su cuerpo y no parecía estar comprimido, se sentía como si tuviera un gran piano sobre el pecho.

Mientras los ojos se salían de sus órbitas y luchaba para arrastrar algo de aire a los pulmones, la Virgen Escriba flotó por encima de él. La capucha se alzó sobre su rostro por propia voluntad, y lo miró fijamente con expresión aburrida en su fantasmal y resplandeciente rostro.

—Quiero tu palabra de que te comportaras con respeto hacia mí mientras estemos ante la reunión de las Elegidas. Admito que tienes ciertas libertades por definición, pero no dudaré en decidir un futuro peor para ti al que quieres renunciar si lo revelas en público. ¿Estamos de acuerdo?

¿De acuerdo? ¿De acuerdo? Sip, vale, esa clase de mierda presupone libre albedrío, y por todo lo que había aprendido en el curso de su vida, estaba claro que no tenía.

Que se joda. Ella.

Vishous exhaló lentamente. Relajando los músculos. Y aceptó la asfixia.

Le mantuvo la mirada… mientras empezaba a morir.

Tras más o menos un minuto en su auto impuesto ahogo, el sistema nervioso autónomo empezó a funcionar, los pulmones presionaron contra las paredes del pecho, tratando de conseguir algo de oxigeno. Apretó los molares, presionó juntos los labios, y estrechó la garganta para que ese acto reflejo fuera impotente.

—Oh, Jesús —dijo Phury con voz temblorosa.

El ardor en los pulmones de V se difundió a lo largo del torso y su visión comenzó a volverse borrosa mientras el cuerpo se sacudía en la batalla entre la voluntad mental y el imperativo biológico de respirar. Finalmente la batalla se convirtió menos en un jódete-madre y más una lucha para conseguir lo que quería: paz. Sin Jane en su vida, la muerte era realmente la única opción.

Empezó a perder el sentido.

De repente el inexistente peso fue levantado; luego el aire irrumpió en su nariz y en sus pulmones como si fuera una sólida e invisible mano que empujara la mierda en él.

Su cuerpo tomó el mando, machacando su autocontrol. Contra su voluntad aspiró el oxígeno como si fuera agua, acurrucándose de lado, respirando a grandes tragos, la visión se aclaró gradualmente hasta que pudo enfocar el dobladillo de la túnica de su madre.

Cuando por fin despegó el rostro del blanco suelo y levantó la mirada hacia ella, no era la brillante forma a la que estaba acostumbrado. Estaba apagada, como si el resplandor tuviera un regulador de luz y alguien hubiera tratado de apagar el interruptor.

Sin embargo, su cara era la misma. Traslúcida, bella y dura como un diamante.

— ¿Procederemos a la presentación? —dijo—. ¿O quizás quieres recibir a tu pareja postrado sobre mi mármol?

V se sentó, aturdido pero sin preocuparse por si perdía el jodido conocimiento. Suponía que debía sentir alguna especie de sensación de triunfo al ganar la batalla contra ella, pero no era así.

Recorrió con la mirada a Phury. El tipo estaba asustado, los ojos amarillos desnudos como uvas, la piel cetrina y pálida. Parecía que estuviera de pie en medio de una piscina de caimanes llevando bistecs por zapatos.

Colega, viendo como el hermano manejaba esta pequeña disputa familiar, V no podía imaginar a la Elegida sobrellevando mucho mejor el abierto conflicto entre él y su Joan

Crawford madre-pesadilla. Y V podía no tener ninguna simpatía por ese conjunto de hembras, pero eso no era razón para irritarlas.

Se puso de pie, y Phury caminó hacia él al mismo tiempo. Cuando V escoró hacia un lado, el hermano le atrapó bajo la axila y lo estabilizó.

—Ahora me seguiréis. —La Virgen Escriba encabezó el camino hacia la arcada, flotando sobre el mármol, sin hacer un ruido o movimiento en particular, una diminuta aparición de forma sólida.

Los tres siguieron por la galería hacia un par de puertas doradas que V nunca había visto antes. Eran macizas y con signos de una versión anterior de la Antigua Lengua, una que conservaba bastante relación con la simbología escrita actual que V podía traducir:

Contemplad el santuario de las Elegidas, sagrado dominio del pasado, presente y futuro de la Raza.

Las puertas se abrieron sin tocarlas, revelando un esplendor pastoral que bajo otras circunstancias podría haber calmado la mierda incluso de V. Excepto por el hecho que todo era blanco, podía haber sido algún tipo de colegio universitario de la Ivy League, con formales edificios georgianos extendidos ampliamente entre una ondulada y blanquecina hierba, y robles y olmos albinos.

Una alfombra de blanca seda había sido tendida, y él y Phury caminaban sobre ella mientras la Virgen Escriba flotaba como un fantasma aproximadamente a un pie por encima de ella. El aire tenía la temperatura perfecta y estaba tan completamente en calma que no se notaba, su roce sobre la piel expuesta. Aunque la gravedad todavía mantenía sujeto a V, se sentía más ligero y un tanto optimista… como si, con una carrerilla, pudiera ir saltando a través del pasto como esas fotos de los hombres en la luna.

O, mierda, quizás esta sensación de paseo lunar era porque tenía el cerebro algo frito.

Cuando alcanzaron la cima de la colina, se reveló un anfiteatro más abajo. Allí estaban las Elegidas.

Oh, Jesús… Las cuarenta hembras más o menos estaban vestidas con túnicas blancas idénticas con el cabello recogido y las manos enguantadas. La coloración variaba desde el rubio al moreno y al pelirrojo, pero parecían ser todas, la misma persona por sus constituciones altas, esbeltas y las túnicas a juego. Divididas en dos grupos, se alineaban a cada lado del anfiteatro, presentándose en tres cuartos de vuelta con el pie derecho avanzado ligeramente. Le recordaron las cariátides de la arquitectura romana, esas esculturas de hembras que sostenían los frontones de los techos con sus regias cabezas.

Mirándolas fijamente, se preguntaba si tenían corazones que palpitaban y pulmones que bombeaban. Porque estaban tan quietas como el aire.

Mira, este era el problema con el Otro Lado, pensó. Nunca se movía nada allí. Había vida… sin vida.

—Date a conocer —ordenó la Virgen Escriba—. Las presentaciones aguardan.

Oh… Dios… Otra vez no podía respirar.

La mano de Phury aterrizó en su hombro.

—¿Necesitas un minuto?

Joder un minuto, necesitaba siglos… aunque asumiendo que tuviera esa clase de tiempo, no iba a cambiar el resultado. Con un sentido del destino, se imaginó a ese vampiro civil que había encontrado en el callejón, el que se había topado esa noche en que le habían disparado, el que había vengado matando al *lesser*.

Necesitaban más en la Hermandad, pensó mientras empezaba a caminar de nuevo. Y no era como si la cigüeña fuera a encontrarse con el trabajo hecho.

Abajo frente a él había una única silla en la casa, una especie de trono fabricado en oro que estaba colocado cerca del borde del escenario del anfiteatro. Desde esta posición ventajosa, se dio cuenta que lo que había supuesto que era una pared blanca en el fondo en realidad era una vasta cortina de terciopelo que colgaba inmóvil como si estuviera pintada sobre un mural.

—Tú. Siéntate —le dijo la Virgen Escriba, obviamente más que harta de su culo.

Gracioso, se sentía igual acerca de ella.

V se plantó mientras Phury echaba raíces como un árbol tras el trono.

La Virgen Escriba flotó hacia la derecha, adoptando una posición al lado del escenario, un director shakesperiano, orquestando todo el drama.

Colega, que no daría ahora por un áspid.

—Procedamos —gritó en voz entrecortada.

La cortina se dividió por el medio y se replegó, revelando una hembra cubierta por túnicas enjoyadas de la cabeza a los pies. Flanqueada por dos Elegidas, su prometida parecía estar de pie en un extraño ángulo. O quizás no estaba de pie. Jesús, parecía como si estuviera en algún tipo de tabla inclinada en posición vertical para mirar. Como una mariposa engastada.

Cuando la movieron, estuvo claro que realmente estaba sujeta sobre algo. Había bandas alrededor de la parte superior de sus brazos, unas que estaban camufladas con joyas para combinar con la túnica, otras que parecían estar sosteniéndola.

Debe ser parte de la ceremonia. Porque la que estaba debajo de esa túnica no estaba solo preparada para esta presentación y el ritual de emparejamiento que seguiría, sino sin duda estaba emocionada como el infierno por ser la hembra numero uno. La primera Elegida del *Primale* tenía derechos especiales, y sólo podía imaginar qué ascenso tan bueno sería para ella.

Si bien podía no ser justo, estaba ofendido como el infierno de lo que estaba bajo ese esplendor.

La Virgen Escriba asintió, y las Elegidas a izquierda y derecha de su prometida empezaron a deshacerle la toga. Mientras trabajaban, un torrente de energía ondeó a través de la quietud del anfiteatro, la culminación de décadas de Elegidas esperando a que las antiguas costumbres empezaran de nuevo.

V miraba sin prestar atención a nada mientras las enjoyadas túnicas eran retiradas para revelar una forma de hembra sorprendentemente hermosa cubierta con una delicada y fina envoltura. El rostro de su prometida permanecía oculto, de acuerdo con la tradición, porque no era ella la que estaba siendo entregada sino todas las Elegidas.

—¿Es de tu gusto? —preguntó la Virgen Escriba secamente, como si supiera que esta hembra era la perfección absoluta.

—Me da igual.

Un murmullo de inquietud cruzó entre las Elegidas, una brisa fresquita a través de los rígidos juncos.

—¿Quizás quieras escoger tus palabras de nuevo? —dijo bruscamente la Virgen Escriba.

—Servirá.

Tras una embarazosa pausa, una Elegida se adelantó con un quemador de incienso y una pluma blanca. Mientras cantaba, hacía flotar el humo hacia la hembra desde la encapuchada cabeza hasta los desnudos pies, girando a su alrededor una vez por el pasado, una por el presente, una por el futuro.

Mientras el ritual avanzaba, V frunció el ceño y se inclinó hacia delante. El frente de la delicada y fina envoltura de su prometida estaba húmedo.

Probablemente debido a los aceites que habían utilizado al prepararla para él.

Se recostó en el trono. Mierda, odiaba las costumbres antiguas. Odiaba toda esta jodida cosa.

Debajo de la capucha, Cormia estaba en un estado de desesperación. El aire que respiraba era caliente, húmedo y sofocante, peor en ese aspecto que no tener nada que inhalar. Tenía las rodillas flojas como briznas de hierba, las palmas empapadas. Si no fuera por las ataduras, se hubiera derrumbado.

Tras su aterrada tentativa de huida en los baños, y su captura final, una bebida amarga había sido obligada a bajar por su garganta por orden de la Directrix. La había tranquilizado durante un tiempo, pero el elixir se debilitaba, y el miedo la aguijoneaba otra vez.

Aunque la degradación total sucedió cuando sintió las manos bajando por el frente de la túnica para liberar los broches de oro, había llorado por la violación de la mirada de un extraño sobre su piel íntima. Luego las dos pesadas mitades de su túnica habían sido apartadas del cuerpo y había sentido el frescor sobre la piel, algo que de ningún modo era un alivio al peso que tenía envuelto sobre ella.

Los ojos del *Primale* habían estado sobre ella mientras la voz de la Virgen Escriba había gritado: "¿Es de tu gusto?"

Cormia había esperado la respuesta del hermano, rezando por alguna calidez en él.

No hubo absolutamente ninguna: "Me da igual".

—¿Quizás quieras escoger tus palabras de nuevo?

— Servirá.

Al oír las palabras, el corazón de Cormia dejó de palpitar, el miedo reemplazado por el terror. Vishous, hijo del Bloodletter, tenía una voz fría, una que sugería tendencias mucho peores incluso de las que la fama de su padre había detallado.

¿Cómo podría sobrevivir al apareamiento, y mucho menos representar bien a las venerables Elegidas durante el curso de ello? En el baño, la Directrix había sido brutal en el resumen de todo lo que Cormia deshonraría si no se comportaba con la dignidad apropiada. Si no se hacía cargo de su responsabilidad. Si no era la representante apropiada de todas.

¿Cómo podría soportar todo esto?

Cormia oyó a la Virgen Escriba hablar de nuevo:

—Vishous, la mirada no ha sido depositada en tu nombre. Phury hijo de Ahgony, debes inspeccionar a la Elegida que ha sido ofrecida como testigo del *Primale*.

Cormia tembló, temerosa de tener otro par de desconocidos ojos masculinos sobre ella. Se sentía impura aunque había sido tan cuidadosamente lavada; sucia, aunque ninguna suciedad destilara de ella. Bajo la capucha deseaba ser pequeña, tan pequeña que avergonzaría a la cabeza de una aguja.

Pues si fuera pequeña, sus ojos no la encontrarían. Si fuera diminuta, podría esconderse entre cosas más grandes… desaparecer de todo esto.

Los ojos de Phury estaban clavados en la parte posterior del dorado trono, y en realidad no los quería en ningún otro lugar. Todo esto estaba mal. Todo mal.

—¿Phury, hijo de Ahgony? —la Virgen Escriba pronunció el nombre de su padre como si el peso del linaje completo de la familia descansara en él, Phury siguió con el programa.

Abrió los párpados mirando hacia la hembra...

Cada uno de sus procesos mentales se detuvo en seco.

Su cuerpo fue el que respondió. Al instante. Se engrosó dentro de los pantalones de seda, la erección surgió tan rápido como un suspiro incluso mientras se sentía completamente avergonzado. ¿Cómo podía ser tan cruel? Dejó caer los párpados, cruzó los brazos sobre el pecho, y trató de averiguar como podría patearse el culo y permanecer de pie.

—¿Cómo la encuentras, guerrero?

—Resplandeciente. —La palabra salió de su boca desde ninguna parte. Luego añadió—: Digna de la más bella tradición de Elegidas.

—Ah, ahora, esa es la respuesta correcta. Como la aceptación ha sido hecha, declaro a esta hembra como la elección del *Primale*. Terminad el baño de incienso.

Con la vista periférica, Phury se dio cuenta que aparecían dos Elegidas con varas de las que emanaban humeantes estelas blancas. Cuando empezaron a cantar en altas y cristalinas voces, respiró profundamente, tamizando a través de un jardín en flor de esencias femeninas.

Encontró la esencia de la prometida. Tenía que ser ella, porque era la única en todo el lugar que desprendía un puro terror…

—Paren la ceremonia —dijo V con voz dura.

La Virgen Escriba giró la cabeza hacia él.

—La terminarán.

—El infierno que lo harán. —El hermano se levantó del trono y se dirigió hacia el escenario, obviamente habiendo captado también la esencia. Mientras iba hacia allí, las Elegidas dejaron escapar gritos de alarma y rompieron filas. Mientras las hembras se dispersaban y las blancas túnicas se agitaban por los alrededores, Phury pensó en una pila de servilletas de papel en un picnic, saliendo al vuelo quisieran o no, brincando sobre la hierba.

Excepto que esto no era un domingo en el parque.

Vishous cerró la túnica enjoyada de la prometida, luego rasgó las ataduras. Como flaqueó, la cogió por el brazo y la sujetó.

—Phury, nos encontraremos en casa.

El viento empezó a arremeter, procediendo de la Virgen Escriba, pero V se mantuvo firme, de frente a su… bien, su madre, aparentemente.

Madre, Cristo, nunca se lo hubiera imaginado.

V tenía un agarre mortal en la pobre hembra y el rostro lleno de odio mientras clavaba la mirada en la Virgen Escriba.

—Phury, joder márchate de aquí.

Si bien Phury era en el fondo un pacificador, tenía mejor criterio que interceder en esa clase de reyertas familiares. Lo mejor que podía hacer era rezar para que su hermano no volviera en una urna.

Antes de largarse, le echó una última mirada a la forma encapuchada de la hembra. V ahora la sujetaba con ambas manos, ya que parecía que se había desmayado. Jesucristo… Qué lío.

Phury se volvió y se apresuró a regresar andando por la blanca alfombra de seda hacia el jardín de la Virgen Escriba. ¿Primera parada? El estudio de Wrath. El Rey tenía que saber lo sucedido. Aunque evidentemente la mayor parte de la historia aún no había sido interpretada.

CAPÍTULO 35

Cuando Cormia recobró la consciencia**,** estaba tumbada sobre la espalda, la túnica todavía puesta, la capucha en su sitio. Aunque pensaba que ya no estaba en aquella tabla a la que había sido atada. No... no estaba en...

Lo recordó todo. El *Primale* interrumpiendo la ceremonia y liberándola. Un inmenso viento soplando a través del anfiteatro. El hermano y la Virgen Escriba empezando a discutir.

Cormia se había desmayado en aquel momento, perdiéndose lo que siguió. ¿Qué le había ocurrido al *Primale*? Seguramente no había sobrevivido, puesto que nadie desafiaba a la Virgen Escriba.

—¿Deseas quitarte algo de lo que tienes puesto? —dijo una áspera voz masculina.

El miedo se disparó por su columna. Virgen misericordiosa, él aun estaba allí.

Instintivamente se enroscó formando una bola para protegerse.

—Relájate. No voy a hacerte nada.

A juzgar por su duro tono de voz, no podía confiar en sus palabras: la ira marcaba las silabas que pronunciaba, volviéndolas cuchillas verbales, y aunque no podía ver su forma, podía sentir el formidable poder en él. Era verdaderamente el hijo guerrero del Bloodletter.

—Mira, voy a quitarte la capucha para que puedas respirar, ¿de acuerdo?

Intentó alejarse, intentó arrastrarse de donde quiera que yaciera, pero la túnica se enredó y la retuvo.

—Detente, hembra. Solo estoy intentando hacerlo más fácil para ti.

Se quedó mortalmente quieta mientras sus manos caían sobre ella, segura de que la golpearía. Sin embargo solamente aflojó los dos broches superiores y levantó la capucha.

El dulce y limpio aire recorrió su rostro a través del delgado velo, un lujo como la comida para el hambriento, pero no podía aspirar mucho. Estaba toda tensa, los ojos cerrados con fuerza, la boca retraída en una mueca mientras se preparaba a si misma para sólo la Virgen sabía qué.

Excepto que nada ocurrió. Todavía estaba con ella... podía captar su temible aroma... y sin embargo no la tocó, ni pronunció otras palabras.

Escuchó un chirriante sonido y una inhalación. Después olió algo picante y ahumado. Como incienso.

—Abre los ojos. —Su voz le llegó desde detrás y era una orden.

Levantó las pestañas y parpadeó varias veces. Estaba en el escenario del anfiteatro, de frente a un trono dorado vacío y una alfombra blanca de seda que llevaba a la empinada elevación.

Sintió fuertes pisadas aproximándose.

Y allí estaba él. Alzándose imponente sobre ella, más grande que cualquier cosa que hubiera visto que respirara, sus pálidos ojos y severo rostro tan frío que retrocedió.

Se llevó un delgado y blanco cilindro a los labios e inhaló. Mientras hablaba, el humo salía de su boca.

—Te lo dije. No voy a hacerte daño. ¿Cual es tu nombre?

A través de una garganta oprimida, dijo con voz áspera:

—Elegida.

—Eso es lo que eres —dijo bruscamente—. Quiero tu nombre. Quiero saber *tú* nombre.

¿Le estaba permitido preguntarle eso? ¿Estaba él... ¿Qué estaba pensando? Podía hacer todo lo que quisiera. Era el *Primale*.

—C-C-Cormia.

—Cormia.

Inhaló del blanco y delgado cilindro de nuevo, la punta naranja llameó con intensidad.

—Escúchame. Cormia, no estés asustada. ¿Vale?

—¿Es...? —se le quebró la voz. No estaba segura de si podía hacerle preguntas, pero tenia que saber—. ¿Es un dios?

Las negras cejas descendieron sobre los blancos ojos.

—Infiernos, no.

—Pero entonces como hizo...

—Habla alto. No puedo oírte.

Intentó que su voz sonara más fuerte.

—¿Entonces cómo ha intercedido con la Virgen Escriba? —mientras la miraba con el ceño fruncido, se apresuró a disculparse—. Por favor, no quise ofender...

—Da igual. Mira, Cormia, no estas convencida de esto del apareamiento conmigo, ¿verdad? —cuando no dijo nada, apretó la boca con impaciencia—. Vamos, háblame.

Abrió la boca. No salió nada.

—Oh, por el amor de Dios.

Se pasó la mano enguantada a través del oscuro cabello y comenzó a pasear.

Sin duda era una deidad de alguna clase. Parecía tan feroz que no se habría sorprendido si atraía rayos desde el cielo.

Se detuvo descollando sobre ella.

—Te lo dije, no voy a herirte. Maldición, ¿qué crees que soy? ¿Un monstruo?

—Nunca antes había visto un macho —dejó escapar—. No sé lo que eres.

Aquello lo dejó frío.

Jane despertó sólo porque escuchó chirriar la puerta de un garaje, el alto y agudo gemido llegó desde el apartamento que estaba a la izquierda del suyo. Girándose sobre si misma, miró el reloj. Las cinco de la tarde. Había dormido la mayor parte del día.

Bueno, si se le podía llamar dormir. La mayor parte del tiempo, había estado atrapada en un extraño paisaje onírico, uno en el cual imágenes que estaban medio formadas y confusas, la atormentaban. Un hombre estaba implicado de alguna manera, un hombre grande al que sentía como parte de ella y sin embargo completamente ajeno. No había sido capaz de ver su rostro, pero conocía su olor: oscuras especias, cerca, en su nariz, todo a su alrededor, sobre todo su cuerpo...

Aquella jaqueca que parecía una trituradora de huesos estalló, y soltó lo que estaba pensando como si fuera un atizador caliente y estuviera sujetando el extremo equivocado. Afortunadamente, el dolor tras sus ojos cedió.

Al oír el ruido del motor de un coche, levantó la cabeza de la almohada. A través de la ventana próxima a la cama vio un monovolumen dando marcha atrás en la entrada para coches junto a la suya. Alguien se había mudado al apartamento de al lado, y Dios, esperaba que no fuera una familia. Las paredes entre las viviendas no eran tan finas como en un edificio de apartamentos, pero ni por asomo eran sólidas como las de la caja fuerte de un banco. Y podía pasar muy bien de la presencia de niños gritones.

Incorporándose, se sintió aún más miserable y dentro de una nueva categoría de basura. Algo dolía intensamente en su pecho, y no pensaba que fuera muscular. Moviéndose de un lado a otro, tendía a pensar que ya antes había sentido esto, pero no podía situar cuando ó donde.

Ducharse era un suplicio. Infiernos, solo llegar al baño fue un esfuerzo. La buena noticia fue que la rutina enjabonar-y-aclarar la revivió un poco, y su estomago pareció abrirse a la idea de algo de comida. Dejando que el cabello se secara al aire, fue abajo y puso a calentar algo de café. El plan era meter la cabeza en primera velocidad, luego devolver algunas llamadas telefónicas. Así viniera el infierno ó un maremoto, iba a ir a trabajar mañana, así que quería prepararse para la acción lo mejor que pudiera antes de ir al hospital.

Con la taza en la mano, se dirigió a la sala de estar y se sentó en el sofá, acunando el café entre las palmas, esperando que el Capitán Cafeína viniera a rescatarla y la ayudara a sentirse humana. Cuando miró hacia abajo a los cojines de seda, se estremeció**.** Estos eran los que su madre había alisado tan frecuentemente, aquellos que habían servido como un barómetro para medir si Todo Estaba Bien ó no, y Jane se preguntó cuando se había sentado en las malditas cosas por última vez. Dios, pensaba que la respuesta era nunca**.** Por lo que sabía, el último culo que había depositado su peso allí bien podría haber sido el de uno de sus padres.

No, probablemente el de un invitado. Sus padres solo se sentaban en las butacas gemelas de la biblioteca, su padre en la de la derecha con la pipa y el periódico, su madre a la izquierda con un cuadrado de petit point[48] en el regazo. Los dos habían sido como algo sacado del museo de cera de Madame Troussaurs, parte de una exhibición sobre acaudalados esposos y esposas que nunca se dirigían la palabra el uno al otro.

Jane recordó las fiestas que habían dado, toda aquella gente arremolinándose en aquella gran casa colonial, con camareros uniformados pasando crepes y cosas rellenas con pasta de champiñones. Siempre era la misma multitud, la misma conversación y el mismo tipo de cortos vestidos negros y trajes de Brooks Brothers. La única diferencia habían sido las estaciones, y la única interrupción en el ritmo ocurrió después de la muerte de Hannah. Después de su entierro, las veladas se habían interrumpido durante aproximadamente seis meses por orden de su padre, pero después volvieron a subirse al tren. Preparados o no, aquellas fiestas comenzaron de nuevo, y aunque su madre había parecido lo bastante frágil como para romperse, se había aplicado su maquillaje y su corto vestido negro y se había situado en la puerta principal, toda falsas sonrisas-y-perlas.

Dios, Hannah había adorado aquellas fiestas.

Jane frunció el ceño y se puso una mano sobre el corazón, dándose cuenta de cuando había sentido antes esta especie de dolor en el pecho. El no tener a Hannah a su lado, había causado la misma clase de dolorosa presión.

Era extraño que se hubiera despertado con esta tristeza y sensación de duelo. No había perdido a nadie.

Tomando un sorbo de café, deseó haber hecho chocolate caliente...

Le sobrevino una borrosa imagen de un hombre ofreciéndole una taza. Había chocolate caliente en ella, y lo había hecho para ella porque estaba... estaba dejándola. Oh... Dios, la estaba abandonando…

Un agudo dolor se disparó a través de su cabeza, interrumpiendo la agitada visión... justo cuando el timbre comenzó a sonar. Mientras se frotaba el puente de la nariz, echó un vistazo furioso hacia el vestíbulo. *Realmente* no se estaba sintiendo muy sociable en ese momento**.**

La cosa volvió a sonar**.**

Obligándose a ponerse de pie, se arrastró hacia la puerta de entrada. Mientras abría el cerrojo, pensó, hombre, si era un misionero, le iba a dar la comunión con...

[48] Un tipo de bordado parecido al punto de cruz.

—¿Manello?

El jefe de cirugía estaba de pie en la puerta principal con su característica bravuconería, como si el felpudo de bienvenida le perteneciera solo porque él lo decía. Vestido con pijama quirúrgico y zuecos, también lucía un elegante abrigo de ante del rico color marrón de sus ojos. Su Porsche ocupaba la mitad del camino de entrada.

—Venía a ver si estabas muerta.

Jane tuvo que sonreír.

—Jesús, Manello, no seas tan romántico.

—Te ves como la mierda.

—Y ahora con los cumplidos. Para. Me estas haciendo sonrojar.

—Ahora voy a entrar.

—Por supuesto que lo harás —murmuró, haciéndose a un lado.

Echó una mirada alrededor mientras se quitaba el abrigo.

—Sabes, cada vez que entro aquí, siempre pienso que este lugar es muy poco parecido a ti.

—¿Entonces esperas algo rosa y con volantes? —cerró la puerta. Echó el cerrojo.

—No, cuando vine la primera vez, esperaba que estuviera vacío. Como mi casa.

Manello vivía en el Commodore, aquellos apartamentos de lujo en lo alto de la colina, pero su casa era solo un costoso armario, verdaderamente, decorado por Nike. Tenía los equipos de deporte, una cama y una cafetera.

—Cierto —dijo —. No eres precisamente material de *Casa y Decoración.*

—Entonces dime como eres tú, Whitcomb. —Mientras Manello la miraba, su rostro no mostraba emoción, pero los ojos ardían, y recordó la última conversación que había tenido con él, aquella donde le dijo que sentía algo por ella. Los detalles de lo que había sido dicho eran un poco confusos y tenía la vaga impresión de que había sido sostenida en una habitación de la UCIQ por encima de un paciente...

Le empezó a doler de nuevo la cabeza y como se estremeció Manello dijo:

—Siéntate. Ahora.

Quizás fuera una buena idea. Se encaminó de regreso hacia el sofá.

—¿Quieres café?

—En la cocina ¿verdad?

—Te traeré...

—Puedo servirme el mío. Tengo años de experiencia. Tú siéntate.

Jane se recostó en el sofá y cerró las solapas de su bata mientras se frotaba las sienes. Mierda, ¿alguna vez iba a sentirse ella misma otra vez?

Manello entró justo cuando se inclinaba y ponía la cabeza entre las manos. Lo cual naturalmente lo puso en modo médico absoluto .Dejó su taza sobre uno de los libros de arquitectura de la madre de Jane y se arrodilló en la alfombra oriental.

—Háblame. ¿Qué está pasando aquí?

—Cabeza —gimió Jane.

—Déjame ver tus ojos.

Intentó sentarse derecha otra vez.

—Está disminuyendo…

—Cállate. —Suavemente Manello le cogió las muñecas con sus manos y le separó los brazos de la cara—. Voy a examinarte las pupilas. Inclina la cabeza hacia atrás.

Jane se rindió, simplemente se dejó ir y se relajó contra el sofá.

—No me he sentido así de horrible en años.

El pulgar y el índice de Manny fueron hacia el ojo derecho y cuidadosamente apartó el párpado mientras levantaba una linternita. Estaba tan cerca que podía ver sus largas pestañas, la sombra de una barba incipiente y los finos poros de su piel. Olía bien. A colonia.

¿De que marca sería?, se preguntó, divagando.

—Que bueno que haya venido preparado —dijo arrastrando las palabras y encendiendo el pequeño foco.

—Sip, está bien, eres todo un boy scout… Hey, ten cuidado con esa cosa.

Trató de parpadear cuando el brillo de la linterna le dio en el ojo, pero no la dejó.

—¿Hace que te duela más la cabeza? —pregunto, yendo hacia el lado izquierdo.

—Oh, no. Eso se siente genial. No puedo esperar a que tú… Demonios, eso es muy brillante.

Apagó la linterna y volvió a meter la cosa en el bolsillo superior del pijama.

—Las pupilas se dilatan adecuadamente.

—Que alivio. Supongo que si quisiera leer bajo la luz de un reflector podría hacerlo, ¿verdad?

Le tomó la muñeca, puso el dedo índice sobre el pulso y levantó su Rolex.

—¿Con este examen médico obtendré un descuento en el seguro? —le preguntó.

—Shh.

—Porque creo que estoy sin efectivo…

—*Shh*.

Era extraño ser tratada como un paciente, y mantener la boca cerrada lo hacía peor. Hombre, cuanto podía decirse acerca de encubrir la incomodidad detrás de las palabras…

Una habitación oscura. Un hombre en la cama. Ella hablando… hablando acerca de… el funeral de Hannah.

Otro agudo disparo se le clavó en la cabeza y aspiro algo más de aire.

—Mierda.

Manello soltó su muñeca y le puso la palma sobre la frente.

—No se siente caliente —le puso las manos a los lados del cuello, justo debajo de la mandíbula.

Mientras fruncía el ceño y palpaba, dijo:

—No tengo la garganta irritada.

—Bueno, no tienes las glándulas inflamadas. —Sus dedos fueron a la columna a la altura del cuello hasta que dio un respingo y el le inclinó la cabeza a un lado.

—Mierda… ¿Qué demonios?

—¿Qué?

—Tienes un hematoma aquí. O algo. Demonios. ¿Que te mordió?

Levantó la mano.

—Oh, sip, no sé lo que es eso. Ni cuando me lo hice.

—Parece que se está curando bien. —Le palpó la base del cuello, justo encima de las clavículas—. Si, por aquí tampoco hay inflamación. Jane, odio decírtelo, pero no tienes gripe.

—Seguro que la tengo.

—No, no la tienes.

—Eres traumatólogo, no un zar de las enfermedades infecciosas.

—No estás teniendo una respuesta contra una infección, Whitcomb.

Se palpó su propia garganta. Pensó en el hecho de que no estaba estornudando, ni tosiendo ni vomitando. Pero, demonios, ¿dónde la dejaba eso?

—Quiero que te hagas un TAC en la cabeza.

—Apuesto que le dices eso a todas las chicas.

—¿A las que presentan tus síntomas? Absolutamente.

—Y yo aquí pensando que era especial —le dirigió una débil sonrisa y cerró los ojos—. Estaré bien, Manello. Solo necesito volver al trabajo.

Se hizo un largo silencio, durante el cual se dio cuenta de que él tenía las manos en sus rodillas. Y aún estaba muy cerca, inclinándose sobre ella.

Levantó los párpados. Manuel Manello la estaba mirando no como lo haría un doctor, sino como lo haría un hombre que se preocupaba por ella. Mierda, era atractivo, especialmente así… salvo que algo no estaba bien. No con él… con ella.

Bueno, obvio. Tenía dolor de cabeza.

Se inclinó hacia delante y le acarició el cabello.

—Jane…

—¿Qué?

—¿Me dejarías arreglar una cita para que te hagan un TAC? —cuando comenzaba a negarse, interpuso—. Considéralo como un favor hacia mí. No me podría perdonar a mi mismo si te pasara algo malo y yo no hubiera insistido.

Mierda.

—Si. Ok. Está bien. Pero no necesito…

—Gracias. —Hubo una pausa. Y luego se inclinó hacia delante y la besó en la boca.

CAPÍTULO 36

En el Otro Lado, Vishous miró fijamente a Cormia y quiso dispararse en el pie. Tras su alucinante revelación de que nunca había visto a un macho antes, se sentía horrible. Nunca se le había ocurrido pensar que sólo había conocido a hembras, pero si había nacido poco después de que el último *Primale* muriera, ¿cómo podría haber conocido jamás a alguien del otro sexo?

Por supuesto que se había sentido aterrorizada de él.

—Jesucristo —murmuró, inhalando profundamente de su porro y dándole unos golpecitos después. Estaba tirando ceniza sobre el escenario de mármol, pero no le importó una mierda—. Subestimé totalmente lo duro que sería esto para ti. Asumí…

Había asumido que estaría caliente por trotar con él o por alguna mierda. En vez de eso, no se encontraba mejor que él.

—Sí, estoy malditamente arrepentido.

Cuando los párpados se abrieron por la sorpresa, el color jade de sus ojos brilló.

En lo que esperó que pasara por un tono gentil, le dijo:

—¿Deseas este… —movió la mano en la que tenía el cigarrillo de aquí para allá entre ellos— …apareamiento? —Cuándo permaneció en silencio, sacudió la cabeza—. Mira, puedo verlo en tus ojos. Quieres huir de mí, y no simplemente porque estés asustada. Quieres huir por lo que tendremos que hacer, ¿verdad?

Ella se llevó las manos al rostro, la pesada túnica se fue plegando y deslizando por los delgados brazos hasta quedar estrangulando las delgadas curvas de los codos. Con un hilo de voz dijo:

—No podría soportar fallarle a las Elegidas. Yo… haré lo que deba hacer por el bien del conjunto.

Bien, esa era la misma música para los dos.

—Como lo haré yo —murmuró.

Ninguno de los dos dijo otra palabra y no supo qué hacer. Para empezar, no era bueno con las hembras, y ahora que era mercancía averiada por haber dejado ir a Jane todavía era peor.

Bruscamente giró la cabeza, consciente de que no estaban solos.

—Tú, detrás de la columna. Sal. *Ahora*.

Una Elegida dio un paso al frente, con la cabeza inclinada, tenía el cuerpo tenso bajo la tradicional capa blanca.

—Señor.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Mientras la Elegida miraba fija y sumisamente al suelo de mármol, pensó, que el Señor me salve de los sumisos. Era gracioso, durante el sexo lo había demandado. Ahora esa mierda le molestaba como el infierno.

—Será mejor que hayas venido a consolarla —gruñó—. Si es para cualquier otra cosa, debes salir de aquí como de los infiernos.

—Es para consolarla —dijo la Elegida suavemente—. Me preocupo por ella.

—¿Cuál es tu nombre?

—Elegida.

—¡No me jodas! —cuando ambas, ella y Cormia saltaron, forzó a su genio a enterrarse profundamente en sus entrañas—. ¿Cuál es *tú* nombre?

—Amalya.

—Bien, Amalya. Quiero que cuides de ella hasta que vuelva. Es una orden.

Cuando la Elegida hizo algunas reverencias y promesas, tomó una última calada del porro, se lamió dos dedos y los apretó sobre la punta. Cuando puso la colilla en el bolsillo de la bata, se preguntó sin motivo alguno por qué demonios todos tenían que llevar jodidos pijamas en el Otro Lado.

Le dirigió una mirada a Cormia.

—Te veo en dos días.

V se marchó sin mirar atrás, subiendo por el césped blanco de la colina, evitando la alfombra blanca de seda que había sido tendida. Cuándo llegó al patio de la Virgen Escriba, rezó como un demonio para no encontrarse con ella, y dio gracias a Dios de que no estuviera cerca. La última cosa que necesitaba era un rollo post partido con alguien de la calaña de Mamazilla.[49]

Bajo la mirada atenta de todos esos pájaros cantores, se lanzó de vuelta al mundo real, pero no fue a la mansión.

Fue exactamente a donde no debía ir. Tomó forma en la calle de enfrente del apartamento de Jane. Era una jodida mala idea del tamaño de un rascacielos, pero estaba medio muerto de dolor y no estaba en su sano juicio, y además, no daba una mierda por nada. Ni siquiera por las líneas que no podían ser cruzadas entre los humanos y los de su especie.

La noche era fría y apenas iba vestido con las ropas ceremoniales de *fakata*, pero no le importó. Estaba tan aturdido y tan destruido mentalmente, que podría encontrarse desnudo en una tempestad de nieve y no advertirlo.

Qué demonios.

Había un coche en el camino de entrada. Un Porsche Carrera 4S. El mismo que tenía Z, sólo que el de Z era gris hierro y éste era plateado.

V no había pretendido acercarse más allá de la acera de enfrente, pero ese plan fue apagado como por agua cuando inhaló y captó el olor de un macho que emanaba del descapotable. Era ése médico, el que había sacado la mierda esa de Lotario con ella en la habitación del hospital.

V se materializó junto al arce del jardín frontal y miró por la ventana de la cocina. La cafetera estaba encendida. El azúcar fuera. Había dos cucharas en la mesa.

Oh, demonios, no. Jodida madre de los infiernos no.

V no podía ver mucho del resto del apartamento, así que corrió rodeándolo, los pies descalzos, chillaban mientras hacía crujir los parches de nieve helada. Cuando una anciana del apartamento contiguo se asomó por la ventana como si lo hubiera visto, esparció algo de *mhis* alrededor como precaución… y porque se imaginaba que debía hacer algo que demostrara que tenía cerebro.

Ésta rutina de acosador, seguro como la mierda, que no iba a llevarlo a *Jeopardy*!

Cuando llegó a las ventanas traseras y consiguió dar un vistazo a la sala de estar, vio la muerte del otro tan claramente como si hubiera cometido el asesinato en tiempo real.

Ese macho humano, ese médico, estaba de rodillas y apretado cerca de Jane, que estaba sentada en el sofá. El tipo tenía una mano en su rostro, la otra en el cuello, y estaba centrado en su boca.

V perdió la concentración, dejó caer el *mhis*, y se movió sin pensar. Sin razonar. Sin vacilar. No había nada más que un grito, el instinto de macho vinculado, fue hacia las puertas correderas, preparado para matar...

[49] En el original dice Momzilla: Mezcla las palabras Mamá y Godzilla..

Salido de la nada, Butch se interpuso frente a él, descarrilando el ataque, asiéndolo por la cintura y arrastrándolo a la fuerza apartándolo del apartamento. Fue un movimiento peligroso, incluso entre buenos amigos. A menos que fueras un trailer de treinta toneladas, no querrías interponerte entre un macho vinculado y el objetivo de esta clase de agresión. El instinto de ataque de V cambió de foco al momento. Descubrió los colmillos, se apartó de un tirón, y golpeó a su ser más cercano y querido a un lado de la cabeza.

El irlandés soltó a V como si fuera una colmena, echando atrás el puño le lanzó un puñetazo ascendente, que le dio a V en la parte inferior del mentón. Cuando la mandíbula se estrelló contra el cráneo y los dientes cantaron como un coro de ángeles, se encendió tan rápido como una pradera seca, entró instantáneamente en combustión.

—*Mhis*, gilipollas —escupió Butch—. Usa el *mhis* sobre el lugar antes de que hagamos esto.

V colocó el bloqueo visual y los dos se pusieron a ello con todas sus fuerzas. Todo valía, la sangre brotaba de narices y bocas mientras se daban puñetazos, sacándose la mierda el uno al otro. A mitad del asunto, V se dio cuenta de que esto no era sólo por haber perdido a Jane. Era porque estaba totalmente solo. Aún con Butch cerca, no sería lo mismo sin ella, así que era como si V se hubiera quedado sin nada.

Cuándo todo acabó, él y el poli se tendieron sobre las espaldas uno al lado del otro, los pechos jadeantes, el sudor no tanto secándose como congelándose sobre ellos. Mierda, V ya podía notar la hinchazón. Los nudillos y el rostro estaban convirtiéndolo en el muñeco de Michelín.

Tosió un poco.

—Necesito un cigarro.

—Yo necesito una bolsa de hielo y un montón de tiritas.

V rodó hacia un lado, escupió algo de sangre y después regresó a la posición en la que había estado. Se enjugó la boca con el dorso de la mano.

—Gracias. Lo necesitaba.

—No hay pr... —gruñó Butch—. No hay problema. Maldición, ¿tenías que golpearme el hígado de esa forma? Como si el whisky no fuera lo suficientemente malo para la cosa.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—¿Dónde más podías estar? Phury volvió solo y mencionó que alguna mierda estaba ocurriendo, así que me imaginé que finalmente acabarías aquí. —Butch hizo crujir el hombro y maldijo—. Enfrentémoslo, el policía que hay en mí es como una antena de radio para imbéciles estúpidos. Y no te ofendas, pero no ganas ningún premio en la división de listillos.

—Creo que hubiera matado a ése hombre.

—Sé que lo hubieras hecho.

V levantó la cabeza. Cuándo no pudo ver a través de las ventanas de Jane, se levantó apoyándose sobre los codos para tener el campo despejado. El sofá estaba vacío.

Se dejó caer nuevamente sobre el suelo. ¿Estaban haciendo el amor arriba en su cama? ¿Justo en ese momento? ¿Mientras él yacía arruinado en su jodido jardín trasero?

—Mierda. No puedo soportarlo.

—Lo siento, V. En serio. —Butch se aclaró la garganta—. Escucha… podría ser buena idea que no volvieras por aquí.

—Lo dice el idiota que pasaba con el coche por la casa de Marissa ¿durante cuantos meses?

—Es peligroso, V. Para ella.

V miró enfurecido a su mejor amigo.

—Si vas a insistir en ser razonable, dejaré de frecuentarte.

Butch dejó escapar una sonrisa deformada… a causa de la herida que tenía en el labio superior.

—Lo siento, colega, no podrías librarte de mi ni aunque lo intentaras.

V parpadeó un par de veces, horrorizado por lo que estaba a punto de decir.

—Dios, vas para santo, ¿sabes? Siempre has estado ahí para mí. Siempre. Incluso cuando yo…

—¿Incluso cuándo tú qué?

—Ya sabes.

—¿Qué?

—Joder. Incluso cuando estaba enamorado de ti. O alguna mierda así.

Butch se llevó las manos al pecho.

—¿Estabas? ¿*Estabas*? No puedo creer que hayas perdido el interés. —Se puso un brazo sobre los ojos, en plan Sarah Bernhardt—. Mis sueños sobre nuestro futuro se han roto…

—Déjalo, poli.

Butch lo miró por debajo del brazo.

—¿Estás de broma? El reality que había planeado era fantástico. Iba a dárselo al VH1, *Dos Mordiscos son Mejor que Uno*. Íbamos a hacer *millones*.

—Oh, por el amor...

Butch rodó hasta ponerse de lado y se puso serio.

—Este es el trato, V. ¿Tú y yo? Estamos en ésta vida juntos, y no sólo a causa de mi maldición. No sé si soy todas esas providencias y mierdas divinas, pero hay una razón por la que nos encontramos. ¿Y en cuanto a eso de estar-enamorado-de-mi? Fue probablemente más algo del estilo de que sentías cariño por alguien por primera vez.

—Bueno, déjalo ahí. Me estás dando urticaria con esa mierda del cariño/compartir.

—Sabes que tengo razón.

—Vete a la mierda, Doctor Phil.

—Bueno, me alegra que estemos de acuerdo. —Butch frunció el ceño—. Oye, quizá podría tener un programa de entrevistas, ya que no vas a ser más mi June Cleaver. Le podría llamar la Hora de O'Neal. Suena importante, ¿verdad?

—Ante todo, tú ibas a ser June Cleaver…

—Jódete. No hay forma de que me ponga debajo de ti.

—Da igual. Y lo segundo, no creo que haya mucho mercado para tu marca particular de psicología.

—No es verdad.

—Butch, tú y yo acabamos de sacarnos la mierda a golpes.

—Empezaste tú. Y en realidad, sería perfecto para la Spike TV[50]. UFC se encuentra con *Oprah*. Dios, soy brillante.

—Continúa diciéndotelo.

La risa de Butch fue interrumpida por una ráfaga de viento que azotó el jardín trasero.

—Bueno, grandullón, aunque disfruto mucho de esto, no creo que mi bronceado esté mejorando mucho, considerando que está oscuro como el alquitrán.

—No estás bronceado.

—¿Lo ves? Esto no me está llevando a ningún sitio. Así que ¿qué tal si nos vamos a casa? —hubo una larga pausa—. Mierda… no piensas venir conmigo, ¿verdad?

[50] Spike TV es un canal de televisión estadounidense diseñado para el publico masculino

—Ya no me siento con ganas de matar a nadie.

—Ah. Bien. La idea de que quizás sólo dejes paralítico al tío, me hace sentir jodidamente muchísimo mejor acerca de dejarte aquí. —Butch se incorporó con una maldición—. ¿Te importa si, por lo menos, primero miro si se ha marchado?

—Dios, ¿realmente quiero saberlo?

—Volveré enseguida. —Butch gimió y se levantó como si hubiera tenido un accidente, todo tenso y chirriante—. Hombre, esto va a doler durante un rato.

—Eres un vampiro ahora. Tú cuerpo estará bien y a punto antes de que te des cuenta.

—Ese no es el punto. Marissa nos matará por pelear.

V dio un respingo.

—Mierda. Eso va a dejar huella, ¿verdad?

—Sip, sip. —Butch cojeó—. Va a rompernos la cabeza.

V miró hacia la segunda planta del apartamento y no pudo decidir si era un buen o un mal signo que no hubiera luces encendidas. Cerrando los ojos, rezó para que el Porsche se hubiera marchado… aunque no tenía esperanza de que así fuera. Hombre, Butch tenía razón. Él rondando por aquí era una situación de esas que terminaba con cinta de policía rodeándola. Ésta tenía que ser la última vez…

—Se ha ido —dijo Butch.

V exhaló como si fuera una rueda que se desinflaba, entonces se dio cuenta de que había conseguido un indulto sólo por esta noche. Tarde o temprano ella iba a estar con otro.

Probablemente tarde o temprano iba a estar con ese otro médico.

V levantó la cabeza, luego la dejó caer de nuevo sobre el suelo congelado.

—No creo que pueda hacer esto. No creo que pueda vivir sin ella.

—¿Tienes elección?

Nop, pensó. *Ninguna en absoluto*.

Pensándolo bien, esa palabra no debería ser aplicada al destino de las personas. Jamás. La palabra *elección* debía ser relegada a la televisión y a las comidas. Puedes elegir entre la NBC y la CBS o entre ternera en vez de pollo. Pero lleva el concepto más allá de la cocina o el mando a distancia y la palabra simplemente no puede aplicarse.

—Vete a casa, Butch. No voy a hacer ninguna estupidez.

—Una estupidez mayor, querrás decir.

—La semántica es una mierda.

—Como eres alguien que habla dieciséis idiomas, sabes que eso es mentira. —Butch respiró hondo y esperó—. Intuyo que te veré en el Pit, entonces.

—Sip. —V se puso de pie—. Volveré en un rato.

Jane se dio la vuelta en la cama, su instinto la despertó.

Había alguien en la habitación. Se incorporó, con el corazón golpeando, y no vio nada. Por otra parte, las sombras lanzadas por la luz del pasillo ofrecían muchos escondites tras el escritorio, la puerta entreabierta y la atiborrada silla que había junto a la ventana.

—¿Quién está ahí?

No obtuvo ninguna respuesta, pero definitivamente no estaba sola.

Deseó no haberse acostado desnuda.

—*¿Quién está ahí?*

Nada. Sólo el sonido de su propia respiración.

Apretó las manos contra el edredón y respiró hondo. Dios… había un olor maravilloso en el aire… rico y sensual, sexual y posesivo. Aspiró otra vez y su cerebro aleteó, reconociéndolo. Era el olor de un hombre. No… era más que un hombre.

—Te conozco. —Su cuerpo se calentó instantáneamente, floreciendo… pero entonces la congoja se le echó encima, un dolor tan grande que jadeó—. Ah, Dios… tú…

El dolor de cabeza regresó, aplastándole el cráneo, reforzando su voluntad de hacerse ese TAC con la máxima urgencia. Con un gemido se agarró la cabeza, reforzándose contra lo que probablemente iban a ser horas de angustia.

Excepto que casi inmediatamente el dolor se fue a la deriva… y también lo hizo ella. Una manta de sueño la alivió, la recubrió, la calmó.

Justo después de que la cubriera, una mano masculina tocó su cabello. Su rostro. Su boca.

Su calidez y amor le curaron el agujero insondable que tenía en el centro del pecho: era como si su vida hubiera estado en un accidente de coche, y ahora sus partes hubieran vuelto a ser unidas, el motor reparado, el parachoques recolocado, el parabrisas roto reemplazado.

Salvo que entonces la caricia la abandonó.

En el sueño se extendió ciegamente.

—Quédate conmigo. Quédate conmigo, por favor.

Una palma grande envolvió su mano, pero la respuesta iba a ser que no. Aunque el hombre no dijo nada, supo que no se quedaría.

—Por favor… —las lágrimas brotaron—. No te vayas.

Cuando dejó caer la mano, gritó y se estiró hacia delante…

Las mantas susurraron y el aire frío la acarició, así como lo hizo un enorme cuerpo masculino. En su desesperación se aferró al sólido calor y enterró el rostro en un cuello que olía a esas oscuras especias. Gruesos brazos la rodearon y la apretaron.

Cuándo se acercó todavía más… sintió una erección.

En el sueño Jane se movió rápida y decisivamente, como si tuviera todo el derecho del mundo para hacer lo que hizo. Alargó la mano, metiéndola entre ellos y aferró la tensa longitud.

Cuando el enorme cuerpo se sacudió, dijo:

—Dame lo que quiero.

Hombre, lo hizo.

Fue lanzada sobre la espalda, luego sus piernas fueron separadas y su centro cubierto con una pesada mano. Se corrió inmediatamente, contorsionándose sobre el colchón, gritando. Antes de que las sensaciones decayeran, las sábanas fueron retiradas de la cama y una boca estuvo sobre ella entre sus muslos. Se aferró al cabello tupido y lujurioso y se entregó a lo que él le hacía.

Mientras tenía su segundo orgasmo, él se apartó. Hubo un sonido de ropas siendo quitadas y después...

Jane maldijo cuando fue llenada casi al punto del dolor, pero adoró lo que estaba sucediendo… especialmente cuando una boca bajó sobre la suya y la erección en su interior empezó a moverse. Se aferró a la ondulante espalda y siguió el ritmo del sexo.

En medio del sueño, tuvo algunos pensamientos acerca de que esto era por lo que había estado llorando. Éste hombre era la causa del dolor en el pecho.

O más bien, lo era su ausencia.

Vishous sabía que lo que hacía estaba mal. Era como si estuviera robando el sexo, porque Jane no sabía realmente quién era él. Pero no podía parar.

La besó más fuerte, moviéndose dentro ella más potentemente. Su orgasmo lo arrolló como una tormenta de fuego, lo apresó en un estallido de calor, consumiéndolo con un ardor que sólo fue aliviado cuando su polla dio un tirón y se liberó dentro de ella. Ella se corrió al mismo tiempo, exprimiéndolo, alargando las sensaciones hasta que se estremeció y cayó sobre ella.

Se echó atrás y bajó la mirada hacia sus ojos cerrados, forzándola con la mente a un sueño más profundo. Creería que lo que había sucedido no había sido más que un sueño erótico, una excitante y vívida fantasía. Sin embargo no sabría quién era él. No podría. Su mente era fuerte, y podría volverse loca en el tira y afloja entre los recuerdos que le había ocultado y lo que sentía cuando él estaba cerca.

V se salió fuera de su cuerpo y se escurrió de la cama. Cuando reacomodó las mantas y se subió los pantalones de seda, sintió como si se arrancara la propia piel.

Inclinándose, puso los labios sobre su frente.

—Te amo. Para siempre.

Antes de irse echó una mirada alrededor del dormitorio, entonces vagó hasta su cuarto de baño. No podía detenerse. No tenía intención de regresar otra vez y necesitaba imágenes de sus espacios personales.

El piso superior era más de "ella". Todo era sencillo y despejado, los muebles discretos, las paredes libres de cuadros fastidiosos. Sin embargo había sólo un derroche salvaje y lo adoró, el mismo que tenía en su habitación: libros. Había libros por todas partes. En el dormitorio, la estantería iba desde el suelo hasta el techo, con cada estante lleno de volúmenes de ciencia, filosofía y matemáticas. En el pasillo había más, amontonados en un armario de nueve pies con frontal de vidrio, había obras de Shelley y Keats, Dickens, Hemingway, Marchand, Fitzgerald. Incluso en el baño había un pequeño montón de ellos junto a la bañera, como si cuando estaba en ella, quisiera tener algunos de sus favoritos cerca.

A ella le gustaba Shakespeare también, evidentemente. Lo cuál aprobó.

¿Ves?, ese era su estilo de decoración. Una mente activa no necesitaba distracciones en su entorno físico. Necesitaba una colección de libros excelentes y una buena lámpara. Quizá un poco de queso y galletas.

V se giró para salir del baño y captó la vista de un espejo sobre los lavabos gemelos. Se la imaginó frente a él peinándose. Con el hilo dental. Cepillándose los dientes. Limándose las cortas uñas.

Todas esas cosas normales que hacían todas las personas en todo el planeta cada día, tanto los vampiros como los humanos. La prueba de que, después de todo, en ciertas actividades prosaicas las dos especies no eran tan diferentes.

Hubiera matado por verla hacerlas una vez.

Mejor aún, quería hacerlas con ella. El lavabo de ella. El de él. Quizás discutieran sobre el hecho de que dejó caer el hilo dental al borde de la papelera en vez de asegurarse de haberlo metido dentro.

Vida. Juntos.

Se inclinó, puso la punta de los dedos en el espejo, y recorrió el vidrio. Entonces se forzó a desmaterializarse sin volver al lado de su cama.

Cuando desapareció, y ésta vez para siempre, supo que si hubiera sido un macho que llorara, ahora estaría berreando. En lugar de eso pensó en el Grey Goose que estaría esperándolo cuando volviera al Pit. Tenía toda la intención de permanecer completamente borracho los próximos dos días.

Iban a tener que meterlo de nuevo dentro esas prendas de seda a lo Hugh Hefner y mantenerlo erguido durante la jodida ceremonia del *Primale*.

CAPÍTULO 37

Hacia la media noche John yacía en la cama, mirando fijamente hacia el techo que tenía encima. Era un techo de fantasía, con muchas molduras y materiales alrededor de los bordes, así que había abundantes cosas para mirar. De hecho, le recordaba un pastel de cumpleaños. No… un pastel de boda. Sobre todo porque en el medio había un accesorio para la luz con un montón de cositas como arabescos a su alrededor, parecido a la base en la que se colocaban los pequeños muñecos de la novia y el novio.

Por alguna extraña razón le gustaba la combinación de todo ello. No sabía ni jota de arquitectura, pero se sentía atraído por las cosas no tan suntuosas, la majestuosa simetría, el equilibrio entre lo recargado y los sencillos…

Bueno, ahora tal vez estaba dando rodeos.

Mierda.

Hacía media hora que se había despertado, había ido al cuarto de baño y luego había vuelto a meterse entre las sábanas. Esa noche no tenía clases y debería estar poniéndose al día con sus deberes antes de salir, pero todo ese asunto de los libros de texto en verdad no iba a suceder.

Tenía un asunto que atender.

Que por el momento yacía duro como una roca sobre su vientre.

Había estado haraganeando en la cama reflexionando acerca de si podría hacerlo. Como lo sentiría. Si llegaría a sentirlo. ¿Y si perdía la erección? Dios, aquella conversación con Z colgaba sobre él. Como que si no… tenía éxito con ello, podría ser que hubiera algo malo con él.

Oh, por el jodido amor de Dios, tenía que saltar del puente ya.

John movió la mano y la puso sobre sus pectorales, sintiendo como se expandían y se contraían sus pulmones y como el corazón le palpitaba con fuerza. Con un estremecimiento movió la palma hacia abajo, dirigiéndose hacia aquel latido que literalmente le hablaba tan ruidosamente. Hombre, la maldita cosa anhelaba sensaciones, estaba desesperada por entrar en ebullición. ¿Y debajo de ello? Sus testículos estaban tan tensos que le parecía que estaban a punto de resquebrajarse por la presión. En verdad tenía que hacerlo y no solo para comprobar que las cañerías estaban bien. La necesidad de liberarse iba más allá de la etapa del anhelo y se había convertido directamente en dolor.

La mano alcanzó su vientre y la empujó más abajo. Su piel era caliente, suave y sin vello y se extendía sobre los duros músculos y los pesados huesos. No terminaba de comprender lo grande que era ahora. Su estómago parecía extenderse tan ampliamente como un campo de fútbol.

Se detuvo justo antes de tocarse. Entonces, con una maldición, agarró la cosa y tiró de ella.

Un gemido retumbó en su pecho y salió de su boca cuando la erección le golpeó la mano. Oh, *mierda*, se sentía tan bien. Repitió el lento movimiento de tironear, el sudor le resbaló a través del pecho. Se sentía como si alguien le hubiera puesto debajo de una lámpara de calor… no, era más bien como si el calor irradiara desde su interior.

Se arqueó mientras se acariciaba, sintiéndose culpable, avergonzado y pecaminosamente erótico. *Oh,… tan bueno*… Estableciendo un ritmo, empujó las sábanas con el pie quitándoselas de encima y miró hacia abajo, hacia su cuerpo. Con orgullo ilícito, se miró a si mismo, gustándole su gruesa cabeza, el escandaloso tamaño, el modo en que su mano la apretaba con fuerza.

Oh…joder. Rápido. Más rápido con la mano. Oyó un pequeño sonido como un chasquido, resultado del claro y resbaladizo lubricante que salió de la punta y se extendió por su palma. La cosa bajó por el eje, haciendo que la erección brillara.

Oh.....joder.

Salida de ninguna parte le llegó la imagen de una hembra… Mierda, era la recia guardia de seguridad del ZeroSum, la vio en AD[51] con su corte de cabello de tío, los musculosos hombros, el rostro astuto y la poderosa presencia. En un aturdidor momento de audacia, se los imaginó a los dos en el club. Ella lo tenía aplastado contra la pared, tenía la mano dentro de sus pantalones y lo besaba con fuerza, metiéndole la lengua en la boca.

Jesús… Dios del cielo… su mano se movió a una velocidad deslumbrante, tenía la polla dura como el mármol y la mente llena de ideas de estar dentro de aquella hembra.

La sobrecarga crítica lo golpeó cuando se la imaginó interrumpiendo el beso y poniéndose de rodillas. La vio desabrocharle los pantalones, sacársela y succionarla con la boca…

¡Joder!

John se dio la vuelta, poniéndose de costado en la cama, tirando la almohada al suelo, subiendo las rodillas. Gritó sin hacer ningún sonido y se sacudió mientras los calientes chorros se dirigían hacia todas partes, aterrizando sobre su pecho, la parte superior de sus muslos y derramándose por su mano. Siguió acariciándose, con los ojos fuertemente cerrados, las venas sobresaliéndole en el cuello y los pulmones ardiendo.

Cuando no hubo nada más en él, tragó con fuerza, cogió aliento y abrió los ojos. No estaba seguro, pero pensaba que se había corrido dos veces. Tal vez tres.

Mierda. Las sábanas. Las había hecho un lío.

Hombre, sin embargo, había valido la pena. Había sido genial. Esa mierda había sido…..*genial*

Pero por lo que si se sintió culpable fue por lo que había imaginado su mente. Se moriría de vergüenza si alguna vez ella se enteraba…

Sonó su móvil. Limpiándose la mano con las sábanas, recogió la cosa. Era un mensaje de Qhuinn, diciéndole que llevara su culo a la casa de Blay en media hora así podrían ir al ZeroSum antes de que terminara la acción.

John se endureció otra vez pensando en la jefa de seguridad.

Bien, esto podría volverse una molestia, pensó, mientras se miraba la erección. Sobre todo si iba al club y veía a la hembra y… sí seguro, sigue lanzando un montón de locuras.

Pero entonces, hey, debería considerar el lado positivo. Al menos sus partes estaban en buen estado de funcionamiento.

John se puso serio. Sí, todo funcionaba y había disfrutado con ello… al menos solo. Pero, ¿la idea de tener que hacerlo con alguien más?

Aún lo dejaba frío.

Cuando Phury entró al ZeroSum era aproximadamente la una de la mañana. Se alegró de no haber ido con sus hermanos. Necesitaba algo de privacidad para lo que iba a hacer.

Con severa resolución fue a la zona VIP, tomó asiento en la mesa de la Hermandad y pidió un Martini, esperando como el infierno que nadie de la Hermandad decidiera darse una vuelta. Habría preferido ir a otra parte, pero el ZeroSum era el único lugar de la ciudad que ofrecía lo que buscaba. Así que estaba enganchado.

El primer Martini fue bueno. El segundo fue mejor.

[51] En el original HD (High Definition) que traducido significa Alta Definición

Mientras bebía, mujeres humanas se acercaban a su mesa. La primera fue una castaña, así que eso no iba a pasar. Era demasiado parecida a Bella. La siguiente fue una rubia, lo que era bueno… pero era la de cabello corto de la cual Z se había alimentado una vez, así que no lo sentía correcto. Luego vino otra rubia que se veía tan nerviosa que lo hacía sentir culpable, la siguió otra de cabello negro que se parecía a Xena, la Princesa Guerrera y lo asustó un poco.

Pero entonces… una pelirroja se detuvo delante de la mesa.

Era una cosa diminuta, no más de cinco pies con cinco incluso con los altos tacones de aguja de stripper, pero su mata de cabello era enorme. Vestida con un corpiño color rosa chicle y una micromini, parecía un personaje de dibujos animados.

—¿Estás buscando algo de acción, cariño?

Se removió en el asiento y se dijo que debía dejar de ser tan exigente y terminar con esto. Era solo sexo, por Dios.

—Tal vez, ¿cuánto me costaría una entrada sobre la línea de las cincuenta yardas?

Ella levantó la mano y se tocó los labios con dos dedos.

—Por un juego completo.

Doscientos dólares por deshacerse de su virginidad. Lo que se reducía a menos de un dólar por año. Qué robo.

Phury estaba medio muerto mientras se levantaba.

—Suena bien.

Mientras seguía a la prostituta a la zona posterior del área VIP, tuvo el vago pensamiento de que en un universo paralelo estaría haciendo esto por primera vez con alguien que amara. O con alguien a quien apreciara. O al menos conociera. No sería por un par de cientos y en un aseo público.

Lamentablemente, estaba donde estaba.

La mujer abrió una lustrosa puerta negra y entró tras ella. Cuando los encerró dentro la música techno se atenuó un poco.

Al ofrecerle el dinero se sentía nervioso como el infierno.

Ella sonrió cuando lo aceptó.

—Contigo no voy a lamentar esto en lo absoluto. Dios, qué cabello. ¿Son extensiones?

Negó con la cabeza.

Cuando alargó la mano hacia su cinturón se echó hacia atrás en un acto reflejo y tropezó con la maldita puerta.

—Lo siento —dijo.

Ella le echó una mirada extrañada.

—Ningún problema. ¿Es tu primera vez con alguien como yo?

Intenta con alguien a secas.

—Sí.

—Bien, voy a cuidar muy bien de ti. —Se acercó y sus grandes pechos se impusieron sobre su vientre. Miró hacia abajo, a la cabeza de ella. En la parte superior se le notaban las raíces oscuras.

—Eres muy grande —murmuró, metiendo una mano en su cinturilla y tirando de él hacia delante.

La siguió con la gracia de un robot, completamente paralizado e incapaz de creer que iba a hacer esto. Pero realmente, ¿de que otra forma podría pasar?

Se puso contra el lavabo y con un ensayado salto, rápidamente se subió sobre la encimera. Cuando abrió las piernas, la falda se elevó. Tenía ligas negras adornadas con encaje. No llevaba medias.

—Nada de besos, desde luego —murmuró, bajándole la cremallera—. En la boca, quiero decir.

Sintió el aire fresco deslizándose dentro. Luego, ella metió la mano en sus boxers. Se estremeció cuando le agarró la polla.

Esto era para lo que había venido, se recordó. Esto era lo que había comprado y por lo que había pagado. Podía hacerlo.

Era hora de seguir adelante. De Bella. Del celibato.

—Relájate, cariño —le dijo la mujer con voz chillona—. Tu esposa nunca lo sabrá. Mi lápiz de labios es a prueba de manchas durante dieciocho horas y no llevo perfume. Así que tan solo disfruta.

Phury tragó. *Puedo hacerlo.*

Cuando John salió del BMW azul oscuro, vestía un notable par de pantalones negros nuevos, una camisa de seda negra y una chaqueta de ante, con corte de blazer, color crema. No era su ropa. Como el coche que los había conducido tanto a él como a Qhuinn hasta el centro de la ciudad, eran de Blay.

—Estamos absolutamente listos para esto —dijo Qhuinn mientras caminaban a través del aparcamiento.

John echó un vistazo hacia el lugar donde había matado a aquellos *lessers*. Recordó el poder que había sentido, la convicción de que era un luchador, un guerrero… un hermano. Todo se había ido ahora, como si en ese momento, algo más hubiera estado funcionando dentro de él, como si hubiera estado poseído o algo. Ahora, mientras caminaba con sus amigos, se sentía como un montón de nada especial, envuelto en los fantásticos enredos de sus amigos, su cuerpo como una bolsa de agua que chapoteaba a su alrededor con cada paso que daba.

Cuando llegaron al ZeroSum, John se dirigió hacia la parte de atrás de la cola, pero Qhuinn lo hizo girar haciendo que se detuviera.

–Tenemos entrada libre, ¿recuerdas?

Seguro como el infierno que la tenían. En el instante en que Qhuinn dejó caer el nombre de Xhex, el pedazo de montaña que estaba en la puerta le prestó toda su atención y habló por el auricular. Una fracción de segundo más tarde se hizo a un lado.

—Os quiere en la parte de atrás. VIP. ¿Sabéis el camino?

—Si. Claro —dijo Qhuinn mientras le daba un apretón de manos al tipo.

El gorila se puso algo en el bolsillo.

—Si vuelve por aquí otra vez, le dejaré pasar directamente.

—Gracias, hombre. —Qhuinn palmeó al tipo en el hombro y desapreció dentro del club, tranquilo como si nada.

John lo siguió, sin siquiera intentar llevar a cabo el contoneo de Qhuinn al caminar. Lo que era algo bueno. Mientras se dirigía hacia la puerta, pisó mal, viró a babor, y luego cayó hacia atrás luchando por mantenerse en posición vertical, golpeó a un tipo que estaba en la cola para entrar. El hombre, que estaba de espaldas a la puerta por que estaba seduciendo a una chica, se giró cabreado.

—Qué jod… —el tipo se congeló cuando vio a John, los ojos abriéndose desmesuradamente—. Ah, sí… es culpa mía. Lo siento.

John vaciló ante la reacción hasta que sintió la mano de Blay posarse en su nuca.

—Venga, John. Vamos.

John dejó que lo condujera dentro, preparándose para la acometida de vibración del club, listo para ser aplastado por la gente. Era divertido, pensó. Mientras miraba a su alrededor, todo parecía menos abrumador. Pero bueno, estaba mirando a la muchedumbre desde su ventajosa posición de seis pies con siete de altura.

Qhuinn miró a su alrededor.

—A la parte de atrás. ¿Dónde demonios está la parte de atrás?

—Pensé que tú lo sabías —dijo Blay.

—Nah. Es que no quería quedar como un idiota… espera, creo que tenemos un ganador. —Hizo una seña con la cabeza hacia un área separada por medio de una cuerda que tenía dos tipos enormes de pie delante de ella—. Eso grita VIP. Señoras, ¿lo hacemos?

Qhuinn se acercó como si supiera exactamente lo que estaba haciendo, dijo dos palabras al gorila y que tal, la cuerda cayó y los tres desfilaron hacia adentro.

Bueno, Blay y Qhuinn desfilaron. John intentaba no chocarse contra nadie. Tuvo suerte de que el tipo de la puerta fuera algo nenaza. La próxima vez probablemente se las arreglaría para aterrizar sobre un asesino a sueldo. Que estuviera armado.

La sección VIP tenía barra de bar privada y las camareras iban vestidas como strippers de primera clase, mostrando mucha piel mientras se movían sobre tacones muy altos. Los clientes masculinos iban todos de traje, las mujeres con pedacitos caros de no mucho más. Era una muchedumbre sólida y llamativa… que hacía que John se sintiera como un presumido total.

Había banquetas a ambos lados de la habitación, tres de las cuales estaban vacías y Qhuinn escogió la que estaba más atrás, en una esquina.

—Esta es el mejor —declaró—. Al lado de la salida de emergencia. En las sombras.

Había dos vasos de Martini sobre la mesa, pero se sentaron de todas formas y una camarera vino para limpiar la mesa. Blay y Qhuinn pidieron cerveza. John pasó, pensando que tenía que permanecer tranquilo esa noche.

Habían estado refrescándose durante no más de cinco minutos, Blay y Qhuinn apenas habían empezado a tomar sus Coronas, cuando escucharon una voz femenina decir:

—Hey, chicos.

Los tres miraron hacia la rubia Mujer Maravilla que estaba de pie delante de ellos. Era irresistible de una forma muy al estilo de Pam Anderson, más pecho que cualquier otra cosa.

—Hey, nena —dijo Qhuinn arrastrando las palabras—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Sweet Charity[52]. —Puso ambas manos sobre la mesa y se inclinó, enseñando los perfectos pechos, la piel bronceada artificialmente y los brillantes y blanqueados dientes—. ¿Quieres saber por qué?

—Tanto como quiero seguir respirando.

Se inclinó un poco más.

—Porque tengo buen sabor y soy generosa.

La tensa sonrisa de Qhuinn era totalmente sexual.

—Entonces ven y siéntate junto a mi…

—Chicos —les llegó una voz profunda.

[52] Sweet Charity significa Dulce Caridad

Oh, Jesús. Un tipo enorme se había acercado a la mesa y John pensó que eso no era bueno. Con un hermoso traje negro, un par de ojos como duras amatistas y el cabello cortado al estilo mohawk, se veía como un matón y como un caballero al mismo tiempo.

Bien, era un vampiro, pensó John. No estaba seguro de cómo lo sabía exactamente, pero estaba seguro de ello y no solo debido a su gran tamaño. El tipo emitía la misma vibración que los hermanos. Poder controlado con un seguro tan fino como un pelo.

—Charity, si no te importa ve a otra parte, ¿me comprendes? —dijo el macho.

La rubia pareció un poco desilusionada mientras se apartaba de Qhuinn… que se veía cabreado. Excepto que entonces se alejó al trote y… bueno, mierda, hizo la misma rutina dos mesas más allá.

Cuando la expresión de Qhuinn perdió un poco la dureza, el macho con el mohawk se inclinó y le dijo:

—Sí, no estaba solo tras el placer de tu compañía, gran hombre. Es una profesional. La mayor parte de las mujeres que ves paseando por los alrededores de esta sección lo son. Por lo que a no ser que quieras pagar por ello, sal al área de acceso libre, recoge unas cuantas y las traes aquí, ¿te parece? —el tipo se rió, enseñando un juego enorme de colmillos—. A propósito, soy el dueño de este lugar, así que mientras estéis aquí, soy responsable de vuestros culos. Ponedme el trabajo fácil y manteneos en forma. —Antes de darse la vuelta para marcharse, miró a John—. Zsadist dijo que te mandara saludos.

Diciendo esto se marchó, examinando cada cosa y a todo el mundo en su camino hacia una puerta sin letrero que había en la parte de atrás.

John se preguntó como era que el tipo conocía a Z y calculó que sin importar la conexión, ese tipo del mohawk de huevos de acero era definitivamente alguien que querías de tu lado.

De otra forma podrías querer tener un traje de kevlar.

O mejor aún, abandonar el país.

—Bien —dijo Qhuinn—, ese es un dato importante. Mierda.

—Hum, sí. —Blay se removió en el asiento mientras otra rubia se paseaba por delante—. Entonces… hum, ¿quieres ir a la pista?

—Blay, pequeña puta. —Qhuinn se apresuró a levantarse—. Desde luego que si. John…

Me quedaré aquí, dijo por señas*. Ya sabes, para guardar nuestra mesa.*

Qhuinn le palmeó el hombro.

—Bien. Te traeremos algo del buffet.

John negó frenéticamente con la cabeza, pero sus amigos simplemente se giraron y se fueron. *Oh, Dios.* Debería haberse quedado en casa. *Realmente,* deseaba evitar esto.

Cuando una morena pasó danzando bajó los ojos rápidamente, pero ella no se detuvo, y tampoco lo hizo ninguna de las otras… como si el dueño les hubiera dicho a todas las mujeres que los dejaran en paz. Lo cual era un alivio. ¿Por qué esa morena? Parecía que podía comerse a un hombre vivo y no necesariamente de un buen modo.

Cruzando los brazos sobre el pecho, John se reclinó sobre el asiento de cuero y mantuvo los ojos sobre las cervezas. Podía sentir a la gente mirándolo fijamente… y sin duda se preguntaban que diablos estaba haciendo allí. Lo cual tenía sentido. No era como Blay y Qhuinn y no podía aparentar serlo. Toda la música, la bebida y el sexo no lo estimulaban; hacían que quisiera desaparecer.

Estaba pensando seriamente en desistir cuando una ráfaga de calor lo golpeó, salida de ninguna parte. Miró hacia el techo, preguntándose si estaba sentado bajo una rejilla de ventilación y la calefacción se acabara de encender.

No.

Echó un vistazo a su alrededor…

Oh, mierda. La jefa de seguridad estaba atravesando el cordón aterciopelado de la sección VIP.

Cuando las tenues luces que estaban sobre su cabeza la iluminaron, John tragó con fuerza. Llevaba el mismo atuendo de antes, una camiseta de tirantes que enseñaba los músculos de sus poderosos brazos y un par de pantalones de cuero que se apretaban sobre sus caderas y largos muslos. Se había cortado el cabello desde la última vez que la había visto, el corte reluciendo en forma de cepillo.

En el instante en que sus ojos se encontraron apartó la mirada, con el rostro del color de un coche de bomberos. En un momento de pánico se convenció de que iba a saber lo que había hecho, más temprano esa tarde, mientras pensaba en ella. Iba a saber que él… se había corrido mientras la tenía en mente.

Maldita sea, sentía no tener una bebida para jugar con ella. Y una bolsa de frío para las mejillas.

Agarró la cerveza de Blay y tomó un trago cuando sintió que venía en su dirección. Hombre, no podía decidir si sería peor que se detuviera. O que no se detuviera.

—Volviste, pero luciendo diferente. —Su voz era baja, como un fuego reprimido. E hizo que su rubor empeorara—. Felicidades.

Se aclaró la garganta. Lo que era estúpido. Cómo si pudiera hablarle.

Sintiéndose un idiota, articuló la palabra:

Gracias.

—¿Tus amigos fueron de pesca?

Asintió y tomó otro sorbo de Corona.

—Sin embargo, tú no. ¿O te traerán algo? —la asombrosa voz era sexo puro, hacía que le hormigueara el cuerpo… y que su polla se endureciera—. Bien, en caso que no lo sepas, los cuartos de baño que están allí atrás tienen espacio de sobra y privacidad extra. —Se echó a reír un poco, como si supiera que estaba excitado—. Diviértete con las chicas, pero mantente controlado. Entonces no tendrás que tratar conmigo.

Se alejó y a su camino la muchedumbre se abría para dejarla pasar, hombres grandes como jugadores de fútbol se apartaban de su camino. Mientras John la observaba marcharse, sintió una aguda tensión en el frente de su pantalón y miró hacia abajo. Estaba duro como una piedra. Grueso como su condenado antebrazo. Y mientras se removía en el asiento, la fricción hizo que se mordiera el labio inferior.

Puso la mano debajo de la mesa con la intención de mover un poco las cosas por allí abajo para conseguir un poco más de espacio detrás de la cremallera… pero en el instante en que entró en contacto con su erección, la imagen de aquella tía de seguridad apareció en su mente y casi pierde el control. Apartó la palma tan rápidamente que se golpeó con la parte inferior de la mesa.

John giró las caderas, buscando alivio, pero provocando que el ardor fuera peor. Estaba inquieto e insatisfecho, su humor rápidamente adoptando un filo peligroso. Pensó en la liberación que se había dado a si mismo en la cama y decidió que le vendría bien otra. En ese momento.

Como en ese *preciso momento,* antes de que se corriera allí mismo.

Mierda, tal vez podría encargarse de sí mismo aquí. Con el ceño fruncido, miró hacia el pasillo que desaparecía en la parte posterior del lugar y que tenía puertas a los dos lados.

Una de las cuales se abrió.

Una pequeña mujer pelirroja que parecía una profesional salió arreglándose el cabello y reorganizando su atavío de color rosado brillante. Justo detrás de ella venía… *¿Phury?*

Sí, definitivamente era él, y se estaba metiendo la camisa dentro de la cinturilla de los pantalones. Ninguno de los dos le dirigió la palabra al otro. La mujer se fue hacia la izquierda y comenzó a hablar con un grupo de hombres, el hermano siguió caminando hacia delante, como si fuera hacia la salida.

Cuando Phury alzó la vista, John trabó la mirada con la de él. Después de un momento embarazoso el guerrero levantó la mano a modo de saludo y, después se decidió por una de las puertas laterales, despareciendo fuera. John tomó un poco más de cerveza, completamente azorado. Seguro como el infierno que la mujer no había estado en el cuarto de baño con el tipo dándole un masaje en la espalda. Dios, se suponía que era céli….

—Y este es John.

John giró la cabeza. *Whoa*. Blay y Qhuinn habían encontrado oro. Las tres mujeres humanas que estaban con ellos eran todas muy guapas y en su mayor parte iban desvestidas.

Qhuinn apuntó hacia cada una de ellas.

—Esta es Brianna, CiCi y Liz. Muchachas, este es nuestro hombre, John. Usa el lenguaje por señas para hablar, por lo que nosotros haremos la traducción.

John se terminó la cerveza de Blay, sintiéndose como un idiota cuando la barrera de la comunicación levantó su fea cabeza otra vez. Estaba pensando como expresar su discurso de yo-me-largo-de-aquí cuando una de las chicas se sentó junto a él, atrapándolo en la banqueta.

Se acercó una camarera y tomó los pedidos, después que se fuera comenzó todo el parloteo y las risitas tontas, los tonos agudos de las chicas se mezclaban con la voz profunda de Qhuinn y la risa tímida y grave de Blay. John mantuvo los ojos bajos.

—Dios, eres muy atractivo —dijo una de las muchachas—. ¿Eres modelo?

La conversación se detuvo bruscamente.

Qhuinn golpeó con los nudillos sobre la mesa delante de John.

—Hey, J. Te está hablando a ti.

John levantó la cabeza confundido, encontrando los ojos de distinto color de su amigo. Qhuinn cabeceó de forma significativa hacia la muchacha que estaba al lado de John, luego agrandó los ojos, como diciendo: *¿podrías meterte en el tema aquí, colega?*

John hizo una inspiración profunda y echó un vistazo hacia su izquierda. La muchacha lo estaba mirando con… mierda, absoluta devoción, como encandilada por las estrellas.

—Porque eres, así, tan guapo —dijo.

Cristo santo, ¿qué iba a hacer con esto?

Mientras la sangre le golpeaba el rostro y se le tensaba el cuerpo, rápidamente le hizo señas a Qhuinn.

Voy a pedirle a Fritz que me recoja. Tengo que irme.

John bajó apresuradamente de la banqueta, medio pisoteando a la muchacha que estaba sentada a su lado. No podía esperar a llegar a casa.

CAPÍTULO 38

Cuando el despertador de Jane sonó a las cinco de la mañana, tuvo que golpear el botón de repetición. Dos veces. Generalmente estaba fuera de la cama y en la ducha antes de saber que estaba en pie, como si el pip-pip-pip no sirviera para despertarla si no para lanzarla fuera de la cama como una tostadora. Hoy no. Hoy simplemente permaneció tendida sobre las almohadas mirando fijamente el techo.

Dios, los sueños que había tenido durante la noche… sueños de aquel fantasmal amante viniendo y tomándola, montándola con dureza. Todavía podía sentirlo sobre ella, dentro de ella.

Basta de pensar. Cuanto más pensaba en todo esto, más le dolía el pecho así que con un esfuerzo hercúleo desvió su atención al trabajo. Lo cual, por supuesto, sólo consiguió que se enredara con el tema de Manello. No podía creer que la hubiera besado, pero lo había hecho… le había dado uno justo en la boca. Y como, en el fondo de la mente, siempre se había preguntado cómo se sentiría, no lo había apartado. Así que la había besado otra vez.

Fue bueno, lo que no era una sorpresa. Lo que fueron noticias de último momento fue el hecho de que se había sentido mal. Como si le estuviera siendo infiel a alguien.

La condenada alarma sonó otra vez, y soltó una maldición mientras la apagaba con la mano. Demonios, estaba cansada, aunque creía que se había acostado temprano. Por lo menos, asumía que había sido temprano, aunque no estaba exactamente segura de cuando se había ido Manny. Recordaba que la había ayudado a subir a su dormitorio y que la había acomodado en la cama, pero tenía la cabeza tan confusa que no podía recordar a qué hora había sido ni cuánto tiempo había tardado en dormirse.

No importaba.

Apartando las mantas, se dirigió al cuarto de baño y accionó la ducha. Mientras el vapor subía y empañaba el aire, cerró la puerta del cuarto de baño, se quitó la camiseta, y...

Jane frunció el ceño cuando una sensación de humedad se deslizó entre sus piernas. Haciendo un rápido recuento de los días, se imaginó que su período debía haberse adelantado...

No era el período. Había tenido relaciones sexuales.

El frío de la conmoción reemplazó el calor del vapor. Ah, Dios… qué había hecho. ¿Qué *había* hecho?

Jane se dio la vuelta, incluso aunque no tenía sitio a dónde ir... sólo se llevó la mano a la boca.

Escritas en el espejo, reveladas por el vapor, estaban las palabras: *Te amo, Jane*.

Trastabilló hacia atrás hasta que chocó con la puerta.

Mierda. Había dormido con Manny Manello. Y no recordaba nada.

Phury tomó asiento en el estudio de Wrath, esta vez en la delicada silla azul pálido que estaba al lado de la chimenea. Todavía tenía el cabello mojado por la ducha, y un café en la mano.

Necesitaba un porro.

Mientras el resto de la Hermandad se acomodaba, miró a Wrath.

—¿Te importa si enciendo un cigarrillo?

El Rey sacudió la cabeza.

—Lo consideraría un servicio a la comunidad. Todos podríamos utilizar el contacto elevado hoy.

Dios, si eso no era verdad. Todos estaban fuera de si. Zsadist se veía nervioso apoyado en las estanterías. Butch estaba distraído con el ordenador en el regazo. Wrath parecía exhausto tras una montaña de papeleo. Rhage estaba paseándose, incapaz de sentarse… un signo claro de que no había encontrado pelea durante las horas nocturnas.

Y Vishous… V era el peor de todos. Estaba cerca de la puerta, mirando fijamente al vacío. Si antes era frío, ahora estaba glacial, un sumidero en la habitación. Mierda, estaba gravemente serio, más aún que la noche anterior.

Mientras Phury encendía, pensó en Jane y V y ociosamente se preguntó cómo habría sido el sexo entre ellos. Se imaginaba que, si bien era seguro que habían tenido abundantes sesiones violentas, también habrían habido encantadores momentos de comunión.

Sip, nada parecido a lo que él había tenido en ese cuarto de baño. Con esa prostituta.

Se pasó la mano libre por el cabello. ¿Eras todavía virgen si habías estado dentro de una hembra, pero sin haberte corrido? No estaba seguro. De cualquier manera, no iba a preguntárselo a nadie. Todo era simplemente demasiado sórdido.

Hombre, había tenido esperanzas que estar con alguien lo ayudara a continuar su camino, pero no había sido así. Se sentía aún más atrapado, especialmente porque la primera cosa que había hecho cuando entró por la puerta de la mansión había sido pensar en Bella: había rezado para que no lo pillara al volver oliendo a esa humana.

Evidentemente, poner distancia iba a requerir algo más.

A menos que… maldición, quizá simplemente se requería a si misma. Probablemente debía mudarse de la casa.

—Hagámoslo —dijo Wrath, convocando la reunión. En rápida sucesión revisó algunos temas concernientes a la *glymera*; después Rhage, Butch y Z informaron de los acontecimientos en el campo. Lo cuál no era mucho. Últimamente los asesinos habían estado relativamente tranquilos, probablemente porque el *Fore-lesser* había sido asesinado por el poli hacía cosa de dos semanas. Esto era típico. Cualquier cambio en el liderazgo de la *Lessening* tenía generalmente como resultado algún tiempo de inactividad en la guerra, aunque nunca durara mucho.

Mientras Phury encendía su segundo porro, Wrath se aclaró la garganta.

—Ahora… sobre la ceremonia del *Primale*.

Phury inhaló fuerte cuando V alzó los diamantinos ojos. Maldición… el macho parecía haber envejecido ciento cincuenta años en la semana pasada, tenía la piel cetrina, las cejas caídas, los labios apretados. Nunca había sido el alma de la fiesta para empezar, pero ahora tenía aspecto demacrado como el toque de difuntos.

—Qué pasa con eso —dijo V.

—Yo estaré allí. —Wrath miró a su alrededor—. Phury, tú también. Iremos esta noche a medianoche, ¿ok?

Phury asintió, luego se animó a si mismo, porque pareció que Vishous iba a decir algo. El cuerpo del hermano se tensó, sus ojos se encendieron, la mandíbula se movió… pero entonces nada salió de su boca.

Phury exhaló una bocanada de humo y apagó el porro en un cenicero de cristal. Era brutal ver a tu hermano sangrar, saber que sufría mientras que tú no podías hacer nada...

Se quedó helado, una calma misteriosa se apoderó de él, una que no tenía nada que ver con el humo rojo.

—Cristo en una muleta —dijo Wrath, frotándose los ojos—. Fuera de aquí, todos vosotros. Ir a relajaros. Todos estamos perdiendo la perspectiva...

Phury dijo en voz alta:

—Vishous, si no fuera por la mierda del *Primale*, estarías con Jane, ¿verdad?

Los ojos diamantinos de V se volvieron hacia él y los entrecerró hasta formar rendijas.

—¿Qué coño tiene eso que ver con nada?

—Estarías con ella —Phury miró a Wrath—. Y tú lo permitirías, ¿correcto? Quiero decir, sé que es humana, pero permitiste que Mary viniera...

V lo cortó, con la voz tan dura como sus ojos, como si no pudiera creer que Phury fuera tan desconsiderado.

—No hay forma de hacerlo funcionar. Así que simplemente déjalo estar, joder.

—Pero… la hay.

Los ojos de Vishous destellaron con un violento color blanco.

—No te ofendas, pero estoy al límite de mis nervios. Dar marcha atrás sería un plan *realmente* bueno para ti justo en este instante.

Rhage se movió subrepticiamente hacia V, mientras Zsadist fue a colocarse al lado de Phury.

Wrath se puso de pie.

—Qué tal si dejamos el tema.

—No, escuchadme —Phury se levantó de la silla—. La Virgen Escriba quiere un macho de la Hermandad, ¿correcto? Con fines de crianza, ¿correcto? ¿Por qué tienes que ser tú?

—¿Quién coño más podría ser? —gruñó V mientras se inclinaba asumiendo una posición de ataque.

—¿Por qué no… yo?

En el silencio que siguió, una granada se podría haber deslizado bajo el escritorio de Wrath y nadie lo hubiera advertido: la Hermandad simplemente lo miraba como si le hubieran salido cuernos.

—Bueno, ¿por qué no puedo ser yo? Ella sólo necesita ADN, ¿verdad? Así que cualquiera que sea un hermano debería poder hacerlo. Mi linaje es fuerte. Mi sangre es buena. ¿Por qué no puedo ser yo?

Zsadist exhaló:

—Jesús… Cristo.

—*No* hay razón para que no pueda ser el *Primale*.

La agresividad de V desapareció dejándolo con una expresión como si alguien le hubiera pegado un sartenazo en la parte trasera de la cabeza.

—¿Por qué harías eso?

—Eres mi hermano. Si puedo arreglar lo que está mal, ¿por qué no hacerlo? No hay ninguna hembra que quiera. —Cuando se le cerró la garganta, se la masajeó—. Eres el hijo de la Virgen Escriba, ¿correcto? Así que podrías sugerirle el cambio. A cualquier otro probablemente lo mataría, pero no a ti. Mierda, quizás sólo tendrías que informarla —dejó caer la mano—. Y podrías asegurarle que yo seré mejor para ello, porque no estoy enamorado de nadie.

Los ojos de diamante de V no se apartaban del rostro de Phury.

—Estaría mal.

—Todo el asunto está mal. Pero eso no es relevante, ¿verdad? —Phury lanzó una mirada hacia el delicado escritorio francés, encontrando los ojos de su Rey—. Wrath, ¿tú qué dices?

—Joder —fue la réplica.

—Una elección apropiada de palabras, Señor, pero no es realmente una respuesta.

La voz de Wrath se volvió baja, realmente baja.

—No puedes hablar en serio...

—Tengo un par de siglos de celibato que compensar. ¿Qué mejor manera de desquitarme? —fue dicho como una broma, pero nadie se rió—. Vamos, ¿quién más podría hacerlo? Todos estáis tomados. El único otro posible candidato sería John Matthew, por ser de la línea de Darius, pero John no es miembro de la Hermandad, y quién sabe si lo será jamás.

—No. —Zsadist sacudió la cabeza—. No… esto te matará.

—Quizás si follo a muerte, sip. Pero aparte de eso, estaré bien.

—Nunca tendrás una vida si haces esto.

—Por supuesto que la tendré. —Phury sabía exactamente lo que Z estaba insinuando así que deliberadamente desvió su atención de vuelta a Wrath—. Permitirás que V tenga a Jane, ¿no es así? Si hago esto, permitirás que estén juntos.

Eso no fue adecuado, por supuesto. Porque tú no le dabas una orden al Rey, tanto por tradición como por ley… y también porque te patearía el culo a través de todo el estado de Nueva York. Pero en ese momento Phury no estaba demasiado preocupado por el protocolo.

Wrath metió la mano bajo las gafas de sol y se frotó los ojos cansinamente. Luego dejó salir un largo suspiro.

—Si alguien puede manejar los riesgos de seguridad inherentes a una relación con un humano, es V. Así que… sí, que me cuelguen, pero lo permitiría.

—Entonces me permitirás sustituirle. Y él ira a ver a la Virgen Escriba.

El reloj de pie en el rincón del estudio comenzó a sonar, las firmes campanadas eran como los latidos de un corazón. Cuando dejó de sonar, todos miraron a Wrath.

Tras un momento el Rey dijo:

—Que así sea.

Zsadist maldijo. Butch silbó por lo bajo. Rhage mordió una piruleta.

—Entonces todo está bien —dijo Phury.

Santa mierda, ¿qué acabo de hacer?

Aparentemente, todo el mundo pensaba lo mismo, porque nadie se movió ni dijo una palabra.

Vishous fue el que rompió el punto muerto… atravesó el estudio en una carrera mortal. Phury no supo lo que lo golpeó. Un segundo estaba a punto de encender otro porro; al siguiente, V cruzaba el estudio, lanzaba un par de robustos brazos alrededor de él, y le quitaba la respiración de un apretón.

—Gracias —dijo Vishous roncamente—. Gracias. Incluso si ella no lo permite, gracias, hermano.

CAPÍTULO 39

—Jane, me estás evitando.

Jane levantó la vista del ordenador. Manello estaba plantado delante de su escritorio como un muro, las manos en las caderas, ojos entrecerrados, nada sino un completo no-voy-a-ningún-sitio. Amigo, la oficina era de un tamaño bastante considerable, pero la hacía parecer estrecha como una cartera.

—No te estoy evitando. Me estoy poniendo al día al estar fuera todo el fin de semana.

—Gilipolleces. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Son las cuatro de la tarde, y a esta hora normalmente hemos hecho juntos al menos dos comidas. ¿Qué pasa?

Se reclinó en la silla. Mentir no era algo que alguna vez hubiera hecho bien, pero era una habilidad que estaba sin duda tratando de desarrollar.

—Todavía me siento fatal, Manello, y estoy hasta las cejas de trabajo. —Vale, nada de eso era mentira. Pero sólo lo dijo para camuflar la omisión que estaba haciendo.

Hubo una larga pausa.

—¿Es por lo de anoche?

Con una mueca, dio un último suspiro.

—Eh, escucha, sobre eso. Manny… lo siento. No puedo hacer nada así contigo otra vez. Creo que eres genial, realmente lo creo. Pero yo... —dejó la frase sin acabar. Tuvo el impulso de decir algo así como que estaba enamorada de alguien más, pero eso era absurdo. No había nadie.

—¿Es por el departamento? —dijo.

No, es sólo que de alguna forma no le *parecía* correcto.

—Sabes que no es apropiado, aunque lo mantengamos en secreto.

—¿Y si te marchas? ¿Entonces qué?

Negó con la cabeza.

—No. Es sólo... no puedo. No debería haberme acostado contigo anoche.

Alzó las cejas de golpe.

—¿Perdón?

—Sólo es que no creo…

—Espera un minuto. ¿De dónde demonios has sacado la idea de que dormimos juntos?

—Yo... yo di por supuesto que lo hicimos.

—Te besé. Fue embarazoso. Me marché. Sin sexo. ¿Qué te hizo pensar que lo hubo?

Jesucristo... Jane agitó una temblorosa mano.

—Los sueños, creo. Realmente sueños muy vívidos. Humm... ¿Quieres perdonarme?

—Jane, ¿qué demonios está pasando? —dio la vuelta al escritorio—. Pareces aterrorizada.

Cuando lo miró fijamente, supo que en sus ojos había miedo desesperado, pero no podía silenciarlo.

—Creo... creo que cabe dentro de lo posible que haya perdido el juicio. Hablo en serio, Manny. Estamos hablando de esquizofrenia. Alucinaciones y realidad distorsionada y... lapsus de memoria.

Aunque el hecho de que hubiera tenido relaciones sexuales durante la noche *no era* una invención de su imaginación. Mierda... ¿o lo había sido?

Manny se inclinó poniéndole las manos sobre los hombros. En voz baja dijo:

—Encontraremos a alguien para que te vea. Nos ocuparemos de esto.

—Estoy asustada.

Manny le tomó las manos, levantándola y estrechándola fuertemente contra él.

—Estoy aquí contigo.

Cuando le abrazó fuertemente en respuesta, dijo:

—Serías un buen hombre para amar, Manello. Realmente lo serías.

—Lo sé.

Se rió un poco, el ahogado sonido se perdió en la curva de su cuello.

—Arrogante.

—Querrás decir sincero.

La apartó y le puso la palma en la mejilla, con una expresión solemne en los profundos ojos marrones.

—Me mata el decirte esto... pero no te quiero en el quirófano, Jane. No mientras no tengas la cabeza en su sitio.

Su primer instinto fue pelear, pero luego exhaló:

—¿Qué le diremos a la gente?

—Depende de cuanto tiempo dure. Por ahora, tienes la gripe. —Le metió un mechón de cabello detrás de la oreja—. Este es el plan. Vas a hablar con un amigo mío que es psiquiatra. Está fuera en California, así nadie lo sabrá, voy a ir a llamarlo ahora. También voy a programarte para un escáner completo. Lo haremos fuera de horas al otro lado de la ciudad en Imaging Associates. Nadie lo sabrá.

Cuando Manello se giró para irse había angustia en sus ojos, y mientras pensaba sobre la situación, un extraño recuerdo le pasó por la cabeza.

Tres o cuatro inviernos atrás una noche había salido tarde del hospital, sintiéndose inquieta. Algo, algún tipo de instinto visceral, le dijo de se quedara y durmiera en el sofá de la oficina, pero lo atribuyó al hecho de que el tiempo estaba feo. Gracias a una cortante y gélida lluvia que había caído durante horas, Caldwell estaba más o menos como una pista de patinaje. ¿Por qué querría alguien salir con ese tiempo?

Sin embargo, la persistente sensación no se detuvo. Todo el camino hacia el aparcamiento, estuvo peleando contra la voz en su cabeza hasta que finalmente, cuando puso la llave en el encendido, tuvo una visión. La maldita cosa fue tan clara que era como si el acontecimiento ya hubiera ocurrido y estuviera en su memoria. Vio sus manos agarrando el volante mientras un par de faros delanteros penetraban directamente por el parabrisas. Sintió el punzante dolor del impacto, el desagradable efecto de la voltereta mientras su coche se sacudía de aquí para allá, el ardor en sus pulmones mientras gritaba.

Despacio pero decidida, se incorporó lentamente en la gélida lluvia. Hablando de conducción defensiva. Consideraba a los otros coches como una amenaza en potencia, y habría usado las aceras en vez de las carreteras si hubiera podido.

A medio camino de casa se detuvo en un semáforo, rezando por que nadie la embistiera.

Sin embargo, como si hubiera sido predestinado, un coche se acercó por detrás, perdió la tracción, y empezó una gran derrapada. Agarró el volante y alzó la mirada hacia el espejo retrovisor... y vio como los faros venían hacia ella.

El coche la esquivó completamente.

Después de asegurarse de que nadie estaba herido, Jane se había reído interiormente, había respirado profundamente, y se había dirigido a casa. A lo largo del camino, había reflexionado cómo el cerebro extrapolaba el entorno y sacaba conclusiones precipitadas, cómo los fuertes pensamientos y miedos podían ser confundidos por alguna clase de habilidad profética, cómo los reportajes de noticias sobre malas carreteras podían filtrarse y conducir a...

La furgoneta del fontanero se estrelló frontalmente con ella a unas tres millas de su casa. Mientras había girado la esquina para encontrar esos faros en el camino, su único pensamiento había sido, bueno, mierda, había tenido razón después de todo. Había terminado con una clavícula rota y un coche con siniestro total. El fontanero y su furgoneta estaban bien, gracias a Dios, pero había estado fuera del quirófano durante semanas.

Así... mientras observaba a Manello salir de su oficina, sabía qué iba a ocurrir, y la claridad de ello era por el estilo de esa visión del accidente. Tan inmutable como el color de sus ojos. Tan innegable como el paso del tiempo. Tan imparable como la furgoneta de un fontanero patinando sobre el hielo del asfalto.

—Mi carrera está acabada —susurró con voz inerte—. Estoy acabada.

Vishous se arrodilló en la cama, se puso un collar de perlas negras alrededor del cuello, y cerró los ojos. Mientras alcanzaba el Otro Lado con la mente, deliberadamente pensó en Jane. La Virgen Escriba podía muy bien saber desde el principio que demonios iba a suceder.

Pasó un rato antes de obtener una respuesta de su madre, pero luego estaba viajando a través de la antimateria hacia el reino intemporal, tomando forma en el blanco jardín.

La Virgen Escriba estaba de pie tras su árbol de pájaros, y uno de ellos, una especie de pinzón melocotonero, estaba posado en su mano. Cuando la capucha de su túnica negra cayó, V pudo ver la cara fantasmal, y se asombró de la adoración con la que miraba a la pequeña criatura en su incandescente mano. Tanto amor, pensó.

Nunca habría supuesto que lo tuviera.

Ella habló primero.

—Por supuesto que amo a mis pájaros. Son mi solaz cuando estoy agitada, mi mayor alegría cuando estoy de buen humor. El dulce sonido de sus canciones me levanta el ánimo como nada más lo hace. —Miró sobre su hombro—. La humana cirujana, ¿no?

—Sip —dijo, dándose ánimos.

Joder. Estaba tan tranquila. Había esperado cólera. Preparándose para la batalla. ¿En lugar de eso? Nada menos que calma.

Lo cual estaba bien antes de la tormenta, ¿no?

La Virgen Escriba sopló sobre el pájaro, que le respondió con un dulce canto extendiendo las alitas, regodeándose.

—¿Puedo asumir que si deniego la sustitución no llevarás a cabo la ceremonia?

Le mató hablar. Le mató.

—Di mi palabra. Así que lo haré.

—¿Sí? Me sorprendes.

La Virgen Escriba puso en su sitio al pájaro, silbando un canto mientras lo hacía. Imaginó que si el sonido podía ser traducido sería algo así como, *te amo*. El pájaro le respondió del mismo modo.

—Esos pájaros —dijo su madre con una extraña y distante voz—, son verdaderamente mi único placer. ¿Sabes por qué?

—No.

—No piden nada y dan mucho.

Se volvió hacia él y con voz profunda le dijo:

—Hoy es el día de tu cumpleaños, Vishous, hijo del Bloodletter. Tu sentido de la oportunidad lo cronometró muy bien.

Humm, no realmente. Jesús, se había olvidado qué día era.

—Y como un día como este hace trescientos tres años te traje al mundo, me encuentro de humor para otorgarte el favor que pides, así como el que hasta ahora no ha sido formulado, y sin embargo es tan evidente como una luna que se alza en un cielo despejado.

A V le brillaron los ojos. La esperanza, una emoción peligrosa en el mejor de los casos, se encendió en el pecho con una pequeña y cálida chispa. En el entorno los pájaros gorjeaban y cantaban alegremente, como si anticiparan su felicidad.

—Vishous, hijo del Bloodletter, te concederé las dos cosas que más quieres. Permitiré que tu hermano, Phury, te sustituya en la ceremonia. Será un buen *Primale*, tierno y amable con las Elegidas y al mismo tiempo ofrecerá un buen linaje a la raza.

V cerró los ojos, el alivio le recorrió en una ola tan grande que le agitó hasta los pies.

—Gracias... —susurró, consciente de que le estaba hablando más al cambio de curso que había tomado su destino que a ella, si bien ella era la conductora.

—Tu gratitud es apropiada. —La voz de su madre era completamente imparcial—. Y también algo extraña. Pero entonces, los regalos son como la belleza, ¿no es así? Está en el ojo del que lo mira, no en la mano de quien lo regala. He aprendido esto ahora.

V la miró, tratando de no perder pie.

—Querrá luchar. Mi hermano… querrá luchar y vivir en el otro lado. —Porque de ninguna manera Phury sería capaz de manejar el no ver a Bella de nuevo.

—Y lo permitiré . Al menos hasta que las filas de la Hermandad crezcan en numero.

La Virgen Escriba levantó las incandescentes manos hasta la capucha de la túnica y se cubrió la cara. Luego, silenciosamente, flotó sobre le mármol hacia una pequeña puerta blanca que siempre había pensado que era la entrada privada a sus habitaciones.

—Si no te ofende —le gritó—. ¿El segundo favor?

Se detuvo en el pequeño portal. Sin mirarlo a la cara, dijo:

—Renuncio de ti como mi hijo. Estás libre de mí y yo de ti. Vive bien, guerrero.

Atravesó la puerta y le dejó fuera, cerrando firmemente el panel, y luego con llave. A su partida los pájaros se quedaron en silencio, como si su presencia fuera lo que les hechizara a cantar.

V permaneció en el patio, oyendo el suave tintineo de la cascada de la fuente.

Había tenido una madre durante seis días.

No podía decir que la añoraría. O que estaba contento por que le hubiera devuelto la vida. Después de todo, había sido la que había tratado de quitárselo todo.

Mientras se desmaterializaba hacia la mansión para informar, se dio cuenta que aunque su madre hubiera dicho que no, habría escogido a Jane sobre la Virgen Escriba. Sin importar lo que le costara.

Y la Virgen Escriba lo había sabido todo el tiempo. Y era por eso por lo que había renunciado a él.

De cualquier modo. Todo lo que le preocupaba era llegar a Jane. Las cosas estaban mejorando, pero todavía no estaba fuera de peligro. Podía, después de todo, decir que no. Podía muy bien escoger la vida que conocía sobre la peligrosa medio existencia con un vampiro.

Maldita sea, sin embargo, quería que lo escogiera.

V estaba tomando forma en su habitación y pensando la forma que había estado con Jane la noche anterior... cuando cayó en la cuenta que había hecho lo imperdonable: Había terminado dentro de ella. *Maldita sea*. Había estado tan ensimismado, que olvidó que había dejado una parte de si mismo en ella. Debía de estar volviéndose loca en estos momentos.

Era tremendo bastardo. Un bastardo irreflexivo y egoísta.

¿Y realmente pensaba que tenía algo para ofrecerle?

CAPÍTULO 40

Al caer la noche, Phury se puso las sedas blancas para la ceremonia del *Primale*. No las sentía sobre la piel, y no porque estuvieran hechas de tejidos tan delicados. Había estado fumando porros de corrido durante las últimas dos horas, así que estaba bastante entumecido.

Aunque no tanto, como para que cuando golpearon la puerta, no supiera exactamente quien era.

—Adelante —dijo, sin volverse desde el espejo de su vestidor—. ¿Qué estás haciendo fuera de la cama?

Bella soltó una risa. O quizás era un sollozo.

—Una hora al día, ¿recuerdas? Me quedan cincuenta y dos minutos.

Él recogió el medallón de oro del *Primale* y se lo puso alrededor del cuello. El peso se asentaba en el pecho como si alguien tuviera una palma entre sus pectorales y se inclinara hacia él. Duramente.

—¿Estás seguro acerca de esto? —dijo suavemente.

—Si.

—¿Supongo que Z va a ir contigo?

—Es mi testigo. —Phury aplastó el cigarrillo liado a mano. Cogió otro. Lo encendió.

—¿Cuándo volverás?

Sacudió la cabeza mientras exhalaba.

—El *Primale* vive al Otro Lado.

—Vishous no iba a irse.

—Un arreglo especial. Continuaré luchando, pero quiero estar allí.

Cuando ella jadeó, miró fijamente su reflejo en el cristal del antiguo espejo. Su cabello estaba húmedo y enredado en las puntas, así que cogió un cepillo y empezó a tironear.

—Phury, que estás... No puedes ir a la ceremonia calvo… *Detente*. Dios, vas a arrancarte el cabello. —Se acercó por detrás, tomó el cepillo de su mano, y señaló hacia la silla cerca de la ventana—. Siéntate. Déjame hacerlo.

—No, gracias. Puedo...

—Eres demasiado duro contigo mismo. Ahora vamos. —Le dio un pequeño empujón hacia la izquierda—. Déjame hacerlo.

Sin ninguna buena razón, y con muchas malas, fue y se sentó, cruzando los brazos sobre el pecho y abrazándose a si mismo. Bella empezó por la parte de abajo de la melena, desenredando con el cepillo las puntas primero, luego subiendo hasta que lo sintió en lo alto de su cabeza y arrastrándose lentamente a todo lo largo. Con la mano libre seguía las pasadas, suavizando, apaciguando. El sonido de las cerdas a través de su cabello y el tirón en su frente y su aroma en la nariz eran placeres agridulces que le dejaban indefenso.

Las lágrimas se le enredaron en las pestañas. Parecía tan cruel haberla conocido, ver lo que quería pero nunca ser capaz de tenerlo. Aunque eso era adecuado, en realidad. Siempre había vivido la vida con cosas fuera de su alcance. Primero había pasado décadas buscando a su gemelo, presintiendo que Zsadist estaba vivo en el mundo pero siendo incapaz de rescatarle. Luego había liberado a su hermano, solo para averiguar que el macho estaba todavía lejos de su mano. El siglo que había seguido a la fuga del Ama de Z había sido una clase diferente de infierno, con él siempre esperando que Z se desquiciara, intercediendo cuando su hermano lo necesitaba y preocupándose acerca de cuando volvería a comenzar el siguiente capítulo del drama.

Entonces había llegado Bella y ambos se habían enamorado de ella.

En realidad, Bella era la antigua tortura con una nueva apariencia. Porque el suyo era un destino de anhelar, de estar fuera mirando hacia adentro, de ver el fuego pero sin ser capaz de acercarse lo suficiente como para ser calentado por él.

—¿Volverás alguna vez? —preguntó.

—No lo sé.

El cepillo se detuvo.

—Quizás te guste ella.

—Quizás. No te detengas aún. Por favor... aún no.

Phury se frotó los ojos mientras el cepillo reanudaba las pasadas. Este tranquilo tiempo era su adiós, y ella lo sabía. Estaba llorando también. Podía oler el fresco y lluvioso dejo en el aire.

Excepto que no lloraba por la misma razón que él. Lloraba porque le compadecía a él y a su futuro, no porque le amara y su corazón se estuviera rompiendo ante el pensamiento de que nunca, jamás le volvería a ver. Le echaría de menos, si. Se preocuparía por él, seguro. Pero no lo añoraría. Nunca lo había hecho.

Y todo esto debería haber roto la cadena y provocado que cortara con la rutina de afeminado, pero no podía. Estaba sumergido en su tristeza.

En el Otro Lado, por supuesto, que vería a Zsadist. Pero a ella... no podía imaginársela yendo a verle. Y en realidad no sería apropiado, ya que sería el *Primale*, y no se vería bien si concedía audiencias privadas a una hembra del exterior, aunque fuera la *shellan* de su gemelo. La monogamia con su Elegida estaba en el contrato, pensó, y la apariencia era un compromiso para el *Primale*.

Entonces se dio cuenta. El bebé. Nunca vería al pequeño de Z y ella. Salvo en retratos.

El cepillo se introdujo bajo su cabello y recorrió su nuca. Cerrando los ojos, se entregó al rítmico tira y afloja en su cabeza.

—Quiero que te enamores —dijo.

Estoy enamorado.

—Está bien.

Se detuvo y se puso delante de él.

—Quiero que te enamores de alguien real. No como piensas que me amas.

Él frunció el entrecejo.

—No te ofendas. Pero no puedes saber lo que yo...

—Phury, no me amas realmente...

Se puso de pie y la miró a los ojos.

—Por favor, dame el respeto de no creer que conoces mis emociones mejor que yo.

—Nunca has estado con una hembra.

—Estuve la noche pasada.

Esto la calló durante un momento. Luego dijo:

—No en el club. Por favor, no...

—En el servicio de atrás. Fue bueno, también. Por otra parte, era una profesional. —Vale, ahora estaba siendo un tonto del culo.

—Phury... no.

—¿Puedo recuperar el cepillo? Creo que mi cabello está bien ahora.

—Phury...

—El cepillo. Por favor.

Después de un momento que fue tan largo como un siglo, le extendió la cosa. Cuando la alcanzó y la cogió, estuvieron ligados por el mango de madera durante un mero aliento, luego ella dejó caer la mano.

—Mereces algo mejor que eso —susurró—. Eres mejor que eso.

—No. No lo soy. —Ah, hombre, tenía que huir de su expresión transida de dolor—. No dejes que tú lastima me convierta en un príncipe, Bella.

—Esto es autodestructivo. Todo esto.

—Apenas. —Se inclinó hacia el escritorio, recogió el porro y le dio una calada—. Quiero esto.

—¿Quieres? ¿Y es por eso que has estado encendiendo humo rojo toda la tarde? La mansión entera huele a ello.

—Fumo porque soy un adicto. Soy un drogadicto sin fuerza de voluntad, Bella, que estuvo con una puta la noche pasada en un lugar público. Deberías condenarme, no compadecerme.

Negó con la cabeza.

—No intentes parecer desagradable a mis ojos. No funcionará. Eres un macho de valía...

—Joder, por el amor de Dios...

—... quien ha sacrificado mucho por sus hermanos. Probablemente demasiado.

—Bella, no sigas.

—Un macho que renunció a su pierna para salvar a su gemelo. Quien ha luchado valientemente por su raza. Quien está renunciando a su futuro por la felicidad de su hermano. No puedes ser mucho más noble que eso. —Sus ojos eran duros como piedras mientras le miraba fijamente—. No me digas quien eres. Te veo más claramente que tu mismo.

Paseó alrededor de la habitación hasta que se encontró a si mismo nuevamente frente al vestidor. Esperaba que no hubiera espejos en el Otro Lado. Odiaba su reflejo. Siempre lo había hecho.

—Phury...

—Vete —dijo roncamente—. Por favor, solo vete. —Cuando no lo hizo, se dio la vuelta—. Por amor de Dios, no me hagas derrumbarme delante de ti. En este momento necesito mi orgullo. Es la única cosa que me mantiene de pie.

Ella se puso una mano sobre la boca y parpadeó rápidamente. Entonces se irguió y habló en la Antigua Lengua:

—Que tengas una gran fortuna, Phury, hijo de Ahgony. Que tus pies sigan un sendero llano y que la noche caiga suavemente sobre tus hombros.

Él hizo una reverencia.

—También para ti, Bella, amada nalla de mi hermano de sangre, Zsadist.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Phury se hundió en la cama y se llevó el porro a los labios. Mientras miraba la habitación en la cual había dormido desde que la Hermandad se había mudado al Complejo, se dio cuenta que no era un hogar para él. Era solo una habitación de invitados... una lujosa, anónima habitación de invitados... cuatro paredes cubiertas por agradables pinturas al óleo con buenas alfombras y cortinas suntuosas como el traje de fiesta de una hembra.

Sería agradable tener un hogar.

Nunca había tenido uno. Después de que Zsadist hubiera sido secuestrado de niño, su *mahmen* se había encerrado bajo tierra, y su padre se había ido a cazar a la niñera que se había llevado a Z. Al crecer, Phury había vivido entre las cambiantes y susurrantes sombras

de la casa. Todos, incluso los *doggen*, se habían dejado llevar por los vaivenes de la vida. No había habido risas. Ninguna felicidad. Ningún calendario de ceremonias.

Ningún abrazo.

Phury había aprendido a permanecer callado y permanecer fuera del camino. Era, después de todo, la cosa más amable que podía hacer. Había sido la réplica de lo que habían perdido, el recuerdo del dolor que estaba en la mente de todos. Se acostumbró a llevar sombreros para ocultar su rostro, y había andado arrastrando los pies, encorvándose para parecer más pequeño, menos notable.

Ni bien había pasado por la transición, había partido para encontrar a su gemelo. Nadie le había despedido. No había habido adioses. La desaparición de Z había agotado toda la capacidad de la casa de extrañar a alguien, así que nada quedaba para Phury.

Lo que al final, había sido bueno. Lo hizo todo más fácil.

Más o menos diez años después se había enterado por un primo lejano que su madre había muerto durmiendo. Había vuelto a casa inmediatamente, pero habían hecho el funeral sin él. Ocho años más tarde su padre había muerto luchando. Phury había llegado a ese funeral y había pasado su última noche en la casa de la familia. Después de eso la propiedad fue vendida, los *doggen* se dispersaron, y fue como si sus padres nunca hubieran existido.

Su falta de raíces ahora no era nueva. La había sentido desde el primer momento que tuvo conciencia como niño. Siempre había sido un vagabundo, y el Otro Lado no iba a darle una base. No podía hacer un hogar allí porque no podía tener uno sin su gemelo. O sus hermanos. O...

Se detuvo. Se negaba a permitirse pensar en Bella.

Mientras permanecía allí y sintiendo como la prótesis soportaba su peso, pensó que era irónico que un nómada como él hubiera perdido un miembro.

Recogió sus porros, deslizó varios en el bolsillo, y estaba casi fuera de la puerta cuando se detuvo y se dio la vuelta. Cuatro zancadas le llevaron hasta el vestidor, tres clics en la cerradura abrieron una puerta de metal, dos manos se estiraron. Una daga negra salió.

Palmeó su arma, sintiendo el perfecto equilibrio y el agarre preciso que solo se adaptaba a sus características. Vishous la había hecho para él... Infiernos, ¿hacía cuanto? Setenta y cinco años... si, este verano harían setenta y cinco años desde que se había unido a la Hermandad.

Examinó la hoja a la luz. Setenta y cinco años de eliminar *lessers*, y ni un rasguño en la hoja. Tomó la otra que usaba. El mismo patrón. V era un artesano magistral, muy bueno.

Mirando las armas, sintiendo su peso, se imaginó a Vishous de pie en la puerta del dormitorio como había estado esa tarde más temprano, explicando que la Virgen Escriba iba a permitir la sustitución del *Primale*. Había vida en los ojos del frío hermano. Vida y esperanza, junto con un resplandeciente propósito.

Phury se metió una de las dagas en el cinturón de satén que tenía alrededor de la cintura y devolvió la otra a la caja de seguridad. Entonces anduvo a zancadas hasta la puerta con acero en su espina dorsal. Valía la pena sacrificarse por amor, pensó mientras salía de la habitación. Incluso si no era el suyo.

En ese momento Vishous se materializó al otro lado de la calle enfrente del apartamento de Jane. No había luces dentro de su casa, y estuvo tentado de entrar, pero permaneció en las sombras.

Maldición, su cabeza estaba revuelta. Se sentía culpable como el infierno por Phury. Asustado hasta la muerte por lo que Jane iba a decir. Preocupado sobre como lograr un

futuro con una humana. Infiernos, estaba incluso preocupado por la pobre Elegida que iba a aguantar tener que ser fuerte por el bien del resto de su raza.

Verificó el reloj. Las ocho en punto. Tenía que imaginarse que Jane volvería a casa pronto…

La puerta del garaje del apartamento junto al de Jane se alzó lenta y ruidosamente emitiendo un gemido y un monovolumen verdaderamente desgastado salió marcha atrás. Los frenos hicieron un pequeño chirrido cuando dieron el último giro para tomar la calle, entonces el conductor se puso en marcha.

V frunció el ceño, sus instintos cobrando vida sin motivo aparente. Olió el aire, pero estaba contra el viento en relación al vehículo y no pudo captar ningún olor.

Genial, así que además estaba paranoico… lo cual, junto con su ansiedad circunstancial y la conducta narcisista que había estado desplegando recientemente, significaba que tenía la mayor parte del manual de enfermedades mentales cubiertas esta noche.

Volvió a mirar el reloj solo por joder. Dos minutos más tarde. *Genial*.

Cuando sonó el móvil, contestó con alivio, porque estaba deseando pasar el tiempo.

—Me alegro de que seas tu, poli.

La voz de Butch sonaba apagada.

—¿Estas en su casa?

—Si, pero ella no. ¿Qué pasa?

—Pasa algo con tus ordenadores.

—¿Cómo que?

—Uno de los rastreadores que dejaste en el hospital se ha desencadenado. Alguien entró en el archivo médico de Michael Klosnick.

—No pasa nada.

—Ha sido el jefe de cirugía. Manello.

Hombre, V odiaba el sonido del nombre de ese tío.

—¿Y?

—Hoy buscó en su propio ordenador las fotos de tu corazón. Buscaba el archivo que Phury destruyó mientras estábamos sacándote de allí, sin duda.

—Interesante. —V se preguntaba que había llamado la atención de ese tío... ¿Quizás, alguna impresión de las fotografías que tuvieran la fecha y el día? Incluso si no hubiera ninguna anotación sobre el paciente, ese tipo Manello era probablemente lo bastante listo para rastrearla hasta el quirófano y averiguar quien había estado en la mesa de Jane. A cierto nivel no era una gran putada, porque el historial médico mostraba que Michael Klosnick después de la cirugía había pedido el alta voluntaria. Pero aún así... —. Creo que debería hacerle una visita al buen doctor.

—Um, si, me imagino que quizás queramos ocuparnos nosotros de ello. ¿Por qué no me dejas a mí manejarlo?

—Porque no sabes como borrar memorias, ¿verdad?

Hubo una pausa.

—Jódete. Pero buen punto.

—¿Está el tío conectado ahora?

—Si, está en su oficina.

Era reacio a tener una confrontación en un lugar público, incluso si era después de horas, pero solo Dios sabía que más podía averiguar el doctor.

Mierda, pensó V. Mira lo que tenía para ofrecer a Jane. Secretos. Mentiras. Peligro. Era un bastardo muy, muy egoísta, y lo que era peor, le estaba arruinando la vida a Phury solo para poder ir a arruinársela a ella.

Un coche giró en la calle, y cuando pasó debajo de la luz vio que era su Audi.

—Joder —dijo.

—Ha regresado a casa, ¿huh?

—Me encargaré de Manello. Después.

Mientras colgaba, no estaba seguro de poder hacerle esto a ella. Si se iba ahora, todavía tendría tiempo de llegar al Otro Lado antes de que Phury tomara el voto del *Primale*.

Mierda.

CAPÍTULO 41

Jane echó marcha atrás en el garaje, aparcó el Audi, y permaneció allí sentada con el motor en marcha. En el asiento del pasajero, a su lado, estaban los resultados del TAC que Manello y ella habían hecho furtivamente. Todo limpio. Ninguna evidencia de tumor o aneurisma o nada fuera de lo normal.

Debería sentirse aliviada, pero la falta de explicación la molestó porque el proceso de los pensamientos continuaba lento y pesado. Era casi como si sus neuronas tuvieran que esquivar algún tipo de obstáculo en la cabeza. Y el pecho todavía le dolía como su puta madre…

Un hombre entró en el haz de luz de sus faros... un hombre enorme con cabello oscuro, una perilla y vestido de cuero. Detrás de él, el paisaje era borroso, como si hubiera salido de la niebla.

Jane inmediatamente estalló en lágrimas.

Este hombre... esta aparición... era su sombra, la cosa en su mente, la persistente presencia que conocía pero no podía reconocer, que lamentaba pero aún así no podía ubicar. Todo tenía sentido...

Con su siguiente aliento el dolor le atravesó las sienes como una lanza, una carga horriblemente aplastante.

Pero en lugar de arrollarla, se disipó, simplemente se fue volando, sin dejar atrás ni una punzada. En su despertar le vinieron imágenes, imágenes de ella operando a ese hombre, siendo raptada y retenida en una habitación con él... de ellos estando juntos... de ella... enamorándose... luego siendo dejada atrás.

V.

El asalto de memoria se retorció y se trasladó mientras su mente luchaba para encontrar asidero en una realidad resbaladiza. Esto no podía estar pasando. No podía estar de regreso. No iba a regresar.

Debía estar soñando.

—Jane —dijo la aparición de su amante. *Oh, Dios...* Su voz era la misma, profunda y hermosa, deslizándose en su oído como la seda color vino—. Jane...

Forcejeando con el encendido, apagó las luces y salió del Audi.

El aire se sentía frío en sus húmedas mejillas, y el corazón palpitaba al decir:

—¿Eres real?

—Sí.

—¿Cómo puedo saberlo? —se le quebró la voz y se tocó las sienes—. No sé nada. No puedo... pensar correctamente.

—Jane... —suspiró—. Lo siento tanto...

—No me funciona bien la cabeza.

—Es mi culpa. Todo es por mi culpa. —La tensión y el pesar en el orgulloso rostro penetraron en su confusión, ofreciéndole algo de terreno sobre el cual avanzar.

Respiró profundamente y pensó en Russell Crowe hacia el final de *Una Mente Maravillosa*. Animándose, se acercó hacia lo que parecía ser V, le puso dos dedos en el hombro y empujó.

Era sólido como una roca. Olía a las mismas... oscuras especias. Y sus ojos —esos brillantes ojos diamantinos— resplandecían como siempre.

—Pensé que te habías ido para siempre —susurró—. ¿Por qué...?

En ese momento sólo esperaba entender qué estaba pasando y por qué había vuelto.

—No voy a emparejarme.

Se quedó sin respiración.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—No pude hacerlo. No puedo estar con nadie más que contigo. No sé si me quieres...

Antes de tener otro pensamiento consciente, saltó y se aferró a él, sin importarle una mierda las barreras de especies y circunstancias. Sólo lo necesitaba. El resto era conversación para ser resuelta más tarde.

—Por supuesto que te quiero —le dijo directamente en el oído—. Te amo.

Dejó escapar algún tipo de palabra ronca, y sus brazos la aplastaron contra él. Cuando se encontró incapaz de respirar a causa de que la apretaba tan fuerte, pensó, sip, realmente es él. Y esta vez no la iba a dejar marchar.

Gracias. Dios.

Mientras sujetaba a Jane sobre el suelo, Vishous era totalmente feliz. Completo en una forma que no podía compararse a tener todos los dedos de las manos y los pies. Con un grito de triunfo, la llevó a su apartamento, haciendo una pausa sólo para bajar la puerta del garaje.

—Pensaba que me estaba volviendo loca —dijo cuando la sentó en la encimera—. Realmente lo pensaba.

El macho vinculado que era, se moría por entrar dentro de ella, pero contuvo sus deseos más primarios. Por Cristo, debería dejarles tiempo para hablar un poco.

De verdad.

Mierda, la deseaba.

—Lo siento... mierda, Jane, lo siento tenía que borrarlo todo, realmente tenía que hacerlo. Puedo imaginar que te desorientó como el infierno. Y que también debe haber sido atemorizante.

Las manos fueron hacia su rostro como si todavía estuviera tratando de convencerse completamente de que V-es-real.

—¿Cómo escapaste de los matrimonios?

—Uno de mis hermanos tomó mi lugar. —V cerró los ojos mientras ella le pasaba los dedos sobre las mejillas y nariz, la barbilla y las sienes.

—¿En serio?

—Phury, del que te encargaste, es el que lo hizo. No sé cómo voy a compensárselo. —De repente el macho vinculado en él doblegó su lóbulo frontal, abriéndose paso entre los buenos modales y el sentido común—. Escucha, Jane, quiero que vivas conmigo. Te quiero conmigo.

La sonrisa le resplandeció en la voz.

—Probablemente te volveré loco.

—Imposible. —Abrió la boca cuando le pasó el dedo sobre el labio inferior.

—Bien, lo podemos intentar.

La miró.

—El asunto es, que si te quedas conmigo, tienes que abandonar este mundo. Tienes que abandonar tu trabajo. Tienes que... Si, es la clase de trato todo-o-nada.

—Oh... —frunció el ceño—. Yo, ah, no estoy segura...

—Lo sé. En realidad no puedo pedirte esto, y la verdad es, no quiero que detengas tu vida. —Y esto era la verdad honesta de Dios. A pesar del asunto del macho vinculado—. Así

es que lo resolveremos día a día. Vendré a ti, o podemos comprar otra casa, algún lugar remoto donde podríamos pasar los días. Haremos que funcione. —Miró alrededor de la cocina—. Sin embargo voy a cablear este lugar. Hacerlo seguro. Controlarlo.

—Ok. —Se quitó el abrigo—. Haz lo que tengas que hacer.

Mmm... Hablando de hacer. Sus ojos descendieron sobre el pijama de médico. Y todo lo que podía ver era a ella desnuda.

—V —dijo en voz baja—. ¿Qué estás mirando?

—A mi hembra.

Se rió suavemente.

—¿Tienes algo en mente?

—Tal vez.

—¿Me pregunto, qué podría ser? —la húmeda esencia de la excitación se desprendió de ella, provocando la necesidad de marcarla tan efectivamente como si estuviera desnuda y abierta ante él.

Le tomó la mano y la puso entre sus piernas.

—Adivina.

—Oh... sí... eso otra vez.

—Siempre.

Con un suave ondular desnudó los colmillos con un siseo, mordió el cuello del pijama de médico, desgarró la tela directamente por el medio. El sujetador era de algodón, blanco y bendiciendo a su fanático corazoncito, tenía cierre frontal. Lo liberó, se pegó a uno de sus pezones, y la arrastró fuera de la encimera.

El viaje hacia su habitación fue interesante, con muchas pausas que dieron como resultado la completa desnudez de ella para cuando la dejo sobre el colchón. Fue cuestión de un momento el deshacerse de los pantalones de cuero y la camisa, y mientras la montaba su boca estaba abierta, sus colmillos completamente extendidos.

Le sonrió.

—¿Sediento?

—*Sí*.

Con una elegante inclinación de la barbilla le dio acceso a su garganta, y con un gruñido la penetró de dos maneras, entre los muslos y en el cuello. Mientras la tomaba duramente, ella le marcó la espalda con sus cortas uñas y envolvió las piernas alrededor de sus caderas.

Pasaron unas buenas dos horas antes de que se acabara el sexo, y mientras yacía a su lado en la oscuridad, saciado y en paz, contó las bendiciones que tenía. Tuvo que reírse un poco.

—¿Qué? —preguntó.

—Con todas mis visiones del futuro, nunca habría predicho esto.

—¿No?

—Esto... esto sería haber tenido demasiada esperanza. —La beso en la sien, cerró los ojos, y se permitió empezar a deslizarse en el sueño.

Pero no fue posible. Una sombra oscura cruzó sobre él en el camino del reposo, viajando a través de los conductos psíquicos anunciando una intrusión de miedo y pánico. Se dijo a sí mismo que tenía escalofríos porque cuando por poco perdías la oportunidad de estar con la persona amada, se requería un poco de tiempo para tranquilizarse.

La explicación no le convenció. Sabía que había algo más... algo demasiado terrorífico para considerarlo, una bomba en su buzón.

Temía que el destino no hubiera terminado con ellos todavía.

—¿Estás bien? —dijo Jane—. Estás temblando.
—Estoy bien. —Se acercó todavía más—. Siempre que estás conmigo, estoy bien.

CAPÍTULO 42

Al Otro Lado, Phury bajó por la pendiente que llevaba al anfiteatro con Z y Wrath flanqueándolo. La Virgen Escriba y la Directrix estaban esperándolo en el centro del escenario, ambas vistiendo de negro. La Directrix no parecía emocionada, tenía los ojos entrecerrados, los labios apretados, y con las manos apretaba un medallón que colgaba de su cuello. No había forma de saber el estado de ánimo de la Virgen Escriba. Su rostro estaba oculto debajo de su atavío, pero incluso si hubiera estado a la vista, Phury dudaba que hubiera sido capaz de discernir lo que estaba pensando.

Se detuvo frente al trono dorado pero no se sentó. Aunque, probablemente hubiera sido una buena idea. Sentía como si estuviera flotando, no caminando, su cuerpo a la deriva, con la cabeza en otra parte, no sobre sus hombros. Pensó que el fardo podría ser adjudicado al humo rojo que había inhalado. O al hecho que de se iba a casar con más de tres docenas de hembras.

Dios. Querido.

—Wrath, hijo de Wrath —pronunció la Virgen Escriba—. Adelántate y salúdame.

Wrath avanzó hacia el borde del escenario y se arrodilló. —Su Gracia.

—Tienes algo que pedirme. Hazlo ahora, con tal de que lo expreses adecuadamente.

—Sin intención de ofender, quisiera solicitar que Phury estuviera sujeto al mismo arreglo que se le otorgó a Vishous con respecto a combatir. Tenemos carencia de guerreros.

—Por esta vez me siento inclinada a otorgar esta venia. Vivirá del Otro Lado…

Phury interrumpió con un firme:

—No. —Como todo el mundo comenzó a moverse bruscamente hacia él, dijo—: Permaneceré aquí. Lucharé pero me quedaré aquí —se lanzó a hacer una pequeña reverencia para compensar su descortesía—. Si no es motivo de ofensa.

Zsadist abrió la boca, con un montón de en-que-mierda-estas-pensando en su atemorizado rostro… pero la breve risa de la Virgen Escriba lo silenció.

—Que así sea. Las Elegidas preferirían ese arreglo, igual que yo. Ahora levántate, Wrath, hijo de Wrath, y comencemos.

Cuando el Rey se elevó en su completa estatura, la Virgen Escriba levantó la capucha de su túnica.

—Phury, hijo de Ahgony, te pediré que aceptes el papel de *Primale*. ¿Accedes a ello?

—Si, lo hago.

—Adelántate, sube al estrado y arrodíllate frente a mí.

No sentía los pies mientras caminaba y ascendía el corto tramo de escaleras, no sintió el mármol en las rodillas cuando descendió frente a la Virgen Escriba. Cuando le colocó la mano en la cabeza, no tembló, no pensó, no parpadeó. Se sentía como si estuviera en el asiento del copiloto de un coche, sujeto a los caprichos del conductor en cuanto a la velocidad y el destino. Entregarse era exactamente lo apropiado.

Era extraño, porque había elegido esto, en verdad. Se había ofrecido voluntario.

Sip, pero solo Dios sabía a dónde lo conduciría su decisión.

Las palabras que pronunció la Virgen Escriba sobre su forma inclinada repercutían en la Antigua Lengua pero no podía seguir todo lo que estaba diciendo.

—Levántate y alza los ojos —pronunció la Virgen Escriba al final—. Se presentado a tus compañeras, sobre las que tendrás dominio, Sus cuerpos son tuyos tanto para mandar sobre ellos como para servirlos.

Mientras se ponía de pie, vio que la cortina había sido abierta y que todas las Elegidas estaban alineadas, sus túnicas eran de color rojo sangre, brillantes como rubíes rodeados de blanco. Como si fueran una, le hicieron una reverencia.

Mierda… Lo había hecho.

Repentinamente Zsadist saltó al estrado y lo tomó por el brazo. Que demon… Oh, bien. Estaba inclinándose hacia un lado. Probablemente se hubiera caído. Y eso se hubiera visto mal.

La voz de la Virgen Escriba hizo eco, resaltando con su poder.

—Entonces está hecho. —Levantó la fantasmal mano, y apuntó hacia el templo que estaba en la colina—. Ahora procede hacia la cámara y toma a la primera del conjunto, como lo hace un macho.

La mano de Zsadist mordió su brazo.

—Cristo… hermano…

—Para —siseó Phury—. Todo saldrá bien.

Se desembarazó de su gemelo, le hizo una reverencia a la Virgen Escriba y a Wrath, luego se tambaleó bajando las escaleras y comenzó a subir la colina. El césped se sentía suave bajo los pies, y la extraña luz ambiental del Otro Lado lo rodeaba. No se sintió confortado por ninguna de las dos. Podía sentir los ojos de las Elegidas en su espalda, y su hambre hizo que se quedará frío incluso a pesar de la confusión que le otorgaba el humo rojo.

El templo que estaba en lo alto de la colina tenía líneas romanas, con columnas blancas y una galería a su altura. En sus grandes puertas dobles había dos nudos dorados que servían de pestillo. Giró el derecho, empujó, y entró.

Su cuerpo se endureció instantáneamente debido a la esencia que había en el aire, la fuerte mezcla de jazmín y dulce y ahumado incienso lo seducía, lo excitaba sexualmente. Como se suponía que debía hacerlo. Delante de él había un cortina blanca, y una iluminación fulminante se derramaba a través de los pliegues, el parpadeante brillo venía de lo que debían ser cientos de velas.

Apartó la cortina. Y retrocedió, perdiendo algo de su erección.

La Elegida con la que debía aparearse estaba extendida sobre una plataforma de mármol sembrada de cojines, una cortina caía desde el techo y formaba un charco sobre su garganta, impidiendo que se le viera el rostro. Sus piernas estaban extendidas y atadas con cintas de satén blanco, al igual que sus brazos. Una funda fina como la tela de una araña cubría su cuerpo desnudo.

El fundamento del ritual era evidente. Era la vasija del sacrificio, una representante anónima de las otras. Él era el contenedor del vino que llenaría su cuerpo. Y aunque era absolutamente imperdonable de su parte, por medio segundo todo lo que pudo pensar fue en tomarla.

Mía, pensó. Por ley y costumbre y todo lo que era manifiesto, ella era de él, tanto como lo eran sus dagas, tanto como lo era el cabello que crecía en su cabeza. Y deseaba entrar en ella. Deseaba acabar dentro de ella.

Salvo que eso no iba a ocurrir. Su parte decente sobrepasó sus instintos, simplemente los hizo a un lado. Ella estaba absolutamente aterrorizada, llorando en silencio, como si estuviera tratando de esconder el sonido mordiéndose el labio, temblando tanto que sus extremidades eran terribles metrónomos del miedo.

—Tranquilízate —dijo con voz suave.

Ella se sacudió. Luego el temblor regresó peor que el de antes.

De repente se enfadó. Era espantoso que esta pobre hembra hubiera sido puesta para su uso como un animal, y aunque él estaba siendo usado de una forma similar, era su libre elección ponerse en esa situación. Tenía serias dudas de que esto fuera cierto para ella, dado que había sido contenida ambas veces.

Phury estiró la mano, tomó la cortina que escondía su rostro, y la arrancó…

Mierda. Los sollozos de la mujer no eran contenidos porque se estuviera mordiendo el labio; estaba amordazada y sujeta a la cama por la frente. Las lágrimas recorrían el enrojecido rostro, y los músculos de su cuello sobresalían realzados rígidamente… y estaba gritando, aunque era incapaz de emitir sonido, sus ojos estaban hinchados por el terror.

Se hizo cargo de lo que tenía en la boca, aflojando el nudo, y quitándoselo.

—Tranquilízate…

Jadeó, aparentemente incapaz de hablar, y siguiendo la teoría de que las acciones eran más efectivas que las palabras, le sacó la ligadura de la frente desenredándosela de su largo cabello rubio.

Cuando le liberó los delgados brazos se cubrió los senos y la unión de sus muslos, y por impulso él tomo la cortina que había arrancado y la cubrió antes de quitarle las ataduras de los pies. Luego se alejó de ella, yendo hasta el otro lado del Templo a apoyarse contra la pared más alejada. Se imaginó que podría sentirse más segura de esa forma.

Bajando la vista al suelo, solo podía verla a ella. La Elegida era pálida y rubia, sus ojos eran de color verde jade. Sus facciones eran elegantes, de la clase que lo hacían pensar en muñecas de porcelana, y su aroma se parecía mucho al jazmín. Dios, era demasiado delicada para ser torturada de esa forma. Demasiado valiosa para aguantar aparearse con un extraño.

Cristo. Que enredo.

Phury dejo que el silencio continuara, esperando que se acostumbrara a su presencia mientras trataba de pensar en lo que haría a continuación.

El sexo estaba fuera de toda cuestión, de eso estaba seguro.

Jane no era una adicta a la *Novicia Rebelde*, pero estaba haciendo una imitación del canto de Julie Andrews mientras yacía en la cama y observaba como V trataba de encontrar su ropa. Hombre, estar enamorada realmente te hacía tener ganas de alzar los brazos al aire y girar sobre ti misma bajo la luz del sol con una gran sonrisa almibarada y feliz pintada en el rostro. Además hasta tenía el cabello rubio y corto para representarla. Aunque trazaba el límite en los pantalones cortos con tirantes.

Solo había un pequeño problema.

—Dime que no vas a lastimarlo —dijo mientras V se subía los pantalones de cuero por los muslos—. Dime que mi jefe no va a terminar con un par de piernas rotas.

—Para nada. —V se puso una camisa negra que se le ajustaba, delineando los pectorales—. Solo voy a asegurarme que está bien y limpio y que la foto de mi corazón está en el congelador.

—¿Me harás saber como te fue?

La miro por debajo de las cejas, con una pequeña y malvada sonrisa dibujada en el rostro.

—¿No confías en mi cuando se trata de tu galán?

—En esto no confío en ti para nada.

—Mujer inteligente. —V se acercó y se sentó en el borde de la cama, sus diamantinos ojos todavía brillantes por el sexo—. Cuando se trata de ti, ese cirujano debería aprender a comportarse.

Le tomó la mano que llevaba descubierta, sabiendo que odiaba que se acercara a la que llevaba enguantada.

—Manny sabe cual es su situación conmigo.

—¿Lo sabe?

—Se lo dije. Justo después del fin de semana. Incluso aunque no podía recordarte, sencillamente se sentía… mal.

V se inclinó y la besó.

—Volveré después de verlo, ¿ok? De esa forma puedes mirarme a los ojos y saber que el tipo todavía continúa respirando. Y, escucha, hablemos en serio. Me gustaría enviar a Fritz esta tarde con algunos materiales para que pueda colocar un sistema de seguridad en este lugar. ¿Tienes una llave extra del garaje?

—Sip, en la cocina. En el cajón que está debajo del teléfono.

—Bien. Me la llevo. —Le recorrió el cuello con un dedo y delineó la nueva marca de mordida—. Cada noche cuando regreses a casa estaré aquí. Cada mañana temprano antes de que tenga que volver al Complejo, estaré aquí. Cada noche que tenga libre, estaré aquí. Vamos a robar tiempo cuando y donde podamos, y cuando no estemos juntos, nos mantendremos en contacto por teléfono.

Igual que cualquier relación normal, pensó ella, y la idea de que había un lado prosaico era agradable. Los sacaba de una especie de gran superestructura paranormal y los colocaba decididamente en el terreno de la realidad. Eran dos personas que estaban confiadas y listas para involucrarse en una relación. Que era todo lo que podías pedirle a la persona de la cual estabas enamorada.

—Cual es tu nombre completo —murmuró—. Me acabo de dar cuenta que solo te conozco como V.

—Vishous.

Jane le apretó la mano con la suya.

—¿Disculpa?

—Vishous. Sip, sé que para ti suena raro…

—Espera, espera, espera… ¿Cómo lo deletreas?

—V-i-s-h-o-u-s.

—Dios… querido.

—¿Que?

Se aclaró la garganta.

—Ah, hace mucho, mucho tiempo —una vida— estaba en mi dormitorio de la niñez con mi hermana. Había un tablero de Ouija entre nosotras y estábamos haciéndole preguntas. —Levantó la vista hacia él—. Tú fuiste mi repuesta.

—¿A qué pregunta?

—Quien… Jesús, con quien me iba a casar.

V sonrió agradable y lentamente, de la forma en que lo hace un hombre cuando se está sintiendo condenadamente satisfecho consigo mismo.

—¿Entonces quieres casarte conmigo?

Se echó a reír.

—Si seguro. Porque no me embutimos en un vestido blanco y hacemos ese asunto del altar…

La expresión de él perdió la picardía.

—Lo digo en serio.

—Oh… Dios.

—¿Supongo que eso no es un si?

Jane se enderezó.

—Yo… yo nunca pensé que me fuera a casar alguna vez.

Él se encogió.

—Sip, bueno, esa no era exactamente la respuesta que estaba buscando…

—No… quiero decir, solo estoy sorprendida por lo… sencillo que se siente.

—¿Sencillo?

—La idea de ser tu esposa.

Él comenzó a sonreír, pero luego perdió la expresión.

—Podemos hacer la ceremonia bajo mis tradiciones, pero no será oficial.

—¿Debido a que no soy de tu raza?

—Debido a que la Virgen Escriba odia mi culo, así que no puede haber una presentación ante ella. Pero podemos llevar a cabo el resto de la ceremonia. —Ahora sonrió con intención—. Sobre todo la parte del grabado.

—¿Grabado?

—Tu nombre. Mi espalda. Maldición, casi no puedo esperar.

Jane silbó despacio.

—¿Se me permite hacerlo?

Él ladró una risa.

—¡No!

—Vamos. Soy una cirujana, soy buena con los cuchillos.

—Mis hermanos lo harán… bueno, en realidad, supongo que tú también podrías hacer una letra. Mmm, eso me excita —la besó—. Colega, eres exactamente mi tipo de chica.

—¿A mi también me cortarán?

—Demonios, no. Se les hace a los machos para que todo el mundo sepa a quien pertenecemos.

—¿Pertenecen?

—Sip. Seré tuyo para que me mandes. Me domines. Hagas lo que quieras conmigo. ¿Piensas que puedes afrontarlo?

—Ya lo he hecho, ¿recuerdas?

Los párpados de V cayeron y dejó escapar un gruñido.

—Sip, cada puto minuto. ¿Cuándo podemos volver al ático?

—Tú di el cuando y *definitivamente* estaré allí. —Y la próxima vez podría ser que encontrara algo de cuero para usar—. Hey, ¿me darás un anillo?

—Si lo deseas, te compraré un diamante del tamaño de tu cabeza.

—Oh, seguro. Como si me fuera a poner esplendida. Pero ¿cómo sabrá la gente que estoy casada?

Se inclinó y le hociqueó la garganta.

—¿Puedes olerme?

—Dios… si. Lo adoro.

Le rozó la mandíbula con los labios.

—Mi aroma está sobre todo tu cuerpo. Está dentro de ti. Así es como la gente sabrá quien es tu compañero. También es una advertencia.

—¿Una advertencia? —suspiró, la languidez difundiéndose por su cuerpo.

—Para otros machos. Les dice quien irá tras ellos con una daga si te tocan.

Vale, eso no debería ser erótico como el demonio. Pero lo era.

—Te tomas el asunto del emparejamiento muy en serio, ¿no es así?

—Los machos vinculados son peligrosos. —Su voz era un bajo ronroneo junto al oído—. Matamos para defender a nuestras hembras. Así son las cosas. —Le quitó las mantas de encima, se bajó el cierre de los pantalones de cuero, y le abrió las piernas con las palmas de las manos—. También marcamos lo que es nuestro. Y como no voy a verte por un espacio de doce horas, creo que dejaré un poco más de mi por todo tu cuerpo.

Avanzó con las caderas y Jane gimió. Lo había tenido muchas veces, pero su tamaño siempre la sobresaltaba. La tomó del cabello con la mano y tiró de su cabeza, disparando la lengua dentro de su boca mientras se cernía sobre ella.

Salvo que en ese momento se detuvo.

—Esta noche nos emparejaremos. Wrath presidirá. Butch y Marissa serán los testigos. ¿También quieres el asunto de la iglesia?

Tuvo que reírse. Ambos eran unos fenómenos del control, realmente. Afortunadamente no se sentía inclinada a pelear con él acerca de esto.

—Pasaré de la ceremonia. En realidad no creo en Dios.

—Deberías.

Le hundió las uñas en las caderas y se arqueó hacia arriba.

—Este no es el momento de sostener un debate teológico.

—Deberías creer, Jane.

—El mundo no necesita otra demente religiosa.

Le alisó el cabello hacia atrás. Mientras su erección se crispaba dentro de ella, dijo:

—No tienes que ser religiosa para creer.

—Y puedes vivir una vida muy agradable siendo atea. Créeme. —Le metió las manos debajo de la camisa recorriéndole la espalda, sintiendo su fuerza—. ¿Crees que mi hermana está en el cielo, comiendo sus helados de cucurucho favoritos sentada en una nube? Nop. Su cuerpo fue enterrado hace un montón de años, y ahora no queda mucho de ella. He visto la muerte. Se lo que pasa después que nos vamos y no hay ningún Dios para salvarnos, Vishous. No se quien o que es esa Virgen Escriba tuya, pero estoy malditamente segura que no es eso.

El más pequeño indicio de una sonrisa asomó a sus labios.

—Me encantará probarte que estás equivocada.

—¿Y cómo vas a hacer eso? ¿Me vas a presentar a mi Creador?

—Te voy a amar tan bien y por tanto tiempo que te vas a convencer de que ninguna cosa terrenal podría habernos unido.

Ella le tocó el rostro, imaginó su futuro, y maldijo.

—Voy a envejecer.

—Yo también.

—No en igual grado. Oh, Jesús, V, voy a…

La besó.

—No vas a pensar en eso. Además… hay una forma de ralentizarlo. Aunque, no estoy seguro de si querrás hacerlo.

—Oh, joder, déjame pensar. Um… sip, querré hacerlo.

—No sabes de que se trata.

—No me importa. Si prolonga mi vida contigo, me comería un animal atropellado tirado a la vera del camino.

Sus caderas se presionaron contra ella y luego se retiraron.

—Va contra las leyes de mi raza.

—¿Es algo pervertido? —se arqueó contra él nuevamente.

—¿Para tu especie? Si.

Jane lo comprendió incluso antes de que él se llevara la muñeca a la boca. Cuando se detuvo, dijo:

—Hazlo.

Se mordió y luego le puso las punciones gemelas sobre los labios. Jane cerró los ojos, abrió la boca y…

Mierda.

Sabía como oporto y la golpeó tan duro como diez botellas de esa bebida, su cabeza comenzó a dar vueltas después del primer trago. No se detuvo. Bebió como si su sangre los fuera a mantener juntos, era vagamente consciente, debido al alboroto de su cuerpo, que estaba bombeando dentro de ella y emitiendo salvajes gruñidos.

Ahora V estaba dentro de ella de todas las formas posibles: en la mente con sus palabras, en el cuerpo con su erección, en la boca con su sangre y en la nariz con su aroma. Estaba completamente cautivada.

Y tenía razón. Era Divino.

CAPÍTULO 43

Con la blanca cortina apretada contra los pechos, Cormia miró fijamente a través del Templo del *Primale*, confundida. Quien quiera que fuera este macho, no era Vishous, hijo del Bloodletter.

Pero definitivamente era un guerrero. Se veía enorme contra la pared de mármol, un absoluto gigante, con hombros que parecían tan grandes como la cama en la que estaba. Su tamaño la aterrorizó… hasta que le miró las manos. Tenía manos elegantes. De dedos largos y anchos dorsos. Fuertes pero elegantes.

Esas elegantes manos la habían liberado. Y no habían hecho nada más.

Aún así, esperó que gritara. Luego, esperó que dijera algo. Finalmente, esperó que la mirara.

En el silencio pensó que tenía un hermoso cabello. Largo hasta los hombros y repleto de tantos colores, los mechones eran de un rubio dorado, de un rojo intenso y castaño oscuro. ¿De qué color serían sus ojos?

Más silencio.

No estaba segura de lo rápido que pasaba el tiempo. Supo que lo hacía, tal y como pasaba incluso aquí en el Otro Lado. Pero, ¿cuánto tiempo habían permanecido así? Querida Virgen, deseaba que dijera algo, a menos que quizá ese fuera el punto. Quizá esperaba por ella.

—No es el que… —su voz se evaporó cuando él levantó la vista.

Sus ojos eran amarillos, de un resplandeciente, cálido color amarillo que le recordó a sus gemas favoritas, los citrinos. Verdaderamente, pudo sentir como su cuerpo se caldeaba cuando sintió su mirada sobre ella.

—¿No soy quien esperabas? —Oh… su voz. Suave y baja y… amable—. ¿No te lo dijeron?

Sacudió la cabeza, repentinamente sin voz. Y no porque estuviera asustada.

—Las circunstancias cambiaron, y tomé el lugar de mi hermano. —Se colocó una mano sobre el ancho pecho—. Me llamo Phury.

—Phury. Es nombre de guerrero.

—Sí.

—Tiene el aspecto de uno.

Extendió ambas manos hacia ella.

—Pero no voy a hacerte daño. Nunca te voy a herir.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado. No, no lo haría, de verdad. Era un completo extraño y tenía tres veces su tamaño, pero aún así sabía sin ningún tipo de duda que no la dañaría.

Sin embargo, iba a aparearse con ella. Ése era el propósito de su tiempo juntos, y había sentido la excitación en él cuando entró la primera vez. Aunque ya no estaba excitado.

Levantó la mano y se tocó el rostro. ¿Quizás ahora que había visto su aspecto no quería llegar hasta el final? ¿No le parecía atractiva?

Querida Virgen, ¿de qué se preocupaba? No quería aparearse con él. Con nadie. Iba a dolerle; la Directrix se lo había dicho. Y por hermoso que fuera este hermano, le era totalmente desconocido.

—No te preocupes —dijo en un susurro, como si estuviera leyendo su expresión—. No vamos a…

Se apretó más la cortina.

—¿No lo haremos?

—No.

Cormia bajó la barbilla.

—Pero entonces todos sabrán que le he fallado.

—Has fallado… Jesús, no le has fallado a nadie. —Se pasó la mano por el cabello, los tupidos mechones captaron la luz y brillaron—. Simplemente no… Sí, no creo que sea correcto.

—Pero ese es mi propósito. Aparearme con Su Gracia y unirle a las Elegidas. —Parpadeó rápidamente—. Si no lo hacemos, la ceremonia estará incompleta.

—¿Y qué?

—Yo… no entiendo.

—¿Que qué pasa si la ceremonia no se completa hoy? Tenemos tiempo. —Frunció el ceño y miró a su alrededor—. Hey… ¿quieres salir de aquí?

Ella enarcó las cejas.

—¿E ir adónde?

—No lo sé. A pasear. O algo así.

—Se me dijo que no podía irme a menos que nosotros…

—He ahí la cuestión. Soy el *Primale*, ¿verdad? Así que lo que diga va a misa. —Le lanzó una mirada ecuánime—. Quiero decir, lo sabrás mejor que yo. ¿Estoy equivocado?

—No, es el que manda aquí. Sólo la Virgen Escriba está por encima de usted.

Se separó de la pared.

—Entonces paseemos. Lo menos que podemos hacer es llegar a conocernos, considerando la situación en la que estamos.

—Yo… no tengo ropa.

—Usa la cortina. Me daré la vuelta mientras te arreglas.

Le dio la espalda, y tras un momento se levantó y se envolvió en los dobleces de la tela. Nunca hubiera previsto esto, pensó, ni la sustitución ni su bondad ni su… belleza. Porque verdaderamente era hermoso a sus ojos.

—Yo… estoy lista.

Caminó hacia la puerta, y lo siguió. Era aún más grande de cerca… pero olía de una forma adorable. A oscuras especias que sintió hormigueando en la nariz.

Cuando abrió las puertas y vio la blanca vista ante ellos, vaciló.

—¿Qué está mal?

Su vergüenza era demasiada para expresarla con palabras. Se sentía egoísta por el alivio que sentía. Y preocupada de que sus deficiencias fueran conferidas a la totalidad de las Elegidas.

Se le encogió el estómago.

—No he cumplido con mi obligación.

—No has fallado. Simplemente hemos pospuesto la… em, unión. Ocurrirá en algún momento.

Salvo que no podía apartar las voces de su cabeza. O sus temores.

—¿Acaso no quiere quitárselo de encima de una vez?

Frunció el ceño.

—Dios… realmente tienes miedo de disgustarlas.

—Son todo lo que tengo. Todo lo que conozco. —Y la Directrix la había amenazado con expulsarla si no cumplía con la tradición—. Estoy sola sin ellas.

La observó durante un largo momento.

—¿Cuál es tu nombre?

—Cormia.

—Bueno… Cormia, ya no estás sola sin ellas. Ahora me tienes a mí. ¿Y sabes qué? Olvídate del paseo. Tengo otra idea.

Introducirse en las cosas era una de las especialidades de V. Era bueno con las cajas fuertes, los coches, las cerraduras, las casas… las oficinas. Era igualmente diestro con las mierdas residencias y comerciales. *Estaba todo bien*.

Así que, forzar la puerta del lujoso conjunto de oficinas del departamento de Cirugía del Centro Médico St. Francis no era la GPC.

Deslizándose dentro, mantuvo el *mhis* que empañaba las cámaras de seguridad y se aseguró de quedar oculto para las pocas personas que todavía estaban en esa sección administrativa del complejo.

Hombre… éstos eran unos alojamientos realmente costosos. Gran zona de recepción, todo majestuoso y esa mierda, con paredes de paneles de madera y alfombras orientales. Un par de oficinas complementarias marcadas con…

La oficina de Jane estaba justo ahí.

V se acercó y pasó el dedo sobre el nombre en la placa de bronce que había junto a la puerta. Grabado en la brillante superficie decía: JANE WHITCOMB, M.D. JEFE DE LA DIVISION DE URGENCIAS.

Asomó la cabeza por la puerta. Su olor permanecía en el aire, y una de sus batas blancas estaba doblada sobre la mesa de reuniones. El escritorio estaba cubierto con montones de notas, archivos y post-it, la silla apartada como si hubiera salido de prisa por alguna emergencia. En la pared había varios diplomas y certificados, el testimonio de su compromiso con la excelencia.

Se frotó el esternón.

Demonios, ¿cómo iba a funcionar esto entre ellos? Ella trabajaba muchas horas. Él estaba limitado a las visitas nocturnas. ¿Qué pasaba si no era suficiente?

Salvo que tenía que serlo. No iba a pedirle que dejara una vida de trabajo, disciplina y éxito por él. Eso sería como si ella quisiera que dejara la Hermandad.

Cuando alguien murmuró algo, miró a través del área de recepción hacia donde una luz brillaba al otro extremo del lugar.

Hora de ocuparse de sus asuntos con el doctor Manello.

No lo mates, se dijo V mientras entraba por una puerta entreabierta. *Sería un bajón total tener que llamar a Jane para decirle que su jefe se había convertido en abono*.

V se detuvo y miró a través de las jambas hacia la inmensa oficina que se extendía más allá. El humano estaba sentado detrás de un escritorio de aspecto presidencial, revisando papeles a pesar de que eran las dos de la mañana.

El tipo frunció el ceño y levantó la vista.

—¿Quién está ahí?

No lo mates. Esa mierda probablemente deprimiría totalmente a Jane.

Oh, pero V quería hacerlo. Todo lo que podía ver era al tipo de rodillas, extendiendo una mano hacia el rostro de Jane, y la imagen no mejoraba su humor en lo absoluto. Cuando se trataba de alguien que intentaba seducir a sus hembras, a los machos vinculados les gustaban las conclusiones definitivas. De la variedad con tapa de ataúd incluida.

Vishous abrió la puerta, se extendió hacia la mente del doctor, y lo congeló como si fuera un trozo de res.

—Obtuviste fotos de mi corazón, Doc, y necesito que me las devuelvas. ¿Dónde están? —lanzó una sugerencia a la mente del hombre.

El tipo parpadeó.

—Aquí… en mi escritorio. ¿Quién… eres?

La pregunta fue una sorpresa. La mayor parte de las veces los humanos no tenían independencia de pensamiento cuando eran aturdidos de esta forma.

V se acercó y miró el mar de papeles.

—¿Dónde en el escritorio?

Los ojos del hombre se dirigieron al rincón de la izquierda.

—Carpeta. Allí. ¿Quién… eres?

El puto compañero de Jane, colega, quiso decir V.

Demonios, quería tatuar esa mierda en la frente del tipo para que Manello nunca se olvidara de que estaba totalmente tomada.

V encontró la carpeta y la abrió.

—Archivos electrónicos. ¿Dónde están?

—Borrados. ¿Quién… eres…?

—No importa quién soy. —Maldición, el hijoputa era tenaz. Por otra parte, no había conseguido ser el jefe de cirugía por ser del tipo chico tranquilo y florero—. ¿Quién más sabe algo de ésta foto?

—Jane.

El sonido del nombre dejando la boca del bastardo no puso a V en su momento más feliz, pero lo dejó pasar.

—¿Quién más?

—Nadie más que yo sepa. Intenté… enviarlas a Columbia. No… llegaron. ¿Quién eres tú…?

—El coco. —V examinó la mente del cirujano, por si acaso. Realmente no había nada allí. Hora de irse.

Excepto porque necesitaba saber una cosa más.

—Dime algo, Doc. Si una mujer está casada, ¿tratarías de seducirla?

El jefe de Jane frunció el ceño, entonces sacudió la cabeza lentamente.

—No.

—Bueno, quién lo hubiera imaginado. Ésa era la respuesta correcta.

Mientras V se dirigía a la puerta, deseó imponer un campo de minas detonantes en el cerebro del tipo, forjar todo tipo de conexiones neuronales para que si el bastardo pensaba en Jane sexualmente sintiera terror o náuseas o quizá se echara a llorar como un completo afeminado. A fin de cuentas, la instrucción adversa del impulso era una bendición cuando se trataba de desprogramar. Pero V no era *symphath*, así que sería difícil hacerlo sin una pérdida grave de tiempo, y además, esa clase de mierda podía probablemente llevar a alguien a la locura. Especialmente a alguien con una voluntad tan fuerte como la de Manello.

Le lanzó una última mirada a su rival. El cirujano lo estaba mirando confundido, pero sin miedo, sus oscuros ojos castaños eran agresivos e inteligentes. Era duro de admitir, pero en ausencia de V probablemente el hombre hubiera sido un buen compañero para Jane.

El bastardo.

Vishous estaba a punto de darse la vuelta cuando tuvo una visión tan gráfica y tan clara como las que tenía antes de que sus premoniciones se agotaran.

De hecho, no fue una visión. Fue una palabra. Y que por lo que sabía no tenía ningún sentido.

Hermano.

Extraño.

V anuló al doctor para dejarlo bien y limpio, y se desmaterializó.

Manny Manello puso los codos sobre el escritorio, se frotó las sienes, y gimió. El dolor de cabeza tenía su propio latido, y su cráneo parecía haberse vuelto una cámara de resonancia. Igualmente desagradable, también el dial de su cabeza estaba girando. Pensamientos aleatorios botaban por todas partes, en una ensalada revuelta de asuntos de poca importancia. Tenía que llevar al coche para que le hicieran el mantenimiento, necesitaba terminar de revisar las solicitudes de los residentes, le faltaba la de Sam Adams, el partido de béisbol que tenía programado ver la noche del lunes había sido cambiado al miércoles.

Era divertido, si miraba más allá del enjambre de nada en particular, tenía la sensación de que toda esa actividad estaba… escondiendo algo.

Por ninguna razón en concreto le llegó una imagen de la manta malva de ganchillo que colgaba en el respaldo del sofá malva del salón malva de su madre. La maldita cosa nunca era utilizada para dar calor, y que Dios te ayudara si tratabas de quitarla. El único propósito de la cosa era esconder una mancha de cuando su padre había volcado un plato de espaguetis franco-americanos por todas partes. A fin de cuentas, solo podías llegar hasta cierto punto con un bote de spray de Resolve[53], y esa mierda enlatada tenía tinte rojo número cinco en su composición. El cual no pegaba con el tono malva del tapizado.

Exactamente igual que esa manta, sus pensamientos dispersos estaban obstruyendo alguna clase de mancha en su cerebro, aunque maldito si sabía lo que era.

Se frotó los ojos y miró su Breitling. Las 2 a.m. pasadas.

Hora de irse a casa.

Mientras recogía sus cosas, tuvo la sensación de que había olvidado algo importante, y se quedó mirando el rincón de la izquierda del escritorio. Había un lugar libre de papeles allí, la madera granulada resaltaba en lo que por otra parte era un banco de nieve de trabajo.

El espacio vacío era del tamaño de una carpeta.

Algo había sido tomado de allí. Lo sabía. Solo que no podía darse cuenta de lo que era, y cuanto más lo intentaba más pulsaba su cabeza.

Caminó hacia la puerta.

Al pasar frente a su cuarto de baño privado, entró un momento, encontró el fiel frasco de Aspirina de quinientos miligramos y tomó dos.

Realmente necesitaba unas vacaciones.

[53] Es una marca de quitamanchas

CAPÍTULO 44

Quizás esa no era la mejor idea, pensó Phury mientras permanecía de pie en la puerta de la habitación contigua a la suya en la mansión de la Hermandad. Por lo menos los habitantes de la casa estaban ocupados con otros asuntos, así que no tendría que tratar con nadie todavía. Pero hombre, las cosas pintaban mal.

Mierda.

Al otro lado, Cormia estaba sentada sobre el borde de la cama, con esa cortina ajustada contra los pechos, sus ojos eran como dos canicas en una gran jarra de cristal. Estaba tan nerviosa, que quería llevarla de vuelta al Otro Lado, pero lo que le esperaba allí no era mucho mejor. No quería que tuviera que enfrentarse al pelotón de fusilamiento de la Directrix.

No iba a permitir esa mierda.

—Si necesitas algo, estaré justo en la puerta de al lado —se inclinó hacia afuera y señaló hacia la izquierda—. Supongo que puedes quedarte aquí un día o algo así, y descansar un poco. Tomarte un poco de tiempo para ti misma. ¿Te parece bien?

Asintió, y el cabello rubio cayó sobre su hombro.

Por ninguna razón en particular notó que era de un bonito color, especialmente a la tenue luz de la lámpara de noche. Le recordaba a la madera pulida de pino, de un rico y brillante amarillo.

—¿Te gustaría comer algo? —preguntó. Cuando negó con la cabeza, se dirigió hacia el teléfono y puso la mano sobre él—. Si tienes hambre, solo pulsa asterisco, cuatro y te pondrás en contacto con la cocina. Te traerán cualquier cosa que pidas.

Le echó un vistazo al teléfono, y volvió a mirarle.

—Estás a salvo aquí, Cormia. Nada malo puede sucederte…

—¿Phury?¿Has vuelto? —a través del vano de la puerta, la voz de Bella era una combinación de sorpresa y alivio.

Su corazón se detuvo. *Atrapado.* Y por la persona a la que le daba más miedo explicarle todo el asunto. Era peor que Wrath, por el amor de Dios.

Se recompuso antes de poder mirarla.

—Sí, volví por un ratito.

—Pensé que estabas... ¡Oh! Hola. —Bella le fustigó con la mirada antes de sonreír a Cormia—. Ah… mi nombre es Bella. ¿Y tú eres...?

Como no hubo respuesta, Phury dijo:

—Esta es Cormia. Es la Elegida con la que… me emparejé. Cormia, esta es Bella.

Cormia se puso de pie e hizo una profunda reverencia, su cabello casi rozaba el suelo.

—Su Gracia.

La mano de Bella se dirigió a su bajo vientre.

—Cormia, es un placer conocerte. Y por favor, no somos tan formales en esta casa.

Entonces hubo un momento de silencio, tan extenso como una autopista de seis carriles.

Phury se aclaró la garganta. Bueno, si esto no era incómodo...

Mientras Cormia miraba fijamente a la otra mujer, entendió toda la historia sin necesidad de palabras. Así que esa era la razón por la que el *Primale* no se había apareado. Esta era la mujer que realmente deseaba: su necesidad se percibía en la forma que sus ojos se centraban y permanecían sobre su figura, en la forma en que se le agravaba la voz y en la forma en que su cuerpo se calentaba.

Y estaba embarazada. Cormia desvío la mirada hacia al *Primale*. Estaba embarazada pero no de su hijo. Su expresión mientras la miraba desde el otro lado de la habitación, era de anhelo, no de posesión.

Ah, sí. Así que esta era la razón por la que había intervenido cuando el hijo del Bloodletter había cambiado de idea. El *Primale* quería separarse de esta mujer porque la deseaba y no podía tenerla.

Cambiaba su peso de un pie a otro mientras la miraba fijamente a través de la habitación. Luego, sonrió un poco.

—¿Cuántos minutos te quedan?

La hembra... Bella... le devolvió la sonrisa.

—Once.

—Tienes un largo viaje a través de la sala de las estatuas. Deberías empezar ya.

—No me va a llevar tanto tiempo.

Ambos se sostuvieron la mirada. El afecto y la tristeza iluminaban los ojos de ella. Y el leve rubor que teñía las mejillas de él sugería que encontraba lo que estaba mirando mucho más que hermoso**.**

Cormia tiró de la cortina hacia su barbilla, cubriéndose el cuello.

—¿Qué te parece si te acompaño a tu habitación? —preguntó Phury, acercándose y ofreciéndole el brazo—. De todas formas quiero ver a Z.

La hembra puso los ojos en blanco.

—Solo estás usando eso como excusa para meterme en la cama.

Cormia hizo una mueca de dolor cuando el *Primale* sonrió y murmuró.

—Sí, básicamente sí. ¿Cómo lo estoy haciendo?

La mujer rió y le puso la mano en la curva del codo. Con la voz ligeramente ronca dijo:

—Lo estás haciendo muy bien. Algo usual en ti... el hacer las cosas realmente bien. Estoy muy contenta de que estés aquí... sin importar cuanto tiempo te quedes.

El rubor de su rostro se hizo un poco más brillante. Entonces miró hacia Cormia.

—Voy a acompañarla, después estaré en mi habitación por si necesitas algo, ¿de acuerdo?

Cormia asintió y se quedó mirando como se cerraba la puerta detrás de ellos.

Al quedarse sola, se volvió a sentar en la cama.

Querida Virgen... Se sentía pequeña. Pequeña sobre el gran colchón. Pequeña en la gran habitación. Pequeña frente al elevado impacto de todos los colores y texturas que había a su alrededor.

Que era lo que había deseado, en verdad. Durante la ceremonia de presentación esto era exactamente lo que había deseado.

Excepto que ser invisible no era el bálsamo que había supuesto.

Mirando alrededor de la habitación era incapaz de comprender dónde estaba, y extrañaba su pequeño, blanco y seguro espacio en el Otro Lado.

Cuando habían llegaron del más allá, habían tomado forma en el dormitorio de al lado, el que él había dicho que era suyo. Lo primero que pensó fue que amaba el olor de ese lugar. Olía ligeramente a humo, con un oscuro y picante aroma que había reconocido como propio de él. Su siguiente pensamiento fue que la aglomeración de color, textura y forma era abrumadora.

Y eso fue antes de que la llevara al vestíbulo, y se quedara completamente rendida. En verdad, vivía en un palacio, el recibidor era tan grande como los templos más amplios del Otro Lado. El techo era casi tan alto como el cielo, las pinturas de guerreros en plena lucha

brillaban como las gemas, que sus ojos habían adorado. Cuando puso las manos sobre la barandilla de la galería y se reclinó sobre ella, la caída hasta el suelo de mosaicos que había debajo era aturdidora y emocionante.

Había estado pasmada mientras la conducía dentro de la habitación en la que ahora se encontraba.

Ya no sentía ese asombro. Ahora estaba conmocionada por la sobrecarga sensorial. El aire era raro de este lado, lleno de extraños olores, y lo sentía seco en su nariz. También se movía constantemente. Aquí había corrientes que rozaban su rostro, su cabello y la cortina que envolvía su cuerpo.

Miró hacia la puerta. También aquí había sonidos extraños. La mansión crujía a su alrededor, y ocasionalmente podía oír voces.

Acurrucándose, puso los pies debajo del cuerpo y miró hacia la elegante mesa que estaba a la derecha de la cama. No tenía hambre, pero si la tuviera no sabría qué pedir para comer. Y tampoco tenía ni idea de cómo usar ese objeto que él había llamado teléfono.

A través de la ventana, oyó un rugido y se volvió rápidamente hacia el sonido. ¿Habría dragones en este lugar? Había leído acerca de ellos, y aunque confiaba en Phury cuando dijo que estaba a salvo allí, la preocupaban los peligros que no podía ver.

¿Quizás eso era sólo el viento? También había leído acerca de eso antes, pero no podía estar segura.

Extendiendo la mano, cogió una almohada de raso que tenía pequeñas borlas en las cuatro esquinas. Sosteniéndola contra el pecho, acarició una de las sedosas tiras, tratando de calmarse con la sensación de los hilos resbalando por su mano una y otra vez.

Este era su castigo, pensó mientras sentía la habitación oprimiéndola e inundando sus ojos. Este era el resultado de querer salir del Otro Lado y encontrar su camino independientemente.

Estaba ahora donde había rezado por estar.

Y todo lo que deseaba era ir a casa.

CAPÍTULO 45

Jane estaba sentada en el rincón de la cocina con una taza fría delante de ella. Al otro lado de la calle el sol estaba asomando, sus rayos parpadeaban a través de las ramas de los árboles. Vishous había salido hacia unos veinte minutos, y antes de irse le había preparado el chocolate que acababa de terminarse.

Lo extrañaba con un dolor que no tenía ningún sentido, considerando cuánto tiempo habían pasado juntos durante la noche. Después de que V hablara con Manny, había regresado y le había asegurado que su jefe todavía estaba vivo con todos sus miembros unidos. Luego la había envuelto en sus brazos, abrazándola… y le había hecho el amor. Dos veces.

Sólo hacía un momento que se había ido, y el sol tenía que caer como una piedra antes de que pudiera volver a verlo.

Claro, había teléfonos, e-mail y mensajes de texto, y se encontrarían esa noche. Pero sin embargo sentía que no era suficiente. Deseaba dormir a su lado, y no sólo por unas pocas horas antes de que tuviera que ir a luchar o regresar a su casa.

Y hablando de logística… ¿qué debía hacer sobre la oportunidad en Columbia? Esto la alejaría aun más de él, pero ¿importaba? Él podía viajar a cualquier parte sin previo aviso. Aún así, parecía una mala idea estar demasiado lejos. Después de todo, ya le habían disparado una vez. ¿Y si la necesitara? Ella no podría simplemente aparecerse a su lado.

Excepto que entonces ¿qué iba a hacer acerca de ser su propia dueña en su profesión? La necesidad de mandar era parte de su composición química, e irse a Columbia seguía siendo la mejor apuesta, aunque podrían pasar cinco años o así antes de que la consideraran para una jefatura.

Asumiendo que todavía quisieran entrevistarla. Asumiendo que consiguiera el trabajo.

Jane miró la taza fría llena de rayas de chocolate.

La idea que se le ocurrió era una locura. Absolutamente una locura. La hizo a un lado como prueba de que su cabeza aun no regresaba a la normalidad.

Levantándose de la mesa, puso la taza en el lavaplatos, y fue a ducharse y cambiarse. Media hora después salió del garaje, y mientras se iba, un monovolumen estaba llegando por la entrada de coches de la casa de al lado.

Una familia. *Genial.*

Por suerte, el viaje al centro de la ciudad era un viaje fácil. Había poco tráfico cuando enfiló hacia la calle Trade, y encontró cada semáforo en verde hasta que llegó al del lado opuesto a las oficinas del *Caldwell Courier Journal*.

Mientras se detenía el móvil empezó a sonar. Sin duda su servicio de llamadas.

—Whitcomb.

—Hola, doctora. Es tu hombre.

Sonrió. Con una enorme y amplia mueca de satisfacción.

—Hola.

—Hola. —Hubo un sonido apagado de movimiento de sábanas, como si V se estuviera acomodando sobre la cama—. ¿Dónde estás?

—De camino al trabajo. ¿Dónde estás tú?

—Sobre mi espalda.

Oh, Jesús, solo podía imaginarse cuan bien luciría sobre sus sábanas negras.

—Así que… ¿Jane?

—¿Sí?

Su voz bajó de tono.
—¿Qué llevas puesto?
—El uniforme del hospital.
—Mmmmm. Eso es sexy.
Ella se rió.
—Está un paso por encima de llevar un saco.
—No sobre ti, no es así.
—¿Qué llevas puesto tú?
—Nada… y adivina donde está mi mano, doctora.
La luz cambió, y Jane tuvo que recordar cómo conducir. Con voz jadeante dijo:
—¿Dónde?
—Entre mis piernas. ¿Puedes adivinar que estoy haciendo?
Oh…dulce… Jesús. Mientras apretaba el acelerador, dijo:
—¿Qué?
Él contestó y casi se incrusta contra un coche aparcado.
—*Vishous...*
—Dime qué hacer, doctora. Dime lo qué debo hacer con mi mano.
Jane tragó con fuerza, aparcó… y le dio instrucciones detalladas.

Phury enrolló un poco de tabaco rojo, lamió el papel, y torció los bordes cerrándolos. Mientras lo encendía, se reclinó hacia atrás en las almohadas. Se había quitado la prótesis y ésta estaba apoyada contra la mesita de noche, y llevaba puesta una bata de seda azul real y rojo sangre. Su favorita.

Haber calmado un poco a Bella lo había tranquilizado un poco. Estar de vuelta lo había tranquilizado. Más tabaco rojo lo había tranquilizado.

Sacar a la Directrix fuera de la casa no lo había hecho.

Esa hembra había aparecido en la mansión aproximadamente una media hora después de que Cormia y él hubieran llegado desde el Otro Lado, y se subía por las paredes porque una de sus Elegidas se había perdido. Phury la había llevado a la biblioteca y en frente de Wrath le había explicado que todo estaba bien: que sólo había cambiado de opinión y había querido volver aquí por un momento.

La Directrix no estuvo encantada. Con una voz altiva que no le había salido bien, le había informado que como la representante de las Elegidas, exigía tener una conferencia con Cormia acerca de lo que había pasado en el Templo… con el propósito de determinar si la ceremonia de *Primale* estaba completa.

En ese momento Phury había decidido que no le gustaba. Sus ojos sagaces le habían dicho que sabía que no había habido sexo, y tenía la clara impresión que sólo quería detalles porque tenía toda la intención de culpar a Cormia.

Como si eso fuera a suceder. Con una sonrisa en el rostro, Phury había dejado caer la bomba P y le había recordado a la perra que como *Primale*, no debía rendirle cuentas a ella, y que Cormia y él regresarían al Otro Lado cuando le diera la maldita gana. Y ni un momento antes.

Irritada ni siquiera se acercaba a describir su reacción, pero la tenía entre la espada y la pared y ella lo sabía. Sus ojos habían estado escupiendo odio mientras le hacía una reverencia y se desmaterializaba.

Al infierno con ella, era su decisión, y estaba pensado seriamente en conseguir deshacerse de su culo. No estaba seguro de que hacer para conseguirlo, pero no quería a alguien así en el cargo. Era mala.

Phury inhaló y contuvo el humo rojo. No sabía cuanto tiempo mantener aquí a Cormia. Cristo, por lo que sabia, ya deseaba regresar. La única cosa que sabía con seguridad era que cuando volviera sería su decisión, no algo forzado por ese grupo de locas de las Elegidas.

¿En cuánto a él? Bueno… una parte de él todavía quería escaparse de la mansión, pero Cormia era una clase de amortiguador. Además, en algún momento regresarían al Otro Lado y se quedarían allí.

Exhaló y ausentemente se frotó la pierna derecha justo donde terminaba, debajo de la rodilla. Estaba irritada, como generalmente lo estaba al final de cada noche.

El golpe en la puerta lo sorprendió.

—Adelante.

Supuso quién era por la forma en que la cosa se abrió, suavemente y solo una rendija.

—¿Cormia? ¿Eres tú? —se sentó, tirando el edredón encima de sus piernas.

Asomó la cabeza rubia por el vano de la puerta, manteniendo su cuerpo fuera en el vestíbulo.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza. En la Antigua Lengua dijo:

—*¿Si no le ofende, puedo por favor entrar a sus aposentos, Su Gracia?*

—Claro. Y no tienes que ser formal.

Se deslizó adentro y cerró la puerta. Parecía tan frágil envuelta en toda esa tela blanca, más bien parecía una chiquilla, en lugar de una hembra que había atravesado el cambio.

—¿Qué va mal?

En lugar de contestarle, permaneció en silencio, mirando hacia abajo, y abrazándose a si misma.

—Cormia, habla conmigo. Dime qué te pasa.

Hizo una reverencia y habló desde esa posición.

—*Su Gracia, soy*…

—Sin formalidades. Por favor. —Empezó a salir de la cama, pero entonces se dio cuenta de que no llevaba puesta la pierna. Volvió a su lugar, no estando seguro de cómo se sentiría ella sabiendo que le faltaba una parte del cuerpo—. Simplemente habla conmigo. ¿Qué necesitas?

Se aclaró la garganta.

—Soy tu compañera, ¿no es así?

—Um… sí.

—Entonces, ¿no debería quedarme contigo, en tu habitación?

Arqueó las cejas.

—Pensé que sería mejor para ti, tener tu propia habitación.

—Oh.

Frunció el ceño. Seguramente no querría quedarse con él.

Cuando el silencio se extendió, pensó, bueno, evidentemente si quería.

Se sentía incómodo como el infierno cuando le dijo:

—Supongo, que si quieres… te puedes quedar aquí. Quiero decir, podríamos conseguir que traigan otra cama.

—¿Qué tiene de malo la que tienes?

¿Quería *dormir* con él? Porque… *Ah, seguro*.

—Cormia, no tienes que preocuparte porque la Directrix o cualquiera de las otras piensen que no estás cumpliendo con tu deber. Nadie va a saber qué haces aquí.

O no hacía, como era el caso.

—No es eso. El viento… por lo menos, creo que debe ser el viento… golpea la casa, ¿no es así?

—Bueno, sí, en este momento esta algo tormentoso. Pero estamos rodeamos por una gran cantidad de piedra.

Esperó que continuara y cuando no lo hizo, lo entendió. Hombre, era un bastardo ignorante, ¿verdad? La había sacado del único ambiente que había conocido alguna vez y la había dejado caer en un mundo completamente nuevo. Se agitaba por cosas que él tomaba como normales. ¿Cómo podría sentirse segura cuándo no sabía cuales sonidos eran peligrosos y cuáles no?

—Escucha, ¿quieres quedarte aquí? Eso está bien para mí. —Miro a su alrededor, intentando deducir dónde colocar un catre—. Hay bastante sitio en la habitación para un catre.

—La cama está bien para mí.

—Sí, yo dormiré en el catre.

—¿Por qué?

—Porque preferiría no dormir en el suelo. —Había un espacio entre dos de las ventanas. Podría hacer que Fritz…

—Pero la cama es lo bastante grande para ambos.

Lentamente Phury giró la cabeza hacia ella. Entonces parpadeó.

—Ah… sí.

—Debemos compartirla. —Todavía tenía los ojos bajos, pero había una intrigante insinuación de fuerza en su voz—. Y entonces, por lo menos podré decirles que yací a tu lado.

Oh, así que era eso.

—De acuerdo.

Ella asintió y fue hacia el lado opuesto. Después de deslizarse entre las sábanas, se hizo un ovillo y lo enfrentó. Lo qué fue una sorpresa. Como lo fue el hecho de que no apretara los ojos y fingiera dormir.

Phury apagó el cigarrillo y calculó que les haría a ambos un favor y dormiría encima de las sábanas. Pero necesitaba ir al baño antes de dormir.

Mierda.

Bien, tarde o temprano, iba a tener que enterarse sobre su pierna.

Apartó el edredón a un lado, alcanzó el bastón, y se puso de pie. Cuando escuchó que su respiración siseaba y sintió sobre sí su mirada fija, pensó: *Dios, debe estar horrorizada.* Como Elegida estaba acostumbrada a la perfección.

—No tengo la parte baja de la pierna. —*Bueno, obvio*—. Aunque no es un problema.

Con tal de que la prótesis se ajustara correctamente y funcionara bien.

—Vuelvo enseguida. —Fue un alivio cerrar la puerta del baño. Se demoró más tiempo del que normalmente empleaba cepillando sus dientes, usando el hilo dental y el retrete. Cuando empezó a reacomodar las tiritas y los Motrin en el botiquín, supo que tenía que salir.

Abrió la puerta.

Estaba justo como la había dejado, en el mismo borde de la cama, de frente a él y con los ojos abiertos.

Mientras caminaba a través de la habitación, deseó que dejara de mirarlo. Sobre todo cuando se estiró encima del edredón y la bata no le cubrió la pierna. Tirando de la esquina del edredón para ponérselo encima, trato de acomodarse.

Esto no iba a funcionar. Tenía frío si sólo se cubría la parte de abajo.

Con una rápida mirada midió el espacio de colchón entre ellos. Grande como un campo del fútbol. Con tanto espacio, bien podría haber estado en otra habitación.

—Voy a apagar la luz.

Cuando ella alzó y bajo la cabeza sobre la almohada, apagó la lámpara… y se deslizó bajo las mantas.

En el negro vacío yació rígidamente a su lado. *Jesús…* Nunca antes había dormido con nadie. Bueno excepto por aquella vez durante la necesidad de Bella, con V y Butch, pero eso había sido porque todos cayeron desmayados. Además, eran machos, mientras que… bien, Cormia definitivamente no era un macho.

Hizo una profunda inspiración. Sí, su esencia a jazmín era una tentación mortal.

Cerrando los ojos, estaba dispuesto a apostar que estaba tan tiesa y encogida como él mismo. Hombre, este iba a ser un largo día. Debió haber continuado con su idea de colocar un catre.

CAPÍTULO 46

—Vishous, ¿podrías dejar de sonreír de esa forma? Estás empezando a enloquecerme.

V le hizo a Butch una seña obscena levantando el dedo medio de la mano a través de la mesa de la cocina de la mansión y volvió a su café. La noche llegaría pronto, lo que significaba que en… veintiocho minutos… sería libre.

Al segundo en que saliera, iba a ir a casa de Jane y montar alguna mierda romántica. No estaba seguro de qué, quizás flores o algo así. Bueno, flores y le instalaría ese sistema de seguridad. Porque nada decía te amo como un montón de mierda de detectores de movimiento.

Dios, estaba sacudido. De verdad.

Le había dicho que llegaría a casa alrededor de las nueve, entonces se figuraba que engalanaría el dormitorio un poco y luego se quedaría con ella hasta medianoche.

Salvo que de esa forma sólo le quedarían cinco horas para cazar.

Butch hizo crujir la sección de deportes, se agachó para besar a Marissa en el hombro, y luego regresó al *CCJ*[54]. En respuesta ella le echó un vistazo por encima de los documentos de Lugar Seguro, acarició su brazo, y volvió a lo que estaba haciendo. Tenía una marca fresca de mordedura en el cuello y el resplandor de una mujer muy satisfecha en el rostro.

V hizo una mueca de dolor y bajó la vista hacia su café, acariciándose la perilla. Jane y él nunca tendrían eso, pensó, porque nunca iban a vivir juntos. Aun si él estuviera fuera de la Hermandad, no podría quedarse en su casa durante las horas del día, por el asunto del sol y el que ella viniera aquí no era una opción por diferentes razones de exposición: ya era suficiente riesgo que supiera de la existencia de su raza. Más contacto, más detalles, más tiempo en contacto con la Hermandad no era inteligente ni seguro.

Mientras V acunaba la taza y se reclinaba hacia atrás en la silla, se preocupó por el futuro. Jane y él estaban bien juntos, pero las separaciones forzadas iban a cobrarse su precio. Ya podía sentir la tensión cuando pensaba en el adiós que tendría que ocurrir esta noche.

La deseaba tan cerca como a su propia piel, las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Su voz en el teléfono, era mejor que nada, pero no era suficiente para satisfacerlo completamente. ¿Pero cuáles eran sus otras opciones?

Hubo otro crujido de papel cuando Butch manoseó el *CCJ*. Cristo, manejaba el periódico horriblemente, siempre arrugaba las páginas y arrugaba los pliegues. Era lo mismo con las revistas. Butch más que leerlas las destruía con las manos.

Durante el proceso de aterrorizar a un artículo acerca del entrenamiento de primavera, Butch volvió a mirar a Marissa, y V supo que los dos iban a desaparecer pronto… pero no porque hubieran terminado el café.

Era gracioso, sabía lo que iba a pasar por extrapolación, no por un la segunda visión o porque pudiera leer sus mentes. Butch estaba emanando el aroma de la vinculación, y Marissa amaba estar con su macho. No era como si V tuviera una visión de ellos terminando encerrados en la despensa del mayordomo o de vuelta a la cama en el Pit.

Los pensamientos de Jane eran los únicos que podría leer, pero sólo en ocasiones.

Se frotó el centro del pecho y pensó en lo que la Virgen Escriba le había dicho… que las visiones y las habilidades de premonición estaban oscurecidas debido a una encrucijada en su propia vida, y que cuando la solucionara estas regresarían. El asunto era, que ahora tenía

[54] Caldwell Courier Journal.

a Jane, de modo qué ¿no había pasado ya esa parte? Había encontrado a su hembra. Estaba con ella. Fin de la historia.

Bebió más café. Siguió frotándose.

La pesadilla había regresado de nuevo esta mañana.

Como ya no podía endilgarle esa mierda de secuencia de tiros al estrés postraumático, decidió que ahora era una alegoría, su subconsciente agitándose por el hecho de que aun se sentía fuera de control en su vida. Porque enamorarse provocaba eso.

Eso tenía que ser el por qué. Debía ser.

—Diez minutos —susurró Butch en la oreja de Marissa—. ¿Puedo tener diez minutos contigo antes de que te vayas? Por favor, cariño…

V puso los ojos en blanco y se sintió aliviado de sentirse molesto por la rutina de amantes cariñosos. Por lo menos no toda su testosterona se había evaporado.

—¿Por favor… cariño?

V tomó un sorbo de la taza.

—Marissa, tírale al tonto bastardo un hueso, ¿vale? La sonrisa tonta me saca de quicio.

—Bueno, no podemos permitirlo, ¿verdad? —Marissa juntó sus papeles con una risa y le lanzó una mirada a Butch—. Diez minutos. Y será mejor que hagas que valgan la pena.

Butch estuvo fuera de la silla como si la cosa estuviera en llamas.

—¿No lo hago siempre?

—Mmm… sí.

Cuando juntaron sus labios, V resopló.

—Divertíos chicos. En alguna otra parte.

Acababan de irse cuando Zsadist entró en una carrera de muerte.

—Mierda. Mierda… mierda…

—¿Qué pasa, hermano?

—Tengo clase y voy con retraso. —Zsadist agarró una rodaja de pan, una pierna de pavo del frigorífico y un cuarto de galón de helado del congelador—. Mierda.

—¿Eso es tu desayuno?

—Cállate. Es sólo un sándwich de pavo.

—El helado Rocky Road no sirve como mayonesa, hermano.

—Da igual —dijo yendo directamente hacia la puerta—. Oh, a propósito, Phury esta aquí de nuevo, y trajo a esa Elegida con él. Imaginé que querrías saberlo en caso de que veas una hembra desconocida deambulando por los alrededores.

Whoa. Sorpresa.

—¿Cómo está?

Zsadist hizo una pausa.

—No lo sé. Es muy hermético sobre esa mierda. Realmente no es muy comunicativo. El bastardo.

—Oh, ¿y tú eres un candidato para *The View*?

—Después de ti, Bahbwa.

—*Touché*. —V sacudió la cabeza—. Hombre, estoy en deuda con él.

—Sí, lo estás. Todos lo estamos.

—Espera, Z. —V le arrojó la cuchara que había usado para poner azúcar en el café a través de la habitación—. Vas a necesitar esto, seguro.

Z cogió la cosa al vuelo.

—Ah, lo hubiera echado en falta. Gracias. Hombre, tengo a Bella en el cerebro todo el tiempo, ¿me entiendes?

La puerta de servicio se cerró.

En el silencio de la cocina V tomó otro trago de su taza. El café ya no estaba caliente, su calidez se había disipado. En otros quince minutos estaría helado.

Imbebible.

Sí… sabía lo duro que era estar pensando en tu hembra todo el tiempo.

Lo sabía de primera mano.

Cormia sintió la cama moverse cuando el *Primale* se dio la vuelta. Una vez más.

Había sido así por horas y horas. No había dormido en todo el día, y estaba segura de que él tampoco. A menos que se moviera mucho cuando estaba en reposo.

Soltó un murmullo y se movió bruscamente, agitando sus pesadas extremidades. Era como si no pudiera ponerse cómodo, y le preocupaba que ella lo incomodara de alguna forma… aunque no le quedaba claro el cómo. Se había quedado quieta desde que había entrado.

Sin embargo, era extraño. Se sentía reconfortada con su presencia a pesar de su inquietud. Había algo tranquilizante en saber que estaba al otro lado de la cama. Se sentía segura con él, aunque no lo conociera.

El *Primale* se sacudió de nuevo, gimió y…

Cormia saltó cuando la mano de él aterrizó sobre su brazo.

Igual que él. En forma de gruñido bajo hizo una especie de sonido inquisidor con la garganta, luego movió la palma de la mano de arriba abajo, como si intentara deducir quien estaba en la cama con él.

Esperó que se apartara.

En cambio la aferró.

Los labios de Cormia se abrieron por la conmoción cuando hizo un ruido profundo con la garganta y se arrastró a través de las sábanas, la mano pasó de su brazo a la cintura. Como si hubiera pasado algún tipo de prueba rodó hacia ella, un pesado muslo se presionó contra los suyos, algo duro empujó contra su cadera. La mano comenzó a moverse, y antes de que se diera cuenta su ropa se aflojó y luego se desprendió de su cuerpo.

Gruñó con más fuerza y tiró de su cuerpo hacia él, tanto que ahora su dura longitud reposaba sobre sus muslos. Jadeó, pero no hubo tiempo para reaccionar o pensar. Los labios le encontraron la garganta y chuparon su piel, causando que su cuerpo se calentara. Y luego el cuerpo de él comenzó a moverse. El ondular hacia arriba y hacia bajo provocó que algo agradable brotara y vibrara entre sus piernas, algo oscuro y anhelante se desplegó en su vientre.

Sin previo aviso, la sujetó con ambos brazos y la hizo rodar sobre la espalda, el lustroso cabello cayéndole sobre el rostro. Colocó un grueso muslo entre los suyos, y se puso encima de ella, iba y venía acariciándola con lo que sabía que era su sexo. Se veía enorme sobre ella, pero no se sentía atrapada o asustada. Lo que fuera que estaba pasando entre ellos era algo que deseaba. Algo… que ansiaba.

Tentativamente puso las manos en su espalda. Los músculos a lo largo de su columna eran enormes, y ondeaban bajo el satén de la bata con cada empuje y retirada. Gruñó nuevamente cuando lo tocó, como si le gustaran sus manos sobre él, y justo cuando se preguntaba como se sentiría su piel desnuda se alzó y se desvistió.

Entonces se apoyó sobre un costado, tomó su palma en la suya, y la puso entre sus cuerpos. Sobre él.

Ambos jadearon cuando entraron en contacto, y ella tuvo un instante de puro asombro ante el calor, la dureza y el tamaño de él... también por la suavidad de su piel... y el poder que parecía descansar en esa parte de su carne. Lo agarró por reflejo cuando un estremecedor rayo de fuego le atravesó los muslos.

Excepto que entonces él grito y sus caderas empujaron hacia adelante y lo que estaba en su mano empezó a sacudirse. Cálidas explosiones se dispararon desde alguna parte y cubrieron su vientre.

Oh, querida Virgen, ¿le había herido?

Phury se despertó encima de Cormia, con su mano en la polla y un orgasmo en plena marcha. Intentó detener su cuerpo, forcejeando para tomar las riendas sobre las corrientes eróticas que restallaban a través de él, pero no pudo detener el impulso, incluso aunque era consciente de que se estaba corriendo encima de ella.

En el instante que las sensaciones hubieron pasado, se retiró. Y entonces todo se puso mucho peor.

—Lo siento mucho —dijo, mirándole fijamente con horror.

—¿Por qué? —mierda, su voz estaba muerta. Y era el único que debería estar disculpándose.

—Te herí... hasta que sangraste.

Oh, dulce Jesús.

—Ah… no es sangre.

Apartó el edredón a un lado para poder levantarse, dándose cuenta de que estaba totalmente desnudo, y tuvo que revolver la ropa de cama para encontrar la bata. Se puso de un tirón la maldita cosa, tomó el bastón, y salió de la cama, dirigiéndose al baño a por una toalla.

Cuando regresó junto a ella, sólo podía imaginar cómo desearía quitarse esa cosa. Había montado un lío tremendo.

—Permíteme… —avistó la cortina en el suelo. Oh, genial, también estaba desnuda. *Fantástico—.* De hecho, tal vez deberías limpiarte.

Miro hacia otro lado y le ofreció la toalla.

—Toma esto. Úsala.

Por el rabillo del ojo la miró frotarse torpemente bajo el edredón, y se vio inundado por el odio hacia sí mismo. *Jesucristo… Era un libertino.* Agobiando a la pobre hembra.

Cuando le devolvió la toalla, le dijo:

—No puedes quedarte conmigo. No es correcto. Durante el tiempo que estemos aquí, usaras la otra habitación.

Hubo una ligera pausa. Luego le dijo:

—Sí, Su Gracia.

CAPÍTULO 47

Al caer la noche, John estaba bajo tierra, en el gimnasio, alineado con el resto de los alumnos, con una daga en la mano derecha, los pies plantados en posición de preparados. Cuando Zsadist silbó entre dientes, John y los demás comenzaron a ejecutar el ejercicio. Golpe del arma a través del pecho, cortar atrás en ángulo, un paso adelante y puñalada arriba bajo las costillas.

—¡John, permanece atento!

Mierda, estaba jodiéndolo todo. Otra vez. Sintiéndose totalmente ciego y en su mayor parte inútil, trató de encontrar el ritmo de las posiciones, pero su equilibrio estaba como la mierda y sus brazos y piernas, simplemente, no se comportaban.

—John… solo detente. —Zsadist vino se puso detrás de él y le movió los brazos. Otra vez—. Vamos a hacerlo otra vez. Señoritas, de vuelta a la posición de preparados.

John se situó, esperó al silbido… y lo estropeó todo. Otra vez.

Esta vez cuando Zsadist se acercó, John no pudo mirar al hermano a la cara.

—Vamos a intentar algo. —Z tomó la hoja y la puso en la mano izquierda de John.

John sacudió la cabeza. Era diestro.

—Solo inténtalo. ¿Señoritas? Hagámoslo.

Otra posición de preparados. Otro silbido. Otra cagada...

Oh, pero esta vez no. Milagrosamente, el cuerpo de John cayó en la serie de posiciones como un acorde de piano perfecto. Todo estaba sincronizado, sus brazos y piernas iban donde debían ir, la daga controlada perfectamente en la mano, sus músculos uniéndose y trabajando juntos.

Cuando la instrucción acabó, sonrió. Hasta que se topó con los ojos de Z. El hermano le estaba mirando fijamente con una expresión de extrañeza, pero entonces pareció reaccionar.

—Mejor, John. Mucho mejor.

John miró a la daga que tenía en la mano. Tuvo un breve y doloroso recuerdo de acompañar a Sarelle hasta su coche un par de días antes de que fuera asesinada. Mientras había estado a su lado había deseado tener una daga, había sentido como su palma era demasiado ligera sin una. En ese entonces, había sido su mano derecha. ¿Por qué el cambio brusco después de la transición?

—Otra vez señoritas —gritó Z.

Hicieron la secuencia veintitrés veces más. Luego trabajaron en otro ejercicio, donde tenían que apoyarse sobre una rodilla y embestir hacia arriba. Z patrullaba la línea, corrigiendo posiciones, ladrando órdenes.

No tuvo que dirigirse a John otra vez. Todo había caído en su lugar, explotada la veta, extraído el oro.

Cuando la clase terminó John se dirigió a los vestuarios, pero Z le llamó y lo guió hacia la sala de equipamiento, hacia el armario cerrado donde se guardaban las dagas de entrenamiento.

—Desde ahora, usarás esta —Z le entregó una que tenía una empuñadura azul—. Calibrada para una mano izquierda.

John la probó y se sintió aún más fuerte. Estaba por dar las gracias al hermano cuando frunció el ceño. Z le estaba mirando con la misma expresión de extrañeza que había tenido en el gimnasio.

John se metió la hoja en el cinturón del *ji* y habló por señas.

¿Qué? ¿No estoy en buena posición?

Z frotó una mano sobre su rasurado cráneo.

—Pregúntame cuantos luchadores son zurdos.

John dejó de respirar, sobreviniéndole un extraño sentimiento.

¿Cuántos?

—Solo he conocido uno. Pregúntame quien era.

¿Quién era?

—Darius. D era zurdo.

John se miró fijamente la mano izquierda. Su padre.

—Y te mueves como él —murmuró Z—. Es jodidamente misterioso, para ser honesto. Es como si le estuviera mirando a él.

¿De verdad?

—Si. Era fluido. Como tu. En fin. Da igual. —Z lo palmeó en el hombro—. Zurdo. Vete tu a saber.

John miró salir al hermano, luego volvió a mirar su palma.

No por primera vez, se preguntó cual sería la apariencia de su padre. Como sonaba. Como actuaba. Dios, lo que no daría por algo de información sobre el macho.

Quizás algún día podría preguntar a Zsadist. Pero tenía miedo de emocionarse.

Si solo hubiera otra manera.

Jane aparcó el coche en el garaje y maldijo a la vez que apagaba el motor. Once treinta y cuatro. Llegaba dos horas y media tarde para encontrarse con V en su casa.

Se había dado un ejemplo de situación de salida retrasada. Tenía el abrigo puesto y el bolso preparado, pero en el camino a la puerta toda clase de personal médico se le había acercado haciendo pregunta tras pregunta. Después uno de los pacientes había empeorado en el box, y había tenido que examinar a la mujer, luego hablar con la familia.

Había enviado un mensaje de texto a Vishous diciéndole que se le había complicado. Y luego otro cuando tuvo que quedarse aún más tiempo. Él había contestado diciendo que estaba todo bien. Pero después le había vuelto a llamar cuando estaba atascada en un desvío de camino a casa, y había salido el buzón de voz.

Salió del coche mientras la puerta del garaje se cerraba suavemente. Estaba emocionada por ver a Vishous, pero también estaba exhausta. Habían pasado la noche anterior haciendo un montón de cosas que no implicaban dormir, y había tenido un largo día.

Mientras entraba por la cocina dijo:

—Lo siento tanto, llego tarde.

—Está bien —dijo desde la sala.

Se asomó por la esquina… y se detuvo. Vishous estaba sentado en el sofá en la oscuridad, con las piernas cruzadas. Su chaqueta de cuero estaba junto a él, y también un ramo envuelto de lirios de cala. Estaba quieto como un lago congelado.

Mierda.

—Hola —dijo mientras dejaba el abrigo y el bolso sobre la mesa de comedor de sus padres.

—Hey. —Descruzó los muslos y plantó los codos en las rodillas—. ¿Todo va bien en el hospital?

—Si. Solo ocupado. —Se sentó cerca de las flores—. Son encantadoras.

—Las cogí para ti.

—Lo siento mucho…

La detuvo con la mano.

—No tienes que sentirlo. Puedo imaginar como es.

Mientras lo analizaba, sabía que no estaba intentado culparla o algo; solo estaba decepcionado. Lo cual la hacía sentirse peor. Si hubiera sido irracional, seria otra cosa, pero esta tranquila resignación de un hombre tan poderoso como él era difícil de soportar.

—Pareces cansada —dijo—. Creo que lo más amable que puedo hacer es ponerte en la cama.

Ella se recostó y acarició suavemente una de las flores con el índice. Le gustaba que no fuera común, con rosas o incluso la variedad blanca de lirios de cala. Estos eran de un profundo tono melocotón. Inusuales. Hermosos.

—He pensado en ti todo el día. Mucho.

—¿Lo hiciste? —aunque no estaba mirándole, sintió la sonrisa en su voz—. ¿En que pensabas?

—En todo. En nada. En cuánto desearía dormir contigo cada noche.

No le dijo que había rechazado la oportunidad de Columbia. Dejarla ir no le sentó bien, pero bueno, hacer una prueba para conseguir una posición en Nueva York, donde tendría incluso más responsabilidades, no parecía una cosa inteligente que hacer si la meta era pasar más tiempo, no menos, con V. Todavía quería estar a cargo, pero tenias que sacrificar cosas en la vida para conseguir lo que querías. Y la idea de que podías tenerlo todo era una falacia.

Un bostezo surgió por su garganta y abrió la boca. Mierda, estaba cansada.

V se puso de pie y estiró la mano.

—Ve arriba. Puedes dormir a mi lado durante un rato.

Se permitió ser guiada escaleras arriba, desnudada y empujada a la ducha. Esperó que se le uniera, pero negó con la cabeza.

—Si empiezo con esa mierda, voy a mantenerte levantada durante las siguientes dos horas. —Sus ojos se pegaron a sus senos y destellaron iluminándose—. Oh… Cristo… Yo solo… Joder, te esperaré fuera.

Sonrió mientras él cerraba la puerta de cristal de la ducha y su gran forma negra se dirigía majestuosamente hacia el dormitorio. Diez minutos después salió, restregada, dientes lavados, cepillada y vistiendo uno de sus camisones.

Vishous había estirado el edredón, arreglado las almohadas y apartado las sábanas.

—Dentro —ordenó.

—Odio obedecer órdenes —murmuró.

—Pero lo harás por mí. En ocasiones. —Le palmeó el trasero ligeramente mientras se deslizaba dentro—. Ponte cómoda.

Ella lo arregló todo como quería mientras él daba la vuelta y se tumbaba encima de la cama. Cuando empujó el brazo debajo de su cabeza y se arrimó, pensó, Dios, huele bien. Y la tranquilizadora mano que le recorría la cintura arriba y abajo se sentía divina.

Después de un rato dijo en la oscuridad.

—Hoy perdimos a un paciente.

—Mierda, lo siento.

—Si… no había modo de salvarla. A veces sencillamente lo sabes, y ¿con ella? lo supe. Aún así hicimos todo lo que pudimos, pero todo el tiempo… si, todo el tiempo sabía que no íbamos a salvarla.

—Debe ser duro.

—Terrible. Fui yo quien le dijo a la familia que se iba, pero por lo menos consiguieron estar allí cuando pasó, lo cual fue bueno. ¿Cómo mi hermana? Hannah murió sola. Odio eso. —

Jane se imaginó a la mujer joven cuyo corazón había fallado en el box—. La muerte es extraña. La mayoría de la gente piensa que es una clase de cosa de encendido y apagado, pero más a menudo es un proceso, realmente como cerrar una tienda al final del día. En su mayor parte las cosas fallan de una manera predecible, hasta que finalmente la última luz del lugar se apaga y la puerta se cierra. Como doctor puedo saltar dentro y parar la progresión curando heridas o dando más sangre o forzando al cuerpo a regular sus funciones con drogas. Pero a veces… a veces el tendero solo sale, y no puedes detenerle, no importa lo que hagas. —Rió avergonzada—. Lo siento, no quería ponerme morbosa.

Le acarició el rostro con la mano.

—No lo eres. Eres asombrosa.

—Estás influenciado —dijo, antes de bostezar tanto que su mandíbula crujió.

—Estoy en lo correcto. —Le besó la frente—. Ahora duerme.

Debió haber seguido sus órdenes, porque algo después le sintió moverse.

—No te vayas.

—Tengo que hacerlo. Patrullo el centro.

Se puso de pie, un gigante de hombre… er, macho, su oscuro cabello capturando la débil luz de las farolas que había en la calle delante del apartamento.

Una ola de tristeza la inundó, y cerró los ojos.

—Hey —dijo , sentándose a su lado—. Nada de eso. No estamos tristes. ¿Tú y yo? No estamos tristes. No practicamos la tristeza.

Rió con un sonido estrangulado.

—¿Cómo sabías lo que estaba sintiendo? ¿O me veo tan patética?

Se dio golpecitos en la nariz.

—Puedo olerlo. El olor es como la lluvia de la primavera.

—Odio esta mierda del adiós.

—Yo también. —Se inclinó y le acarició la frente con los labios —. Aquí. —Se encogió de hombros sacándose la camisa de manga larga, hizo una bola y la puso bajo su mejilla—. Finge que soy yo.

Aspiró profundamente, captó el olor de la vinculación y se calmó un poco. Mientras se ponía de pie se veía tan fuerte vestido con solo una camiseta de tirantes, invencible, como un superhéroe. Y aún así respiraba.

—Por favor… ten cuidado.

—Siempre. —Se inclinó y la besó otra vez—. Te amo.

Mientras se apartaba ella se estiró y le agarro del brazo. Las palabras fallaron, pero el silencio dijo bastante.

—Odio la partida también —replicó bruscamente—. Pero volveré. Lo prometo.

Volvió a besarla y luego se dirigió a la puerta. Mientras le escuchaba bajar las escaleras para coger el abrigo, sostuvo su camisa contra el rostro y cerró los ojos.

Con un jodido mal sentido de la oportunidad, la puerta del garaje del apartamento de al lado empezó a retumbar mientras se elevaba. A medio camino, se atascó, el motor gimoteando lo suficientemente fuerte para hacer que la cabecera vibrara.

Le dio un puñetazo a la almohada y se dio la vuelta, preparada para chillar.

Vishous no era un excursionista feliz mientras se colocaba el arnés donde enfundaba las dagas. Estaba distraído, vagamente enfadado, excitado como la mierda, sentía una desesperada necesidad de fumar y recuperar la cordura antes de ir al centro. Se sentía

totalmente descentrado, como si tuviera una pesada mochila de excursionista colgada de un solo hombro.

—¡Vishous! ¡Espera! —la voz de Jane vino desde arriba justo cuando iba a desmaterializarse—. ¡Espera!

Bajó a saltos la escalera y giró rápidamente en la esquina, su camisa la hacía parecer más pequeña, las puntas llegándole casi hasta las rodillas.

—Qué…

—Tengo una idea. Es una locura. Pero también es inteligente. —Con las mejillas coloreadas y los ojos encendidos con un propósito, era la cosa más hermosa que había visto en su vida—. ¿Qué tal si me mudo contigo?

Él sacudió la cabeza.

—Me gustaría que lo hicieras, pero…

—Y funcionaría como la cirujana privado de la Hermandad.

Santa… mierda.

—¿Qué?

—Deberíais tener uno in situ. Dijiste que había complicaciones con ese tipo, Havers. Bien, yo podría solucionarlas. Puedo contratar a una enfermera para ayudar, mejorar las instalaciones, y estar al cargo. Dijiste que hay al menos tres o cuatro heridas por semana dentro de la Hermandad, ¿correcto? Además, Bella está embarazada y probablemente habrá más bebés en el futuro.

—Jesús… Sin embargo, ¿estarías dispuesta a dejar el hospital?

—Si, pero conseguiría algo a cambio.

Él se sonrojó.

—¿A mi?

Ella rió.

—Bueno, si. Por supuesto. Pero hay algo más.

—¿Qué?

—La oportunidad de estudiar sistemáticamente a tu raza. Mi otro gran amor es la genética. Si puedo pasar las siguientes dos décadas arreglándoos a vosotros, chicos y catalogando las diferencias entre humanos y vampiros, diría que mi vida había sido bien aprovechada. Quiero saber de donde venís y como funcionan vuestros cuerpos y por qué no tenéis cáncer. Hay cosas importantes para aprender, Vishous. Cosas que podrían beneficiar a ambas razas. No estoy hablando de vosotros como cobayas… Bien, supongo que si. Pero no de manera cruel. No en la manera desapegada en que pensaba antes. Te amo y quiero conocerte.

La miró fijamente y se quedo mucho tiempo sin respirar.

Ella hizo una mueca y dijo:

—Por favor di s…

La aplastó contra su pecho.

—Si. Si… si Wrath está de acuerdo y tu estás bien con ello… *si*.

Le rodeó la cintura con los brazos y apretó fuertemente.

Mierda, se sentía como si estuviera volando. Estaba entero, pleno, completo en mente, corazón y cuerpo, todas sus pequeñas cajas dispuestas apropiadamente, ese cubo de Rubik recién-salido-del-envoltorio, en perfectas condiciones.

Estaba a punto de ponerse meloso cuando sonó su teléfono. Con una maldición lo soltó del cinturón y ladró.

—Qué. En lo de Jane. ¿Quieres encontrarte conmigo aquí? ¿Justo ahora? Si. Joder. Ok, te veo en dos segundos, Hollywood. —Cerró el *Razr*—. Rhage.

—¿Crees que seremos capaces de montar una mudanza para mi?

—Sip, lo creo. Francamente, Wrath se sentiría mucho más cómodo si estuvieras en nuestro mundo. —Le recorrió la mejilla con los nudillos—. Y yo también lo estaría. Nunca pensé que renunciarías a tu vida.

—Si, bien. No estoy renunciando a ella. Voy a vivirla un poco diferente, pero no renunciaré a ella. Quiero decir… realmente no tengo muchos amigos —*excepto Manello*— y no hay nada que me ate… De todas formas estaba lista para abandonar Caldwell por Manhattan. Además… voy a ser más feliz contigo.

La miró a la cara, amando los fuertes rasgos, el cabello corto y los penetrantes ojos verde bosque.

—Nunca te lo hubiera pedido, sabes… que te deshicieras de todo lo que tienes aquí por mí.

—Esa es solo otra de las razones por las que te amo.

—¿Me dirás las otras más tarde?

—Quizás. —Deslizó una mano entre sus piernas, sacudiéndolo como la mierda y haciéndolo jadear—. Quizás te las muestre, también.

Le cubrió la boca con la suya y le metió la lengua dentro mientras la apoyada contra la pared. No le importaba si Rhage esperaba en el césped delantero un extra…

Su teléfono sonó. Y siguió sonando.

V levantó la cabeza y miró a través de la ventana que estaba junto a la puerta delantera. Rhage estaba en el césped delantero, el teléfono en la oreja, devolviéndole la mirada. El hermano fingió comprobar su reloj, entonces levantó el dedo corazón hacia V.

Vishous golpeó con el puño en el pladur y se apartó de Jane.

—Volveré al final de la noche. Estate desnuda.

—¿No preferirías desnudarme tú?

—No, porque destrozaría esa camisa, y quiero que duermas con ella cada noche hasta que estés en mi cama, junto a mi. Estate. Desnuda.

—Veremos.

Su cuerpo entero palpitó ante la insubordinación. Y ella lo sabía, su mirada era apasionada y erótica.

—Dios, te amo —le dijo.

—Lo se. Ahora corre y mata algo. Te estaré esperando.

Le sonrió.

—No podría amarte más aunque lo intentara.

—Lo mismo digo.

La besó y se desmaterializó fuera al lado de Rhage, asegurándose de que el *mhis* estuviera en el lugar. *Oh, genial*. Estaba lloviendo. Hombre, preferiría mucho más estar calentito con Jane que afuera con su hermano, y no pudo evitar dispararle una corta mirada enfurecida a Rhage.

—¿Como si otros cinco minutos fueran a matarte?

—Por favor. Si empezabas a andar por ese camino con tu hembra hubiera estado aquí hasta el verano.

—Estás dicien…

V frunció el ceño y miró al apartamento junto al de Jane. La puerta del garaje estaba atascada a la mitad, dejando ver el resplandor de las luces de freno. Se sintió el golpe de la puerta del coche, entonces la brisa acarreó un levísimo olor dulzón, como si azúcar impalpable hubiera sido espolvoreada en el frío viento.

—Oh… Dios, *no*.

En ese mismo momento Jane abrió la puerta delantera y salió corriendo, con su chaqueta de cuero en la mano, su camisa fluyendo detrás de ella.

—¡Olvidaste esto!

Fue un horroroso hoyo en uno, una revelación de todas las piezas de las que había visto solo fragmentos. El sueño había entrado a la vida real.

—¡No! —gritó.

La secuencia se desarrolló en una serie de segundos que duraron siglos. Rhage mirándolo como si estuviera loco. Jane corriendo sobre la hierba. Él dejando caer el *mhis* mientras el temor le inundaba.

Un *lesser* agachándose para pasar bajo la puerta del garaje sosteniendo un arma.

El disparo no hizo ningún sonido a causa del silenciador que tenía colocado. V se lanzó hacia Jane, tratando de escudar su cuerpo con el suyo. Falló. Fue herida en la espalda, y la bala salió por el otro lado, rompiendo el esternón, yendo hacia sus brazos. La cogió mientras caía, su propio pecho ardiendo de dolor.

Mientras caían aplastados contra el suelo, Rhage salió disparado detrás del asesino, sin que V se diera cuenta realmente. Todo lo que distinguía era su pesadilla: Sangre en su camisa. Su corazón gritando de agonía. La muerte viniendo… pero no por él. *Por Jane*.

—Dos minutos —dijo ella entre jadeos mientras su mano caía pesadamente sobre su pecho—. Tengo menos de dos… minutos.

Debía haber sido herida en una arteria y lo sabía.

—Voy a...

Sacudió la cabeza y le agarró el brazo.

—Quédate. Mierda… no voy… a…

Lograrlo… eran las palabras que iba decir.

—¡Joder!

—Vishous… —tenía los ojos húmedos, el color se desvanecía rápidamente—. Sostén mi mano. No me dejes. No puedes… No me dejes ir sola.

—¡Vas a estar bien! —empezó a levantarla—. Voy a llevarte a lo de Havers.

—*Vishous*. No puede arreglar esto. Sostén mi mano. Me voy… oh, mierda… —empezó a llorar mientras jadeaba—. Te amo.

—¡*No*!

—Te amo…

—¡*No*!

CAPÍTULO 48

La Virgen Escriba alzó la vista del pájaro que tenía en la mano, sobresaltada por un súbito terror. Ah… desgraciada casualidad. Ah, horrible destino.

Había ocurrido. Lo que había sentido y temido desde hacía tanto tiempo, el colapso en la estructura de su realidad, había llegado. Ahora su castigo se había revelado.

Esa humana... la mujer humana que su hijo amaba estaba muriéndose en ese mismo momento. Estaba en sus brazos, sangrando sobre él y muriendo.

Con un brazo inestable la Virgen Escriba puso al carbonero[55] sobre el blanco árbol floreciente y se tambaleó de regreso a la fuente. Sentándose sobre el borde de mármol, sintió el ligero peso de su atavío como si fueran pesadas cadenas cerradas a su alrededor.

La culpa de la pérdida de su hijo era suya. Verdaderamente, le había acarreado esta ruina. Había roto las reglas. Trescientos años antes había roto las reglas.

Al principio de los tiempos se le había concedido un acto de creación, y conforme a ello, después de haber alcanzado la madurez, había llevado a cabo el acto de creación. Pero entonces lo había vuelto a hacer. Había creado lo que no debería, y al hacerlo había maldecido a su único hijo. El destino de su hijo —en su totalidad, desde el tratamiento que le dio su padre, haciéndolo madurar para convertirse en el duro e insensible macho Vishous, hasta ésta, su mortal agonía— era, de hecho, su castigo. Porque cuanto él sufría, también lo sufría ella multiplicado por mil.

Deseaba llamar a su Padre a gritos, pero sabía que no podía. Las elecciones que había tomado no eran de su incumbencia y las consecuencias solo debía soportarlas ella.

Cuando se extendió entre dimensiones, vio lo que le estaba sucediendo a su hijo, sintió la agonía de Vishous como la suya propia, sintió el frío entumecimiento de la conmoción, la acalorada negación, el desgarrador sesgo de su horror. Sintió, también, la muerte de su amada, el enfriamiento gradual que se apoderaba de la humana mientras su sangre se filtraba dentro de la cavidad de su pecho y su corazón comenzaba a revolotear. Y entonces, sí, entonces, también oyó las murmuradas palabras de amor de su hijo y olió el ofensivo y fétido temor que emanaba de él.

No había nada que pudiera hacer. Ella, que tenía un poder desmesurado sobre tanto, estaba en este momento impotente, porque el destino y las consecuencias del libre albedrío eran del exclusivo dominio de su Padre. Solamente él conocía el mapa absoluto de la eternidad, el compendio de todas las opciones tomadas y no tomadas, de caminos conocidos y desconocidos. Él era el Libro, la Página y la Tinta indeleble.

Ella no lo era.

Y por esa razón ahora Él no vendría a ella. Ese era su destino: sufrir porque un inocente nacido de un cuerpo que nunca debería haber usurpado. Siempre sufriría, su hijo caminaría sobre la tierra como un macho muerto por las elecciones que ella había hecho.

Con un gemido la Virgen Escriba se permitió a si misma perder su forma y se deslizó de entre las ropas que llevaba, cayendo los pliegues negros al suelo de mármol. Entró en el agua de la fuente como una ligera ola, viajando entre, y alrededor del hidrógeno y las moléculas de oxígeno, estimulándolos con su sufrimiento, haciéndolos hervir, evaporándolos.

[55] Chikadee: Pájaro norteamericano de pequeñas dimensiones de color blanco y negro del género Parus, o más comúnmente Parus atricapillus. Es más activo en tiempos frescos, y raras veces es visto en verano excepto en bosques profundos. A menudo tiene poco miedo de gente. Su nombre proviene del sonido que emite Chick-a-dee-dee-dee. (N. de la T.)

Mientras la transferencia de energía continuaba, el líquido se elevó como una nube, se unió sobre el patio, y cayó como las lágrimas que era incapaz de llorar.

Sobre el árbol blanco, sus pájaros estiraron los cuellos hacia la caída de gotitas de agua como si estudiaran este nuevo acontecimiento. Y luego en una bandada, dejaron su percha por primera vez y volaron hacia la fuente. Alineándose en el borde, le dieron la espalda a la luminosa y agitada agua en la que ella habitaba.

La protegieron en su dolor y arrepentimiento, la protegieron como si cada uno fuera grande como un águila e igual de feroz.

Eran, como siempre, su único consuelo y amistad.

Jane era consciente de que estaba muerta.

Lo sabía porque estaba en medio de una niebla, y alguien parecida a su hermana muerta estaba de pie delante de ella.

Así estaba malditamente segura de haber estirado la pata. Excepto… ¿no debería alterarse o algo? ¿No debería estar preocupada por Vishous? ¿No debería estar emocionada por reunirse con su hermana pequeña?

—¿Hannah? —dijo, porque quería estar segura que sabía lo que estaba viendo—. ¿Eres tú?

—Más o menos. —La imagen de su hermana se encogió, su hermoso cabello pelirrojo moviéndose sobre sus hombros—. Soy solamente una mensajera.

—Bueno, te pareces a ella.

—Desde luego que lo hago. Lo que ves ahora es lo que está en tu mente cuando piensas en ella.

—Bien… esto es algo parecido a *Twilight Zone*[56]. O, espera, ¿solamente estoy soñando? —porque serían unas jodidas excelentes noticias, considerando lo que pensaba que acababa de pasarle.

—No, has muerto. Estás justo en medio ahora mismo.

—¿En medio de dónde?

—Estás en medio. Ni aquí ni allí.

—¿Puedes ser un poco más específica?

—No realmente —la visión de Hannah esbozó su preciosa sonrisa, esa que era tan angelical que hasta había llegado a conquistar incluso a Richard, el desagradable cocinero—. Pero aquí está el mensaje. Vas a tener que dejarle marchar Jane. Si quieres encontrar la paz, vas a tener que dejarle marchar.

Si *él* era Vishous, eso sencillamente no iba a pasar.

—No puedo hacerlo.

—Tienes que hacerlo. De lo contrario estarás perdida aquí. Sólo tienes un tiempo limitado en el que puedes estar ni aquí ni allí.

—¿Y luego qué ocurre?

—Estarás perdida para siempre. —La visión de Hannah se volvió grave—. Déjalo marchar Jane.

—¿Cómo?

[56] Dimensión Desconocida, serie de televisión estadounidense, especializada en el género de la ciencia-ficción, la fantasía y el terror. Fue creada y a menudo escrita por su narrador y anfitrión, Rod Serling (N. de la T.)

—Tú sabes cómo. Y si lo haces, podrás ver a mi verdadero yo en el otro lado. Deja-lo-marchar. —La mensajera o lo que fuera se evaporó.

Cuando se quedó sola, Jane miró a su alrededor. La niebla era penetrante, tan densa como una nube de lluvias y tan infinita como el horizonte.

El miedo avanzó lentamente a través de ella. No había derecho. Realmente no quería estar aquí.

Abruptamente, una sensación de urgencia creció en su interior, como si el tiempo estuviera agotándose, aunque no entendía como lo supo. Excepto que entonces pensó en Vishous. Si dejarlo marchar significaba dejar su amor por él, eso no era posible.

CAPÍTULO 49

Vishous estaba conduciendo el Audi de Jane como un murciélago salido del infierno a través de la lluvia, cuando a medio camino de lo de Havers, se dio cuenta de que no estaba en el coche con él.

Estaba su cadáver.

Su pánico era la única energía en el espacio cerrado, su corazón el único que latía, sus ojos los únicos que parpadeaban.

El macho vinculado que había en él le confirmó lo que su cerebro había estado negando. En su sangre, supo que se había ido.

Permitió que su pie se levantara del acelerador, y el Audi se deslizó por la cuesta durante un tramo, ralentizándose hasta detenerse. La ruta 22 estaba vacía, probablemente a causa de la temprana tormenta de primavera que soplaba, pero habría permanecido justo en medio de la carretera incluso si hubiera habido el tráfico de hora punta.

Jane estaba en el asiento del pasajero. Mantenida en posición vertical, con el cinturón de seguridad sujetando su camiseta contra la herida del pecho como una venda.

No giró la cabeza.

No podía mirarla.

Miró fijamente recto hacia adelante, a la doble línea amarilla de la carretera. Delante los limpiaparabrisas se abatían de aquí para allá, su rítmico golpeteo era como el sonido de un antiguo reloj, tic... tac... tic... tac...

El paso del tiempo ya no era relevante, ya no. Ni tampoco lo era su prisa.

Tic... tac... tic…

Se sentía como si estuviera muerto también, considerando el dolor en su pecho. No tenía la menor idea de cómo aún estaba vivo cuando le dolía tanto.

Tac... tic...

Más arriba había una curva en el camino, el bosque llegaba al arcén del asfalto. Sin ninguna razón en particular advirtió que los árboles estaban apiñados, sus ramas sin hojas se entrelazaban, dando la impresión de negro encaje.

Tac...

La visión le vino de forma escurridiza y tan sosegadamente, que al principio no supo que había habido un cambio en lo que sus ojos registraban. Pero entonces vio una pared, una pared de sutil textura... iluminada por una brillante, brillante luz. Justo mientras se preguntaba sobre la fuente de iluminación...

Se dio cuenta de que eran los faros de un coche.

El estruendo de una bocina le devolvió rápidamente la atención, y apretó el acelerador mientras giraba el volante a la derecha. El otro vehículo derrapó por el resbaladizo pavimento, luego recobró el curso, desapareciendo por la carretera.

V se centró de nuevo en el bosque y en rápida sucesión recibió el resto de la visión como una película. Con entumecida indiferencia, se vio a sí mismo tomando medidas discutiblemente irracionales, presenciando el futuro mientras se desplegaba ante él, tomando apuntes. Cuándo nada más fue revelado, partió con un desesperado propósito, alejándose de Caldwell superando en dos veces el límite de velocidad.

Cuando el teléfono móvil sonó, extendió la mano hacia el asiento trasero, donde había tirado la chaqueta de cuero, y lo sacó. Lo apagó, se detuvo a un lado de la carretera y rompió la parte de atrás del *Razr* para abrirlo. Sacando el chip del GPS, lo puso en el salpicadero del Audi y lo aplastó con el puño.

—¿Dónde *coño* está?

Phury se echó hacia atrás mientras Wrath paseaba por el estudio, los otros hermanos también permanecían fuera del camino del macho. Cuándo el Rey se alteraba de ésta forma, o te apartabas de su camino o te talaba de la alfombra.

Excepto que aparentemente estaba buscando una respuesta.

—¿Me estoy hablando jodidamente a mí mismo aquí?¿Dónde demonios está V?

Phury se aclaró la garganta.

—Realmente no lo sabemos. El GPS se cayó hace como diez minutos.

—¿Se cayó?

—Simplemente se quedó en silencio. Normalmente da señal cuando lleva el teléfono con él, pero... bien, ni siquiera tenemos eso.

—Fantástico. Jodidamente genial. —Wrath se subió las envolventes gafas de sol y se frotó los ojos mientras hacía una mueca de dolor. Había estado teniendo dolores de cabeza los últimos días, probablemente por intentar leer demasiado, y era obvio que un hermano ASHI[57], no ayudaba a la situación.

En medio de la marcha Rhage maldijo y colgó su teléfono.

—No ha aparecido por lo de Havers todavía. Mira, ¿quizá ha ido a enterrarla en algún lugar? El suelo está congelado, pero con esa mano suya no sería un problema.

—¿Realmente crees que está muerta? —murmuró Wrath.

—Por lo que vi la acertaron justo en el pecho. Cuando volví de matar al *lesser*, los dos se habían ido, y también su coche. Pero... sí, no creo que sobreviviera.

Wrath miró a Butch, el cual había estado totalmente en silencio desde que había entrado en la habitación.

—¿Sabes cómo encontrar a alguna de las hembras que ha usado para el sexo o para alimentarse?

El poli sacudió la cabeza.

—Ni a una. Mantiene esa parte de su vida muy privada.

—Así que no podemos rastrearlo de esa forma. Más buenas noticias. ¿Hay alguna razón para pensar que ha ido a ese ático suyo?

—Pasé por allí mientras volvía —dijo Butch—. No estaba y honestamente no creo que aterrice allí. No, teniendo en cuenta para lo que usaba el lugar.

—Y sólo quedan dos horas para la salida del sol. —Wrath se sentó tras su escritorio Luis XVI, pero trabó los brazos contra la endeble silla, como si fuera a despegar en cualquier momento.

El teléfono de Butch sonó, y forcejeó para contestar la cosa.

—¿V? Oh... Hey, nena. No... nada todavía. Lo haré. Te lo prometo. Te amo.

Cuando el policía colgó, Wrath se giró hacia el fuego de la chimenea y se quedó quieto durante un momento, sin duda repasando, como todos los que estaban allí, qué clase de opciones tenían. Cuáles eran, como... ninguna. Vishous podía estar en cualquier sitio en este momento, así que si los hermanos se dispersaban en las cuatro direcciones de la brújula, estarían haciendo el rutinario aguja-en-un-pajar. Además, era bastante obvio que V había roto el chip del GPS. No quería ser encontrado.

Eventualmente dijo:

[57] Ausente sin haberse ido.

—La espoleta ha salido de la granada, caballeros. Ahora sólo es cuestión de ver qué es lo que va a estallar.

V escogió el lugar para el accidente con mucho cuidado. Quería estar cerca de su destino, pero aún así lo suficientemente lejos por discreción, y justo cuando lo tenía más o menos a su alcance, una curva en el camino se le ofreció para su uso. Perfecto. Poniéndose el cinturón de seguridad, apretó el acelerador y se animó. El motor del Audi rugió, y sus ruedas giraron más y más rápido en el resbaladizo camino. Malditamente pronto dejó de ser un coche, transformándose en nada más que una jodida carga de energía cinética.

En vez de seguir la curva a la izquierda de la ruta 22, se dirigió directamente a la línea de árboles. Como un niño educado sin instinto de supervivencia, el coche voló sobre el arcén y se mantuvo en el aire por una fracción de segundo.

El aterrizaje lo despidió justo fuera del asiento de conductor, golpeándose la cabeza contra el techo solar del coche, lanzándolo hacia adelante. Los airbag estallaron del volante, del salpicadero y de las puertas mientras el sedán se daba golpes a través de los matorrales, de los árboles jóvenes y...

El roble era inmenso. Grande como una casa. Tanto como firme.

El habitáculo del Audi fue todo lo que lo salvó de la aniquilación mientras el morro del coche se arrugaba como un acordeón de metal y mecánica. La conmoción del impacto hizo que la cabeza de V chasqueara sobre su cuello, golpeando su rostro contra el airbag mientras una rama atravesaba el parabrisas.

Los oídos le zumbaban como si tuviera una alarma de incendios sonando en ellos, y su cuerpo hizo un auto examen buscando partes y pedazos rotos. Aturdido, sangrando por los cortes hechos con la rama, se desabrochó el cinturón de seguridad, forzó su puerta a abrirse, y salió tropezando del coche. Mientras tomaba algunas profundas inspiraciones, oyó el silbido del motor y la jadeante deflación de los airbag. La lluvia caía con continuo y elegante desinterés, goteando de los árboles a los superficiales charcos en el lecho del bosque.

Tan pronto como pudo rodeó el coche hacia donde estaba Jane.

El impacto la había lanzado hacia adelante, y su sangre marcaba ahora el parabrisas, el salpicadero y el asiento. Que era lo que quería. Se inclinó y le quitó el cinturón, entonces la recogió tan cuidadosamente como si todavía viviera, acunándola en sus brazos para que pudiera estar cómoda. Antes de empezar a atravesar los árboles, cogió su chaqueta de cuero y la tapó para protegerla del frío.

Empezó el camino como empiezan todas las caminatas. Puso un pie delante del otro. Después lo repitió y lo repitió.

Avanzó a trompicones por el bosque, mojándose más y más hasta que se convirtió en lo que los árboles eran, apenas otro objeto sobre el que el agua caía. Dio un rodeo hacia su destino, hasta que los brazos y la espalda le dolieron de cargarla.

Finalmente subió hasta la entrada de una cueva. No se molestó en comprobar para cerciorarse que no le seguían. Sabía que estaba solo.

Caminó por el barro que se formaba, el sonido de la lluvia desvaneciéndose mientras continuaba alejándose sobre el suelo de lodo. Localizó de memoria la tranca en la pared de piedra y liberó el seguro. Cuando la losa de granito de nueve pies se desplazó, entró al vestíbulo que quedó al descubierto y se acercó a un par de puertas de hierro. Desactivó el mecanismo de cierre con la mente, y la barrera se deslizó sin un sonido mientras la piedra tras él volvía a su sitio.

Dentro, estaba mucho más que oscuro, el aire era denso en este lugar subterráneo, como si el espacio estuviera abarrotado. Con un rápido pensamiento hizo llamear algunas de las antorchas de la pared, entonces empezó a bajar hacia el lugar de cultos y rituales de la Tumba. A ambos lados del vestíbulo, en repisas que alcanzaban unos veinte pies de altura, había millares de frascos de cerámica que contenían los corazones de los *lessers* asesinados por la Hermandad. No levantó la vista hacia ellos, como generalmente lo hacía. Miraba fijamente hacia adelante mientras llevaba su amada carga, sus botas mojadas dejaban huellas en el suelo de brillante mármol negro.

No mucho después entró en el vientre de la Tumba, la cueva vasta y subterránea abierta en las entrañas de la tierra. A su voluntad, gruesas velas negras se encendieron en los candelabros, iluminando las estalactitas como dagas que colgaban así como las imponentes losas de mármol negro que formaban la pared tras el altar.

Las losas eran lo que había visto en su visión. Cuándo había mirado fijamente los árboles por encima de la ruta 22, se le había representado la pared conmemorativa. Al igual que las ramas entrelazadas de esos árboles, las inscripciones en el mármol, todos esos nombres de guerreros que habían servido en la Hermandad durante generaciones, formaban un diseño sutil y apacible, pareciendo encaje visto de lejos.

Situado frente a la pared el altar era tosco, pero poderoso, un enorme bloque de piedra colocado sobre dos robustos dinteles. En el centro estaba el antiguo cráneo del primer miembro de la Hermandad de la Daga Negra, la reliquia más sagrada que los hermanos poseían.

Lo apartó y colocó a Jane. Había perdido el color y cuando la flácida mano blanca cayó a un lado un temblor le recorrió todo el cuerpo. Con cuidado restituyó, poniéndola sobre su pecho.

Se alejó hasta que su espalda golpeó contra la pared grabada. A la luz de las velas, y con su chaqueta sobre el torso, casi podía imaginarse que dormía.

Casi.

Rodeado por la vista subterránea, pensó en la cueva del campamento de guerreros. Entonces se vio utilizando su mano en el *pretrans* que lo había amenazado, y en su padre.

Se quitó el guante y lo deslizó sobre su brillante palma.

Lo que se proponía hacer ahora era en contra de ambas leyes, la de la naturaleza y la de su especie.

Reanimar los muertos no era una línea de acción apropiada ni admisible en cualquier caso. Y no simplemente porque fuera dominio del *Omega*. Las Crónicas de la raza, esos volúmenes y volúmenes de historia, proporcionaban sólo dos ejemplos, y no habían resultado nada más que tragedias.

Pero él era distinto. Esto era distinto. Jane era distinta. Lo estaba haciendo por amor, mientras que en los ejemplos sobre los que leyó se había hecho por odio. Había habido un asesino que alguien había traído de vuelta para usarlo como un arma, y una hembra vuelta a la vida como acto de venganza.

Había más a su favor. Curaba a Butch con regularidad, dragando el mal del policía cuando trataba sus temas con los *lessers*. Podría hacer lo mismo con Jane. Con certeza podría.

Con férrea resolución, apartó de su mente los resultados de esas otras incursiones en las oscuras artes del reino del *Omega*. Y se centró en el amor por su hembra.

El hecho de que Jane fuera humana no era un problema, ya que la reanimación era el acto de traer lo que estaba muerto de vuelta a la vida, y la línea divisoria era la misma sin importar la especie. Tenía lo que necesitaba. El ritual requería tres cosas, algo del *Omega*,

sangre fresca, y una fuente de energía eléctrica tal como un relámpago aprovechado al máximo.

O en su caso, su jodida maldición.

V regresó a la antecámara que contenía los frascos y no perdió tiempo en escoger. Tomó uno al azar del estante, la cerámica estaba marcada por finas grietas, era de un color un marrón oscuro, lo que quería decir que era uno de los primeros.

Cuándo volvió al altar, golpeó el frasco contra la piedra, rompiendo la cosa, revelando lo que había albergado. El corazón que había dentro estaba cubierto de un brillo negro y grasiento, preservado por lo que fluía por las venas del *Omega*. Aunque la naturaleza exacta de la iniciación en la Sociedad *Lessening* era desconocida, estaba claro que la "sangre" del *Omega* entraba antes de que el corazón fuera extirpado.

Así que tenía lo que necesitaba de su enemigo.

Miró el cráneo del primer hermano y no se lo pensó dos veces antes de utilizar la sagrada reliquia para lo que era un propósito ilegal. Sacó una de sus dagas, se rasgó la muñeca, y sangró en la copa de plata esterlina que estaba montada en la cima del cráneo. Entonces cogió el corazón del *lesser* y lo apretó con su puño.

Negras gotas de destilada maldad manaban y caían, mezclándose con el rojo de su sangre. El líquido pecaminoso tenía magia, del tipo que corría contra las reglas de lo correcto, del que convertía la tortura en deporte, del que gozaba con el dolor infligido a un inocente... pero tenía eternidad en ella, también.

Y eso era lo que necesitaba para Jane.

—¡No!

Se dio la vuelta.

La Virgen Escriba había aparecido tras él, con la capucha caída, su rostro transparente era una máscara de horror.

—No *debes* hacerlo.

Se apartó y aproximó el cráneo a la cabeza de Jane. En un fragmentado pensamiento, encontró un extraño y tranquilizador paralelismo en que ella supiera el aspecto que tenía el interior de su pecho y él estuviera a punto de saber lo mismo de ella.

—¡No hay equilibrio en esto! ¡No se ha pagado un precio!

V apartó la chaqueta de su hembra. La mancha de sangre bajo ella, en su camisa, era como un ojo de buey justo en medio del pecho, entre los senos.

—No volverá como tú la conocías —siseó su madre—. Volverá malvada. Ése será tu resultado.

—La amo. Puedo cuidarla, como cuido de Butch.

—Tu amor no cambiará el resultado, ni tu habilidad con los restos del *Omega*. ¡Esto está prohibido!

Rodeó a su madre, odiándola a ella y a su estúpida y jodida mierda del yin y el yang.

—¿Quieres equilibrio? ¿Un trato? ¿Quieres cargármelo a mí antes de que pueda hacer esto? ¡Bien! ¿A qué nos va a llevar? Le endilgaste a Rhage su maldición para el resto de su jodida vida, ¿qué es lo que me vas a hacer a mí?

—¡La igualdad no es mi ley!

—¡Entonces de quien es! ¡Y qué es la mierda que debo pagar!

La Virgen Escriba pareció tomarse un momento para serenarse.

—Esto está más allá de lo que puedo dar o no. Se ha ido. No hay regreso una vez que un cuerpo ha permanecido inactivo como lo ha hecho el suyo.

—Tonterías. —Se volvió a inclinar sobre Jane, preparado para abrirle el pecho.

—La condenarás para siempre. No tendrá otro lugar al que ir que no sea el *Omega*, y tendrás que enviarla allí. Será malvada y tendrás que destruirla.

Miró el rostro inanimado de Jane. Recordó su sonrisa. Trató de encontrarla en su pastosa piel.

No pudo.

—Equilibrio... —susurró.

Extendió la mano y le tocó la fría mejilla con la mano buena y trató de pensar en todo lo que podía dar, todo con lo que podía comerciar.

—Esto no es sólo cuestión de equilibrio —dijo la Virgen Escriba—. Algunas cosas están prohibidas.

Cuando la solución se volvió clara para él, no escuchó nada más de su madre.

Levantó su preciosa y normal mano, con la que podía tocar las personas y las cosas, la que era como debía ser, no alguna maldita carga de destrucción.

Su mano buena.

La puso sobre el altar, extendiendo los dedos y aplastando la muñeca. Entonces tomó la hoja de su daga y la colocó sobre su piel. Cuando la inclinó, el agudo filo de la hoja cortó a través del hueso.

—¡No! –gritó la Virgen Escriba.

CAPÍTULO 50

Jane se estaba quedando sin tiempo. Y lo supo de la misma manera que sabía cuándo un paciente estaba empeorando. Su reloj interno sonó, la alarma empezó a pitar.

—No quiero dejarlo marchar —le dijo a nadie.

Su voz no se propagó muy lejos, y notó que la niebla parecía más densa… tan densa que estaba empezando a oscurecerle incluso los pies. Y entonces cayó en la cuenta. No estaban oscurecidos. Con frío pavor comprendió que a menos que hiciera algo, iba a disolverse y ocupar su lugar en el muro de la nada ambiental. Estaría sola para siempre y desolada, añorando el amor que una vez había sentido.

Un triste y cambiante fantasma.

Ahora finalmente la había alcanzado la emoción, y era una que llevaba lágrimas a sus ojos. La única manera de salvarse era dejar marchar el anhelo por Vishous; esa era la llave de la puerta. Pero si lo hacía, se sentiría como si lo hubiera abandonado, dejándolo solo para enfrentarse a un futuro frío y amargo. Después de todo, podía imaginarse cómo sería para ella si él moría.

En una oleada, la niebla se volvió incluso más densa, y la temperatura descendió. Jane bajó la vista. Sus piernas estaban desapareciendo… primero los tobillos, luego las pantorrillas. Se estaba filtrando hacia la nada, desapareciendo.

Jane empezó a llorar cuando encontró su resolución y sollozó por el egoísmo de lo que tenía que hacer.

Aunque, ¿cómo lo dejaba marchar?

Cuando la niebla trepó hasta sus muslos, le entró el pánico. No sabía cómo hacer lo que debía…

La respuesta, cuando le vino, fue dolorosa y simple.

Oh… Dios… Dejar marchar significaba que aceptabas lo que no se podía cambiar. No intentabas agarrarte a la esperanza para coaccionar un cambio en el futuro… ni tampoco luchabas contra las fuerzas superiores del destino ni intentabas que capitularan ante tu voluntad… ni tampoco rogabas por la salvación porque asumías que sabías más que los otros. Dejar marchar significaba que mirabas lo que tenías delante con ojos claros, reconociendo que la libertad de elección era la excepción y el destino la regla.

No regatear. No intentar controlar. Abandonabas y veías que al que amabas no era de hecho tu futuro, y que no había nada que pudieras hacer sobre eso.

Las lágrimas cayeron de sus ojos en la niebla que se arremolinaba cuando dejó de lado toda pretensión de fuerza y abandonó la lucha por mantener vivo el vínculo con Vishous. Cuando lo hizo, no tuvo fe ni optimismo, estuvo vacía como la niebla que la rodeaba: una atea en vida, encontró que en la muerte era igual. Creer en nada, ahora era nada.

Y entonces fue cuando sucedió el milagro.

Una luz apareció por encima de su cabeza, cobijándola, calentándola, cubriéndola con algo que era justo como el amor que había sentido por Vishous: una bendición sacramental.

Mientras era elevada como una margarita cogida del campo por una mano gentil, se dio cuenta de que todavía podía amar al que amaba, aunque no estaba con él. De hecho, sus caminos divergentes no diseccionaban ni profanaban lo que sentía. Tapaban sus emociones con una capa de añoranza agridulce, pero no cambiaban lo que estaba en su corazón. Podía amarlo y esperar por él en el lado lejano de la vida. Porque el amor, después de todo, era eterno y no estaba sujeto a los caprichos de la muerte.

Jane era libre… y flotó hacia arriba.

Phury estaba a punto de perder la cabeza.

Pero tenía que hacer cola si se iba a volver loco, porque todos los hermanos estaban bajo una gran tensión. Sobre todo Butch, que se paseaba por el estudio como un prisionero en aislamiento.

Ninguna señal de Vishous. Ni llamadas. Ni nada. Y el amanecer estaba llegando como un tren de mercancías.

Butch se detuvo.

—¿Dónde haríais un funeral para una *shellan*?

Wrath frunció el ceño.

—La Tumba.

—¿Crees que tal vez la haya llevado allí?

—Nunca ha estado demasiado entusiasmado con todo el asunto del ritual, y con su madre habiéndolo abandonado… —Wrath negó con la cabeza—. No irá allí. Además, tendría que saber que es uno de los lugares donde lo buscaríamos, y V es condenadamente reservado. Asumiendo que la está enterrando, no querrá audiencia.

—Sí.

Butch volvió a pasearse cuando el reloj de la pared sonó marcando las cuatro y media de la madrugada.

—¿Sabéis qué? —dijo el poli—. Voy a ir a comprobarlo, si os parece bien. No puedo estar aquí ni un segundo más.

Wrath se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No tenemos nada más en lo que basarnos.

Phury se levantó, también incapaz de seguir esperando más.

—Voy contigo. Necesitarás a alguien que te muestre dónde está la entrada.

Debido a que Butch no se podía desmaterializar, se metieron en el Escalade, y Phury arrancó el SUV pasando el césped y entrando en el bosque. Con el sol saliendo dentro de tan poco tiempo, no se molestó en dar un rodeo, sino que fue directo a la Tumba.

Los dos guardaron un absoluto silencio hasta que Phury los acercó a la entrada de la cueva y salieron.

—Huelo sangre —dijo Butch—. Creo que los tenemos.

Sí, había un mínimo rastro de sangre humana en el aire… sin duda de V llevando a Jane dentro.

Mierda. Entraron corriendo en la cueva, y se dirigieron a la parte de atrás, deslizándose por la entrada oculta y bajando hacia las verjas de hierro. Un lado estaba abierto, y había un rastro de pisadas húmedas en el centro de la antecámara de jarras.

—¡Está aquí! —dijo Butch, el alivio llevando sus palabras mucho más que su respiración.

Sí, excepto que, ¿por qué V, que odiaba a su madre, enterraría a la mujer que amaba siguiendo las tradiciones de la Virgen Escriba?

No lo haría.

Cuando empezaron a bajar por el vestíbulo, la sensación de fatalidad de Phury se disparó… especialmente cuando llegaron al final y vieron un hueco vacío en las estanterías, donde faltaba la jarra de un *lesser*. Oh, no. Oh… Dios, no. Deberían haber traído más armas. Si V había hecho lo que Phury se temía, iban a necesitar estar armados hasta los dientes.

—¡Espera! —se detuvo, agarró una de las antorchas de las paredes y se la pasó a Butch. Después de coger una para sí mismo, agarró el brazo de Butch—. Prepárate para luchar.

—¿Por qué? Puede que V esté cabreado porque hayamos venido, pero no se va a poner violento.

—Para la que vas a tener que estar preparado es Jane.

—¿De qué coño estás hablando…?

—Creo que puede haber intentado traerla de vuelta…

Un brillante destello de luz explotó más adelante, convirtiéndolo todo en un mediodía.

—¡Joder! —gruñó Butch después de que pasara—. ¿No me digas que lo haría?

—Si Marissa muriera y pudieras llevarlo a cabo, ¿no lo harías?

Los dos salieron disparados y entraron como una ráfaga en la cueva. Solo para detenerse en seco.

—¿Qué es eso? —susurró Butch.

—No… no tengo ni idea.

Con pasos lentos y silenciosos, caminaron hacia el altar, paralizados por la escena que tenían delante. Sentada en medio de la piedra del dintel, había una escultura, un busto… de la cabeza y hombros de Jane. La composición estaba hecha en piedra gris oscura, el parecido era tan exacto que era como una fotografía. O tal vez un holograma. La luz de las velas destellaba sobre sus facciones, proyectando sombras que parecían darles vida. A la derecha, al final de la losa, había una jarra de cerámica hecha pedazos, el cráneo sagrado de la Hermandad, y también lo que parecía ser un corazón destrozado y cubierto de aceite.

En el lateral más alejado del altar, V estaba apoyado contra el muro de nombres, con los ojos cerrados, las manos en su regazo. Una de sus muñecas estaba vendada fuertemente con una faja de tela negra, y faltaba una de sus dagas. El lugar olía como a humo, pero no había nada en el aire.

—¿V? —Butch se acercó y se arrodilló al lado de su compañero de habitación.

Phury dejó que el poli se encargara de V y se dirigió al altar. La escultura tenía un parecido perfecto con Jane, tan real que podría haber sido ella cuando respiraba. Estiró la mano, obligado a tocar el rostro, pero en el instante que su dedo índice entró en contacto con él, el busto perdió toda la forma. Mierda. No estaba hecha de piedra, sino de cenizas, y ahora no era más que un montón revuelto de lo que debían ser los últimos restos de Jane.

Phury miró hacia Butch.

—Dime que V está vivo.

—Bueno, por lo menos respira.

—Vamos a llevarlo a casa. —Phury miró las cenizas—. Vamos a llevarlos a ambos a casa.

Necesitaba algo en lo que llevar a Jane, y ciertamente no iba a usar una jarra de *lesser*. Miró a su alrededor. No había nada.

Phury se sacó la camisa de seda y la estiró en el altar. Era lo mejor que podía hacer, y se estaban quedando sin tiempo.

La luz del día se estaba acercando. Y no se podía negociar con su llegada.

CAPÍTULO 51

Dos días después, Phury decidió ir al Otro Lado. La Directrix había estado dándole la lata para tener una reunión, y no quería aplazarla por más tiempo. Además, tenía que salir de la casa.

La muerte de Jane había puesto un paño mortuorio sobre el recinto, afectando a todos los machos emparejados. La pérdida de una *shellan*, que es lo que Jane había sido aunque ella y V no se habían emparejado formalmente, era siempre el temor más grande. Pero que la matara el enemigo era casi insoportable. Y peor, que sucediera menos de un año después de que Wellsie fuera asimismo asesinada… todo era un horrible recuerdo de lo que cada uno de los machos sabía: las compañeras de la Hermandad afrontaban un peligro especial por parte de los *lessers*.

Tohrment lo había aprendido de primera mano. Ahora le había tocado a Vishous.

Dios, uno se tenía que preguntar si V iba a quedarse por allí. Tohr se había marchado justo después de que a Wellsie la matara un asesino, y nadie lo había visto ni tenido noticias de él desde entonces. Aunque Wrath mantenía que podía sentir que el hermano todavía vivía, prácticamente habían abandonado la idea de que reaparecería en esta década o la siguiente. Tal vez en una época futura volvería. O tal vez moriría ahí fuera, solo, en alguna parte. Pero no lo verían en un tiempo cercano, y demonios, el siguiente lugar bien podría ser el Fade.

Mierda… Pobre Vishous.

Ahora mismo V estaba en su habitación en el Pit, tumbado al lado de una urna de cobre en la que Phury había puesto finalmente las cenizas de Jane. El hermano no había hablado ni comido nada, según Butch, aunque aparentemente tenía los ojos abiertos.

Estaba claro que no tenía intención de explicar lo que había sucedido en la Tumba. A Jane. O a su muñeca.

Con una maldición Phury se arrodilló al lado de su cama y se puso el medallón del *Primale* alrededor del cuello. Cerrando los ojos, viajó directamente al santuario de las Elegidas, pensando en Cormia durante el trayecto. Ella también estaba en su habitación, comiendo poco y diciendo menos. Comprobaba cómo estaba con frecuencia, aunque no sabía qué hacer por ella… salvo traerle libros, algo que parecía gustarle. Sentía preferencia por Jane Austen, aunque no entendía por completo cómo algo podía ser ficción o, como ella decía, una mentira construida.

Phury cobró forma en el anfiteatro porque todavía no conocía demasiado bien la distribución, y pensó que sería un buen punto de partida. Hombre, era extraño estar parado en medio de todo en blanco. Más extraño aún caminar hacia la parte de atrás del escenario y echar un vistazo a los distintos templos blancos. ¡Maldita sea!, el lugar era un anuncio de Neutrex. Nada de color en ninguna parte. Y estaba muy tranquilo. Peculiarmente tranquilo.

Cuando eligió una dirección y empezó a caminar, se preocupó por si lo acosaban un grupo de Elegidas, y además no podía decirse que tuviera prisa exactamente por tener un cara a cara con la Directrix. Para matar algo de tiempo, decidió mirar lo que había dentro de uno de los templos. Escogiendo uno al azar, subió los pequeños escalones de mármol, pero se encontró con que las puertas dobles estaban herméticamente cerradas.

Frunciendo el ceño, se inclinó y miró por el ojo de la cerradura, grande y de forma extraña. Siguiendo un impulso, se sacó el medallón del *Primale* y lo introdujo en la puerta.

Bueno, quién lo habría dicho. La cosa era una llave.

Las puertas dobles se abrieron sin emitir un sonido, y Phury se sorprendió al ver lo que había en el interior. Alineados a ambos lados del edificio, y hundidos seis o siete pies de profundidad, había cubos y cubos de piedras preciosas. Caminó alrededor de las riquezas, deteniéndose de vez en cuando para poner las manos en las centelleantes gemas.

Pero eso no era todo lo que había en el interior. En la parte de atrás, al final de todo, había una serie de urnas de cristal como las que se encontraban en los museos. Se agachó y las examinó. Naturalmente no tenían polvo, aunque no porque las hubieran limpiado. Simplemente no podía imaginar que hubiera algún contaminante en el aire de este lugar, incluso los de la variedad microscópica.

Dentro de las urnas, los objetos eran fascinantes, y claramente del mundo real. Había un par de anticuadas gafas, un cuenco de porcelana de origen oriental, una botella de whisky con una etiqueta de la década de los treinta, una boquilla para cigarrillos de ébano, el abanico de una dama fabricado con plumas blancas.

Se preguntó cómo habían llegado allí. Algunas de las cosas eran bastante antiguas, aunque estaban en perfecto estado y, por supuesto, todo estaba reluciente de limpio.

Se detuvo sobre lo que parecía un viejo libro.

—Hijo… de puta.

La cubierta de cuero estaba desgastada, pero el título en relieve todavía era evidente:

DARIUS, HIJO DE MARKLON.

Phury se inclinó, estupefacto. Era un libro de D… probablemente un diario.

Abrió la urna, luego frunció el ceño ante el olor del interior. ¿Pólvora?

Observó los objetos reunidos. En la esquina más lejana había un viejo revólver; reconoció el fabricante y el modelo de un libro de armas de fuego con el que había estado enseñando a los aprendices. Era un Colt Navy de 1890, calibre 36, revólver de seis cilindros. Que había sido usado recientemente.

Lo sacó, abrió la recámara y cogió en la palma una de las balas. Eran esféricas… e irregulares, como si estuvieran fabricadas a mano.

Había visto la forma antes. Cuando había estado borrando los resultados médicos de V del ordenador en el St. Francis, había mirado la radiografía del tórax que se había tomado… y había visto un trozo de plomo esférico y ligeramente irregular en el pulmón de su hermano.

—¿Estaba aquí para verme?

Phury miró por encima de su hombro a la Directrix. La hembra estaba parada bajo las puertas dobles, vestida con esa túnica blanca que llevaban todas. Alrededor del cuello, en una cadena, tenía un medallón como el suyo.

—Bonita colección de artefactos la que tienes aquí —dijo arrastrando la voz, dándose la vuelta.

Los ojos de la hembra se entrecerraron.

—Se pensaría que las gemas le interesarían más.

—En realidad no. —La observó cuidadosamente cuando levantó el libro que tenía en la mano—. Esto parece el diario de mi hermano.

Cuando sus hombros se relajaron, Phury quiso matarla.

—Sí, ese es el diario de Darius.

Phury le dio un golpecito a la cubierta del libro, luego ondeó la mano hacia las gemas.

—Dime algo… ¿este lugar se mantiene cerrado todo el tiempo?

—Sí. Desde el ataque.

—Tú y yo somos los únicos que tenemos las llaves, ¿verdad? Odiaría que le pasara algo a lo que hay aquí.

—Sí. Sólo nosotros dos. Nadie puede acceder aquí sin mi conocimiento o presencia.

—Nadie.

Sus ojos llamearon con fastidio.

—El orden está para ser mantenido. He pasado años entrenando a las Elegidas en las conductas propias de su rango.

—Sí… así que la aparición de un *Primale* sería un fastidio para ti. Porque ahora yo estoy al mando, ¿no?

Su voz bajó de volumen.

—Es correcto y propio que usted gobierne aquí.

—Lo siento, ¿puedes volver a decir eso? No te escuché muy bien.

Los ojos de la hembra hirvieron con veneno durante una fracción de segundo… lo que le confirmó a Phury sus acciones y motivo: la Directrix había disparado a Vishous. Con la pistola de la urna. Quería continuar gobernando, y sabía condenadamente bien que si venía un *Primale*, en el mejor de los casos sería segunda al mando bajo un macho. En el peor, podría perder todo su poder simplemente porque al macho no le gustara el color de sus ojos.

Cuando fracasó en el intento de matar a V, desistió… hasta poder intentarlo de nuevo. Sin duda, era lo suficientemente inteligente y malvada para defender su territorio hasta que se acabaran los hermanos o el cargo de *Primale* empezara a parecer maldito.

—Ibas a decir algo, ¿no es cierto? —apuntó Phury.

La Directriz se tocó el medallón que colgaba de su garganta.

—Usted es el *Primale*. Es el gobernante aquí.

—Bien. Me alegro de que ambos tengamos eso claro. —Le volvió a dar un golpecito al diario de Darius—. Me lo voy a llevar conmigo.

—¿No nos vamos a reunir?

Phury caminó hacia ella, pensando que si hubiera sido un macho, le habría partido el cuello.

—No en este momento, no. Tengo algo de lo que ocuparme con la Virgen Escriba. —Se inclinó, poniendo la boca al lado de la oreja de ella—. Pero volveré por ti.

CAPÍTULO 52

Vishous nunca había llorado antes. Durante toda su vida nunca, jamás había llorado. Después de la mierda por la que había atravesado, había llegado al punto en que había decidido que había nacido sin conductos lagrimales.

Los acontecimientos sucedidos hasta ahora no habían cambiado eso. Cuando Jane había yacido muerta entre sus brazos no había llorado. Cuando intento cortarse la mano en la Tumba como un sacrificio y el dolor había sido increíble, allí no hubo ninguna lágrima. Cuando su odiada madre le había recordado el acto que estuvo apunto de cometer, sus mejillas permanecieron secas.

Incluso cuando la Virgen Escriba puso la mano sobre el cuerpo de Jane y había observado aturdido como su amada era reducida a cenizas, no había llorado.

Lo hacía ahora.

Por primera vez desde su nacimiento, las lágrimas rodaban por su rostro y empapaban la almohada.

Habían empezado cuando una visión de Butch y Marissa en el sofá de la salita del Pit llegó a él. Clara… tan clara. V no solo podía oír sus pensamientos en la cabeza, sino que sabía que Butch se estaba imaginando a Marissa en la cama con sujetador negro y vaqueros azules. Y Marissa estaba imaginándolo quitándole los vaqueros azules y poniendo la cabeza entre sus muslos.

V sabía que en seis minutos Butch iba a tomar el zumo de naranja que Marissa tenía en la mano y lo pondría en la mesa de café. Lo iba a derramar, porque el vaso iba a aterrizar en la esquina de un *Sport Illustrated*, y el zumo iba a caer en los pantalones de Marissa. El poli iba a usarlo como excusa para llevarla más allá del vestíbulo y tenerla dispuesta y desnuda.

Excepto que en el camino, se detendrían frente a la puerta de V y perderían los impulsos sexuales. Con ojos tristes, irían a la cama y se abrazarían el uno al otro en silencio.

V puso un brazo sobre su rostro y lloró incontrolablemente.

Las visiones habían vuelto, la maldición del futuro regresaba a él.

Las encrucijadas de su vida estaban acabadas.

Lo que significaba que esta seria su existencia de ahora en adelante: No iba a ser nada más que una cáscara vacía que yacía cerca de las cenizas de su amada.

Y totalmente seguro, en medio de su llanto escuchó a Butch y Marissa cruzar por el vestíbulo, los escuchó detenerse frente a su habitación, entonces les oyó cerrar su puerta. No le llegó ningún sonido de sexo amortiguado por la pared que había entre las habitaciones, ningún golpe violento de cabecero, ningún sonido de gritos guturales.

Justo como lo había visto. En el silencio que siguió, V se limpió las mejillas, entonces se miró las manos. La derecha aún latía un poco por el daño que se había hecho. La izquierda brillaba como siempre lo hacía…y las lágrimas eran blancas contra el telón de fondo de su iluminación interior, blancas como el iris de sus ojos.

Tomó un profundo aliento y miró al reloj.

Lo único que le mantenía respirando era el anochecer. Seguramente se habría matado a sí mismo a estas horas —habría cogido la Glock, se la habría colocado en la boca y se habría volado la tapa de los sesos—, si no fuera por el anochecer.

Estaba tomándolo como una misión personal el erradicar a la Sociedad *Lessening*. Iba a llevarle el resto de su vida, pero eso estaba malditamente bien, porque no había nada más allí afuera para él. Y habría preferido dejar a la Hermandad hacerlo, pero Butch se moriría sin él, así que iba a tener que quedarse.

Abruptamente, frunció el ceño y miró hacia la puerta.

Después de un momento se limpió las mejillas y dijo:

—Estoy sorprendido de que simplemente no entraras.

La puerta se abrió sin la ayuda de una mano. En el otro lado, la Virgen Escriba permanecía erguida en el pasillo, la negra túnica cubriéndola desde la cabeza hasta los pies.

—No estaba segura de ser bienvenida —dijo en voz baja mientras entraba en la habitación.

No levantó la cabeza de la almohada. No tenía ningún interés en honrarla de ningún modo.

— Sabes cuál es tu bienvenida.

—Efectivamente. Así que iré directamente al propósito de mi visita. Tengo un regalo para ti.

—No lo quiero.

—Sí. Si lo quieres.

—Vete a la mierda. —Bajo la túnica, su cabeza pareció caer. No es que diera una mierda por no herir sus preciosos sentimientos—. Vete.

—Lo querrás...

Se irguió de forma brusca.

—Tú *tomaste* lo que quería…

Una forma traspasó la puerta, una forma fantasmal.

— ¿V…?

—Y te la devuelvo —dijo la Virgen Escriba—. En cierto modo.

Vishous no escuchó una palabra de lo que decía, porque no podía comprender lo que estaba contemplando. Era Jane…o algo parecido. Era el rostro de Jane y el cuerpo de Jane, pero era… una aparición transparente.

—¿Jane?

La Virgen Escriba habló mientras se desmaterializaba.

—No necesitas darme las gracias. Solamente debes saber que tu maldición es el modo en que podrás tocarla. Adiós.

De acuerdo, en lo que se refiere a reuniones románticas, esta era extraña e incómoda.

Y no sólo porque Jane sentía que podría ser clasificada como fantasma.

Vishous se veía como si fuera a desmayarse. Lo cual dolía. Era enteramente posible que no le gustase de esta forma, y entonces ¿dónde quedaría ella? Cuando la Virgen Escriba fue a ella en el cielo, o lo que quiera que fuese ese lugar, y le había dado la oportunidad de regresar, la respuesta había sido dada sin pensar. Pero ahora que estaba de pie frente a un tipo completamente aturdido, no estaba tan segura de que haber hecho lo correcto. Quizá había sobre…

Se levantó de la cama, cruzó la habitación, y vacilando un poco puso la mano brillante sobre su rostro. Con un suspiro se inclinó contra su mano y el calor de su carne.

—¿Esta eres tú? —dijo roncamente.

Asintió y se extendió para alcanzar sus mejillas, las cuales estaban un poco rojas.

—Has estado llorando.

Capturó su mano.

—Te siento.

—Yo también.

Le tocó el cuello, el hombro, el esternón. Atrajo su brazo hacia delante y lo miró… bueno, miró a través de él.

—Um... se que puedo sentarme sobre cosas —dijo sin ninguna razón en particular—. Quiero decir… mientras estaba esperando afuera en el vestíbulo me senté en el sofá. También moví un cuadro en la pared, puse un penique de vuelta en tu platillo del cambio, cogí una revista. Es un poco raro, pero todo lo que tengo que hacer es concentrarme. —*Mierda.* No tenía ni idea de lo que estaba hablando—. La, ah… Virgen Escriba dijo que puedo comer pero que no tengo porqué. Dijo… que puedo beber, también. No estoy muy segura de cómo funciona todo, pero ella parece saberlo. Si. Así que. De cualquier modo, creo que me va a llevar algún tiempo hacerme a la idea, entrenamiento, pero…

El puso las manos en su cabello y se sintió igual que como se había sentido antes. Su cuerpo no existente registraba las sensaciones exactamente como lo había hecho antes.

V frunció el ceño, luego se vio francamente enfadado.

—Dijo que se requería un sacrificio. Traer a alguien de vuelta. ¿Qué le diste? ¿Con qué negociaste?

—¿Qué quieres decir?

—No da nada sin pedir algo a cambio. ¿Qué ha tomado de ti?

—Nada. Nunca me pidió nada.

Sacudió la cabeza y pareció como si fuera a hablar. Pero entonces envolvió sus grandes brazos alrededor de ella y la sostuvo contra su tembloroso cuerpo brillante. No era como en otros momentos cuando tenía que concentrarse para permanecer sólida, con V simplemente pasaba. Contra él, era corpórea sin ningún esfuerzo por su parte.

Podía decir que estaba llorando por el modo en que respiraba y el hecho que se apoyaba en ella, pero sabía que si hacía alguna mención de ello, o intentaba tranquilizarle con palabras, se detendría en un segundo. Así que sólo le abrazó y lo dejo hacer.

Pero entonces, tuvo que ocuparse en mantenerse ella misma de una pieza.

—Pensé que nunca conseguiría hacer esto de nuevo —dijo en con una voz que se quebraba.

Jane cerró los ojos y le apretó, pensando en ese momento en la niebla cuando le dejó ir. Si no hubiera hecho eso, no estarían aquí, ¿verdad?

A la mierda con el libre albedrío, pensó. Había confiado en el destino, sin importar cuánto doliera a corto plazo. Porque el amor en sus diferentes formas siempre perduraba. Era el infinito. Lo eterno. Eso que sostenía. No tenía ni idea de qué o quién era la Virgen Escriba. No tenía ni idea de dónde había estado o cómo había regresado. Pero estaba segura de una cosa.

—Estabas en lo cierto —dijo contra el pecho de V.

—¿Sobre qué?

—Sí que creo en Dios.

CAPÍTULO 53

La noche siguiente John no tenía clase, así que se sentó a la Primera Comida con los hermanos y sus mujeres. El humor de la casa era considerablemente más alegre de lo que había sido las semanas anteriores. Pero seguro como la mierda, que él no compartía esa frivolidad.

—Así que en definitiva —estaba diciendo Phury— fui a ver a la Virgen Escriba y le conté lo de la bala.

—Jesucristo. La Directrix. —Vishous se inclinó hacia delante, llevando la mano de Jane con él—. Había asumido que había sido un *lesser*.

V no había soltado a su cirujana desde que se habían sentado juntos, como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer. Lo cual era bastante comprensible. John trataba de no mirarla fijamente, pero era difícil no hacerlo. Estaba usando una de las camisas de V y un par de vaqueros, rellenándolos como si fuera normal. Pero lo que estaba dentro era… bueno, suponía, un fantasma.

—Por supuesto que lo hiciste —dijo Phury mientras se volvía hacia Bella y le ofrecía el plato de la mantequilla—. Todos lo hicimos. Pero esa hembra tenía un tremendo motivo. Quería permanecer al mando, y sip, con el *Primale* en escena, eso no iba a suceder. Un escenario típico de lucha por el poder.

John miró a la silenciosa hembra rubia que se sentaba al otro lado de Phury. Hombre, la Elegida era hermosa… hermosa de la forma etérea en que lo eran los ángeles, con un brillo sobrenatural emanando de ella. Pero no era feliz. Picoteaba la comida y mantenía los ojos bajos.

Bueno, salvo por las ocasiones en que miraba a Phury. Que era generalmente cuando él hablaba o miraba a Bella.

La voz de Wrath sonó dura desde la cabecera de la mesa.

—La Directrix tiene que morir.

Phury se aclaró la garganta y tomó el plato de mantequilla que Bella le estaba devolviendo.

—Puedes considerar eso como… hecho, mi Señor.

Santa mierda. ¿Había Phury…?

—Bien. —Wrath asintió como si lo entendiera perfectamente y lo aprobara—. ¿Quién va a reemplazarla?

—La Virgen Escriba me preguntó a quien quería en su lugar. Pero no conozco a ninguna…

—Amalya —dijo la Elegida rubia.

Todas las cabezas giraron en su dirección.

—¿Disculpa? —preguntó Phury—. ¿Qué fue lo que dijiste?

Al hablar, la voz de la Elegida era adorable sonaba como campanillas al viento, dulce y melodiosa.

—Si no te ofende, ¿puedo sugerir a la Elegida Amalya? Es cálida y amable y tiene la categoría adecuada.

Los ojos amarillos de Phury se posaron sobre la hembra, pero su rostro era reservado, como si no estuviera seguro de que decirle ni de que hacer con ella.

—Entonces es a ella a quien quiero. Gracias.

Sus ojos se alzaron hacia los de él por un instante, con las mejillas tiñéndose de un tono rosa. Pero entonces Phury apartó la mirada y también lo hizo ella.

—Todos nos tomaremos la noche libre —dijo Wrath abruptamente—. Necesitamos un tiempo para reagruparnos.

En el otro lado de la mesa Rhage se rió burlonamente.

—No nos obligarás a jugar al Monopoly otra vez ¿verdad?

—Sip. —Un gemido colectivo se elevó de la Hermandad, uno que Wrath ignoró—. Justo después de la cena.

—Tengo algo que hacer —dijo V—. Volveré lo más pronto que pueda.

—Muy bien pero entonces serás el zapato o el perro. Ellos siempre juegan primero.

—Puedo vivir con eso.

Fritz entró con un enorme Alaska horneado.

—¿Les apetece postre? —dijo el *doggen* con una sonrisa.

Cuando un "si, por favor" colectivo, llenó la habitación, John dobló la servilleta y pidió ser excusado. Cuando Beth asintió, salió, dirigiéndose hacia el túnel que había debajo de la gran escalera principal. La caminata hasta el centro de entrenamiento no le llevó mucho, especialmente ya que su paso se estaba nivelando y se estaba sintiendo más cómodo con su cuerpo.

Cuando llegó a la oficina de Tohr, se endureció a si mismo mientras miraba a su alrededor. El lugar realmente no había cambiado desde la desaparición del hermano. Salvo por el hecho de que la horrible silla verde ahora estaba en el estudio de Wrath, todo lo demás estaba prácticamente igual.

John fue hasta detrás del escritorio y se sentó. Esparcidos por toda la superficie había papeles y archivos, algunos marcados con post-it en los cuales Z había escrito cosas a su pausada manera.

John puso las manos sobre los brazos de la silla de oficina, deslizándolas hacia atrás y hacia delante.

Odiaba la forma en que se sentía en ese momento.

Odiaba sentirse enfadado porque V tenía a Jane de regreso, cuando Tohr había perdido a Wellsie para siempre. Excepto que no era justo. Y no solo por Tohr. A John le hubiera gustado tener un fantasma de Wellsie en su vida. Le hubiera gustado que la única madre que conoció en su vida estuviera allí.

Salvo que Vishous era el que había obtenido la bendición.

Y también Rhage. Con Mary.

¿Qué mierda los hacía tan especiales?

Puso la cabeza entre las manos, sintiéndose la peor clase de persona. Envidiar la felicidad y la suerte de alguien era algo horrible, especialmente si los amabas. Pero era tan condenadamente difícil extrañar tan terriblemente a Tohr y llorar a Wellsie y…

—Hey.

John levantó la vista. Z estaba de pie en la oficina, aunque solo Dios sabía como se las había arreglado para no hacer ni un sonido al salir del armario.

—¿En que estás pensando John?

Nada.

—¿Quieres intentarlo de nuevo?

John negó con la cabeza y bajó la vista. Ociosamente notó que la carpeta de Lash estaba encima de una pila, y pensó en el tipo. Hombre, ambos recorrían un rumbo destinado a colisionar. El único asunto por determinar era el momento.

—Sabes —dijo Z—, solía preguntarme porque yo en vez de Phury.

John levantó la vista y frunció el ceño.

—Sip, me preguntaba por qué me habían raptado a mi, acabando donde terminé. No fui el único. A Phury aún le atormenta el hecho que fuera yo y no él. —Z cruzó los brazos sobre el pecho—. El problema es que, quedarse atascado en porque algo le ocurre a una persona y no a otra nunca lleva a ninguna parte.

Deseo a Wellsie de regreso.

—Me imaginé que por eso te habías ido. —El hermano se pasó la mano sobre el corte de cabello al ras—. Aunque las cosas son así. Creo que hay una mano que nos guía. Es solo que no siempre es una mano gentil. O que parezca justa en determinados momentos. Pero no sé, ahora trato de confiar en ella. Cuando me espanto, solo trato de… mierda, supongo que confiar en ella. Porque al final del día, ¿qué otra cosa puedes hacer? El libre albedrío solo te lleva hasta cierto límite. El razonamiento y la planificación también. El resto… depende de otra persona. Donde terminamos, a quienes conocemos, que sucede con las personas que amamos… no tenemos mucho control sobre nada de eso.

Extraño a Tohr.

—Todos lo hacemos.

Sip, John no era el único que sufría. Debía recordar eso.

—Así que tengo algo para ti. —Z fue hacia un armario y lo abrió—. Phury me lo dio ayer. Íbamos a guardarlo para dártelo en tu cumpleaños, pero a la mierda con eso. Lo necesitas esta noche.

Z volvió al escritorio con un antiguo y ajado libro forrado en cuero en las manos. Lo dejó sobre la pila de papeles, con la gran palma apoyada en la cubierta superior.

—Feliz cumpleaños, John.

Levantó el brazo y John miró hacia abajo.

De repente su corazón se detuvo.

Extendió la mano temblorosa, y delineó las desgastadas letras que decían:

DARIUS, HIJO DE MARKLON

Suavemente abrió la tapa… En una hermosa y florida caligrafía había palabras y símbolos más allá de lo imaginable, las reflexiones de una vida que había sido vivida hacía mucho tiempo. La escritura de su padre en la Antigua Lengua.

Con brusquedad John sacó la mano y se cubrió la boca con ella, temiendo arrancarse a llorar.

Salvo que cuando levantó la vista avergonzado, se dio cuenta que estaba solo.

Z, con su característica gentileza, le había permitido conservar el orgullo.

Y ahora… habiéndole dado el diario de su padre… también le había dado algo de alegría.

Justo después de la Primera Comida, Vishous se desmaterializó hacia el jardín de la Virgen Escriba. Se sorprendió un poco cuando se le concedió el permiso, considerando como estaban las cosas, pero estaba contento de que así fuera.

Después de tomar forma, frunció el ceño y dio un vistazo a su alrededor a la fuente de mármol blanca, la columnata y el portal que llevaba al área de las Elegidas. Había algo diferente. No estaba seguro de que, pero algo…

—Saludos, Señor…

Se volvió. Una Elegida estaba de pie cerca de lo que siempre había asumido que era la puerta hacia las habitaciones privadas de la Virgen Escriba. Vestida con esa túnica blanca

con el cabello recogido en lo alto de la cabeza, la reconoció como la que había ido a ver como estaba Cormia después de la ceremonia de presentación.

—Amalya —dijo.

Pareció sorprendida de que recordara su nombre.

—Su Gracia.

Así que ella era la que Cormia había recomendado como Directrix. Tenía sentido. La hembra ciertamente parecía agradable.

—He venido para ver a la Virgen Escriba —aunque se suponía que ya sabría eso.

—Con todo el debido respeto, Señor, no está recibiendo en el día de hoy.

—¿No me recibe a mi o a nadie?

—A ningún visitante. ¿Hay algún mensaje que quisiera que le hiciera llegar?

—Volveré mañana.

La Elegida hizo una profunda reverencia.

—Con todo el debido respeto, Señor, creo que para ese entonces aún se encontrará indispuesta.

—¿Por qué?

—Yo no pregunto el porque. —Su tono era un tanto desaprobador. Como si él tampoco debiera preguntar.

Bueno, mierda. ¿Qué demonios quería decirle exactamente?

—Podrías trasmitirle… que Vishous, vino a decirle…

Cuando las palabras le fallaron, los ojos de la Elegida se convirtieron en pozos de compasión.

—Quizás, si no es muy atrevido de mi parte, debería decirle que su hijo vino a agradecerle por el generoso regalo y por el sacrificio que hizo en aras de su felicidad.

Hijo.

No, no podía ir tan lejos. Incluso habiendo recuperado a Jane, la etiqueta parecía falsa.

—Solo Vishous. Dile que Vishous vino a agradecerle.

A la Elegida se el entristeció el rostro e hizo otra reverencia.

—Como desee.

Observó a la hembra darse la vuelta y desparecer por la pequeña y recargada puerta.

Espera un minuto. ¿Había dicho *sacrificio*? ¿Que sacrificio?

Volvió a mirar a su alrededor, concentrándose en la fuente. Abruptamente el sonido del agua le pareció extraño. Cuando había venido antes…

Lentamente V giró la cabeza.

El árbol blanco, con flores blancas estaba vacío. Todos los pájaros cantores se habían ido.

Eso era lo que faltaba. Los pájaros de la Virgen Escriba ya no estaban allí, las ramas de los árboles estaban vacías de color, el aire quieto desprovisto de las alegres proclamas.

En el relativo silencio, la soledad del lugar se hundió dentro de él, el sonido hueco del agua cayendo amplificaba el vacío.

Oh, Dios. Ese verdaderamente era un sacrificio.

Había renunciado a su amor en beneficio del de él.

En sus habitaciones privadas, la Virgen Escriba supo el momento exacto en que V se fue. Podía sentir su forma regresando al mundo exterior.

La Elegida Amalya, se aproximo silenciosamente.

—Si no le ofende, desearía hablar.

—No tienes que hacerlo. Sé lo que dijo. Déjame y vuelve al santuario.

—Si, Su Alteza.

—Gracias.

La Virgen Escriba esperó a que la Elegida se retirara y luego se volvió y miró a través de la blanca expansión de su aposento. Las habitaciones no servían para nada más que pasear. Como no dormía ni comía, el área de la habitación y del comedor eran solo pies cuadrados sobre los que caminar.

Todo estaba tan silencioso ahora.

Flotó de habitación en habitación, inquieta. Le había fallado a su hijo de tantas maneras distintas, y no podía culparlo por rehusarse a llamarla por su nombre. Aún así sentía dolor.

Que se asociaba con otro.

Con temor miró hacia el rincón más alejado de sus habitaciones, hacia el lugar al que nunca acudía. O al menos, que no había acudido en los últimos dos siglos.

Le había fallado a alguien más, en realidad.

Con el corazón oprimido, fue hacia la esquina y deseó que el doble cerrojo que tenía la puerta se abriera. Con un siseo el sello fue roto, y una fina neblina se trasladó flotando desde el húmedo lugar. ¿En verdad había pasado tanto tiempo?

La Virgen Escriba entró y miro la forma envuelta en sombras que flotaba en suspensión animada sobre el suelo.

Su hija. La hermana gemela de V. Payne.

Hacía mucho que la Virgen Escriba sustentaba la idea de que era mejor y más seguro para su hija permanecer reposando de esa forma. Pero ahora se sentía insegura. Las decisiones que había tratado de tomar para su hijo habían terminado de mala manera. Tal vez pasara lo mismo con su descendiente de distinto sexo.

La Virgen Escriba miró fijamente el rostro de su hija. Payne no era como otras hembras, no lo había sido desde su nacimiento. Tenía el instinto guerrero de su padre y la necesidad de luchar y no se sentía más feliz pasando la vida entreteniéndose en juegos con las Elegidas de lo que se sentiría de satisfecho un león si lo enjaularan con ratones.

Tal vez hubiera llegado el momento de liberar a su hija, como había liberado a su hijo. Parecía lo justo. La protección sin duda había probado ser una dudosa virtud.

Aún así, odiaba dejarla ir. Especialmente dado que no había razones para esperar que su hija le tuviera un amor más grande del que le había demostrado su hijo. Así que los perdería a los dos.

Mientras luchaba bajo el peso de sus pensamientos, su instinto le sugirió que saliera al patio a ser consolada por sus pájaros. Sin embargo no había auxilio esperándola allí. No había cantos alegres para calmarla.

Por lo que la Virgen Escriba permaneció en las habitaciones privadas, flotando a través del estático y silencioso aire en un interminable paseo a lo largo de las habitaciones vacías. Mientras pasaba el tiempo, la infinita naturaleza de su no existencia era como una capa de agujas que la cubría, un millar de pequeños pinchazos de dolor y tristeza.

No había escape o alivio a la vista para ella, no había paz ni bondad ni consuelo. Estaba como siempre había estado. Sola en el medio del mundo que había creado.

CAPÍTULO 54

Jane había estado en el apartamento de Manny Manello una o dos veces. Aunque no muy frecuentemente Cuando habían compartido tiempo juntos siempre había sido en el hospital.

Hombre, en serio este era un lugar masculino. *Verdaderamente* masculino. Si hubiera más equipo deportivo colgando por ahí se hubiera convertido en un Dick[58].

Le recordaba un poco al Pit.

Recorrió la sala de estar mirando los DVDs, los CDs y las revistas. Sip, indudablemente se llevaría bien con Butch y V. Evidentemente tenía una suscripción de por vida a *Sports Illustrated*, igual que ellos. Y conservaba las ediciones antiguas, igual que ellos. Y le gustaba tomar alcohol, aunque era partidario del Jack[59], no del Goose ni del Lag.

Mientras se inclinaba, concentró su energía para poder levantar el ejemplar más reciente de 57 y se dio cuenta que hacía exactamente un día que se había convertido en fantasma. Habían pasado veinticuatro horas desde que había aparecido junto con la Virgen Escriba en la habitación de V.

Las cosas estaban funcionando. El sexo como miembro de los no muertos era igual de bueno que cuando había estado viva. De hecho, ella y V se encontrarían en el ático hacia el final de esa tarde. Quería que "trabajara sobre él", según dijo con los ojos brillando de anticipación… y ella estaba más que dispuesta a consentir a su hombre.

Ab-so-lu-ta-men-te.

Jane dejó la revista y paseó un poco más, luego se quedó esperando junto a una de las ventanas.

Esto iba a ser difícil. Decir adiós era duro.

Ella y V habían hablado de cómo manejar su partida del mundo humano. El accidente de coche que había escenificado proveería una explicación a su desaparición. Seguro, su cuerpo nunca sería encontrado, pero el área donde había dejado el Audi era arbolada y montañosa. Con suerte la policía, después de que se hiciera la investigación, sencillamente cerraría el expediente, ya que no había consecuencias materiales. Nunca iba a regresar. Así que no importaba.

En lo que respectaba a sus pertenencias, el único objeto de valor que tenía en el apartamento era la foto de ella y Hannah. V había regresado y había recuperado la fotografía para ella. El resto de sus cosas eventualmente serían vendidas por el abogado que había nombrado ejecutor de su patrimonio en su último testamento hecho dos años atrás. Las ganancias serían donadas al St. Francis.

Se lamentaba por los libros, pero V le había dicho que le compraría unos nuevos. Y aunque no era exactamente lo mismo, tenía fe que con el tiempo se sentiría conectada a ellos.

Manny era el único asunto sin terminar…

Oyó el sonido de la llave metiéndose en la cerradura, luego la puerta se abrió.

Cuando Manny entró dejando caer una bolsa Nike y dirigiéndose a la cocina, Jane dio un paso atrás adentrándose en las sombras.

Se veía exhausto. Y desolado.

Su primer impulso fue acercarse a él, pero sabía que el mejor curso de acción era esperar a que se fuera a dormir… que era por lo cual había venido tan tarde, esperando que ya

[58] Tienda de venta de artículos deportivos.
[59] Jack Daniels marca de whisky

estuviera en la cama. Aunque claramente, estaba trabajando hasta que no se podía mantener de pie.

Cuando salió al vestíbulo tenía un vaso con algo de agua en el interior. Hizo una pausa, miró en su dirección con el ceño fruncido… pero luego siguió caminando hacia su dormitorio.

Oyó la ducha. Pisadas. Luego una maldición en voz baja, como si se estuviera estirando en la cama, pero estuviera contracturado.

Esperó y esperó… luego finalmente bajó por el pasillo.

Manny estaba en la cama, con una toalla alrededor de las caderas y los ojos fijos en el techo.

El hombre no iba a dormirse pronto.

Salió a la luz que arrojaba la lámpara del vestidor.

—Hey.

Su cabeza se giró bruscamente hacia ella, luego se sentó de un salto.

—¿Qué…?

—Estás soñando.

—¿Lo estoy?

—Sip, quiero decir, los fantasmas no existen.

Se frotó el rostro.

—Esto se siente real.

—Por supuesto que si. Los sueños se sienten así. —Se abrazó a si misma—. Quería que supieras que estoy bien. Realmente lo estoy. Estoy bien y feliz donde estoy.

No había razón para mencionar que continuaba estando en Caldwell.

—Jane… —su voz se quebró.

—Lo sé. Me sentiría de la misma manera si tu hubieras… sido apartado de mi.

—No puedo creer que estés muerta. No puedo creer que tú… —comenzó a parpadear rápidamente.

—Escucha, está bien. Te lo prometo. La vida… bueno, termina bien, realmente lo hace. Quiero decir, vi a mi hermana. A mis padres. Algunos de los pacientes que perdí. Todavía están por los alrededores, solo que no donde podemos verlos… quiero decir, donde tú puedes verlos. Pero está bien, Manny. No deberías temerle a la muerte. Es solo una transición, de verdad.

—Si, pero ya no estás aquí. Tengo que vivir sin ti.

Le dolió el pecho por el tono de su voz y el hecho de que no había nada que pudiera hacer para aliviar su sufrimiento. Y dolía porque ella también lo había perdido.

—Realmente te voy a extrañar —le dijo.

—Yo también. —Se volvió a frotar el rostro—. Quiero decir… ya te extraño. Estoy enfermo por ello. En algún nivel… demonios, pensé que íbamos a terminar juntos, tu y yo. Parecía ser el destino. Mierda, eras la única mujer que conocía que era fuerte como yo. Pero si… supongo que no estaba predestinado. Los planes de los ratones y los hombres y toda esa mierda.

—Probablemente allí afuera haya alguien aún mejor.

—¿A sí? Dame su número de teléfono antes de irte de regreso al paraíso.

Jane sonrió un poquito, luego se puso seria.

—No harás nada estúpido, ¿verdad?

—¿Hablas de suicidio? Nah. Pero no puedo prometerte que no me emborracharé hasta quedar atontado unas cuantas veces en los próximos meses.

—Solo hazlo en privado. Tienes una reputación de hijo de puta que mantener.

Sonrió un poco.

—Que pensará el departamento.

—Exacto. —Hubo un momento de silencio—. Será mejor que me vaya.

La miró fijamente a través de la habitación.

—Dios, se siente como si realmente estuvieras aquí.

—No estoy. Esto es solo un sueño. —Se dejo desvanecer lentamente mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. Adiós, Manny, mi querido amigo.

Él levantó la mano y habló a través de lo que obviamente era una garganta estrangulada.

—Ven a verme alguna vez.

—Tal vez.

—Por favor.

—Veremos.

Era gracioso, pensó, mientras se evaporaba, tenía la extraña sensación de que lo vería otra vez.

Sip, era extraño. Igual que la visión del accidente de coche y el presentimiento que había tenido de que ya no iba a regresar al St. Francis, sabía que su camino y el de Manny Manello volverían a cruzarse.

El pensamiento la alivió. Odiaba dejarlo atrás. Realmente lo odiaba.

EPÍLOGO

Una semana después...

Vishous cogió el chocolate caliente de la cocina y apagó el fuego. Mientras vertía el cacao en una taza, escuchó un aullido y un:

—¡Oh, Dios mío!

Al otro lado de la cocina de la mansión vio a Rhage parado en parte dentro de Jane, como si fuera una piscina en la que se quisiera meter. Los dos se apartaron de golpe justo cuando Vishous desnudaba los dientes y gruñía a su hermano.

Rhage alzó las manos.

— ¡No la vi! ¡Te lo juro!

Jane rió.

— No es culpa suya. No estaba concentrada, así que me desvanecí…

V la interrumpió.

— Rhage va a ser más cuidadoso, ¿verdad, hermano?

Implicando que el macho lo sería, o terminaría en silla de ruedas.

—Sí, absolutamente. Joder.

—Me encanta que lo veas a mi manera. —Vishous alzó la taza, se la llevó a Jane, y se la ofreció. Mientras soplaba la superficie, la besó en el cuello. Entonces hociqueó un poco.

Para él era como siempre la había sentido, pero para los demás era algo de una especie diferente. Llevaba ropas, pero si no se mantenía sólida y alguien chocaba contra ella, las ropas se comprimían como si no hubiera nada dentro de ellas, y la persona que estaba en su camino básicamente andaba a través de ella.

Era un poco extraño. Además, si ocurría que era uno de sus hermanos, el territorialismo de V se disparaba. Si bien, la cuestión era que esta era la nueva realidad, así que todo el mundo tenía que manejarla. Él y Jane estaban haciendo la transición a su nueva situación, y no siempre era fácil.

¿Pero a quién narices le importaba? Se tenían el uno al otro.

—¿Así que hoy vas a Lugar Seguro? —preguntó.

—Sí, es mi primer día en mi nuevo trabajo. ¡No puedo esperar! —a Jane le brillaron los ojos—. Después volveré aquí para hacer el pedido del equipo para mi clínica. He decidido tomar a dos *doggen* y adiestrarlos como enfermeras. Creo que es lo mejor que se puede hacer por la seguridad…

Mientras Jane hablaba sobre los planes para la clínica de la Hermandad y qué iba a hacer por Lugar Seguro, V empezó a sonreír.

—¿Qué? —dijo. Se miró a sí misma, se frotó el abrigo blanco, después miró detrás de ella.

—Ven aquí, mujer. —La acercó contra él y bajó la cabeza—. ¿He mencionado últimamente lo sexy que es tu cerebro?

—Estabas más interesado en otra cosa esta tarde, así que no.

Rió ante su irónica sonrisa.

—Estaba un poco preocupado, ¿o no?

—Mmm, sí.

—Voy a pasar por Lugar Seguro después, ¿ok?

—Bien. Creo que Marissa tiene un problema con la red sobre el que quiere hablar contigo.

Sin siquiera ser consciente de hacerlo, la atrajo cerca y simplemente la abrazó. Esto era exactamente lo que había querido, esta compenetración de vidas, esta proximidad, este propósito común. Los dos, juntos.

—¿Estás bien? —dijo suavemente para que nadie más pudiera oírla.

—Sí. Sí, estoy bien. —Puso la boca cercana a su oreja—. Es sólo que… no estoy acostumbrado a esto.

—¿Acostumbrado a qué?

—A sentir... mierda, no lo sé. —Se apartó, muy extrañado, de su comportamiento meloso—. No importa…

—¿No puedes acostumbrarte a sentirte como si las cosas fueran bien?

Asintió porque no confiaba en su voz.

Puso la mano sobre su rostro.

—Te acostumbraras. Y yo también.

—¿Señor? ¿Disculpe?

V miró hacia Fritz.

—Hey, hombre, ¿qué pasa?

El *doggen* hizo una reverencia.

—Tengo lo que pidió. Lo dejé en el vestíbulo.

—Excelente. Gracias. —Besó a Jane—. ¿Así que te veo después?

—Absolutamente.

Pudo sentir sus ojos sobre él mientras se iba, y le gustó. Le gustaba todo. Él…

Bueno, mierda. Estaba sencillamente lleno de la alegría de primavera, ¿verdad?

Al entrar en el vestíbulo, encontró lo que Fritz le había dejado en la mesa al pie de la gran escalera. Al principio no estaba muy seguro de cómo manejar la cosa… no quería romperlo. Al final lo sostuvo suavemente en las manos y entró en la biblioteca. Cerró las puertas dobles con la mente y envió una solicitud al Otro Lado.

Sí, de acuerdo, no estaba siguiendo la etiqueta con el atuendo, pero estaba un poco preocupado con lo que tenía en las manos.

Cuando el permiso fue concedido, se desmaterializó hacia el jardín de la Virgen Escriba y fue saludado por la misma Elegida de la última vez que había estado aquí. Amalya empezó a inclinarse pero miró hacia arriba cuando un sonido gorjeante salió de las manos cuidadosamente ahuecadas.

—¿Qué has traído? —susurró.

—Un pequeño regalo. No mucho. —Se acercó al árbol blanco con pétalos blancos y abrió las manos. El periquito saltó libre y aterrizó en una rama como si supiera que este era su hogar ahora.

El pájaro amarillo brillante caminó de arriba a abajo por el brazo pálido del árbol, sus pequeñas patas agarrándose y soltándose. Picoteó un pétalo, soltó un trino… alzó una pata y rascó su cuello.

V se puso las manos en las caderas y calculó cuánto espacio había entre todos los pétalos de todas las ramas. Iba a tener que traer una gran cantidad de pájaros.

La voz de la Elegida estaba llena de emoción.

—Renunció a ellos por ti.

—Sí. Y yo le traigo unos nuevos.

—Pero el sacrificio...

—Ha sido hecho. Lo que sucede en este árbol es un regalo. —Miró sobre el hombro—. Lo voy a llenar le guste o no. Es su elección lo que haga con ellos.

Los ojos de la Elegida brillaron con gratitud.

—Se los quedará. E impedirán que se sienta solitaria.

V tomó un profundo aliento.

— Sí. Bien. Porque…

Dejó que la palabra se perdiera y la Elegida dijo suavemente.

—No tienes que decirlo.

Se aclaró la garganta.

—¿Así que le dirás que son míos?

—No tendré que hacerlo. ¿Quién más salvo su hijo haría algo tan amable?

Vishous miró nuevamente al solitario pájaro amarillo en medio del árbol blanco. Se imaginó las ramas llenas de nuevo.

—Cierto —dijo.

Sin otra palabra se desmaterializó de vuelta a la vida que le había sido dada, la vida que estaba empezando… la vida en la que ahora, y por primera vez, estaba agradecido de haber nacido.

Vuelve la página para un anticipo de la historia de Phury

AMANTE VENERADO

El sexto libro de la serie, record en ventas del *New York Times,* la Hermandad de Daga Negra

Phury, el hermano gemelo de Zsadist, hace el último sacrificio y sustituye a un hermano para convertirse en el elegido, hasta que se encuentra cara a cara con la única mujer que puede tentar su corazón y hacerle cuestionarse su destino elegido…

* * * * *

Una casa puede estar vacía aun cuando este llena de gente. Y eso era algo bueno.

Phury anduvo tambaleándose por una de las innumerables esquinas de la gran casa, apoyándose con la mano para estabilizarse. Hombre, estaba colocado. ¿Cuántos porros de humo rojo? ¿Cuántas copas?

Bien, había comenzado a medianoche. Ahora eran las… no tenía ni idea de que hora era.

Daba lo mismo. De todas formas intentar llevar la cuenta de la juerga habría sido una perdida de tiempo. Considerando lo mareado que estaba, era dudoso que pudiera llegar a contar la cantidad suficiente, y además, realmente no podía recordar cual había sido el porcentaje de consumo por hora. Todo lo que sabía era que había dejado su habitación cuando las tres botellas de ginebra se habían acabado. Al principio había planeado conseguir más, para poder continuar haciéndose martinis, pero luego sencillamente comenzó a deambular.

Doblando a la derecha, siguió avanzando despacio, la base de su cerebro comenzaba a encenderse con la necesidad de otro golpe de humo rojo. Estaba a punto de darse la vuelta cuando oyó unos sonidos que provenían desde la escalera trasera del tercer piso.

Alguien estaba en la sala de proyección. Lo que quería decir que debía salir por patas en la dirección contraria. Toparse con uno de sus hermanos sería una mala cosa. Aunque la Hermandad sospechara que tenía un pequeño problema con el humo rojo —¡vaya! su habitación olía como un Starbucks todo el tiempo— admitir sus desagradables hábitos abiertamente solo llevaría a que se desarrollara un drama.

Mientras se alejaba, capturó un aroma a jazmín y se detuvo en seco.

Cormia… Cormia estaba allí arriba.

Dejándose caer contra la pared, se refregó el rostro y se preguntó que estaría haciendo ella allí. La Elegida raramente dejaba la habitación de invitados excepto para las comidas.

¿Qué estaría haciendo? ¿Y con quién?

Phury se pasó la mano por el abundante cabello. Se enderezó la camisa de seda negra. Se subió el pantalón color crema de Prada. Podría estar totalmente cocido, pero al menos se veía como un caballero.

Usando el pasamano de metal para estabilizar su gran cuerpo, subió las escaleras sabiendo que estaba haciendo un mal movimiento. Si apenas estás en condiciones de caminar, ciertamente no deberías interactuar con la hembra Elegida con quien se supone que te debes aparear como el *Primale*… sobre todo considerando que había sido forzada a este arreglo y que tú eres un célibe recientemente jubilado cuya experiencia sexual se limitaba prácticamente a un incompleto rapidito con una puta en un servicio del ZeroSum.

Llegó a lo alto de la escalera y de un empujón abrió la puerta acolchada. La sala de proyección daba una sensación de autenticidad como la de la Metro-Goldwyn-Mayer de los años 40, adornada al estilo retro con luces de baja potencia en cuencos de cobre y relieves de palmeras Art Decó que trepaban por las paredes rojas y negras. Las butacas del aforo no eran del tipo que encontrarías nunca en un estadio de béisbol. Había veintiuna sillas fijas en tres secciones, los pasillos estaban marcados con pequeñas filas de luces. Cada uno de los palacios-de-culo de cuero era del tamaño de una cama doble, y conjuntamente había más porta bebidas que en un Boeing 747.

Cormia estaba abajo, adelante, con parte de su túnica blanca de Elegida colgando del brazo de la butaca. En la pantalla las imágenes se movían rápido. Estaba rebobinaba una escena.

Dios… olía bien. Aunque por alguna razón su esencia a jazmín era especialmente fuerte esta noche.

El rebobinado se detuvo y Phury echó un vistazo a la enorme pantalla…

Cristo… santo. Era… una escena de amor. Patrick Swayze y esa Jennifer, la mujer de la nariz, estaban haciéndolo en una cama. *Dirty Dancing*.

Cormia se inclinó hacia adelante en la butaca, su rostro entró en su campo visual. Sus ojos estaban absortos en lo que estaba delante de ella, los labios separados, una mano descansaba en la base de la garganta. El largo cabello rubio le caía sobre el hombro y rozaba la parte superior de su rodilla.

El cuerpo de Phury se endureció, su erección salió disparada formando una tienda de campaña en el frente de los pantalones, echando a perder las pinzas hechas a medida. A través de la neblina del humo rojo, su sexo rugió, aunque no debido a lo que estaba en la pantalla. Cormia fue el detonante.

El bastardo en él señaló que él era el *Primale* de la Elegida y que ella era su primera entre las demás y ya era tiempo de que hicieran lo que se suponía que debían hacer. Tenía todo el derecho, por ley y costumbre, de descender los cortos escalones, caer de rodillas delante de ella, y empujar la toga sobre sus caderas. Le estaba totalmente permitido deslizar las manos por sus muslos, abrirlos completamente y hundir la cabeza allí abajo. Y después de que la tuviera a tono y mojada por su boca, podría perfectamente desabrocharse los pantalones, soltarse, y penetrarla una y otra vez hasta que él se corriera.

Phury gimió. Vale, ese tipo de conversación estimulante no estaba ayudando *mucho*. Además, nunca se había comido a una mujer antes, así que no estaba seguro de lo que hacer…

La voz bastarda le señaló que si podía comer un helado de cucurucho, ese tipo de lamida y chupada se ajustaría lo bastante malditamente bien.

¡Cállate!

Se obligó a regresar a la escalera. Largarse era la única cosa decente que podía hacer. Seguramente se acostaría con él por obligación. ¡Demonios! Había sido entrenada para eso, lo esperaba, quería cumplir con su obligación. Después de todo, era sólo después de que

ellos dos se aparearan, que las Elegidas obtendrían a su preciado *Primale*, su semental. Ella estaba tomando uno para el equipo, por así decirlo, ¿y qué tan noble era eso?

El problema era, que todo el asunto olía a coacción. Había sido elegida. No lo había elegido a él.

—¿Su Gracia?

La voz de Cormia clavó los pies de Phury al suelo. *Maldita sea…*

La sala de proyección se quedó oscura como si hubiera enlatado la película.

—Su Gracia ¿Acaso… necesitas algo?

No te des la vuelta.

Miró por encima de su hombro, sus ojos lanzaban una luz amarilla sobre los respaldos de las butacas y los escalones alfombrados. Cormia quedó iluminada por su encendida mirada, resplandeciente en su túnica blanca.

—¿Qué estabas viendo? —dijo en voz baja, aunque era absolutamente obvio lo que había estado puesto en la pantalla.

—Ah… John escogió la película.

—Sin embargo, tú escogiste esa escena, ¿verdad? Y la viste una y otra vez. ¿No es así?

Su respuesta fue más una exhalación que una voz.

—Sí… lo hice.

—¿Por qué esa escena? —preguntó, sabiendo perfectamente bien el porqué de aquello. Estaba excitada. Esa era la razón de que su fragancia natural fuera tan fuerte. Le gustó lo que estaba mirando.

Mientras esperaba a que contestara, sabía que tenía que marcharse. Lo que palpitaba a través de su sangre no tenía nada que ver con rituales u obligaciones o propiedad. Esto era directa y sinceramente, sexo puro y duro, de la clase que les dejaría a ambos agotados, sudorosos y sucios y probablemente un poco magullados. Y para su completo deshonor, a él no le importaba que se hubiera excitado debido a la película. No importaba que no hubiera sido por él.

—¿Por qué escogiste la escena, Cormia?

Su mano elegante volvió a la base de su garganta.

—Porque… me hizo pensar en ti.

Phury exhaló en un gruñido. Era la última cosa que esperaba que dijera, puesto que él era la última cosa que esperó que deseara. El deber era una cosa. Pero no tenía la mirada de una hembra preocupada por el cumplimiento de una obligación. Deseaba sexo. Tal vez hasta lo necesitaba. Igual que él.

Y lo quería con él.

Como en cámara lenta, giró hacia ella, su cuerpo súbitamente muy coordinado. Iba a tomarla. Aquí.

Ahora. Era el momento de completar la ceremonia *Primale*, sellar el pacto que habían hecho cinco meses atrás, sellarlo con sus cuerpos.

Phury bajó los escalones, preparado para reclamar a su hembra.